

TIEMPO DE MEMORIA

Javier Padilla

# A FINALES DE ENERO

La historia de amor más trágica de la Transición

XXXI PREMIO COMILLAS



TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Portada

Sinopsis

XXXI Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias 2019

Portadilla

Dedicatoria

Agradecimientos

Cita

Prólogo

1. Chicos bien del franquismo
2. La vida empieza en la universidad
3. El marxismo eran cantautores, cine...
4. El FLP y el revolucionario profesional
5. Enamorarse en Mayo del 68
6. La caza del obrero y la depresión
7. A finales de enero (I)
8. Primera resurrección y matrimonio
9. Crítica comunista y precursora del...
10. A finales de enero (II)
11. La gran decepción
12. A finales de enero (III)

Epílogo. Historias cruzadas de la Transición

Coda. ¿Cómo recuerdas la Transición?

Apéndices

Bibliografía

Láminas

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

A mediados de los años sesenta, algunas universidades españolas vieron nacer una movilización, cada vez más organizada y resuelta, contra la dictadura franquista. El régimen respondió primero con desconcierto y enseguida con represalias sistemáticas y una durísima represión policial que dejó muchas víctimas por el camino. Esta obra reconstruye los pormenores de una revuelta estudiantil —no menos intensa que el Mayo francés del 68—, y narra el compromiso con la libertad de tantos jóvenes que hicieron historia y la padecieron, afrontaron palizas y penas de cárcel al tiempo que se enamoraban y discutían entre cervezas y tabaco sobre marxismo, psicoanálisis y el amor libre. A finales de enero se centra asimismo en la azarosa peripecia personal de tres destacados militantes antifranquistas: Enrique Ruano, un joven estudiante de Derecho muerto en enero de 1969 —hace ahora cincuenta años— durante un interrogatorio policial, y Dolores González y Francisco Javier Sauquillo, abogados laboristas y ambos víctimas de la matanza de Atocha de enero de 1977, en la que ella resultó gravemente herida y él murió a causa de los disparos recibidos, tratando de protegerla con su cuerpo. La emocionante historia de amor en la que los tres se vieron envueltos —Dolores fue novia de Enrique y, posteriormente, esposa de Javier— se entrelaza con los estertores de un régimen que reprimió sin piedad a quienes, como ellos, buscaban la playa bajo los adoquines, y nos recuerda a todos los frágiles comienzos de la Transición a la democracia.

En enero de 2019, un jurado presidido por José Álvarez Junco e integrado por Miguel Ángel Aguilar, Francesc de Carreras, José María Ridaó y, en representación de Tusquets Editores, Josep Maria Ventosa, acordó por mayoría conceder a esta obra de Javier Padilla el XXXI Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias.

JAVIER PADILLA  
A FINALES DE ENERO

La historia de amor  
más trágica de la Transición

TUSQUETS  
EDITORES

A mi abuela María Luz y a mi prima Ángela

## AGRADECIMIENTOS

Este libro le debe todo a largas conversaciones con mis amigos. Nació de una charla con Sergio Suárez en el comedor del Colegio Mayor Universitario Chaminade de Madrid a finales de enero de 2016. Sergio fue la primera persona que me habló de la vida de Dolores González Ruiz, Enrique Ruano y Javier Sauquillo. Desde entonces, en nuestras reuniones periódicas sus conocimientos enciclopédicos y sus dotes para el matiz han sido fundamentales para esta biografía. Sergio, que podría haber escrito este libro mejor que yo, ha sido la persona más importante a la hora de que descubriera mi vocación. También me acuerdo de los otros directores del Chaminade, José Ignacio Gautier Cristina Montero y Juan Muñoz, por lo decisiva que ha sido esta institución en mi formación.

Otra persona que me ha acompañado durante todo el proceso ha sido Miguel Beltrán de Felipe. Quiero agradecerle tanto la esmerada edición que hizo del libro como el entusiasmo que puso en todo momento. En los tres años en los que llevo conociéndole, Miguel ha sido una influencia decisiva tanto en lo académico como en lo profesional y personal. Sus conocimientos sobre el antifranquismo y la facultad de Derecho en los sesenta son apabullantes, así como sus capacidades para la edición. Este libro sería mucho peor sin los consejos que me ha proporcionado Miguel durante todo este tiempo. También lo sería sin Enrique Chueca, Luis Cornago, Fernando Muñoz, Sergio Olalla y Guillermo Romero, que me han escuchado hablar de estos temas durante años y me ayudaron a sacar adelante máster y libro. Asimismo, el equipo de Tusquets, especialmente Juan Cerezo y Josep María Ventosa, ha hecho un trabajo excelente para pulir el trabajo.

Otras conversaciones que han mejorado la obra son las que he mantenido a lo largo de estos años con Belén Hípola, Rosario Moreno-Torres, Javier Padilla, Manuel Arias, Manuel Alberca, Ricardo Dudda y Carlos Jiménez. Belén ha sido la primera, segunda y tercera lectora del texto; en el fondo lo

único que me importa es que lo que he escrito le guste a ella. Mi madre, Rosario, ha sido una atenta e inteligente lectora de todo lo que he ido haciendo. Sin su impulso no me hubiera atrevido a escribir este libro. Mi padre, Javier, ha seguido con gran atención todo el proceso y es una de las personas que más me han influido intelectualmente. Manuel Arias es un referente en multitud de sentidos, y si no hubiera sido por una charla con él en el verano de 2018 nunca me hubiera atrevido a presentar el libro a Tusquets. Manuel Alberca ha sido muy generoso conmigo y fue la persona que me animó a que me presentara al Premio Comillas. Ricardo Dudda es la persona en la que más me fijo a la hora de escribir, y su entusiasmo me ha dado siempre confianza en mis posibilidades. Mi agradecimiento a la revista en la que trabaja, *Letras Libres*, y a su director en España, Daniel Gascón, es infinito. Carlos Jiménez ha mejorado este libro con sus comentarios agudos, y su entusiasmo me ha hecho trabajar más.

De entre los protagonistas de este libro, la persona que más me ha ayudado ha sido Margot Ruano. Durante toda su vida, Margot ha hecho todo lo posible para que se supiera la verdad sobre la muerte de su hermano Enrique. Sin la ayuda y generosidad de Margot no habría merecido la pena hacer esta biografía. Además, mi trabajo se ha beneficiado enormemente de la gran memoria y gentileza de Javier García Fernández y Héctor Maravall, que me han prestado ayuda en numerosas ocasiones y han sido las personas que más datos me han aportado. Entre todas las entrevistas, me acuerdo especialmente de las realizadas con Tomás Duplá, Jesús Fernández de la Vega, Carmen García Mayo, José Manuel Gómez Benítez, Soledad González, Mercedes Lozano, Julia Marchena, Juan Ruiz, Alejandro Ruiz-Huerta, Paquita Sauquillo, Fernando Savater, Enrique Torres y Abilio Villena.

Y en una escala más personal, quiero dar mi agradecimiento a los siguientes amigos: Miguel Álvarez de Perea, Andrea Arándano, José Baca, Elena Beltrán, Eduardo Bollo, Marina Calvo, Javier Carbonell, Laura Carranceja, Juli Chaparro, Miguel García Campos, Gabriela Giménez de la Riva, Adrián Góngora, Rafael González, María Herrera, Rosana Hinojosa, Bernardino León, Juan Lomba, Rafa Lope, Javier López, Pablo Mahave, Álvaro Moles, Pepe Montalbán, Javier Monterrubio, Daniel Mora, Pablo y Gerard Moreno-Torres, Fernando Muñoz, Andrés Muñoz, Manuel Pacheco,

María Padilla, Telmo Pérez, Elena e Irene Pinazo, todos los Curro Romero, Gonzalo Saenz, Paula Vidaurreta, Natalia Valle, Carlos Velasco, Octavio Vellón, María Vicioso, Carlos Victoria, Elisabet Vives y Kilian Wirthwein. Todos ellos, junto a mis tíos (especialmente Chipi, Ron, Chini, Ignacio y Julieta) y la familia Mouliaá Ruiz de Elvira, han sido fundamentales.

Me resigno a decir que soy una víctima de Atocha, aunque incluso yo misma me rebelo contra eso. A que se me conozca como personaje público por esa cosa. Fue una inutilidad, fue una gran desgracia que aceleró el proceso. Ésa es mi gran desgracia, que por qué tengo que estar yo en medio siempre para que se aceleren las cosas. ¿Comprende? Yo no me siento una heroína, soy una víctima. Tendrás que estar ahí conmigo, que soy una víctima.

Dolores González Ruiz

## Prólogo

Es natural que la falsificación de la historia esté hoy a la orden del día. Entre las ciencias inexactas, la historia es aquella que lesiona más intereses materiales y psicológicos.

Victor Serge

Escribir la biografía de unos personajes recientes con un marcado carácter político tiene muchos riesgos. Es casi inevitable caer en diversos errores unas cuantas veces. Por un lado, la simplificación excesiva de los protagonistas puede llevar a representaciones alejadas de la realidad. Por otro, la distancia del narrador es susceptible de provocar una equidistancia que no sea fiel a lo acontecido. En mi caso, no parto de la base de que los personajes históricos deban ser objeto de un juicio positivo o negativo porque estuvieran supuestamente en el lado correcto o incorrecto de la historia. Tampoco me preocupa que haya quien se sienta ofendido por lo que se cuenta, mientras se haga con seriedad y con ánimo de llegar a la verdad. Mi único objetivo ha sido llegar lo más lejos posible en el conocimiento de las vidas de Dolores González Ruiz (Lola), Enrique Ruano, Javier Sauquillo y otros miembros de su generación. En este proceso, es inevitable cometer algunos errores tanto por incapacidad personal como por dificultades insuperables. Mi primera aspiración es que mis errores no se deban a sesgos ideológicos preconcebidos sino a mis propias insuficiencias. Durante el proceso de escritura, he cambiado de opinión en diversas ocasiones sobre las posiciones y actitudes que mantuvieron todas las personas que aparecen en el libro. No he escrito esta biografía con una idea preconcebida de la historia de España que iluminara mi investigación: este libro no pretende ser académico y solo aspira a ser riguroso.

Cuando entrevisté a Santos Juliá, éste me dijo que no me fiara de los testimonios personales y me advirtió acerca de los «sesgos de la memoria». Tenía razón. En las más de cincuenta entrevistas realizadas para elaborar este libro, algunos entrevistados me han dicho cosas inverosímiles, equivocadas, absurdas o contradictorias con otros testimonios anteriores. Otros me han contado invenciones de tal magnitud que solo se explican desde un claro desconocimiento de lo ocurrido, una sorprendente mala fe o una imaginativa capacidad para el autoengaño. También en numerosos libros, en especial los escritos por periodistas o historiadores no académicos, he encontrado errores que me hacen estar alerta ante los posibles fallos que haya podido cometer. De este modo, he confiado tanto en los libros como en las entrevistas cuando he observado cierta coherencia interna, y he tratado de ponderar hasta donde fuera posible la verosimilitud de lo que cuento con múltiples visitas a archivos y obras de referencia. Es cierto que yo no había nacido cuando ocurrieron los hechos que cuento, y que desgraciadamente no tengo formación de historiador. Además, no cabe duda de que los testigos a los que he podido entrevistar recuerdan las cosas interesadamente: pocas cosas más humanas que la transformación interesada de los recuerdos y la memoria. Consciente de estos problemas, he indicado en todo momento de qué lugar he extraído la información para que pueda ser contrastada. Esta información ha sido cotejada con otras fuentes que no siempre he añadido, y tiene como origen mi confianza en la honestidad personal y profesional del entrevistado o investigador aludido. Esto no significa que no pueda entonar un *mea culpa* cuando haya tomado por ciertos hechos que no lo fueron. Pero sí significa que sea escéptico a las posibles críticas de los partícipes en esta historia: el tantas veces entonado «yo estuve allí» no es siempre una prueba absoluta de veracidad.

Reconstruir las vidas de Lola (1946-2015), Javier (1947-1977) y Enrique (1947-1969) no ha sido una tarea fácil. Nuestros protagonistas se conocieron cuando llegaron a la universidad y se politizaron; antes, sus vidas no se habían cruzado en ningún momento. Los tres eran hijos de vencedores de la Guerra Civil y provenían de familias con buena posición en el franquismo.<sup>1</sup> Mis principales fuentes de información han sido los testimonios de las más de cincuenta personas que he entrevistado en diversos lugares de España, numerosos libros sobre la Transición, los sumarios de la muerte de Enrique

Ruano y la matanza de Atocha y varios archivos, como el personal de Torcuato Luca de Tena y el de Margot Ruano, el Archivo del Partido Comunista de España, el de la Universidad Complutense de Madrid, el Archivo Histórico de Comisiones Obreras, los Fondos Contemporáneos del Ministerio del Interior, el Archivo General de la Universidad de Navarra y el Archivo General de la Administración. A pesar de mi esfuerzo, sobre todo tras la Matanza de Atocha en 1977, en ocasiones me ha resultado complicado reconstruir dónde y qué estuvo haciendo Lola. Ella tuvo una vida compartimentada en diferentes existencias paralelas (casi) independientes entre sí. Mantenía gran distancia entre muchas de sus relaciones más cercanas, y muchos de sus mejores amigos apenas se conocieron entre sí. En varias ocasiones, he dado datos que presumía básicos a personas con las que Lola mantenía una prolongada y afectuosa relación de amistad. Por eso, quiero pedir disculpas por la posible adulteración de la imagen de Lola que algunos de los que la conocieron puedan obtener de la lectura de este libro. Mi objetivo no ha sido adecuar me a esas imágenes prefiguradas y hasta cierto punto idealizadas, sino asomarme a lo que fue Lola en sus distintas etapas.

Si la imagen de Lola ha podido quedar injustamente alterada en esta crónica, los riesgos en el caso de Javier y de Enrique son mucho mayores. Desde su muerte ha transcurrido mucho tiempo, y este factor ha configurado su personalidad tanto en la memoria colectiva como en la frágil memoria de las personas que los conocieron cuando eran jóvenes. Morir joven, cuando todo es futuro y vidas posibles, permite que cada persona proyecte su propia utopía sobre una existencia que, por no cumplida, puede ser proyectada y rellenada con las ilusiones particulares. Por respeto a la memoria de los protagonistas de esta historia, he tratado de evitar las aventuradas descripciones psicológicas que no estuvieran refrendadas por múltiples testimonios y evidencias, y he pretendido especular poco sobre los temas más personales de los que no he tenido suficiente información.

En esta historia de vidas truncadas, resulta imposible saber qué hubieran pensado Javier, Enrique y Lola respecto a la democracia actual si no hubieran sido víctimas de tan graves desgracias. Como en parte resulta inevitable, las figuras de nuestros protagonistas se instrumentalizaron políticamente tras su muerte. El caso más paradigmático fue el de Enrique, que ha sido utilizado por

varios grupos políticos y de quien se han prefigurado numerosas biografías políticas en los actos de homenaje. Cada corriente ideológica ha creado un Enrique que se ajuste a su ideología. El que fuera dirigente del Frente de Liberación Popular, Miguel Romero, explica este proceso a la perfección:

En los numerosos actos de homenaje a Enrique Ruano, he escuchado opiniones que ven en su porvenir bárbaramente truncado el éxito profesional como abogado, académico y miembro del *establishment* político. Puede ser. Incluso es probable que así hubiera sido. Pero se entenderá que yo prefiera imaginarle en otro porvenir posible compartiendo tenazmente la aventura de combatir al capitalismo, manteniendo así viva el alma revolucionaria del FLP.<sup>2</sup>

Las palabras de Miguel Romero, admitiendo múltiples historias posibles y expresando una mera preferencia dentro de las diversas opciones, son respetuosas con la memoria de Enrique. Sin embargo, otras apropiaciones, como cuando un diputado de Podemos enseñó su retrato al rey Felipe VI en señal de protesta contra la monarquía, son injustas con la memoria de Enrique. A este respecto, Fernando Savater ha dejado escrito que «nadie tiene derecho a aventurar cuáles serían hoy las ideas políticas de Enrique Ruano, si le hubieran dejado vivir».<sup>3</sup> Desde mi punto de vista, se trata de una cuestión de grado: no es lo mismo prefigurar opciones posibles y verosímiles que apropiarse de una vida futura con una perspectiva política cortoplacista.

Como pronto verá el lector, la intensidad de la existencia de nuestros protagonistas corrió en sentido inverso al discurrir de la democracia española: a medida que el país se democratizaba, sus vidas acabaron bruscamente o se convertían en un deambular lleno de depresiones, periodos de hospitalización, operaciones y malos recuerdos. Debido a lo emblemático de sus muertes, una parte de la sociedad española ha oído hablar de Enrique y Javier, y una rápida búsqueda en internet nos permite encontrar calles y homenajes a su nombre. Es mucha la gente que recuerda los aniversarios de su desaparición todos los años, y también destacados partidos políticos y sindicatos. Sin embargo, Lola, que sobrevivió a Javier casi cuarenta años, tuvo un final solitario que no ha merecido tantos homenajes. Aunque rodeada de buenos amigos que la acompañaron siempre, no pudo superar las muertes de Enrique y de Javier ni las heridas de Atocha. Anclada para siempre en el

pasado, su vida acabó con una incierta muerte que apenas es recordada por muy poca gente más allá de sus amigos, algunos grupos políticos de izquierdas y la Fundación Abogados de Atocha. Sirva este libro, especialmente, para recordar su figura.

A pesar de que en estas páginas trataremos sobre varios mitos de la izquierda española durante la Transición, como la muerte de Enrique y los asesinatos de Atocha, no he escrito este libro desde una perspectiva ideológica de izquierdas. Al menos, no desde una izquierda militante: no lo he escrito para legitimar o deslegitimar la Transición ni para dar aliento o desacreditar ningún discurso político. Tampoco para sumar evidencias a favor de ningún tipo de gran relato que trate de explicar la historia de España. Su objetivo es mucho más modesto: descubrir todo lo que fuera capaz acerca de unos personajes y una historia que me interesaban profundamente. Aspiro a que sea útil para que personas de mi generación comprendan la complejidad del entramado franquista y de la oposición al mismo, pero no está escrito con un afán utilitarista ni didáctico. Tampoco es una hagiografía de Lola, Enrique, Javier o de las víctimas de Atocha, aunque puede servir para recordar a los que lucharon desde tan distintas perspectivas contra la dictadura franquista. A través de la vida de Lola se pueden mostrar los extremos cambios vividos en España en los últimos cuarenta años, pero ni ella ni sus compañeros son los actores fundamentales de este cambio. No he pretendido mitificar el en ocasiones disparatado antifranquismo, y tampoco se ambiciona que se vea en Lola una metáfora de algo más que una infortunada vida en una dictadura que se va convirtiendo en democracia. Como ella misma señaló en múltiples ocasiones, Lola fue sobre todo «una víctima».

La vida de nuestros protagonistas atravesó varios acontecimientos que son ampliamente recordados por su generación, especialmente el concierto de Raimon y el entierro de los abogados asesinados en la calle Atocha, una noche de finales de enero de 1977. Muchas de las personas con las que he hablado sobre este libro me han señalado lo importante que fue para ellas asistir al funeral de aquellas víctimas y, si no acudieron, todas recuerdan dónde estaban ese día, en el que decenas de miles de personas, puño en alto, en un silencio impresionante, arrojaron en las calles de Madrid el paso de los féretros. Mi padre me contó por primera vez acerca de sus actividades revolucionarias

cuando yo tenía ocho años, paseando de la mano por la Ciudad Universitaria de Madrid. Seguramente ya entonces me contó algo sobre el entierro de Atocha. Repetimos ese paseo muchas más veces a lo largo de los años, y recuerdo sus historias en el Colegio Mayor Cisneros y sus aventuras antifranquistas como si fueran mías; de hecho, acabaron siendo mías. En cierto modo, cuando llegué desde Málaga a Madrid para estudiar sentía que una nueva vida comenzaba para mí por todas las cosas que me había contado mi padre. Conocía de memoria los nombres de los colegios mayores y me emocionaba pensar que jugaba al fútbol en los mismos campos, iba al mismo auditorio del Johnny a un concierto y atendía a una conferencia en el mismo Chaminade donde mi padre recuerda haber escuchado a dirigentes comunistas.

Mi padre era un joven revolucionario como podrían haberlo sido Lola, Enrique y Javier. Los jóvenes antifranquistas tuvieron que enfrentarse a un poder adulto que podía ejercer la violencia contra ellos por hacer cosas muy parecidas a las que pueden hacerse hoy día, en su mayoría inofensivas. Mi padre recuerda cómo, cuando intentaban bloquear las calles de Madrid para manifestarse, alguna gente se reía de ellos por la edad que tenían. Esos jóvenes revolucionarios corrían riesgos que en ocasiones podían ser extremos: parte de los adultos que se reían de los jóvenes amparaban un sistema criminal que podía castigar sus actividades con la muerte. Mi generación no se ha enfrentado a nada parecido. En el 15-M ningún joven temió por su vida, y los problemas a los que nos enfrentamos tienen más que ver con la falta de oportunidades laborales que con la actuación de la policía. En esta época, es difícil no sentir fascinación y cierta envidia por los jóvenes que asistieron al recital de Raimon de 1968 o al entierro de los abogados de Atocha. Sin embargo, ¿cambiaría alguien su año Erasmus por escuchar a Raimon, o la actual libertad sexual por enamorarse en Mayo del 68?

Este libro expone ante el lector tanto las ideas de los afectos al franquismo como las del heterogéneo antifranquismo, y en él aparecerán muchos nombres asociados a la actual democracia española defendiendo posturas poco conciliables con el actual estado de las instituciones españolas y europeas. La mayor parte de la futura derecha democrática se consideraba entonces conforme con un sistema que controlaba a la prensa y que ejercía una fuerte represión sobre quienes se opusieron al régimen. A su vez, una buena

parte de la oposición de izquierdas que se muestra en estas páginas amparó ideológicamente a dictadores criminales que cometían abusos y asesinatos masivos, si bien usualmente en países entonces remotos como China, Cuba y la Unión Soviética. Respecto a los jóvenes universitarios socialdemócratas y liberales, en este libro no aparecen demasiado: la mayoría de ellos no se atrevieron a abrir la boca hasta la muerte del dictador.

Pero más que una crónica de la historia contemporánea española, aquí se cuenta una universal historia de amor que trasciende la época y a sus protagonistas. Lola, Enrique y Javier no solo atravesaron interesantes circunstancias políticas, culturales e ideológicas en la España de los sesenta y setenta, sino que también construyeron una compleja historia de amor arrebatado por la desgracia y el crimen. Probablemente la historia de Lola, Enrique y Javier sea la del triángulo amoroso más trágico de la Transición, y así puede ser contada y reivindicada. Haciendo más las palabras del historiador Jordi Amat, en este libro «se trataba de intentar contar, sin mitificaciones y hasta donde fuera capaz, vidas que fueron y deberían seguir siendo sustancia y fundamento de nuestra libertad».<sup>4</sup>

Imagine ahora el lector un día soleado de marzo en el Madrid de 1968. De camino a Ciudad Universitaria, pasean tres jóvenes estudiantes: Lola, Enrique y Javier. Los tres se han integrado unos meses antes en el Frente de Liberación Popular, un grupo antifranquista más abierto y menos dogmático, aunque más radical, que el Partido Comunista de España. En un momento dado, un amigo les hace una foto en la calle Hilarión Eslava mientras caminan. Enrique sonríe, y su sonrisa es lo primero que llama la atención en la imagen. A su izquierda, mira extrañado a la cámara su gran amigo, y hasta cierto punto competidor, Javier. Es más bajo, lleva gafas y tiene un aire de intelectual francés. Es muy probable que los dos anduvieran discutiendo algún texto de Marx o del recientemente fallecido Che Guevara. A la derecha de Enrique se encuentra Lola, su incipiente novia, con la mirada algo perdida y nostálgica. En ese momento, pese a las típicas dudas asociadas a la juventud, es probable que los tres fueran felices y mirasen al futuro con cierta esperanza.

Los tres se dirigen a la facultad de Derecho para asistir a la conferencia del intelectual liberal francés Jean-Jacques Servan-Schreiber, al que pretenden abuchear por ser un exponente del «neocapitalismo». De camino al lugar de la conferencia, me imagino que se encuentran con un grupo de jóvenes progres estudiantes de filosofía a los que saludan brevemente: son Vicente Molina Foix, Fernando Savater y un extenso grupo de gente que simpatizaba, sin llegar a militar, con los partidos políticos de la izquierda. Después se encuentran a la hermana mayor de Javier, Paquita, que pasea con varios futuros militantes maoístas. Paquita, que ya no es universitaria, había sido junto con Manuela Carmena y Cristina Almeida un referente en la universidad de principios de los sesenta, y me gusta pensar que mira a su hermano con orgullo y una pizca de condescendencia derivada de su mayor experiencia. Más tarde, puede que Enrique, Javier y Lola se reunieran en el San Juan Evangelista con un grupo de miembros del Frente de Liberación Popular para coordinar las acciones de los siguientes días. Visualizo, entre muchos otros jóvenes, a Manuel Garí, Jesús Fernández de la Vega, José María Mohedano, Javier García Fernández y José Luis de Zárraga. Es fácil ver a Lola, es la única mujer en una sala repleta de humo de cigarro, libros marxistas y revolucionarios imberbes.

Al llegar a la facultad de Derecho, a Lola le dan una pancarta que reza «No al neocapitalismo, sí a la Europa socialista». Es posible que fuera uno de ellos el que esparciera las hojas, impresas en multicopista, en las que se podía leer «Servan, agente de los imperialistas yanquis». En cuanto aparece el orador, empiezan a silbarle e insultarle, ante las quejas del indignado decano de la facultad, Prieto Castro. Como en muchas otras ocasiones, gritan consignas contra Franco, el capitalismo, el colonialismo, el fascismo e incluso contra Santiago Carrillo. Otros estudiantes se solidarizan con el intelectual francés, que comienza diciendo: «He venido aquí para identificarme con los demócratas españoles, para solidarizarme con ellos en su lucha contra la represión». A nuestros protagonistas no les parece suficiente, y claman con el puño en alto contra Europa, Estados Unidos y el capitalismo. Aunque empiezan a retirarse, al ver que la conferencia comienza se sientan en diversos puntos de la sala. Ya en el turno de preguntas, Enrique, Javier y Lola observan cómo algunos de sus compañeros del Frente de Liberación Popular empiezan

lanzando papeles y palos y acaban arrojando piedras e incluso petardos. A la salida del acto, quizás observaron que los cristales y el parabrisas del coche del conferenciante habían sido destrozados por las piedras de los anarquistas.

Tras salir de la ajetreada conferencia, imagino a Enrique reuniéndose con su amigo Álvaro, en casa de su padre, José María Gil-Robles, para dialogar sobre el marxismo-leninismo, el gradualismo y la llegada del socialismo. También es fácil verlo con el cura Jesús Aguirre debatiendo de manera interminable sobre la unión del cristianismo con las nuevas izquierdas, sus dudas respecto a Dios o algún libro de Walter Benjamin. Por su parte, es posible que el intelectual Javier Sauquillo se hubiera metido en algún cine de Madrid para ver una película francesa o italiana, esas que tanto le gustaban. Quizá viera una del oeste, de John Ford o Howard Hawks, mientras reflexionaba sobre las concomitancias entre los westerns crepusculares y la lucha de clases. Por último, a Lola me la imagino asistiendo a los primeros anuncios de la música progresiva en España de la mano de José Manuel Brabo Castells, «Cachas». También podía estar fumando empedernidamente en un bar hasta altas horas de la noche, mientras hacía preguntas sobre la emancipación de la clase obrera, una posible interpretación de un libro de Althusser, el último ligue de Cristina Almeida o la organización del futuro concierto de Raimon.

Lo más probable es que tras la conferencia de Servan-Schreiber fueran los tres a tomarse una cerveza junto con otros compañeros. Quizá se vieron todos en el bar Zulía o el Pub Santa Bárbara, donde solían reunirse los antifranquistas. No puedo evitar proyectar la siguiente imagen: ya algo borrachos, entre el humo de los cigarros se miran Enrique y Javier, con gran admiración, pero con un deje de resentimiento y tristeza. Luego miran los dos a Lola, que a pesar de las dudas está enamorada de Enrique y seguramente no entiende del todo la mirada, y prosiguen la discusión sobre la correcta interpretación de un apartado concreto de *El capital* de Marx a la luz de Gramsci. Imagino a una Lola resplandeciente, admirada por casi todos sus compañeros del FLP, que están enamorados en secreto de ella y le dirigen la mirada tratando de llamar su atención. Enrique, mientras escucha a Javier, la mira con gran afecto y respeto: siente que es la mujer de su vida. Luego Enrique mira a Javier, que ya está hablando con mucha vehemencia sobre la

correcta interpretación de la lucha de clases en el universo althusseriano. La tristeza, los celos y las inseguridades inundan por un momento a Enrique, pero se repone y sigue bebiendo cerveza.

Cuando abandonan juntos el bar, ven a un grupo de gente de extrema derecha, que solía acudir a un bar cercano. Conocen a algunos de ellos, porque forman parte de Defensa Universitaria y vienen de familias parecidas a las suyas, pero no hacen ningún amago por saludarlos. Habían estado reunidos con el temible comisario Conesa y otros miembros de la Dirección General de Seguridad (DGS) en un bar de la zona, y se habían encontrado con el comisario Jesús Simón Cristóbal, que llevaría unos meses después a Enrique al piso donde éste moriría. Además, entre los chicos de ultraderecha se halla también José Fernández Cerrá, quien, a finales de enero de 1977, arrebatará la vida a Javier y, a Lola, cualquier atisbo de inocencia y esperanza para siempre.

He escrito este libro para poder recrear las conversaciones, historias personales, pensamientos políticos y profundas contradicciones de Lola, Enrique y Javier. Los dos últimos murieron jóvenes; como escribió Cioran, «todo el que no muere joven, merece morir». Lola perdió su vida tres veces a finales de enero. En este libro he intentado contar cada una de sus vidas.

## Chicos bien del franquismo

¿Dónde estarán ahora aquellas muchachitas con sus vestidos de flores del domingo, sus melenas, cogidas del brazo en grupitos de risas?

José Luis González Vallvé

Nuestra principal protagonista, Dolores González Ruiz, Lola, nació en León el 19 de octubre de 1946. Tuvo dos hermanos, Alberto y Miguel Ángel, conocido como el Chato. Sus abuelos paternos eran de Zamora y su familia materna tenía origen santanderino, por lo que iban a menudo a los dos lugares en las vacaciones de verano y Semana Santa. La familia tenía un negocio textil exitoso, presente en varias ciudades como Madrid, Zamora y León. El abuelo paterno de Lola, Dídimo González, había fundado el comercio La Perla, que tenía su principal establecimiento en León. El padre de Lola, Alberto González Castellano, había sido alférez en la Guerra Civil, y regentaba en Madrid las Sederías González. Era una persona atractiva y un mujeriego que, según el testimonio de Carmen García Mayo, engañaba a su mujer con las muchachas que trabajaban en su tienda.<sup>1</sup> Por su parte, la madre de Lola era una mujer discreta y encantadora que disfrutaba enormemente con las visitas y con las partidas de cartas con sus amigas. La familia tenía una ideología política prototípica de su buena condición social: conservadores e indiferentes a los vaivenes políticos cotidianos. Por parte de padre, Lola tenía familia en Zamora, Santander y en un pequeño pueblo del noroeste de Italia, Pinerolo.<sup>2</sup>

La educación de Lola fue la típica de las niñas burguesas de la época: muy marcada por la religión, un espíritu no igualitario entre hombres y mujeres y los valores nacionalistas españoles. Para una chica de su clase social, la

enseñanza privada y religiosa era la única opción contemplada por la mayoría de las familias.<sup>3</sup> Los colegios religiosos eran marcadamente clasistas, y solían admitir a un pequeño número de estudiantes sin recursos de manera gratuita como muestra de caridad cristiana. A los «gratuitos» se les dispensaba un trato diferente y discriminatorio. Por ejemplo, la hija del portero del edificio de Javier Sauquillo iba al mismo colegio que Paquita, hermana mayor de éste. Aunque salían juntas de su domicilio, una vez en el colegio se separaban: los horarios de recreo y atenciones recibidas eran diferentes para las «gratuitas» y el resto.<sup>4</sup> Según recuerda Paquita, la caridad cristiana se realizaba en general de manera que quedase clara la inferior condición social de los que recibían ayuda. La enseñanza mostraba un enorme tradicionalismo.<sup>5</sup> Por ejemplo, en el colegio de Paquita Sauquillo, las alumnas tenían que saludar a la madre superiora haciendo seis genuflexiones.<sup>6</sup> La asignatura de Formación del Espíritu Nacional aseguraba, junto a unos profesores mayoritariamente favorables al régimen nacional-católico, una educación doctrinaria en los valores del Movimiento Nacional.

El franquismo había depurado a la mayoría de los profesores que apoyaron a los republicanos, desde los universitarios a los de primaria. Al comienzo del régimen, la enseñanza estaba embebida de espíritu falangista, que impregnó la educación nacional-católica que recibió Lola de niña. La Ley de Enseñanza Primaria del franquismo, implantada en 1945, hacía hincapié en el aspecto religioso, nacional y físico de la educación, amén de la consabida separación de sexos. El catolicismo se vinculaba fuertemente con el concepto de nación española, noción que estaría unida a la idea del Imperio español, conciliando los conceptos de nacional-catolicismo y militarismo fascista.<sup>7</sup> Como reza el himno falangista *Montañas nevadas*, «Voy por rutas imperiales / Caminando hacia Dios». En las monedas acuñadas en la época, se podía leer la referencia a Franco como el «Caudillo de España por la gracia de Dios».

Lola fue de niña una devota religiosa que asistía siempre a misa, aunque en la adolescencia comenzó a distanciarse del catolicismo. La Iglesia se había alineado con la España franquista, convirtiéndose en uno de los más importantes valedores internacionales del régimen. El Concordato con la Santa Sede firmado en 1953 oficializó la relación de estrecha cercanía entre el régimen y el Vaticano. Sin embargo, tras la muerte en 1958 de Pío XII, ocupó

el papado Angelo Roncalli, Juan XXIII. Sus encíclicas, de 1961 y 1963 respectivamente, *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris* supusieron un cambio doctrinal, con un llamamiento a la acción social. El paso más decisivo fue la convocatoria del Concilio Vaticano II, que influyó en organizaciones universitarias apostólicas progresistas.<sup>8</sup> Estas reformas acometidas por Juan XXIII coincidieron con un cambio en la actitud de los sacerdotes españoles hacia el movimiento obrero, al que numerosos sacerdotes se acercaron debido al éxito de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC). Para Franco, la actividad de la Juventud Obrera Católica (JOC) y la HOAC era política y no apostólica, y creía que la pretensión de atraer a los obreros con unas proclamas que calificaba de demagógicas era favorecer al socialismo y a derivas comunistas.<sup>9</sup> En todo caso, la Iglesia que conoció Lola de niña era mucho más conservadora que la que luego se integraría en parte de los movimientos antifranquistas.

Su padre, Alberto González, fue seguramente el que decidió que la familia se trasladara a Madrid cuando Lola tenía unos once años.<sup>10</sup> Se instalaron en un edificio de la calle Arapiles, en un piso acorde a su condición social. En este sentido, sus amigos de provincias, de visita o estudios en Madrid, en ocasiones se sorprendían del refinamiento de la casa madrileña de Lola. En concreto, algún amigo de Zamora pasó apuros para pelar la fruta con cuchillo y tenedor, una circunstancia impensable en su entorno.<sup>11</sup> Aunque Alberto González era hasta cierto punto serio y distante con algunas de las visitas, la madre de Lola era muy abierta y cariñosa, y solía invitar a los amigos de ésta a comer.<sup>12</sup> La infancia de Lola transcurrió principalmente en las tres ciudades del negocio familiar, y los veranos de la adolescencia en Santander. Era una niña que destacaba por una timidez que fue perdiendo poco a poco y una religiosidad apasionada de la que también se iría distanciando.

Lola era especialmente guapa. Desde niña, llamaba la atención a todos los compañeros de juego tanto en sus veraneos en Zamora como en Santander.<sup>13</sup> Como muestra, la llegada de Lola a la provinciana Zamora suponía todo un acontecimiento para el grupo de amigos de José Luis González Vallvé, debido a su belleza y a su fina manera de hablar madrileña. Sus amigos zamoranos la llamaban Mariló o Loli, como preferiría hasta años más tarde. En esa época entabló relación en Zamora con un grupo de amigos bastante

diverso, que seguirían caminos y trayectorias divergentes y reflejarían el arco ideológico de la España de la Transición. Era un grupo extraño ya que se juntaban personas de las dos instituciones, bien diferenciadas, en las que se podía estudiar en Zamora: el colegio público Claudio de Moyano y el privado Corazón de María. La pandilla contaba con gente tan variopinta como Francisco Molina y Ramiro Muñoz Haedo, que acabarían vinculados a Izquierda Unida y al Partido Comunista de España; Miguel Ángel Pertejo y José María Francia, afines al Partido Popular y al Partido Socialista Obrero Español, y José Luis González Vallvé, que trabajaría en la Comisión Europea durante muchos años. En Zamora, y también con mucha relación con esa pandilla, estaban las primas paternas de Lola: María Eva y Loli. Lola y sus primas participaban con devoción en las procesiones de Semana Santa, y los chicos de la pandilla las seguían para poder verlas pasar una y otra vez.<sup>14</sup> Como escribió algo literariamente la periodista Marisol López en el diario *La Opinión de Zamora*:

Loli representaba en aquella sociedad pacata la modernidad, el vértigo de la gran ciudad, un destino aún inalcanzable en aquel mundo, cuya asfixia percibían de forma inconsciente entre los escasos horizontes que ofrecían los baños en el río y los paseos por la avenida. A decir de sus antiguos amigos, ya por entonces, muy al principio de los años sesenta, cuando contaban quince o dieciséis años, poseía una personalidad muy definida, una presencia que cautivaba a aquellos adolescentes que admiraban su atractivo físico, su porte, su manera de vestir y hasta aquellos mocasines antecesores de los náuticos que nunca antes se habían visto por aquellos lares.<sup>15</sup>

En Santander Lola se encontraba con una pandilla de juegos distinta, y en un entorno diferente que tuvo enorme influencia en su vida: el mar. La familia comenzó a veranear en Santander cuando Lola tenía unos diez años. Desde comienzos de julio hasta finales de septiembre, pasó gran parte de sus veranos en esa ciudad. En Santander tenía unos primos carnales de la misma edad, Luis y María Teresa Pascual. Vivían en la calle Castelar, una de las principales del barrio Puertochico. El padre iba y venía de Madrid para trabajar en la tienda que tenía en la calle Quevedo. Un grupo de unos veinte chicos de la burguesía acomodada se hicieron al poco tiempo amigos de Lola y su hermano Miguel. Todos eran hijos de familias que se conocían entre sí, y formaban un círculo algo endogámico y cerrado. Aunque todos provenían de la misma clase social

y eran muy parecidos, había algunas diferencias entre la madrileña y más fina Lola y sus amigos santanderinos, sobre todo en la forma de vestir y hablar. Durante toda su adolescencia Lola llevó el pelo corto en un estilo que se denominaba entonces a lo *garçon*. Poco a poco, iría dejándose el pelo más largo, y en la universidad llevaría una larga melena rubia.<sup>16</sup> También sorprendía bastante a sus amigos que, con catorce o quince años, fuera a la playa con un libro a leer, mientras los demás únicamente jugaban a las palas o tomaban el sol.

Nadie del grupo destacó más adelante por su implicación política, y más bien se produjo entre ellos un distanciamiento en cuanto la Lola universitaria empezó a mantener unas ideas tan alejadas a las de este ambiente. En esos veranos, solo escuchaban música en el tocadiscos, iban al dique, se bañaban en la playa, jugaban y patinaban. Aunque todo el grupo de amigos era religioso, casi ninguno acudía a misa a diario. Sin embargo, Lola sí acudía todos los días a la iglesia de los Capuchinos.<sup>17</sup> Se hizo muy amiga de Pancho Mora, convertido con catorce o quince años en una especie de novio informal veraniego. Pancho jugaba muy bien al fútbol, y fue fichado por el Betis en 1963, de manera que realizó el Preuniversitario en Sevilla mientras Lola lo hacía en Madrid. Aunque nunca perdió el vínculo con la ciudad, poco a poco Lola fue dejando de ir tan asiduamente a Santander.<sup>18</sup>

Lola tuvo en general una buena relación con sus padres. En palabras de nuestra protagonista, ellos «eran unas personas muy sensatas, que nos inculcaban especialmente el sentido de la responsabilidad».<sup>19</sup> En cambio, la relación con sus hermanos, especialmente con Miguel, con el que nunca congenió, fue más complicada. Además de su familia, una persona que tuvo una gran influencia fue Sagrario, una mujer que ayudaba en las tareas domésticas y muchas veces se ocupaba de los hijos del matrimonio.<sup>20</sup> Sagrario ayudaba a Lola con algunas de las tareas del colegio que no quería hacer, especialmente actividades relacionadas con la costura u otras tareas domésticas por las que no tenía predilección.

A su llegada a Madrid, Lola estudió en el colegio de la Institución Teresiana. Desde muy pronto hizo amistad con Carmen García Mayo, que más adelante se convirtió en una conocida psicoanalista.<sup>21</sup> Las profesoras de ese colegio eran monjas que seguían las doctrinas del padre Poveda, asesinado en

la Guerra Civil, pero no eran demasiado conservadoras. La mayoría de las monjas tenían carreras universitarias, y hacían posible que en el colegio hubiera un ambiente dinámico en el que las chicas podían tener más libertades que en la mayoría de las instituciones de la época. Según recuerda Carmen García Mayo, varias alumnas procedían de familias ilustres, como las nietas de Franco y la hija de Ruiz-Giménez, y en general existía una gran mezcla ideológica en el colegio. Durante su etapa escolar, especialmente cuando preparaba el curso preuniversitario, Lola hizo algunas amigas que luego la acompañarían en sus inicios universitarios.<sup>22</sup> Cultivó su afición por la lectura, la música y el cine, que la acompañarían toda su vida, y además tuvo sus primeros conatos de rebeldía y de compromiso político. Como muchas otras personas de su generación, su primera concienciación social vino de la mano de un cura obrero que llevaba a un grupo de gente de su colegio a ayudar a personas en situación desfavorecida.<sup>23</sup>

Aunque Lola no sacó demasiadas buenas notas en la universidad, en el colegio fue una de las mejores alumnas.<sup>24</sup> Estudiaba mucho, era disciplinada y era capaz de manejar gran cantidad de datos e información, pero tenía cierta dispersión y no solía memorizar las cosas, lo que le impediría sacar grandes notas en algunos exámenes puramente memorísticos de la época.<sup>25</sup> Superó exitosamente el Examen de Grado Superior realizado en 1962 y terminó el Curso Preuniversitario en junio de 1963. Lo habitual para una chica de clase acomodada y procedente de un colegio de monjas, como ella, era comprometerse formalmente con un novio y no seguir una formación universitaria. Aunque ya en la década de los sesenta comenzaba a ser normal que algunas mujeres estudiaran, permitir que Lola fuera a la universidad mostraba que su entorno familiar era más abierto.<sup>26</sup> Del grupo de amigas de Lola del colegio, muchas de ellas fueron a la universidad, así que es probable que ella lo viera con cierta naturalidad. Es difícil saber exactamente por qué decidió estudiar Derecho. Tenía predilección por el latín, el griego y las humanidades, pero no sabemos por qué se inclinó por Derecho y no por Filosofía.<sup>27</sup> Algunas de sus amigas del colegio o del preuniversitario decidieron seguir la misma carrera, así que es probable que hubiera algún tipo de motivación grupal.

En el caso de Manuela Carmena, Cristina Almeida o Paquita Sauquillo, que estudiaron Derecho justo antes que lo hiciera Lola, la motivación para estudiar esta carrera fue variopinta. La hermana de Javier estuvo a punto de no poder seguir estudiando tras repetir un curso en el colegio, y su madre tuvo que convencer a su padre, entonces moribundo, que no tenía particular interés en que sus hijas estudiaran, para que continuara un año más. Finalmente, tras obtener buenas notas en los cursos de acceso a la universidad, decidió estudiar Derecho para «enfrentar y afrontar las injusticias sociales».<sup>28</sup> Paquita traspasó estas inquietudes a su hermano Javier, que llegó bastante más politizado, y a la izquierda, que sus mejores amigos a la universidad. Cristina Almeida también decidió estudiar Derecho por su incipiente preocupación social, que pensó que podría compaginar bien con la carrera.<sup>29</sup> Para Manuela Carmena la elección fue mucho más sencilla, pues sus padres eran relativamente liberales, pero vio cómo varias de sus compañeras de colegio renunciaban a la universidad con el objetivo de encontrar un buen matrimonio.<sup>30</sup>

Desde pequeña, Lola había cultivado cierta afición por la música, y tenía una buena colección de discos. Era una lectora apasionada de novelas, y en muchas ocasiones iba con un libro bajo el brazo a lugares como la playa o el parque.<sup>31</sup> Entre las lecturas de las niñas de la época, eran habituales los cuentos de Elena Fortún protagonizados por Celia, una niña preguntona y algo rebelde que influyó en una jovencísima Manuela Carmena.<sup>32</sup> Otra protagonista de las historias que leían era Antoñita la Fantástica, el personaje creado por Borita Casas que se convertirá en una referencia para muchos de nuestros protagonistas. Por su parte, la exitosa película de exaltación religiosa *Marcelino, pan y vino* causó fuerte impresión entre los hermanos Sauquillo.<sup>33</sup> En todo caso, nada en la infancia de ninguno de nuestros protagonistas permitía presagiar sus futuras actitudes políticas. Respecto a Lola, si acaso podría remarcarse el ya mencionado catolicismo, más bien superficial, típico de la infancia y primera adolescencia en la España de los cincuenta, que la llevaba a tener constantes expresiones de solidaridad con otras personas.<sup>34</sup> La falta de interés por la política es reseñable en los padres de Lola, que nunca apreciaron el compromiso de su hija cuando entró en la universidad, y que

ignoraron o pretendieron ignorar la afiliación política de Lola hasta que ya era demasiado evidente. Sin embargo, en las tragedias que persiguieron a Lola, sus padres siempre estuvieron a su lado.<sup>35</sup>

En el ambiente de absoluto aislamiento, pobreza endémica y censura de mediados de los cuarenta, las posibilidades eran pocas incluso para las familias más acomodadas. Aunque a la familia Sauquillo nunca le faltaría nada para comer, el ambiente en la casa era de austeridad. Típicamente, en las familias de esta clase social los hijos pasaban la mayor parte del tiempo en el colegio y con las cuidadoras. La educación de los hijos se delegaba mayoritariamente en las madres, y los padres pasaban menos tiempo con sus hijos debido al trabajo.<sup>36</sup> Francisco Javier Sauquillo Pérez del Arco nació en Ceuta el 3 de diciembre 1947. Fue el menor de tres hermanos, habiéndole precedido Paca y José Luis. Ceuta pertenecía entonces a la provincia de Cádiz y tenía una población de 60.000 habitantes, entre las que se contaban numerosos militares. Era una ciudad multicultural, en la que además de comunidades bastante segregadas de cristianos y musulmanes había pequeñas comunidades judías e hindúes. La pobreza era inmensa, y a la hora de comer era habitual que algunas personas acudieran a pedir ayuda a casa de los Sauquillo. En la primera infancia de Javier, algunos misioneros cruzaban el estrecho de Gibraltar con el objetivo de evangelizar a la población. Cuando los misioneros llegaban, a los hermanos les daba la impresión de que la vida se paralizaba, las plazas se convertían en iglesias provisionales y se realizaban todo tipo de actos y procesiones. En 1952, la familia abandonó Ceuta y se mudó a Madrid.

Los padres de Javier eran Deseada Pérez del Arco y José Luis Sauquillo. La familia tenía una gran posición económica y social, y los dos abuelos de Javier habían formado parte de las elites de la generación anterior. Su abuelo paterno, Luis Sauquillo, había sido gobernador civil de Cuenca y Orense, además de diputado por Madrid. A Paquita Sauquillo, hermana de Javier, le impresionaba de niña la foto de su abuelo con Alfonso XIII justo antes de que abandonara España. Por parte materna, el abuelo de Javier fue pionero en el negocio de los automóviles en España, y vendía coches de la marca Hisparco.

José Luis Sauquillo era teniente coronel de Intervención Militar, además de ingeniero industrial y abogado; murió cuando Javier tenía nueve años. Poco antes, había llevado a la familia a visitar el casi terminado Valle de los Caídos, que les fue mostrado por, en sus propias palabras, «un rojo que ahora estaba regenerándose». En la Guerra Civil, José Luis Sauquillo se había refugiado en la embajada de Chile, de manera que no tuvo participación en ningún combate. Era un hombre culto, conservador y relativamente tolerante, que se hubiera adscrito a la oposición monárquica de haber vivido más años, según la opinión de su hija Paquita. Su entierro fue presidido por el general de Intervención Militar, y en la sepultura esperaban las plañideras: unas mujeres desconocidas para la familia que se encargaban de llorar desconsoladamente a los difuntos por una cantidad de dinero. Su muerte provocó un largo luto en la familia, y Paquita pasó toda su adolescencia vestida de negro. Javier pagaría sus estudios con el dinero de una beca del Ejército, la pensión de viudedad de su madre y los excedentes producidos en las propiedades rústicas que tenía la familia en Fuenlabrada.

La madre de Javier, Deseada Pérez del Arco, había tenido una sólida formación musical, aunque abandonó su vocación por la ópera para obtener el certificado de buena conducta necesario para la licencia matrimonial. Javier estudió muy aplicadamente en el colegio Calasancio de Madrid, caracterizándose desde pequeño por su seriedad, cabezonería y aplicación. Por este motivo, le dieron de niño el premio del colegio al mejor estudiante, que entonces se denominaba El Príncipe. Seguramente a causa del impacto por la muerte de su padre, Javier asumió desde pequeño una actitud muy preocupada y servicial con el resto de su familia. En su familia la política era un tema que no se tocaba. Sin embargo, la entrada de su hermana mayor Paquita y de su hermano José Luis en el ambiente antifranquista universitario permitió a Javier tener desde los quince años un contacto primerizo con determinados libros y realidades. Lo cierto es que Javier destacó desde su entrada en la universidad como uno de los estudiantes más leídos, pedantes y sobresalientes que ingresaron en los grupos de oposición.<sup>37</sup>

Por su parte, Enrique Ruano estudió en el madrileño Colegio de Nuestra Señora del Pilar. Situado en el adinerado barrio de Salamanca, había sido fundado por la Sociedad de María (Marianistas) en 1907, y ya se había convertido en uno de los grandes colegios madrileños cuando Enrique comenzó allí su andadura. En su entrada destacaba la frase del Evangelio de San Juan: «la verdad os hará libres». Por la enorme cantidad de futuros cuadros dirigentes que estudiaron en el Pilar, como Javier Solana, Alfredo Pérez-Rubalcaba, Torcuato Luca de Tena y Luis María Ansón, se le ha llegado a llamar quizás exageradamente el «Harvard español». Se caracterizaba por dar una formación con toques de algún modo liberales y por crear cierto sentimiento de comunidad entre los estudiantes. Se ha escrito en numerosas ocasiones sobre el carácter elitista del colegio, lo que explicaría la cantidad de estudiantes del Pilar que alcanzaron posteriormente las más altas posiciones en diversos ámbitos.<sup>38</sup>

El Pilar era un colegio hasta cierto punto masificado, con cinco secciones por curso de entre 35 y 40 alumnos. Era también relativamente progresista, y la simbología franquista no inundaba el ambiente escolar. En el colegio, la llegada de Fidel Castro al poder ilusionó a algunos de sus alumnos. Un jovencísimo Juan Luis Cebrián, director entonces de la revista del centro *Soy Pilarista*, escribió un editorial en ella criticando el puñetazo de Fidel Castro al embajador español en Cuba Juan Pablo Lojendio.<sup>39</sup> Enrique no participó activamente en la revista, a pesar de que la llegó a dirigir su buen amigo y compañero de clase Fernando Savater. Pese a ser más liberal que otros colegios religiosos, el Pilar controlaba estrictamente el comportamiento de los alumnos, siguiendo el imperante código moral franquista. Al jovencísimo Antonio Gallifa, que acabó haciendo amistad con Lola en el PCE muchos años después, lo expulsaron en el último año por tener relaciones con una corista.<sup>40</sup> En la biblioteca del Pilar, un libro titulado *¿Es pecado bailar?* explicaba que, salvo la jota y algunas otras danzas regionales, bailar era un grave pecado.<sup>41</sup>

Además del domingo, los alumnos estaban obligados a ir a misa otro día adicional. Aunque era en teoría una actividad voluntaria, también tenían que ir un día a la semana a confesarse.<sup>42</sup> En el Pilar hubo varios casos de personas que pensaron en la posibilidad de ordenarse sacerdotes, entre otros, el propio Enrique antes de entrar en la universidad. Como demostró tanto en su decisión

de entrar y salir del seminario marianista y en múltiples ocasiones posteriores, Enrique mantenía enormes dudas internas respecto a la religión, y reflexionaba mucho antes de tomar decisiones. Aunque en ocasiones podía dar la apariencia de ser una persona segura de sí misma, debatía intensamente consigo mismo todo tipo de cuestiones políticas, morales, psicológicas y amorosas.<sup>43</sup> En todo caso, sus dudas religiosas eran prototípicas de una generación y de un enfrentamiento radical con una realidad muy distinta a la de los libros que empezaban a leer. De manera parecida a la niña Lola, Enrique era fervientemente religioso. En los ejercicios espirituales que se realizaban en el colegio, Enrique era muy activo.<sup>44</sup> En los días anteriores a Semana Santa, era habitual que se fuera junto con otros compañeros a realizar los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, una serie de meditaciones, ejercicios mentales y oraciones escritas con la intención de mejorar la experiencia personal de la fe católica. Los ejercicios comenzaban siempre con la pregunta: «para qué he venido yo a este mundo».<sup>45</sup>

Por otra parte, parece ser que hubo casos de pederastia mientras Enrique era alumno del colegio. Posteriores dirigentes destacados de Unión de Centro Democrático y periodistas como Juan Luis Cebrián parecen haber sido víctimas de abusos sexuales en el Colegio del Pilar.<sup>46</sup> De manera exagerada, este último ha estimado que prácticamente la mitad de los alumnos de aquel centro sufrió algún tipo de abuso sexual.<sup>47</sup> No obstante, ningún indicio permite sospechar que Enrique hubiera sufrido algún episodio de este tipo.<sup>48</sup>

Enrique destacó en el Pilar como uno sus mejores alumnos. En esa época, las notas eran semanales, y Enrique acumulaba la nada habitual nota semanal de sobresaliente con algunos esporádicos notables. Aunque posteriormente determinados sectores del régimen trataron de emitir una imagen negativa de Enrique, proyectándolo como un chico deprimido y con tendencia al suicidio, lo cierto es que los datos de que disponemos de su infancia dibujan una imagen muy distinta. En los informes que escribían los curas sobre los alumnos, solía destacarse la capacidad y el buen comportamiento de Enrique. Sus compañeros de clase lo recuerdan como una persona muy deportista que, además, destacaba por las notas y por ser muy guapo. Era muy querido y las personas que lo conocieron lo señalan ya entonces como alguien muy activo y con un gran atractivo desde que superó la adolescencia. Era el prototipo de

chico perfecto en las familias conservadoras: deportista, religioso y buen estudiante. Fernando Savater ha descrito al Enrique de esos años como un chico «despierto, tocado por la gracia, ingenuo y valeroso». <sup>49</sup> Aunque dotado de una sensibilidad especial y un aire de cierta nostalgia, tuvo una infancia y adolescencia felices. <sup>50</sup>

En la promoción de Enrique, había muchos estudiantes de origen vasco. Entre ellos, el preadolescente recién llegado a Madrid Fernando Savater destacaba en el colegio por su fuerte acento vasco. Savater sufrió durante sus primeros años un matizado «acoso escolar», debido a que «hacía gestos extraños con la cabeza, bizqueaba y no me gustaba el fútbol ni ningún otro deporte de los que se jugaban en el solar que hacía de campo de recreo». <sup>51</sup> Enrique era compañero de curso del futuro filósofo, así como del catedrático de Psicología Evolutiva Álvaro Marchesi y del arquitecto gaditano Julio Malo de Molina. Muchos de los alumnos más destacados de El Pilar estudiaron posteriormente Derecho. En un país con tanta presencia de profesiones jurídicas como España, Derecho era la carrera elegida por aquellos que querían ser funcionarios o aspiraban a tener una carrera política, y era una licenciatura extraordinariamente popular en la época. <sup>52</sup> De las promociones anteriores a la de Enrique, y vinculados con la oposición antifranquista y con *Cuadernos para el Diálogo*, comenzaron Derecho Javier Elorza, Javier y Nacho Rupérez, Ignacio Camuñas o Julio Rodríguez Aramberri, entre muchos otros. <sup>53</sup>

La familia de Enrique veraneaba habitualmente en Zarautz, donde Enrique hizo numerosos amigos vascos. Enrique tenía pasión por el deporte, la lectura y el cine. En verano jugaba muchas horas al tenis hasta la caída del sol. Según ha escrito su hermana Margot, ganó varios torneos vascos y navarros *amateurs* de tenis. También leía mucho, y desde la adolescencia pasaba largas tardes encerrado en su cuarto con los libros. Dotado de una sensibilidad especial para la poesía, es posible que ya entonces escribiera algunos poemas, quizá de temática religiosa. Por supuesto, aún no había comenzado las lecturas que caracterizarían a la generación de estudiantes antifranquistas de los sesenta, pero faltaba poco para ello. <sup>54</sup>

Por su parte, con una muy buena posición económica y social, la familia de Javier veraneaba mayoritariamente también en el País Vasco, en San Sebastián. Acudían también a numerosos pueblos cercanos de Madrid para visitar a familiares, como Leganés, Pinto, Parla o Villaviciosa de Odón, y a la sierra a esquiar. Asimismo, como gran parte de la burguesía madrileña, paseaban por la calle Serrano (conocida ya entonces como el «tontódromo») e iban a los conciertos matinales del Teatro Circo Price, que tuvieron gran éxito entre la juventud acomodada madrileña.<sup>55</sup> Los días de fiesta, muy habitualmente tras asistir a la misa, grupos separados de chicos y chicas acudían con sus mejores ropas, peinados, colonias y perfumes para verse fugazmente con los otros grupos. Los «niños de Serrano» llenaban las terrazas de Roma, El Águila o la cafetería Iowa, y es muy probable que nuestros protagonistas estuvieran entre ellos.

Carmen García Mayo recuerda varios guateques que organizaron ella y Lola en sus casas, cómo iban llevando el tocadiscos a los pisos y las broncas que les echaban por las fiestas.<sup>56</sup> Además de pasear y salir, nuestros protagonistas iban mucho al cine, que se iría convirtiendo en su gran pasión. Paquita Sauquillo no se cansaba de ver las películas de Gregory Peck y Gary Cooper. Su película favorita era *El hidalgo de los mares*, que llegó a ver al menos cinco veces. Además, en la época era muy típico escuchar radionovelas como los relatos del Lejano Oeste de *El Coyote* o *Dos hombres buenos* o las aventuras de *Diego Valor*.<sup>57</sup> La autora más leída de la época era la popularísima escritora de novela rosa Corín Tellado,<sup>58</sup> a la que el escritor Cabrera Infante describía como «la inocente pornógrafa» por cómo describía la pasión sin recurrir a escenas explícitas de sexo.<sup>59</sup>

En esos años Lola, Enrique y Javier tomaron algunas decisiones de trascendencia para su vida. Enrique estuvo muy cerca de seguir una vida completamente diferente, y de no asistir a la Universidad. Ante las dudas religiosas comunes en muchos miembros de su generación, decidió ingresar en el seminario marianista de La Parra, en Gredos.<sup>60</sup> En las actividades de temática religiosa, Enrique coincidió en el seminario con el futuro escritor y biólogo Francisco García Marquina.<sup>61</sup> Permaneció en aquel seminario unos cuantos meses, pero no se adaptó en la orden marianista. Ya dotado de algún tipo de componente ideológico, parece ser que intentó dar cursillos que tenían

alguna influencia «marxista» a otros compañeros de seminario, para asombro de los Padres Marianistas.<sup>62</sup> En todo caso, al cabo de unos meses decidió abandonar su vocación de servicio religioso, y regresar a Madrid a estudiar Derecho. Aunque es posible que ya hubiera comenzado alguna lectura de contenido marxista, es altamente improbable que con diecisiete años Enrique tuviera claros los conceptos a los que dedicaría sus años universitarios.

Javier destacó desde niño como un lector voraz y de gran madurez. Cuando llegó a la universidad, con apenas diecisiete años, impresionó a varios de sus compañeros antifranquistas por haber leído libros que ellos ni siquiera conocían de oídas. Ya entonces se situaba a la izquierda de la mayoría de sus compañeros, y nunca se sintió cercano a la democracia cristiana.<sup>63</sup> Al fin y al cabo, desde muy pronto había tenido noticias de lo que ocurría en la universidad por sus activos hermanos mayores. Su hermana participaba en numerosos movimientos cristianos de base y el comprometido José Luis, tras ser elegido delegado de curso, sería expedientado y tuvo que acabar la carrera en Bilbao.<sup>64</sup> Seguramente por la temprana muerte de su padre y la notable influencia de sus hermanos, destacó desde pronto como alguien que era capaz de asumir responsabilidades y de dedicarse al trabajo teórico. Extraordinariamente metódico, serio, trabajador, cabezota, y pedante, era una de las mejores cabezas de los jóvenes que entraron a la universidad en 1964. No era deportista ni especialmente atractivo físicamente como Enrique, pero destacaba por unas habilidades intelectuales que no tardó en demostrar. Además, a diferencia de Lola y sobre todo de Enrique, no fue tan religioso en su adolescencia ni a la entrada en la universidad. Este hecho colocaba a Javier en una situación mucho más ventajosa a la hora de afrontar las profundas contradicciones espirituales a las que se enfrentarían sus amigos.<sup>65</sup>

A diferencia de Javier, Lola nunca trataba de destacar intelectualmente delante de sus compañeros. En general, tenía ciertas dudas sobre su capacidad para el trabajo intelectual. Con casi toda seguridad estas autocríticas eran injustas consigo misma, y mostraban más una tendencia a la autoconmiseración y una brutal autoexigencia que una fundada duda real sobre sus capacidades. Quizá Lola podría haber lucido más de haber querido tener un protagonismo individual del que siempre rehuía, y que la hacía más propensa a participar en actividades intelectuales colectivas que en acciones individuales. La

curiosidad intelectual de Lola era, en cualquier caso, insaciable, y fue una gran lectora de todo tipo de géneros literarios y ensayísticos. Era bastante buena en latín y griego, y posteriormente ayudaría a la hermana pequeña de Enrique, Margot, a superar esas asignaturas. De su grupo de amigas, era la que mejor se manejaba en francés.<sup>66</sup>

Como hemos visto, nuestros protagonistas tuvieron infancias arquetípicas en las familias acomodadas del Madrid de los cincuenta. Durante su adolescencia nada hacía presagiar que se iban a convertir en líderes estudiantiles en guerra abierta contra el franquismo y el capitalismo al poco tiempo de comenzar la universidad. Como tantos otros opositores al franquismo, las vidas políticas de Lola, Enrique y Javier empezaron en la universidad, el lugar donde las personas inquietas podían encontrar asideros en el páramo de la dictadura.

## La vida empieza en la universidad

El Caudillo para la universidad, la universidad para el Caudillo.

Antonio Tovar

Cuando nuestros protagonistas estaban a punto de entrar en la universidad, el régimen de Franco daba los últimos retoques superficiales para tratar de integrarse en la Comunidad Económica Europea. Tras un informe de la Comisión Internacional de Juristas de Ginebra en el que se decía que la España franquista no podía considerarse un Estado de Derecho, el ministro de Información y Turismo Manuel Fraga escribió en 1964 el memorando *España, Estado de Derecho. Réplica a un informe de la Comisión Internacional de Juristas* junto con otros ministros.<sup>1</sup> En este escrito, que no estaba firmado, se intentaba equiparar el sistema jurídico español con el de los otros países europeos, pero para ello dejaba pasar por alto las múltiples diferencias existentes tanto a nivel jurídico como político. Ciertamente, en esos años hubo cierta renovación del lenguaje político de la dictadura a instancias de Fraga, y nuestros protagonistas pudieron vivir con mayores posibilidades que las que tuvieron las generaciones anteriores.<sup>2</sup> Pero España aún estaba muy lejos de ser un país equiparable a una democracia europea.

La universidad española tampoco era equiparable a la de los países europeos, aunque es cierto que había ido haciéndose más liberal muy lentamente desde los inicios del franquismo. Entre 1939 y 1944, se nombraron el 55,7 por ciento de los catedráticos, que habían sido previamente sometidos a un proceso de depuración ideológica.<sup>3</sup> Pedro Laín Entralgo definió como «atroz desmoche» lo ocurrido en la universidad en España, que según su punto de vista devastó la actividad docente y académica de las universidades.<sup>4</sup>

Según la Ley de Ordenación Universitaria de 1943, que se mantuvo vigente durante más de veinticinco años, la universidad era «el ejército teológico para combatir la herejía y la creadora de la falange misionera que debe afirmar la unidad católica».<sup>5</sup> En la terminología de la época, la aspiración franquista de la universidad era crear «la escuela de mandos de la patria».<sup>6</sup>

La única asociación universitaria legal era el Sindicato Español Universitario (SEU), creado durante la Segunda República española por Falange e impulsado por José Antonio Primo de Rivera con el objetivo de sustituir a la Federación Universitaria Escolar (FUE), creada en 1926 por Antonio María Sbert, uno de los fundadores de Esquerra Republicana de Cataluña.<sup>7</sup> La FUE estaba dominada por juventudes socialistas y comunistas, y los enfrentamientos entre la FUE y el SEU fueron corrientes y salvajes durante la República: los cuchillos, armas cortas e incluso pistolas no faltaban en los enfrentamientos.<sup>8</sup> Durante la Guerra Civil, tanto los delegados de la FUE como del SEU combatieron en el bando correspondiente.<sup>9</sup> Estas peleas serían replicadas por nuestros protagonistas treinta años después. Cuando en 1946 nació Lola, el SEU era la asociación universitaria por excelencia, y era la única organización legal. El SEU seguía activo cuando entraron nuestros protagonistas en la universidad, si bien estaba ya en horas bajas debido al descrédito que había sufrido durante los años cincuenta y al anquilosamiento del sindicato.<sup>10</sup>

Entre 1961 y 1963 se habían creado semiclandestinamente una serie de organizaciones universitarias, siendo la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), sucesora de la FUE, la más influyente.<sup>11</sup> La FUDE surgió en Madrid por un acuerdo entre la Nueva Izquierda Universitaria, el Partido Comunista de España (PCE) y los socialistas universitarios, convirtiéndose en una especie de «correa de transmisión» entre las formaciones políticas.<sup>12</sup> La FUDE era la plataforma habitual en la que los estudiantes críticos con el franquismo comenzaban su socialización política antes de formar parte de los partidos políticos clandestinos.<sup>13</sup> A partir de la FUDE, los estudiantes se ponían en contacto con las organizaciones, de una manera similar a la que ocurriría con Lola, Enrique y Javier.<sup>14</sup> Cuando Lola entró en la hoy Universidad Complutense de Madrid, la FUDE contaba con casi unos cuatrocientos miembros en la capital. Junto a ésta, se crearon la Unión de

Estudiantes Demócratas (UED), en la que figuraban numerosos democristianos, y el Movimiento de Reforma Universitaria, promovido por José Luis López Aranguren. Este tipo de organizaciones suponía una novedad para los estudiantes primerizos, que descubrían la existencia de entidades organizadas dentro de la universidad que se oponían al franquismo.

La entrada en la universidad suponía un inmenso cambio para la mayoría de los jóvenes, a muchos de los cuales se les abría un mundo nuevo, empezando por la posibilidad de conocer personas del sexo opuesto.<sup>15</sup> Cuando el jovencísimo estudiante de Derecho Héctor Maravall comenzó su periplo universitario en el año 1966, unos años más tarde que Lola, lo primero que le llamó la atención fue la posibilidad de salir por la noche y conocer chicas.<sup>16</sup> Años antes, Juan Luis Cebrián, hasta entonces un devoto alumno del colegio del Pilar, había decidido cambiar su vocación de sacerdocio por la del periodismo tras la visión de las chicas de la facultad de Derecho. Cuando Vicente Molina Foix comenzó la carrera de Derecho, en el mismo curso que Lola, se sorprendió de encontrar a mujeres sin complejos y capaces de tomar determinadas iniciativas políticas.<sup>17</sup> En su novela *El joven sin alma*, quizás idealizadamente, escribe que consideraba a dos estudiantes comunistas como «astros distantes del cielo inalcanzable de la ortodoxia».<sup>18</sup> Hay que tener en cuenta que la mayoría de los alumnos procedían de colegios religiosos con separación obligatoria entre sexos, y que muchas veces no habían tenido trato diario con personas del otro sexo más allá de sus padres o hermanos.<sup>19</sup>

Cuando Lola entró en la universidad en 1963, estaba a punto de comenzar un movimiento estudiantil a escala europea que tendría hondas resonancias en España tanto a nivel político como sexual, cultural y social. En este sentido, sería fundamental la llegada de la píldora anticonceptiva a mediados de los sesenta, que, aunque condenada por la Iglesia como método pecaminoso, se convirtió en símbolo de la liberación de la mujer entre los grupos antifranquistas.<sup>20</sup> En palabras de Cristina Almeida, «cuando la píldora vino, yo me la metía hasta por las orejas».<sup>21</sup> Según lo vivieron los estudiantes universitarios de distintas generaciones, hubo cierto cambio de valores entre la generación que entró a principios de los sesenta y los que entraron a finales. Sin embargo, también a finales de los sesenta seguía siendo complicado que la

mayoría de las chicas se acostaran con alguien que no fuera su novio más o menos estable, y normalmente quienes no tenían novio se mantenían en la más estricta abstinencia.<sup>22</sup>

A comienzos de los años sesenta iniciaron su andadura universitaria tres mujeres muy relacionadas con nuestros protagonistas: Cristina Almeida, Manuela Carmena y Paquita Sauquillo. Las tres de la misma promoción, se encontraron con una etapa nueva del movimiento estudiantil madrileño, y en un ambiente de ebullición cultural y social que, aunque casi siempre minoritario, compartía elementos comunes con los movimientos universitarios de otros países europeos. El primer día de universidad, nada más cruzar la puerta de la facultad de Derecho, que se había trasladado a mediados de los cincuenta desde el caserón de San Bernardo a Ciudad Universitaria, Manuela Carmena descubriría algo que era inimaginable hasta entonces para ella: un recital de poesía. A partir del año 1962, y mientras las movilizaciones iban tomando más fuerza, las tres se hicieron buenas amigas, y formaron un grupo con otros chicos de diversas procedencias, como el colegio Estudio. Compraban e intercambiaban libros en la librería Fuentetaja, como *El laberinto español*, de Gerald Brenan, y *La Guerra Civil española*, de Hugh Thomas, y se posicionaron con la República en la Guerra Civil. Casi todos ellos los publicaba la editorial Ruedo Ibérico desde París. Hasta entonces, las únicas lecturas políticas que Manuela Carmena había hecho eran las obras de José Antonio Primo de Rivera, que le habían parecido sugerentes por su corte social y su lenguaje radical.<sup>23</sup>

Aunque la universidad era más abierta que otras instituciones franquistas, muchos profesores de los años sesenta mantenían una actitud muy conservadora. El catedrático de Derecho Canónico, profesor Maldonado, hacía salir de clase a las alumnas cuando iba a explicar las causas dirimentes y los impedimentos para contraer matrimonio. En el año 1962, las alumnas de la clase de Paquita Sauquillo se opusieron por primera vez a ser expulsadas, de manera que la clase tuvo que continuar a pesar de las quejas del profesor.<sup>24</sup> Lola y sus amigas tuvieron una experiencia parecida, e hicieron que el avergonzado profesor siguiera dando su clase diciendo en latín todas las palabras relacionadas con la sexualidad.<sup>25</sup> Además de reivindicaciones feministas, en la universidad había numerosas protestas directamente dirigidas

contra el régimen. En 1962 se produjeron una serie de eventos significativos en la universidad. Comenzaron una serie de disturbios derivados de las huelgas mineras asturianas y del reconocimiento del Estudio General de Navarra, controlado por el Opus Dei, como universidad oficial. Hubo manifestaciones estudiantiles en la plaza de Moncloa y en la plaza de Cristo Rey en solidaridad con los mineros, que fueron disueltas violentamente por la policía.<sup>26</sup> A consecuencia de la violencia, tuvo lugar una nueva manifestación que terminó en un encierro nocturno en el edificio de San Bernardo, constituyéndose la II Asamblea Libre de Estudiantes. En poco tiempo, nuestros protagonistas participarían activamente en estas asambleas.

Lola comenzó los estudios de Derecho en 1963. El plan de estudios de la carrera estaba marcado por los ejes longitudinales de la educación franquista: la religión católica, el culto al físico y el nacionalismo español. Por ello, junto a asignaturas arquetípicas de la carrera, como Derecho Penal, Civil, Procesal, Mercantil, Internacional Público o Administrativo, tenían asignaturas como Derecho Canónico, Religión (que era una asignatura anual que se daba cuatro años seguidos), Educación Física (durante tres años) o Formación Política I, II y III, en las que eran adoctrinados en los principios del Movimiento Nacional.<sup>27</sup> Según cuentan algunos estudiantes de aquellos años, las asignaturas de Religión y de Educación Física eran una mera formalidad, y los estudiantes las pasaban sin hacer prácticamente nada.<sup>28</sup> Por su parte, las asignaturas de Formación Política se habían introducido originariamente para que los estudiantes se politizaran en los valores falangistas, pero en los sesenta la Falange había perdido poder y su influencia en la universidad era algo menor que en las décadas anteriores.<sup>29</sup>

Lola siguió el conocido como Plan 1953. En aquella época, los estudiantes de primero de Derecho seguían un curso de cuatro asignaturas anuales: Derecho Natural, Derecho Romano, Historia del Derecho y Derecho Político. El primer curso tenía menos asignaturas que los posteriores, que tenían una media de cinco materias propiamente de la carrera y otras tres que eran más fáciles y estaban relacionadas con los principios de adoctrinamiento del régimen. Además, en el primer curso había una calificación numérica junto a la calificación habitual de suspenso, aprobado, notable o sobresaliente, que servía para compensar alguna asignatura suspendida.<sup>30</sup> Entre los profesores

de los cursos siguientes destacaban el futuro ministro de Asuntos Exteriores Laureano López Rodó y García de Enterría en Derecho Administrativo, Antonio Hernández Gil en Derecho Civil, Sánchez Agesta en Derecho Político y Antonio Quintano Ripollés en Derecho Penal.<sup>31</sup> Convivían profesores franquistas extremadamente conservadores junto con otros más tolerantes a las corrientes de pensamiento críticas con el franquismo.

Joaquín Ruiz-Giménez daba la asignatura de Derecho Natural en primero y la de Filosofía del Derecho en quinto.<sup>32</sup> Ruiz-Giménez fue profesor de nuestros protagonistas e iba a tener mucha relación con ellos. Siempre recordaría a Enrique como a un «excelente estudiante», y puso una matrícula de honor a Javier.<sup>33</sup> Curiosamente, Ruiz-Giménez recordó años más tarde haberle puesto a Enrique la matrícula de honor en Derecho Natural,<sup>34</sup> pero lo cierto es que en su expediente figura la calificación de notable.<sup>35</sup> Aunque Ruiz-Giménez no era especialmente versado en las materias de Filosofía del Derecho, ahondaba en sus clases, desde una perspectiva tolerante, en las relaciones entre cristianismo y derecho, de una manera que seguramente resultaba muy atractiva al participativo Enrique.<sup>36</sup> Además, como hemos dicho, Ruiz-Giménez hacía cierta labor de captación de jóvenes talentosos, de una manera similar a la que Dionisio Ridruejo hiciera una década antes, y mantuvo una buena relación con ambos alumnos. Con respecto a Lola, su relación acabó siendo bastante cercana, y Ruiz-Giménez se convirtió en su abogado poco tiempo después de ser su profesor.<sup>37</sup>

Si Lola ya llamaba la atención por su belleza en sus veraneos, en la universidad su extraordinario atractivo no dejó indiferente a los jóvenes estudiantes.<sup>38</sup> Como expresaría esclarecedoramente Héctor Maravall: «nos tenía a todos un poco o un mucho enamorados».<sup>39</sup> No era en absoluto un decir. La mayoría de sus compañeros en el FLP, aunque varios de ellos no llegaran a declararse nunca, se sintieron en algún momento medio enamorados de Lola.<sup>40</sup> Su melena rubia, su esbelto cuerpo y su energía y genio, que había ido venciendo poco a poco a su originaria timidez, le daban un aura que cautivó a una muy buena parte de su entorno. Fumadora empedernida, impresionaba su sonrisa y su permanente disponibilidad para realizar cualquier tipo de

actividad. Además, en ocasiones era bastante coqueta, y sabía cómo llamar la atención de los demás, aunque no se prodigara demasiado en las conversaciones grupales.

Hay que tener en cuenta que, cuando se inició en el FLP, Lola estaba en un ambiente predominantemente masculino, en el que de hecho llegó a ser por momentos la única militante mujer del FLP en toda la facultad de Derecho. Amante del cine, la política, la psicología, la literatura, la conversación y la cerveza, para los que la conocieron recién entrados en la universidad, con dos o tres años menos que ella, se convirtió en una especie de mito romántico inalcanzable. Por su parte, Lola era una mujer enamoradiza capaz de caer prendada de un chico con mucha intensidad.<sup>41</sup> Extraordinariamente nocturna, en algunas épocas de su vida disfrutó pasando noches enteras en conversaciones sobre los más variados temas entre cervezas y cigarrillos, en las que se mezclaban los comentarios políticos con la diatriba intelectual y los cotilleos nocturnos.<sup>42</sup> Aunque era al principio tímida e introvertida, Lola preguntaba mucho y le gustaba escuchar y discutir los razonamientos de los demás. En general tenía unas opiniones muy marcadas, y algo dogmáticas, sobre la mayoría de los temas políticos. Esta tendencia se iría agudizando a lo largo de su vida, tras las desgracias que no le dejarían evolucionar ideológicamente hacia ningún lado.

En los primeros días del curso, los alumnos de la clase de Lola fueron separados en función de los colegios de los que provenían. Lola mantuvo su amistad con el grupo de chicas de su colegio y del curso preuniversitario. Cuando los padres de Lola se ausentaban, era habitual que el grupo de amigos se reuniera en su casa. Lola tuvo varios pretendientes desde que entró en la universidad. Por ejemplo, su compañero de clase Liborio Hierro, futuro catedrático de Teoría del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid, parece ser que le pidió a Juan Cristóbal González que le presentara a Lola, debido a que le había llamado mucho la atención en clase. Liborio invitó a Lola a ir a esquiar, pero ella rechazó tanto ir a la montaña con él como tener ningún tipo de relación sentimental.<sup>43</sup>

Su primer año en la universidad coincidió con una crisis del PCE universitario, que se paralizó por las luchas internas y por el importante sector escindido de «claudinistas», influidos por las posiciones de Jorge Semprún y

Fernando Claudín, cuyos puntos de vista coincidieron durante un tiempo con los de los miembros del Frente de Liberación Popular (FLP).<sup>44</sup> En los años siguientes, el PCE universitario se renovó con el liderazgo de personas altamente relacionadas con nuestros protagonistas, como Marian Lozano, Juan Cristóbal González, Juan Díaz de Atauri, Pilar Brabo o Román Oria.<sup>45</sup> Aunque Lola no formó parte de ninguna organización durante su primer año universitario, se empezó a interesar por las actividades políticas. Es muy probable que asistiera a alguna de las conferencias que se celebraron en la universidad durante aquel curso, como las que se organizaban en los diversos colegios mayores y facultades. Sabemos que asistió a la I Semana de Renovación Universitaria,<sup>46</sup> celebrada en marzo de 1964 en Madrid, Bilbao y Barcelona, organizada en las conflictivas Cámaras de Ciencias Políticas y Económicas. Tras varias reuniones clandestinas de miembros de las distintas organizaciones políticas, se prepararon una serie de conferencias y actividades para tratar de renovar la universidad y atacar al régimen franquista. Las dos primeras conferencias fueron de José Luis López Aranguren y de Joaquín Ruiz-Giménez, los días 10 y 11 de marzo, sin que se produjera ningún incidente reseñable.

Los problemas comenzaron al día siguiente, cuando se prohibió una conferencia en la facultad de Derecho, y hubo algunos altercados. El 13 de marzo se prohibió la intervención de Tierno Galván en el paraninfo de la Universidad, y los estudiantes fueron reprimidos por la policía tras manifestarse en la Jefatura Nacional del SEU. Posteriormente, fueron a la facultad de Económicas mientras tenía lugar la Cámara Sindical, y constituyeron la III Asamblea Libre de Estudiantes, elaborando un documento en el que se pedía autonomía para la universidad y libertad de sindicación universitaria. Cuando una parte de los estudiantes se mantuvo en el recinto por la noche, tras unos apasionados debates sobre la idoneidad del encierro, el rector decidió que debía desalojarse la universidad, y la policía entró violentamente en la facultad de Económicas y detuvo a todos los que no lograron escapar.<sup>47</sup> No se sabe con exactitud el papel de Lola en todos estos acontecimientos, pero sí que estuvo presente en algunas de las asambleas y conferencias. Durante su primer año, Lola mantuvo una actitud observadora de todo lo que ocurría a su alrededor, pero no llegó a posicionarse políticamente

de manera clara. Aun así, sabemos por el testimonio de sus amigas de entonces la impresión que provocó al grupo la primera carga policial, y el hecho de tener que huir de unos temibles policías a caballo.<sup>48</sup>

Los primeros años en la universidad supusieron para Lola el comienzo de las lecturas prohibidas, el progresivo acercamiento a la izquierda marxista, a la lucha contra Franco, a la rememoración de la Guerra Civil y la República, y a la profundización en el cine, la música y todo tipo de actividades culturales. Lo que vio en la universidad debió de suponer un shock para Lola, que pudo comprobar cómo todo lo que hasta ese momento le habían dicho en el colegio y en casa no era del todo cierto. Como le pasó a buena parte de su generación, Lola tuvo una relación ambivalente con la religión desde su entrada en la universidad. Algunos de sus amigos más cercanos la han definido como una absoluta atea,<sup>49</sup> mientras que otros se sorprendían de que en ocasiones Lola afirmara creer en Dios.<sup>50</sup> Su futura relación con Enrique pudo intensificar sus dudas religiosas. En todo caso, sin control por parte de las monjas del colegio o de sus padres, Lola pudo descubrir que en la universidad había otra vida posible en la que ella tenía más libertad de elección, tanto religiosa como sexual. En ese ambiente, algunos alumnos adoptaban posturas paternalistas con las chicas que no seguían los patrones establecidos. Por ejemplo, era habitual que algunos estudiantes no politizados le dijeran al grupo de amigas de Lola que debían evitar algunas compañías, como Juan Cristóbal González, al que acusaban de ser un rojo que las llevaría por el mal camino.<sup>51</sup>

Que una alumna universitaria se interesara por la política provocaba interés en algunos chicos y desconcierto en la mayoría. A Manuela Carmena, un estudiante le dijo que estaba sorprendido de que tuviera un novio que, además, era guapo.<sup>52</sup> En muchas ocasiones, se pensaba que las mujeres que participaban en asuntos políticos lo hacían por no haber encontrado un novio que las sacara de estas actividades. Sin duda, algunas chicas se metían en política a partir de las actividades de sus comprometidos novios.<sup>53</sup> Como los hombres eran mayoría, muchas mujeres tendían a sentirse inseguras de sí mismas a la hora de expresar su opinión. En palabras de la misma Lola, «éramos menos y además de ser menos se daba cierto complejo, es decir, pensábamos que estos chicos que cuánto saben y yo no soy capaz de expresarme con esta agilidad». <sup>54</sup> Pero esto no evitaba que hubiera algunas

mujeres asumiendo roles protagonistas en las organizaciones estudiantiles, como sería el caso de alguna de las conocidas de Lola, como la eminente Pilar Brabo Castells, que llevaría la organización universitaria del PCE desde 1967 a 1973, Cristina Almeida, Marta Bizcarrondo o Manuela Carmena. Como hemos visto antes, en el curso de Lola entraron un grupo de chicas que también tuvieron un papel destacado en la oposición, como sus buenas amigas Mercedes Lozano y Marian Lozano. La primera comenzó a trabajar poco tiempo después de iniciar los estudios, siendo una de las pocas estudiantes que compatibilizaba ambas actividades. Lola tomó muchas veces apuntes para Mercedes, que iría en bastantes ocasiones a casa de Lola a estudiar por las noches.<sup>55</sup>

Poco después de comenzar la universidad, Lola mantuvo un breve noviazgo con Ignacio Rupérez Rubio, Nacho, futuro periodista de *El País* y embajador español en Irak.<sup>56</sup> En una ocasión, los padres de Lola habían salido de Madrid teóricamente durante unos días, y Nacho fue a su casa. Como los padres volvieron intempestivamente, Nacho se escondió debajo de la cama y Lola llamó a sus amigos para que llegaran a casa y les sacaran del apuro.<sup>57</sup> Nacho, tres años mayor que Lola, era hermano de Javier Rupérez, que había estudiado como él en el colegio del Pilar y fue un miembro integrante del Partido Popular desde su fundación; ETA lo tuvo secuestrado durante un mes en 1979. Junto a otros antiguos estudiantes del Pilar, Javier Rupérez estuvo presente en la fundación de *Cuadernos para el Diálogo* en 1963, y era parte de la oposición democristiana al régimen. Es probable que Nacho Rupérez y Lola se conocieran en alguna de las actividades que hacían los estudiantes antifranquistas vinculados a la revista dirigida por Ruiz-Giménez.

A las reuniones semanales de *Cuadernos para el Diálogo* acudían irregularmente un número de personas que estaban vinculadas a la facultad de Derecho —que también acabarían frecuentando nuestros protagonistas— y que en su mayoría participaban en las actividades que se organizaban desde la Cátedra de Filosofía del Derecho de Joaquín Ruiz-Giménez.<sup>58</sup> El contacto más habitual con los alumnos lo llevaba a cabo el joven profesor Gregorio Peces-Barba, discípulo de Ruiz-Giménez. Durante algún tiempo, acudirían irregularmente a un seminario que preparaba Peces-Barba para estudiantes como Lola, Javier, Román Oria o Nacho Rupérez, entre otros muchos jóvenes

con inquietudes. En general, Peces-Barba no tuvo demasiado éxito con la formación política de nuestros protagonistas, que acabaron alejándose del personalismo cristiano y abrazando opciones políticas mucho más izquierdistas. Con el que más relación llegó a tener fue con Enrique, que al final también se acabó desvinculando por motivos ideológicos.<sup>59</sup>

En octubre de 1963, dirigido por el omnipresente Joaquín Ruiz-Giménez, se publicó el primer número de *Cuadernos para el Diálogo*, una revista cultural que supuso una apertura intelectual enorme en el panorama del franquismo, especialmente gracias a la pluralidad de ideas y personas que desfilaron por la publicación. La revista tuvo una periodicidad mensual hasta 1976, cuando se convirtió en un semanario que dejó de editarse en 1978. Tras su destitución como ministro de Educación después de los sucesos de 1956, Ruiz-Giménez había retomado su actividad docente en la Universidad de Salamanca durante cuatro años, teniendo como ayudante de cátedra a Elías Díaz. A su vuelta a Madrid, acogió para su cátedra de Filosofía del Derecho a Gregorio Peces-Barba, muy próximo a las teorías personalistas de Jacques Maritain y Emmanuel Mounier. Éste era un filósofo francés católico muy preocupado por las cuestiones sociales y políticas, fundador de la muy influyente revista *Esprit* en 1932. La mayoría de sus colaboradores habían sobrevivido a los años de la Francia de Vichy y de la posguerra, y aspiraban a crear una moralidad antiburguesa que encontrara en la religión y la espiritualidad una guía para la existencia humana.<sup>60</sup> El personalismo y las actitudes personales y filosóficas de Mounier tenían muchas cosas en común con las de Gregorio Peces-Barba y Joaquín Ruiz-Giménez, y su papel dentro del régimen franquista fue parecido al que los pensadores del círculo de *Esprit* mantuvieron durante la Francia de Vichy. En la cátedra de Filosofía del Derecho, una especie de cuna del personalismo español, confluyó buena parte de la gente de *Cuadernos*, como Leopoldo Torres, Julio Rodríguez Aramberri, Raúl Morodo o, posteriormente, Tomás de la Quadra Salcedo o Liborio Hierro, que eran del mismo curso de Lola.<sup>61</sup>

En la revista colaborarían integrantes de la democracia social cristiana de Gil-Robles, monárquicos liberales como Jaime Miralles, socialistas como Pablo Castellano y Tierno Galván, y numerosos comunistas, que fueron los que más positivamente acogieron la revista en sus inicios.<sup>62</sup> Varios miembros del

PCE mantuvieron gran contacto con los jóvenes cristianos de los primeros tiempos de la revista, alguno de los cuales acabó militando en partidos marxistas. Sin embargo, en los primeros años el mayor protagonismo entre los colaboradores situados a la izquierda del espectro político lo tuvo el FLP, que incorporaría a numerosos militantes, entre los que se acabaron encontrando nuestros protagonistas, al grupo de participantes habituales. También participaría la legendaria periodista y deportista Lili Álvarez, tres veces finalista del torneo de Wimbledon entre 1926 y 1928 y primera española en participar en unos Juegos Olímpicos, los de Chamonix en 1924. En el afán inicial de conseguir aproximar al mayor número de tendencias ideológicas, Ruiz-Giménez tuvo la idea de invitar a la reunión fundacional de la revista a gente tan variopinta como el comunista Marcelino Camacho, la hermana del fundador de la Falange Pilar Primo de Rivera, el falangista Fernando Suárez y el democristiano antifranquista Mariano Aguilar Navarro, pero finalmente fue disuadido de ello por los jóvenes vinculados al proyecto.<sup>63</sup>

Influidos por el giro progresista de la encíclica *Pacem in Terris*, por el Concilio Vaticano II que empezó en 1962, y por la búsqueda de paralelismos con los países europeos democráticos, el núcleo de la revista era heterogéneo pero compartía la búsqueda de un cristianismo más abierto y tolerante, una democracia homologable a la de otros países y la reconciliación nacional.<sup>64</sup> La publicación tuvo un gran éxito, y el primer número se reeditó varias veces, para enfado de los censores del régimen, que no esperaban una revista con tanto contenido político y censuraron muchos de sus artículos. Al poco tiempo, se situó como la más difundida entre licenciados, estudiantes y profesores universitarios, destacando extraordinariamente entre los menores de treinta y cinco años. La revista fue evolucionando, desde un componente más democristiano hasta el año 1968 a uno mucho más socialista a mediados de los setenta. De manera progresiva, Javier, Lola y Enrique se fueron separando de *Cuadernos para el Diálogo*, ya que a medida que se radicalizaban, entraron en contacto con otras personalidades, muy alejadas del grupo de Ruiz-Giménez y Peces-Barba.<sup>65</sup>

Ya desde su lanzamiento, *Cuadernos* tuvo problemas con la censura y con el Ministerio de Información y Turismo dirigido por Fraga, desde el que se hizo saber tras el primer número de la revista que «esto no es lo autorizado,

esto es una revista política, no intelectual». <sup>66</sup> Posteriormente, en las periódicas reuniones que tenían RuizGiménez y Fraga, en las que reinaba muchas veces la desconfianza, el ministro de Información se mostraba muy disconforme con las actuaciones de Ruiz-Giménez, que apuntaría en su diario unos años más tarde que

[Fraga] me dijo con sinceridad —que le agradezco— que retiraría el registro de nuestra Editorial; que el expediente disciplinario a *Cuadernos* seguiría después de las demás posibilidades con sanción no leve (dada la agresividad y peligro crecientes de nuestra revista); y que agotará todo lo posible y lo imposible el tiempo y las vueltas antes que concedernos la autorización pedida para la edición. <sup>67</sup>

Los artículos de Elías Díaz, Raúl Morodo y Ruiz-Giménez, amén de una pequeña nota escrita por el diplomático liberal Salvador de Madariaga, fueron censurados en ese primer número. Por otra parte, *Cuadernos* tuvo ciertas dificultades para llegar a todo tipo de público, y su destinatario principal fueron las elites universitarias. Aunque tenía un espíritu transversal, la revista era endogámica y elitista, con un lenguaje jurídico muchas veces especializado que hacía difícil que llegara a las clases trabajadoras. <sup>68</sup>

En el curso 1964-1965, mientras el régimen celebraba los veinticinco años de paz del franquismo y *Cuadernos para el Diálogo* continuaba su ascenso, Javier y Enrique comenzaban sus estudios de Derecho. Coincidieron en su curso estudiantes con destacada trayectoria antifranquista en la universidad, como Román Oria, Juan Díaz de Atauri o Ignacio Muñagorri. Además, compaginando Derecho con Económicas, se encontraba el futuro fundador de *Libertad Digital* Alberto Recarte. Tanto Enrique como Javier habían sido excelentes estudiantes en sus respectivos colegios, y en su primer año de universidad ya destacaron. Enrique sacó tres notables y un sobresaliente, mientras que Javier obtuvo matrícula de honor en Derecho Natural y Derecho Político, <sup>69</sup> sin duda asignaturas que casaban extraordinariamente con su carácter incipientemente intelectual. Es posible que la actividad política dejara huella en las notas de nuestros protagonistas, que bajaron algo en los siguientes cursos. En segundo de carrera, Javier no sacó tan buenas notas y solo obtuvo sobresaliente en la asignatura de Derecho Penal. A partir de entonces, era habitual que Javier se dejara una asignatura

para la siguiente convocatoria con el objetivo de poder sacar mejor nota. Curiosamente, sus peores notas fueron siempre en las asignaturas más fáciles para todos los estudiantes como Religión, Formación Política y Educación Física. Javier tenía que agotar varias convocatorias para aprobar Educación Física y a la vez obtenía matrículas de honor en las asignaturas más complicadas como Hacienda Pública y Derecho del Trabajo.<sup>70</sup> Por su parte, Enrique se presentó en su segundo curso a más asignaturas que Javier, y obtuvo una matrícula de honor en Derecho Canónico, y buenas notas en Religión y Formación Política.<sup>71</sup> Lola no destacó por sus buenas notas en ningún momento y según el testimonio de sus amigas tuvo que ir a varias convocatorias extraordinarias.<sup>72</sup>

Más allá de la vida académica, Enrique y Javier se vieron inundados por un entorno nuevo con multitud de posibilidades inesperadas. Hay que tener en cuenta que Enrique se incorporó unos meses tarde debido a que se encontraba haciendo el seminario marianista.<sup>73</sup> Por culpa de esto, participó menos en la vida universitaria. De hecho, personas de su curso como Román Oria o Ignacio Muñagorri lo sitúan realizando un curso menos que ellos, y entrando por tanto más tarde en el ambiente antifranquista.<sup>74</sup> Lo cierto es que Enrique hizo el curso 1965-1966 matriculándose como no oficial,<sup>75</sup> pero es seguro que llegó a participar durante ese curso en las actividades universitarias. Enrique y Javier pronto se harían amigos.<sup>76</sup>

Cuando entraron en la facultad de Derecho, uno de los principales ejes en los que gravitaban las organizaciones políticas eran las elecciones de delegados de curso y del Centro, que eran los que formaban la Cámara de Facultad.<sup>77</sup> Las distintas organizaciones políticas competían por los puestos y se acercaban a los nuevos alumnos con el objetivo de que éstos optaran por un determinado proyecto político. Varios grupos católicos, como las Juventudes de Estudiantes Católicos, y otros como la Unión de Estudiantes Demócratas (UED) de Peces-Barba competían con los comunistas, los escasos socialistas y los del Frente de Liberación Popular (FLP) por llamar la atención de los estudiantes. Estas organizaciones trataban de captar a los estudiantes de primero de Derecho, ya que éstos podían ser muy importantes a la hora de decidir las votaciones.<sup>78</sup> La FUDE, que como hemos visto era la organización habitual donde los recién llegados a la universidad comenzaban a politizarse,

trató con ese objetivo de aproximarse a nuestros protagonistas, que pasarían a colaborar con ella. Para la FUDE era muy importante alcanzar representación, ya que esto implicaba conseguir un local y bastantes fondos, que eran administrados por el futuro productor de cine Félix Tusell.<sup>79</sup> En los seminarios que organizaba la FUDE se trataban temas relacionados con el marxismo, y se intercambiaban libros como *Le Marxisme*, de Henri Lefebvre. La FUDE se hacía especialmente visible en las continuas asambleas universitarias.

En su primer curso de universidad, Javier ya se situaba claramente a la izquierda. Por tanto, los intentos de captación por parte de los democristianos fueron estériles.<sup>80</sup> Entre estas organizaciones, los líderes más destacados eran Álvaro Gil-Robles, vecino y amigo de Enrique,<sup>81</sup> Tomás de la Quadra Salcedo, muy vinculado a *Cuadernos para el Diálogo* y que acabaría escribiendo un artículo en la revista junto a nuestros protagonistas, y el que fuera delegado de Derecho y cofundador de la UED Óscar Alzaga. Algunas de las charlas que organizaban los democristianos tenían lugar en los locales de la Asociación Española de Cooperación Europea (AECE), cuyo presidente era José María Gil-Robles, y donde daban charlas personalidades como el socialista Jerónimo Saavedra. En las reuniones en casas como la de Peces-Barba o Pedro Altares se discutía informalmente, en ocasiones con generosas dosis de alcohol, todo tipo de cuestiones políticas.<sup>82</sup> Enrique iba mucho a casa de Álvaro Gil-Robles, y poco a poco comenzó a conocer personalmente a muchas de las personas que formaban ese grupo ideológico. Recordemos que acababa de pasar por la experiencia del seminario marianista, aunque finalmente había rechazado ordenarse sacerdote, y estaba más cerca de este grupo ideológico que Javier, al no haber llegado tan ideologizado a la universidad. Enrique aún no había resuelto sus dudas respecto al papel de la religión en la sociedad ni sobre su fe. De hecho, comenzó a visitar al enigmático Jesús Aguirre en la Capilla Universitaria.<sup>83</sup>

Otras organizaciones comunistas también trataron de captar a nuestros protagonistas. Algunas de ellas se movían con cierto secretismo y conspiranoia, en parte por la presión de la policía y en parte por el tipo de estructura opaca en la que se organizaban. En un rasgo común con el FLP, los miembros de estas organizaciones se dotaban de una apariencia de seriedad a

través de una retórica inflamada, pero luego el caos y la informalidad eran la norma. La labor de captación se hacía en ocasiones entre grandes rituales, pero al final en la mayoría de las ocasiones el procedimiento era muy simple e intuitivo, puramente dependiente del boca a boca.<sup>84</sup> Los ya militantes observaban a los alumnos que llevaban determinados libros o se mostraban activos en las clases, y se acercaban a ellos usando tácticas rebuscadas que parecían sacadas de las películas de aventura de la época. Por ejemplo, Vicente Molina Foix ha contado en una novela autobiográfica cómo recibió una carta sin firma en la que no aparecía su nombre. La carta decía lo siguiente:

A ti, a ti precisamente, te convendría leer con atención esta cita de Engels: «la religión no es más que un reflejo fantástico, en las cabezas de los hombres, de los poderes externos que dominan su existencia cotidiana. Un reflejo en el cual las fuerzas terrenas cobran forma de supraterrenas». Si la entiendes, y te dice algo, habrás dado un paso adelante, un paso revolucionario, y sabremos recibirte entre nosotros. Apréndete la cita y rompe luego el papel en pedazos del tamaño de una uña del dedo meñique.<sup>85</sup>

En la universidad también los falangistas intentaban atraer a los estudiantes. Muchos de estos grupos abogaban abiertamente por una vuelta al fascismo y se sentían traicionados por Franco por no instaurar un estado lo suficientemente falangista. Román Oria, compañero de curso de Enrique y Javier, fue, nada más llegar a las aulas, a una reunión del Frente de Estudiantes Sindicalistas (FES), sin saber muy bien adónde iba. Cuando entró el falangista Sigfredo Hillers de Luque, luego profesor de Derecho Político en la Complutense, todos los asistentes comenzaron a realizar el saludo fascista ante la sorpresa de Román Oria. Paradójicamente, a pesar de ser un acto falangista, la reunión era clandestina y los asistentes pensaron que Román Oria se trataba de un confidente de la policía, y tuvo que abandonar la sala.<sup>86</sup> Como veremos, la ultraderecha universitaria, en ocasiones en connivencia con los mandos policiales franquistas, tuvo también grandes ramificaciones similares a las de la izquierda, y de sus filas saldrían algunos de los grandes enemigos de nuestros protagonistas. Entre todos los grupos de derechas existía una relación

parecida a la de los diversos grupos de izquierdas, de manera que no era difícil que muchos de los integrantes de estos grupos se conocieran entre sí y organizaran acciones conjuntas.

En sus primeros años en la universidad, Javier, Enrique y Lola participaron en las actividades del SEU, que tras muchas protestas se regía por un sistema de elección directa de los delegados de las facultades y del curso. El SEU intentaba ofrecer alternativas a las propuestas de los movimientos estudiantiles de la oposición, tratando de abandonar el falangismo y apoyando una teórica neutralidad política, pero casi siempre con escaso éxito. Participar en las actividades del SEU proporcionaba cierta seguridad legal y cobertura financiera, pero eso no implicaba un acatamiento de sus principios. Desde 1958, se podía realizar cierta labor política desde las cámaras sindicales de la universidad, de manera similar a lo que haría Comisiones Obreras (CC.OO.) en otros ámbitos. La jerarquía del SEU desconfiaba de estos estudiantes independientes de los cuadros seuistas, y fueron progresivamente aumentando las disputas entre los ajenos al SEU, que pedían una mayor democratización, y los anteriores cuadros. Desde 1962 hasta septiembre de 1964, el jefe nacional del SEU fue Rodolfo Martín Villa, que trató de democratizar el sindicato, haciendo un discurso inclusivo que trataba de mejorar las vías de representación estudiantil y los aspectos sociales de la universidad. Sin embargo, las tímidas mejoras eran percibidas como meros artificios retóricos sin contenido ideológico real.<sup>87</sup> En las elecciones del SEU de su primer año universitario, el propio Román Oria fue elegido delegado de alumnos de las tres secciones del primer curso.<sup>88</sup> Debido a su temprana politización, poco después de entrar en la universidad Javier sería elegido consejero de primer curso en el SEU y subjefe del departamento de Iniciación al Derecho, en una delegación que dirigía el cinéfilo Fernando Méndez-Leite. La policía franquista siguió la pista a Javier desde ese momento.<sup>89</sup>

Uno de los conflictos habituales al llegar a la universidad lo ocasionaba la contradicción entre las restrictivas creencias cristianas, la realidad social del régimen y las nuevas posibilidades vitales que el entorno ofrecía. Durante toda su etapa universitaria, Enrique tuvo grandes dudas sobre el cristianismo. Tras su fallido paso por el seminario marianista, frecuentaba la iglesia de la Ciudad Universitaria de Madrid, en la que se encontraba desde 1962 Jesús

Aguirre. La formación intelectual y erudición de este sacerdote eran asombrosas, y fue seguramente una influencia importante para Enrique. Jesús Aguirre había iniciado la carrera sacerdotal en la Universidad Pontificia de Comillas, y posteriormente estudió teología en Múnich. De manera parecida a Enrique en su seminario de Gredos, Aguirre se había hastiado del ambiente de seminario de Santander, y decidió trasladarse a Alemania tras abandonar la capilla durante un discurso crítico contra Ortega y Gasset de uno de los jesuitas del seminario.<sup>90</sup> En aquel país, tuvo la oportunidad de conocer a destacados pensadores de la Escuela de Frankfurt como Theodor Adorno, mantuvo el contacto con intelectuales españoles de la oposición como Julio Cerón,<sup>91</sup> conoció personalmente a Werner Heisenberg y a Martin Heidegger, y se interesó por los vínculos entre el cristianismo y el marxismo. Era un lector apasionado de Walter Benjamin, autor al que veneraba y veía como un puente entre el materialismo marxista y el pensamiento cristiano. Por otra parte, era un personaje de cierta soberbia y muy selectivo en sus amistades, y, según algunas personas que lo trataron, solía acaparar las conversaciones grupales.<sup>92</sup> Enrique se reunirá con él de forma intermitente durante los siguientes años, y Jesús Aguirre tratará de influir en él todo lo posible en ámbitos muy diversos desde que comience su andadura universitaria.

La época de nuestros protagonistas en la universidad coincidió con la eclosión de un movimiento de izquierdas universitario global que tuvo su eco en España. La década 1964-1974 fue una de las más decisivas para las diversas corrientes de izquierdas, siendo 1968 y 1969 los años culminantes. 1965 coincidió con nuevos disturbios universitarios apoyados por una serie de prestigiosos profesores, atraídos por las nuevas corrientes europeas de pensamiento de izquierdas.<sup>93</sup> En febrero de 1965, tendría lugar la IV Asamblea Libre de Estudiantes tras una polémica prohibición de un ciclo de conferencias organizado por el padre Zorita titulado «Hacia una verdadera paz hoy». Cuando el 18 de febrero le prohibieron a Mariano Aguilar Navarro dar su conferencia, y le restringieron la entrada en la universidad, unos mil quinientos estudiantes constituyeron la mencionada IV Asamblea Libre de Estudiantes. El 20 de febrero aprobaron una célebre declaración en la que

pedían «libertad sindical», «amnistía general para todos los estudiantes expedientados», «libertad de expresión docente y discente para toda la Universidad», «solidaridad con los trabajadores españoles que luchan por las mismas reivindicaciones democráticas», y la instauración del «día 2 de marzo como Día del Estudiante, entendido como el día en el cual todo el estudiantado de España expone sus reivindicaciones y protestas ante la autoridad gubernativa».<sup>94</sup>

Tras otra sesión en la facultad de Ciencias el día 22 y un intento frustrado por la policía el día 23 en la facultad de Derecho que acabó en una reunión en Filosofía, el 24 tuvo lugar una asamblea multitudinaria en la que participaron tres mil alumnos, entre los que se contaban por separado nuestros protagonistas.<sup>95</sup> Junto a los alumnos, se encontraban los profesores Aranguren, García Calvo, García de Vercher y Montero Díaz, y se aprobó hacer una manifestación hasta el rectorado reivindicando los acuerdos adoptados en la Asamblea. Encabezados por los profesores, y en filas de quince, en un momento la cifra de asistentes alcanzó los seis mil. Todos ellos se sentaron siguiendo las instrucciones de Aranguren.<sup>96</sup> Un gran número de policías los estaban esperando. En palabras del entonces estudiante Javier Tusell, presente en la manifestación, los profesores «se adelantaron para parlamentar con quienes dirigían aquello que nos parecía una formidable masa de adversarios. Pero no hubo parlamento, ni nada parecido. Vimos brillar una trompeta que dio el toque de carga».<sup>97</sup>

La policía, tras acercarse con un camión cisterna cuyo chorro no era lo suficientemente fuerte para ahuyentar a los estudiantes, realizó una carga en la que resultaron heridos veinte alumnos y detenidos treinta.<sup>98</sup> Javier Tusell lo recuerda así: «Nos levantamos tras el ataque: recuerdo la caída en redondo de un estudiante calvo en la primera fila y el revoltijo de apuntes y libros entre las piernas de los que huían y quienes cargaban».<sup>99</sup> Lola resultó herida en esa carga policial. Un policía le dio un porrazo en la cabeza tras caerse en la persecución. Ésta fue una de las primeras manifestaciones multitudinarias en las que participaron activamente Lola y su grupo de amigas, que se sintieron fuertemente impresionadas por las cargas policiales y al ver que incluso a la aparentemente inofensiva Lola la había aporreado un policía.<sup>100</sup> Para los estudiantes primerizos, suponía una gran impresión tener que huir de la

policía, y las primeras veces se sentía mucho miedo. La primera vez que un estudiante veía a un policía armado cargar, o a un grupo de agentes perseguir a estudiantes, era una especie de bautismo de fuego.<sup>101</sup>

A partir de esta manifestación masiva, las reuniones y asambleas se mantuvieron los días siguientes. Asistieron profesores como Tierno Galván, desde Salamanca, Aguilar Navarro, Antonio Tovar o Laín Entralgo. La reunión del 26 fue muy concurrida y de gran tensión, con momentos de violencia tras el intento de la organización neofascista Defensa Universitaria de desplazar la mesa de presidencia. Tres corresponsales de la BBC fueron detenidos y se les incautó todo el material filmado, mientras que a José Antonio Novais, corresponsal de *Le Monde*, muy crítico con Manuel Fraga, se le retiró el carné de periodista por informar de los heridos de las manifestaciones. Hubo más sesiones, en las que se aprobaron nuevas demandas de los estudiantes, y finalmente se clausuraron varias facultades. El 1 de marzo, en la facultad de Derecho, presidiendo los profesores Aguilar Navarro, Zarzo y García Calvo, se discutió si debía disolverse la Asamblea, y seguir por tanto los cauces legales, o si era preferible crear una comisión permanente compuesta por los delegados de facultades sin incluir al SEU. A pesar de las amenazas de la DGS, la manifestación del día siguiente fue la más multitudinaria celebrada en Madrid desde la Guerra Civil. El 2 de marzo se produjo una protesta ante la Asociación de la Prensa de Madrid por el tratamiento periodístico de los acontecimientos. Cinco mil estudiantes y profesores se manifestaron entre Cibeles y Alcalá, en pleno centro de Madrid. Parece ser que fue la primera vez desde la Guerra Civil que se oyeron «en el centro de Madrid los primeros gritos en favor de la libertad».<sup>102</sup>

Pocos días antes, Ruiz-Giménez renunció a su puesto de procurador en las Cortes franquistas, tras haber recibido graves amenazas por parte de otros procuradores. Habló por última vez en su vida con Franco, que trató de disuadirle y convencerle de que se mantuviera en su puesto.<sup>103</sup> La presión fue enorme para todos los profesores. El diario *Abc* llegó a afirmar que los alumnos habían sido «conducidos por unos profesores al enfrentamiento físico con las fuerzas de orden público».<sup>104</sup> El vicesecretario general del Movimiento, Fernando Herrero Tejedor, dio instrucciones por carta a los jefes provinciales del Movimiento y a los gobernadores civiles para que

aumentaran la represión contra los profesores díscolos. En la carta, decía que había que divulgar «las fichas de los catedráticos instigadores» como García Calvo, y publicar que el catedrático hacía «apología del suicido, es partidario del amor libre, ha tenido en varias ocasiones dificultades serias por su actuación con alguna alumna [y] parece que en la actualidad sigue con una exalumna que vive con él. Se jacta de hacer sacrificios de palomas al dios Duero». <sup>105</sup>

En marzo, un manifiesto crítico con el régimen que reclamaba más libertades circuló por la universidad, difundido principalmente por la FUDE. El texto lo firmaban 1161 personas, entre las que destacaban Ridruejo, Gil-Robles, Aguilar Navarro, Laín Entralgo, Aranguren, Valverde y Peces-Barba. Era una carta de protesta a Manuel Fraga por la gestión de la información que se había hecho desde el Ministerio de Información y Turismo, en la que se solicitaba el derecho de información y expresión. El 22 y 23 de marzo se celebró en Barcelona la I Reunión Nacional Coordinadora de Estudiantes, con representantes de alumnos de todas las ciudades de España. El manifiesto que resultó de esta reunión supuso el fin *de facto* del SEU. Ese mismo día, fueron detenidos varios delegados de facultad, lo que conllevaría una nueva manifestación el día 26 que se prolongó con una huelga de hambre en la facultad de Económicas y Políticas. <sup>106</sup>

En abril de 1965 se disolvió finalmente el desacreditado SEU. En su lugar, se creó una asociación con toques democráticos llamada Asociación Profesional de Estudiantes (APE). Esta asociación tuvo escasa influencia, y sus elecciones oficiales serían boicoteadas por los estudiantes. Durante esos meses hubo numerosas movilizaciones de estudiantes y detenciones de amigos de nuestros protagonistas, como las de Fernando Méndez-Leite y la de Álvaro Gil-Robles, al que su padre consiguió que se revocase la sanción haciendo uso de sus contactos. <sup>107</sup> En junio y julio se cambió la normativa de la APE para hacerla más popular y efectiva, pero todos los esfuerzos fueron vanos. En agosto de 1965 se publica definitivamente en el Boletín Oficial del Estado la separación definitiva de la Universidad de los profesores López Aranguren, Tierno Galván y García Calvo por haber cometido «una falta grave de disciplina académica». Para los catedráticos Montero Díaz y Aguilar Navarro la suspensión fue de dos años. En señal de protesta, José María Valverde y

Antonio Tovar renunciaron a sus cátedras. La presión fue enorme para todos ellos, que conocían muy bien cómo había sido la represión de los profesores universitarios tras la Guerra Civil, y especialmente para Ruiz-Giménez, que cayó en una depresión durante unos meses que le haría perderse la última sesión del Concilio Vaticano II.<sup>108</sup> El 29 de septiembre, cuarenta y dos catedráticos pidieron públicamente el final de las sanciones, calificando de razonables las exigencias de los estudiantes y manteniendo que las penas se debían a motivos políticos y no académicos. También en septiembre un grupo de intelectuales franceses, entre los que se encontraban Raymond Aron, Pierre Bourdieu y Roland Barthes, escribieron dos cartas a Franco y al Ministerio de Asuntos Exteriores expresando su repulsa a las sanciones.<sup>109</sup>

A medida que iba participando cada vez más activamente en la política universitaria, Javier se hizo íntimo amigo de Ignacio Muñagorri, compañero de Enrique en el Colegio del Pilar y que comenzó su carrera en ICADE, y de Juan Díaz de Atauri, muy vinculado al PCE.<sup>110</sup> Como hemos dicho, Javier era un gran estudiante, y pasaba muchas horas en la biblioteca con sus amigos, que estaban impresionados con su capacidad de concentración. Cuando iban a casa de Javier, les asombraba ver que estudiaba tumbado en su cama, y que era verdaderamente difícil de distraer.<sup>111</sup> José Luis, el hermano de Javier, admiraba la capacidad de éste de leer continuamente tantas cosas heterogéneas y aun así sacar buenas notas en sus exámenes.<sup>112</sup> Las lecturas y las inquietudes de Javier lo habían acercado tanto al PCE como al FLP. Aunque el PCE era la organización que tenía más militantes, el FLP era muy visible. Tenía fama de ser una organización menos dogmática y más abierta y revolucionaria que el PCE. Para nuestros protagonistas, el FLP luchaba verdaderamente por la liberación de los pueblos y el advenimiento del socialismo revolucionario, mientras que el PCE era más conservador. Es difícil saber qué podían pensar exactamente sobre lo que era en realidad el FLP y sus referentes ideológicos si antes no nos detenemos en la historia de esta variopinta organización política. En este punto, merece la pena revisar las distintas fases del FLP durante los cincuenta y sesenta para entender la evolución de aquella organización decisiva en la etapa universitaria de Lola, Enrique y Javier.

El FLP tuvo su origen a mediados de los cincuenta en las reuniones que mantenían jóvenes católicos que en su mayoría no habían combatido en la Guerra Civil, capitaneados por el carismático diplomático Julio Cerón.<sup>113</sup> A las reuniones acudían jóvenes que más adelante tendrían una trayectoria política significativa, como el abogado vasco José Ramón Recalde, Jesús Ibáñez o Ignacio Fernández de Castro. En el sentido ideológico, la mayoría de los miembros del FLP se situaron siempre a la izquierda del PCE. Consideraban que el PCE era derechista, oportunista y estalinista, y que actuaba al servicio de la Unión Soviética. Además, se le consideraba un traidor histórico del pueblo español por la manera en que había participado en la Guerra Civil.<sup>114</sup> El FLP aglutinaba algunas de las características de lo que sería conocido como «Nueva Izquierda», una corriente que comenzó a mediados de los cincuenta, caracterizada por el revisionismo marxista e influida por la convergencia de varios conflictos internacionales. Entre ellos, los acontecimientos ideológicamente más decisivos fueron los relacionados con la crisis del sistema estalinista tras la muerte del líder soviético en 1953. El comunismo de la Unión Soviética dejaría de ser una opción para muchos de ellos tras el aplastamiento soviético del húngaro Imre Nagy y la entrada de tanques en Budapest en 1956. Así lo declaró retrospectivamente el entonces jovencísimo Pasqual Maragall, más tarde miembro de la rama catalana del FLP.<sup>115</sup>

El historiador de las ideas Leszek Kołakowski vinculó la «Nueva Izquierda» con los caprichos de estudiantes inquietos de clase media-alta, explicitando una recurrente crítica que se repetiría a lo largo del tiempo: las dudas sobre la posición acomodada de todos aquellos jóvenes revolucionarios europeos.<sup>116</sup> Además, se ha destacado la vinculación de la «Nueva Izquierda» con la ideología «tercermundista», de la que buena parte del FLP tomó nota al vincular la situación española con una lucha universal y solidaria de todos los pueblos oprimidos.<sup>117</sup> El convencimiento de que un proceso revolucionario era posible independientemente del lugar y de las condiciones socioeconómicas, certidumbre que influyó de forma decisiva en las incursiones en el Congo y Bolivia del Che Guevara en los años sesenta,<sup>118</sup> estuvo presente en muchos de los jóvenes integrados en las distintas organizaciones que se sucederían con el nombre de FLP. La creencia de

pertenecer a un movimiento internacional haría actualizar la imaginería de los distintos movimientos de izquierdas universitarias, que irían oscilando entre otros muchos referentes desde Vietnam, el Che y Mao Zedong a los sucesos de Mayo del 68, las guerras de independencia poscoloniales o los países de la órbita soviética que no seguían estrictamente el entonces desacreditado centralismo democrático.

La creación del FLP como tal se produjo en 1956. Julio Cerón consiguió unir a los estudiantes de numerosas ciudades de España con unas maneras desenfadadas y un espíritu aventurero. Tras el fracaso de la huelga general de 1958 promovida por el PCE y la detención de varios dirigentes del FLP como el propio Julio Cerón, el partido quedó muy debilitado. El abogado de Julio Cerón fue José María Gil-Robles, que trató de minimizar las actividades del FLP y de probar el marcado catolicismo y la buena conducta de su defendido. Se presentaron testimonios del padre Llanos y de Federico Sopena para marcar la conexión católica del FLP, lo que causó malestar en algunos de los nuevos miembros del partido, que querían una organización más radical que no estuviera tan vinculada con el cristianismo. Además, esta facción no estaba nada conforme con la propuesta del PCE de «reconciliación nacional», e insistían en la lucha de clases y en una salida revolucionaria a la dictadura franquista.<sup>119</sup> Tras el golpe sufrido, en el FLP hubo una nueva fase de mayor radicalización. En un *Suplemento del Frente* de julio de 1959, se explica claramente lo que se pretendía:

En el fondo, la predicación de los grupos antifranquistas es la unión de todos los españoles, la reconciliación, la convivencia, la conllevancia nacional. La razón que se da es que la Guerra Civil dividió a los españoles en dos bandos, los vencidos y los vencedores, los republicanos y los rebeldes. Y se nos repite que lo primero que hay que hacer es crear una democracia burguesa que permita el libre desarrollo de las actividades políticas. Una democracia burguesa que alguien llama dictadura de la burguesía. ¿Queremos nosotros una dictadura de la burguesía? No. Pero hay otra teoría llamada de la lucha de clases que permite explicar por qué ha habido dos Españas. Tenemos que definirnos como grupo revolucionario, único modo de ser eficaces. Que no pretendemos cambiar el régimen de Franco por otra dictadura más ligera, sino realizar la revolución que cambie las estructuras económicas del país. Y a los que nos

digamos que las condiciones objetivas no son propicias a la revolución, les contestamos que ya lo sabemos, y que por eso hacemos campaña revolucionaria para que las condiciones revolucionarias se realicen.<sup>120</sup>

En el verano de 1960, un grupo de jóvenes universitarios del FLP, que llamaban a los compañeros más mayores de la organización despectivamente «los Budas», intentaron que el FLP se organizara según el modelo leninista para poder protegerse mejor de la presión policial. Se trataba de Nicolás Sartorius, Ángel Abad, Antonio Ubierna y Francisco Montalbo, que formaron la denominada Central de Permanentes y empezaron a dedicarse a tiempo completo a la política. Todos ellos se habían visto influidos por títulos como *Los partidos políticos*, de Maurice Duverger; *La revolución en España*, de Marx, en la traducción de Manuel Sacristán; *Le marxisme*, de Henri Lefebvre, y *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, con claros componentes tercermundistas y poscoloniales que ellos entendían aplicables a España.<sup>121</sup> En su prólogo de 1961 a esta última obra, el influyente filósofo JeanPaul Sartre escribió que

en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente, por primera vez, siente un suelo nacional bajo la planta de los pies.<sup>122</sup>

Con estos mimbres ideológicos, la dirección del FLP emprendió una serie de cambios con el objetivo de convertirse en una organización más eficaz. Los militantes quedaron aislados en distintos compartimentos, de manera que una detención no provocara una caída en cadena. Además, se consolidó una estructura federal en Cataluña y el País Vasco. Inicialmente, el nacionalismo fue rechazado por tratarse, en palabras del historiador Julio Antonio García Alcalá, de «una superestructura creada por la burguesía para que los trabajadores olvidaran su objetivo prioritario, la conquista del poder político».<sup>123</sup> En Cataluña, aunque en algún momento existió más de un grupo, la organización autónoma federada con el FLP fue el Front Obrer de Catalunya (FOC) y en el País Vasco, la Euskadiko Sozialisten Batasuna (ESBA). Las dos organizaciones debían tener, según los estatutos del FLP, «la misma actitud

ideológica y una misma línea táctica». <sup>124</sup> Los muy radicales *felipes* que se encontraban en el exterior, principalmente en París, siguieron teniendo un papel en la organización, aunque no tan decisivo como antes.

A inicios de los sesenta el FLP se radicalizó mucho, trató infructuosamente de captar obreros y campesinos para la organización y coqueteó en diversas ocasiones con la lucha armada. <sup>125</sup> Los *felipes*, burgueses y de buena familia en su mayoría, se llegaron a cambiar de vestimenta y pose para tratar de llegar a los obreros. En una ocasión, el escritor Manuel Vázquez Montalbán y Ángel Abad se disfrazaron de manera que «Montalbán llevaba un blusón que le hacía parecerse al obrero de los años veinte o al melero que vende miel de la Alcarria, mientras que Abad venía de descamisado argentino». <sup>126</sup> Para su sorpresa, uno de los obreros apareció con corbata y el otro con un escapulario de la Virgen del Carmen. Los dos se dirigieron al trajeado Francisco Martínez Pereda, único de los *felipes* que iba vestido con traje. <sup>127</sup> En general, el trato con los obreros fue un estrepitoso fracaso para el FLP, y su intento de establecer bases campesinas, por si se lanzaban acciones guerrilleras contra la dictadura, tampoco tuvo ningún éxito. <sup>128</sup> Lola y Enrique también se ocuparon, infructuosamente, de la captación de obreros en el FLP, y en 1969 fueron detenidos tras supuestamente haber estado repartiendo unas octavillas a los obreros para atraerlos a su organización.

La idea de la lucha armada sobrevoló la historia del FLP en múltiples ocasiones. Desde que Fidel Castro derrocará a Batista en 1959, la atracción que los Frentes de Liberación Nacional de diversos países como Vietnam o Argelia ejercieron sobre el FLP fue considerable. Además, el fracaso de las huelgas de 1959 les convenció de que la movilización pacífica no tenía sentido, y había que dar paso a experiencias revolucionarias. <sup>129</sup> En 1961 se había publicado el libro del Che Guevara *La Guerra de guerrillas*, en el que se defendía estas últimas como el método más eficaz para el movimiento revolucionario. En la obra se afirmaba que «no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas». <sup>130</sup> Se explicaba también cuál debía ser la «esencia de la lucha

guerrillera», la «estrategia guerrillera» y la «táctica guerrillera».<sup>131</sup> Asimismo, Fidel Castro proclamaría en un célebre discurso el 4 de febrero de 1962 que

los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de estos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo visible e invencible que no le ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.<sup>132</sup>

En el FLP era habitual comparar la situación de los países poscoloniales y tercermundistas, donde las acciones armadas habían derrocado gobiernos totalitarios, con el régimen español de los sesenta.<sup>133</sup> De este modo, se estudiaron cuáles podían ser las regiones óptimas para establecer focos guerrilleros, y se decidió que la Sierra de Cazorla era la mejor opción,<sup>134</sup> como si fuera comparable a la Sierra Maestra cubana donde había empezado la revolución castrista.<sup>135</sup> El FLP colaboró con la Yugoslavia de Tito, y mandó a varios de sus miembros a aquel país y a Argelia, pensando erróneamente que les iban a dar formación militar.<sup>136</sup> Cuando la militante comunista italiana Rossana Rosanda visitó España, se llevó la impresión de que los *felipes* eran un grupo castrista proguerrillero. Escribió que «uno de sus dirigentes me dirá, sin sonreír, que quieren organizar un desembarco como el del *Granma* en el Levante español. Hasta la configuración de la costa y las montañas les son favorables».<sup>137</sup>

Según parece, los integrantes del FLP de París se encargaron de la compra de armas, y se llegaron a poner en contacto con el comandante castrista de origen madrileño Eloy Gutiérrez Menoyo, responsable de un Ejército Ibérico de Liberación que pretendía coordinar las fuerzas antifranquistas.<sup>138</sup> Aparentemente, les ofreció un millón de dólares, el apoyo de una avioneta con base en el norte de África y el compromiso de apoyo de unos centenares de españoles que vivían en Cuba y estaban preparados para la guerra armada.<sup>139</sup> Resulta inverosímil pensar que Fidel Castro, a pesar de su

estrambótico afán intervencionista en numerosos países de África y Latinoamérica,<sup>140</sup> se hubiera planteado verdaderamente una intervención militar en España. Que numerosos miembros del FLP de entonces lo creyeran refleja el estado de ánimo enfebrecido en el que se encontraban. Además, Eloy Gutiérrez Menoyo se distanció pronto de Fidel Castro y se exilió a Estados Unidos con el objetivo de derrocar al Gobierno castrista, aunque es probable que los miembros del FLP no llegasen a saber nada sobre el asunto.<sup>141</sup>

Durante unos meses circuló entre numerosos miembros del FLP la historia de que un camión cargado de armas donadas por Cuba habría atravesado la frontera española, siendo finalmente devuelto por los militantes del interior. Durante un tiempo, algunos militantes del FLP de la época pensaron seriamente, siguiendo la lógica del Che Guevara, que un foco insurreccional en el campo español podía crear las condiciones propicias para la revolución.<sup>142</sup> A partir de 1962, la dirección del FLP empezó a hablar de una transformación pacífica al socialismo desde el capitalismo, y las ideas de lucha guerrillera fueron gradualmente abandonadas, si bien volverían con fuerza en diversos momentos de la historia de la organización.<sup>143</sup> Nuestros protagonistas participaron en las discusiones sobre la violencia en el FLP, y a instancias del Mayo del 68 francés crearían comandos para destrozar mobiliario urbano y causar temor.<sup>144</sup> En los momentos de más radicalización, incluso sobrevoló la idea de llegar a poner bombas, como confesó Lola a varios amigos suyos.<sup>145</sup> Ya en los estatutos de la organización aprobados en el congreso de 1962 se dejaba abierta la puerta a la violencia revolucionaria:

El Frente es una organización *revolucionaria*. Entendemos por Revolución la toma violenta del poder por las clases trabajadoras y la anulación por las mismas del sistema capitalista de producción acabando con la propiedad privada de los instrumentos de producción y sentando las bases para la sociedad sin clases. El carácter de dictadura de clase que necesariamente supone cualquier régimen político burgués, sea cual sea su forma externa, hace considerar como único camino para la supresión de las clases el acabar por la fuerza con la dominación capitalista. Un poder no es revolucionario y popular sino en la medida en que se conquista por los trabajadores.<sup>146</sup>

En 1962, tras el estallido de unas huelgas mineras en Asturias, que se extendieron a diversos puntos del norte de España, algunos militantes del FLP se trasladaron a la zona para realizar una labor de captación, contribuyendo al éxito de la huelga asturiana. A varios de ellos, como Nicolás Sartorius, no tardaron en detenerlos en Asturias, Cantabria y el País Vasco, donde unos policías se habían infiltrado haciéndose pasar por mineros asturianos. Los policías habían contactado con el psiquiatra y novelista Luis Martín-Santos, que acababa de escribir su obra magna *Tiempo de silencio*, para que les pusiera en contacto con unos miembros del ESBA, que inmediatamente sospecharon de los supuestos mineros.<sup>147</sup> En Madrid, la policía detuvo a numerosos miembros del FLP mientras que en Barcelona el FOC fue casi desarticulado, ya que no se tomaron suficientes medidas de seguridad. El FLP quedó debilitado, y un pequeño grupo de gente, entre los que se encontraban Jaime Sartorius y Joaquín Aracil, intentaron reorganizarlo con los escasos militantes que quedaban en Madrid.<sup>148</sup> En la ciudad francesa de Pau se aprobaron los Estatutos del FLP y Joaquín Aracil fue nombrado secretario general de la organización.<sup>149</sup>

En 1963 José Luis de Zárraga e Ignacio Quintana ingresaron en el FLP, integrándose directamente en el comité universitario ante la falta de militantes en la universidad, que no superaba los seis miembros.<sup>150</sup> Cuando ingresaba un nuevo miembro en el FLP, no tardaba en darse cuenta de que apenas había gente en la organización, y que por tanto muy pronto pasaría a tomar puestos de responsabilidad.<sup>151</sup> Mientras tanto, el militante del FLP Antonio Ubierna establecía contactos internacionales con otras organizaciones afines. Asistió a la reunión de la trotskista IV Internacional, en la que luego acabarían varios de ellos, viajó a Argel a reunirse con miembros del Gobierno de Ben Bella y con el Che Guevara y los movimientos de liberación de las colonias portuguesas.<sup>152</sup> Al año siguiente, se incorporaron a la formación, entre otros, Carlos Romero, José María Maravall, Rafael Bañón, del movimiento universitario madrileño, y el futuro psiquiatra Francisco Pereña, que pasó a formar parte del comité local de Madrid.<sup>153</sup> Esta generación entroncaba directamente con la de nuestros protagonistas, que estuvieron durante un tiempo dudando entre integrarse en el FLP o en el PCE.<sup>154</sup> El FLP que conocieron Lola, Enrique y Javier fue el FLP III, en el que diversos militantes

de ideología leninista como Jaime Pastor o Manuel Garí tenían el control de la organización en la universidad. Aunque tuvo rasgos comunes con el FLP I y el FLP II, el III tuvo ciertos rasgos arquetípicos que lo diferenciaban de los demás.

Además del FLP y el PCE, había un minoritario sector socialista, que conformaba la Asociación Socialista Universitaria (ASU), así como los primeros grupos prochinos y maoístas, a los que se acabó afiliando Paquita Sauquillo.<sup>155</sup> Por su parte, corrientes cristianas como la Juventud Estudiante Católica (JEC) o la Federación de Estudiantes de Congregaciones Universitarias Marianas (FECUM) podían ser atractivas para determinados estudiantes preocupados por el hecho religioso. La JEC organizaba conferencias y el Club de Amigos de la Unesco montaba sesiones de películas en la plaza Tirso de Molina a las que Javier asistió ocasionalmente.<sup>156</sup> De los socialdemócratas o liberales había más bien poca noticia en la universidad, aunque cierto grupo de seguidores «europeístas» se creó en torno a figuras como Tierno Galván.<sup>157</sup>

Además de todos estos grupos opuestos en mayor o menor medida al régimen franquista, la facultad de Derecho era un bastión de ultraderechistas. La entrada de nuestros tres protagonistas en la universidad coincidió con la efervescencia de grupos neofascistas que abogaban abiertamente por el enfrentamiento armado con la izquierda. A partir de la relativa apertura del régimen en los años sesenta, confluyeron los nostálgicos viejos combatientes de la Guerra Civil con las nuevas generaciones universitarias de extrema derecha en su ánimo contra la liberalización del régimen.<sup>158</sup> El grupo neofascista Defensa Universitaria (DU), fundado seguramente por los servicios de inteligencia, y en connivencia con la Secretaría General del Movimiento, tenía como objetivo evitar las acciones de la izquierda universitaria. Entre sus fundadores se encontraba el oscuro coronel Federico Quintero Morente, que pertenecía a los servicios de inteligencia militar.<sup>159</sup> Defensa Universitaria trataba de boicotear todas las asambleas y actos reivindicativos de la universidad, para lo que no dudaba en utilizar métodos represivos contra los estudiantes rebeldes. En la facultad de Derecho, el líder era el falangista Pepe de las Heras, y algunos estudiantes derechistas eran particularmente agresivos, como José Iturmendi, futuro catedrático de

Filosofía del Derecho y decano durante muchos años de la facultad de Derecho; Alfonso de Borbón, primo del futuro rey Juan Carlos; Javier Saavedra, y también Pardo de Santayana, un cojo hijo de militares que pegaba con la muleta y resultaba particularmente peligroso.<sup>160</sup>

Además, Sigfredo Hillers de Luque formó también en 1963, junto con el polifacético periodista Ceferino Maestú, el Frente de Estudiantes Sindicalista (FES).<sup>161</sup> Era una organización que agrupaba diversas corrientes, entre las que se encontraban los neonazis, que con los años crearían en Barcelona dos colectivos abiertamente nazis, el Partido Español Nacional-Socialista (PENS) y el Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE).<sup>162</sup> En las filas del FES figuraban numerosos personajes que iban a tener un importante papel en la política española, como el futuro presidente español José María Aznar, que ingresó en él cuando nuestros protagonistas ya habían abandonado la universidad.<sup>163</sup> La organización mezclaba la ortodoxia joseantoniana con una concepción radical del cristianismo. El FES pretendía ser una alternativa al Movimiento Nacional, y algunas de sus proclamas eran «Falange sí, dictadura no» o «Falange sí, Movimiento no». <sup>164</sup> Uno de sus miembros, que coincidió con Enrique, Javier y Lola en la universidad, fue el cura Juan María Fernández Krohn, que se haría célebre por tratar de asesinar al Papa Juan Pablo II con un cuchillo en Fátima, Portugal, en el año 1982. Aunque no conoció personalmente a Enrique, tenía trato con el poeta y amigo de éste Javier Lostalé, y siempre vería con ojos muy negativos tanto a Enrique como al resto de los miembros de su generación.<sup>165</sup>

Durante el segundo curso de Enrique y Javier, el tercero de Lola, el ambiente estuvo caldeado todo el año y las manifestaciones fueron constantes tanto en la universidad de Madrid como en la de Barcelona. La V Asamblea Libre de Estudiantes de diciembre de 1965 en Madrid fue prohibida y la policía trató de impedir que se celebrara. El 7 de diciembre, la policía detuvo y sancionó a 341 estudiantes que intentaban celebrar dicha asamblea, pero eso no calmó los ánimos de los universitarios. El 14 se reunieron tres mil alumnos, y tras un encierro de 24 horas, cuarenta y siete de ellos fueron expedientados.<sup>166</sup> Por su parte, en la capital catalana, se adelantaron las vacaciones de Navidad tras una multitudinaria huelga de solidaridad con los catedráticos.<sup>167</sup> En ese curso, Lola, Enrique y Javier se significarían

políticamente de manera definitiva, lo que implicaba compaginar los estudios con otra actividad absorbente. Según apuntó la policía, Javier compuso la mesa que «presidió la cuarta sesión de la V Asamblea Libre de Estudiantes de Madrid». <sup>168</sup> Erróneamente, la policía creía que Javier era de la Unión de Estudiantes Demócratas (UED). Además, constaba que era parte del grupo de estudiantes que asistía a «casi todas las asambleas libres celebradas».

En esos momentos, a Javier, Enrique y Lola ya les faltaba poco para dejar de ser espectadores y comenzar a ser protagonistas de los años más emblemáticos de la protesta estudiantil contra la dictadura franquista.

## El marxismo eran cantautores, cine de aventuras y poesía romántica

Detrás de cada cosa hermosa, hay cierto  
tipo de dolor.

Bob Dylan, *Not Dark Yet*

Durante el año 1966, ya convertidos para siempre al marxismo revolucionario, nuestros protagonistas profundizaron sus inquietudes humanistas mientras ahondaban en su leninismo y participaban más activa y peligrosamente en las actividades antifranquistas. Siempre dentro de la FUDE, Lola, Enrique y Javier comenzaron a implicarse cada vez más en las actividades subversivas. De esta manera, tuvieron que renegar de una realidad de la que eran beneficiarios. Al fin y al cabo, el franquismo había tratado en general bien a sus familias y ellos eran hijos de vencedores de la Guerra Civil. Tras haber participado activamente en organizaciones religiosas y recibir una educación anclada en el franquismo, cortar con todas las creencias anteriores podía suponer una crisis enorme. Alejarse de todo este entramado cultural no era una tarea fácil, y los conflictos con las familias y las dudas internas estaban a la orden del día. Así, numerosos estudiantes acababan abandonando el mismo cristianismo que había sido el primer detonante de su cambio ideológico. En casos como el de Enrique las vacilaciones eran constantes, y nunca dejó de tener grandes dudas e incertidumbres respecto a su fe cristiana y su papel en el mundo.<sup>1</sup> La perplejidad acerca de su situación privilegiada, principalmente el hecho indudable de que apenas había hijos de obreros en la universidad, creaba en nuestros protagonistas una carga de culpabilidad recurrente con muchos puntos en común con el cristianismo.

Para una joven de diecinueve años, como Lola, plantearse qué modelo de vida afectivo, sexual, político, cultural y económico quería llevar era una utopía casi irrealizable. En esas circunstancias, Lola se decantó por una alternativa abiertamente radical, y mantuvo discursos revolucionarios que bordeaban las doctrinas más extremistas del momento histórico. Utilizando muchas veces un lenguaje enrevesado y una retórica posestructuralista, parte de la generación de estudiantes antifranquistas de los sesenta siguieron una serie de patrones reconocibles hasta cierto punto en sus homólogos europeos y americanos. Con referencias remotas a menudo disparatadas, y con una irrefrenable tendencia a una especie de solipsismo ideológico, en muchas ocasiones hablaban un lenguaje difícil de entender para quienes no estuvieran versados en marxismo-leninismo. En nuestros protagonistas, el abrazo al marxismo coincidió con la plena entrada en el ambiente cultural de la universidad madrileña de mediados y finales de los sesenta. Es difícil decir si nuestros protagonistas llegaron a Bob Dylan, al cine negro y a la poesía a través de Marx y Lenin, o si el proceso fue el inverso.

Muchos jóvenes universitarios de esa generación se politizaban de manera intuitiva, sin tener los conocimientos adecuados para articular discursos complejos. Como expresó gráficamente Cristina Almeida refiriéndose a sus comienzos universitarios, antes de haberse leído *El capital* ya proclamaba soflamas marxistas, en una muestra del entusiasmo con el que acogieron el acceso a universos hasta entonces vedados.<sup>2</sup> Con apenas dieciséis o diecisiete años, muchos se veían obligados a teorizar sobre conceptos abstractos y complejísimo sin tener preparación alguna para ello. Esto provocaba que muchas de sus posiciones fueran tomadas utilizando una heurística muy poco sofisticada, lo que no impedía que simultáneamente defendieran sus posiciones con gran vehemencia.<sup>3</sup> Las citas de pensadores comunistas se solían tratar como axiomas y, como reconocieron posteriormente algunos estudiantes, representando un lugar común de la época: «a veces en mis discusiones [...] me inventaba frases de Mao y nunca me pillaron».<sup>4</sup> Estos jóvenes adquirían responsabilidades políticas, por las que podían ser detenidos y juzgados, sin que fueran considerados adultos por la sociedad. Por ejemplo, al integrante del FLP Juan Ruiz, responsable de una de las dos células de Derecho de la organización y en riesgo de ser procesado

por asociación ilícita por esta actividad, se le denegó la entrada al cine a ver la película de Polanski *Repulsión*, cuando asistió con Margot Ruano, por no tener la edad requerida.<sup>5</sup>

Ya definitivamente politizados, nuestros protagonistas pudieron conocerse en actividades antifranquistas conjuntas en el marco de la FUDE, aunque, según numerosos testimonios, Lola no trabó amistad con Enrique y Javier hasta ingresar en el FLP.<sup>6</sup> Progresivamente, la FUDE había pasado de las reuniones semiclandestinas a organizar procesos asamblearios abiertos, que duraron muy poco tiempo por la acción de la policía.<sup>7</sup> Durante 1966, en la facultad de Derecho hubo una lucha interna entre la FUDE y la UED, pues ambas competían tanto por los nuevos alumnos como por imponer su ideología en la facultad. EL FLP trató de controlar la FUDE a través de la fugaz creación de la Izquierda Socialista Universitaria (ISU), pero acabó abandonando la asociación tras no ser capaz de imponerse en su seno. Sin embargo, mantuvo algunos militantes en la FUDE para conocer de primera mano los acuerdos que se adoptaban y además poder captar a estudiantes comprometidos.<sup>8</sup> De esta manera, Lola, Enrique y Javier pudieron escuchar noticias de un grupo político con el que compartían gran parte de las ambiciones revolucionarias.

Durante el año 1966, el FLP perfiló más claramente sus objetivos y tácticas. Miembros como Antonio Ubierna y Carlos Semprún (el radical hermano de Jorge Semprún), fueron expulsados del FLP de París, y formaron el grupo Acción Comunista.<sup>9</sup> Mientras tanto, las nuevas incorporaciones del partido, aunque mantenían cierta relación de respeto con los miembros antiguos de la organización como Julio Cerón o Ignacio Fernández de Castro, se consideraban otra organización separada del FLP I y al FLP II. El curso 1965-1966 fue de transición para la organización, con la inclusión de nuevos militantes y su intento de control y posterior separación de la FUDE. El FLP había encontrado tradicionalmente un gran asidero en los colegios mayores y, a mediados de los sesenta, con la apertura de colegios mayores dirigidos por personas más progresistas, se intensificó su presencia en éstos. A finales de 1966 abrirían sus puertas el colegio mayor Chaminade y el San Juan Evangelista, que se conocería popularmente como el Johnny. Ambos centros se convirtieron inmediatamente en un referente para las actividades culturales y políticas antifranquistas. En el Chaminade estaban, entre otros, Manuel Garí y

algunos militantes vascos del ESBA.<sup>10</sup> En el San Juan Evangelista estaban Miguel Romero, Juanma Morera y un grupo de hasta veinte personas entre militantes y simpatizantes. Se le llamó «nido de *felipes*», por la cantidad de militantes que llegó a tener en un momento determinado.<sup>11</sup>

En los colegios mayores se repetía con mayor intensidad la competencia entre los partidos políticos por captar estudiantes, especialmente entre el PCE y el FLP. Aunque aún no se había producido la ruptura entre las dos organizaciones, y de hecho pactaron la elección de cargos en las elecciones para los delegados universitarios, las divergencias programáticas entre las dos entidades eran notorias. El FLP acusaba al PCE de ser «la organización de la traición de clase... La política de Reconciliación Nacional (del PCE) no está enfocada desde una auténtica perspectiva de la lucha de clases».<sup>12</sup> Las dos organizaciones temían verse desbordadas por grupos más a la izquierda, y desarrollaron un mayor activismo en la universidad con el objetivo de captar a nuevos militantes. Es muy probable que tanto Lola como Javier y Enrique fueran tentados a meterse entonces en el FLP, pero es seguro que al menos Enrique aún no había tomado la decisión definitiva.<sup>13</sup> Diferenciándose del PCE, el FLP estaba muy influido por el pensamiento de André Gorz, que en su libro *Estrategia obrera y neocapitalismo* anticipaba que el advenimiento del socialismo «resultará solamente de una acción consciente y a largo plazo, cuyo comienzo puede ser la aplicación gradual de un escalamiento coherente de reformas».<sup>14</sup> Por ejemplo, la Declaración de las Organizaciones Frente de julio de 1966 clarificaba cuáles eran los objetivos prioritarios de la organización:

1. Una toma del poder a través de un proceso acelerado que culmine en la ocupación física de los centros de poder estatales o no estatales, a partir de los cuales se desarrolle luego una política de transformación socialista;
2. Un proceso gradual (único que parece viable en los países occidentales de capitalismo avanzado) basado en la conquista progresiva de poderes autónomos a todos los niveles, mediante los cuales conseguir objetivos intermedios que cobran su verdadera y total significación como pasos o etapas en el sentido de una alternativa global.<sup>15</sup>

Mientras el FLP se reorganizaba ideológicamente y captaba nuevos militantes, en la universidad crecía la radicalización. El 9 de marzo de 1966, unos quinientos alumnos de la Universidad de Barcelona aprobaban los estatutos del Sindicato Democrático de Estudiantes en el Convento de los Capuchinos de Sarriá, en un acto conocido como la Capuchinada. Una semana más tarde, en Madrid se celebró una Jornada Nacional contra la Represión, y se quemaron periódicos del régimen en las puertas de las facultades.<sup>16</sup> A su vez, el Gobierno aumentó la dureza de las medidas contra los manifestantes y se aprobaron dos decretos que restringían los derechos de los estudiantes libres, suprimían las prórrogas militares y abrían la posibilidad de castigar con milicias universitarias a los catalogados con mala conducta.<sup>17</sup> Para entonces, Javier ya era un asiduo participante de todas las reuniones y manifestaciones, y era respetado por sus muchas lecturas.<sup>18</sup> Javier podía ser muy valioso para cualquier organización por sus grandes conocimientos teóricos y su capacidad argumentativa. Más bien miedoso, sobre todo en comparación con Lola, es improbable que fuera uno de los que en aquel momento realizaban las pintadas, lanzaban octavillas, cargaban contra la policía y los ultraderechistas o estaban en primera línea en las manifestaciones. A pesar de esto, Javier fue el primero de los tres en ser detenido, seguramente por llevar más tiempo expuesto e implicado en actividades ilegales.

En agosto de 1966, Javier acudió a la casa de Luis Esbert con Ignacio Muñagorri, aparentemente con el objetivo de discutir la reglamentación de estudios universitarios y criticar la postura que habían tomado las Asociaciones Profesionales de Estudiantes, cuyo presidente era Ortega Escós. Unos veinte estudiantes se reunieron para escribir y firmar una carta abierta para la prensa criticando la postura de Ortega Escós respecto al reglamento. En mitad de la reunión, la policía entró en la casa y detuvo a Javier, al que llevaron a la Jefatura Superior de Policía de Madrid para ser interrogado por el inspector Avelino Cuñado Cordero. Javier le dijo que en la reunión no se había hablado de ninguna huelga ni de organizar manifestaciones o «reclusiones voluntarias en los locales de los centros docentes». Admitió que había estado en algunas asambleas en la facultad de Ciencias Políticas y Económicas, pero mintió al afirmar que nunca había sido ponente en las

mismas, lo que la policía sabía que no era cierto. Por su parte, admitió que había llegado a participar en alguna manifestación en la facultad de Derecho, pero añadió que nunca se había desplazado a la universidad con el objetivo de manifestarse. A raíz de la detención, figuraría entre los estudiantes a los que se les negaría el «certificado de buena conducta para su ingreso en el Ejército como voluntario o en las Milicias Universitarias».<sup>19</sup>

Durante 1967, la tensión en la universidad se hizo constante y nuestros protagonistas aumentaron su participación en las actividades subversivas. A finales de enero, la policía volvió a entrar en la facultad de Derecho. Tras el cierre de las facultades por tres días, en la Junta de la facultad de Derecho del último día de enero se redactó una nota favorable a los estudiantes propuesta por Joaquín Ruiz-Giménez y apoyada por Manuel Torres López, los mismos protagonistas que en las revueltas del año 1956. La nota favorable a los estudiantes fue prohibida por la Dirección General de Prensa, por ser contraria al artículo 2 de la Ley de Prensa, y la universidad se mantuvo cerrada unas semanas.<sup>20</sup> El 26 de abril se constituyó en la facultad de Económicas el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid (SDEUM), tras una asamblea en la que estuvieron presentes tres mil estudiantes, entre los que se contaban nuestros protagonistas. El SDEUM se convirtió en un sindicato asambleario que constituía una especie de «doble poder» en la universidad.<sup>21</sup>

El SDEUM vino acompañado de una mayor radicalización ideológica. Grupos en el interior del sindicato, como los anarquistas, apostaban directamente por la violencia, la movilización de las masas y por instaurar un sistema puramente asambleario. Además, se trataron asuntos que iban más allá del ámbito universitario. En palabras del que fuera miembro del FLP José María Maravall, a partir de ese momento «la lucha de los estudiantes será un aspecto más de la lucha generalizada por medio de la comprensión del encadenamiento de los problemas de cada estamento, de cada sector, de cada clase».<sup>22</sup> Se generalizaron durante esos meses las huelgas de estudiantes en solidaridad con los paros laborales. Sin embargo, el SDEUM no afectó por igual a todas las facultades. La de Derecho, tradicional bastión de la derecha, no participó en la creación del SDEUM, pero una serie de militantes del PCE como Cristina Almeida, Emilio Menéndez o Fernando Méndez-Leite forzaron

una moción de censura para que dimitiera Ortega Escós.<sup>23</sup> El FLP demostró su fuerza en el SDEUM, obteniendo numerosos delegados en las elecciones. También participó en las Reuniones Nacionales Coordinadoras (RNC), que tenían como objetivo establecer enlaces entre todos los sindicatos de estudiantes españoles y crear un sindicato nacional: la Unión Nacional de Estudiantes (UNE).<sup>24</sup>

Dos días después de la creación del SDEUM, hubo un mitin antiimperialista a favor de Vietnam que terminó en una manifestación ante la embajada de Estados Unidos. Muchos estudiantes, entre los que estaban nuestros protagonistas, participaron en las subsiguientes actividades ilegales del 1.º de Mayo. A consecuencia de las protestas, la policía entró con permiso del rector en la facultad de Económicas y detuvo a varios miembros del SDEUM, como Francisco Albuquerque.<sup>25</sup> Doscientos estudiantes se encerraron en el edificio e hicieron una asamblea en la que en medio de insultos se aprobó el aplazamiento de los exámenes.<sup>26</sup> La policía desmanteló el SDEUM de la facultad de Ciencias, y los alumnos asaltaron el despacho del decano y quemaron un retrato de Franco. En la manifestación posterior, varios estudiantes apalearon a un «chivato» de la policía.<sup>27</sup> Días más tarde, en una asamblea se decidió no boicotear los exámenes, como defendía el PCE en contra del criterio de otros grupos políticos. A consecuencia de las discusiones, hubo peleas entre los estudiantes. Según el testimonio de anarquistas allí presentes como Antonio Pérez, entonces se gritó por primera vez el «Ni Franco ni Carrillo», una proclama que nuestros protagonistas harían suya.<sup>28</sup>

Aunque el régimen seguía reprimiendo a la oposición con dureza, algunos sectores más aperturistas trataban de mejorar su imagen internacional introduciendo algunas reformas. En 1966, Manuel Fraga, a la sazón ministro de Información y Turismo, impulsó la Ley de Prensa e Imprenta, que suponía una relativa apertura al eliminar la censura previa de la prensa como procedimiento normal. Esta ley implicaba la creación de un marco jurídico situado entre los regímenes totalitarios y los democráticos de los países europeos, ya que seguía contemplando el secuestro administrativo de las publicaciones y las sanciones al que escribiera algo contrario a los Principios Fundamentales del Movimiento. Por ejemplo, los artículos de *Cuadernos para*

*el Diálogo* sobre temas espinosos como la situación de la universidad siguieron teniendo consecuencias graves para los autores. Tras un número en el que se criticaba la expulsión de la cátedra de Tierno Galván, se pedía la anulación de las sanciones a los profesores y el aumento de los cauces representativos para los estudiantes, se abrió un expediente administrativo contra la revista.<sup>29</sup> Ciertamente, *Cuadernos* estaba repleta de antifranquistas vinculados a la universidad. Gente joven del PCE, como Manuela Carmena, Cristina Almeida o Ramón Tamames, y del FLP, como el jovencísimo José María Mohedano, habían comenzado a tomar más protagonismo en la revista.<sup>30</sup>

*Cuadernos para el Diálogo* era el epicentro ideológico del seminario sobre Filosofía del Derecho que dirigía Gregorio Peces-Barba, en el que Enrique compartió inquietudes con un grupo de estudiantes que acabó integrándose en el FLP. Entre los que asistían a los seminarios estaban muchos de los estudiantes que habían destacado en las clases de Peces-Barba, como Ramón Larraya, Javier García Fernández, José Antonio Zapatero, Jesús Fernández de la Vega o José María Mohedano.<sup>31</sup> También solían ir Emilio Menéndez del Valle, futuro diputado del PSOE, y Santiago Varela, entre otros. Esto hizo que todo el grupo se uniera mucho, y que participaran en varias actividades de las organizaciones democristianas.

En cierto modo, el círculo de jóvenes en torno a la figura de Peces-Barba era una rememoración del breve experimento de Uriage que tuvo lugar tras la ocupación de Francia en la Segunda Guerra Mundial. La escuela de cuadros de Uriage fue un intento de construir una comunidad ejemplar en la que se combinaba el cristianismo con la responsabilidad social y la renovación nacional. Liderada por pensadores personalistas como el futuro fundador de *Le Monde* Hubert BeuveMéry, Emmanuel Mounier y Jacques Maritain, influyó en numerosas personalidades que intervinieron el devenir de Francia en las siguientes décadas.<sup>32</sup> De manera parecida a las actividades de Ruiz-Giménez y Peces-Barba en España, las actividades de Uriage eran aceptadas en el régimen de Vichy y, aunque con ciertos reparos, se admitía la existencia de estos «católicos de izquierda» que al fin y al cabo también combatían el capitalismo, la democracia representativa y el liberalismo.<sup>33</sup>

En los seminarios, que eran la versión española de Uriage, PecesBarba era el principal ponente y solía comentar libros como *Cristianismo y democracia*,<sup>34</sup> en el que Maritain defendía que la democracia era el mejor sistema según la teología cristiana, pues era el que respetaba de la mejor manera posible la dignidad humana. Además, Maritain afirmaba que «el empuje democrático ha surgido en la historia como una manifestación temporal de la inspiración evangélica».<sup>35</sup> Sin embargo, la democracia que entendían mayoritariamente los personalistas franceses tenía poco que ver con cualquier forma de democracia representativa parlamentaria, y paradójicamente se parecía más a la representación orgánica comunista y franquista.<sup>36</sup> Criticando duramente el materialismo, la democracia burguesa, el capitalismo y el imperialismo de Estados Unidos, los personalistas franceses eran ambivalentes respecto a los regímenes dictatoriales de izquierda y derecha y las democracias europeas. De hecho, cuando tuvieron que hacer juicios de valor públicos, Mounier se puso mayoritariamente del lado, primero, del régimen de Vichy y, posteriormente, de las dictaduras comunistas antes que de las, desde su punto de vista, decadentes y materialistas democracias representativas. El intento de conciliar cristianismo y comunismo y de luchar contra el «individuo aislado y abstracto» liberal los llevó a tomar como axiomática la máxima de que la revolución buscaba el bien universal, que por definición está por encima del individual. De esta manera, según ha contado el historiador Tony Judt, los crímenes y prácticas comunistas podían llegar a justificarse por la implacable marcha de la historia hacia el socialismo.<sup>37</sup>

El 13 de marzo de 1967, Jean-Marie Domenach, director de la revista personalista *Esprit*, fundada por Emmanuel Mounier, asistió como ponente<sup>38</sup> a los seminarios de Peces-Barba, y luego cenó con el grupo de *Cuadernos para el Diálogo*.<sup>39</sup> Domenach era un representante de la izquierda católica no comunista francesa. En uno de los últimos seminarios del curso, habló José Luis López Aranguren,<sup>40</sup> recientemente expulsado de su cátedra universitaria tras los sucesos de 1965. Aranguren trataba de conjugar las revueltas en la universidad con un llamamiento a la no violencia. Le preocupaba la manera en que podían reaccionar los jóvenes si se veían desesperados ante la situación

universitaria. Como escribió en *El problema universitario*, publicado en 1968: «¿Es que no se va a dejar a los muchachos otra alternativa que la rendición sin condiciones o la estéril, desesperada violencia?».41

Para nuestros protagonistas, el grupo de *Cuadernos* acabó resultando demasiado descafeinado y socialdemócrata. En el seno de la democracia cristiana opositora al franquismo, desde su reunión fundacional en Los Molinos, siempre hubo discusiones con sus integrantes más próximos a la «nueva izquierda», muchos de los cuales formaban parte de la órbita de la revista. El sector más conservador consideraba a los otros como «jóvenes inmaduros, dotados de un complejo de inferioridad ante la dialéctica marxista y leninista», y los veía muy apegados al ideario revolucionario del FLP. Ya a mediados de 1966, hubo una ruptura con los conservadores liderados por Barros de Lis, y parte de la democracia cristiana se situó más a la izquierda, buscando combinar las tesis personalistas de Mounier con «todo lo positivo que el marxismo ha creado».42 Gregorio Peces-Barba, seguramente para intentar atraer a unos jóvenes que cada vez se estaban alejando más de sus ideas, llegó a decir que «ser personalista es ser auténticamente revolucionario».43 Se intentó dar a conocer toda la corriente de pensamiento europeo que aspiraba al diálogo marxista-cristiano, y el padre Llanos y Peces-Barba serían los principales divulgadores en España del libro de Roger Garaudy *Del anatema al diálogo*, un intento de conciliar el cristianismo con las posiciones comunistas. Eran unas ideas parecidas a las que expresaban en la revista militantes del FLP como Ignacio Fernández de Castro o Alfonso Carlos Comín, también seguidor de Mounier, que buscaba «la esperanza de poder pertenecer a la Iglesia y arraigarse en el compromiso revolucionario».44

La mayoría de los colaboradores de la revista tenían una fe hegeliana en el proceso histórico que les hacía ver el socialismo como la vía para liberar a la humanidad. Más que a la Unión Soviética, los artículos de la publicación halagaban a Cuba o Yugoslavia, y se celebró el reconocimiento por la ONU de la China de Mao. Aunque había grandes reticencias internas al discurso sobre la necesidad y deseabilidad de una respuesta violenta al régimen, hubo algunos artículos ambiguos que abogaban indirectamente por ella, en general impulsados por el sector del FLP.45 En la estela de Lefebvre y Marcuse, en la

revista se discutía seriamente la posibilidad del empleo legítimo de la violencia. Había divergencias entre la línea defendida por el padre Llanos y Ruiz-Giménez, que rechazaban absolutamente esa vía, y la de otros católicos, como José María González Ruiz o José Aumente, que llegaron a escribir que Moisés era «un auténtico líder revolucionario» porque, tras agotar la vía pacífica con el faraón, «recurre al método de guerrillas».46 Años más tarde, Juan M. Bandrés, que estaba muy próximo a la postura de ETA y todavía impresionado por el reciente golpe de Estado derechista en Chile, escribiría en la revista que «las legítimas finalidades de la sociedad socialista solo se conseguirán mediante la revolución y la acción violenta».47 Con todo, en general se mantuvo una línea contraria al recurso a la fuerza, y se declaró en numerosas ocasiones que aquella no era «la solución para ninguno de los problemas que tiene planteados el país».48

A pesar del viraje izquierdista de la revista, las tensiones entre los miembros del FLP y el resto del grupo eran notorias. Cuando Elías Díaz escribió *Estado de Derecho y sociedad democrática* en 1966, obra en la que defendía una concepción relativamente parecida a la de la democracia representativa del Estado de Derecho, el FLP consideró que lo que propugnaba en realidad era la instauración de un «Estado de derechas».49 Aunque la mayoría de los integrantes de *Cuadernos* defendían una gran intervención estatal en la economía, para nuestros protagonistas la mayoría eran unos burgueses con tintes reaccionarios.50 En uno de los seminarios de Gregorio Peces-Barba, el jovencísimo Juan Ruiz interrumpió constantemente las alocuciones del profesor, acusándole de no llevar un programa lo suficientemente revolucionario, y finalmente abandonó la sala indignado, en medio de un gran alboroto.51 El estructuralismo althusseriano, el fatalismo de Marcuse, la lucha bolivariana y los escritos de Trotski, Lenin y Mao no dejaban demasiado espacio al diálogo con posturas menos radicales. No obstante, aunque llegaran a verse en las antípodas ideológicas, Lola, Enrique y Javier siguieron teniendo un cierto contacto con los integrantes de *Cuadernos*.

Alejado del entorno de la revista mucho antes que Enrique y Lola, Javier profundizó su intensísima afición por el cine antes de integrarse definitivamente en el FLP y cambiar su forma de vida para siempre. En los

ambientes antifranquistas, Javier había conocido a Fernando Méndez-Leite, miembro de la UED y apasionado del séptimo arte.<sup>52</sup> El padre de Fernando era amigo de Félix Martialay, un crítico de cine falangista cofundador de *Film Ideal*, revista que llegó a dirigir. En el número 183 de esta publicación, aparecido el 1 de enero de 1966, Javier se había incorporado junto con su hermano José Luis al equipo de redacción.<sup>53</sup> *Film Ideal* rivalizaba con la revista *Nuestro Cine*, fundada por el Partido Comunista y con una visión mucho más politizada del cine.<sup>54</sup> Aunque su ideología era heterogénea, los redactores de *Film Ideal* estaban en general fascinados por el cine norteamericano, próximo a *Cahiers du Cinéma*, y no estaban tan particularmente interesados en la visión social y ejemplarizante de las películas. Por ese motivo, los comunistas acusaron en ocasiones a la revista de defender un cine de derechas y de no luchar por la mejora de la realidad social. Por ejemplo, cuando en 1966 se estrenaron *El Dorado* y *Cortina rasgada*, de Howard Hawks y Alfred Hitchcock respectivamente, *Film Ideal* alabó ambas películas y los de *Nuestro Cine* los acusaron, en respuesta, de fascistas. Una afirmación difícil de sostener conociendo a los integrantes de la publicación. Muchos de sus colaboradores, como el propio Javier, eran activos militantes de izquierdas en la universidad, y consideraban a su vez al PCE como un partido burgués que no era lo suficientemente revolucionario. En palabras de Fernando Méndez-Leite, caracterizando muy bien a Javier:

esa gente [los miembros de *Film Ideal*] son de la FUDE en la facultad y están llevando los departamentos culturales de las facultades de Madrid y haciendo una política totalmente de izquierdas, y al mismo tiempo escriben que *Desayuno con diamantes* es maravillosa. Creo que es curioso. No creo que haya una contradicción, creo que es simplemente una cosa a resaltar.<sup>55</sup>

En *Film Ideal* coexistieron formas distintas de entender el cine. Un grupo de redactores, entre los que se encontraban los hermanos Molina Foix, fundaron un grupo dentro de la revista que se hacía llamar Los Marcianos. Trataban de hacer una descripción neutra de las imágenes cinematográficas, entendiendo el «cine como pura fenomenología del acontecer; un goce primario de las formas que desborda al de los demás formalistas de su tiempo».<sup>56</sup> El principal exponente de este grupo, Marcelino Villegas,

filosofaba sobre la presencia del cuerpo de los actores en el fotograma. Así, en *Film Ideal* se podía leer que «si el objeto del cine son los cuerpos, cada plano debe ser un planosecuencia [...] en el sentido de que es lo que es y deviene, empieza y termina, y el plano siguiente ya es otra cosa».<sup>57</sup> El nuevo paradigma de Los Marcianos valoraba la puesta en escena por «su capacidad para mantener el vínculo ontológico entre la imagen y la ambigua realidad» y creía que la realidad debía estar lo más presente posible en la película. De hecho, afirmaban que el lenguaje filmico moderno basado en imponer unos sentidos preconcebidos a la imagen atentaba contra la naturaleza misma del cine. Por ejemplo, Los Marcianos debatían sobre «¿cómo se puede hacer, tiene sentido hacer, ver, una escena de amor sin que los que estén en ella se amen?». Se preguntaban si los actores que hacían determinadas películas no se amaban realmente, y sobre si es posible creer los suicidios de los actores «cuando yo sé que Maurice Ronet no se ha suicidado».<sup>58</sup> Javier no era uno de Los Marcianos, ni estaba especialmente cercano a sus planteamientos cinematográficos.

*Film Ideal* dedicó números a directores como Orson Welles y Howard Hawks; a Alfred Hitchcock le dedicaron varios números consecutivos. Durante una breve etapa, los hermanos Sauquillo coincidieron en la redacción con los hermanos Molina Foix y los hermanos Martínez León, lo que dio lugar a numerosas bromas en la revista como hacer alusiones al musical *Siete novias para siete hermanos*.<sup>59</sup> Junto a los Sauquillo, se incorporaron el poeta Miguel d'Ors, el futuro director del Festival de Cine de San Sebastián Luis Gasca y el futuro crítico cinematográfico Manolo Marinero, buen amigo de Javier en la universidad, y que haría un cortometraje en los ochenta, titulado *Tiempos duros en Ríos Rosas*, en el que actuaban Fernando Trueba, Carlos Boyero y Antonio Resines.<sup>60</sup> En general, los redactores de *Film Ideal* admiraban los westerns, y sentían devoción por los directores norteamericanos Howard Hawks, John Ford y Raoul Walsh. Los miércoles se reunían habitualmente en la cafetería Chócala para discutir el contenido de los siguientes números y hablar de todo tipo de películas. Al menos en sus gustos cinematográficos, Javier se distinguía de sus admirados Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, a los que una buena parte de la intelectualidad francesa del momento tomaba en serio cuando afirmaban que películas como *Solo ante*

*el peligro* o *Shane* eran propaganda militar destinada a animar al público de Occidente a apoyar una guerra preventiva contra el comunismo.<sup>61</sup> Una de sus reseñas que más recuerda su hermano José Luis estaba dedicada a la película polaca *Cenizas y diamantes* de Andrzej Wajda.<sup>62</sup> Enrique y Lola compartían con Javier la pasión por el cine y solían asistir a los cineclubs universitarios y a los largos debates tras las proyecciones.

Además del cine, nuestros protagonistas tenían cierta afición por la música, y especialmente Lola estuvo vinculada a la canción protesta madrileña. Antes de hacerse íntima de Enrique y de Javier e iniciarse en el FLP, Lola fue novia de José Manuel Brabo Castells, «Cachas» (por su temprana afición a la práctica del atletismo). Brabo Castells estudiaba arquitectura y era un original cantautor. Las amigas de Lola se reían de ella porque sus novios siempre tenían la letra «ch» en el nombre: Pancho, Nacho y Cachas.<sup>63</sup> Este último era el hermano pequeño de la famosa comunista Pilar Brabo Castells, que acabó expedientada por su militancia antifranquista y terminó la carrera de Física en Barcelona. Cachas era muy deportista, y solía ir de un lado a otro de Madrid corriendo sin jersey. A pesar de su mote, no era en absoluto una persona especialmente fuerte ni corpulenta. Proveniente de una familia de gran posición económica, su desaliñada manera de vestir, su característica melena y su rostro un tanto desvalido le conferían una apariencia a la vez atractiva y excéntrica. En una ocasión, mientras esperaba en la boca de un metro a sus amigos para ir a una manifestación política, una mujer le confundió con un mendigo y le dio una limosna. Cachas, que no se avergonzó de aceptar el dinero a pesar de provenir de una familia muy rica, contaba la historia muy divertido.<sup>64</sup>

En esos años de universidad, ser un Brabo daba cierto distintivo social, ya que su hermana era una de las dirigentes universitarias más destacadas. Aunque los padres eran muy conservadores, en ocasiones había reuniones informales en casa de Cachas a las que asistían numerosos antifranquistas. Cachas tocaba la armónica y la guitarra, y solía ir a casa de Lola a escuchar música y a improvisar con la armónica junto a otros amigos. Muchas veces le acompañaba un grupo de gente que se hacían llamar cómicamente los Tijuana Inconformistas, y muchos de ellos se consideraban músicos que no sabían tocar un instrumento. Tras unos inicios con letras muy marcadas políticamente

y bastante convencionales entre el antifranquismo, Cachas evolucionó musicalmente al cambiar su temática política por textos cada vez más breves y confusos, que acabaron perdiendo todo posible significado en sus últimos trabajos. Atraído por la música oriental, los sonidos esotéricos que profería con su boca funcionaban como un instrumento más que dotaba al conjunto armónico de gran originalidad y cierto misterio.<sup>65</sup>

En 1966, Cachas participó en la creación del colectivo musical Canción del Pueblo, formado especialmente por estudiantes de la Universidad de Madrid. Entre los miembros más destacados figuraban los futuros cantautores Hilario Camacho, Adolfo Celdrán o Elisa Serna. Según esta última, el objetivo del grupo era «narrar en un lenguaje fácil y directo (al que se ha unido una melodía pura huyendo de toda comercialidad), situaciones reales o reacciones psicológicas del hombre de la calle, del pueblo, ante los acontecimientos sociales y políticos del momento actual».<sup>66</sup> El 9 de diciembre de 1966, muchos de ellos participaron en el concierto en la Residencia Universitaria de Agustinos de Madrid, pero el recital inaugural del colectivo suele situarse el 22 de noviembre de 1967, en el Instituto Ramiro de Maeztu. Algunos miembros de este grupo, entre los que se encontraba Cachas, formaron posteriormente el grupo La Trágala, nombre que hacía referencia a la satírica canción que los liberales españoles dedicaban a los absolutistas y al rey Fernando VII tras el pronunciamiento militar de Riego. El *Trágala* se había seguido cantando como símbolo izquierdista contra la Iglesia y la monarquía, especialmente en la Segunda República y la Guerra Civil española.<sup>67</sup> Hicieron distintos recitales en la universidad, los colegios mayores y las parroquias, y en sus actuaciones repartían un manifiesto en el que se podía leer la posición del grupo respecto al contenido de sus canciones. El manifiesto comenzaba de esta manera:

Al intentar hacer una canción de calidad en nuestro país, es indudable que nos encontramos con numerosas dificultades. Podemos fijarnos en la falta de una expresión poética mínimamente sincera y al mismo tiempo profunda de los problemas de los hombres que plantea esta España nuestra de cada día. También en la ausencia de una tradición musical que no sea, o bien minoritaria, o bien decididamente dirigida a una comercialidad fácil y sin otras miras que la rápida peseta. Para nosotros está claro que es necesario unir la calidad con la expresión sin diferenciaciones de los aspectos

culturales, personales y sociales del momento que vivimos. Es un programa claro y dificultoso y sabemos desde ahora que solo llegaremos a él a través de muchos esfuerzos, muchas equivocaciones y bastante tiempo. Si algo nos parece importante es recordar que nuestras canciones no son algo terminado, sino que estamos empezando una fase fundamentalmente experimental y cuya única virtud debe ser la sinceridad.<sup>68</sup>

A pesar de su teórica apuesta por la experimentación, en general los cantautores eran bastante conservadores musicalmente, y no ofrecían grandes innovaciones en sus canciones. Sin embargo, el esotérico Cachas mantenía una concepción de la música completamente diferente a la mayoría de los cantautores del grupo. Le interesaba mucho la psicodelia, la música oriental, el folk y la música progresiva. Poco a poco se inclinó hacia una música experimental, en la que las letras se sustituían por sus característicos murmullos que formaban textos ininteligibles con melodías prácticamente salmodiadas. En sus propias palabras, «cuando me dejaban, cantaba unas canciones en las que, en lugar de letras, soltaba fonemas ininteligibles. La verdad es que no pegábamos ni con cola».<sup>69</sup> Además de la guitarra y la armónica, comenzó a tocar otros instrumentos como el rabel o la mandolina. En los recitales, con música compuesta por él mismo, cantaba poemas de León Felipe extraídos de *Español del éxodo y del llanto* y *Ganarás la luz*. De «Hay dos Españas», incluido en *Ganarás la luz*, se conserva una copia en un cancionero editado por el colectivo, aunque desgraciadamente no se conserva ninguna grabación fonográfica del tema. El poema es el siguiente:

Soldado, tuya es la hacienda,  
la casa,  
el caballo  
y la pistola.  
Mía es la voz antigua de la tierra.  
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y  
errante por el mundo...  
Mas yo te dejo mudo... ¡mudo!  
y ¿cómo vas a recoger el trigo  
y a alimentar el fuego  
si yo me llevo la canción?

Los primeros *singles* de Cachas fueron editados por la Editora Universitaria de Madrid, que había sido creada por un grupo de gente entre los que se encontraban Paquita Sauquillo.<sup>70</sup> En la primera serie de la productora, Cachas recitaba en castellano antiguo el poema del Arcipreste de Hita «La propiedad que el dinero ha» y el de Antonio Machado «Discutiendo están dos mozos». En la contraportada del disco original puede verse cuál era el propósito de la productora: «La Editora Universitaria de Madrid S.A. (EDUMSA) en su colección Ensayo pretende una promoción cultural en el mundo del disco, incorporando a la canción letras de grandes poetas —aún hoy vigentes— en composiciones e interpretaciones de jóvenes valores. Es éste un primer intento, no terminado, cuya mayor virtud es la sinceridad».<sup>71</sup> Posteriormente, EDUMSA editó a destacados cantautores como Hilario Camacho, Elisa Serna o José Antonio Labordeta.

Poco después de terminar su relación con Lola, Cachas abandonó Madrid con destino a Barcelona en 1969, de la misma manera que lo había hecho su hermana tras ser expedientada. Allí se convirtió en uno de los pioneros del rock progresivo en España, y de su tremenda originalidad quedó constancia en sus siguientes trabajos, en los que llevó al extremo sus melodías vocales ininteligibles. A través del cantautor Albert Batiste conoció a Pau Riba y a Jaume Sisa, que estaban asociados a la vertiente más vanguardista del folk y de la Nova Cançó catalana. Según Jaume Sisa, «[Cachas] siempre me pareció una mezcla de peregrino medieval y de sabio de Oriente. Y, musicalmente, un genio y una enorme influencia».<sup>72</sup>

Cachas fue asimismo uno de los fundadores del grupo Música Dispersa, que en su único y homónimo disco aunó todas sus obsesiones musicales. El disco ha sido calificado como uno de los más originales de la música española, pero en su momento pasó desapercibido y vendió apenas trescientas copias.<sup>73</sup> Aparentemente, desde que Lola comenzó su relación con Enrique no tuvo casi contacto con Cachas, que años más tarde abandonó Barcelona para hacer la mili y dejó la música para siempre. Sabemos que Lola recuperó algo el contacto más tarde porque les comentaba a sus amigas las andanzas del aventurero Cachas,<sup>74</sup> que al parecer se convirtió en funcionario municipal en las Islas Baleares y en ocasional monitor de surf. Aunque Enrique y Javier no

se movieron mucho por el ambiente hippy de los cantautores, sí que tuvieron relación con muchos de ellos como el mismo Cachas o el futuro productor musical Mario Pacheco.

Nuestros protagonistas tuvieron la oportunidad de vivir una enorme renovación en la música española. Especialmente Lola, por su relación de noviazgo con Cachas, conoció de primera mano la simbiosis entre el antifranquismo y una nueva cultura juvenil, que hizo de lugar de encuentro entre la minoría estudiantil politizada y la mayoría no abiertamente interesada en política, pero que se apuntaba a las nuevas tendencias extranjeras más liberales y pretendía cierta apertura social.<sup>75</sup> En los sesenta, la canción francesa, con representantes como Françoise Hardy o Sylvie Vartan, había añadido un discurso femenino hasta entonces desconocido en España. La canción de la primera, *Tous les garçons et les filles*, de 1962, fue pionera en tratar las relaciones entre los jóvenes de ambos sexos de manera natural. Pero el verdadero cambio vino por la irrupción del pop-rock británico, conocido como «Música yeyé», por feliz expresión del filósofo Edgar Morin, debido al conocido estribillo «*yeah, yeah*» de la canción de 1963 de los Beatles *She loves you*. La gira española de los Beatles en 1965, a la que asistió Paquita Sauquillo,<sup>76</sup> fue todo un acontecimiento entre la minoritaria juventud universitaria, así como las visitas de The Kinks o The Animals. Los imitadores españoles de los Rolling Stones o los Beatles, como Los Salvajes y Los Mustang respectivamente, se añadieron a Los Bravos, que con su canción *Black is Black* consiguieron ser uno de los grupos con más éxito en Estados Unidos y Gran Bretaña. Además, varios grupos como Los Pekenikes, Los No, Fórmula V, Los Relámpagos o Los Canarios eclosionaron en una época dorada de la música española.

Pero fue la canción protesta americana y los cantautores críticos con el sistema los que más impacto tuvieron en nuestros protagonistas. Bob Dylan era el ídolo de miembros del FLP como Héctor Maravall, que tuvo una significativa etapa hippy a su entrada en la universidad.<sup>77</sup> El ataque explícito a los valores conservadores de los cantautores vinculados al movimiento estudiantil americano, como el propio Bob Dylan o Joan Baez, influyó decisivamente en Cachas y en todos los pioneros de la Nova Cançó. Uno de los más populares cantautores españoles, Raimon, utilizó en su mítica canción

*Al vent* metáforas similares al *Blowin' in the Wind*, de Dylan, al expresar con el viento los deseados cambios conducentes a la libertad. Por su parte, Joan Baez adaptó himnos de la generación de cantantes de folk americanos, como el *We shall overcome*, de Peter Seeger, que fueron a su vez adaptados al catalán en el *Tots junts vencerem*. En la universidad madrileña los estudiantes cantaban constantemente tanto esta canción como el *No serem moguts*, himnos protesta que reivindicaba al mismo tiempo libertad política y lingüística en España.<sup>78</sup> Nuestros protagonistas entonaron en multitud de ocasiones estos himnos.

Además de la música y el cine, la poesía ocupaba un lugar importante en la vida de Lola, Enrique y Javier. El Aula de Poesía de la facultad de Derecho era muy activa, y en gran parte la dirigía su creador, Javier Lostalé, que había conocido a nuestros protagonistas en las actividades de la universidad y tenía cierto trato con el grupo de Gregorio PecesBarba. Por esta aula pasaron poetas tan destacados como Gerardo Diego, Félix Grande, Dámaso Alonso y Claudio Rodríguez. También acudían muchos estudiantes comprometidos, como José María Mohedano, Manuela Carmena o nuestros protagonistas. Normalmente, mientras leían poemas la policía los esperaba fuera de la facultad. Parece ser que también Javier llegó a leer un día sus propios poemas en el aula, y es posible que también lo hiciera Enrique. Los poemas de éste no eran políticos, en un marcado contraste con Javier, que mostraba su compromiso militante en todos los frentes. A Enrique le interesaba mucho la obra de Blas de Otero, Antonio Machado, León Felipe, Federico García Lorca o Vicente Aleixandre, que más adelante entabló una gran relación con Javier Lostalé. Enrique escribía poesía amorosa, y es muy probable que acabara haciendo referencias a Lola, a sus celos de Javier y a su aspiración a ser una persona más completa, un tema sobre el que escribió un confuso artículo en la revista de la facultad de Derecho *Libra*. Aunque nunca lo confesó explícitamente, a sus amigos poetas les parecía claro que albergaba ambiciones literarias y el deseo de convertirse en poeta. La sensibilidad lírica de Enrique encajaba perfectamente con la del incipiente poeta Javier Lostalé, que veía a Enrique como un escritor en ciernes. Los tres conocían al popular

actor catalán José Sazatornil, que les dejaba utilizar el camerino del teatro donde actuaba para sus reuniones poéticas. En estas ocasiones se leían unos a otros los poemas que habían escrito y comentaban otros textos mientras Sazatornil interpretaba alguna obra de Bertolt Brecht. Desgraciadamente, no se conservan los poemas que escribieron Enrique y Javier en aquella época.<sup>79</sup>

Sabemos que Lola también escribía y que tenía ciertas ambiciones literarias. En uno de los veranos de los primeros años de universidad, ganó el concurso de relatos convocado en la residencia de verano donde se alojó junto a sus amigas,<sup>80</sup> pero no parece que esto le diera la confianza suficiente para mostrar públicamente sus escritos. Nunca tuvo ánimo de escribir para un gran público, y siempre rehuyó cualquier posible protagonismo intelectual en casi todos los ámbitos en los que se involucró, algo que contrasta con sus parejas y que dificulta sustantivamente la reconstrucción de su vida. En este ambiente de intercambio continuo de referencias y conocimiento, ella se empapó de una comprensión marxista de la realidad a los dos o tres años de entrar en la universidad. Ya nunca dejaría de ser de izquierdas.

Para Lola, la universidad supuso la absoluta asunción de una ideología que luego sería marginal en la vida pública española de la Transición. A su vez, las tendencias ideológicas que triunfaron una década más tarde, la socialdemocracia, el liberalismo y el conservadurismo democristiano, eran marginales en la universidad española antifranquista, con notables excepciones que sí las representaron dignamente, si bien casi siempre sin correr un riesgo personal real. Si hubo verdaderos paladines de estas ideologías camuflados socavando la legitimidad del régimen en la universidad, se mantuvieron mayoritariamente silenciados en un reposado estudio, mientras otros se encargaban de reivindicar un sistema político diferente. Aunque personas como Gregorio Peces-Barba, Dionisio Ridruejo, José María Gil-Robles, Jaime Miralles o Joaquín Ruiz-Giménez tuvieron que asumir costes y riesgos personales por su participación en las actividades clandestinas, no fueron en ningún caso comparables a los que nuestros protagonistas tuvieron que correr. Probablemente, los socialdemócratas, democristianos y liberales fracasaron a la hora de crear en las universidades

unas estructuras de captación efectiva de estudiantes, unos alumnos que prácticamente en ningún caso se vieron reflejados en estas ideologías moderadas, y finalmente triunfantes, que aquéllos representaban. No supieron adecuar su lenguaje y sus formas para que la siguiente cohorte generacional se adhiriera a ellos, lo que provocó su deslizamiento hacia el guevarismo, la revolución socialista y el marxismo-leninismo. La falta de socialdemócratas en la universidad hizo que en la Transición parte de la captación de elites políticas se hiciera entre antiguos revolucionarios.

Por mucho que a Lola, Enrique y Javier se les pueda acusar de haber defendido frívolamente posiciones a veces disparatadas, es justo decir que hicieron algo que casi nadie se atrevía a hacer en la universidad de la época: protestar por los derechos de todos en un régimen injusto e ilegítimo jugándose la expulsión de la facultad, la cárcel o incluso la integridad física. Lo cierto es que no se puede olvidar que una inmensísima parte de los estudiantes universitarios solo fueron a la universidad durante el franquismo a estudiar para conseguir una futura ocupación, y meterse en líos de cualquier tipo era lo último que pretendían. Ellos se perdieron cuatro de las cosas más interesantes que la juventud puede ofrecer: vivir apasionadas aventuras, conocer todo tipo de realidades posibles, rebelarse oportunamente ante un mundo injusto y equivocarse ingenuamente en mucho de lo que se piensa. Nuestros protagonistas llevaron a cabo todas estas cosas con mucha intensidad, pero la desgracia no les permitió seguir luego una vida normal en la que quizás hubieran seguido otros derroteros. Ninguno de ellos se pudo desarrollar personal y políticamente en libertad, y nadie puede saber lo que hubiera sido su vida si no se hubieran cruzado tan pronto con la desgracia.

Merece la pena que el lector de hoy se pregunte qué tipo de estudiante hubiera sido en la Universidad de Madrid de los sesenta. Lo más probable, siquiera sea estadísticamente, es que hubiera sido apolítico, y que se hubiera mostrado tan indiferente con el franquismo como luego con la democracia representativa. A nadie le gusta verse siendo así hoy en día. Como segunda opción, el lector podría haber sido democristiano, liberal o socialdemócrata, y correr moderados riesgos mientras los estudios y la futura ocupación profesional eran lo primero. Tampoco hay demasiada gente que quiera verse tan conformista en su juventud, especialmente ante un régimen tan poco

democrático. Por último, el lector podría haber sido un revolucionario y haber luchado con todas sus fuerzas por cambiar el régimen franquista. Nuestros protagonistas eligieron esta opción minoritaria y la llevaron hasta las últimas consecuencias, como creo que tal vez a una mayoría de personas mirando retrospectivamente le gustaría haber hecho. El Madrid de finales de los sesenta fue el último Madrid de la historia en el que se podía ser un poeta revolucionario y no ser al mismo tiempo ridículo.

## El FLP y el revolucionario profesional

La juventud se nos ha ido.

Rodolfo Martín Villa

El curso 1967-1968 fue uno de los más representativos del movimiento universitario europeo, y Lola, Enrique y Javier se sintieron parte de una gran oleada internacional contra el capitalismo, el imperialismo y el fascismo. En cuanto entraron en el FLP, pasaron a desempeñar muy pronto cargos que aparejaban responsabilidades relativamente importantes, y en los eventos de la facultad de Derecho del año 68 estuvieron entre los participantes más destacados junto con otros miembros del FLP, del PCE y de varios grupúsculos anarquistas. Además, su entrada oficial en una organización política coincidió con el momento de mayor radicalización del movimiento universitario asociado al FLP, que llegó a la ruptura con el PCE en las elecciones al sindicato y alcanzó acuerdos concretos con organizaciones maoístas, trotskistas y ácratas.<sup>1</sup> Las divisiones internas entre los estudiantes antifranquistas se profundizaron en este significativo año, que quedó marcado para siempre en el imaginario de muchos de sus miembros más destacados como el año en el cual la revolución fue posible. En medio de la vorágine revolucionaria, Enrique y Lola se conocerían y enamorarían profundamente. Desde el principio, la sombra de Javier planearía sobre una intensa y pasional relación que acabaría atormentando a Enrique.

En el verano de 1967, Enrique viajó a París con un grupo de amigos, entre los que se encontraban Javier García Fernández, Santiago Varela, Ramón Larraya, Jesús Fernández de la Vega y José Antonio Zapatero. El más

destacado miembro del grupo de amigos que no pudo viajar a la capital francesa fue José María Mohedano.<sup>2</sup> Su padre, a pesar de conocer a Joaquín Ruiz-Giménez y a Gregorio Peces-Barba, no le dejó ir.

El idealizado París era un destino habitual para los estudiantes con inquietudes, y también Lola había viajado antes allí con su grupo de amigas algún otro verano. Aunque inicialmente pretendían realizar todo tipo de actividades y ocupaciones alternativas, la mayoría de ellas acabaron trabajando en un restaurante para poder subsistir. Lola, que hablaba y leía correctamente el francés, hizo de traductora para la mayoría de sus amigas.<sup>3</sup> El viaje de Enrique fue organizado por Gregorio Peces-Barba, que había profundizado la relación con todo el grupo que asistía a su seminario sobre filosofía, derecho y políticas. En el viaje en tren, que duraba una noche entera, le gastaron una broma a Enrique, al hacerle creer que él había sido el único que había estado durmiendo durante el trayecto mientras los demás habían estado conversando. Se alojaron todos en la misma residencia de la Ciudad Universitaria, y teóricamente tenían el proyecto de encontrar un trabajo para el verano a partir de los contactos democristianos de Peces-Barba. Sin embargo, pronto vieron que esto era imposible y terminaron dedicándose al ocio y a la lectura. A pesar de idealizar el mundo de los obreros y las clases trabajadoras, la mayoría de la oposición universitaria al franquismo no llegó jamás a hacer un trabajo ni remotamente semejante.

París era una capital mitificada en la España de la época. La libertad sexual y el nivel cultural francés estaban a años luz del español, y Francia era vista como un país que imitar por la parte de la sociedad española más abierta y tolerante. Quienes tenían algún contacto con la realidad francesa eran capaces de ver películas que la censura franquista prohibía en España, y podían conocer los debates europeos de la época. Enrique y sus amigos tenían la fundada esperanza de abrir mucho sus horizontes políticos e intelectuales en su viaje a París, pero lo cierto es que no pudieron realizar grandes actividades en la capital francesa. Acudían a la librería Maspero, asociada al Partido Comunista, compraban algunos libros políticos, y contaban con la aquiescencia de los propietarios para robar algunos otros. Visitaron el museo del Louvre, donde Emilio Menéndez dijo que merecía únicamente la pena ver la *Mona Lisa* y la *Venus de Milo*. Como no tenían mucho dinero, y en parte

también por esa inocencia y voluntarismo que les caracterizaba, decidieron trabajar un día descargando camiones de fruta. Ante la sorpresa e incredulidad de los trabajadores franceses, que veían en ellos a unos chicos un tanto delicados y sin la indumentaria necesaria, se pusieron a cargar cajas de fruta a cambio de algo de dinero. Como no llevaban guantes, se llenaron las manos de heridas. A las pocas horas de empezar a cargar fruta desistieron de seguir en el intento. Con el dinero que ganaron se tomaron algunas cervezas en un bar.<sup>4</sup>

En París, Enrique mencionó en varias ocasiones una posible entrada en el FLP, pero aún no tenía ninguna certeza de hacerse militante. En ese viaje, Enrique y otros de sus compañeros ya estaban claramente a la izquierda de la democracia cristiana. Se hicieron una foto frente a un grafiti de una calle parisina en que se igualaba a los nazis con los estadounidenses.<sup>5</sup> Al mes de estar allí, Enrique tuvo que volverse para preparar las asignaturas que tenía suspendidas, pues el curso anterior le había ido bastante mal y había suspendido la mayoría de las asignaturas.<sup>6</sup> Se quedaron Ramón Larraya y Jesús Fernández de la Vega, que durante más de un mes estuvieron deambulando por París sin ningún plan definido.

Durante todo 1967, en la capital francesa se fueron incubando muchas de las circunstancias que darían lugar a los sucesos de Mayo del 68. Las protestas en la universidad parisina por la guerra de Vietnam eran frecuentes, el ideal revolucionario del Che Guevara mantenía su vigencia para los estudiantes franceses y las huelgas de obreros se repetían en cada ocasión significativa. Es fácil imaginarse a Enrique yendo a los cines parisinos a ver películas de la Nouvelle Vague con un libro de Sartre, mientras discutía con sus compañeros cuestiones parecidas a las que se estaban discutiendo en Nanterre. Nuestros protagonistas compartían con los líderes estudiantiles franceses la idea de que la llegada del socialismo internacional estaba próxima, y que éste vendría a Europa a través de una revolución equiparable a la cubana o la vietnamita.

La figura del ocioso estudiante revolucionario era relativamente común en París, y fue immortalizada por varios cineastas y escritores franceses. A finales del verano de 1967, se estrenaba en Francia *La Chinoise*, de Jean-Luc Godard, en la que un grupo de desocupados estudiantes debaten sobre la Revolución Cultural china y las vicisitudes del marxismo-leninismo. La

película, que transcurre contemporáneamente a cuando fue rodada, refleja extraordinariamente el pensamiento, las conversaciones y hasta cierto punto el tipo de vida de nuestros protagonistas, tanto en París como en Madrid, cuando comenzaron a militar en organizaciones de las izquierdas alternativas a la soviética. En realidad, algunos de sus actores, como el senegalés Omar Blondin Diop, eran activos militantes comunistas que participaron en las revueltas parisinas del año siguiente.<sup>7</sup> Véronique, personaje paradigmático de *La Chinoise*, pronuncia una frase, respecto a las posibilidades de cambios y reformas en las democracias burguesas, que Lola podría haber hecho perfectamente suya y que refleja el nivel de ideologización de su discurso: «Estas reformas seguirán siendo una letra muerta porque pertenecen a un idioma muerto, a una cultura que es una cultura de clase, una cultura que pertenece a una clase particular y sigue una política determinada».<sup>8</sup> Los protagonistas del filme, como una parte de los miembros del FLP, fantaseaban continuamente con una idealizada y apocalíptica violencia que pusiera fin a la alienación de la humanidad. El final de la educación burguesa y de la sociedad de clases capitalista daría paso a una sociedad socialista revolucionaria en la que la horizontalidad de las relaciones y la felicidad iban a ser la norma común.

Ese mismo verano, Javier viajó en compañía de Paco Caso, María Luisa Calvo, su hermana Paquita y su novio Jacobo Echeverría-Torres a varios países centroeuropeos, entre ellos Checoslovaquia.<sup>9</sup> Fue una oportunidad de oro para observar de primera mano la realidad de los países socialistas que seguían un programa político, cultural y económico más parecido al ideal que ellos mantenían. En Checoslovaquia estaba a punto de comenzar la Primavera de Praga con la elección de Alexander Dubček como primer secretario del Partido Comunista. En 1967 se había fundado la Unión de Escritores Checoslovacos, y se había producido un acercamiento de personajes vinculados a la nueva izquierda que no apoyaban a la Unión Soviética. El programa de Dubček, el «socialismo con rostro humano», implicaba una relativa liberalización política y de prensa, pero no duró mucho tiempo.<sup>10</sup> Nuestros protagonistas fueron muy críticos con la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas. El programa socialista revolucionario de Lola, Enrique y Javier recelaba mucho de la política exterior intervencionista de la

Unión Soviética, y prefería tomar como modelos países como Vietnam o Cuba. No obstante, las críticas de nuestros protagonistas a los países comunistas, incluida la Unión Soviética, nunca eran tan virulentas como las que dirigían a los países occidentales.

Javier también fue a San Sebastián ese verano con su amigo Ignacio Muñagorri, natural de esa ciudad.<sup>11</sup> Los dos conocían a José Ramón Recalde, uno de los dirigentes más destacados de la rama del FLP en el País Vasco (ESBA), condenado unos años antes por un consejo de guerra por pertenencia a una organización ilegal, y sometido a torturas durante todo el proceso.<sup>12</sup> San Sebastián tuvo una gran importancia para Enrique y Javier, y muchos de sus compañeros, como Román Oria, Ignacio Muñagorri o Ramón Larraya, eran de aquella ciudad. En San Sebastián el antifranquismo era muy activo, y se añadían a las tradicionales organizaciones del resto de España las vinculadas al nacionalismo vasco, en especial ETA. La relación entre miembros de ETA y de otras organizaciones antifranquistas era habitual, si bien es cierto que, tras la V Asamblea de 1966, en la que se dio predominio al frente militar y tuvo lugar la primera escisión no nacionalista, las diferencias entre ellas se acentuaron.

El cóctel explosivo de nacionalismo vasco radical con el marxismo-leninismo avanzaba irremediablemente hacia la lucha armada ya en 1967, y entre ese año y el de 1969 la banda realizó cuarenta y seis atentados con explosivos y nueve atracos a mano armada. En 1968 ETA comenzó a matar. El 7 de junio, en una acción no planificada, uno de sus miembros acabó con la vida del guardia civil José Pardines. El primer asesinato premeditado de la banda ocurrió el 2 de agosto del mismo año, y su impacto pudo tener resonancias, como explicaremos más adelante, en la muerte de Enrique. ETA asesinó al jefe de la Brigada Social de San Sebastián Melitón Manzanos, un torturador especialmente sádico que había sido acusado de lanzar por la ventana a un preso.<sup>13</sup> José Ramón Recalde, que fue muchos años más tarde víctima de un disparo en la cara por la banda terrorista, sintetizó en sus memorias la posición que tenían nuestros protagonistas y el FLP con respecto a la violencia de ETA:

La dictadura nos comprometía con los violentos en los momentos en los que éstos se convertían en víctimas de la represión. Podíamos no aprobar el asesinato del guardia civil Pardines, en 1968; sin embargo teníamos que movilizarnos contra la sentencia a muerte de Iñaki Sarasqueta, uno de los autores del crimen.<sup>14</sup>

Esta actitud del FLP es parecida a la que tendría el PCE. La mayoría de los militantes de los dos partidos celebraron el asesinato de Melitón Manzanos, y a la vez mantuvieron cierta distancia con los métodos violentos de ETA. Muchos de los militantes de ambas organizaciones conocían personalmente a miembros de la banda terrorista. Por otro lado, había muchas diferencias en los métodos de estas organizaciones, y esta situación no haría sino aumentar a medida que los asesinatos etarras se hacían más frecuentes. Sin embargo, tanto el PCE como el FLP justificaron en numerosas ocasiones la violencia terrorista, e hicieron uso político de ella más de una vez.<sup>15</sup> Por ejemplo, en el pleno del Comité Central del PCE de 1968, Santiago Carrillo sostuvo:

El atentado a Manzanos es, desde todos los puntos de vista que se mire, una acción justa, una acción que nadie, ningún antifranquista, puede condenar [...] Nosotros estimamos que en este momento todavía el Partido no debe comprometer las posibilidades de crecimiento del movimiento de masas, de la unidad, convirtiendo esa táctica (la de ETA) en su táctica. Pero eso no significa, camaradas, que en determinados momentos, sin comprometer directamente al Partido, buscando otros medios, buscando otras formas, nosotros mismos no consideremos necesario y justo liquidar, hacer desaparecer a tal o cual enemigo jurado, a tal o cual verdugo, a tal o cual monstruo fascista [...] Se trata de salir al paso de cierta concepción que puede desprenderse cuando se habla de ETA. Ésa no es nuestra táctica esencial, pero tampoco podemos renunciar en algún momento a utilizarla.<sup>16</sup>

Una anécdota que ejemplifica a la perfección el ambiente de contradicciones respecto a los inicios de ETA en el que se movían nuestros protagonistas ocurrió en San Sebastián tras la muerte de Melitón Manzanos. Más o menos un año después de su ruptura con Lola, Cachas, junto al joven estudiante de Derecho Tomás Duplá, se trasladó desde Madrid a los Pirineos en una especie de *road trip* imitando a los cantautores americanos. Cachas viajaba con una mandolina, con la que compuso algunas de las melodías que luego inmortalizaría en su primer LP a su llegada a Barcelona, y Tomás Duplá

con una guitarra española y cierto dominio del inglés que su amigo compositor admiraba. Fueron haciendo autostop y cantando canciones de todo tipo para conseguir algo de dinero, aunque un día tuvieron que recurrir a Cáritas para poder comer. Al final, llegaron a la casa que la familia de Cachas tenía en San Sebastián, coincidiendo su llegada justo con el día en que ETA asesinó a Melitón Manzanos. Esa misma noche, se reunieron con un grupo de gente vinculada al FLP y al antifranquismo, entre los que se encontraban María Teresa Castells, José Ramón Recalde y Jesús Aguirre. En una San Sebastián vacía por el asesinato que había tenido lugar, este heterogéneo grupo, tras haber consumido gran cantidad de alcohol, celebró la muerte del policía cantando canciones revolucionarias por las calles hasta altas horas de la madrugada.<sup>17</sup>

Tras volver a Madrid después del verano de 1967, nuestros protagonistas decidieron entrar en el FLP. Parece ser que fueron Enrique y Javier los que se pusieron en contacto con varios miembros del FLP de Económicas, a los que ya conocían de hacía un tiempo por las diversas actividades antifranquistas.<sup>18</sup> También José María Mohedano había hecho una serie de contactos con miembros del partido, de manera que parece que habían llegado varios de ellos a la conclusión de que debían afiliarse. Probablemente, fue Javier quien le propuso a Lola entrar en el FLP, ya que era el que estaba más en contacto con José Luis de Zárraga, al que llamaban el Pipe porque fumaba en pipa. Javier, seguramente debido a su gran formación, ayudó a Zárraga a organizar el primer seminario, que se prolongaría durante meses, de preparación teórica para entrar en el FLP.<sup>19</sup> Esta organización había sufrido una reestructuración interna en los últimos meses, que terminó con la entrada de nuestros protagonistas junto con otro grupo de estudiantes. Tras incorporarse Francisco Pereña al servicio militar obligatorio y dejar el comité de Madrid, quedó como principal responsable de la organización el singular cura castrense José Bailo. Entraban así en el FLP los «siete de derecho»: Enrique, Javier, Lola, Javier García Fernández, Jesús Fernández de la Vega, José Antonio Zapatero y José María Mohedano. Unos meses después, comenzando los seminarios de entrada a finales de año, se incorporó otra generación de alumnos que eran

unos años menores que nuestros protagonistas, formada por, al menos, Abilio Villena, Damián Tapia, Ramón Larraya, Juan Ruiz Manero y Francisco Longo. A lo largo de los meses siguientes, esta segunda cohorte manifestó su admiración por Enrique y Javier, y un disimulado enamoramiento por Lola.<sup>20</sup>

En los seminarios de entrada al FLP, los referentes teóricos incluían desde los guerrilleros latinoamericanos a los pensadores centroeuropeos. Los seminarios daban una preparación general teórica y trataban de adiestrar al militante para la vida práctica en un partido clandestino.<sup>21</sup> Para sorpresa de gente como Damián Tapia o Julia Marchena, en una de las primeras reuniones apareció un enigmático hombre ciego con un bastón: Ricardo Gayol.<sup>22</sup> Esto hacía que el aura de misterio que rodeaba al FLP para los nuevos militantes se multiplicara, y que en ocasiones vieran todo aquello como algo siniestro y excesivamente formal. Esta solemnidad provocó, por ejemplo, que Julia Marchena decidiera finalmente entrar en el PCE.<sup>23</sup> A los estudiantes que optaban finalmente por ingresar en el FLP, los dirigentes les advertían que tenían que arreglarse la barba, cortarse el pelo e ir de una manera más arreglada y presentable para no llamar la atención de la policía.<sup>24</sup> En general, nuestros protagonistas iban siempre muy bien vestidos y aseados. Sin embargo, éste no era el caso de otros militantes que habían llevado hasta la época una estética más hippy y descuidada. Como es lógico en organizaciones lideradas por gente tan joven, esta apariencia de seriedad y formalidad no tardaba en diluirse, y los militantes se convertían en amigos al poco tiempo de conocerse. En el FLP no se hablaba exclusivamente de política sino también de cine, psicoanálisis o literatura, lo que facilitaba que floreciera esa amistad.

Entrar en una organización como el FLP implicaba una gran dedicación y cierto aislamiento. Era complicado compaginar las clases, las amistades no políticas, el estudio y la actividad política y revolucionaria. Aunque no era el caso de nuestros protagonistas, y especialmente el de Javier, algunos estaban mucho más pendientes de los fines revolucionarios que de pasar de curso. Por ejemplo, Abilio Villena no se presentó a ningún examen en la facultad de Derecho en los dos primeros años, y asistía a la universidad con el único objetivo de «hacer la revolución».<sup>25</sup> Además, la entrada en una organización semejante dificultaba el trato con personas ajenas a ella y contribuía al aislamiento ideológico y a la creación de un grupo relativamente cerrado y

homogéneo. El nerviosismo ante una posible detención era muy alto, y había que ocultar mucha información a las personas del entorno más inmediato para que la policía no pudiera sonsacarles nada.<sup>26</sup> Por ese mismo motivo, muchas veces no se sabía con qué persona había que reunirse hasta que tenía lugar el encuentro y era habitual la utilización de motes y nombres en clave. Los de Enrique y José María Mohedano eran Evaristo y Ernesto respectivamente.<sup>27</sup> En otras ocasiones, a Enrique lo llamaban Maqui, nombre que usaban varios miembros de su familia para referirse a él.<sup>28</sup>

Aunque el FLP era más relajado que otras organizaciones, y en concreto nuestros protagonistas fueron bastante laxos con las medidas de seguridad exigibles a las organizaciones clandestinas, el ingreso de Lola, Enrique y Javier supuso para ellos un nuevo tipo de vida, muy diferente al que habían llevado anteriormente. Comenzaron a verse a diario, y se hicieron inseparables, pues no solo discutían de política, sino que hacían todo juntos: desde ir al cine y al bar, a la protesta y al juicio crítico. Aparte de unirles intensamente, esta situación también pudo suponerles una continua fuente de tensiones, especialmente cuando tanto Javier como Enrique se enamoraron de Lola. Aunque en el FLP se podía discutir sobre diversos temas mucho más abiertamente que en el PCE, lo cierto es que también había cierta presión grupal para opinar de forma parecida a la nueva izquierda postsoviética.

Las responsabilidades que adquirirían los miembros del FLP eran sorprendentes teniendo en cuenta sus edades. Como ha escrito el entonces jovencísimo militante del FLP Juan Ruiz, «éramos muchos los que asumíamos un compromiso y unos riesgos propios de un adulto cuando apenas habíamos empezado a salir con chicas».<sup>29</sup> En ese intenso ritmo de vida, un militante relativamente recién llegado se convertía en un experto a ojos de los estudiantes todavía más inexpertos que llegaban unos meses después. En una reunión en Lavapiés al poco tiempo de entrar en el FLP, coincidieron muchos integrantes de la siguiente hornada con la de nuestros protagonistas, y a los nuevos les dio la impresión de que Enrique, que al fin y al cabo llevaba muy poco tiempo en la organización, tenía ya un cargo de gran responsabilidad.<sup>30</sup>

Las reuniones tenían lugar en múltiples lugares, como el colegio mayor que dirigía el padre de José María Mohedano, varios enclaves del barrio de Lavapiés, la avenida Rosales y la espaciosa casa de Enrique.<sup>31</sup> El cuarto de

Enrique impresionaba a las visitas por la luminosidad y la amplitud. De hecho, varios de los seminarios de preparación para la entrada en el FLP, que se limitaron a cinco o seis, se realizaron en esa casa. Cuando entró en la organización Francisco Longo, que tenía una vivienda grande cerca de Nuevos Ministerios en la que vivía solo, las reuniones solían hacerse allí. También se hizo algún seminario del FLP, y cuando una vez la policía entró en la casa en búsqueda de propaganda clandestina, el padre de Francisco Longo se enteró de sus actividades revolucionarias. Tuvo que volver obligado a Valencia, y perdió contacto con el grupo de amigos, aunque parece ser que estuvo involucrado en la creación en Valencia del grupo Comunismos, que se convertiría en la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) en la que acabaron varios *felipes*.<sup>32</sup>

Enrique y Lola disfrutaban haciendo una labor de captación y de enseñanza con los nuevos estudiantes universitarios que mostraban ciertas inquietudes políticas o culturales. Mucho más abiertos y bromistas que Javier, eran capaces de empatizar más con los nuevos, como Joaquín Aparicio, al que iniciaron en la lucha antifranquista y con el que bromeaban a menudo.<sup>33</sup> Enrique fue una especie de mentor para el radical y en ocasiones violento Abilio Villena. Enrique le contaría a Abilio sus dudas iniciales con Lola, de la que se enamoró muy pronto. Según Abilio, Enrique pensaba que no sería algo mutuo, porque veía a Lola como una persona inalcanzable.<sup>34</sup> Por su parte, a Javier y a Juan Ruiz los llamaban los facsímiles, por su parecido físico y por su apasionada y pedante forma de hablar.<sup>35</sup>

El inicio del curso estuvo marcado por la IV Reunión Coordinadora y Preparadora (RCP) que se celebró en Madrid en octubre de 1967.<sup>36</sup> Especialmente, la remota y misteriosa muerte del Che Guevara en Bolivia el 9 de octubre de aquel año, mientras intentaba internacionalizar la Revolución cubana creando con focos guerrilleros las supuestas condiciones objetivas para la revolución, hizo que durante los siguientes meses las manifestaciones estudiantiles se centraran especialmente en el imperialismo americano. La muerte del icónico Che Guevara supuso un enorme shock para nuestros protagonistas. Al principio, pensaron que era un montaje de la CIA y de los militares bolivianos, y ni siquiera se lo replantearon cuando los medios de comunicación comenzaron a mostrar la foto del cadáver.<sup>37</sup> Esa muerte

provocó que aumentara el odio que sentían por Estados Unidos, un país al que llegaban a comparar con la Alemania nazi, como prueban tanto la foto que se hicieron en París Enrique y el resto de sus amigos como los comentarios que habitualmente realizaban. La muerte del Che propició una reunión en la cervecería El Laurel de Baco, en la que muy probablemente se encontraba alguno de nuestros protagonistas,<sup>38</sup> convocada por el radical Yuyo Mazarrasa, con un sorprendente parecido físico con el Che Guevara, y por Fernando Fernández de Castro. Aquellos alumnos accedieron a participar en una asamblea multitudinaria en la facultad de Filosofía, y comenzaron a hacer todo tipo de carteles en recuerdo del Che.

Mientras en la asamblea de Filosofía se sucedieron los habituales discursos, los jeeps de la policía aguardaban en la puerta. En el prado entre la facultad de Derecho y Filosofía, un grupo de alumnos entre los que estaba Yuyo Mazarrasa comenzaron a quemar una bandera estadounidense entre gritos y aplausos. Cuando la policía se abalanzó sobre ellos, algunos huyeron a la vez que lanzaban piedras. Mientras que en el forcejeo contra los policías los estudiantes solían salir perdiendo, en cuanto había una distancia suficiente como para poder lanzar piedras, los grises solían salir escaldados.<sup>39</sup> Al poco tiempo, llegaron más efectivos de la policía, reforzados con caballos y un helicóptero. Los estudiantes se fueron dispersando para ir hacia la calle Princesa con el objetivo de cortar el tráfico. Tras su muerte, el Che Guevara se había convertido en el modelo a seguir para nuestros protagonistas, y pasó a ser junto con el líder anticolonialista y nacionalista congolés Patrice Lumumba el gran mártir revolucionario de toda una generación.<sup>40</sup>

Nuestros protagonistas pudieron conocer la vida del Che gracias a Era, la editorial mexicana fundada por exiliados españoles, que publicó una biografía suya. Enrique, como tantos otros de sus compañeros, se hizo con un póster con la imagen martirizada, e inspirada en Jesucristo, del Che, que colgaría en su cuarto y que sería requisada por la policía cuando lo detuvieron. No hay que olvidar que Enrique, en unos pocos años, pasó de ser un ferviente creyente cristiano de vida monacal a convertirse en un apasionado comunista que reivindicaba una liberación sexual. El Che pasó a ser su nuevo mesías, la trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo se convirtió en la de Marx, Mao y Marcuse, los libros de Lenin y Althusser se convirtieron en su Antiguo y

Nuevo Testamento y la pasión por Cristo se trasladó a Lola. Este mesianismo en torno al Che fue compartido por muchos líderes estudiantiles europeos. En uno de los primeros actos del 68, Daniel Cohn-Bendit, solo en parte irónicamente, portando una cruz cristiana gritaba por los pasillos universitarios la siguiente consigna: «Che, Che, Chesus Christ, Che, Che, Chesus Christ...».<sup>41</sup> Es imaginable que Lola, Javier o Enrique escribieran algún poema o relato homenajando al líder de la Revolución cubana, pero por desgracia no se conserva casi ningún escrito de los dos de la época. Sin embargo, su buen amigo Héctor Maravall sí que escribió un poema en noviembre de 1967 que ejemplifica maravillosamente el pensamiento de nuestros protagonistas:

Quisiera ir a verte Camarada Ramón  
sentir tu existencia  
tu boca rota de lucha  
tu respiración quemada  
tus manos encharcadas de frío  
de tierra y viento

¿Dónde han dejado tu vida?  
el calor de tu cuerpo  
de tus palabras  
se pierde por minutos  
hacia las estrellas  
hacia un nuevo Vietnam

Eres historia, Comandante  
por los yankees asesinos y las compañías fruteras  
por los traidores  
para los campesinos  
para los sindicatos de estudiantes y mineros  
para los que continúan allí

¿Qué color tienen tus balas?  
en tu larga marcha  
desde Argentina a Bolivia  
en las tormentas de hoy y mañana  
¿qué color tienen tus botas?  
caminando irreales  
con tu sonrisa verde oliva

en la sierra  
hacia la aurora roja

¿Dónde van a esconder tu leyenda?  
las guitarras que ya te cantan  
en la noche de los Andes  
cuando cada gota de sangre repite tu nombre  
tienen miedo  
no podrán esconderse  
Brasil y Colombia  
Perú y Uruguay se comerán sus huesos  
y romperán las cadenas

¡Hasta la victoria!  
labios secos ojos de cuarzo  
y una flor roja en sus manos:  
El CHE ha muerto.<sup>42</sup>

Los «siete de Derecho» acrecentaron su radicalización. Especialmente José María Mohedano, que pensaba que las alteraciones del programa comunista, como las acontecidas en algunos países del Este de Europa, eran tentaciones derechistas.<sup>43</sup> En ese sentido, Javier era el más metódico, serio y articulado de los siete, y ponía algo de orden en el ocasionalmente desordenado grupo.<sup>44</sup> Por otra parte, la mayoría de ellos tenían en común proceder de familias de buena posición social, y solían vestir muy formalmente, incluso con corbata y traje. Javier pasó enseguida a ser el responsable del FLP en Derecho, y tenía reuniones con el comité local de Madrid.<sup>45</sup> Cuando no podía asistir por alguna incompatibilidad horaria, era sustituido por Enrique.

La situación en la universidad se había convertido en un continuo quebradero de cabeza para la dictadura, lo que provocó que Franco, en su discurso de Navidad de 1967, condenara la violencia estudiantil. Tras varios meses de continuas manifestaciones en las aulas, el 30 de noviembre unos alumnos atacaron a la policía en la facultad de Derecho y en la de Filosofía. La universidad fue cerrada durante los primeros días de diciembre para evitar

que se celebrara la V Reunión Coordinadora y Preparadora, y las sanciones subsiguientes provocaron nuevos altercados en los que llegó a haber disparos por parte de la policía. Con todo, la V Reunión se celebró del 4 al 7 de diciembre en la Universidad de Madrid. En ella se discutió cuándo y cómo hacer el esperado y siempre pospuesto Congreso Democrático Nacional de Estudiantes de España.<sup>46</sup>

Durante todo el curso, las asambleas de facultad fueron constantes. Las organizaban principalmente los partidos políticos más importantes en cada facultad. En la de Derecho, llevaban la voz cantante el FLP y el PCE, que eran los que se ponían de acuerdo en concertar la fecha de la asamblea. Normalmente se celebraban en el aula magna, que era la más grande de la facultad, y se trataba de buscar una cobertura legal a partir de la petición formal al decanato de los delegados de curso o facultad. Si la petición era aceptada, los bedeles les daban las llaves del aula magna a los organizadores. Si era denegada, lo que ocurriría a menudo durante todo el curso, los organizadores no se daban por vencidos fácilmente. En esos casos, la asamblea solía hacerse en el vestíbulo de entrada de la facultad de Derecho. Eran reuniones más incómodas y caóticas, pero acostumbraban ser más concurridas pues resultaban menos comprometidas para los estudiantes, que siempre podían decirle a la policía que estaban simplemente de paso por allí. Paradójicamente, en muchas ocasiones asistir a las asambleas no autorizadas era más seguro para los estudiantes que asistir a las permitidas.

Para prepararlas, las delegaciones de alumnos colgaban carteles en los muros de la facultad, convocando a los estudiantes interesados a asistir a la asamblea correspondiente. Durante éstas se repartía propaganda de los distintos partidos políticos y se hacía cierta labor de captación y de organización de otro tipo de actividades relacionadas con la universidad. Eran asimismo una especie de termómetro que medía el estado de ánimo de los universitarios. Normalmente se celebraban a media mañana, y no era raro que acabaran interrumpidas por la policía o los miembros de Defensa Universitaria, que solían quedarse en las puertas del aula magna insultando a los convocantes. Los que tomaban principalmente la palabra eran casi siempre los miembros de los partidos políticos y los delegados de curso y facultad. No se dejaban demasiadas cosas al azar: eran acordados de antemano los

ponentes, el tiempo de cada intervención, el contenido de los discursos y las personas que presidían la sesión.<sup>47</sup> Aun así, muchas veces eran un caos. Según una negativa descripción de la revista universitaria de la época, en las asambleas había «asistencia indiscriminada, voluntaria y no controlada a efectos estadísticos o de libre censo electoral, voto a mano alzada no nominal ni secreto, y ocupación de la presidencia por personas que, en muchos casos, no ostentaban representación estudiantil alguna ni eran elegidos por los participantes de la asamblea».<sup>48</sup>

Con la aparición de los ácratas y el aumento de la democracia directa, las asambleas se desorganizaron todavía más. Había personas que deliberadamente trataban de aburrir a la audiencia para que abandonaran la sala y pudieran votar solo los integrantes de un partido político determinado. Por ejemplo, un chico al que llamaban «luminal adormileno» se dedicaba a disolver asambleas por aburrimiento.<sup>49</sup> Cuando él hablaba, muchos de los reunidos abrían los periódicos del revés y comenzaban a bostezar ruidosamente. Además, los integrantes de los partidos políticos realizaban maniobras teatrales con el objetivo de captar la atención y de dar consignas a los suyos. Las manipulaciones de algunas organizaciones eran evidentes, y unos cuantos estudiantes organizados eran capaces de imponer su agenda y criterios en casi todos los asuntos. La mayoría de los alumnos eran conscientes de esto. Según la futura historiadora Elena Hernández Sandoica, «íbamos [a las asambleas] manejados, sí, pero íbamos con una gran alegría».<sup>50</sup> Las acusaciones al PCE de emplear estas artimañas eran seguramente injustas, ya que casi todos los partidos hacían lo mismo. En general, los alumnos más movilizados eran asimismo los más radicales. Por eso, el historiador José Álvarez Cobelas concluye diciendo que normalmente «a menor número de asistentes, más radicales eran los acuerdos que se adoptaban».<sup>51</sup>

Muchos amigos de nuestros protagonistas, como los delegados estudiantiles Román Oria o José María Mohedano, eran muy activos en estas asambleas.<sup>52</sup> Por su parte, una vez dentro del FLP, Lola, Enrique y Javier tuvieron que tomar la palabra en varias de aquellas asambleas. Según recuerdan algunos de los asistentes, el más habitual en hacerlo, por lo menos hasta que pasó a la captación de obreros en el FLP, era Enrique.<sup>53</sup> Lola, que solía dejar el protagonismo intelectual a los demás y era poco dada a los

alardes individuales, tomaba la palabra muy ocasionalmente. Javier, que aunque disfrutaba enormemente de las disquisiciones teóricas no era de grandes acciones ni aspavientos en público, participaba en las asambleas todavía más esporádicamente, a pesar de influir mucho en la toma de decisiones internas del FLP.<sup>54</sup> Además de estas multitudinarias asambleas, había otras que eran convocadas mucho más informalmente por los delegados de curso. Se llamaban asambleas de curso, y solían celebrarse tras acabar las clases o cuando había un hueco entre éstas. Eran mucho más desorganizadas, y en ocasiones acudían personas de distintos cursos a participar en ellas.<sup>55</sup>

En las asambleas, quedaba claro que había grupos a la izquierda del FLP, y que el PCE era en realidad el partido que estaba más a la derecha en la universidad. Los grupos a la izquierda del FLP eran principalmente trotskistas y maoístas. Éstos, entre los que se contaba Paquita Sauquillo, habían creado en 1964 el PCE (marxista-leninista). Las detenciones de sus miembros, como Paulino García Moya o Ramón García Cotarelo, y las escisiones, como la que dio lugar al grupo Lenin, debilitaron la organización. Su línea política principal sostenía que España era una colonia de Estados Unidos, lo que tenía bastantes puntos en común con algunos antiguos falangistas.<sup>56</sup> Aplicando las lógicas vietnamitas, creían que la mejor manera de conseguir la independencia nacional era una prolongada lucha de guerrillas. Aunque llegaron a superar la treintena de miembros, sus farragosas participaciones en las asambleas los hacían poco atractivos para la mayoría de los estudiantes.

Aunque el oscuro trotskismo era bastante minoritario, la acusación de serlo tanto por parte de los grupos maoístas como del PCE por cualquier desviación de su programa les hacía parecer más importantes de lo que en realidad eran. Cuando el FLP abandonó la FUDE tras no poder asumir el mando, de manera contradictoria maoístas y trotskistas se hicieron con el control de la organización a pesar de que los primeros seguían acusando de trotskista a cualquier disidente. La policía seguía las actividades de estas organizaciones, y detuvo a una parte de sus militantes. Pese a la incompetencia que demostraban la mayoría de los dirigentes de los partidos que defendían estas ideologías, la tónica general de radicalización en la universidad las

seguía haciendo atractivas. Las organizaciones más moderadas desaparecieron, como la ya mencionada Unión de Estudiantes Demócratas (UED), vinculada a la democracia cristiana y al socialismo democrático.<sup>57</sup>

Junto al FLP y a las otras facciones revolucionarias de izquierdas, un grupo disperso de ácratas que abogaban agonísticamente por la violencia se sumó a las protestas. Estaban influidos por el filósofo Agustín García Calvo, y pese al desprecio por la acción violenta que caracterizaba al profesor, llevaban al extremo sus conclusiones y proclamaban la necesidad de destruir todas las estructuras del Estado por considerarlas opresoras.<sup>58</sup> Algunos de sus integrantes más destacados, como Jaime Pozas, conocían a nuestros protagonistas, y el joven radical Abilio Villena comenzó su andadura universitaria muy relacionado con los anarquistas antes de entrar en el FLP.<sup>59</sup> También otros amigos de Javier y Enrique, como Fernando Fernández de Castro y Yuyo Mazarrasa, que estaban en la célula del PCE de Derecho, participaban intensamente en las actividades de los ácratas debido a su amistad con Jaime Pozas. Se dedicaban a quemar mobiliario urbano, lanzar piedras a la policía, preparar cócteles molotov, pelearse contra las autoridades y los estudiantes derechistas, reventar asambleas, realizar acciones relativamente violentas como comandos, «saltos» y sentadas, debatir sobre concepciones anarquista-libertarias y proclamar el fin no solo del estado franquista sino de cualquier forma de organización que implicara un mínimo de coerción.<sup>60</sup> De entre los grupos anarquistas surgió el efímero FUR, que tenía concomitancias con un grupo terrorista.<sup>61</sup> Eran compañeros de viaje demasiado violentos, polémicos y problemáticos para conseguir cualquier tipo de unión estudiantil. Sus métodos ultrarradicales pronto los distanciaron de gran parte de la oposición antifranquista. Cuando unos estudiantes trataron de impedir que asaltaran el decanato de la facultad de Ciencias, un ácrata anunció que habían puesto una bomba, lo que hizo que todos huyeran despavoridos.<sup>62</sup> Aunque fueron detenidos pronto por la policía, sus fugaces apariciones causaron grandes divisiones entre los estudiantes tanto en las asambleas como en otras acciones conjuntas y contribuyeron a fomentar el caos y el desorden.

Con una universidad radicalizada y participando activamente en uno de los grupos que más actividades subversivas realizaban, la vida de nuestros protagonistas cambió sustancialmente. Aunque no tuvieron tanto tiempo para

actividades culturales ajenas a la política, los tres hicieron grandes esfuerzos por seguir trayectorias intelectuales y vitales paralelas a las propias del FLP. Esto queda bien claro atendiendo a las personas que frecuentaban en aquella intensa época, que representan floridamente un amplio abanico ideológico que va desde la socialdemocracia al más crudo leninismo, pasando por los brotes anarquistas. En ese sentido, Lola combinaba cierto dogmatismo ideológico con una curiosidad insaciable por multitud de temas y una gran fidelidad tanto a las personas como a las organizaciones de las que formaba parte. Por eso, aunque podía ser muy crítica y en ocasiones cortante con las interpretaciones distintas a la suya, no dejaba de preguntar sobre los más variados asuntos a todas aquellas personas a las que consideraba de interés. A Enrique le pasaba lo mismo, y le gustaba mucho escuchar a otras personas para tratar todo tipo de temas.

Por ejemplo, Enrique se reunía a menudo con el cura Jesús Aguirre para conversar sobre marxismo y cristianismo. Jesús Aguirre tenía una elevada formación intelectual, y estaba en contacto con muchos intelectuales españoles que abordaron temas como el marxismo, el cristianismo, el existencialismo, el idealismo o el estructuralismo. La conciliación de marxismo y cristianismo era una de las grandes cuestiones que preocupaban a Enrique y a muchos pensadores de la época. José Luis Aranguren, íntimo amigo entonces de Jesús Aguirre, escribía en el prólogo de la obra de Sartre *Critica de la razón dialéctica*: «La “razón dialéctica”, o sea, el marxismo, es para Sartre, como para Kant la ciencia físico-matemática, el *faktum* del que hay que partir, el Saber con mayúscula. La “crítica” ha de consistir en re-hacerlo dialécticamente y en existenciarlo».<sup>63</sup>

Se ha especulado sobre una relación homosexual, o al menos de enamoramiento, entre Enrique y Jesús Aguirre. Sin embargo, no hay ninguna prueba que sustente tal afirmación. Según otros estudiantes antifranquistas que conocieron a Aguirre en la misma época, el futuro duque de Alba no tenía ningún problema en mostrar su homosexualidad en público, pero esto solo prueba que Enrique podía conocer la orientación sexual Aguirre.<sup>64</sup> Es muy probable que Jesús Aguirre y Enrique compartieran algunos de sus problemas sentimentales, y que el segundo le hablara al primero de alguna de sus historias sentimentales con Lola. Según cuenta Juan Luis Cebrián en sus

memorias, Jesús Aguirre sentía por Enrique «una atracción muy pocas veces confesada», por lo que da a entender que le confesó a él personalmente o a otra persona del entorno esta atracción.<sup>65</sup> Algo semejante ha llegado a afirmar Manuel Vicent en su libro sobre Jesús Aguirre.<sup>66</sup> Sin embargo, con los datos de los que disponemos, no se puede afirmar que Enrique fuera homosexual, y menos que pudiera tener una relación con Jesús Aguirre.

Según escribió el futuro duque de Alba, Enrique «aprendió despacio, mas transmitía intensamente a otros lo que intuía apenas. Pude guiar su fe cristiana que vacilaba entre sus dudas y las mías: “Creo, Señor, ayuda tú mi incredulidad”». <sup>67</sup> Enrique le escribía notas «tras conversaciones muy teóricas con él ya durante paseos por la Universitaria, ya en mi casa de entonces». <sup>68</sup> No es descabellado imaginar a Enrique y Jesús Aguirre discutiendo sobre si el marxismo, pese a ser el saber de su época, necesitaba del existencialismo para que le aportara la acción subjetiva y lo individual. Enrique, que además de un póster tenía en su cuarto un disco en homenaje al Che Guevara y sentía una gran admiración simultánea por la Revolución cubana y por los intelectuales franceses tan importantes para la nueva izquierda, es muy probable que se sintiera atraído por la idea de combinar una base intelectual fuerte con una acción muy concreta que acarrearía unas consecuencias determinadas en el mundo real. Como dijo Sartre respecto al Che cuando visitó Cuba: «[El Che] No solo [es] un intelectual, sino el ser humano más completo de nuestra época». Este deseo de combinar el trabajo intelectual con el práctico está muy presente en los escritos de Enrique, que dudaba tanto acerca de su valía como intelectual como con respecto a la posible aplicación práctica de sus teorizaciones. El freudiano deseo de completud acompañó a Enrique durante el último año de su vida como se puede ver en sus notas a Carlos Castilla del Pino.

Además de con Jesús Aguirre, Enrique se reunía también a menudo con su vecino y amigo Álvaro Gil-Robles, casi siempre en casa del padre de éste, José María, y en ocasiones en presencia de Lola. El histórico político conservador conoció personalmente a Lola en alguna de las reuniones que mantenía con Enrique y Álvaro Gil-Robles.<sup>69</sup> Álvaro Gil-Robles era una persona menos radical que Enrique y Lola, y no estaba en esos momentos vinculado tan directamente a ninguna organización política. Como era muy

habitual entre los jóvenes inquietos, Gil-Robles y nuestros protagonistas se intercambiaban libros, comentaban películas y escuchaban discos de música.<sup>70</sup>

La amplitud de pensamiento de Enrique y Javier también queda clara observando las cosas que escribían. Es una pena que Lola no hiciera públicos ninguno de sus escritos íntimos, ni que tampoco se prestara a escribir sobre cine, literatura o música. Las pocas cosas que tenemos de ella siempre fueron de perfil político-técnico, escritas en un lenguaje frío que no deja entrever nada original de su personalidad. Es posible, aunque no se sabe, que Enrique y Lola se mostraran las cosas que escribían, y que así venciera con él las dificultades que normalmente exhibía a la hora de exponerse en público.

Un rasgo importante de la personalidad de Lola es que no buscaba nunca ningún tipo de liderazgo intelectual, y que prefería cooperar con otras personas a exponerse ella directamente.<sup>71</sup> Esto se debía seguramente a una falta de ambición, que la llevaba a actuar desinteresadamente y, también, a la inseguridad que sentía de sí misma y de su labor intelectual.<sup>72</sup> El único libro que publicó lo escribió junto a su amigo Javier García Fernández, en unas sesiones de trabajo en las que los dos decidían conjuntamente qué escribir.<sup>73</sup> Además, en los libros en los que participó los autores siempre eran colectivos, de manera que los méritos quedaban repartidos y no resultaba muy claro qué persona había hecho cada parte. Por eso, lo único que se conoce con seguridad son algunos de los libros que leyó Lola en esos momentos, y sobre los que debió discutir mucho con otros miembros del FLP, dada su personalidad y el momento histórico que vivían entonces nuestros protagonistas.

En 1968, una obra importante para los miembros del FLP fue el libro de José Ramón Recalde *Integración y lucha de clases en el neocapitalismo*, además de los textos que publicaba la editorial Ruedo Ibérico. También eran lecturas obligadas los referentes de la heterogénea «Nueva Izquierda»: Fanon, Marcuse, Gorz, Che Guevara, Sartre, Luxemburgo, Gramsci, y el largo etcétera que incluye a los viejos conocidos Trotski, Marx y Lenin. Lola era una gran lectora de textos marxistas, y realizaba disquisiciones teóricas sobre los

aspectos más variados de aquéllos, junto al resto de los siete de derecho. Sin embargo, en ese aspecto no podía rivalizar con Enrique y con Javier, que competían sobre conocimientos de marxismo, resultando seguramente casi siempre ganador Javier.<sup>74</sup> Este último disfrutaba enormemente con las discusiones individuales, o en grupos pequeños, en las que podía mostrar sus refinados conocimientos teóricos. Sin embargo, aunque participaba moderadamente en las asambleas y en los juicios críticos, se veía superado tanto por Enrique como, sobre todo, por Lola a la hora de tomar decisiones prácticas y de poner en pie sus planteamientos. Era mucho más habitual que fueran Lola o Enrique los que lanzaran los panfletos políticos desde el piso más alto de la facultad de Derecho, o los que se enzarzaran en las peleas con los miembros de Defensa Universitaria.<sup>75</sup>

Uno de los personajes que más influyó en nuestros protagonistas fue Lenin. Enrique guardaba en su casa *El Estado y la revolución y ¿Qué hacer?* En el primero, escrito durante la Revolución rusa de 1917, se dan supuestamente las claves para que la revolución acabara con la democracia burguesa, que era entendida como una dictadura ejercida por la burguesía sobre un proletariado en estado de «esclavitud asalariada».<sup>76</sup> Lenin trataba de llegar a una fase superior del comunismo, que se caracterizaría por la supresión definitiva del Estado y la desaparición de las clases sociales, a través de una primera fase que sería la dictadura del proletariado. Respecto al uso de la violencia para alcanzar sus objetivos, Lenin escribe que «la sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, solo es posible mediante un proceso de extinción».<sup>77</sup> En *¿Qué hacer?*, Lenin explica cuál debía ser la estrategia y la organización que a un partido revolucionario le convenía seguir. Seguramente con mucha significación para Enrique, Lenin indicaba la importancia que el estudio teórico tenía para la formación del revolucionario marxista, y defendía la figura de los «revolucionarios de profesión», que en torno a la prensa revolucionaria y a partidos centralizados podían crear una verdadera «conciencia socialista de las masas obreras».<sup>78</sup> No es difícil imaginarse a

Lola, Enrique o Javier proyectándose como creadores de consciencia de clase entre las clases obreras, especialmente a partir de que los primeros empezaran a realizar labores de captación.

También el filósofo comunista francés Louis Althusser, cuyo pensamiento está asociado al estructuralismo y al marxismo, y caracterizado por emplear un lenguaje oscuro y difícil, tuvo una gran importancia para Lola, Enrique y Javier. Si las anteriores generaciones de marxistas universitarios habían dedicado mucho tiempo al idealista Hegel, la siguiente cohorte generacional prestó mucha más atención a Althusser. Siguiendo a este último, se entendía que el carácter científico del marxismo había sido malinterpretado por las corrientes humanistas, idealistas o economicistas. Para Althusser, había que distinguir entre el Marx de sus primeros escritos idealistas, en la línea de Hegel y Feuerbach, y el Marx posterior. Para ello utilizaba el concepto de ruptura epistemológica, en palabras de Jorge Semprún, una «especie de navajazo teórico que separaría, de un solo tajo, al joven Marx de su madurez y al mismo joven de su prehistoria fetal, ideológica».<sup>79</sup> En el influyente volumen de 1965 *Para leer a Marx*, Althusser realiza una relectura en clave estructuralista de la obra cumbre de Marx, *El capital*. Los althusserianos eran capaces de ver significados teóricos marxistas en cualquier aspecto de la realidad, y para comprender la sociedad emancipada del futuro predicaban la necesidad de compatibilizar conceptos freudianos y marxistas. *Acción Universitaria*, el boletín de la organización universitaria del FLP, explicaba en el lenguaje típico del «estructuralismo marxista» sesentayochista el origen del movimiento estudiantil antifranquista:

Desde luego el movimiento estudiantil surge de la subjetivación de una contradicción superestructural pero no se hace revolucionario y es más se ve reducido al absurdo si no profundiza en su razón de ser estructural [...]. Expulsar de la Universidad a cuanto representa la burguesía, destruir la Universidad burguesa, ¿para qué? Ni más, ni menos; destruir la superestructura, es también destruir la estructura, es potenciar el aniquilamiento del sistema en su conjunto.<sup>80</sup>

El fundamental concepto althusseriano de ideología se basaba en las nociones de Freud y Lacan sobre lo imaginario y el inconsciente. Althusser influyó decididamente en numerosos intelectuales como Michel Foucault o

Jacques Derrida, que luego llevarían al extremo el paroxismo revolucionario. El culto a Althusser provocaba que la manera que tenían nuestros protagonistas de expresarse fuera enmarañada y retorcida. Su libro *La revolución teórica de Carlos Marx*, publicado en español por la editorial Siglo XXI en 1967, se puso de moda entre los jóvenes del FLP, que en cierto modo competían en pedantería. En muchas ocasiones, resultaba simplemente imposible comprender lo que Enrique, Javier o Lola estaban diciendo. Por ejemplo, cuando Enrique se trasladó a Córdoba para tratarse con el prestigioso psiquiatra Carlos Castilla del Pino, éste escribió que Enrique se expresaba de una manera típicamente estructuralista, lo que complicaba entender sus palabras:

él, como otros estudiantes, adoptaba un discurso al estilo de la literatura marxista francesa de la época. Me molestaba esta actitud, reveladora de cómo el deseo de adscripción al grupo se iniciaba con el rito de las fórmulas restadas y aprendidas, con las que ingenuamente creían resolver cualquier conflicto. Me recordaba a las monjitas que, con todo fervor y recogimiento, rezaban en un latín que no entendían.<sup>81</sup>

Además de los franceses, los pensadores marxistas de la Escuela de Frankfurt también ejercieron su influjo en nuestros protagonistas. Tan críticos con el capitalismo como con el fascismo, Theodor Adorno, Max Horkheimer, Erich Fromm, Jürgen Habermas, Franz Neumann, Herbert Marcuse y Friedrich Pollock fueron mucho más virtuosos en la crítica teórica que en la ejecución práctica de cualquier proyecto. En ocasiones se les reprochó la manida tesis 11 de Marx sobre Feuerbach que solían citar: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo».<sup>82</sup> A pesar de que los heterogéneos miembros de la Escuela de Frankfurt eran en general escépticos con las acciones directas, habían establecido un modelo de pensamiento revolucionario que condujo a muchos jóvenes europeos a la violencia. Theodor Adorno, en una entrevista poco antes de morir, confesaba: «He establecido un modelo teórico de pensamiento. ¿Cómo podría yo haber sospechado que la gente lo querría implementar con cócteles molotov?».<sup>83</sup> Poco antes de eso, un estudiante alemán le había reprochado que no se uniera a las protestas, y alguien había escrito en su

despacho de la universidad una consigna sintomática de un momento histórico: «Aquel que se ocupa de la teoría sin actuar en la práctica es un traidor al socialismo».<sup>84</sup>

De entre todos los pensadores de la Escuela de Frankfurt, el más reivindicado por el FLP fue Herbert Marcuse, que en su libro *El hombre unidimensional* (1965) argumentaba que el capitalismo creaba falsas necesidades en los individuos alienados por la lógica de dominación del consumismo. Esto producía personas unidimensionales, de «encefalograma plano», incapaces de hacer una crítica consistente al sistema opresor. Marcuse sería parte de la trinidad revolucionaria esgrimida en los carteles de París, junto a Mao y Marx. En España, el primer traductor de las obras más significativas de la Escuela de Frankfurt fue Manuel Sacristán, y el germanófilo Jesús Aguirre fue a su vez uno de los principales introductores de esta escuela de pensamiento en España. Walter Benjamin era uno de los autores favoritos de Aguirre, y según la hermana de Enrique, Margot, contagió a éste su entusiasmo por el universo benjaminiano.<sup>85</sup>

En su combinación voluntarista e internacionalista, Lola, Enrique y Javier comenzaban a parecerse a los revolucionarios rusos de principios del siglo XX, que veían esperanzados cualquier movimiento contestatario en los países imperialistas como parte de su revuelta internacionalista, y que tenían como objetivo último la lucha de clases a escala planetaria. De esta manera, los estudiantes madrileños podían llegar a manifestarse y a repartir octavillas por unos sucesos de los que no tenían la más mínima referencia, como la aparente revolución de un lejano país africano que supuestamente probaba la vigencia de las contradicciones inevitables del capitalismo global y la inminencia del estallido revolucionario. En el momento de mayor radicalización, imitando a las vanguardias leninistas soviéticas, se hacían llamar a sí mismos «revolucionarios profesionales».<sup>86</sup> Los revolucionarios profesionales eran unas figuras de la Rusia zarista cuyo único objetivo en la vida, al que dedicaban todos sus esfuerzos, era hacer la revolución. La descripción de la figura del revolucionario profesional ruso, según los escritos franceses de finales de los sesenta, respondía relativamente bien a la fantástica imagen que tenían de sí mismos los jóvenes radicales del FLP. Este tipo de personas:

Dedican la vida entera al estudio, a la elaboración de la teoría de la revolución y, contingentemente, a la agitación. Viven de la revolución en lo intelectual, pero también en lo material. [...] Marx fue un ejemplo típico de esos revolucionarios profesionales, perfectos ociosos y verdaderos rentistas de la revolución. Pasan la mayor parte de su vida en bibliotecas y clubes. No preparan directamente la revolución. Analizan la desintegración de la sociedad, clasifican las condiciones favorables para ello. Pero cuando estalla la revolución, su preparación les permite desempeñar un papel crucial en ella; se convierten en sus gestores, sus organizadores. No son hombres que causen trastornos, sino hombres de orden; una vez terminados los disturbios, reorganizan las estructuras. Están intelectualmente preparados para esto y, en particular, el público conoce sus nombres como especialistas de la revolución. Así, pues, alcanzan con toda naturalidad el poder.<sup>87</sup>

La mejor descripción que podían encontrar nuestros protagonistas de sí mismos aparecía en las novelas rusas que leían con entusiasmo. Especialmente Dostoyevski, cuando describe a Aliosha en *Los hermanos Karamázov*, hace una certera descripción psicológica de la mayoría de los aspectos personales que compartían nuestros protagonistas con muchos de los autopercebidos revolucionarios profesionales que participaron en el 68 español:

Era un joven de nuestra época, es decir, ávido de verdades, de esos que buscan la verdad con ardor y que, una vez que la encuentran, se entregan a ella con todo el fervor de su alma, anhelantes de realizaciones, y se muestran dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la vida, por sus fines. Lo malo es que estos jóvenes no comprenden que suele ser más fácil sacrificar la vida que dedicar cinco o seis años de su hermosa juventud al estudio, a la ciencia, aunque solo sea para multiplicar sus posibilidades de servir a la verdad y alcanzar el fin deseado, lo que supone para ellos un esfuerzo del que no son capaces.<sup>88</sup>

Aliosha, el héroe de la novela de Dostoyevski, al igual que Enrique, había abandonado el monasterio tras sufrir una serie de crisis de fe. De manera parecida a la que Enrique se proyectaba seguramente a sí mismo, Aliosha acaba dando un mensaje de esperanza a la humanidad en el progreso. En ese sentido, nuestros protagonistas tenían reservado al marxismo el papel de ideología redentora de la humanidad que antes había tenido el cristianismo. Resulta interesante imaginar qué debían de pensar nuestros protagonistas cuando leían a autores que anticipaban muchos caracteres de la Rusia revolucionaria que tantos puntos en común tenían con sus propias existencias.

Por supuesto, la mera comparación de Lola, Enrique y Javier con los revolucionarios rusos resulta ridícula. Aunque ellos se consideraran a sí mismos «revolucionarios a tiempo completo», lo cierto es que la mayoría siguió estudiando y posteriormente trabajando. La idea del «revolucionario profesional» les venía del tratado político de Lenin *¿Qué hacer?*, título que provenía de la novela homónima de 1860 del filósofo radical ruso Nikolái Chernyshevski, que instaba a los jóvenes a abandonar a sus familias y a dedicarse a tiempo completo al cambio radical de los hombres nuevos.<sup>89</sup> Según Lenin, debido a sus constreñidos horarios los trabajadores no podían dedicarse a tiempo completo al movimiento revolucionario, y esta tarea debe asignarse a sus propios «jefes políticos, a sus representantes de vanguardia».<sup>90</sup> El autor de *¿Qué hacer?* abogaba por un partido centralizado compuesto por revolucionarios a tiempo completo que se enfrentaran al régimen zarista. Ciertamente, los que más se podrían aproximar a esta definición fueron Manuel Garí, Jaime Pastor y Miguel Romero. Estos dirigentes del FLP, que progresivamente iban acercándose a corrientes trotskistas violentas relacionadas con la IV Internacional, son, junto con los anarquistas que participaron en los disturbios de Madrid de 1968, lo más cercano a agitadores profesionales que tuvo Madrid ese año en la universidad. Sin duda, nuestros protagonistas los veían con cierta admiración debido a su amplia experiencia y a su mayor edad, pero su vida no podía equipararse a la de un revolucionario profesional. De haber estallado verdaderamente la revolución, es mucho más probable que el Lenin español que hubiera ocupado el Palacio de Invierno madrileño hubiera sido uno de estos dirigentes del FLP antes que nuestros protagonistas.

## Enamorarse en Mayo del 68

Abraza a tu amor sin dejar tu fusil.

Pintada de Mayo del 68

El año 1968 fue decisivo en la vida de Enrique, y uno de los que dejaron más marcados a Lola y a Javier. Su militancia en el FLP les llevó a creer que formaban parte de un gran movimiento internacional contra el fascismo y el capitalismo que se estaba produciendo simultáneamente en países tan dispares como Francia, España, Japón y México. Esto hizo que viviesen numerosas aventuras en la universidad y fuera de ella.

Dos ejes fundamentales marcaron el año de nuestros protagonistas: el comienzo de la relación amorosa entre Enrique y Lola y la idealización del obrero y su forma de vida. La relación entre el amor, el sexo y las revueltas del 68 ha sido frecuentemente subrayada por la historiografía.<sup>1</sup> Además de luchar por un sistema económico distinto, la mayoría de los estudiantes pretendía cambiar las costumbres de sus padres y abogaban por una liberación sexual. En el caso más extremo, algunos panfletos y pintadas de los estudiantes franceses prometían «orgías vandálicas» a los agitadores del nuevo movimiento internacional. Sin llegar a tanto, entre los activistas madrileños se normalizaron las relaciones sexuales mucho más que en los estudiantes no politizados. Se regularizó el sexo en los noviazgos, y entre los más liberales se separaron las relaciones sexuales de las afectivas.<sup>2</sup> Esta situación suponía un incentivo para que los veinteañeros rebeldes decidieran entrar en los grupos izquierdistas.<sup>3</sup> El cine de aventuras, que había constituido la educación sentimental de nuestros protagonistas, atribuía a la figura del rebelde un cúmulo de cualidades sexuales. Esto contribuyó a la imagen que los jóvenes

revolucionarios tenían de sí mismos. En palabras del anarquista Antonio Pérez: «Éramos héroes y el ser héroe tiene como recompensa llevarse a la más bella y cosas así». <sup>4</sup>

La más bella entre los miembros del FLP era casi sin ninguna duda Lola. Como ocurría en el libro de Juan Marsé *Últimas tardes con Teresa*, publicado a mediados de los sesenta, la cuestión no era que todos quisieran acostarse con la pija protagonista, sino que ella eligiera como heroico sujeto para enamorarse al activista revolucionario, un obrero malagueño conocido como Pijoaparte, al que atribuía erróneamente todas las cualidades que un líder revolucionario ha de tener. Para su desgracia, Enrique y Javier no eran obreros ni malagueños, y su principal competición era en pedantería y se basaba en ver quién sabía más de marxismo. <sup>5</sup> A pesar de la idealización del obrero, no se conoce que Lola tuviera ningún novio no universitario. Tampoco se conocen novias no universitarias en el caso de Enrique y de Javier, si bien en este caso parece más bien por su falta de pericia con las mujeres que no fueran Lola. La mayor parte de los varones del FLP se emparejaron en la inmensa mayoría de los casos con otras chicas universitarias, y no hicieron trabajos manuales en su vida. Sin duda, era más rentable sexual y socialmente ser rebelde que obrero.

El año 1968 comenzó con un manifiesto escrito por nuestros protagonistas que marca el inicio del 68 español, y que muestra cuáles eran las causas del descontento de muchos estudiantes españoles. En enero de ese año, un grupo de jóvenes y asiduos colaboradores <sup>6</sup> publicaron en *Cuadernos para el Diálogo* el llamado Manifiesto de la Generación Joven, con influencias tanto de la Escuela de Frankfurt como de la izquierda francesa no soviética. El texto comenzaba diciendo, en un lenguaje enrevesado:

nos ha correspondido vivir en un mundo en el que dominan unos efectos cuyas causas correspondientes parecen haber desaparecido; los efectos se han independizado de ellas y han venido a crear unos modos de vida insostenibles, radicalmente opuestos a la vida humana. Estos efectos son la guerra, la opresión, el hambre. Ante ellos estamos sumidos en la incertidumbre y la angustia; barrunta más cuál ha de ser nuestra actitud consecuente y trata más de darle una dimensión en identidad universal, iniciando así la construcción de un nuevo mundo. <sup>7</sup>

Los firmantes del manifiesto se consideraban «movidos por la conciencia objetiva de los hechos» en vez de por la fe, marcando claras distancias con ese cristianismo que les había marcado tan decisivamente a la mayoría de ellos en sus inicios ideológicos. Muestran descontento con la situación tanto española como internacional y, desde una perspectiva idealista hegeliana, tratan de encontrar otro mundo posible «siguiendo la marcha ascendente de la Historia, buscando el hilo abandonado de los productos de la razón humana». Respecto al estado de las cosas que veían en ese momento, escriben:

no aceptamos el mundo en que estamos inmersos; no lo aceptamos y aún lo rechazamos negándonos a adquirir la ciudadanía en una sociedad regida por una clase dirigente egoísta, atenta solamente a sus fines materiales inmediatos, dominada por la angustia de su propia pervivencia, aferrada mediante la rapiña al poder político y económico.

En el manifiesto aparecen muchos de los elementos que explican los sucesos del 68, y muchas de las razones del descontento de nuestros protagonistas con el mundo que les había tocado vivir. Por un lado, clamaban «ante la división permanente a escala nacional e internacional, de ricos y pobres; división creadora de una perenne casta de hambrientos y depauperados. Tal separación, no la que se pretende basar en motivos nacionales y políticos, es la que realmente escinde al mundo en dos facciones irreconciliables». Por otro, advierten de

la sucesiva pérdida de la libertad del hombre; del que se encuentra en las sociedades desarrolladas, abocadas inexorablemente al consumo masivo de bienes, dominadas por grupos de presión confundidos en el aparato del poder estatal; del que vive en las sociedades subdesarrolladas, hipotecadas y amenazadas en su existencia, cuya precariedad fluctúa al socaire de la política y de la economía de las naciones poderosas. Marcuse *meets* Lenin.

Una mirada a los dieciséis firmantes nos muestra a los tres protagonistas de este libro. En el manifiesto aparece la obsesión recurrente de Enrique, que se repetiría en sus notas personales a Carlos Castilla del Pino, por poder desarrollarse plenamente a pesar de las influencias opresivas de la sociedad. También se entrevé una de las obsesiones que acompañaron a Lola durante

toda su vida: el hecho de que «el hombre está dividido en su propio ser, y obligado a librar con los demás hombres una angustiada lucha de lobos para poder subsistir». Lola siempre asoció el socialismo y las ideas marxistas con la solidaridad, y una de las grandes críticas comunes que dirigía tanto a la dictadura franquista como a la posterior democracia era que hacía que la solidaridad fuera inexistente.<sup>8</sup>

Otros firmantes son algunos de los mejores amigos de nuestros protagonistas, como José María Mohedano o Ignacio Muñagorri, que desempeñaron papeles fundamentales en varios de los acontecimientos del 68 español. Como hemos visto, Muñagorri era entonces inseparable de Juan Díaz de Atauri, que también fue novio, durante un breve periodo de tiempo, de Lola.<sup>9</sup> Muñagorri se reunía habitualmente en esas fechas en casa de Pedro Altares, que entre 1976 y 1978 fue director de *Cuadernos para el Diálogo* y ya tenía un papel muy destacado en la revista, pero no recuerda de quién partió la idea del manifiesto juvenil.<sup>10</sup> No es difícil imaginar a Lola convenciendo a gente para que tomara un protagonismo que a ella no le gustaba tener.

Otros firmantes del Manifiesto de la Generación Joven también merecen ser reseñados. Santiago Varela o Emilio Menéndez del Valle habían viajado a París con Enrique, y no llegaron a radicalizarse tanto posteriormente. Figuran asimismo personajes vinculados a *Cuadernos para el Diálogo*, como Nacho Rupérez, Tomás de la Quadra Salcedo, Rafael Martínez Alés o Eugenio Nasarre, o que trabajaban en la revista, como la secretaria María Ángeles Martín.<sup>11</sup> Destacan también Aurora Elósegui y Silvia Díaz Alabart, que fue avisada por sus compañeros de clase para que firmase. Por último, tenemos también como caso curioso a José Juan Toharia, que haría carrera como catedrático de Sociología y fue presidente de Metroscopia, desde donde se encargaría de realizar los sondeos de opinión, los barómetros de clima social y los análisis de confianza institucional de la España que se avecinaba. El Manifiesto de la Generación Joven es uno de los mejores indicadores para entender lo que ocurría en la universidad española en 1968.

En él se plasma el inconformismo de una generación, y se exponen claramente los presupuestos ideológicos de la confrontación venidera. En un alegato claramente generacional, se concluye que «debemos negarnos a aceptar ser herederos de este mundo gravado con cargas insoportables, frutos

del egoísmo y la estupidez de muchos que nos han precedido» y que, por tanto, «marchamos hacia el encuentro con nosotros mismos. En y a través de nosotros mismos, creemos más hallar la esperanza para el futuro». Ese mismo año, según una encuesta, el 69 por ciento de los jóvenes declaraban no tener ninguna influencia en la política del Gobierno.<sup>12</sup> El descontento con la educación recibida era una demanda no exclusivamente española, aunque en España hubiera seguramente más razones para exigir un cambio en la universidad. De ahí que nuestros protagonistas llegaran a participar en las actividades alternativas, y que trataran de cambiar el sistema educativo del país. Como si plasmara en palabras las ideas de nuestros protagonistas acerca de la universidad española burguesa, y para explicar las razones de las clases paralelas a las de la universidad, Daniel Cohn-Bendit le desgranó a Jean-Paul Sartre los objetivos del movimiento estudiantil:

Nuestro objetivo es lograr poner en marcha una «enseñanza paralela» tanto técnica como ideológica. Se trata de que nosotros mismos volvamos a poner en marcha la universidad sobre bases completamente nuevas, aunque esto no dure más que unas pocas semanas. Acudiremos a los profesores de izquierda y de extrema izquierda que estén dispuestos a trabajar con nosotros en los seminarios y a apoyarnos con sus conocimientos —renunciando a su condición de profesores— en la experiencia que emprenderíamos.<sup>13</sup>

La mecha de Mayo del 68 ya llevaba tiempo encendida.

Después de la Navidad, las clases se reanudaron en un ambiente de normalidad que mereció las alabanzas de la prensa franquista. Pero las acciones reivindicativas comenzaron muy pronto, tanto en España como en otros países. El 8 de enero, François Missoffe, ministro de Juventud y de Deportes de Francia, fue expulsado por los estudiantes parisinos del campus de Nanterre, en un preludio de los futuros acontecimientos de mayo.<sup>14</sup> Dos días después, en Madrid, se produjo el cierre de la activa facultad de Ciencias Políticas y Económicas, que se prolongó hasta el 1 de marzo e hizo que numerosos alumnos se quedaran sin nada que hacer durante dos meses.<sup>15</sup> A consecuencia del cierre de esta facultad, los estudiantes se vieron obligados a matricularse de nuevo. Se impartieron clases paralelas en los colegios mayores hasta que el rector ordenó interrumpirlas. El cierre de la universidad

se produjo por prevención, ya que las organizaciones políticas tenían problemas para movilizar a los estudiantes cuando no iban a las facultades. Como reconocería la propia facción universitaria del PCE, «los estudiantes todavía no hemos sabido organizarnos y movilizarnos con la universidad cerrada».<sup>16</sup>

Como consecuencia de esto, los conflictos se propagaron a otras facultades; una de las más bulliciosas fue la de Derecho. El 11 de enero nuestros protagonistas participaron en una gran asamblea, y a la salida un grupo de veinte personas apedrearon y pincharon las ruedas de varios autobuses, llegando a quemar uno.<sup>17</sup> Las acciones violentas eran obra principalmente de los anarquistas, que, como hemos visto, abogaban por el enfrentamiento directo con el Estado. Para estos grupos, 1968 supuso «el año sublime de la acracia».<sup>18</sup> Durante ese mes, los anarquistas pusieron numerosos petardos en los autobuses de la EMT. Para frenar estas acciones, la policía empleaba a menudo unos «camiones-botijo» Birsing que disparaban chorros de agua entintada de azul.<sup>19</sup>

El 20 de enero, en un enfrentamiento en la facultad de Filosofía de Madrid, el lanzamiento a la policía de un crucifijo desde una ventana provocó un escándalo. No quedó nunca claro si la defenestración se realizó en señal de protesta contra la obligatoriedad de la religión católica en el sistema educativo o si fue simplemente por arrojar algo contra la policía.<sup>20</sup> A consecuencia del lanzamiento, la facultad fue cerrada hasta principios de febrero, y en las iglesias españolas se celebraron numerosas misas de desagravio.<sup>21</sup> La más importante la organizó la Hermandad Nacional Universitaria el 1 de febrero en San Francisco el Grande. Asistieron el ministro de Educación, el de Exteriores y el de Gobernación, además del rector y varios de los miembros más importantes y tradicionalistas de la jerarquía eclesiástica. Para redimir y perdonar sus pecados, según se recoge en la crónica de *La Vanguardia Española*, «al final de la ceremonia los centenares de fieles que llenaban el templo desfilaron para besar la imagen del Cristo, que hace unos días fue lanzado por la ventana».<sup>22</sup> Los estamentos franquistas demostraron tener una sensibilidad mayor con los crucifijos defenestrados que con los estudiantes en la misma situación. A consecuencia de la nueva oleada de represión tras el lanzamiento del crucifijo, la tensión fue

constante y las discusiones y asambleas continuas. El 25 de enero, un debate en la facultad de Ciencias versó sobre si los policías debían ser expulsados «de forma educada o por la fuerza», por lo que el decano ordenó el cierre de la facultad.<sup>23</sup> Al día siguiente, la policía entró en la facultad de Medicina sin permiso del decano y detuvo a cuarenta y un alumnos.

Ante el descontrol en las aulas, el Consejo de Ministros del 27 de enero abordó la cuestión universitaria. Hubo algunos acuerdos extravagantes, como empezar una suscripción, a propuesta de la Hermandad de Alféreces Provisionales, para construir un monumento a la bandera española. Pero la medida más relevante fue la creación de la Policía de Orden Universitario (POU), un cuerpo teóricamente al servicio de los decanos y el rector para hacer frente a los disturbios universitarios. El inicio de la actividad de la POU supuso un alejamiento todavía mayor de los estudiantes, y un amago de disidencia por parte de la mayoría de los profesores, que no veían razonable la presencia de la policía en la universidad. Joaquín Ruiz-Giménez se mostró indignado, y anunció que «mientras no cambien las circunstancias, mi conciencia no me permite seguir los cursos en esta facultad».<sup>24</sup> Como Ruiz-Giménez, el 75 por ciento de los profesores de Derecho declararon asimismo que no darían clases mientras la policía continuara en el campus. Se aprobó una moción que exigía al rector la retirada de los agentes del interior de los recintos universitarios.<sup>25</sup> Las sentadas en la facultad de Derecho, en las que los miembros del FLP tuvieron mucho protagonismo, se repitieron en señal de protesta durante todos aquellos días, ante unos atónitos policías que no sabían cómo actuar.<sup>26</sup> Durante las dos primeras semanas de febrero, hubo sentadas diarias contra la POU a las once y media de la mañana, en las que solían participar entre cuatrocientos y quinientos estudiantes con los miembros del FLP a la cabeza. Tras quince minutos de absoluto silencio, los alumnos cantaban el *Gaudeamus Igitur* y gritaban contra la presencia policial.<sup>27</sup> El número 95 de la *Gaceta Universitaria*, que fue retirado al tiempo que se procesaba a los redactores del noticiero, se tituló así: «Moda de la quincena: las “sentadas” de la U. de Madrid».<sup>28</sup>

La POU exigía el carné de facultad a los alumnos para entrar en las aulas. Los agentes actuaban de acuerdo con los estudiantes ultras de Defensa Universitaria y también controlaban las clases que daban los profesores no

numerarios, más jóvenes y en general más progresistas que los catedráticos. Los incidentes fueron continuos, e incluso muchos padres se querellaron contra la POU por los malos tratos que recibían sus hijos.<sup>29</sup> Francisco Romero Marín, destacado dirigente del PCE conocido como el Tanque, se encargaba de evaluar la situación universitaria, y en sus cartas a Santiago Carrillo aseguraba que la irrupción policial probaba la ineficacia de los métodos del Gobierno franquista para llegar a los universitarios.<sup>30</sup> Durante esos momentos problemáticos, hubo elecciones para formar la cámara de la facultad de Derecho, en las que fueron elegidos nuestros protagonistas y algunos de sus mejores amigos.<sup>31</sup> El Aula Magna de la facultad, donde las reuniones eran casi diarias, funcionaba de manera parecida a un parlamento caótico. Durante 1968, este parlamento fue pareciéndose cada vez más a un «sóviet estudiantil». La lógica parlamentaria y representativa se fue reemplazando por la acción directa y revolucionaria.

Hubo peleas entre Defensa Universitaria y estudiantes antifranquistas cuando los primeros trataron de arrancar el cartel en homenaje a Jacques Monod y André Lwoff, ganadores del Premio Nobel de Medicina en 1965 y que habían declarado que «la universidad, en España, no existe». En la activa facultad de Filosofía, los estudiantes consiguieron expulsar a la POU. En Derecho, se intentó ocupar el decanato y la policía detuvo a numerosos estudiantes, entre los que se encontraba Román Oria.<sup>32</sup> Hubo numerosas dimisiones en la Universidad de Madrid, como las de los decanos de las facultades de Derecho y Económicas, y un generalizado boicot a los comedores y al bar de esta última. A partir de ese momento, nuestros protagonistas y otros estudiantes dejaron de asistir a las clases. En palabras del estudiante Germán Gómez Orfanel, «prácticamente en ese curso, a partir de las once de la mañana nunca dimos clase».<sup>33</sup> El 25 de febrero, la POU se retiró finalmente, tras una petición de los catedráticos, que se comprometieron personalmente a mantener el orden en la universidad. Después hubo un «miniclaustro» de los decanos, varios catedráticos y delegados estudiantiles, pero los estudiantes no estaban conformes con la opacidad del procedimiento. En medio de estas reuniones, hubo hasta doscientas detenciones de alumnos, y se convocó una huelga y sucesivas asambleas para el 4 de marzo, día del

Estudiante. A las reuniones asistió Román Oria, que se vio defraudado por el fracaso de las negociaciones. Los estudiantes no lograron aumentar su representación en las decisiones de la universidad.

El 8 de marzo de 1968, Jean-Jacques Servan-Schreiber, fundador del periódico francés *L'Express*, tenía previsto impartir una conferencia en la facultad de Derecho. El lector es ahora capaz de imaginar, como en el prólogo, a nuestros protagonistas dirigiéndose al recinto, y captar cómo podrían ser sus miradas y sus impresiones. Enrique y Lola ya estaban en los inicios de su noviazgo, aunque probablemente no fuera oficial para el resto del FLP. Javier, como el resto de los siete de derecho, era un buen amigo de los dos. No sabemos exactamente si Enrique ya sentía celos de él, ni cómo se había tomado Javier el hecho de que Lola comenzara a salir con su amigo. Lo que es seguro es que fueron a manifestarse contra Servan-Schreiber. El semanario *L'Express*, parecido al *Times* o a *Der Spiegel*, se oponía al general De Gaulle y aglutinaba a corrientes de izquierda no comunistas. En él habían colaborado destacados intelectuales como Albert Camus, Jean-Paul Sartre, André Malraux y François Mauriac. En 1967, Servan-Schreiber había publicado el exitoso libro *El desafío americano*, en el que entre otras cosas se alertaba sobre la revolución tecnológica que suponía la informática, sobre la brecha tecnológica existente entre Estados Unidos y Europa y la necesaria unión de los distintos países europeos para hacer frente a estos desafíos. Definido asimismo como un europeísta de izquierdas que quería encontrar eco en la oposición democrática al franquismo, fue recibido con enorme recelo por la mayoría de los estudiantes a causa de su oposición al comunismo.

Una aglomeración de mil quinientos estudiantes y autoridades universitarias asistieron a la conferencia sobre el polémico libro. Servan-Schreiber fue mayoritariamente recibido por una sonora protesta con el lema «No al neocapitalismo. Sí a una Europa socialista». El conferenciante tuvo que hacer grandes esfuerzos para pasar entre la multitud y poder hacerse oír, mientras era interrumpido constantemente por los asistentes. Nuestros protagonistas participaron activamente en la organización de las protestas, aunque desconocemos con exactitud su grado de implicación en ellas. Sabemos que, en medio del alboroto, Enrique, seguramente al verse abrumado ante la multitudinaria manifestación, se subió a un altillo que estaba más

despejado. Allí se encontró con el estudiante de filosofía y antiguo compañero en el Pilar Fernando Savater. Se saludaron afectuosamente, pues habían perdido el contacto desde que entraron los dos en la universidad. Estuvieron poniéndose al día brevemente, y quedaron en reunirse al mes siguiente.<sup>34</sup>

Ante los gritos de «¡Europa socialista!» y las proclamas diversas a favor de Ho Chi Minh, el comunismo y la revolución, según la crónica de *Abc* otros estudiantes comenzaron a gritar en respuesta soflamas anticomunistas como «¡El muro de Berlín!».<sup>35</sup> A los silbidos y abucheos entre los estudiantes les sucedían los aplausos a ServanSchreiber de los estudiantes que querían escuchar la conferencia. El esforzado intelectual tuvo que ponerse de pie encima de la mesa, y desde ahí dirigirse al público para que pudieran verlo y oírlo. Los estudiantes le contestaron irregularmente con aplausos, silbidos e insultos. También el decano Pietro-Castro se subió a la mesa y pidió, micrófono en mano, que se respetara al conferenciante. La primera intervención del periodista francés, tras remangarse la camisa y quitarse chaqueta y corbata, fue muy apaciguadora, pero probablemente ponía de manifiesto que no conocía la ideología ni las referencias de la mayoría de los estudiantes antifranquistas:

he venido aquí a encontrar a la universidad española, para saber si España, si su universidad, en esta hora, quiere incorporarse a Europa, al esfuerzo de hacer una Europa unida, libre e independiente, capaz de enfrentarse con las amenazas que nos cercan. Yo he venido aquí para saber en qué medida puede Europa ayudar a España y en qué medida España es capaz de ayudar a Europa. Yo he venido aquí a identificarme con los demócratas españoles, para solidarizarme con ellos en su lucha contra la represión.<sup>36</sup>

Este primer discurso fue recibido con muchos aplausos, pero los miembros del FLP y las otras organizaciones revolucionarias intensificaron su alboroto. Con el puño en alto, comenzaron a gritar a favor del socialismo y el comunismo y en contra del capitalismo. Estalló un petardo y una buena parte de los estudiantes que querían boicotear la conferencia comenzaron a marcharse. Sin embargo, al ver que el coloquio daba comienzo y que no se había cancelado, se dispersaron por la sala. En el turno de preguntas, plantearon en tono ofensivo algunas cuestiones supuestamente incómodas para

el conferenciante, con referencias a su mujer. Ya al final del acto, entre un gran desorden, un grupo de alumnos, probablemente maoístas y anarquistas, esperaron al conferenciante a la salida de la facultad de Derecho. El intrépido Servan-Schreiber se dirigió irónicamente a ellos preguntándoles si se suponía que eran los demócratas españoles, y les hizo varios aspavientos de desprecio. Algunos jóvenes comenzaron a lanzar piedras al coche del conferenciante, y al parecer una de ellas impactó en un periodista francés que acompañaba a Servan-Schreiber. El vehículo quedó claramente maltrecho mientras, según la crónica del *Abc*, los agitadores coreaban la original proclama de «¡Socialismo, sí; coches no!». No es probable que Enrique, Lola y Javier participaran directamente en esta agresión, aunque seguramente conocían de primera mano a algunos de sus perpetradores.<sup>37</sup>

Mientras tanto, en París, el 20 de marzo hubo protestas universitarias contra la guerra de Vietnam.<sup>38</sup> El 22, un grupo heterogéneo de estudiantes acampó en la Universidad de Nanterre en protesta por la normativa universitaria. Dirigidos, entre otros, por Daniel Cohn-Bendit y Alain Krivine, durante unas horas ocuparon el decanato de la facultad y pintaron numerosos grafitis.<sup>39</sup> Hubo 142 estudiantes que pasaron la noche en el recinto de la universidad, redactaron un documento y crearon el CREPS (Centre d'Études et de Recherches Politiques et Sociales). Tras consensuar el documento, los estudiantes sacaron las guitarras y corearon *La Internacional*. Fue el inicio del Movimiento de los 142, que acabó siendo conocido como el Movimiento del 22 de Marzo. El filósofo Jean Baudrillard, entonces profesor asistente en la Universidad de Nanterre, quedó impresionado con el movimiento, y se convirtió en un ferviente defensor suyo. El bulevar Saint-Michel fue rebautizado como «bulevar del Vietnam heroico» y las proclamas, panfletos y grafitis llamando a la rebelión contra la autoridad y a la liberación sexual fueron una constante de los meses que siguieron. Aunque los hechos del 22 de marzo se mitificaron hasta el extremo en diversas partes del mundo, en esos momentos no eran más significativos que lo que estaba ocurriendo esos mismos días en una verdadera dictadura como la española.

Ese mismo día 22 de marzo, en Madrid, unos quinientos estudiantes, entre los que con toda seguridad se encontraban nuestros protagonistas, esperaban a la salida de la facultad de Derecho a los miembros de Defensa Universitaria

que habían apaleado a Yuyo Mazarrasa.<sup>40</sup> Para evitar la acción de la policía, el decano trató de hacer que abandonaran la facultad. Finalmente, la policía acudió, y el camión cisterna policial dirigió involuntariamente su chorro de pintura contra el propio decano, que se retiró enfadado, humillado y con un nuevo color de traje.<sup>41</sup> Mientras tanto, el Consejo de Ministros acordaba que el Ministerio de Gobernación pudiera ordenar a la policía que entrara en la universidad sin consulta previa al rector. Poco después, el Tribunal Supremo nombró a Manuel González-Alegre como juez especial para la instrucción de todos aquellos hechos delictivos en los centros docentes. En la facultad de Económicas, un cartel le daba una calurosa bienvenida: «Señor González-Alegre, es usted un muerto en potencia».<sup>42</sup> Durante los siguientes días, la policía entró numerosas veces en las facultades. Hubo varias cargas a caballo y barricadas en Económicas. Los miembros del FLP habían ido aumentando su influencia en la universidad debido a los últimos sucesos. Cuando uno de sus miembros falleció en un accidente de tráfico, los estudiantes lograron que la facultad de Económicas cerrara en señal de duelo, lo que muestra la influencia que habían alcanzado los militantes antifranquistas.<sup>43</sup>

Tras admitir el error que había supuesto mandar a la policía a la universidad, se comenzaron a tomar otro tipo de medidas para acallar a los estudiantes. El ministro de Educación, Lora-Tamayo, fue destituido el 26 de marzo, y sustituido el 17 de abril por el tecnócrata José Luis Villar Palasí, vinculado al Opus Dei y luego implicado en el escándalo Matesa. Villar Palasí tampoco consiguió detener el animoso movimiento estudiantil, aunque a medio plazo su afán reformista se viera traducido en la Ley General de Educación de 1970, que modernizó el sistema educativo español. El 29 de marzo, el Gobierno ordenó el cierre indefinido de los centros universitarios madrileños, que no se reabrieron hasta el 6 de mayo. El ejecutivo pretendía así evitar que los actos convocados para el 1.º de Mayo por el Día Internacional de los Trabajadores tuvieran eco en la universidad. Sin embargo, a finales de marzo del 68 ya era demasiado tarde para contener a los estudiantes sin tomar medidas drásticas.

A principios de mayo comenzaron las revueltas francesas, que serían emuladas por nuestros protagonistas y sus acólitos. El descontento estudiantil ya era global entonces. Hasta en cincuenta países, desde lugares tan alejados

entre sí como Japón y México, grupos numerosos de estudiantes se movilizaron contra el sistema universitario sin haberse coordinado previamente. Antes de las revueltas parisinas, el 11 de abril de 1968 un ultraderechista atentó en Berlín contra Rudi Dutschke, líder del movimiento estudiantil berlinés. Desde ese momento, el sector estudiantil se radicalizó, y llegó a ejecutar acciones realmente violentas.<sup>44</sup> El periódico sensacionalista *Bild Zeitung* comparó la situación de Berlín con Vietnam: «Nuestro Vietnam está aquí, en Europa».<sup>45</sup> Por su parte, en los primeros meses de 1968 se habían producido actos de protesta en más de cien universidades estadounidenses, en las que se hicieron populares todo el repertorio de acciones que serían emuladas por el FLP. Pese a que las revueltas en otros lugares fueron más significativas, Francia se convirtió pronto en el epicentro de aquel movimiento. Del 3 al 15 de mayo, tuvieron lugar las protestas estudiantiles de París que produjeron un hondo impacto en el imaginario colectivo. La conocida como «noche de las barricadas» tuvo lugar el 10 y el 11 de mayo, y vino acompañada de un paro obrero masivo que atemorizó al Gobierno de Charles de Gaulle.<sup>46</sup> Se constituyeron numerosos comités autónomos que se reunían en la Sorbona para tratar de cambiar las estructuras del mundo occidental. La policía, que entraba en la Universidad de París por primera vez desde 1940, empleó contra los estudiantes gases lacrimógenos. Según varios historiadores, la noche de las barricadas dejó un balance de 460 detenciones, 367 heridos y 60 coches incendiados.

En una retórica muy agresiva, los estudiantes parisinos hacían proclamas de diversa índole, en ocasiones contradictorias entre sí, reivindicando modelos alternativos al «capitalismo», el conservadurismo y la democracia burguesa. Los llamamientos a la violencia fueron comunes, pero en la mayoría de las ocasiones ello no se tradujo en actos de fuerza deliberada. El Partido Comunista Francés calificó despectivamente a los estudiantes llamándolos *fiils de papa*, y en las elecciones que siguieron a los sucesos de mayo los conservadores partidos gaullistas arrasaron.<sup>47</sup> Aunque los estudiantes hicieron numerosas llamadas al hermanamiento con los obreros y a convertirse en «vanguardias obreras», el alejamiento entre la universidad y las fábricas era considerable. Mientras que los estudiantes, según el historiador Tony Judt, tras su paso por las barricadas «se fueron de vacaciones»,<sup>48</sup> los obreros

afrontaron una dura vuelta al trabajo. Sin embargo, en el imaginario colectivo de la nueva izquierda, Mayo del 68 supuso un punto de inflexión. Como pasa con otros sueños utópicos vacíos de contenido, cada uno es capaz de proyectar en él su fantasía particular. Mientras unos proyectaban una sociedad dirigida por la santísima trinidad de Mao, Marx y Marcuse, otros imaginaban un paraíso sexual e intelectual donde todo sería posible tras la liberación del hombre del capitalismo alienante.

El comienzo del Mayo Francés coincidió en Madrid con numerosas manifestaciones en el 1.º de Mayo, Día Internacional de los Trabajadores. Fue la primera vez que comandos violentos actuaron en varios lugares de la ciudad, como Atocha, Gran Vía o la Puerta del Sol.<sup>49</sup> En ellos participaron muchos integrantes del FLP, y con casi toda seguridad nuestros protagonistas.<sup>50</sup> Un símbolo de la radicalización que sufría la célula universitaria del FLP fue que su órgano de expresión, *Acción Universitaria*, comenzara a publicarse con la hoz y el martillo comunistas en la portada.<sup>51</sup> Cuando se reabrió la universidad a comienzos de mayo, se sucedieron unos días de calma tensa. El día 11, unos anarquistas trataron de incendiar la facultad de Ciencias.<sup>52</sup> Dos días después, en un acto en solidaridad con CC.OO. hubo nuevas manifestaciones y problemas con la policía. El 16 de mayo, fue suspendida una conferencia de Agustín García Calvo, y en la facultad de Filosofía se enarboló la bandera roja. Una asamblea en Económicas el 17 de mayo se convirtió en una especie de mitin a favor de los estudiantes franceses. A medida que se iban conociendo las noticias de Francia, nuestros protagonistas sentían que se estaba gestando un movimiento de escala global contra la injusticia.

La mayoría de los intelectuales revolucionarios que influían en los estudiantes parisinos o californianos —Sartre, Castoriadis, Althusser, Barthes, Baudrillard, Foucault o Fanon— eran los mismos que inspiraban a nuestros voluntaristas protagonistas, que se veían sinceramente involucrados en un movimiento revolucionario internacional que tenía como objetivo la instauración de la sociedad sin clases. La idea del Che Guevara de «crear uno, dos, tres Vietnam», fomentando focos de disidencia en distintas regiones del mundo para vencer así al «imperialismo del capital», era compartida por los

movimientos estudiantiles.<sup>53</sup> En 1968, en una entrevista que Jean-Paul Sartre hacía a Daniel Cohn-Bendit justo tras el inicio de las revueltas, el filósofo le decía al estudiante:

Ustedes tienen una imaginación mucho más rica y las frases que se leen en los muros de la Sorbona lo prueban. Hay algo que ha surgido de ustedes que asombra, que trastorna, que reniega de todo lo que ha hecho de nuestra sociedad lo que ella es. Se trata de lo que yo llamaría la expansión del campo de lo posible. No renuncien a eso.<sup>54</sup>

En el contexto revolucionario en el que se movían, esto implicaba la utilización de nuevos métodos de subversión para conseguir los objetivos de la sociedad socialista. Cohn-Bendit afirma en la misma entrevista que «lo importante [de Mayo del 68] es que se ha demostrado la eficacia de los métodos revolucionarios».<sup>55</sup>

Para el sector universitario del FLP, Mayo del 68 se trató de todo un acontecimiento, comparable en palabras del entonces *felipe* Miguel Romero a «una revelación, un deslumbramiento».<sup>56</sup> Para los jóvenes militantes del FLP, significaba la posibilidad de combinar la lucha revolucionaria con la más tórrida y alegre historia de amor. Como expresó lúcidamente el dirigente del FLP Miguel Romero:

mi primera relación con el 68 es una foto, [...] de las fotos más conocidas del 68, que es una pareja besándose en una barricada [...]. Es una barricada de adoquines y luego hay una bandera que probablemente fuera una bandera anarquista, creo, y luego una pareja besándose. Yo vi esa foto en *Triunfo* [...] y a mí esa foto me impresionó muchísimo. Así que sobre el 68 había conocimiento, simpatía, eran estudiantes, tal y cual, pero ver aquello significaba mucho la simbología de lo que a uno le gustaría tener y no tenía, vaya. Era todo: era la barricada, la lucha, el beso, la chica, todo, todo aquello mezclado. Aquello fue un choque emocional enorme.<sup>57</sup>

Es fácil imaginar a nuestros inocentes protagonistas sintiendo este tipo de shock emocional: uno no siempre tiene la oportunidad de enamorarse mientras salva el mundo de las garras del mal. Como los fotografiados en la revista *Triunfo*, Lola y Enrique también se enamoraron entre barricadas.

Los sucesos de París también llamaron la atención a las autoridades franquistas. La prensa evitó tratarlos, y cuando lo hizo, fue muy negativamente. Cuando el periódico *Madrid* publicó un artículo titulado «No al General de Gaulle», Fraga pensó que era una referencia a Franco y ordenó su cierre durante dos meses, que al final fueron cuatro.<sup>58</sup> Como era de esperar, Torcuato Luca de Tena, que había calificado a las universidades españolas como «centros de subversión, escuelas de malas artes, espejos de chapucerías, donde podrán seguir, si les place, con no poco aprovechamiento, cursos de holganza»,<sup>59</sup> tenía una pésima opinión sobre lo ocurrido en Francia. Por su parte, los ministros franquistas tomaron una serie de medidas para tratar de evitar una repetición del Mayo Francés en España. La posición mayoritaria de los miembros del Gobierno consistía en culpar a la masificación de la Ciudad Universitaria como uno de los principales motivos de las revueltas estudiantiles. En ese momento, se estaba construyendo tanto la Universidad Autónoma de Madrid como el campus de Somosaguas. Como la facultad más conflictiva era la de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, finalmente se pensó alejar al alumnado de la Ciudad Universitaria. A los pocos meses, se produciría tanto el traslado de la facultad de Económicas a Somosaguas como la separación de las carreras de Economía y Ciencias Políticas.<sup>60</sup> Las acciones represivas tenían el apoyo de Franco, que declaró públicamente que «la juventud española no será desfigurada por minúsculas agitaciones estudiantiles que fomentan en el mundo gentes sometidas a las consignas comunistas».<sup>61</sup>

En este contexto, se crearon unos servicios de contrainformación en la universidad para poder adelantarse a las acciones políticas de los alumnos. Al capitán general jefe del Alto Estado Mayor, Agustín Muñoz Grandes, se le llegó a solicitar al «apoyo técnico para evitar que la subversión en los medios universitarios colocara al régimen en una situación similar a la que el Mayo Francés situó a Charles de Gaulle».<sup>62</sup> En los meses que siguieron, se le encomendó a José Ignacio San Martín (que años después participó en el 23-F) que se encargase de la contrainformación universitaria.<sup>63</sup> Provisionalmente, el grupo creado al efecto recibió el nombre de Organización Contrasubversiva Nacional (OCN), y pronto se formó en la universidad una red de información integrada por estudiantes, bedeles y quizá profesores.<sup>64</sup> Inicialmente, se pensó

que la OCN debía apoyar a organizaciones universitarias como Defensa Universitaria y a otras fuera de este ámbito pero que llevaban a cabo acciones en las universidades, como Guerrilleros de Cristo Rey. Defensa Universitaria, en la estela del movimiento del político fascista belga Jean Thiriart, Joven Europa, había iniciado su actuación en el año 1963 y se había consolidado como un grupo importante en la universidad.<sup>65</sup> Sin embargo, ante las muestras de violencia que perpetraban estas organizaciones, finalmente los servicios de contrainformación decidieron crear su propia asociación de estudiantes, que se llamaría Asociación Nacional de Universitarios Españoles (ANUE), y que sería legalizada ya en 1969. Uno de sus principales objetivos era hacer «un llamamiento a la Universidad para que fuese ella y no la policía la que tratara de cortar de raíz los brotes de agitación que habían surgido en su seno».<sup>66</sup>

Sus dirigentes recibían cursillos sobre cómo colocarse en las asambleas para boicotearlas y aprendían cuáles eran las mejores maneras de «reventar manifestaciones»:

colocarse en las primeras filas unos, y en el centro de los grupos, otros. Los de delante recibían la misión de insultar y tirar piedras a aquellos policías... para provocar que cargaran. Tenían que retirarse entonces para que los compañeros que estaban detrás empujaran a los estudiantes que estaban entre unos y otros hacia la policía y recibieran los golpes de la carga, y se formara el revuelo.<sup>67</sup>

Estuvieron vinculados a este tipo de actividades los mismos estudiantes que se peleaban con nuestros protagonistas en la universidad, como el cojo Pardo Santayana. Radicados principalmente en la facultad de Derecho, los ultraderechistas hicieron notar su presencia en múltiples ocasiones a partir de marzo de 1968. Según el historiador Eduardo Calleja, se solicitaron hasta doscientos voluntarios de entre dieciocho y veinte años de edad para que se matricularan en la universidad madrileña y se convirtieran en policías-alumno.<sup>68</sup> Entre ellos ya destacaba Antonio González Pacheco, Billy el Niño, que parece ser que al año siguiente convirtió la facultad de Filosofía en el centro de sus operaciones, y que sería denunciado ante los tribunales por los malos tratos que infligía a los estudiantes.<sup>69</sup> También los Guerrilleros de Cristo Rey, con sus característicos brazaletes multicolores, hicieron su aparición en las aulas. Aunque en 1968 aún no realizaban acciones conjuntas,

algunos de los que serían sus miembros actuaban a instancias del régimen en la universidad, como parte de la represión extraoficial. Según escribían los militantes del PCE:

La presencia de los tristemente famosos Guerrilleros de Cristo Rey en la Universidad de Madrid no es casual; obedecen a la táctica propia del Gobierno Opus: hacen el papel de provocadores en los Centros que aparecen. Cuentan con todos los medios: coches, dinero, cadenas... Llevan la violencia más cobarde a la Universidad porque cuentan con el apoyo de los sociales y los policías armados, pero se asustan cuando se encuentran ante las masas de estudiantes. Hacen el papel de una policía «paralela» que no aparece ligada al Gobierno pero que está protegida por él. Debemos denunciar su presencia en la Universidad. ¡Ellos y la policía son los que traen la violencia y la provocación a la Universidad! Realicemos asambleas en las que desenmascaremos y expulsemos como en la rama de Historia de Filosofía y Letras. Presionemos a los decanos en contra de ellos. Escribamos cartas masivas a la prensa para acabar con la mentira de los «enfrentamientos entre grupos de estudiantes». ¡Los guerrilleros no son estudiantes, son policías!<sup>70</sup>

En medio de las revueltas y de la creciente represión, tuvo lugar el célebre concierto de Raimon el 18 de mayo en la facultad de Económicas. El recital representa seguramente el momento cumbre del Mayo del 68 español y de visualización del FLP, que colaboró decisivamente en la celebración del concierto. Nuestros protagonistas estuvieron implicados, pero los que llevaron la principal iniciativa fueron sus inquietos compañeros de Económicas y Políticas.<sup>71</sup> Lo organizó el comité de los delegados de actividades culturales del SDEUM, en el que estaba el *felipe* Jaime Pastor. Los dos principales organizadores fueron Arturo Mora y Marta Bizcarrondo, que era de la rama vasca del FLP y tenía bastante trato con Enrique.<sup>72</sup> Los organizadores tuvieron que ir primero a Barcelona a convencer al cantautor de que su concierto no sería prohibido, y luego convencieron al decano de Económicas y al rector de la Universidad, el por entonces recién nombrado José Botella Llusíá. Asistieron unos seis mil estudiantes, que abarrotaron la facultad de Políticas y Económicas y recibieron unas hojas ciclostiladas con las letras de Raimon en castellano y catalán. Afuera esperaba la policía con un contingente de al menos tres camiones cisterna, decenas de jeeps y unos cuarenta o cincuenta jinetes. Por eso, en palabras de Raimon cuarenta años después a *El País*, «a la

hora de preparar un recital nos preocupaban más las vías de escape que el sonido». <sup>73</sup> En medio de estruendosos aplausos y gritos por la libertad y la amnistía, Raimon comenzó su exitoso recital, en el que cantó *Al vent, Diguem no* y los otros temas por los que había saltado a la fama.

Al final del concierto estaba previsto cantar *La Internacional*, pero el intento no fue secundado por prácticamente nadie, pues, como el mismo Raimon, no se sabían correctamente la letra. La manifestación posterior interrumpió el tráfico. Parece ser que unos estudiantes se toparon con un coche en el que iba la futura reina Sofía. La reconocieron inmediatamente y según recordaba el estudiante presente en la escena José María «Chato», Galante en declaraciones muchos años más tarde a *El País*, la joven princesa le dijo a un manifestante que se acercó al coche con expresión amenazante que ella «era demócrata». <sup>74</sup> La manifestación terminó de forma violenta, con numerosas detenciones. La recaudación del concierto, 300.000 pesetas, fue un absoluto éxito, y el SDEUM lo repartió entre los obreros que estaban en huelga. Raimon también actuó esa misma semana ante casi cuatrocientas personas en el colegio mayor Chaminade, que ya despuntaba por sus prestigiosos encuentros culturales.

El concierto de Raimon fue un importante hito para los integrantes del FLP, que creían estar viviendo un momento histórico de emancipación de la clase obrera internacional. *Al vent* se convirtió en uno de los himnos de los universitarios, junto a otros como *La Marsellesa* o *La Internacional*, y era cantado en ocasiones en las numerosas manifestaciones. <sup>75</sup> Lola, Javier y Enrique estaban entusiasmados por el concierto, que también ilusionó a Raimon. Pocos días después, el cantautor escribió la canción *18 de maig, a la villa*, que intentaba reflejar el clima madrileño en esos días. La letra en castellano reza así:

Y la ciudad era joven / aquel 18 de mayo / Sí, la ciudad era joven, / aquel 18 de mayo /  
que no olvidaré nunca. // Por unas cuantas horas / nos sentimos libres, / y el que ha  
sentido la libertad / tiene más fuerzas para vivir. // De muy lejos, de muy lejos, /  
llegaban todas las esperanzas, / y parecían nuevas, / recién estrenadas: / de muy lejos  
las traíamos. // Por unas cuantas horas / nos sentimos libres, / y el que ha sentido la

libertad / tiene más fuerzas para vivir. // Una vieja esperanza / encontraba la voz / en el cuerpo de miles de jóvenes / que cantaban y que luchan. // No lo olvidaré nunca, / no lo olvidaré nunca, / aquel 18 de mayo / en Madrid.

Nuestros protagonistas utilizaron eventos tan significativos como el concierto de Raimon o las atractivas revueltas parisinas para tratar de captar nuevos militantes para las filas del FLP. Unos meses después de estos acontecimientos, el órgano estudiantil del FLP, *Acción Universitaria*, reivindicaba el papel que los estudiantes podían tener, si realizaban movimientos masivos, a la hora de profundizar «en las contradicciones propias del capitalismo en la universidad» y reivindicaba la constitución de la «vanguardia socialista estudiantil». <sup>76</sup> De tirar octavillas y manifestarse continuamente en asambleas multitudinarias, se pasó a las sentadas, los juicios críticos a profesores y los llamados «comandos». En estos últimos, grupos de gente del FLP se dirigía a un punto de Madrid, muchas veces encapuchados, con piedras y cocteles molotov, y se hacía el mayor ruido y alboroto posible. Se calculaba cuánto podía tardar la policía en aparecer, y se aprovechaba al máximo ese tiempo. Se rompían los ventanales y las puertas de los bancos, por ser los máximos exponentes del neocapitalismo fascista de la dictadura yanquifranqusita; se destrozaba el mobiliario urbano y se producían desperfectos en las calles, aterrorizando a los vecinos. En estos «comandos» participaron muchos de los *felipes*. <sup>77</sup>

Estas acciones fueron en aumento durante el año 1968, y alcanzaron su culminación tras la muerte de Enrique, el acercamiento del FLP a las tesis trotskistas y a la IV Internacional, y el abandono definitivo del gradualismo por parte de los líderes del FLP. <sup>78</sup> Aunque es altísimamente probable que nuestros protagonistas llegaran a participar en algún comando, resulta difícil pensar que llegaran a lanzar algún cóctel molotov. Aunque seguían a los teóricos de la lucha armada y utilizaban una inflamada retórica belicista, entre nuestros protagonistas no hubo ningún momento en el que se llegara a debatir seriamente sobre la comisión de acciones que pusieran en riesgo la vida de otras personas. <sup>79</sup> Además, la inmensa mayoría no tenía formación ninguna para preparar y emplear artilugios violentos. Desde luego, siempre se rechazó imitar las acciones de violencia contra una persona concreta, como las que estaba a punto de comenzar ETA. Los comandos los hacían los domingos a

primera hora, y trataban de evitar que hubiera nadie alrededor. El lanzamiento de cócteles molotov por el centro de Madrid era una acción que podría haber ocasionado víctimas colaterales, y que prueba el extremo radicalismo al que llegaron los jóvenes universitarios. Fue lo más lejos que se llegó en la universidad española en la puesta en práctica de las ideologías revolucionarias que abogaban por la violencia como vía para la revolución socialista. Entre otros motivos, esto se debió a que entendían el concepto de violencia más de manera agonística y apocalíptica que como un medio para conseguir fines determinados. Además, era también una forma de mostrar el valor del revolucionario, cuyo rito iniciático y su «reafirmación del compromiso» pasaba por lanzar unas piedras a la policía o lanzar un cóctel molotov a un banco.<sup>80</sup>

Durante esos meses, Javier, Lola y Enrique conocieron a Manuel Garí, que se encargaba de reunirse con las organizaciones estudiantiles madrileñas.<sup>81</sup> Manuel Garí y Miguel Romero llevaban la dirección del Comité Estudiantil del FLP, que había conseguido integrar a muchos estudiantes en sus filas, de manera que gozaba de cierta autonomía respecto al Comité Político de la organización.<sup>82</sup> Durante un tiempo, Javier y luego Enrique acudieron al Comité Estudiantil de Madrid del FLP y se relacionaron con personas situadas en puestos más importantes de la organización. Tenían reuniones tácticas e ideológicas. La radicalización del FLP los llevó a preocuparse menos de la participación en los sindicatos y asambleas y más de las acciones directas de agitación revolucionaria. Según Manuel Garí, se les criticaba el hecho de que no guardaran las normas de seguridad que exigía una organización clandestina.<sup>83</sup> Cuanto más se involucraban en el FLP, las relaciones personales de nuestros protagonistas se limitaban a los otros miembros de la organización. En estas circunstancias, no es extraño que Lola estrechara tanto su relación con «los siete de Derecho».

En este contexto de radicalización y compromiso extremo, Lola se enamoró perdidamente de Enrique, y ambos se hicieron inseparables. Parece ser que empezaron a salir oficialmente a partir de abril de 1968,<sup>84</sup> en un tiempo en el que se veían todos los días por cuestiones políticas. En la universidad les

llegaron a apodarar «los Rubitos», por su aspecto físico y porque siempre iban juntos. Se les podía ver por Madrid en la moto de 49 centímetros cúbicos Peugeot Movesa de Enrique.<sup>85</sup> Como hemos visto, inicialmente él tenía dudas respecto a sus posibilidades con Lola, y seguramente le imprimió una gran dosis de confianza el hecho de estar con una mujer tan atractiva como ella. Enrique estaba profundamente enamorado de Lola desde el principio, y es muy posible que pronto sobrevolara por su cabeza la idea de casarse. Al menos, algunos de sus mejores amigos se llevaron esa impresión las últimas veces que los vieron a los dos juntos, y seguramente los dos les llegaron a decir algo al respecto.<sup>86</sup> Aunque en ese momento Enrique ya había perdido las ideas religiosas,<sup>87</sup> seguía seguramente marcado por algunos postulados católicos referidos al matrimonio. Además, aunque eran muy jóvenes, no era tan raro que la gente se casara en los últimos años de universidad, o justo después de terminar la carrera. En cierto modo, Enrique y Lola estuvieron viviendo peligrosamente, enamorándose mientras se radicalizaban y haciendo planes de futuro cuando se estaban jugando su presente en cada acción que emprendían. Hicieron suya la manida consigna del Che Guevara de la que el FLP universitario se apropió en el 68: «Vivamos revolucionariamente».

Además, la presencia en la relación desde el primer momento de Javier, más destacado intelectualmente, íntimo de los dos y enamorado también profundamente de Lola, debió de provocar momentos y escenas tremebundas. El amor que tanto Enrique como Javier sentían por Lola, y los celos y miedos que, al menos, Enrique tenía con respecto a Javier, fueron seguramente una fuente continúa de insatisfacción vital e inevitable conflicto interno para cada uno de ellos. No sabemos con exactitud en qué momento Enrique comenzó a sentir celos de Javier, ni cuáles eran los sentimientos de Lola por Javier en aquellos momentos. Por lo que pasó después, es posible que Lola estuviera enamorada de los dos, o que al menos tuviera sentimientos fuertes por Javier que siempre podían devenir en enamoramiento. Sabemos con toda certeza que Javier estaba ya enamorado de Lola cuando era novia de Enrique.<sup>88</sup> A la vez, todos los datos indican que Javier respetó mucho la relación de Enrique y de Lola, y no hay motivos para sospechar una relación triangular simultánea. Sin embargo, es seguro que Enrique tuvo unos recelos enormes respecto a su amigo Javier,<sup>89</sup> al que al mismo tiempo respetaba y quería, y que siguió

teniendo unas enormes dudas sobre sus posibilidades con Lola. Enrique, al fin y al cabo, era más guapo y atractivo que Javier, pero esto no garantizaba una preeminencia sobre su intelectualmente brillante competidor. Javier disfrutaba mucho de las discusiones intelectuales, de las que solía salir bien parado, y le gustaba dar una imagen sofisticada y algo pedante, que lo hacía muy atractivo ante todas aquellas personas que entraban en su esfera intelectual. En palabras de una buena amiga de nuestros protagonistas, Julia Marchena, Javier suplía sus posibles carencias físicas con una forma de ser que resultaba absorbente y seductora.<sup>90</sup>

En cierto modo, Enrique y Javier eran como la noche y el día. Aunque podía ser en ocasiones tímido, Enrique era una persona mucho más accesible y que hablaba más de sus sentimientos y emociones.<sup>91</sup> Por su parte, Javier resultaba más serio y reservado, y era difícil que hablara con personas a las que no conocía demasiado sobre algo que no fuera la actividad política.<sup>92</sup> Los dos discutían habitualmente sobre política en las reuniones que mantenían, lo que causó una fuerte impresión en algunos de los nuevos integrantes del FLP, que los contemplaban con gran veneración por su mayor edad.<sup>93</sup> Es muy probable que, a la vez de discutir sobre su posición ideológica, estuvieran tratando de aumentar su estatus entre el grupo de jóvenes radicales, y al mismo tiempo intentaran llamar la atención de Lola. Discutían con cierta agresividad, y Enrique solía sentirse posteriormente derrotado.<sup>94</sup> Era habitual que Javier llegara con un nuevo libro clandestino de autores como Adorno o Althusser, y que los citara con mucha vehemencia.<sup>95</sup> Enrique le llegó a acusar públicamente alguna vez de leerse exclusivamente los índices de los libros, y luego hacer como si fuera un experto en las materias marxistas. Aunque no dejaron en ningún momento de ser amigos, Enrique sintió que su competidor trataba de ridiculizarle en público. Pese a que lo más probable es que Javier no tratara en ningún momento de desairar a Enrique conscientemente, su tono en las discusiones ideológicas era muy duro, y podía llegar a ser muy cortante y seco. Para una persona insegura como Enrique, esto le suponía continuos achaques y malos momentos.<sup>96</sup>

Además, la relación entre Enrique y Lola difícilmente pudo ser idílica. Si atendemos a lo que Enrique le explicaba a Carlos Castilla del Pino tanto en sus notas como en sus encuentros, las discusiones entre los dos eran continuas

y Lola trasladaba sus inseguridades a su pareja.<sup>97</sup> Lola era una mujer muy dominante e intensa en sus relaciones personales, y dejaba poco espacio a sus compañeros sentimentales. Podía ser muy crítica con sus novios, incluso en público, y es posible que Enrique no se sintiera lo suficientemente protegido por ella en las discusiones ideológicas.<sup>98</sup> Por otra parte, en un clima como el del año 1968, de liberalización de las costumbres y hábitos sexuales, es probable que les fuera difícil conciliar las exigencias de tener pareja estable con las posibilidades sexuales que la época alentaba. Como se podía ver en las películas francesas de la época, no todos resultaban ganadores en la época de la liberación sexual.<sup>99</sup> Los jóvenes novios veían películas que ponían en jaque la concepción tradicional de la pareja, y que hacían dudar de las costumbres arraigadas en la conservadora sociedad española. Lola combinaba en general cierta coquetería con el recato sexual, lo que es posible, aunque no tenemos pruebas concluyentes al respecto, que exasperara a Enrique. Y si bien no existe ningún indicio de infidelidad de Lola a ninguna de sus parejas, y por el contrario todas las evidencias sugieren que Lola era una mujer extremadamente fiel, es difícil pensar que el inexperto Enrique, que estaba con su primera novia, no tuviera recelos cuando la veía hablar muy abiertamente con chicos que sabía que iban tras ella.

Ignoramos qué tipo de relación sentimental ambicionaba la pareja para el futuro, pero lo cierto es que a los pocos meses de comenzar su relación soñada, Enrique cayó en una crisis emocional debido a sus complejos con respecto a Javier y a su incapacidad para decidir qué tipo de vida quería llevar. Es muy posible que las crisis de identidad que sufrió fueran compartidas hasta cierto punto por Lola y Javier, y que afectaran decisivamente a la manera en que veían las relaciones de pareja y su futuro en común.

No sabemos qué podría haber ocurrido si la desgracia no hubiera irrumpido tan pronto en la existencia de nuestros protagonistas, pero los ingredientes de una buena historia trágica ya estaban presentes antes de que apareciesen los asesinos. Las complejas relaciones amorosas en entornos de organizaciones políticas clandestinas han dado lugar a numerosas historias inolvidables, y son un elemento no lo suficientemente estudiado de la Transición española.

## La caza del obrero y la depresión

Sueño con Javier: lo golpeaba [...] Javier es el otro.

Enrique Ruano

La resaca de Mayo del 68 llegó en forma de detención. Cuando el mes de las ilusiones de nuestros protagonistas se despedía, la policía detuvo a Enrique tras unas sentadas en la facultad de Filosofía que derivaron en una gran manifestación. Se intentó constituir una «comuna universitaria», imitando a los estudiantes franceses, en la mencionada facultad. Tras la detención del delegado de Filosofía Pedro Giral, en el recinto se puso un cartel que decía «Facultad ocupada, Comuna de la Universidad de Madrid».<sup>1</sup> Tras ser desalojados de sus barricadas, los estudiantes cruzaron la calle y se dirigieron al paraninfo. Algunos de ellos, como Enrique, fueron detenidos. Enrique fue trasladado a las oficinas de la Brigada Regional de Investigación Social, donde le interrogó Jesús Simón Cristóbal, comisario de Torrejón de Ardoz.<sup>2</sup> Simón Cristóbal fue uno de los agentes que lo llevaron, unos meses más tarde, al piso donde moriría y, por tanto, uno de sus posibles asesinos. Como en una ópera wagneriana, en la que los motivos van repitiéndose con ligeras alteraciones, en este primer acto Enrique pudo conocer el rostro de la última persona a la que vería antes de morir.

En este primer encuentro, Enrique le indicó falsamente a Jesús Simón Cristóbal que no estaba en ningún partido político ni organización estudiantil vinculada. Por tanto, declaró que había ido a la facultad de Filosofía y Letras solo para matricularse del primer curso, ya que hasta entonces había estado siguiendo las clases de filosofía como «libre oyente». Le dijo que, como había alboroto, se había limitado a irse al bar al no poder salir de la facultad por la

asamblea que se estaba celebrando en el vestíbulo de la facultad, en la que él no estaba participando. Explicó que, cuando la policía entró, se retiró al paraninfo para tratar de causar los menores problemas posibles y que fue detenido por equivocación. Para concluir, Enrique le contó a Jesús Simón Cristóbal su intención (falsa) de «incorporarse a las milicias universitarias», y que su padre era «procurador de los tribunales», quizá para mostrarle a la policía la buena posición de su familia, lo que podía evitar que lo maltrataran.<sup>3</sup> No sabemos cómo se tomó Jesús Simón Cristóbal las declaraciones de Enrique, pero probablemente no le creyó una palabra. El siguiente encuentro entre ambos, cuando seguramente pensó que el modoso estudiante tenía información valiosa que quería ocultarle, acabó con una trágica y sospechosa defenestración que al cabo de cincuenta años sigue siendo uno de los grandes enigmas de los últimos años del franquismo.

Cuando Enrique quedó en libertad a las pocas horas, con las facultades de Económicas, Filosofía y Ciencias cerradas temporalmente, cesaron casi todas las movilizaciones estudiantiles que habían llegado a su cenit en mayo. Hubo nuevas discusiones y divisiones entre los activistas por la celebración de una huelga de exámenes. El PCE pretendía crear un frente común de profesores y estudiantes en la universidad para conseguir una revolución «antifeudal, antimonopolística y dirigida por la clase obrera», pero el resto de las organizaciones políticas le acusaban de ser una fuerza reaccionaria. En cierto modo, según el historiador José Álvarez Cobelas, el PCE había muerto de éxito: tras haber conseguido que el marxismo-leninismo fuera la ideología dominante entre los antifranquistas universitarios, sus actitudes posibilistas y conciliatorias eran tachadas por algunos como contrarias al avance de la acción revolucionaria.<sup>4</sup> En el ambiente de absoluta radicalización del 68 era difícil que ninguna propuesta posibilista pudiera ser escuchada por unos estudiantes simultáneamente motivados y asustados. El curso 1967-1968 terminó con casi dos mil detenidos, varios decanos, un rector y un ministro destituidos, doscientos estudiantes expedientados, numerosas peleas con disparos y heridos, intentos de ocupación, e incluso incendios, y cierres de facultades.

Acabado el curso, con la revolución ya iniciada, el verano en ciernes y una novia maravillosa, Enrique daba muestras de encontrarse en un momento pletórico tanto físico como psicológico, y no parecía dar síntomas de la depresión que le asolaría.<sup>5</sup> Fue varias veces a nadar a la piscina de la Complutense, junto con Lola y otros amigos, como Jesús Fernández de la Vega, que recuerda a un Enrique en un espléndido momento.<sup>6</sup> Ese verano viajó, como solía, al País Vasco con su familia, y se intercambiaba cartas con Lola, que estaba en Santander.<sup>7</sup> Lola le decía en las cartas que lo echaba de menos y que tenían que verse, lo que finalmente hicieron durante una semana del verano que pasaron viajando juntos por el norte de España, visitando diversas playas y lugares turísticos. Mercedes Lozano estuvo con ellos los primeros días en Santander, pues había ido a visitar a Lola, y no notó nada extraño en Enrique esos días.<sup>8</sup> Lola y Mercedes fueron mucho a la playa aquel verano, e incluso salieron con un grupo de extranjeras que hacían un curso de verano de la Universidad Menéndez Pelayo junto con un compañero antifranquista. Es probable que se viera también con Jesús Aguirre, que pasó allí unos días.<sup>9</sup> Por su parte, Enrique no quedó en Guipúzcoa con algunos de sus amigos de la universidad, como Ignacio Muñagorri, que estaba tramando un boicot al Festival de Cine de San Sebastián. Unos meses más tarde, un grupo de amigos vinculados a la izquierda universitaria lanzaron banderitas de Vietnam y de la República junto a bolas rellenas de tinta en el anfiteatro donde se celebraba el festival. Como muestra de las ideas del momento, Muñagorri paseaba por la playa de la Concha pensando que pronto podrían ser nacionalizados los pisos y, así, puestos a disposición de los trabajadores.<sup>10</sup>

Por su parte, José María Mohedano, hijo de un catedrático relacionado con Ruiz-Giménez, se fue a Gandía a veranear, como acostumbraba. Allí coincidió, por mediación de Javier García Fernández, con Héctor Maravall, que había empezado a politizarse ese año en la universidad.<sup>11</sup> En algún momento de las vacaciones, tuvieron un encuentro con Jesús Fernández de la Vega, que veraneaba en el mismo sitio.<sup>12</sup> En Gandía existía una librería, que llevaba una pareja vinculada a un partido socialista nacionalista valenciano, en la que podían obtener todo tipo de libros clandestinos. Al final del verano, Héctor Maravall se enteró de que José María Mohedano estaba en el FLP. Mohedano le dio un panfleto donde se explicaban algunas de las claves del

partido. Pronto comenzó el seminario correspondiente para la entrada en el grupo. Tras ver una película de Bergman, Mohedano le dijo a Héctor Maravall que la dirección del FLP había aceptado su entrada en el grupo, y le dio una serie de instrucciones de seguridad.<sup>13</sup> A partir de entonces, Héctor Maravall se hizo muy buen amigo de nuestros protagonistas, y los acompañaría en diversas etapas de su vida.

Pese a la aparente normalidad del verano, Enrique había caído durante el año 1968 en una depresión. Sus habituales dudas sobre la fe se entremezclaron con una crisis de identidad y una sensación de parálisis. Entre otras cosas, comenzó a sentir celos de Javier, y su relación con Lola, de la que seguía profundamente enamorado, atravesaba altibajos que le hacían sentirse profundamente angustiado. Jesús Aguirre, con el que seguía tratando todos los temas religiosos, escribió años más tarde en *El País* respecto a aquellos días y acerca de Enrique que «me fue difícil despojarle de complejos frente a Javier Sauquillo, pequeñajo y feúcho y verdaderamente listo en marxismos y otras actualidades». <sup>14</sup> El 29 de septiembre de 1968, Enrique le escribió una carta al psiquiatra Carlos Castilla del Pino, del que pudo haber tenido noticia por el mismo Jesús Aguirre, «un tanto alambicada, lo propio en los jóvenes de aquella época, en la que me decía que había leído *El humanismo imposible*». <sup>15</sup> Carlos Castilla del Pino había escrito un libro titulado *La depresión*, que tuvo un considerable éxito, y que, en sus palabras, «representaba una visión dinámica, pero no freudianamente ortodoxa, de los trastornos psiquiátricos en los que primaba la dependencia de conflictos intra e interpersonales». <sup>16</sup> Castilla del Pino estaba particularmente interesado en el tema del sentimiento de culpa, y había escrito un segundo libro, titulado *La culpa*, que fue editado en Revista de Occidente en 1968. Además, aunque vivía en Córdoba, mantenía cierta relación con todo el grupo de José Luis López Aranguren, Jesús Aguirre o Javier Pradera, y tenía unas conocidas simpatías por la izquierda.

En aquella carta le decía que «sería muy importante para mí en orden a que esa concepción del humanismo como afirmación del hombre en su realidad se convirtiera en una posibilidad más factible, tener la oportunidad de consultar con usted ciertos aspectos que obstaculizan una identificación más plena con una actividad práctica transformadora (que se da a nivel

objetivo)». <sup>17</sup> Como es lógico, Castilla del Pino no entendió nada en absoluto de aquella misiva. En el posterior intercambio de correspondencia, Enrique aludía a problemas como la «imposibilidad de denunciar situaciones opresivas, obsesión por no denunciarlas e imposibilidad derivada de un cierto extrañamiento». <sup>18</sup> Enrique comenzó el tratamiento con Carlos Castilla del Pino, pero la terapia no sería presencial hasta que acudiera a su consulta en las siguientes navidades. Lola sabía que su novio estaba en tratamiento, y que hablaba de las frecuentes discusiones que tenían. <sup>19</sup> En las notas que Enrique le escribió a Carlos Castilla del Pino, aludía a una falta de concentración constante que le impedía centrarse en las cosas, y es probable que esto ya le viniera ocurriendo con cierta frecuencia a partir de mediados del año 1968. Durante todo el año, solo se presentó al examen de Hacienda Pública I en la convocatoria de febrero, aprobando la asignatura, y a tres más en la convocatoria extraordinaria: Derecho Civil III, Derecho Administrativo II y Hacienda Pública II. Aprobó dos de ellas y suspendió la tercera, lo que es un clarísimo bajón respecto a sus notas anteriores. En parte, esta bajada podría deberse a su destacada actividad política, pero no parece probable, porque sus otros compañeros, como Javier, no tuvieron tal bajón de notas. En la convocatoria ordinaria del curso 1967-1968, Enrique no se presentó a ningún examen. <sup>20</sup>

La vuelta del verano no fue tranquila para nuestros protagonistas. Los primeros meses del curso 1968-1969 fueron los de mayor radicalización del FLP en el ámbito universitario. Se exaltó entre nuestros protagonistas y sus amigos el hiperleninismo, que alcanzó su cumbre en 1969, y del que participaron tanto quienes posteriormente se integraron en la Liga Comunista revolucionaria como los que no. <sup>21</sup> El Comité Estudiantil del FLP prefirió priorizar la creación de unos Comités de Acción y dejar de lado la participación en el SDEUM. <sup>22</sup> Estos comités agruparon a numerosos activistas, y se utilizaban como plataforma para organizar las futuras asambleas, los comandos, los juicios críticos y las demás actividades subversivas. Además, los *felipes* consideraban que el PCE era un traidor al movimiento revolucionario por hacer lo mismo que el Partido Comunista Francés había hecho con el Mayo del 68. Mientras tanto, algunos cuadros del FLP en contacto con nuestros protagonistas planeaban secretamente separarse

del mismo y crear una célula trotskista.<sup>23</sup> Entendiendo que la victoria estaba asegurada por la ciencia de la historia que según Althusser era el marxismo, creían ser la vanguardia revolucionaria que traía luz a los supuestamente tenebrosos sistemas fascista español y neocapitalista burgués de otros países europeos. En noviembre de 1968, el boletín *Acción Universitaria* expresó claramente lo que pretendía llevar a cabo:

Vamos a hacer asambleas, tribunas libres, murales, denunciando, discutiendo, aclarando problemas. Vamos a traer a nuestras asambleas, nuestras aulas ocupadas a obreros jóvenes y mayores y vamos a ir a sus barrios, sus asambleas a discutir juntos, actuar juntos. Vamos a pensar en cada momento en cada lugar qué podemos hacer por la deseada, posible y necesaria Revolución. Vamos a hacer lo que pensemos [...]. Vivamos revolucionariamente.<sup>24</sup>

El inicio del curso de 1968-1969 vino marcado por la nueva normativa sobre las asociaciones de estudiantes, que había sido declarada «materia reservada» y por tanto no podía escribirse acerca de ellas en la prensa.<sup>25</sup> Se creó un sistema electoral en el que en cada curso era elegido un delegado, un subdelegado y siete consejeros, y todos ellos formarían el consejo de facultad. Aunque para la oposición moderada el decreto supuso un avance, la mayoría de los estudiantes reaccionaron con indiferencia, y las asociaciones que se crearon fueron principalmente de carácter lúdico. En un claro símbolo del momento, en octubre la FUDE proponía «la creación de un frente único de la vanguardia revolucionaria con obreros y campesinos y las movilizaciones de masas en favor de la libertad de asociación, la democracia directa, la supresión de exámenes, la reforma del plan de estudios, el salario estudiantil, y la expulsión de los profesores reaccionarios».<sup>26</sup>

Además de las actividades que se organizaban en la universidad, Enrique y Lola comenzaron a ocuparse de la célula del Frente Obrero del FLP, que tenía como objetivo la captación de obreros. De esta manera, se separaron algo de las actividades universitarias y de Javier, que se quedó como representante del FLP en la junta de la facultad de Derecho y no se involucró tanto en el sector obrero.<sup>27</sup> Esta situación les puso en contacto directo con José Bailo, el encargado de la célula y uno de los dirigentes más destacados del FLP. Bailo era un antiguo cura castrense que había sido juzgado años antes

en un consejo de guerra por rebelión militar, tras haber sido detenido en Barcelona. Había estudiado primero de Teología en la Universidad Pontificia de Comillas y luego Filosofía. Desde finales de los cincuenta había tenido una actitud relativamente tolerante hacia el antifranquismo y, desde su privilegiada posición de sacerdote en la residencia militar de Valencia, mantuvo cierto contacto con gente como Dionisio Ridruejo, Ángel Abad y diversos miembros del PSOE, el PCE y el FLP. Crítico con el PCE por su posición frente a la Unión Soviética y la política de reconciliación nacional, decidió colaborar con el FLP. Tras una conferencia que dio en la Universidad de Valencia a principios de los sesenta, un estudiante llamado Joaquín Fernández le propuso dar una serie de charlas a unos obreros que podían estar interesados en lo que dijera un cura con planteamientos sociales innovadores. Joaquín lo recogía en moto y lo llevaba a barriadas de obreros, donde José Bailo era gratamente recibido por los trabajadores, a los que el cura castrense comenzó a hablar de una organización política, el FLP, que defendería siempre sus intereses.

Como el acercamiento a los obreros era ya entonces uno de los objetivos principales del FLP, un exultante José Bailo le explicó a la dirección de la organización sus éxitos a la hora de comunicarse con los obreros. En el FLP se acordó que José Bailo fuera el responsable de una célula obrera absolutamente aislada por razones de seguridad tanto de la universidad como de los militantes universitarios de la organización. Sin embargo, el estudiante que llevaba a José Bailo en moto a las barriadas no tardó en contarle la verdad: esos obreros a los que creía estar reclutando eran en realidad destacados militantes del PCE, y lo que estaba ocurriendo es que algunos célebres miembros de la dirección de París del partido, como Santiago Carrillo, querían conocerlo. Sin poder consultarlo con la cúpula del FLP, José Bailo aceptó viajar a Francia para reunirse con el Comité Ejecutivo del PCE. En una barriada obrera del extrarradio parisino, fue recibido en la primavera de 1961 por diversos dirigentes comunistas, como Jorge Semprún, Enrique Lister, Fernando Claudín y un optimista Santiago Carrillo, que según cuenta el historiador Sergio Tejada relacionaba entonces el exitoso lanzamiento del último Sputnik con la llegada de la fase comunista del socialismo en la Unión Soviética. En una reunión posterior, Santiago Carrillo le haría llegar a José Bailo el programa del PCE, que hacía referencia a la política de

reconciliación nacional que el cura castrense criticaba. Le propusieron formar parte del PCE, ocupándose del trabajo político a través de la estructura eclesiástica, por lo que le dijeron que sería muy positivo que intentara ascender en la rígida jerarquía de la Iglesia. José Bailo no pretendía ser un infiltrado y rechazó cordialmente la invitación a unirse al PCE y permaneció en el FLP.<sup>28</sup>

Su viaje a París no pasó inadvertido a la policía, y Bailo fue detenido poco después en Barcelona, cuando se encontraba realizando actividades junto con miembros de la rama catalana del FLP, el FOC. En el interrogatorio que le hicieron previo al consejo de guerra lo sometieron a «burlas, amagos de violencia física, amenazas explícitas y risas sobre los fueros eclesiásticos».<sup>29</sup> Tras salir de la cárcel a finales de 1965, se integró de nuevo en el FLP junto con un dirigente obrero de CC.OO. que representaba a un núcleo obrero de la provincia de Málaga, y pasó a formar parte directamente del Comité Político del FLP.<sup>30</sup> En los años en que Lola, Enrique y Javier estuvieron en la organización, Bailo fue uno de los dirigentes con más peso en el FLP, ya que el resto de los integrantes del Comité Político se encontraban fuera de Madrid o habían dejado de participar tan activamente en la formación.<sup>31</sup> El liderazgo de Bailo provocó recelos en muchos miembros del FLP, que llegaron a sospechar que se trataba de un infiltrado de la policía.<sup>32</sup> Según otro de los dirigentes del FLP, José Luis de Zárraga, «en esos dos años el FLP estuvo dirigido fundamentalmente por Bailo».<sup>33</sup> Con este liderazgo, en una época de gran esplendor del FLP universitario, el objetivo era conseguir una organización mucho más centralizada y profesionalizada, propia de partidos leninistas. Nació una brecha entre el más reivindicativo sector universitario del FLP, comandado por José Bailo, y los que buscaban una estrategia de intervención política y sindical, rechazando las acciones violentas y las pretensiones de convertir el partido en la vanguardia obrera para la revolución socialista.<sup>34</sup>

Como hemos visto, la captación de obreros había obsesionado históricamente al FLP, aunque los resultados habían sido muy decepcionantes. Para más inri, el grupo obrero malagueño que entró en el FLP junto con José Bailo pasaría a formar parte del PCE diez meses después, como harían casi todos los militantes obreros que la organización llegó a atraer en algún momento de su historia. En algunos documentos que habían escrito las

organizaciones que formaban el FLP, en particular la influyente rama catalana FOC, se negaba que los obreros y los estudiantes estuviesen en un plano de igualdad como sujetos revolucionarios, pues se entendía que los obreros estaban en un nivel superior y debían ser los encargados de liderar la revolución socialista. El FLP pretendía que la «universidad popular» fuera una «democracia obrera» en la que las asambleas de curso se distribuyeran en grupos de trabajo dirigidos por la «vanguardia socialista estudiantil». A pesar del énfasis en el poder obrero, en la práctica el FLP solo era popular entre los estudiantes. En esos momentos surgieron las populares consignas «poder estudiantil» y «control estudiantil» mientras el FLP creaba las «vanguardias socialistas», abiertas a todos los que ellos consideraban marxistas, y atacaba con virulencia al PCE, a la democracia burguesa y a los profesores universitarios. El objetivo era «explicitar el carácter esencialmente opresivo de la función del catedrático y la inexistencia de las asignaturas neutras: la Universidad es una institución de clase y toda la enseñanza que en ella se proporciona sirve, únicamente, a los intereses de esta clase».<sup>35</sup>

Según una de las corrientes de pensamiento del FLP, los estudiantes no podían ser considerados trabajadores intelectuales en un estado de explotación perpetua por la burguesía, y por tanto no cumplían las condiciones necesarias para ser la vanguardia revolucionaria. A pesar de la retórica encendida a favor del hermanamiento de clases y de la superioridad del obrero que practicaban nuestros protagonistas, es difícil creer que ellos no vieran lo contradictorio que era conciliar este discurso transgresor con la prosaica realidad de unos homogéneos militantes universitarios de clase alta o media alta que en su mayoría no habían tratado con más personas de la clase trabajadora que las que hacían las labores domésticas en sus casas. De hecho, entre los amigos de la facultad de Derecho, como el director de cine José Luis Cuerda, se les solía decir a los del FLP «para cabrearlos un poquito, que si habían conseguido ya algún militante del proletariado».<sup>36</sup> Según han declarado en entrevistas posteriores las personas del FLP con las que nuestros protagonistas tenían relación, los tres parecían mostrarse dispuestos a «proletarizarse y trabajar en una fábrica, al encuentro de la clase obrera».<sup>37</sup> La idealización del obrero debía de ser muy intensa, y José Luis de Zárraga declaró sobre ellos que «estaban dispuestos a trabajar en los barrios de la

periferia, incluso abandonando su carrera y sus estudios». <sup>38</sup> Según él, que tuvo conocimiento de primera mano de las actividades del sector obrero, ya que era uno de los dirigentes principales del FLP, Enrique llegó a trabajar de peón para captar obreros. No podemos saber con exactitud si llegaron a tanto nuestros protagonistas, pues es difícil imaginarles realizando cualquier trabajo de fábrica: o mucho había cambiado Enrique desde que se lastimó las manos en París o mucha fuerza de voluntad debía de poner en el asunto.

Que les encargaran a Enrique y a Lola una tarea tan complicada e históricamente tan importante como el reclutamiento de obreros, que además era dirigida por uno de los mandamases del FLP como José Bailo, sugiere que la confianza en ellos era elevada, y que su labor en la organización había sido considerada como muy positiva por la cúpula del FLP. José Bailo trató de hacer que Lola y Enrique se infiltraran en el medio obrero, participando en las Comisiones Obreras de Barrio (COB) y en las Comisiones Obreras Juveniles (COJ). <sup>39</sup>

A medida que su responsabilidad aumentaba, el estado de ánimo de Enrique iba empeorando, y se veía a sí mismo cada vez menos valioso. <sup>40</sup> Debió de padecer algunas crisis nerviosas y grandes faltas de concentración, pero pudo seguir actuando en público con relativa normalidad. El nivel de exigencia que tenían muchos de los militantes del FLP era muy alto, y la presión era muy fuerte en muchos sentidos. En palabras de Miguel Romero, líder del Comité Estudiantil del FLP en el que estaban nuestros protagonistas, «éramos muy jóvenes y quemábamos etapas muy rápidamente. Teníamos la sensación de que había que correr con los acontecimientos, que íbamos a llegar tarde a la revolución». <sup>41</sup> Esta presión afectó seguramente tanto a Lola como a Enrique, que en muchas ocasiones sentían que no daban la talla para la complicada tarea que tenían entre manos. Enrique cayó en una postura agonista ante la vida, y sus celos por Javier, con el que se veía compitiendo por Lola, fueron agudizándose a medida que avanzaba el trimestre. <sup>42</sup> Sin embargo, siguió actuando socialmente con relativa normalidad, y debió estar razonablemente bien hasta final de año. <sup>43</sup> De hecho, el padre de Enrique no notó nada extraño hasta diciembre de 1968, por lo que es probable que su hijo hubiera conseguido mantener una actitud en casa de absoluta normalidad. <sup>44</sup>

Tampoco observaron nada amigos como Héctor Maravall o José María Mohedano, aunque es probable que el recuerdo en estos aspectos se haya desfigurado con el tiempo.

La perspectiva de ser detenido seguramente atemorizaba a Enrique. Era habitual que la policía hiciera redadas nocturnas en las que detenían en sus casas a los estudiantes rebeldes.<sup>45</sup> Nuestros protagonistas conocerían casos de torturas a miembros del FLP, como el del psicoanalista malagueño Francisco Pereña.<sup>46</sup> La sombra del temible comisario Roberto Conesa estaba detrás de muchos de los temores ante una posible detención. También tenía fama Juan García Gelabert, que probablemente contribuyó a encubrir las pruebas del asesinato de Enrique. Las organizaciones antifranquistas elaboraban folletos instructivos con el objetivo de preparar a sus militantes en el caso de una detención.<sup>47</sup> Según estas notas, si no había estado de excepción, el detenido estaba «solo» setenta y dos horas como máximo en manos de la policía, para después ser puesto en libertad o enviado al Tribunal de Orden Público (TOP).<sup>48</sup> En esos folletos se explicaban las técnicas de la policía con alto nivel de detalle, con lo que a la vez preparaban a los militantes y los asustaban. Merece la pena citar *in extenso* un largo extracto de un texto elaborado por Acción Comunista, un grupo con muchas similitudes con el FLP, para comprobar lo que Enrique esperaba que le sucediera en el caso de que lo volvieran a detener:

Te pueden registrar tu domicilio en cualquier momento, cuando menos lo esperes. Salvo en estado de excepción, para poder registrar necesitan un mandato judicial, que tienen obligación de enseñarte, pero que solo lo harán si se lo pides.

Ten en cuenta que más de dos ejemplares de una misma publicación clandestina es propaganda ilegal. Si te encuentran material clandestino en poca cantidad, la justificación que debes mantener, aunque no se lo crean, es de que lo acabas de recibir por correo y aún no has tenido tiempo de deshacerte de él.

La detención en el domicilio suele ser de madrugada, de una a tres. El detenido se altera con más facilidad y es colocado en una situación de inferioridad psicológica. Te sacan de la cama, delante de tu familia. Te humillan. Es preciso guardar la sangre fría y no dejarse ni intimidar ni provocar.

La celda suele ser una habitación pequeña, de techo alto [...]. Solo hay un banco de piedra adosado a un muro. La iluminación es muy débil y no se apaga nunca. La ventilación se efectúa por unas ventanillas [...]. El conjunto es tétrico y está calculado

para deprimir.

Con el fin de debilitar tu voluntad y tus nervios, emplean unos medios de presión física y psicológica [...]. Podemos establecer tres tipos de interrogatorio: 1 – El benigno, en el que solo se emplea la presión psicológica, el desgaste nervioso y las artimañas de rigor. Puede haber alguna y ocasional presión física. 2 – La forma dura. Las presiones, golpes y cansancio, son la base. Se emplean las mismas tácticas nerviosas que en el primer tipo, solo que ahora son mucho más eficaces, pues el cansancio y el dolor te van ablandando. 3 – Tercer grado. Aquí ya se puede hablar propiamente de tortura. Se emplean medios mecánicos, eléctricos y térmicos, así como otros mil sistemas para «hacer entrar en razón».

Para que te abras, tratan de inspirar confianza. Se interesan por tus circunstancias personales. Si eres católico, dirán que ellos también lo son. [...] Incluso te ofrecen cigarrillos [...]. Procura alargar esta charla, porque es tiempo que vas ganando.

No debes creerte nada de lo que digan. Aunque fuese cierto, niega hasta la evidencia. Déjales hablar. Si te presentan una foto tuya, niega que eres tú. No sabes nada de nada, pero sin chulerías. Mantén la expresión asustada —no te costará—, desconcertado por tu detención.

Varios policías a tu alrededor te empiezan a preguntar con rapidez, sin dejarte tiempo para responder. De repente, introducen la pregunta clave. Si les miras a la cara y han dado en el clavo, no podrás evitar que las pupilas se te achiquen, por la emoción. Ya te han cazado. No les mires a los ojos.

En un momento dado, arreciarán las preguntas, los gritos, etcétera, o quizás hayan empezado a golpearte. Entonces entrará uno que expulsará a los violentos y se acercará a ti, te ofrecerá cigarrillos y te dirá, en tono afectuoso, que tiene un hermano o un hijo como tú, que comprende tu situación, que quiere ayudarte. Te dirá que estos «tíos» son muy brutos y capaces de despedazarte, que el caso les pertenece, pero que si dices alguna «cosilla», él puede conseguir que te dejen en paz.

Si creen que eres fácilmente asustadizo, empezarán a interrogarte con la pistola encima de la mesa; te dirán que te has metido en un buen lío, del que te va a ser muy difícil salir, a menos que colabores. Si este sistema suave no da resultado, se pasa a los insultos y amenazas gritadas a pocos centímetros de la cara.

Un sistema muy empleado y teatral es el siguiente: en el momento en que están perdiendo la paciencia, porque ven que no dices nada, entrará bruscamente uno (de aspecto fiero) que gritará: «¡Dejádmelo a mí! ¡Yo sé cómo tratarlo! ¡Lo cojo y le hago esto y verás cómo canta!». A este individuo, los interrogadores lo sacarán, fingiendo grandes esfuerzos, y diciendo cosas como: «Luego, Fulano, luego; solo si no dice nada, ¿eh?». El otro se marcha echando espuma por la boca, y los que se quedan comentan entre sí, «disimuladamente», lo que le pasó al último al que este fulano cogió por su cuenta.

Si alguien de tu familia está o ha estado fichado, te amenazarán con ir a buscarlo y golpearle delante de ti. También pueden amenazarte con hacerle esto o aquello a tu mujer o a tu hermana.

Un método muy empleado, en el que la violencia física se combina con la moral, es el conocido con el nombre de «la rueda». Te introducen en un despacho en el que hay seis, ocho, diez o más policías de la Brigada Social. Te dejan en el centro y te empiezan a llover los golpes y las patadas.

Otro sistema que emplean es el llamado «la estatua». Consiste en dejarte de pie, sin apoyarte ni moverte, durante 24, 36, 48 horas, o hasta que te caigas, levantándote entonces a puntapiés. Se te hinchan las piernas y te recorre un hormigueo la columna cervical.

Pretenden que pierdas la dignidad, que te doblegues. Nunca has sido tratado con tanta violencia, con tanto desprecio [...]. Se puede intentar usar algunos métodos con los que es posible conseguir escaparse en parte de las palizas o la tortura. Hacer ostentación, sin chulería y con cara de afligido, de enfermedades peligrosas. Se puede toser mucho, como si fueran a sacar las tripas por la boca, tener náuseas o ganas de devolver; si es posible se vomita realmente, como si no pudieras evitarlo (provocándotelo si puedes sin que de ello se den cuenta). También puedes escupir sangre, en un arranque de tos, mordiéndote la parte interior del labio inferior.

Cuando consideren que ya has dicho todo lo que sabías, o piensen que ya no sacarán nada más de ti, o se les acaben las setenta y dos horas, redactan tu declaración, que te presentan luego para que la firmes. Léela atentamente antes de firmarla. Si no estás de acuerdo con algo de lo que pone, no la firmes, mientras no lo hayan rectificado. Ve con cuidado con los términos y las frases ambiguas o poco claras, pues tratarán de liarte al máximo. [...] Te puedes jugar mucho tiempo de cárcel.<sup>49</sup>

A pesar de estas perspectivas en caso de detención, nuestros protagonistas seguían realizando todas sus actividades sin prestar mucha atención a las medidas de seguridad, según cuentan algunos de sus compañeros en el FLP.<sup>50</sup> Se vieron obligados a cambiar en varias ocasiones de domicilio, y alternaban los sitios en los que iban a dormir para tratar de no llamar la atención de la policía en la medida de lo posible.<sup>51</sup> En palabras de Paquita Sauquillo, la hermana de Javier, «a mi casa iban cada dos por tres a buscar [...] a mi hermano, que estaba en la facultad. Iban a detener a mi hermano pequeño y se llevaban al mayor... Mi madre se asomaba a la ventana por la noche para ver si venían y cuando lo hacían, mis hermanos y yo subíamos por las escaleras para escondernos. Pasábamos verdadero miedo».<sup>52</sup>

Las acciones que comenzaron a realizar desde finales de 1968 les exponían mucho más a la policía que las anteriores, y era razonable pensar que acabarían siendo detenidos, por segunda vez en el caso de Enrique y Javier. Las sentadas, juicios críticos, comandos y demás actividades se multiplicaron. Tras una manifestación en la que causaron gran alboroto, a Enrique y a Abilio Villena los salvó de la detención policial Joaquín Ruiz-Giménez, que les ayudó a salir indemnes de la situación.<sup>53</sup> En otra manifestación, Enrique acabó con su compañero de clase José Luis Cuerda refugiado en Agrónomos, en la que según el cineasta fue la última manifestación a la que ambos acudieron.<sup>54</sup> Lola era particularmente valiente, y llamaba la atención por cómo se enfrentaba tanto a la ultraderecha como a los policías. Cristina Almeida la recuerda utilizando su bolso como arma contra los fascistas de Defensa Universitaria,<sup>55</sup> y muchas personas confirman que era muy activa en todas las acciones subversivas.

Los tres participaron junto con otros compañeros de la facultad de Derecho en los llamados juicios críticos. En la estela del Mayo Francés, éstos se hacían especialmente a profesores cuyas opiniones eran consideradas ambiguas con respecto al régimen franquista, pero no a aquellos profesores con los que se pensaba que el diálogo era imposible, quizá también por las consecuencias nefastas que pudiera tener para los expedientes de los alumnos que los llevaran a cabo. De hecho, en ocasiones se sopesaba enjuiciar a los docentes situados más a la izquierda. Se discutió la posibilidad de hacerle un juicio crítico al catedrático de Economía Política Prados Arrarte, a pesar de tener un historial antifranquista clarísimo y haber sido general del Ejército republicano. Esto no era suficiente para la mayor parte de los *felipes*, que condenaban su línea keynesiana y su falta de apoyo a los partidos del socialismo real. Fue una muy buena decisión no hacerle un juicio crítico, pues su salud se encontraba muy debilitada.

Esta práctica no contó en general con el apoyo del PCE, que entendía que no había que atacar tan agresivamente a los profesores que no eran netamente franquistas, y que por el contrario había que buscar cierta colaboración con ellos. El claustro de Económicas rechazaba los juicios críticos «por el

carácter coactivo que siempre entraña una discusión masiva que se impone unilateralmente». <sup>56</sup> Tampoco encontraron gran apoyo en el alumnado de Derecho, que veían estas acciones inútiles en forma y fondo. Sin embargo, según recuerdan los que participaron en ellos muchos años después, los estudiantes se mostraban muy entusiasmados con los juicios, y se veían como dignos sucesores de los alumnos parisinos. <sup>57</sup>

Primero se decidía a qué profesor había que someter a juicio crítico. Luego se buscaban una serie de textos del profesor escogido, y se seleccionaban los aspectos más criticables y menos progresistas. Los días anteriores al juicio crítico se ponían pancartas y carteles explicando lo que se iba a hacer. El día del juicio, un grupo de cuarenta o cincuenta personas de la FUDE, el FLP y otras vanguardias irrumpían en las clases interrumpiendo al catedrático, que más o menos se veía venir lo que le iba a ocurrir. Se le hacían las críticas y preguntas en un tono muy agresivo, sin darle demasiado tiempo para responder. Los juicios duraban en torno a quince o veinte minutos, y a continuación la clase se reanudaba con cierta tranquilidad. La presión para cambiar la metodología universitaria fue tan grande que el rector llegó a declarar que se pretendía inaugurar un sistema en el que los propios estudiantes pudieran dar las clases supervisados directamente por un auxiliar e indirectamente por el catedrático. <sup>58</sup>

Al catedrático de Derecho Político Luis Sánchez Agesta se le hizo un juicio crítico particularmente duro, en el que Ramón Larraya se mantuvo muy activo. Se interrumpió su clase, y se le cuestionó abiertamente su forma de impartir la materia así como su orientación ideológica. Paradójicamente, Sánchez Agesta era relativamente liberal, había participado en los orígenes de *Cuadernos para el Diálogo* y junto con Joaquín Ruiz-Giménez fue el único procurador de las Cortes franquistas que votó en contra de la Ley de Asociaciones. <sup>59</sup> Como era algo tímido y tolerante, consintió el juicio crítico y aguantó todas las descalificaciones de los estudiantes respetuosamente y sin tomar represalias. Javier hizo una de las primeras preguntas, y se refirió al epígrafe de uno de sus libros en el que no hacía una apuesta clara por la democracia para no posicionarse en contra de la supuesta «democracia orgánica» franquista. Sánchez Agesta comenzó respondiendo a Javier, para

luego atacarle personalmente y acusarle de ser un destacado agitador. Finalmente, el profesor aguantó relativamente bien todas las preguntas incómodas y las acusaciones, y no sufrió un desgaste excesivo.

Los *felipes* se mostraron muy contentos con el juicio crítico, pero el impacto real que tuvo fue muy limitado. Como mínimo, se hicieron contra el que fuera decano Leonardo Pietro-Castro, el catedrático de Hacienda Pública Sainz de Bujanda y José Castañeda Chornet, catedrático de Microeconomía. Con otros profesores más agresivos, seguramente no hubiera sido tan grande la dureza de los ataques.<sup>60</sup> Más allá de los juicios críticos, los miembros del FLP eran capaces de discutir casi a gritos con los profesores más tolerantes. Por ejemplo, Elías Díaz recordaría durante mucho tiempo una discusión que tuvo en público con Javier.<sup>61</sup> Es fácil imaginar las duras críticas de Javier al autor de *Estado de derecho y sociedad democrática*, un libro claramente escorado a la derecha de nuestros protagonistas.

En una manifestación de octubre en la facultad de Derecho, un grupo numeroso de estudiantes intentaron ocupar el decanato de García Arias. Román Oria, que estaba presente, explica: «el decanato fue arrasado materialmente. La cabeza de las masas penetró a través de las puertas de cristal, más que rompiéndolas y machacándolas, haciéndolas añicos y se dirigió inmediatamente al teléfono cuyos cables arrancaron para poder entregarse a aniquilar todo tipo de objetos, puesto que García Arias había huido».<sup>62</sup> Entre la masa de estudiantes se mostraron particularmente activos los sospechosos habituales anarquistas y Abilio Villena, militante del FLP y protegido de Enrique.<sup>63</sup> Este último, en un momento de exaltación, sacó el retrato de Franco que presidía el decanato. Entre aclamaciones, según Román Oria, «el retrato, solemnemente, presidió un multitudinario cortejo que se apiñó, a la salida de la facultad, en el paraninfo, para proceder a su incineración, lo que se llevó a efecto entre gozosos aplausos».<sup>64</sup> Aunque las crónicas aseguran que fue Abilio Villena el encargado de quemar el retrato, él afirma que no fue así: en cuanto lo llevó a la salida de la facultad, uno de los anarquistas se lo arrebató y fue quien lo quemó. Cuando lo entrevisté en Ferrol muchos años después, Villena me insistió en que atribuirle la quema del retrato de Franco era un error que se ha

mantenido en la historiografía: admitió que perfectamente podría haberlo hecho, y que fue él quien sacó aquella imagen en volandas, pero repitió varias veces que finalmente no lo hizo. En todo caso, la quema del retrato supuso un punto de inflexión en su vida, pues la policía comenzó a buscarlo como principal responsable del ataque.<sup>65</sup> Además de la quema del retrato, se les acusaría de haber lanzado un cóctel molotov a un coche de la policía y causar un herido.<sup>66</sup> La detención de Abilio unos meses después, que se produjo junto con la de Enrique y Lola, le supuso un consejo de guerra.

El 19 de diciembre, un agobiado Enrique se desplazó desde Madrid a la consulta de Carlos Castilla del Pino en Córdoba.<sup>67</sup> No debió de decírselo a prácticamente nadie, como muestra el hecho de que Jesús Aguirre tardó mucho en enterarse, aunque era amigo del psiquiatra.<sup>68</sup> Castilla del Pino dice en sus memorias que los padres de Enrique no lo sabían, y que pensó avisarles de la presencia de su hijo en la clínica, pero finalmente no lo hizo al imaginar que los padres no hubieran elegido a un psiquiatra progresista para el tratamiento.<sup>69</sup> Sin embargo, parece que los padres sí estaban al corriente de la depresión y de la decisión de visitar al psiquiatra cordobés, o al menos así lo declararon después.<sup>70</sup> En todo caso, tanto las hermanas de Enrique como Lola sabían perfectamente los motivos de la visita a Córdoba.<sup>71</sup> Según declaró esta última, «en aquella época era frecuente ir al psiquiatra. Pertenecíamos a una clase acomodada y nos habíamos puesto del lado de los vencidos. Eso te generaba muchas contradicciones. Nuestros padres no lo entendían, la gente que les rodeaba, tampoco».<sup>72</sup>

Castilla del Pino advirtió enseguida el estado depresivo de Enrique. Desde el principio, en las propias palabras del psiquiatra, supo que tenía problemas con «el miembro más destacado (del FLP), Javier Sauquillo».<sup>73</sup> Según Lola: «Él tenía una gran depresión. Estaba inadaptado en su casa, con muchísimo sentimiento de culpa, mala conciencia. Las cosas típicas de una depresión».<sup>74</sup>

La tarde del 19 de diciembre, varios colaboradores del psiquiatra permanecieron con Enrique, con el objetivo de no dejarle solo en ningún momento. A la mañana siguiente, los colaboradores lo acompañaron al dispensario donde atendían a los pacientes, para que conociera su forma de actuar. Enrique estuvo ausente y ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor,

según Carlos Castilla del Pino, con «la cabeza y la mirada bajas». Por la tarde le leyó al psiquiatra unas notas en las que explicaba cómo se sentía. Castilla del Pino volvió a no entender lo que le decía, y le pidió que «se expresara con naturalidad, que no era el momento de emular al intelectual francés entonces en boga (Althusser)». <sup>75</sup> Las entrevistas prosiguieron unos días más, y Castilla del Pino le pidió que, hasta su siguiente visita a Córdoba, acordada para un mes después, le mantuviera al corriente mediante unas notas con sus reflexiones acerca de su situación. El psiquiatra le recetó un tratamiento médico a base de Nardelzine y varios antidepresivos usados habitualmente en casos semejantes, combinados con la psicoterapia. <sup>76</sup>

Durante las navidades de 1968 Enrique no se recuperó, y comenzó a escribir las notas para Carlos Castilla del Pino que luego se harían célebres. Según las notas, Enrique seguía paralizándose cada vez que veía a Javier y su relación con Lola <sup>77</sup> atravesaba una crisis. Algunos de sus mejores amigos, como José María Mohedano, Javier García Fernández y Jesús Fernández de la Vega, estuvieron un tiempo sin ver a Enrique. A Mohedano, desde hacía varios meses un objetivo prioritario de la policía franquista, lo habían detenido y encerrado en prisión a finales de 1968. Como la mayoría de los estudiantes en sus circunstancias, estaba procesado por un tribunal militar y su juez era un coronel. Su abogado sería Joaquín Ruiz-Giménez, como lo sería también de Lola cuando la detuvieron junto a Enrique en enero de 1969. Como el padre de Mohedano era amigo del cura de la prisión y de varios de sus funcionarios, se permitió que la hermana de Enrique, Margot, pudiera visitarle todas las semanas fingiendo ser su novia. Mohedano pasó toda la Navidad de 1968 en la cárcel, y se enteraría de la posterior detención de Enrique a través de Margot. <sup>78</sup> De esta manera, no pudo pasar tiempo con Enrique mientras atravesaba su depresión. Por su parte, Jesús Fernández de la Vega se encontraba realizando el servicio militar, y también llevaba unos meses sin ver a su amigo. El día de Reyes de 1969, él y José Antonio Zapatero fueron a casa de Enrique, y pasaron el día con él y con su hermana Margot. Observaron a Enrique distraído, parco en palabras y sin muchas ganas de conversar. Solo se reía con algunos cotilleos universitarios que les contó su hermana pequeña. <sup>79</sup>

En las notas de Enrique para Carlos Castilla del Pino a finales de diciembre se evidencia su estado depresivo. En la primera de ellas, escribió una frase algo enrevesada: «No puedo soportar por más tiempo todos los ritos que se me imponen como elementos de una cotidianidad cristalizada, sobre todo a nivel familiar: las consecuencias tienen repercusión física; engordo fuera de casa».<sup>80</sup> Por lo que se lee en estos papeles, Lola también debía de andar ese mes algo taciturna y deprimida, pues una de las primeras cosas que escribe Enrique es que «las depresiones de Lola me deprimen (o sus continuos ¿qué te pasa?); sensación de control; desgaste nervioso». Escribe en varias ocasiones que las discusiones con Lola «se repiten con frecuencia», y que cada una de ellas «es fatal». Añade que «me muero: la inercia, inercia, inercia. Cotidianeidad que me come; al mismo tiempo volver a caer en una nueva cotidianeidad en mi vida con Lola».

Uno de estos días, «Lola estaba muy deprimida». Según Enrique, «está obsesionada con su marginalización» y sufre un «letargo» derivado de que «tiene gran capacidad de trabajo, pero se ve imposibilitada para desarrollarlo». Ciertamente, desde su entrada en el FLP, y tras su traslado a la célula que tenía como objetivo la infructuosa incorporación de obreros al grupo político, la actividad de Lola y Enrique se había multiplicado, y es posible que estuvieran enfrascados en una actividad muy absorbente y frustrante. Además, como ya no se ocupaban del sector universitario, perdieron bastante contacto con muchos de sus amigos. Para Enrique, había una contradicción entre «lo que hace» Lola y su «creencia en su incapacidad subjetiva (complejo de inferioridad obsesivo)». Esto se manifestaría en la «gran pereza [de Lola] para leer: cree que no va a entender lo que lee». Enrique siente que Lola no aprovecha «sus disponibilidades en materia de cuestiones estéticas». Además, pensaba que había cierta incompatibilidad entre su proyecto vital y el de Lola. Escribe que «creo que hay cierto choque con los proyectos de Lola: mis proyectos ahora son de hacer “cosas improductivas”: leer, pensar, escribir... Creo que ahora no estoy capacitado más que para una praxis intelectual y aun esta, llena de contradicciones... de obsesiones».

De las notas se infiere que la pareja estaba en crisis y, de hecho, Enrique reclamaría cierto espacio ya que sufría «un gran desgaste en mis relaciones con Lola; a veces, me parece absorbente y me gustaría estar solo para deprimirme “a mi modo”; solo de esta forma podría resurgir después». Esta imagen que tenía Enrique, sin embargo, no parece corresponderse con la realidad. Aunque es probable que Lola estuviera también triste y alicaída, al menos en su trato con los demás mostraba mucha mayor entereza que él.<sup>81</sup> Por lo que se puede leer en otras notas, parece que es Lola la que se preocupa insistentemente por Enrique, intentando ayudarlo a superar su estado depresivo, y mostrándole mayor fortaleza emocional. Enrique dice que «necesita estar solo», y escribe que «le gustaría reposar blandamente, en una choza; sol; no pensar; arena de oro; armonía...».

Con respecto a sus amigos, siente que «otra vez: me he sentido objeto de bromas, por mi actitud deprimida y pasiva. Me cuesta mucho hablar; me quedo distraído. Es imposible leer: fuertes dolores de cabeza». También dice que «no retengo, después de leer me quedo como sonado». Además, respecto a las bromas dice que «podría evitarlas si tuviera una postura activa, transformadora; pero me siento agotado». Escribe, citando a Sartre, que «el infierno son los otros», y que tiene una «sensación de gran dificultad para salir de esta cotidianeidad: necesidad de que algo ocurra, algo especial, extraordinario...». Añade que «al enterarme, por referencias, de un comentario que me puede resultar vejatorio, me tortura, me castra». Siente que sufre «una dificultad de expresión: dificultad para crear ideas; dificultad para expresarlas». Deja escrito que «soy incapaz de contar una historia con detalle —de aprender unos versos— cuando tengo que informar de algo, me encuentro vendido = las ideas se van, agotamiento, nerviosismo».

Expresando muy claramente sus dificultades para encontrarse a sí mismo y elegir cómo quiere vivir su propia vida, afirma que «a veces, me siento arrastrado por la voluntad de los otros: en los más pequeños proyectos, no soy capaz de guardarme un tiempo para mí. Esto me hace vivir situaciones prácticamente de observación. Me sitúo en la posición de presunto dominado, en relación con los hombres, más crítico cara a la mujer». Esto se manifiesta en que «se repite un sentimiento frecuente durante los últimos meses = sentimiento de inferioridad = no tener nada que decir; incluso a nivel físico =

me encuentro muy debilitado». Enrique siente que le cuesta destacar en los grupos, y escribe que «se acentúa la sensación de incapacidad de establecer relaciones que supongan un quehacer singular dentro del colectivo: no soy capaz de hacerme responsable de la suerte de nadie, ni siquiera de la mía, porque en alguna ocasión he sido y puedo volver a ser y me siento dominado».

Enrique escribe que «cada vez, más viva la impresión de que me he tarado para la vida intelectual: incapacidad de expresión, incapacidad de leer, de retener». Añade una «sensación de pérdida de memoria, imposibilidad de recordar datos, detalles, los libros que he leído últimamente». Dice que olvida el día de la semana en que está viviendo, el número del mes y que tiene «la sensación de estar flotando». En muchas ocasiones repite que le cuesta concentrarse y centrarse en algo. Sin embargo, también llega a escribir que para lo único que él puede servir en el futuro es para algún tipo de tarea intelectual, que consista en «leer, escribir y pensar». Llama a estas tareas «hacer cosas improductivas», quizás una reminiscencia de su idealización del trabajo manual.

Enrique tampoco parecía sentirse del todo bien con su familia. De sus hermanas escribe que «me aterroriza la sola posibilidad de encontrar a todas mis hermanas». Tiene un «sentimiento de culpa ante la ayuda que podría prestar y no he prestado a Bea, mi hermana». Escribe que «de cara a Bea (posibilidad de orientación por mi parte, no hecha)». Respecto a Margot, incide en la «posibilidad de ayudarla a ser menos idealista». De su padre dice: «pienso que una mayor atención por mi parte, evitaría los momentos en los que está ido». En las notas no escribe nada significativo acerca de su relación con su madre.

Cuando escribe sobre Javier, sus apuntes se vuelven más oscuros y crípticos. Enrique utiliza enrevesadas formulaciones psicoanalíticas para expresar su relación con él: «Sueño con Javier: lo golpeaba; lo destrozaba, expresando así, a nivel inconsciente, un deseo que no me atrevo a realizar. Adoptaba la forma de “cerdito” de madera (tengo uno igual sobre la mesa). Se quebraba en mil pedazos». Asimismo, culpa a Javier en varias ocasiones de ser la causa de que no pueda cumplir una serie de proyectos y potencialidades. Escribe: «pienso que mis capacidades, mis posibilidades son obstaculizadas a la hora de ser expresadas, por “el otro”, por Javier, principalmente», y «creo

que el problema Javier ha servido para producir una situación de angustia, que me hace enfrentarme con la validez de mi proyecto, que últimamente me arrastraba al mismo tiempo, pienso que simboliza a “el otro”». Enrique siente que «es insoportable pensar en la posibilidad de ver a Javier (me sentiría dominado)». Escribe que «he vivido prácticamente su observación = me sitúo en posición de presunto dominado, en relación con los hombres».

La utilización de términos althusserianos y freudianos dificulta mucho la lectura de estas notas, en particular las referidas a su relación con Javier y Lola. Por ejemplo, en otro apunte Enrique escribe que «el fetiche que constituye mi “manía de subrayar” (como en otros la de fumar), sin la cual no me atrevo a acercarme a la realidad-libro, es del mismo orden que el fetiche Javier-mediación ante la realidad». En otro momento, se pregunta lo siguiente: «¿Puedo llegar a crear relaciones objetivas en las que no solo yo sea el que considere como totalidad al otro, sino en la que el otro me considere de igual modo? [...] Así he actuado con Javier ¿por qué? Porque existía una relación subjetiva que yo sufría pasivamente; mi agresividad de ahora es una reacción “a posteriori” ante tal relación». De una manera enrevesada, explica cómo ve su relación con Javier en ese momento: «Mi relación traumática con Javier ha sido causada – y a la vez me recuerda anteriores relaciones subjetivas. Mi relación reactivamente dialéctica con anteriores relaciones inobjetivas. ¿Abren posibilidad de que no sea así en el futuro?».

En una interpretación típica de algunos jóvenes de la época, Enrique asumía que su relación con Javier y Lola se parecía a la relación amo/esclavo que había popularizado Kojève a raíz de su lectura de Hegel. De esta manera, según escribe Tony Judt al respecto de este tipo de dinámicas, «cada uno de ellos da en conocerse por medio de los actos y la presencia del otro». <sup>82</sup> En sus escritos, Enrique se refiere continuamente a Javier como «el otro», e insiste en la receta de Kojève para superar este tipo de relaciones: la acción y la pugna por la verdad para dejar de ser dominado. Si Enrique conseguía hacer esto, lograría el reconocimiento de sí mismo y acabaría de esta manera con las relaciones «inobjetivas» que le anulaban como persona plena. Si seguimos la lógica de esta dialéctica hasta el límite, como hicieron bastantes estudiantes en la época, la única manera de salir de tales situaciones era la violencia, tanto simbólica como real. Así, no es extraño que Enrique haga un

uso metafórico en sus escritos de la idea de «venganza». Igualmente, las referencias a conceptos como «sentido de la culpa», «alienación», «fetiche», «situación de dominado», «castramiento», «inobjetividad» y «plenitud» han de entenderse a raíz de los escritos de los pensadores franceses y alemanes tan de moda en esa época.

Javier debió de hacerle en esas fechas algo a Enrique que éste consideraba humillante e imperdonable. Quizá fue una broma pesada, un comentario vejatorio o alguna cosa con respecto a Lola, pero no tenemos datos para saberlo con seguridad. Lo más probable es que fuera un comentario cortante tras alguna de sus habituales discusiones ideológicas sobre algún tema político, que dejó a Enrique en una posición de debilidad ante los demás. Enrique escribe que «me torturan enormemente las posibles significaciones que Javier puede darme; los comentarios que pueda hacer a terceros; siento que me chupan la sangre. ¿Suicidio?». Sabemos que Lola conocía las discrepancias que tenían los dos amigos porque así lo dijo en una entrevista al historiador Julio Antonio García Alcalá. Según Lola, «[Enrique] culpaba a Javier de que no le había dejado desarrollar su personalidad... En los papeles aparecía un “Javier” pero no lograron relacionarlo con Javier Sauquillo». <sup>83</sup>

De sus notas se deduce claramente que Enrique hizo una especie de ajuste de cuentas emocional con Javier. Lo que es más difícil de verificar es si lo que hizo fue algo puramente mental y simbólico, y Javier por tanto no se dio cuenta de ello, o fue una acción concreta con unas consecuencias determinadas. Enrique escribió sobre el posible sentido de la culpa por la relación que mantenía con Javier: «¿Sentido de culpa? Sí, pero yo objeto de la actuación culpable de Javier; él entabló relaciones inobjetivas conmigo; ahora yo me vengo; pero venganza necesaria para sobrevivir; no me puedo sustraer a las significaciones que me dé». Respecto a la culpa, escribe poéticamente que «es un poder que se extiende en todas direcciones». En otro momento, dice enigmáticamente: «No conciencia de culpa, yo no lo he calificado: él sí a mí ¿qué hacer? Me ve, me sigue».

Es posible que una persona como Enrique, que atravesaba en ese momento un estado emocional muy frágil, sobredimensionara cualquier cosa que hiciera Javier. Enrique escribe que «temo cotilleos y comentarios vejatorios de todo el mundo. Odio a Javier». Añade poco después que «el

recuerdo de “lo que ha hecho Javier” es a veces obsesivo. Pero últimamente, cuando pienso en esto, está detrás la seguridad del suicidio». Llega a decir que tanto Lola como él viven «en un infierno». Lola acusaba a Enrique de no ayudarlo en «los problemas gravosos» y, según Enrique, «la ayuda [que pide Lola] equivale a absorción...».

La policía utilizó esta nota como prueba de que Enrique estaba desequilibrado mentalmente y pretendía suicidarse. La alusión a la «seguridad del suicidio» aparece subrayada, con casi toda certeza por los mismos policías, en el sumario en el que se utilizaron estos escritos, debido a que era la parte que querían mostrarle al juez. Además, se marcaron otros fragmentos que apuntaban a la hipótesis de un suicidio premeditado. Por ejemplo, aparece subrayado el final de este fragmento: «Me tortura [sic] enormemente las posibles situaciones que Javier pueda darme; los comentarios que Javier pueda hacer a terceros, siento que me alienan. ¿Suicidio?». Sin embargo, no aparecen subrayadas las notas en las que Enrique escribe que el suicidio no le parece una opción plausible, como la que dice que «pienso que el suicidio sería una opción si todavía tuviera creencias religiosas». En esa nota se da a entender que cree sinceramente que el suicidio no es una opción válida para él tras haber perdido una fe religiosa que supuestamente le permitiría verlo como algo aceptable.

No es lo mismo escribir en un momento dado en unas notas que el suicidio puede ser una opción, que cometer un acto de suicidio. De hecho, en los diarios de muchos de los jóvenes de la época eran habituales las referencias al suicidio.<sup>84</sup> Además, como hemos visto, todos estos jóvenes utilizaban una retórica inflamada que en la inmensa mayoría de los casos nunca llevaban a la práctica. Al igual que las ideas de «lucha armada» o «enfrentamiento violento» eran más figuraciones retóricas que prácticas reales, las ideas expresadas freudianamente por Enrique eran en su mayoría ramalazos sentimentales, que difícilmente iban a ser llevados a la práctica. Con los datos de los que disponemos, es altísimamente improbable que Enrique estuviera pensando seriamente en suicidarse. Su mismo psiquiatra Carlos Castilla del Pino, que le recetó medicación para la depresión, no observó en él ninguna tendencia suicida.<sup>85</sup> En el juicio posterior por la muerte de Enrique, afirmó que

durante la observación a la que fue sometido [Enrique] no tuvo ocasión de concretar ideas de suicidio ni tendencias al mismo: son las que en ningún momento me plantearon la indicación de un tratamiento sanatorial o la del mero aviso a sus familiares para que adoptaran precauciones con miras a la prevención del suicidio o de su intento.<sup>86</sup>

Los síntomas de Enrique no dejaban de ser relativamente normales en muchas personas de su edad, circunstancias y temperamento. Aun así, es cierto que Enrique se encontraba en medio de esta depresión cuando la policía franquista lo detuvo. Como dijo Lola, «ahí le pillaron, en una situación personal que no era la mejor».<sup>87</sup>

## A finales de enero (I)

Hoy le llegó el turno a Enrique Ruano, inmolado en Madrid, en pleno día y en poder de la inculta Policía guardaespaldas del vástago hitleriano.

Santiago Marcos

En enero de 1969 la vida de nuestros protagonistas cambió para siempre. Completamente absorbidos por la frenética actividad en el sector obrero del FLP y por su noviazgo, Lola y Enrique dejaron de dedicar tanto tiempo a las actividades revolucionarias de la universidad, en las que Javier estaba mucho más implicado. A comienzos del año, la universidad seguía en un estado de revueltas constantes contra el régimen franquista y los disturbios eran diarios. Como consecuencia del clima inconformista de la Universidad de Madrid, Francisco Franco le escribió a Juan de Borbón aconsejando que el futuro rey Juan Carlos no estudiara en Madrid:

Me entregaron la suya del 23 con el informe sobre los estudios del Príncipe y las razones que le aconsejaron el abandonar el plan de estudios en Salamanca, que ya en su primera carta me adelantaba. Respeto la decisión que sobre este punto ha tomado, aunque los informes en que se funda sean muy alejados de la realidad. Cualquier universidad que se hubiese elegido presenta, por unas causas o por otras, análogas preocupaciones, pues aunque los viejos vicios que la universidad española arrastraba van corrigiéndose, no están sin embargo exentas de grandes y arraigados defectos. De todas maneras debo decirle estaban tomadas todas las medidas para que la presencia del Príncipe fuese lo más grata posible, cordial y libre de incidentes; más fácil de conseguir en una Universidad provinciana de efectivos reducidos que no en el ambiente de las grandes Universidades, más fáciles de dominar con grupos y grupitos de jaraneros y de alborotadores.<sup>1</sup>

A Franco no le faltaba razón. El 17 de enero, en Barcelona varios grupos de alumnos expulsaron a un profesor de la facultad de Económicas y ocuparon la cátedra de la Escuela de Medicina. En el asalto al rectorado, se quemó una bandera de España, se derribó un busto de Franco y tuvo lugar un forcejeo con el rector.<sup>2</sup> Mientras esto ocurría, en Madrid se ocupó la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales y la policía intervino para frenar a los estudiantes.<sup>3</sup> La prensa se alarmaba ante los incidentes universitarios y en ocasiones exageraba los sucesos. Por ejemplo, *Abc* publicó que los alumnos barceloneses «intentaron defenestrar al profesor Albadalejo», que era el rector de la Universidad de Barcelona.<sup>4</sup> Más allá de que el suceso seguramente no fuera cierto, sorprende la facilidad con la que *Abc* acusaba a los estudiantes de realizar una de las más siniestras prácticas de la policía franquista. Curiosamente, lo hacían justo poco antes de una de las defenestraciones más célebres y oscuras de la dictadura. La terna policía, defenestraciones y *Abc* esconde alguno de los momentos más nefastos del franquismo.

En esos agitados momentos, Enrique recibió la visita de Ángel Artola y Loli Latierro, ambos vinculados a la izquierda vasca antifranquista. La pareja había huido de Guipúzcoa unos meses antes por el estado de excepción decretado el 3 de agosto de 1968 en dicha provincia.<sup>5</sup> Según su propio testimonio, Ángel había sido miembro de ETA hasta el año 1964, momento en que se distanció de la banda por su oposición al uso de la violencia.<sup>6</sup> Sin embargo, en los registros policiales constaba como un miembro activo de ETA. De hecho, se sabe que es así porque fue llamado a declarar en el caso de Enrique, ya que su nombre figuraría por un comentario que escribió el estudiante a Castilla del Pino respecto a él, por sentirse víctima de sus bromas. Según los atestados policiales que se abrieron tras la muerte de Enrique, Ángel había sido detenido por actividades relacionadas con ETA en 1966, y había «intervenido en la profanación de un templo y en el robo de 30 kilogramos de dinamita».<sup>7</sup> Ángel y Loli estaban muy habituados a la persecución franquista, y guardaban una gran precaución en todas sus actividades. Tras vivir unos meses en el piso de Ana Fraga Iribarne, militante

feminista antifranquista hermana de Manuel Fraga Iribarne, habían decidido quedarse en una vivienda que tenía la familia Ruano en la calle General Mola, actual Príncipe de Vergara.

Aunque Enrique estaba deprimido y alicaído, sus amigos vascos no le notaron totalmente abatido. Este testimonio coincide con el del joven militante del FLP Damián Tapia, que desayunó con Enrique unos días antes de su detención. Pese a que no encontró a Enrique especialmente locuaz, estuvieron hablando sobre la situación general universitaria y sobre las nuevas acciones que podía llevar a cabo el FLP.<sup>8</sup> La depresión de Enrique no lo había dejado inútil para el trabajo y en todo caso no era notoria para todos aquellos que no lo conocieran de manera íntima. Enrique siguió yendo al cine con Lola y otros amigos esos días, así como preparando reuniones y otras actividades militantes. Ángel estuvo en una de las reuniones que Enrique tenía con los representantes obreros, pero no pudo saber de primera mano cuál era el trabajo que hacían Lola y su novio en el FLP por las prevenciones que solían tener con los miembros de otras organizaciones. Cinco días antes de su detención, Enrique fue a hacerse una fotografía para la mili, una perspectiva que no le ilusionaba especialmente. En la foto, que se haría célebre tras su muerte, se observan los signos del desánimo profundo que asolaba al joven.

Tras una noche en la que el Sector Obrero madrileño discutió sobre la necesidad de cambios organizativos en el FLP,<sup>9</sup> la mañana del 17 de enero Lola, Enrique y José Bailo estuvieron supuestamente repartiendo octavillas en la plaza de Castilla.<sup>10</sup> No está ni siquiera claro que ellos repartieran efectivamente unas octavillas, pues tanto Bailo como Lola lo han negado en varias entrevistas posteriores, y es posible que se limitaran a tener una reunión informal.<sup>11</sup> Después fueron a una cafetería, en la que se les unió Abilio Villena. Allí entró la policía, que los venía siguiendo porque los había visto repartir propaganda clandestina «sin ningún género de dudas».<sup>12</sup> Abilio pensó en huir porque si le detenían podía tener problemas derivados de la quema del retrato de Franco. Según su testimonio, Lola se tragó algunos papeles que podían incriminarla.<sup>13</sup> Aun así, la policía encontró que portaban documentación de un «PCR», que asoció con algún grupúsculo comunista radical.<sup>14</sup>

En los atestados policiales de Enrique y Lola, la policía decía haberlos detenido «por sembrar propaganda clandestina».<sup>15</sup> Según el testimonio de Bailo, fueron conducidos a la comisaría, donde comprobaron sus fichas policiales.<sup>16</sup> Excepto Lola, los demás tenían antecedentes policiales, y en el caso de Abilio eran muy delicados por ser el principal sospechoso de la quema del retrato de Franco. Por su parte, según informó la propia Dirección General de Seguridad, comprobaron que Bailo tenía antecedentes comunistas de su etapa en Valencia, y que estas actividades lo habían despojado de su condición de sacerdote y lo habían llevado a prisión. Finalmente, los cuatro fueron trasladados a las dependencias de la DGS, como era habitual en estos casos. No sabemos con exactitud quiénes fueron los encargados de interrogarles. Juan García Gelabert declaró años más tarde que los interrogó en grupo a los cuatro, y que luego fueron encerrados en distintas celdas. Previsiblemente allí volvieron a ser interrogados cada uno de ellos por un grupo de policías, siguiendo las tácticas incluidas en el panfleto antes citado. Probablemente, Enrique se encontró de nuevo ya entonces con su interrogador Jesús Simón Cristóbal.

Enrique, Lola y Abilio Villena fueron interrogados en celdas contiguas, pero solo podían verse cuando eran trasladados.<sup>17</sup> Los policías hicieron un registro de la casa de Enrique en Conde de Aranda el 18 de enero a las tres de la tarde, con el estudiante presente.<sup>18</sup> En este registro, aunque no lo consignaron en el acta que se levantó, los policías se incautarían irregularmente de las famosas notas de Enrique a Carlos Castilla del Pino. En su informe sobre el registro, se limitaron a reseñar los discos, libros y pósteres que el estudiante guardaba en su cuarto, sin hacer ninguna mención adicional. La incautación irregular de las notas es un hecho fundamental, ya que prueba que los policías conocían tanto el estado depresivo de Enrique como una decisiva información sobre él que podían utilizar en su contra. Cabe imaginar que amenazaran a Enrique con contarle a Lola el contenido de esas notas, o que le dijeran que podían hacerlo público en cualquier momento, como de hecho acabaron haciendo. A Enrique le debió crear un alto grado de tensión el que la policía tuviera las notas en su poder.

Dos días más tarde, el 20 de enero, el mismo día de la muerte de Enrique, Abilio advirtió que a éste lo trasladaban mucho de un sitio a otro, y vio cómo los policías pasaban con él de un lado a otro.<sup>19</sup> Ese mismo día, Margot Ruano y Paquita Sauquillo habían visitado a Lola en la DGS.<sup>20</sup> Lola declaró en una entrevista posterior a *El País* que los interrogadores «se sabían mi vida de arriba abajo».<sup>21</sup> Los policías mostraron mucho interés por unas llaves que encontraron a Lola, y que suponían que podían conducir a algún lugar relevante. En la citada entrevista a *El País*, Lola explicó que «me pasearon por todo Madrid para que les dijera de dónde eran las llaves que llevaba en el bolsillo. Las tenía yo, no Enrique. Iban a llevarme a mí...».<sup>22</sup> Lola sabía que en el piso se encontraban Ángel Artola y Loli Latierro, ambos huidos de la policía tras la declaración del estado de excepción en Guipúzcoa, y que serían previsiblemente torturados y condenados a penas de cárcel si la policía los descubría allí. Tras ser amenazada,<sup>23</sup> y cuando consideró que sus amigos vascos ya no corrían peligro, les dijo a los policías la dirección del piso cuyas llaves tenía.<sup>24</sup> Según creía Lola, la policía dudó mucho entre llevarla a ella, a Enrique o a los dos a la vez al registro, y al final se decidieron por Enrique. Lola se sintió siempre culpable de que le llevaran a él en lugar de a ella al piso de General Mola, y nunca consiguió quitarse del todo de su cabeza ese sentimiento de culpa. Según el historiador Julio Antonio García Alcalá, lo más probable es que llevaran solo a Enrique al piso debido a su estado depresivo, ya que los policías pudieron pensar que así sería más fácil sacarle información.<sup>25</sup> Lola oyó cómo sacaban de la celda a Enrique, que seguramente no había dormido durante los tres días anteriores por el nerviosismo y por los métodos que usaron con ellos los policías. Ya nunca volvería a ver a su novio.

Justo cuando lo llevaban a aquel registro, en torno a la una de la tarde, Enrique se encontró con su madre y su hermana Margot. El joven tenía un aspecto depauperado, estaba muy pálido y parecía muy fatigado y deprimido. Según recuerda su hermana, no tenía signos visibles de haber recibido palizas y golpes de los que dejan marca.<sup>26</sup> Aunque la policía sabía cómo golpear sin dejar señal, lo más probable es que si le hubieran hecho un interrogatorio mucho más agresivo su familia se habría dado cuenta. Así que es verosímil pensar que Enrique hasta ese momento no había sido torturado. Su madre temió que tuviera frío, y le dio una cazadora y un abrazo. Enrique les dijo que

no se preocuparan por él, sino por Lola. Añadió que iban a hacerle «un registro» y se lo llevaron con varios coches de escolta.<sup>27</sup> Fue la última vez que vieron a Enrique con vida. Margot aún se emociona cuando recuerda ese momento, como hizo cuando la entrevisté en La Pecera del Círculo de Bellas Artes de Madrid casi cincuenta años después de la muerte de su hermano.

Los tres policías, Francisco Colino Hernanz, Jesús Simón Cristóbal y Celso Galván Abascal, subieron junto a Enrique al séptimo piso, en el número 60 de la calle General Mola, actual Príncipe de Vergara. A partir de este momento, no sabemos con absoluta seguridad qué pasó. Según informó después la DGS, los inspectores comunicaron por teléfono que, aunque en el piso no había nadie, se encontraron restos de papeles quemados y unas maletas cerradas que Enrique decía que no eran suyas. Al parecer, la hermana del portero del edificio llegó a hablar con Enrique en el inmueble y luego se ausentó y dejó al estudiante junto a los tres policías. Según éstos, no hicieron ningún interrogatorio en el inmueble, y el resultado del registro fue negativo.<sup>28</sup> La versión oficial que se difundió, y que más tarde se probó que era inconsistente y estaba llena de falsedades, fue la declaración de los tres policías y varios testigos en el atestado policial. Es la siguiente:

Sobre las 14 horas se le quitaron [a Enrique Ruano] las esposas para que firmara el acta del registro y cuando iba a hacerlo, inopinadamente arremetió contra el inspector compareciente, señor Colino, que estaba en el pasillo, al que arrojó contra la pared; ganando la puerta de entrada al piso y saliendo a un corredor que une los pisos interiores con la escalera principal, se arrojó al vacío por el lado derecho del corredor, cayendo al patio interior del edificio, siendo inútiles todos los esfuerzos que los funcionarios comparecientes hicieron para evitar el hecho.<sup>29</sup>

Esta versión era confirmada por Álvaro García González, portero de la finca, que afirmó que tanto él como su hermana estuvieron presentes en el registro efectuado en el piso de Enrique, y que lo que contaban los policías era totalmente veraz. El atestado policial añadía, algo literariamente, que «en carrera veloz y alocada [el joven] alcanzó la puerta, seguido por los funcionarios y por el dicente, y saliendo al pasillo se arrojó por el corredor a un patio interior».<sup>30</sup> Al portero de la finca lo respaldaba su hermana, que aseguraba que todo lo que decía era cierto. Toda esta información se tuvo por

auténtica tanto en el atestado como en la prensa, y ni siquiera la familia de Enrique dudó en un primer momento de su veracidad. Estos testigos, junto a las notas que Enrique escribió a Carlos Castilla del Pino y que ya estaban en ese momento en poder de la policía, se dieron por suficientes para mostrar que no cabía ninguna otra hipótesis que la de la «carrera alocada» hacia el suicidio.

El comisario jefe de la policía, en el escrito que presentaba las notas de Enrique para el sumario, informó de que éste tenía una tendencia al suicidio debido a su relación con Javier.<sup>31</sup> Tenían motivos para pensar en una relación tormentosa con Javier por las notas que le había escrito a Carlos Castilla del Pino, pero la policía mostró en este caso una gran incompetencia. En vez de a Javier Sauquillo, identificaron como al «Javier» de las notas a Javier García Fernández, conocido como El Panfle, miembro del FLP, amigo de todos ellos y muy cercano a Lola.<sup>32</sup> De hecho, la policía iba tan desencaminada que le llamaron a declarar en el juicio, y le hicieron unas preguntas que él no podía contestar, pues no había tenido apenas contacto con Enrique desde el mes de octubre.<sup>33</sup> El motivo por el que pensaron irrefutablemente que se trataba del «Javier» de las notas fue que «ha tenido amistad con el fallecido Enrique Ruano Casanova, hasta el punto de haber realizado juntos un viaje a Francia hace dos años».<sup>34</sup>

Hoy sabemos que la versión del suicidio era falsa. Cuando pudieron reconstruirse los hechos más de veinte años después, con la reapertura del caso por el asesinato de Enrique y se produjeron investigaciones serias, se demostró que la versión del suicidio era prácticamente imposible de sostener.<sup>35</sup> Tras reunir una serie de evidencias que ponían en duda la versión oficial del suicidio, la familia de Enrique pidió reabrir el caso en 1989. Después de una investigación, comenzó un proceso por asesinato en el que eran acusados Francisco Luis Colino Hernanz, Jesús Simón Cristóbal y Celso Galván Abascal. En el juicio quedó clara la dificultad de que Enrique pudiera escapar de una pequeña habitación, de tres metros de ancho por cuatro de largo, rodeado por tres policías, uno de los cuales bloqueaba el acceso a la puerta, en un pasillo que medía un escaso metro de anchura. Enrique, aunque era una persona deportista, no tenía habilidades para la lucha, tendría que haberse quitado de encima a un preparado agente que bloqueaba la puerta. De

ser esto cierto, el policía tendría que haber caído al suelo para que el estudiante pudiera pasar. Enrique tendría que haber abierto la puerta, que se abría hacia dentro y cuya apertura habría sido entorpecida por el cuerpo derribado del policía. Acto seguido, zafándose de los demás policías, tendría que haber avanzado doce metros en el pasillo para acabar lanzándose desde uno de los dos pasillos interiores, que estaban protegidos por vallas de un metro de altura. Según la versión policial, los agentes vieron lanzarse a Enrique desde el apartamento, así que no lo habrían seguido en la supuesta «veloz y alocada» carrera.<sup>36</sup>

Además, resulta extraño que Enrique hubiera pretendido hacer todo esto justo cuando iba a acabar el plazo de 72 horas de detención, con lo que quedaba en libertad. Todavía más insólito resulta que lo hiciera cuando la diligencia de registro se había saldado sin cargos, pues no habían encontrado nada que pudiera suponer un delito.<sup>37</sup> También es raro que los policías decidieran quitarle las esposas de repente. Si lo hicieron, es porque seguramente lo veían en un momento en que estaba tranquilo y relajado, y en todo caso faltaron a su deber de custodia del detenido al permitir que escapara. Resulta extrañísimo que Enrique pudiera en ese momento sacar una energía descomunal y abalanzarse contra los policías con el único objetivo de saltar al vacío y quitarse la vida. Por si esto fuera poco, esta hipótesis no explica una de las heridas que encontraron en el cuerpo de Enrique. La cuestión de la herida, de la que hablaré posteriormente, hace inverosímil la tesis de la alocada carrera al vacío. Por estos motivos, en la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid la mayoría de los jueces estimaron que «no es posible admitir sin dudas razonables la versión oficial del suicidio realizada de que tras la práctica del registro con un resultado negativo, y al quitarle las esposas para firmar, se lanzó contra uno de los policías y salió corriendo consiguiendo alcanzar la barandilla».<sup>38</sup>

También los testigos demostraron al cabo de los años no tener ninguna credibilidad y haber sido apremiados a afirmar su presencia en el suicidio de Enrique. Álvaro García González, el portero del edificio que afirmó haber visto a Enrique precipitarse al vacío en el momento en que le quitaban las esposas, se retractó en una declaración posterior, el 31 de mayo de 1990, poco después de haberse reabierto la investigación. En la diligencia del 19 de

diciembre de 1990, de reconstrucción de los hechos, reiteró que no recordaba absolutamente nada. En las retractaciones, admitió que no había estado en la escena de los hechos. No vio nada porque se quedó en la portería en todo momento, y lo que firmó fue una pura invención que le habían dicho los policías.<sup>39</sup> En el juicio por el asesinato de Enrique, el portero no estuvo presente tras alegar que sufría una enfermedad grave. Su hermana, la otra firmante que respaldaba su testimonio, empezó en el juicio diciendo que su hermano había estado presente en el registro. Luego rectificó, y acusó a su hermano de ser un alcohólico inconsistente que no tenía la menor idea de lo que decía. Según el voto particular de la sentencia del caso por asesinato de Enrique, «en el juicio oral su testimonio fue de mera referencia a lo que le había contado su hermano e incurrió en diversas contradicciones».<sup>40</sup> La hermana se dedicó a repetir lo que le había dicho su hermano, que admitió que era una pura invención. Al final, aceptó que no se acordaba de «si mi hermano me dijo que lo había visto tirarse o que los policías le habían dicho que se había tirado».<sup>41</sup> Se dio por cierto que ella había estado en el inmueble con Enrique durante unos minutos, pero que luego se fue y no vio nada de lo ocurrido.

Aunque el portero y su hermana no vieran lo sucedido, es posible que sí lo hicieran otras dos personas. En lo que representa una de las mayores incógnitas en torno al caso de Enrique dos supuestos testigos, que no quisieron identificarse, le enviaron al periodista de *Interviú* Julián Lago una nota que decía que a Enrique «lo tiraron los policías secretas desde una de las ventanas. Cayó por el otro lado y no por el fotografiado. El portero lo vio. “Eso ha sido un accidente”, le recomendaron los policías, al marcharse del inmueble».<sup>42</sup> Cuando se reabrió el caso a finales de los ochenta, el periodista Emilio Lahera le pasó a la familia de Enrique la nota que había recibido su colega Julián Lago, que mantuvo un silencio permanente sobre el caso a partir de entonces.<sup>43</sup> Aunque Julián Lago confirmó en el juicio por asesinato de Enrique que había recibido una llamada telefónica cuando fue interrogado años más tarde sobre el caso, decía no recordar nada más. La existencia de estos testigos adicionales supone una incógnita añadida, y sugieren posibles

escenarios que no han sido nunca investigados en profundidad. En el juicio, no se pudo tener en cuenta nada de lo anterior por no tener la suficiente fiabilidad.

En todo caso, una que vez quedó demostrado que los testigos presentados por los policías eran falsos, y que resultaba difícil creer que Enrique hubiera podido fugarse de los policías y emprender una huida que hubiera requerido un escenario con un pasillo más ancho y una puerta que no se abriera hacia dentro, el único argumento a favor del suicidio eran las notas que escribió Enrique a su psiquiatra Carlos Castilla del Pino. Pronto quedó claro que el hecho de que alguien hubiera escrito algo semejante no implicaba en ningún caso que estuviera pensando en matarse. Como explicó el psiquiatra, «el suicidio del depresivo se hace a solas, se prepara, pero no [se realiza] en una fuga ante otras personas».<sup>44</sup> Además, el propio Carlos Castilla del Pino no observó ningún tipo de tendencia suicida en Enrique. En el juicio, se descartó cualquier valor probatorio de estas notas, por «el contenido íntimo de las cartas, intrascendente a los efectos que se proponía la labor policial y la irregular incautación». Se consideró que esta incautación de los tres policías, «que no se hicieron constar en el acta levantada», así como su posterior difusión por parte de *Abc* «supone una vulneración de los derechos fundamentales de la persona, el Derecho a la intimidad, y por ello procede declarar la nulidad de los documentos obrantes en las actuaciones». Por tanto, la última prueba que les quedaba a los que apoyaban la tesis del suicidio tampoco era válida.<sup>45</sup> Debido a esto, el voto mayoritario de la Audiencia concluye diciendo que «no es posible admitir sin dudas razonables la versión oficial del suicidio» y el voto particular niega por completo esa posibilidad.

Si no fue un suicidio, queda abierta la gran pregunta: ¿qué ocurrió en el piso que llevara a la muerte de Enrique? Muchos años más tarde, las pruebas a favor de la tesis del asesinato, o en su defecto de unas torturas que alcanzaron el máximo nivel de crueldad y que hicieron que Enrique se lanzara al vacío, no pudieron esclarecerse del todo por la ineficiente manera en que se llevó a cabo el primer sumario, y por la falta de información por parte de los que participaron en la autopsia de Enrique. El asunto clave resultó ser la herida que encontraron en el cuerpo cuando se volvió a hacer la autopsia por la reapertura del juicio. En la autopsia quedó probado que el estudiante «tuvo

una lesión no compatible con la precipitación», lo que abrió la puerta a que se pudiera clarificar todo lo ocurrido. Sin embargo, no quedó «acreditado que [Enrique] hubiera sido alcanzado por un proyectil disparado contra él por un arma de fuego que le causara la muerte». <sup>46</sup> De esta manera, el misterio está servido y las posibilidades son numerosas. Aunque hay muchas incógnitas no resueltas en torno a la muerte de Enrique, la causa de esta herida constituye la más decisiva para esclarecer si se produjo un asesinato.

En las pruebas periciales que realizó en 1969 el doctor Julián Bernal García, se decía que la herida había sido provocada por el impacto de Enrique con el suelo tras caerse. De esta manera, «durante la caída, el hemitórax derecho, en la zona en la que hace prominencia la convexidad de la clavícula, golpeó contra algún objeto redondeado, saliente y del tamaño aproximado del orificio que quedó en la piel. Pudo ser la cabeza de un clavo o escarparla, el extremo de un tornillo que sujetase alguna conducción, u otro objeto análogo. Desde luego tuvo que ser duro y estar bien fijo». Años más tarde, aunque admitiendo que la precipitación pudiera no ser la causa más probable, Julián Bernal siguió manteniendo que la herida no fue causada por una bala. Ciertamente, todos los doctores interrogados por la acusación particular coincidieron en que todas las lesiones de Enrique se correspondían con la precipitación excepto la de la clavícula, en la que forzosamente había intervenido un objeto. El informe que hicieron los doctores Núñez Parra y López Liranzo discrepaba profundamente de las conclusiones del informe realizado por Julián Bernal en 1969. Para Parra y Liranzo, si la herida se hubiera producido en la caída con un clavo «hubiera producido desgarró en forma de vírgula», y lo más probable era que la herida hubiera sido provocada por un objeto cilíndrico cónico, como una bala. En concreto, aseguraron «que un arma de calibre como el 6,35 con munición de la época, a la distancia de 10 metros, podría causar una lesión igual en profundidad». <sup>47</sup> De esta manera, estos doctores no consideraban verosímil la hipótesis del clavo como causante de la herida y en ningún caso aceptaban como plausible que la lesión se produjera en la caída.

No todos los doctores estuvieron de acuerdo con Parra y Liranzo. En concreto, Eguren y Sanz pusieron en duda que una bala pudiera causar una herida semejante. Según su informe, un impacto a corta distancia hubiera

provocado un estallido del hueso y «la forma del orificio no es estrellada». Además, «a larga distancia tampoco pudo efectuarse el disparo porque la herida hubiera sido más profunda. No hay cintilla y el orificio de entrada tendría que tener forma de ojal y no la tiene».<sup>48</sup> El desacuerdo entre los doctores esconde uno de los grandes misterios sobre la muerte de Enrique. Al cadáver se le había serrado la parte de la clavícula donde había sufrido la herida, de manera que era imposible determinar con total certeza cuál era el objeto que le había causado la lesión. Para estos doctores fue muy difícil realizar su labor, ya que «la fractura del tercio interno de la clavícula está muy poco descrita. La única explicación que encuentra al serramiento es para su estudio, aunque normalmente se coge entero. Si no es para remitirlo al objeto de analizarlo, no encuentra aplicación técnica legal al aserramiento de un hueso».<sup>49</sup> Aquella clavícula serrada complicaba, pues, sobremanera la resolución del caso. La forma en que fue realizado sugiere que hubo una ocultación de las pruebas del asesinato de Enrique en la que participaron varias personas.

Por tanto, el levantamiento del cadáver y la autopsia realizada tras la muerte de Enrique se revelan como los momentos decisivos para esclarecer los hechos. Quienes realizaron la autopsia tuvieron que saber exactamente lo que había sucedido y qué objeto había causado la misteriosa herida. Según se consignó en el acta, en la autopsia participó José Antonio Enrech, entonces secretario del juzgado y después magistrado. Amigo personal del padre de Enrique, asistió a la autopsia en calidad de secretario judicial y llegó a afirmar al menos en dos ocasiones que el cadáver de Enrique tenía signos evidentes de haber sido torturado. La primera vez se lo dijo a José Manuel Gómez Benítez, abogado de la familia Ruano que lideraba la acusación particular, antes de que el caso se reabriera. Según el abogado, en su encuentro Enrech añadió que nunca lo afirmaría en un juzgado ni en ningún otro lugar.<sup>50</sup> Parece ser que antes ya le había sugerido a Beatriz Ruano, hermana de Enrique, que su hermano había sido torturado. En todo caso, si solo tuviéramos el testimonio del abogado de la familia Ruano y de una hermana podríamos admitir la ausencia de pruebas suficientes, pero Enrech le dio la misma información a Gregorio Peces-Barba en el veinticinco aniversario de la muerte de Enrique.<sup>51</sup> Ese día, tras el acto de homenaje en la

Universidad Carlos III, se acercó al profesor para decirle que Enrique había tenido «un visible problema de tortura». Cuando Peces-Barba reveló esto tras la reapertura del juicio, la declaración provocó que la sala acordara llamar como testigo a Enrech, que hasta entonces había sido excluido por haber sido secretario del juzgado que instruyó el caso de Enrique en 1969.

Enrech trató de evitar su comparecencia en el juicio. Primero, dirigió un escrito al tribunal solicitando que su citación no tuviera ningún efecto ya que, en palabras de José Manuel Gómez Benítez, «la ley y el deber de secreto profesional le impedían testificar». Después, siguió sin comparecer a medida que el juicio avanzaba, y no lo hizo hasta que se le citó con «apercibimiento de ser conducido por la fuerza pública».<sup>52</sup> En su declaración, Enrech admitió haber participado en la autopsia y que le había revelado a Peces-Barba algo relacionado con las torturas tras un acto en homenaje a Enrique. Sin embargo, matizaría que lo que quería decir era que «lo máximo que pudo pasar es que Ruano hubiera sido objeto de malos tratos o torturas» y no víctima de un asesinato. Describió que el cadáver tenía una herida «bastante profunda, de unos cuatro dedos». Justo antes de su declaración, los forenses habían afirmado que no se podía saber si había sido causada por una bala debido a que faltaba «el trozo de hueso en donde pudo impactar». Tal como lo había anunciado, Enrech negó que se produjera alguna irregularidad durante la autopsia, y que cuando descubrieron la herida buscaron la bala pero no encontraron nada. Descartaron que fuera una «quemadura por un cigarrillo, práctica que se realizaba entonces» y supusieron que la herida se produjo porque Enrique en la caída «se enganchó con una garfía». Pero previamente los forenses habían descartado esa posibilidad, y habían afirmado que se había producido un serramiento. Enrech negó que se hubiera producido «el serramiento del hueso de la clavícula con una cizalla», aduciendo que los funcionarios judiciales actuaban con «gran independencia». Afirmó que la autopsia fue garantista y que no se manipuló nada en el cadáver de Enrique. Dijo que no se había ausentado ni un segundo de la autopsia. No quedó nunca claro por qué Enrech «no hiciera nada entonces» en relación con los signos de tortura del hijo de su amigo. Ni por qué su testimonio estaba en franca contradicción con el hecho probado de la falta de investigación sobre la herida de Enrique.<sup>53</sup>

Llegados a este punto, podemos considerar probado con casi total certeza lo siguiente: existió una herida no producida por la caída, y aunque pudo ser de bala no se puede asegurar a ciencia cierta. Siguiendo a la mayoría de los doctores que estudiaron el caso, si la herida no fue causada por una bala tuvo que ser hecha por «un instrumento redondeado o cónico [que} da lugar a heridas semejantes a las que resultarían a la acción de un arma aplanada bicortante». <sup>54</sup> La herida, que Enrique no tenía cuando entró en el edificio porque en caso contrario su familia lo hubiera notado, concluye la Audiencia Provincial, «tuvo que ser causada por ellos [los policías]». Lo contrario implicaría hipótesis descartadas por los doctores que realizaron la autopsia tras la reapertura del juicio, como que la herida pudiera ser por un bolígrafo que Enrique «llevara en la mano para firmar el acta cuando se tiró al vacío». Por ejemplo, el doctor Parra opinó que la hipótesis del bolígrafo era «un chiste» ya que «tendría que ser un bolígrafo metálico y muy resistente, porque si no, se rompería antes». Consideraba que había «una posibilidad entre un millón» y que no tenía sentido plantearse seriamente esa opción. <sup>55</sup>

Con independencia del objeto que produjo la herida, parece claro que fueron los policías los que la causaron, lo que deja al menos una serie de opciones abiertas que son las que se barajaron en el voto mayoritario de la sentencia de 1996 por el caso de asesinato de Enrique. La primera es que «tal lesión pudo ser causada para compelerle a firmar lo que no quisiera y que Enrique para no ceder a la presión de que era objeto consiguiera eludir a los policías y alcanzar la barandilla y tirarse». La segunda es que Enrique pudo «ser llevado como medida de presión a la barandilla y ante la agresión causada o del propio impacto perder el equilibrio y caer lo que explicaría que en la autopsia no se recoja que no había signos de defensa». <sup>56</sup> Según la Audiencia Provincial, ninguna de estas posibilidades, aunque verosímiles, fue probada en el juicio. Por ese motivo, el voto mayoritario fue que «no es posible declarar probado el delito imputado [asesinato]». La principal causa de esta sentencia fue la negligencia de las autoridades franquistas y «un funcionamiento anormal de la Administración» que impidieron que se llegase al fondo del asunto de la herida. Como mínimo, los policías incumplieron «el deber de custodia que correspondía a la policía [...] y ha habido una lesión que no se investigó debidamente [para saber si había habido un asesinato]». <sup>57</sup>

Sin embargo, el voto particular de la magistrada María José de la Vega Llanes difería sustancialmente de la conclusión a que llegó la sentencia. La juez consideró que «uno de los policías procesados disparó al cuerpo de Enrique Ruano causándole en el hemitórax derecho [...] una herida contusa en forma redondeada de unos 7 milímetros de diámetro». Como no consta en «la autopsia realizada el 24 de enero de 1969 la dirección y descripción de tal fractura», concluye que

se serró en la misma la clavícula, extrayendo su tercio interno en donde se encontrase la fractura. Tal hueso ha desaparecido inexplicablemente y el mismo era la prueba inequívoca tanto en aquel entonces como en la actualidad para determinar en términos absolutos el proyectil causante de la herida, así como si causó la muerte.<sup>58</sup>

Para la magistrada, la hipótesis de que la herida la provocó la caída resulta inverosímil, y afirma que tras recibir el disparo «Enrique Ruano apareció precipitado desde la planta séptima impactando contra el suelo». Desde su punto de vista, se trata de un disparo que no se pudo comprobar por el serramiento del hueso. La magistrada se pregunta:

¿Por qué no pueden entonces científicamente [los forenses] afirmar que hubo un disparo de bala? La contestación no es otra que la expresada por ellos mismos: porque desapareció inexplicablemente el hueso donde tuvo que quedar la impronta del objeto. Es decir, existió esa prueba que inequívocamente hubiera permitido tal afirmación.<sup>59</sup>

Es muy posible que Enrique se encontrara en la barandilla custodiado por los tres policías y que el arma de uno de ellos se disparara de forma accidental. Es verosímil pensar que los policías apuntaran con un arma cargada al estudiante para asustarlo y hacer que les diera alguna información valiosa. Era una técnica que policías como Conesa y Antonio González Pacheco utilizaban con relativa frecuencia, y que entrañaba una serie de riesgos considerables para la vida de los detenidos. Después, una vez tuvo lugar el infortunado disparo, Enrique pudo ser lanzado por los policías o incluso pudo caer o lanzarse para tratar de evitar más sufrimiento. También es teóricamente posible que los policías le estuvieran amenazando con tirarle mientras le herían sádicamente con una especie de punzón, y que acabaran lanzando a Enrique por error o que él mismo se precipitara. Si le sometieron a

un interrogatorio en la barandilla, Enrique tuvo que sentir mucho miedo. La barandilla de hierro era de apenas un metro, y el pasillo era muy estrecho. Enrique vería el vacío desde el séptimo piso mientras le apuntaban con una pistola o torturaban con un punzón. Sobre si pudo ser un disparo o un punzón lo que causara la herida, nos inclinamos, como María José de la Vega Llanes, por la tesis del disparo. Que los policías usaran un punzón contra un estudiante tras hacer un registro que dio un resultado negativo parece excesivo incluso para los más sádicos policías franquistas. De hecho, como recogía la sentencia, «no se conoce que se utilizaran ese tipo de torturas con punzones».<sup>60</sup> Resulta más verosímil que le amenazaran con lanzarle al vacío mientras le apuntaban con una pistola cargada, ya que aquello entraba en el arsenal de prácticas de la policía franquista. En todo caso, no parece que los policías pretendieran matar a Enrique, y sostengo que su muerte se debió a un error que cometieron. Por supuesto, esto no reduce la responsabilidad de unos agentes que utilizaron conscientemente una serie de métodos que atentan contra la dignidad humana y pueden llevar a la muerte de los detenidos.

Queda el asunto del hueso serrado desaparecido. Según el informe que los forenses realizaron tras la reapertura del caso, sorprende que «no hay constancia de que el hueso serrado fuera enviado al anatomopatológico para su estudio y que las consideraciones medicolegales incorporadas al informe anatomopatológico están faltas de objetividad».<sup>61</sup> Este informe rechaza categóricamente que la herida sea debida a la precipitación. Además, se sostiene que «en esa época se disponía de medios para verificar estos análisis. La única explicación que encuentran al aserramiento es para su estudio. Si no es para remitirlo al objeto de analizarlo no encuentra explicación técnica legal al aserramiento de un hueso».<sup>62</sup> La ausencia de este hueso impide conocer con certeza el instrumento que causó la herida, y hace que «no se pueda afirmar en estas circunstancias, en términos categóricos y absolutos, con qué instrumento se produjo».<sup>63</sup> Como escribe la magistrada María José de la Vega Llanes en su voto particular,

no es que en este supuesto no haya habido pruebas. Las hubo, y han desaparecido inexplicablemente. Esta prueba, un hueso que fue serrado para un estudio que nunca se hizo. Estuvo a disposición de los médicos que realizaron la autopsia, pudo ser

estudiado por los mismos y determinar por tener medios a su alcance en aquella época el tipo de proyectil y el material.<sup>64</sup>

Respecto a las declaraciones de Enrech y a la misteriosa autopsia, asumiendo el hecho del serramiento del hueso, nos quedan dos opciones. La primera es que la clavícula fuera serrada en su presencia y Enrech no quisiera reconocerlo posteriormente, pues en ese caso tendría que haber explicado por qué no le dijo nada a la familia de Enrique y habría quedado como cómplice del ocultamiento de las pruebas para encubrir un posible asesinato. La segunda opción es que Enrech no asistiera a la autopsia, o se ausentara durante un rato, y que luego firmara un acta que le dieron sin preocuparse demasiado por lo que había pasado. En ambos casos, se trata de actuaciones moralmente reprochables, relativas al cadáver del hijo de un amigo suyo. No es de extrañar que en ese caso Enrech tratara de mantener su versión de los hechos. Es posible que Enrech se inventara lo de la tortura como cortina de humo para ocultar el serramiento del hueso con la señal del casquete de bala. Es la hipótesis que maneja el abogado de la familia Ruano,<sup>65</sup> y nos parece la más verosímil. Tras descubrir una lesión no registrada en la autopsia que podía ser la evidencia de un asesinato, la hipótesis de la tortura y un posterior suicidio dejaban a Enrech en un relativo mejor lugar. Sin embargo, una tortura que dejara una marca tan profunda tendría que haberse realizado con particular ensañamiento, y no hay motivos para pensar que fueran a hacerle algo semejante a Enrique. Como dijo el voto particular de la Audiencia Provincial de Madrid, «lo lógico por más factible es pensar que [la herida] se produjo con una pistola».<sup>66</sup> Independientemente de que sufriera o no malos tratos y posibles torturas, creo que la causa más probable de la muerte de Enrique fue un disparo fortuito de bala. Enrech se negó a dar información adicional sobre lo ocurrido durante la autopsia, y le retiró la palabra en lo sucesivo a José Manuel Gómez Benítez. Desgraciadamente, Enrech no pudo ser entrevistado para este libro porque había fallecido.<sup>67</sup>

Es difícil establecer cuál fue el motivo de la actuación de los policías en el caso de que le hubieran pegado un tiro a Enrique o le hubieran torturado hasta provocar su precipitación al vacío. La mayoría de los universitarios, personas en general de clase media alta, que la policía detenía salían de los

interrogatorios sin ningún rasguño. Normalmente, la policía los trataba con una deferencia que no mostraba con la clase obrera. Sin embargo, sabemos que a Lola y a Enrique se los trató con particular encono ya en las dependencias policiales, y que los pasearon por todo Madrid en varias ocasiones.<sup>68</sup> Que trataran de torturarlo solo por pertenecer a una organización comunista no es del todo descartable. Al fin y al cabo, otros miembros del FLP como Francisco Pereña fueron torturados durante sus detenciones.<sup>69</sup> Sin embargo, esto no era habitual entre los jóvenes miembros del FLP, y la vez anterior que habían sido detenidos Javier y Enrique no sufrieron ningún rasguño. Es muy probable que los tres policías pensaran que Enrique tenía una información que estimaran muy relevante, y que esta información tuviera relación con la llave que le encontraron a Lola. En todo caso, si la policía hubiera sabido desde el primer momento que Enrique y Lola tenían esta información crucial, lo lógico habría sido que los hubieran interrogado más profundamente en las dependencias policiales, donde habrían podido usar todos los métodos inquisitivos habituales. Por ello, lo razonable es pensar que la policía encontró algo relevante en el piso, que les dio pábulo a pensar que Enrique pudiera estar ocultando algo de vital importancia. Sin embargo, los inquilinos del piso, que llevaban ya mucho tiempo huyendo de la policía y eran particularmente cuidadosos al respecto, dejaron el piso impoluto y sin ningún tipo de prueba contra Enrique más allá de las maletas vacías que encontró la policía. Los agentes no hallaron propaganda revolucionaria ni ningún tipo de indicio acerca de las actividades políticas de nuestros protagonistas porque no la había.<sup>70</sup>

Sin embargo, la información que la policía pudo encontrar en el piso, y que supone una de las grandes incógnitas del caso Ruano, fue descubrir la identidad de aquellos que lo tenían alquilado: Ángel Artola y Loli Latierro. Como hemos visto anteriormente, los dos estaban muy habituados a las persecuciones policiales tras el estado de excepción de Guipúzcoa, y desde que supieron que habían detenido a Enrique y a Lola llevaron una vida lo más cautelosa posible para evitar ser detenidos. Recogieron todas las cosas del piso y lo abandonaron, y estuvieron los siguientes tres días deambulando por Madrid, ocupando el tiempo con todo tipo de quehaceres y vigilando el edificio desde las calles contiguas para evitar correr cualquier riesgo.<sup>71</sup>

Llamaron a Margot para decirle que habían abandonado el piso, y le pidieron que les informara de lo que le ocurría a su hermano. Como hemos mencionado, Ángel acabó figurando en el sumario del caso de Enrique como miembro de ETA. Ángel y Loli habían tenido que abandonar San Sebastián por el acoso policial a la banda terrorista. Durante esos años hubo numerosas detenciones de miembros y simpatizantes de ETA, y muchas acababan en malos tratos y torturas.<sup>72</sup> Aunque inicialmente se confinaron en un pequeño pueblo cerca de San Sebastián, como hicieron una buena parte de los perseguidos, al final decidieron ir a Madrid, ya que conocían a una serie de personas por su vinculación con movimientos de izquierda no nacionalista.

Al llegar al piso con Enrique, puede que los policías sospecharan que estaba alquilado por un miembro de ETA. De esta manera, la policía de repente pudo haber descubierto un vínculo entre la banda terrorista y los estudiantes antifranquistas, y pudo pensar que Enrique tendría mucha información acerca de otros miembros de la banda. Además, en una sorprendente coincidencia, no se puede olvidar que Ángel y Loli habían residido antes en la casa de la hermana de Fraga, y que es posible que el ministro tuviera constancia de ello. Esto es así por lo siguiente: para darle una coartada al fugitivo Ángel de lo que hacía en Madrid, figuraba que estaba trabajando para la misma editorial que María Jesús Saenz, la compañera de piso de Ana Fraga Iribarne.<sup>73</sup> La policía hacía seguimientos constantes a la hermana de Fraga y a su compañera de piso, y tal vez pudo saber que alojaban en su casa a dos miembros de ETA. De haber sido así, resulta muy plausible que la policía franquista quisiera saber todo lo posible sobre ellos, y que Fraga quisiera silenciar toda la información que vinculaba a su familia directamente con miembros de la banda terrorista.

Encontrar un vínculo entre ETA y los estudiantes antifranquistas, aunque fuera falso, pudo provocar que la policía tratara a Enrique de una manera radicalmente diferente. La policía empleaba con aquellos detenidos sospechosos de terrorismo, a los que se trataba de castigar ejemplarmente, métodos mucho más duros que contra los estudiantes. La represión contra ETA se había intensificado tras el asesinato de Melitón Manzanos el 2 de agosto de 1968, y al día siguiente de este hecho se decretó un estado de excepción en Guipúzcoa que duró hasta el 25 de marzo del 1969. Esto provocó que a las

fuerzas de seguridad les bastara con sospechar para «detener a una persona y llevarla al calabozo».<sup>74</sup> La represión en el País Vasco fue muy dura, con múltiples episodios de detenciones disparatadas y aleatorias.

La detención de Enrique coincidió con uno de los momentos álgidos de la lucha contra ETA. Unos días antes, se había producido en Navarra el primer intento de fuga de unos etarras, que resultó infructuoso. En 1969, según el historiador Xavier Casals, de entre los 1953 detenidos por pertenecer o estar vinculados a la banda terrorista «890 fueron maltratados, 510 torturados, 93 juzgados por el TOP y 53 en consejo de guerra».<sup>75</sup> La extrema represión empleada contra ETA hizo que muchos simpatizantes de la izquierda no nacionalista se solidarizaran con la banda.<sup>76</sup> De repente, si la policía averiguó que Enrique alojaba en su piso a dos personas vinculadas con ETA, un simple estudiante revoltoso podía ser considerado un potencial terrorista. Al menos, es plausible que pensaran que tenía información valiosa sobre otros miembros de la banda terrorista. Esta hipótesis es defendida por Ángel Artola y Loli Latierro, las dos personas que ocupaban el piso. Ellos afirman que Enrique fue una víctima colateral de la represión contra la banda terrorista, y creo que esta hipótesis no es del todo descartable. Sin embargo, Lola la consideraba totalmente inverosímil. Cuando, muchos años después, Ángel y Loli le contaron por carta a Lola esta hipótesis sobre el motivo de la muerte de Enrique, Lola dejó de contestarles y les negó cualquier trato.<sup>77</sup> Desde entonces no volvió prácticamente a dirigirles la palabra, lo que indica hasta qué punto era Lola sensible con todo lo que rodeaba al caso de Enrique. En todo caso, no puede descartarse la posibilidad de que la policía viera un vínculo de Enrique con ETA, y que tratara de sacarle toda la información posible. Aun así, quedaría la incógnita de por qué la policía no trató de sonsacar la información a Lola sobre Ángel y Loli tras la muerte de Enrique. Con el sumario por el supuesto suicidio de Enrique todavía abierto, es posible que los policías no quisieran darle a Lola ningún indicio sobre lo que había pasado en el piso de General Mola.

Tras la muerte de Enrique, la primera persona con la que se pusieron en contacto los, presumiblemente, asustados policías fue con el comisario Juan García Gelabert, como él mismo reconoció tras la reapertura del caso treinta años después. Gelabert no les examinó ni comprobó las armas que portaban,

en un importante acto de dejación de funciones.<sup>78</sup> Afirmó en el juicio que «no tenía motivos para no creerse que se había precipitado puesto que así se lo habían dicho». Resulta muy sospechoso, y como mínimo una grave negligencia profesional, que Gelabert no tomara ni siquiera una medida tan básica para determinar la verosimilitud de lo que decían sus subalternos. Es posible también que los mismos policías le confesaran que habían matado al interrogado, y que Gelabert comenzara a urdir el plan para que salieran indemnes. Como hemos sugerido antes, es hasta posible que Gelabert estuviera al corriente de todo desde que los policías llegaron al piso y descubrieron la identidad de Ángel y Loli. Por lo menos Francisco Colino Hernanz tenía una gran relación con su jefe, y según el periodista Antoni Batista era su hombre de mayor confianza.<sup>79</sup> De acuerdo con este periodista, en agosto de 1964 los dos habían participado en un gran operativo para detener a dos anarquistas que pretendían acabar con la vida de Franco, Fernando Carballo y Stuart Christie. Según el testimonio de este último, un libertario escocés que tenía entonces dieciocho años, cuando lo detuvieron los policías liderados por Gelabert:

Me bajaban las escaleras cuando mis acompañantes de la BPS giraron totalmente de manera inesperada y, sin motivo alguno, me llevaron hacia un ventanal abierto. Me retorcieron los brazos detrás de la espalda y forzaron la mitad superior de mi cuerpo a través de la ventana sobre la pequeña calle que corre a lo largo de la parte trasera de la Seguridad, la calle de San Francisco. Gelabert, sosteniéndome con fuerza, me susurró al oído que, por si estaba coqueteando con la idea de saltar, debía saber que estaba en la misma ventana por la que habían defenestrado a Julián Grimau García.<sup>80</sup>

En esta operación también estuvo implicado Jesús Simón Cristóbal, aunque no sabemos si fue uno de los que amenazó a Stuart con lanzarle al vacío.<sup>81</sup> Por sus antecedentes, cabe suponer que Gelabert pudo dar la orden de que se utilizaran contra Enrique ese tipo de métodos, si se le habían descubierto vínculos con miembros de ETA. Cuando todo se les fue de las manos, es previsible que apareciera la solidaridad entre unos policías con tantas experiencias compartidas.

Tras un aviso telefónico de la Jefatura Superior de Policía y haber hablado con los posibles testigos para que dieran el testimonio que interesaba a la policía, se incoó un sumario por el «suicidio de Enrique Ruano

Casanova». En la diligencia ya se hacía constar que «según aviso de la Policía Jefatura Superior, se informa de que se ha tirado desde un séptimo piso de la casa número 60 de la calle General Mola, el inquilino de la misma Enrique Ruano». <sup>82</sup> La primera referencia a un partido político es al «Partido Comunista clandestino», del que se dice que Enrique era miembro, demostrando lo perdidos que andaban los policías. El juez instruyó para que se practicara una diligencia ocular y un levantamiento del cadáver. El cadáver de Enrique fue trasladado entonces al Instituto Anatómico Forense, en la calle de Santa Isabel. <sup>83</sup> En las siguientes diligencias, se remite todo lo que tenía Enrique en el momento de su muerte: una cazadora de tela de gabardina con forro interior de piel, tres llaves, un par de cordones, un paquete de tabaco y una bolsa con alimentos. A continuación, se mandan las notas de Enrique a Castilla del Pino, unas notas que se habían requisado irregularmente. Iban acompañadas en el sumario de la siguiente aclaración del comisario jefe, con la intención de influir en el juez:

Tengo el honor de transmitir a V.I., fotocopia de un escrito ocupado al suicida ENRIQUE RUANO CASANOVA, en el que se evidencia su estado de angustia mental, llegando a admitir en tal escrito «cuando pienso esto, está detrás la seguridad del suicidio». Ello permite pensar, que la idea de suicidarse, le dominaba desde hace tiempo, posiblemente por contrariedades en sus relaciones con un amigo que menciona con el nombre de JAVIER. Dios guarde a V.I. muchos años. <sup>84</sup>

Desde un primer momento el sumario sugiere que no hay otra posibilidad que no sea la del suicidio, y se da como prueba irrefutable unas simples notas que no demuestran cuáles eran las intenciones del estudiante. Los jueces aceptaron como totalmente válida la versión de los policías desde el primer momento, y no exigieron ningún tipo de garantía adicional. La llamada que habían realizado los policías al experimentado Gelabert tenía seguramente el objetivo de ver qué hacían para deshacerse de cualquier prueba. No podemos saber con exactitud cuál fue el contenido de la conversación, ni si el asunto llegó ese mismo día a policías especializados en este tipo de asuntos como Roberto Conesa o Billy el Niño. Según declaró años más tarde el militante del PCE José Luis Uriz, cuando fue torturado por Billy el Niño, el sádico policía fue apercebido por otro interrogador de que no se excediera por si podía

causarle la muerte al detenido. Billy el Niño contestó que «no importa, hacemos como con Ruano, lo tiramos por la ventana y decimos que se quería escapar».<sup>85</sup> Aunque no podemos saber qué pasó en los cuarteles de la DGS, sí tenemos la certeza de que hubo mucha gente implicada en impedir que se difundiera lo ocurrido o se indagara hasta el fondo del asunto. Y también sabemos que el proceso fue una chapuza.

Para empezar, se incoó como un caso de suicidio, y en ningún momento se puso en duda que ésta hubiera sido la causa de la muerte. Como consecuencia de ello, el sumario fue tramitado por la jurisdicción ordinaria y no por la que se encargaba del orden público. El juez Francisco Javier Ruiz-Ocaña Remiro, en cuyo juzgado recayó el caso, no estaba vinculado a la jurisdicción política y no tenía mucho conocimiento de lo que ocurría en este tipo de casos. Además, a la familia de Enrique no se le permitió designar un médico para que estuviese presente en la autopsia. De esta manera, tuvieron que confiar en la buena fe de Enrech. Por si esto fuera poco, no se practicaron diligencias para investigar las circunstancias del supuesto suicidio ni tampoco se llamó a declarar a los testigos para comprobar la verosimilitud de sus versiones. No se hizo una reconstrucción judicial de lo que pasó en el interior del apartamento, ni se comprobaron las armas de los policías implicados. Por eso mismo, no se supo si habían sido o no disparadas, lo que habría sido de gran importancia en la reapertura del caso veinte años después. Por su parte, el fiscal no pidió diligencia probatoria alguna, y demostró una desidia solo comparable a la del juez instructor. La autopsia y el informe anatomopatológico de un fragmento de piel serían fundamentales para que casi treinta años más tarde se pudiera saber qué ocurrió verdaderamente. Pero entonces, cuando se efectuaron, fueron pasadas por alto por unas personas que tenían más interés en salir del paso que en descubrir la verdad.<sup>86</sup>

Como escribió la magistrada María José de la Vega Llanes en su voto particular, la familia Ruano se encontró con las siguientes dificultades para investigar lo que había ocurrido:

- 1.º No se les permitió que estuviera presente en la autopsia el médico de cabecera de la familia.
- 2.º No pudo llevarse a cabo la reconstrucción de los hechos al haberse perdido las llaves de la vivienda.

3.º Un dato fundamental es que antes de personarse el juzgado para las diligencias de inspección ocular acudieron al lugar los superiores jerárquicos de los procesados.

4.º No se hizo comprobación alguna de las armas. Prueba determinante para descartar o no el disparo, fundamental dados los signos evidentes de la lesión descrita.

5.º Que la instrucción hasta la reapertura se siguió por presunto suicidio cuando tal lesión descubre que tuvo que ser causada por un tercero y de frente.<sup>87</sup>

Era lógico que desde el régimen franquista no se quisiera desvelar la existencia de cuerpos de seguridad que actuaban a sus anchas, que torturaban y en ocasiones mataban a los detenidos. La presión internacional y la de la prensa que cubría estos asuntos hacía que el Ministerio de Información y Turismo de Manuel Fraga, que trataba de difundir al exterior una imagen de país moderno, proyectara la idea de que los detenidos en el franquismo tenían acceso a todas las garantías judiciales. Cuando algún caso destapaba lo contrario, los resortes de la desinformación se disparaban y se ponían en marcha los mecanismos de propaganda de la prensa del régimen y de los ministerios. El caso de la defenestración de Enrique no es el único ocurrido durante los años sesenta, sino un episodio más entre otros. En este momento de la narración, merece la pena detenerse en algunos de ellos.

El 20 de abril de 1963 fue ejecutado el activista comunista Julián Grimau. Desde el principio, muchos militantes antifranquistas, como Nicolás Sartorius, tuvieron «la sensación de que aquella no era una detención más, sino que el régimen quería dar una advertencia a la oposición en general y a los comunistas en particular».<sup>88</sup> Grimau se había dedicado a labores policiales durante la Guerra Civil y fue acusado de haber cometido torturas y asesinatos en esos años.<sup>89</sup> Fue condenado a muerte por un tribunal militar en 1963. Las concomitancias entre el caso de Grimau y el posterior de Enrique son sorprendentes. Más allá de que ambos pudieran tener en común el hecho de ser algo descuidados con respecto a las medidas de seguridad personal, la actuación de la policía secreta franquista, del Ministerio de Información y Turismo de Manuel Fraga y periódicos como *Abc* dan pistas decisivas sobre lo que pudo pasar seis años después con Enrique. Tras ser detenido en 1962, fue torturado repetidamente. Luego Grimau le contó a su abogado que lo habían defenestrado desde un segundo piso.

La policía dijo que Grimau se había lanzado desde una ventana de la Dirección General de Seguridad para suicidarse. En el Comité Ejecutivo del PCE todos pensaron que había sido deliberadamente arrojado por la ventana, y ocultar así las huellas de los malos tratos.<sup>90</sup> Sin embargo, la prensa, manejada por Fraga, mantuvo la versión policial, y en todo caso omitió cualquier posible información veraz. El propio ministro dijo públicamente que Grimau había tenido «un trato exquisito» y que se había defenestrado de manera «inexplicable». En varias ocasiones, Fraga alegó que, en las prisiones, a pesar del buen trato recibido, era habitual que los detenidos sufrieran depresiones y tomaran medidas irrazonables. Mientras hacía esas declaraciones, desde su ministerio se esparcieron folletos como el de «Julián Grimau o el arte de fabricar una víctima», contra aquellas personas que pedían el indulto, u otro titulado «Crimen y Castigo».<sup>91</sup> La prensa del régimen no dudó en ningún momento de la versión oficial, y desde varios periódicos se afirmó que se había lanzado a la calle inesperadamente mientras era custodiado con la debida diligencia. La actuación de Manuel Fraga en el asunto Grimau hizo que José Antonio Novais, corresponsal del periódico francés *Le Monde* en España, sintiera crecer su animadversión hacia el ministro, con el que mantendría una relación muy conflictiva. Novais informó a sus lectores del viaje de varios médicos franceses para comprobar el estado de salud de Grimau tras la defenestración, y de cómo se les denegó la autorización para visitar al prisionero.<sup>92</sup>

El proceso contra Julián Grimau estuvo lleno de irregularidades. En su consejo de guerra fue fundamental la figura del fiscal militar Manuel Fernández Martín, que formaba parte del cuerpo jurídico del ejército tras haber falsificado su acreditación para poder ejercer. Manuel Fernández Martín había intervenido en cuatro mil juicios sumarísimos sin tener la carrera de Derecho, lo que era ilegal incluso según la legislación franquista.<sup>93</sup> Para conseguir su empleo en el tribunal militar, había jurado por su honor que era licenciado en Derecho, cosa que se demostraría falsa cuando en una investigación posterior se supo que solo había aprobado las tres primeras asignaturas de la carrera. Manuel Fernández Martín había sido jefe de un campo de concentración de prisioneros políticos, se hizo pasar por médico durante un tiempo y fue procurador de las Cortes franquistas durante varios

años. La sentencia condenatoria a Julián Grimau del 18 de abril de 1963 fue redactada por él mismo, y contenía numerosas irregularidades para que no hubiera posibilidades de conmutar la pena de muerte impuesta.<sup>94</sup> Tres años más tarde, Fernández Martín sería condenado por el Consejo Supremo de Justicia Militar por un delito de usurpación de funciones. Se le aplicó una sorprendente atenuante: el tribunal consideró que «no había tenido la intención de causar daños importantes».<sup>95</sup>

La presión internacional sobre el caso de Julián Grimau fue enorme. Los observadores de otros países presentes en el juicio denunciaron las graves anomalías en todo el proceso, e importantes personalidades internacionales como el dirigente de la Unión Soviética Nikita Krushev o el futuro papa Pablo VI trataron de conseguir una rectificación del régimen franquista.<sup>96</sup> Entre los días 17 y 25 de abril de 1963, las principales cabeceras europeas hicieron eco de las protestas y peticiones de clemencia por el asunto Grimau. El caso llegó a las portadas de *The Guardian*, *Le Monde*, *La Stampa* y el *New York Times*. Hubo diversas manifestaciones en numerosas ciudades europeas, y en Bélgica unos trescientos españoles entraron en la embajada de España profiriendo gritos contra Franco. Joaquín Ruiz Giménez y José Jiménez de Parga se entrevistaron con Fraga, que les aseguró hipócritamente que a Grimau no se le iba a fusilar. Aunque Fraga posteriormente declaró que «ningún ministro ha considerado que la sentencia de pena de muerte deba ser conmutada»,<sup>97</sup> lo cierto es que en sus memorias reconoció que hubo discrepancias entre los ministros, pues algunos pretendieron hacer caso a las numerosas peticiones de clemencia que recibieron.<sup>98</sup> Los últimos instantes de vida de Grimau transcurrieron de este modo:

... tras recibir las descargas Grimau quedó con vida y con conciencia sobre el suelo, al parecer el teniente Gallardo que dirigía el pelotón no tenía mucho ánimo y tuvo que ser conminado para disparar, según las versiones, dos y hasta tres veces. Esos tiros de gracia terminaron definitivamente con la vida de Julián Grimau. Aquel teniente acabó su vida en un psiquiátrico sin poder olvidar la cara del malherido mientras se dirigía a él para decirle: «cumpla con su obligación y acabe de una vez».<sup>99</sup>

*Abc* no se hizo eco del excepcional procedimiento utilizado con Grimau, y titulaba de la siguiente extraña manera la noticia del fusilamiento: «La checa de la plaza de Berenguer el Grande, de Barcelona».<sup>100</sup> En el subtítulo, explicaba que «su jefe, Julián Grimau, ha sido condenado a la última pena por un tribunal militar», y hacía una detallada revisión de todos los supuestos asesinatos y torturas por los que Grimau fue condenado. El resto de la prensa franquista combinó la habitual falta de información con los ataques a las cabeceras internacionales que habían sido críticas con la actuación del Gobierno español. En la portada de *La Vanguardia* se pudo leer: «España ha probado suficientemente dos cosas: la rigurosa limpieza y honestidad de sus tribunales, por una parte, y la resolución inapelable de ejercer su libertad y su soberanía, sin hipotecas ni injerencias ajenas, por la otra».<sup>101</sup>

Respecto a las críticas realizadas por españoles a través de la prensa internacional, los resortes del Ministerio de Información y Turismo de Fraga solían incitar a las cabeceras afines a emprender campañas de descrédito contra quienes criticaban al régimen en la prensa internacional. Tras un artículo de Dionisio Ridruejo en *Le Monde*, crítico con el fusilamiento de Grimau, el diario falangista *Arriba* cargó contra él, acusándole de ser un «afiliado y desafiliado a tantas cosas y tantos puestos», y de estar «únicamente adherido a un objetivo: hablar por no callar».<sup>102</sup> Se acusó a Ridruejo, que había sido colaborador del *Arriba* cuando era falangista, de haber querido «colgar a los que no compartían las ideas que por aquel entonces decía tener don Dionisio Ridruejo» y de haber cambiado de bando para «seguir viviendo según su conocida vocación del ocio permanente, el hiperideólogo de la coexistencia con el crimen».<sup>103</sup> Se trataba de silenciar aquellas voces que tenían cierta influencia fuera de España. Fraga mantuvo siempre que aquel fusilamiento fue un acto justo. Muchos años después, en 2005, tras una iniciativa de Izquierda Unida en la Comisión Constitucional para rehabilitar la figura de Grimau, Fraga se mostraría crítico con ella, lo que generó cierta polémica en torno a la figura del entonces presidente de la Junta de Galicia. Fraga, que tachó quizá justamente a Grimau de ser «un sanguinario asesino», no admitió jamás ninguna de las irregularidades que se cometieron en su juicio

ni en la prensa franquista que él mismo dirigía. Por desgracia, aquél no fue el único caso sospechoso de defenestración de la policía al que tendría que hacer frente en su etapa ministerial.

Dos meses antes del fusilamiento de Grimau, se había dado otro caso de defenestración con grandes similitudes con el de Enrique. Se trataba del escritor andaluz Manuel Moreno Barranco, que murió en oscuras circunstancias en una cárcel de Jerez el 22 de febrero de 1963. Tras ser detenido por la Brigada Político Social, pasar unos días en la comisaría e ingresar en la cárcel de Jerez, los diarios locales gaditanos aseguraron que el detenido se había lanzado de un barandal, intentando suicidarse.<sup>104</sup> En la nota de prensa no se decía que Manuel Moreno Barranco había sido detenido irregularmente, ni que estaba a disposición de la policía cuando cayó. Simplemente, se constataba que «había caído a un patio desde una altura de siete metros».<sup>105</sup> El escritor jerezano José Manuel Caballero Bonald, junto con otros intelectuales, publicó un escrito en el que pedía una investigación del accidente y afirmaba que Manuel Moreno Barranco «ha muerto violentamente en un local de la policía española».<sup>106</sup> En la carta de respuesta de Manuel Fraga, el ministro declaró que «cuando el celador abrió normalmente la celda que ocupaba el señor Moreno Barranco, a las ocho de la mañana del día 22 de febrero, el detenido se arrojó de cabeza por encima de la barandilla del corredor sito delante de su celda y cayó al patio fracturándose la base del cráneo».

A pesar de que la madre de Manuel Moreno Barranco fue amenazada por la policía, y de que se le había detenido y retenido sin orden judicial ni acusación formal, en su carta Fraga continúa afirmando que «ni el detenido se encontraba en un local de la policía ni existen indicios de malos tratos como el que usted atribuye gratuitamente a nuestras instituciones de seguridad, cuya ejemplar conducta respeta escrupulosamente los procedimientos legales». En su respuesta, Fraga utilizó el mismo argumento espurio que esgrimiría en el caso de Enrique: una depresión llevó, a pesar del buen trato policial concedido al detenido, a un inevitable suicidio. Continúa diciendo que las prisiones españolas, en las que «se concede a los detenidos un margen muy amplio para su libre actividad y su trabajo», son a pesar de eso «lugares propicios a que se produzcan estados de depresión que pueden conducir a

decisiones como la adoptada por el señor Moreno Barranco». La policía maltrataba e incluso torturaba con impunidad a muchos miembros de la oposición al franquismo, pero Fraga no tiene ningún problema en considerar «como injuriosa y calumniosa una hipótesis tan ligeramente manifestada sobre la conducta de funcionarios honorables y leales a su misión de defensa de la Ley dentro de nuestra comunidad nacional». Por último, el ministro acusaba a Caballero Bonald de «ligereza» y de seguir una «hipócrita campaña comunista contra España» con el objetivo de «fomentar la subversión en España» por recordar el caso de Julián Grimau junto al de Manuel Moreno Barranco.

A finales de enero de 1967, en otro caso sorprendente, murió Rafael Guijarro, un estudiante madrileño afiliado a un grupúsculo maoísta tras, según la policía, saltar al vacío desde el sexto piso de su domicilio.<sup>107</sup> Guijarro había dicho en varias ocasiones a la policía que se suicidaría antes que delatar a nadie, y previsiblemente fue sometido a malos tratos y quizás a torturas. Según su madre, que supuestamente vio cómo su hijo se lanzaba al vacío, lo hizo para no tener que «enfrentarse a su padre», que era un hombre autoritario e intransigente. Al igual que en el caso de Grimau como en los de Moreno Barranco y Enrique, la prensa franquista se atuvo a la versión de Fraga y silenció el caso, dando la falsa información de que los detenidos habían tenido un «trato exquisito». Tras la muerte de Rafael Guijarro, la cantautora María del Mar Bonet compuso en 1968 la canción *Què volen aquesta gent?*, que utilizaba la letra de un poema de Lluís Serrahima denunciando la represión política franquista, y que fue inmediatamente censurada en los festivales y en la radio. Poco después de que la canción saliera a la luz, se produjo la muerte de Enrique, y aquélla se convirtió en un homenaje a Enrique y a los otros defenestrados por el franquismo.<sup>108</sup>

La Dirección General de Seguridad emitió una nota a través de la agencia Cifra, para que fuera publicada en los principales periódicos nacionales. En ella se dice que «Enrique Ruano Casanova inopinadamente emprendió una corta carrera hacia la salida de la casa, e inmediatamente de ello, sin llegar a la escalera, se arrojó a un patio interior, falleciendo en el acto, ya que el piso corresponde a la séptima planta». Además, se menciona que «entre los

documentos ocupados al finado figura una especie de diario en el que refleja su idea obsesiva de suicidio, relacionado, al parecer, con algún disgusto con un amigo llamado Javier y algunas contrariedades con su novia. El luctuoso hecho fue presentado en su totalidad por el portero de la finca, que asistía como testigo del registro». Muy sorprendentemente, se afirma que Enrique era «la persona que más explícitamente había hablado hasta el momento, reconociendo que tanto él como los otros detenidos pertenecían al partido comunista revolucionario». Esta nota le llegó al director de *Abc*, Torcuato Luca de Tena, que la conservó hasta su muerte en sus archivos.<sup>109</sup>

Además de la información procedente de la policía, el director de *Abc* recibió la carta de un estudiante de la facultad de Derecho el 21 de enero. La misiva era anónima por el riesgo de detención, y estaba firmada por el departamento de información de la facultad de Derecho. La carta contiene varios errores fácticos y muestra a la perfección tanto lo que pensaban la mayoría de los estudiantes antifranquistas sobre lo que había ocurrido con Enrique como la ideología y los referentes internacionales entre la mayoría de los estudiantes politizados:

Enrique Ruano ya no existe.

Ayer, 20 de enero, nuestro compañero de facultad Enrique Ruano Casanova ha muerto cuando estaba detenido por la Brigada Político Social. Tras su detención después de cuarentay ocho horas de interrogatorio con el tristemente célebre sistema de focos, golpes, palizas, etcétera... fue conducido a una casa del número 60 de General Mola, para verificar unas pruebas. Allí echó a correr debido a la tensión nerviosa... la debilidad de cuarenta y ocho horas de detención con numerosos interrogatorios con focos y golpes. A consecuencia de esa tensión y debilidad cayó en un falso movimiento desde una altura de tres pisos falleciendo en el acto. Enrique Ruano vivió intensamente sus veintiún años entregado a una meta que persiguió desde varias perspectivas. Esa meta crea una sociedad nueva, una sociedad en la que no haya hambre, injusticia, opresión, una sociedad que es perfectamente realizable. En nuestra facultad, desde su trabajo el pasado curso en el Departamento de Iniciación, intentó hacernos ver a los que llegamos la necesidad y posibilidad de una sociedad diferente y mejor. Enrique, los que lo tratasteis lo sabéis, fue un hombre de espíritu abierto, con un afecto real, crítico para él y para nosotros sus amigos, sin que esa crítica menoscabase su amor a los hombres. Enrique fue, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Enrique fue, ha sido y ha muerto, por una idea que sigue y que hombres en todas las latitudes defienden o dejaron de defender en una sierra en tierra americana con una bala a quemarropa. Enrique fue un hombre, uno más en la lucha, pero hoy es un símbolo, una antorcha patética que nos recuerda dónde estamos. Y una antorcha no puede apagarse, ese recuerdo debe tomar forma del todo en nosotros, recordándole y actuando en consecuencia. Olvidando hoy diferencias de criterio, estrategias o tácticas, todos los que comprendemos el sentido de su entrega, la importancia de su actuar y la necesidad de esa sociedad auténticamente libre, agrupémonos para mantener ese fuego de libertad. Hoy nosotros sentimos su muerte pero podemos movernos, ya que libres nos somos, pero su novia y compañera nuestra Loli González Ruiz, sigue detenida y enferma. Con ira y con dolor sugerimos, para decidir en asamblea colectiva que se realice una huelga de inasistencia a clase con cinco minutos de silencio cada día en el Hall hasta que suelten a Lola y se abra una investigación sobre las causas de su muerte que, cuando menos, es un homicidio y se retracte la Dirección General de Seguridad del libelo que a través de la Prensa nos ha lanzado.<sup>110</sup>

Torcuato Luca de Tena decidió publicar otro tipo de información, totalmente diferente a esta nota remitida por el departamento de información de la facultad de Derecho, pues a través del periodista Alfredo Semprún,<sup>111</sup> el 22 de enero *Abc* publicó las notas requisadas ilegalmente por la policía de Enrique a Carlos Castilla del Pino, unas notas que se habían remitido primero al juez y luego al periódico. El artículo de *Abc* decía falsamente que se trataba del diario de Enrique. También el diario *El Alcázar* difundió las notas, pero no publicó un editorial como el titulado «Víctima sí, pero ¿de quién?», del periódico dirigido por Luca de Tena. Además de suponer una ilegalidad y de atentar contra la intimidad de Enrique publicando sus notas personales a su psiquiatra como si fuera su diario personal, el periódico echó más leña al fuego acusando sin pruebas a otras personas y organizaciones de la muerte de Enrique. Merece la pena reproducir íntegramente ese editorial:

A la luz de los esclarecedores y terribles documentos que obran en nuestro poder, y que publicamos muy reducidos a continuación, podemos afirmar que el pobre muchacho Enrique Ruano Casanova, de cuyo suicidio dimos cuenta en nuestro número de ayer, ha sido, en efecto, una víctima. Víctima, sí. Pero ¿de quién? De los textos entresacados de las páginas del diario del desventurado suicida se desprende cegadoramente esta triste verdad: Enrique Ruano Casanova —hijo de una familia dignísima y respetabilísima de Madrid— padecía una tremenda crisis depresiva, un

invencible complejo de inferioridad, una frustración patética de sus posibilidades intelectuales y el claro sentido de sentirse oprimido, utilizado por otras manos: «Los otros son el infierno», dice en uno de los párrafos de su diario.

La veracidad del documento queda además avalada por referencias familiares y circunstancias privadas (muchas de las cuales hemos omitido) que nadie, excepto él mismo, podía conocer. A la luz de los hechos resulta infinitamente despreciable y perverso por parte de quienes le arrastraron fuera de la Ley haber utilizado para la acción subversiva a un pobre muchacho tocado de una clara y típica psicopatía, convirtiéndole en un desarraigado de la sociedad en que vivía. Resulta estremecedora la sensación de verse atrapado en otras manos, como lo revela el infortunado muchacho a lo largo de su patético diario: «Me encuentro vendido»; «siento que me chupan la sangre»; «me siento dominado»...

Son afirmaciones desgarradoras. Todo el respeto que nos invade al leer este diario —pues ¿cómo no sentirlo al penetrar en la intimidad de un alma perseguida, y enferma, de un ser acorralado que palpita en la angustia?— se torna indignación y encendida repulsa al ver aprovechada así, tan despiadadamente, su debilidad, su incapacidad para reaccionar y sobreponerse; para romper la red donde estaba cosido.

La detención de los cuatro comunistas, en una de cuyas posteriores diligencias consumó su triste propósito suicida Enrique Ruano Casanova, ha sido pretexto para que los revoltosos volvieran ayer a perturbar gravemente el orden universitario. Banderas rojas con la hoz y el martillo, banderas republicanas, carteles subversivos, Asambleas tumultuarías, agresiones a coches de policía...

Persiste, por tanto, la actitud de violencia de los grupos subversivos. Los incidentes de ayer se suman a la lista de graves sucesos que jalaron el curso pasado. Al cobarde incendio de la vieja Universidad de San Bernardo. Al asalto del Decanato de Derecho de Madrid, a últimos de octubre. Al asalto, más reciente, del Rectorado de la Universidad de Barcelona...

Lógico es preguntarnos, ante esta serie de violencias: ¿Cómo se puede pretender que la sociedad quede inerme, permanezca indefensa, sin intentar, por todos los medios legítimos, la búsqueda, detención y aislamiento de los revoltosos?

Crespones negros han llorado el suicidio de un muchacho. Pero esta muerte, que todos deploramos, ¿a la cuenta de quién hay que cargarla? ¿Puede rechazarla acaso, como obra suya, la subversión? Víctima, sí; pero ¿de quién?<sup>112</sup>

El editorial supone una de las páginas más negras de la historia de *Abc*. Para empezar, oculta que se trata de una nota a un psiquiatra, al que Enrique se dirigía como «Querido doctor», evitando proporcionar así una información esencial para entender el motivo de esas notas. Además, como se ha dicho antes, anuncia que es un diario cuando no lo es. Por supuesto, todas las

referencias a las comprobaciones con la familia de Enrique son absolutamente falsas, y de hecho la familia de Enrique presentó una querrela contra el diario por la publicación de estas notas. Parece ser que Manuel Fraga presionó a Luca de Tena para que las publicase, así como el editorial posterior. Hay muchas posibilidades de que esto fuera así, y que a Fraga le diera las notas directamente algún alto mando de la policía. Sabemos a ciencia cierta que fue Manuel Jiménez Quílez, cuyo jefe directo era Fraga, el que mandó aquellos escritos a *Abc*. Así se lo declaró Torcuato Luca de Tena por escrito al juez cuando se le requirió a hacerlo antes de la apertura del juicio.<sup>113</sup> En la declaración de Jiménez Quílez en el sumario incoado por suicidio de Enrique, el 26 de junio de 1970, admitió «que se lo envió a *Abc* y es posible que a otros diarios [...] sin que pueda determinar la procedencia de dicho documento [...] y que el motivo de enviar el indicado diario a *Abc* fue como un servicio de información, digo de documentación [sic] que es absolutamente normal entre las actividades de dicha Dirección General».<sup>114</sup>

La declaración de Jiménez Quílez resulta reprobable por tres motivos principales. El primero es la insistencia en que las notas constituían un diario, cuando en 1970 *Abc* ya se había visto obligado a disculparse con la familia Ruano en las mismas páginas del periódico, tras la querrela que presentó el padre de Enrique. Por tanto, Jiménez Quílez sabía con seguridad que no se trataba de ningún diario, pero seguía diciéndolo porque era la manera más fácil de no continuar investigando acerca de lo ocurrido. La segunda es que dijera que no podía determinar la procedencia del documento, lo que sin duda es falso y muestra además una grave inconsistencia que el juez debió constatar: si Jiménez Quílez no sabía de dónde venía el documento, no se entiende bien que se lo enviase a la prensa sin verificar su origen. De ser cierto que no hubieran sabido de dónde procedía el documento, el envío a *Abc* hubiera demostrado el estado de desesperación en que se encontraba el Ministerio de Información y Turismo dirigido por Manuel Fraga, que estaba dispuesto a utilizar cualquier tipo de prueba a su favor con independencia de su verosimilitud. En todo caso, sabemos que es mentira porque el propio Jiménez Quílez, en la declaración que hizo el 4 de julio de 1996 tras la reapertura del caso, admitió que la Dirección General de Prensa «era más bien una agencia informativa del Gobierno que recibía información de la fiscalía,

la Dirección General de Seguridad, la Dirección General de la Guardia Civil, etcétera» y que «es cierto que los manuscritos provenían de cualquiera de los organismos mencionados». <sup>115</sup> Por lo tanto, en el Ministerio de Información y Turismo sabían perfectamente de dónde venía el documento, y que no procedía en absoluto de una fuente desinteresada sino de los mismos policías que querían encubrir un posible asesinato.

El tercer motivo es el más flagrante. Que se admita sin tapujos que era «absolutamente normal» enviar notas personales a los periódicos como las de Enrique muestra la miseria moral de un sistema. Para empezar, no es del todo verdad, y el propio Jiménez Quílez así lo reconoció años después, que «alguien llegó con los papeles con el ruego de que se remitiesen a algún periódico con la intención de apaciguar la situación». <sup>116</sup> Pero incluso siendo una media mentira, demuestra que Fraga y Quílez hacían y deshacían todo lo que querían con absoluta impunidad. El juez Ruiz-Ocaña no pareció extrañarse de que un documento que teóricamente les había llegado por un cauce desconocido fuera remitido a la prensa, dando así por sentado que estas cosas eran normales. Cuando en los años noventa se reabrió el caso, la incautación irregular de las notas fue suficiente para declarar nula la prueba. Seguramente, los policías habían hecho cosas parecidas en muchas más ocasiones para difundir bulos, como en los casos de los otros defenestrados por la policía franquista, pero eso no impide que en el caso de Enrique se llegara a un extremo difícilmente superable. El propio Jiménez Quílez se justificaría muchos años más tarde por la publicación de las notas con las siguientes palabras: «Tenía conciencia de que eran documentos íntimos, pero consideraron que concurría un estado de necesidad informativa». <sup>117</sup> Para el Ministerio de Información y Turismo la necesidad informativa era manipular unas notas personales para encubrir una investigación. A diferencia de cuando se lanzó el crucifijo por la ventana de la facultad de Filosofía, no hubo misa de desagravio a la que asistieran ministros, ni se hizo una investigación periodística ni procesal comparable. En el universo franquista importaba más saber la verdad y pedir perdón por el lanzamiento de un crucifijo por una ventana que por el honor de una persona defenestrada desde un séptimo piso.

A pesar de que en sus memorias no hace ninguna mención al asunto, es altísimamente improbable que Fraga no estuviera al corriente de la filtración a los periódicos. De hecho, lo más verosímil es que, como jefe directo de Jiménez Quílez, fuera el que ordenara que se tomaran todas las actuaciones. Jiménez Quílez, ya en los años noventa, dijo que «no recuerda si habló con Fraga Iribarne». <sup>118</sup> En sus memorias, Fraga se limita a afirmar:

Se defenestra un estudiante. El diario del suicida demuestra que estaba pasando difíciles momentos, y que la policía no tiene la culpa. Segundo día de manifestaciones, si bien *ABC* pone la información en su sitio, en cuanto al suicidio. A ver qué se puede hacer con la universidad. Recibo la visita de los familiares del pobre estudiante fallecido: rechazan el intento de politización. Pero ésta continúa, desgraciadamente, como lo demuestra el artículo de Ayesta el día siguiente, en *SP*. <sup>119</sup>

José María Mohedano contó en una entrevista a *El País* que Fraga llamó al deprimido padre de Enrique para advertirle que si seguía indagando «la próxima en ser detenida sería su hermana Margot». <sup>120</sup> Según esta versión de los hechos, el padre de Enrique quedó paralizado, y las hermanas supieron de la llamada al poco tiempo. Sin embargo, Margot recuerda algo diferente. Según su testimonio, ella fue quien cogió la llamada que Fraga realizó a su casa. El ministro quiso hablar con su padre para darle el pésame y saber qué tipo de acciones iban a realizar. Margot, que estaba encolerizada con Fraga por todas las noticias que habían salido tras la muerte de Enrique, no dejó que hablara con su ya destrozado padre. Le dijo que estaba ocupado en ese momento y que no se iba a poder poner al teléfono. <sup>121</sup> Más de cuarenta años después, su explicación en una entrevista a *Público* sobre lo que hizo es la siguiente: «Fraga llamó a mi casa, mientras trataba de arrastrar por el lodo a mi hermano, para dar el pésame. Tenía dieciocho años, pero sabía qué estaba pasando. Me dijo que le pasara a mi padre pero me negué. Bastante tenía mi padre como para escuchar a este miserable». <sup>122</sup>

Margot recuerda que sí que hubo otra llamada más amenazadora, que prescribía a la familia Ruano Casanovas lo que debían hacer a continuación. La realizó Francisco Ruiz-Jarabo, a la sazón presidente del Tribunal Supremo y posterior ministro de Justicia, entre 1973 y 1975. Ruiz-Jarabo le dijo al padre de Enrique dos cosas que le hundieron. La primera, que los miembros

de la familia no acudieran al anatómico forense pues «ya ha muerto un estudiante, no sería bueno que murieran más». <sup>123</sup> La segunda, que no podían ver el cuerpo de Enrique. Por ello, tuvo que ser un cura, primo de la madre de Enrique, el que hiciera el primer reconocimiento del cadáver para la familia. Antes de proceder al entierro, pidió rezar por él en una capilla anexa. En la misma, levantó la tapa el féretro y comprobó que era Enrique. Así se lo comunicó a la familia Ruano Casanovas. <sup>124</sup>

Volviendo a la publicación de *Abc*, se ha dicho también que el mismo Torcuato Luca de Tena reconoció públicamente que había sido presionado por Fraga para publicar las notas, pero lo cierto es que Luca de Tena no dejó nada dicho al respecto. <sup>125</sup> Ciertamente, las relaciones entre los dos eran muy fluidas y amistosas, y continuarían siéndolo durante toda la Transición, materializándose posteriormente en Alianza Popular, el partido formado por Fraga en 1976.

No era ésta la primera ni la última vez que Fraga y su Ministerio de Información y Turismo presionaban a la prensa para que se publicara información falsa o tergiversada. Tampoco que *Abc* y su director Torcuato Luca de Tena participaban en campañas de descalificación e injurias por presiones del régimen y por su propia ideología personal. Además de los siniestros casos de las defenestraciones de Julián Grimau, Manuel Moreno Barranco y Rafael Guijarro, Fraga había estado detrás de la publicación de un libelo titulado *Los nuevos liberales. Florilegio de un ideario político*. Este panfleto pretendía deslegitimar a seis intelectuales que habían evolucionado ideológicamente desde una posición favorable al régimen a otra abiertamente contraria. Los intelectuales eran Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Pedro Laín, José Luis Aranguren, Santiago Montero y José Antonio Maravall, que eran conocidos en el extranjero como los liberales que se oponían abiertamente al régimen. <sup>126</sup> En el libelo en cuestión se decía que

nos parecería bien ahora que estos ideólogos se arrepintieran y callaran, pero nos parece mal que pretendan alzarse también hoy en líderes de lo contrario que defendieron antes. Por ello, como amable aviso a estos y a otros navegantes, recogemos unos cuantos textos entre los muchos que pueden encontrarse en cualquier colección de periódicos o en cualquier biblioteca pública. Garantizamos a quienes nos lean que el florilegio de los nuevos liberales no defraudará sus esperanzas. <sup>127</sup>

Aunque no constaba editor, ni imprenta o fecha de publicación, casi nadie dudaba de la autoría del ministerio de Fraga. No era la primera vez que Fraga usaba el pasado de la oposición para deshonrar y amenazar abiertamente a los opositores antifranquistas. Ya lo había hecho como director del Instituto de Estudios Políticos. Cuando recibió una carta en 1963 por las torturas a los mineros asturianos, destituyó a todos los miembros del instituto que habían firmado la carta.<sup>128</sup> Y respecto a los intelectuales que se adhirieron a las solicitudes de esclarecimiento del asunto de los mineros, Fraga activó las represalias legales contra todos ellos y respondió agresivamente en los medios de comunicación a José Bergamín, un escritor comunista radical que tenía un pasado traumático. Para legitimar el régimen de Franco como una barrera de la amenaza comunista, Fraga presentaba las críticas del exterior a la manera de un ataque comunista a las que él personalmente respondía. Así lo haría en varias ocasiones en el semanario *El Español* y en diversos periódicos como *La Vanguardia* o *Abc*. Volvería a hacerlo en el caso de Enrique.

Como era de esperar, no tardaron en llegar cartas personales a Torcuato Luca de Tena reclamándole una rectificación por la publicación de las notas y el editorial calumnioso. El mismo 22 de enero, el abogado Juan Antonio de la Herrán le escribía lamentando la «publicación inconexa y parcial» que «atenta los derechos ciudadanos más primarios» de las notas privadas de Enrique.<sup>129</sup> El mismo día, otra carta acusaba al periódico de practicar el «terrorismo intelectual y moral; la publicación de un diario íntimo corregido con toda seguridad por la DGS».<sup>130</sup> Por su parte, Leopoldo Torres, vinculado a *Cuadernos para el Diálogo*, le escribió para darse de baja de *Abc* «como medida de higiene mental».<sup>131</sup> Otra carta duda de la versión de suicidio que publica el diario, y le exige una explicación de la publicación de los «diarios» sin autorización de la familia.<sup>132</sup> José María Rianza Ballesteros, tras dar una clase en la facultad de Derecho sobre los derechos de la persona y entre ellos tratar el derecho a la intimidad, y leer el *Abc* del mismo día, llegó a un «grado de asombro y repugnancia [...] extraordinario».<sup>133</sup> En otro texto se acusa a Luca de Tena de cubrir «de vergüenza su nombre y su periódico», y se le sugiere refugiarse «en alguna isla del Caribe donde tenga tiempo de leer libros

de moral, filosofía y periodismo, temas que, por ahora no parece usted dominar». <sup>134</sup> Jesús Aguirre, junto con otras personalidades destacadas que conocían a Enrique como Pedro Altares, Elías Díaz, Mariano Aguilar Navarro o Rafael Martínez Alés, le haría llegar una queja a Torcuato Luca de Tena por la falsa información dada en su periódico. <sup>135</sup> Además, recibió una carta firmada por «un estudiante de Derecho compañero de Enrique Ruano», no sabemos si el mismo que mandó la carta del día anterior, en la que se expresa, en términos indudablemente duros, el sentir de la mayoría de los estudiantes antifranquistas:

He leído en *Abc* los trozos que han publicado del diario de Enrique Ruano y me parece absolutamente indigno el comentario que sobre ellos han hecho. Enrique Ruano era marxista hace tiempo, Enrique Ruano no fue manejado, Enrique Ruano siguió el camino que libremente escogiera buscando para su pueblo la justicia y el progreso según sus ideas y creencias. Interpretar las páginas del diario de la forma que ustedes han hecho es falsear, es usar a Enrique, es adulterar el verdadero significado de sus pensamientos. No hace falta ser muy inteligente ni haber estudiado mucha sicología para adivinar que la dominación de la que Enrique habla en su diario dista mucho de ser la misma de la que hablan ustedes. Absolutamente indigno me parece el afirmar que Enrique se suicidó, y dar la publicidad al hecho tal como se ha dado, pero mucho más indigno es lo que el editorial de *Abc* de hoy hace: usar a Enrique, usar su muerte, para defender las ideas —o mejor, la situación social— que Enrique combatió. Ustedes sí que lo han vendido, ustedes sí que lo están manejando. <sup>136</sup>

El director de *Abc* también recibiría una carta de «un buen ESPAÑOL con el ruego de que se publique», que probablemente provenía de un estudiante de la ultraderecha que quizá conociera a nuestros protagonistas. Se titula «Consideraciones en torno a un mártir prefabricado» y dice algunas cosas representativas del pensamiento de Defensa Universitaria y de los sectores más conservadores del régimen:

Muchos lo han dicho claramente: necesitamos un muerto. Otros lo han manifestado más veladamente: necesitamos una represión más violenta para poder proponer más medidas de fuerza más virulenta. Han estado buscando constantemente la situación en que hubiera podido encontrar un mártir. Ahora nos dicen que tienen uno. Se llama Enrique Ruano. Se arroja por la ventana. O sea, pretenden decir que la Policía les ha dado gratuitamente, graciosamente, ingenuamente, el mártir que buscaban desde hace tanto tiempo y con tanto ahínco. La Policía no es idiota. Desgraciadamente nos lo ha

demostrado con hechos más o menos desagradables. Pero es igual, había que conseguir un muerto, como fuera, y ya lo tienen. Ahora teñirán más rojas sus banderas, gritarán más fuerte, propondrán más huelgas, más acciones. Tienen una razón espectacular: un muerto que ellos mismos se han estado fabricando durante años. Pero nadie es culpable de la muerte de Enrique Ruano exceto *[sic]* los que la andaban buscando.

No nos ofusquemos. No hagamos el juego a quienes pretenden imponer su dictadura con los métodos que sean. Ha habido un muerto, pero no un mártir. Porque del cálculo político de unos oportunistas maquiavélicos. Compañero Enrique Ruano, nuestro respeto si eras sincero. Señores oportunistas, no al martirologio de ocasión, no al oportunismo político de la peor especie. Cuando se busca un muerto se termina encontrándolo: es fácil. Pero encontrar un mártir es mucho más difícil. Puede que haya más muertos, y nosotros pedimos que su sangre caiga sobre los que andan buscando: los políticos oportunistas sedientos de sangre para justificar sus más bajas ambiciones. La universidad está en peligro. ¡Estudiantes, acudid a salvarla!<sup>137</sup>

Algunos grupos estudiantiles usaron la muerte de Enrique con fines políticos. En la asamblea que se hizo al día siguiente en la facultad de Derecho, se armó un gran revuelo cuando Javier Lostalé alabó sus cualidades humanas por encima de sus ideas políticas, poniendo por encima su deseo de escribir y su vocación humanista a su compromiso político. Esto supuso para los militantes comprometidos una desautorización tanto del FLP como del PCE, e hizo que Javier Lostalé dejara de participar poco tiempo después en las actividades de la universidad. En su última asamblea, seguramente de manera disparatada, Javier Lostalé concluyó su intervención diciendo aproximadamente que el amor era más importante que la política. Esa noche, la policía detuvo a casi todos los estudiantes que se habían manifestado, pero no arrestaron a Javier Lostalé, quizá por entender que las cosas que decía eran incomprensibles y políticamente inocuas. Según el testimonio del poeta, recibió insultos por parte de diversos miembros del radicalizado FLP, que le llamaban a casa de sus padres para amenazarle y decirle que se preparara para lo que se le venía encima.<sup>138</sup>

Como sucedió posteriormente con Lola y Javier, muchos grupos políticos trataron de hacerse suyo a Enrique una vez convertido en víctima. El FLP emitió un comunicado en el que criticaba que el PCE intentara apropiarse de la figura de Enrique, para después anunciar la inminente llegada de la

revolución socialista por la que había muerto el militante.<sup>139</sup> *Acción Revolucionaria*, el órgano estudiantil del FLP, dedicó un número a Enrique, mostrando muy claramente la prosa sesentayochista y la fase revolucionaria internacionalista en la que se encontraba la formación:

LA REVOLUCIÓN ES LA FIESTA DE LOS OPRIMIDOS

Enrique Ruano, militante revolucionario, ha muerto. Lo han asesinado. Los tres mil compañeros que se manifestaron a continuación, intentaban responder a la violencia legal, asesina, con la violencia ilegal, asesinada. Negaron, en la acción, el contenido que los diez, doce profesionales, de la socialtraición quisieron darle a la espontánea, indignada protesta: Enrique, mártir de la revolución «científico técnica». De alguna manera, lo sabíamos, lo intuíamos todos: él no había muerto por supuestas revoluciones asépticas, tristes, tecnocratizadas. Había luchado, había muerto, por la revolución alegre, la revolución que será la fiesta. Nuestra fiesta. La fiesta de los oprimidos, de los revolucionarios. La Revolución Socialista. No habrá poetas progresistas, cantantes protesta, que recuerden su memoria. No tendría sentido. Su canción es una vieja, entrañable, querida canción, que se compone día a día, desde Petrogrado a Sierra Maestra, desde Pekín al Barrio Latino, desde Hanoi a nuestras fábricas y facultades. Es la vieja canción revolucionaria. Su canción. Nuestra canción. En el día de la fiesta, mañana, la cantaremos.

Hasta entonces,

¡Hasta la victoria siempre, compañero!<sup>140</sup>

El Partido Comunista de España (marxista-leninista) reaccionó a la muerte de Enrique con la siguiente proclama: «Una vez más, queda demostrado, que la dictadura yanqui-franquista está dispuesta a perpetuar la opresión y explotación de nuestro pueblo, a costa de los crímenes y torturas. Por ello, debemos prepararnos para responderles con el único argumento que entienden: LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA».<sup>141</sup> Estos manifiestos contrastaban mucho con lo que su amigo poeta Javier Lostalé sentía sobre la muerte de Enrique. Javier veía a Enrique principalmente como una persona con sensibilidad poética con la que había compartido muchos momentos íntimos. Por eso, el 23 de enero escribió en la sección de «Opiniones ajenas, polémicas, cartas, puntualizaciones, comentarios» de *Abc* la siguiente «Carta a Enrique Ruano». Con este escrito en el mismo periódico que había publicado

el falso diario de Enrique dos días antes, Javier Lostalé cosechó el odio tanto de los compañeros antifranquistas como de los estamentos del régimen. Además, le complicó el acceso a personas del entorno de Enrique:

Señor director de *Abc* de Madrid:

Le ruego publique en su diario esta carta, que, con hondo dolor, escribo a mi amigo y compañero Enrique Ruano.

Querido Enrique,

Ayer, por la mañana, la noticia de tu muerte fue como un silencio que, de pronto, borraba tus palabras, tus gestos, ese alejamiento en que vivías y que nos hacía difícil acceder a ti. No quiero preguntarme por tus ideas políticas (si es que éstas existían), porque me interesa más lo que se ama o sufre, y eso es lo único que da la medida de un hombre. Y yo sé que algo te iba quemando por dentro. ¡Cómo no te iban a volver loco las consignas si tu sensibilidad vibraba con todo y todo te hacía daño!

Escúchame, esta carta va dirigida solo al que tú en verdad eras, no al que querían que fueses, al que ahora sentimos tan cerca de nosotros hablando de esa chica o de algún poema (porque a ti, y eso sí que lo sé bien, te gustaba mucho la poesía). Al que con la mirada perdida buscaba algo que le salvase..., al que soñaba (y esto algunos que tienen la cabeza muy fría no lo entienden).

¿Por qué no llegaríamos antes hasta ti? ¿Por qué no te extenderíamos la mano, para sentir de verdad tu pulso? Ahora ya es tarde, pero tu muerte no puede servir para encender nueva violencia, ni mucho menos puede utilizarse para acciones políticas que te hagan figurar como mártir.

Tu sangre tiene que ser como una rosa que se abra invitándonos a todos a unirnos hombro con hombro, corazón con corazón; tu cuerpo exánime debe ser una hoguera en la que encendamos el perdón y el amor.

Ese abrazo que antes no pude darte te lo entrego ahora, Enrique.<sup>142</sup>

Luca de Tena hizo una serie de anotaciones a bolígrafo en la carta original, que guardó posteriormente. En ellas, acusa a Javier Lostalé de ser un hipócrita y de que él «ha sido uno de los factores que le han destrozado con tu absolutismo poético, con tus ideas puras y estéticas. ¿Es que no hay culpa en tu poesía objetivizada y trascendental?». <sup>143</sup> Luca de Tena debía de estar muy nervioso por la gran abundancia de cartas de queja y de peticiones de baja del periódico que estaba recibiendo, como una de la Residencia de Jesuitas de Madrid. <sup>144</sup> Seguramente, no tenía más información sobre el tema que la falsa que le habían dado desde el Ministerio de Información y Turismo. El 23 de enero, Torcuato recibió una nota informativa, relativamente inexacta, del

periodista conservador Adolfo Prego. En ésta se decía que al parecer había un rumor sobre que «hubo lucha o algo así, y el estudiante cayó a la calle», y que en realidad «el portero de la finca no vio lo sucedido». Respecto a las notas en «el Diario», Adolfo Prego afirmaba que los problemas de Enrique son «más o menos éstos: un amigo le ha birlado a la novia» y que «a Ruano le encontraron una lista sobre las torturas que la policía infligía a los detenidos. Los agentes le dijeron que, si no cantaba, se las aplicarían a su hermana».<sup>145</sup> A Torcuato también le llegaron dos nuevas cartas ese mismo día provenientes de estudiantes. La primera era de un «Grupo de estudiantes Canarios no esclavos de estos libertadores (léase vividores) de nuestra querida España», en la que le decían que si el director no rectificaba «aténgase a las consecuencias que no se harán esperar».<sup>146</sup> Torcuato Luca de Tena remitió la carta a la DGS para que tomara medidas contra los firmantes. La siguiente procede seguramente del mismo estudiante de Derecho que había firmado las anteriores cartas, y esta vez el tono es mucho más agresivo debido a los editoriales previos de *Abc*. Se dirige «al director de *Abc*, diario hitleriano»:

Se pregunta usted de quién es víctima el estudiante a quien usted insulta llamándole suicida, cuando usted sabe muy bien que no se suicidó... Nadie se ha creído la torpe y macabra versión oficial. Nuestro compañero, al que no olvidamos jamás, al que no olvidará la España honrada, ha sido víctima de muchos elementos (no de los que usted dice). Y, sobre todo, ha sido víctima de usted, TORCUATO, que, a diario y desde su desacreditado periódico, viene excitando a una bárbara operación de exterminio contra la clase escolar. A fin de cuentas, es usted hijo de Juan Ignacio, el compañero [...] en tantas andanzas trágicas de la Sevilla de Queipo. Los sucesos del 21 de enero eran lo menos que podíamos hacer los estudiantes ante el hecho insólito que usted trata de comentar a su modo, falseando hechos y situaciones... No firmamos, por saber que es usted confidente de la policía hitleriana que padecemos.<sup>147</sup>

Pero a Luca de Tena no le preocuparon especialmente las acusaciones de los estudiantes de Derecho. Ese mismo día, había constatado que ni siquiera toda la prensa franquista se había alineado a favor del enfoque que había hecho su periódico. Y eso fue lo que más estupor provocó en el periodista. En el falangista *Diario SP*, el diplomático y dramaturgo Julián Ayesta escribió una columna titulada «Lo intolerable» en la que tildaba de «macabra tiranía» el editorial de *Abc* y consideraba que «no hace falta gozar de una sensibilidad

ética excepcional para sentir la más profunda repulsión ante una violación».<sup>148</sup> La airada reacción de Torcuato demuestra su cercanía con los ministros, su afán de poder y el estado de nerviosismo en que se encontraba. Le escribió una carta inmediatamente a Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, en la que le pedía «restablecer mi honorabilidad profesional frente a un funcionario de tu departamento».<sup>149</sup> Usando términos más típicos de la institución del duelo del siglo XIX, como «no sé si sería grotesco o no enviar los padrinos a quien tan frívolamente se atreve a jugar con la honra y el prestigio ajeno; no sé si sería o no civilizado aprovechar la ocasión para cruzar la cara a quien a tal se atreve», le pide al ministro que desautorice, sancione o castigue a «quienes se atreven a tergiversar actuaciones que solo están movidas por un imperativo de justicia y por defensas que a todos —si se atiende a los intereses nacionales— nos son comunes».<sup>150</sup>

Hipócritamente, obviando el origen de la información recibida, Luca de Tena justifica su actuación al frente del periódico con el ánimo de dar una buena impresión al ministro de Exteriores al que estaba pidiendo que sancionara a un diplomático. Esta declaración es muy importante para conocer el imaginario mental, y la postura a la defensiva, que en aquellos momentos mantenía el director de *Abc*. Justifica así su actuación, en una afirmación llena de falsedades:

Quando centenares de estudiantes provocaban alborotos por Madrid vociferando que un compañero suyo había sido asesinado por la Policía; y este periódico tenía a la vista el documento que demostraba indubitablemente que aquel muchacho era un psicópata tratado por alianistas y que había sugerido por escrito su preocupación por el suicidio..., no hubiera sido lícito por parte de un periódico responsable y digno dejar correr sin cortarlo de raíz un rumor calumnioso que atentaba gravemente contra los defensores del orden en contra de los que lo provocan.<sup>151</sup>

Además de esta carta al ministro pidiendo su castigo, el director publicó una respuesta en su periódico al diplomático, en la que vuelve a justificar su actuación diciendo que «*Abc* tenía la prueba indubitable en sus manos»,<sup>152</sup> como si las notas hubieran aparecido por arte de magia y no hubiera habido presiones ministeriales, y que la publicación del «Diario» y del editorial no

eran sino «un excusable deber». Julián Ayesta fue destinado, seguramente en forma de sanción encubierta, a Sudán, donde ni siquiera había en esos momentos embajada española.<sup>153</sup> También mereció la reacción de Torcuato Luca de Tena el escrito que le enviaron una larga lista de firmantes entre los que figuraba, en primer lugar, Enrique Tierno Galván, y lo continuaban relevantes personalidades como el mismo Julián Ayesta, José Antonio Maravall, Fernando Álvarez de Miranda, Raúl Morodo, Fernando Morán, Pedro Laín Entralgo o Álvaro Gil-Robles.<sup>154</sup>

Julio Cerón, el carismático diplomático fundador del FLP, quedó consternado con la noticia de la muerte de Enrique. Aunque no lo había conocido personalmente, su indignación por lo que había hecho *Abc* persistió durante mucho tiempo. Cuando volvió a España en los años ochenta, Luis María Ansón le propuso que firmara un recuadro diario en *Abc*. Julio Cerón puso como condición para colaborar con el periódico que su primer recuadro fuera en memoria de Enrique. En esta primera colaboración con el diario, atacó directamente el trato periodístico que se le había dispensado a Enrique.

Al salir de casa después de tantos años, lo primero tiene que ser honrar a los muertos [...]. Dos veces muerto, también él. Me ha parecido que no había punto más indicado ni mejor ni más fuerte para honrarle que estas páginas que le desamortajaron. No hay más que dos cosas que valgan la pena en esta vida, la vida civil digo: una de ellas es el rigor, la otra la dignidad. Nada más sórdido, escuálido, asqueroso que la excombatencia, mentalidad de rentista y reditohabiente. La excombatencia, que es recordar a los que se quedaron por el camino, ésa es la felicidad.<sup>155</sup>

Ciertamente, la muerte de Enrique causó una enorme conmoción a toda una generación de estudiantes. En la universidad, las revueltas se multiplicaron. Al día siguiente de aquellos hechos, en las aulas y en los pasillos no se dejó de hablar de lo ocurrido. Elías Díaz alabó en su clase las cualidades de Enrique, y fue denunciado por algún alumno ultraderechista a causa de ello.<sup>156</sup> Pronto algunos universitarios comenzaron a pensar que lo habían asesinado. En una Ciudad Universitaria que estaba ocupada por la policía, más de mil estudiantes se reunieron en una asamblea en la facultad de Derecho tras poner crespones negros en los mástiles de las banderas de Derecho y Filosofía y colgar unas banderas republicana y roja en Económicas.

Después, en la virulenta manifestación posterior en el Arco de la Victoria se alcanzó la cifra de dos mil estudiantes, hubo barricadas y apedreamientos que dejaron algunos policías heridos. Hubo disparos al aire por parte de la policía al verse rodeada por grupos de estudiantes.<sup>157</sup> La manifestación se extendió por diversas zonas de Madrid, y en Lavapiés grupos de obreros se unieron a los estudiantes. El objetivo de unir a los obreros con los universitarios que no consiguió Enrique en vida lo logró parcial y momentáneamente su muerte. Las manifestaciones, aunque perdieron intensidad, se mantuvieron en los siguientes días hasta la proclamación del estado de excepción el 24 de enero. En las protestas convocadas en la universidad, según el historiador Eduardo González Calleja, perdió la vida el estudiante madrileño Ignacio Larrazola.<sup>158</sup>

Naturalmente, los amigos y conocidos de Enrique quedaron consternados tras enterarse de la trágica noticia. El mismo día de la muerte de Enrique, un destrozado José María Mohedano fue liberado de la prisión y pudo estar brevemente con la familia de Enrique.<sup>159</sup> Al poco tiempo, fue detenido otra vez y en esta ocasión no lo liberarían tan pronto debido al estado de excepción que estaba a punto de decretarse. El resto de los amigos del FLP también quedaron profundamente tocados. Como expresó lúcidamente Juan Ruiz:

teníamos dieciocho, veinte años, cuando Enrique, que tenía veintiuno, murió en manos de la policía. Y su muerte no podía ser integrada en ningún relato coherente de la vida, sino que convertía a ésta en algo como la imagen shakesperiana de un cuento narrado por un idiota, que nada significa. La muerte de Enrique nos hizo comprender, así, a los dieciocho años, que la vida iba en serio: no porque constituyera un relato triste, pero con sentido, centrado en la muerte; sino porque ésta podía irrumpir en cualquier momento y su irrupción privaba de cualquier sentido y de cualquier coherencia al relato de la vida previa, absurdamente interrumpido.<sup>160</sup>

También quedó roto Fernando Savater, que multiplicó su actividad política a partir de la muerte del que fuera su amigo de adolescencia.<sup>161</sup> El drama se trasladó a numerosos universitarios que no habían conocido personalmente a Enrique, pero quedaron impactados por la muerte de un estudiante tan parecidos a ellos. Por ejemplo, Antonio Elorza, novio de la militante del FLP Marta Bizcarrondo, recuerda «que me asomé al balcón interior de casa de mis padres y grité hasta perder la voz».<sup>162</sup> Por su parte, el

futuro ministro de Interior del PSOE Alfredo Pérez Rubalcaba, que aunque no conocía personalmente a Enrique sabía que había estado en el mismo colegio, sintió el impulso definitivo para implicarse políticamente tras enterarse de su muerte.<sup>163</sup> A partir de entonces, Jesús Aguirre llevó una fotografía de Enrique como una de las tres personas que presumiblemente más influencia habían tenido sobre él junto con José Luis Aranguren y Walter Benjamin.<sup>164</sup> Posteriormente, le dedicó a Enrique la obra *Sermones en España (1969-1970)*, con prólogo de Aranguren, un libro que supuso una importante contribución al cristianismo progresista del que tanto Jesús Aguirre como Enrique fueron al menos durante un tiempo seguidores.<sup>165</sup>

La muerte de Enrique también fue homenajeada por numerosos artistas antifranquistas. El cantautor catalán Lluís Llach le dedicó una canción titulada *Res no ha acabat*, que le creó muchos problemas para poder hacer conciertos durante la dictadura.<sup>166</sup> La canción parece estar dedicada a Lola, o a aquella persona que ve morir a su compañero. Teniendo en cuenta lo que aún tendría que pasar Lola, la canción no podía ser más oportuna. Traducida al castellano, dice así:

No llores más, chiquilla,  
y levanta tu cabeza, chiquilla.  
No llores más ni pienses  
que ha muerto tu compañero.  
Que no se lleve el viento  
la fuerza que de su cuerpo ha quedado.  
Haz de su gesto tu gesto.  
Nada ha acabado.  
Gira los ojos, gira los ojos a tu alrededor,  
no te quedes quieta.  
Lucha con fe, lucha con fe por el compañero  
que murió al alba.  
No tendrá cruces, chiquilla, chiquilla,  
ni flores a sus pies, chiquilla,  
ni encima de blanca piedra  
su nombre estará escrito.  
Y por eso ahora te digo:  
no llores, que con el llanto  
llega el olvido.  
Recoge su herramienta si puedes.

Ponle ánimo.

Por supuesto, la peor parte de la muerte de Enrique se la llevaron su familia y su novia. Para Lola, que estaba en la cárcel para mujeres de Las Ventas, el impacto de la muerte de Enrique y la posterior tergiversación de *Abc* fue tremendo. No sabemos con exactitud quién le dio la noticia. Como sucedería posteriormente con Javier en Atocha, múltiples personas dicen haber sido las encargadas de decírselo. En sus diarios personales, Ruiz-Giménez cuenta que «me tocó a mí tener que decirle lo ocurrido y cooperar con sus padres a consolarla y sostener su espíritu». <sup>167</sup> Lola pudo salir de la cárcel durante unas horas el día 21 de enero, debido «a las circunstancias especiales que concurren en el caso». <sup>168</sup> La recogieron de los calabozos de la DGS Joaquín Ruiz-Giménez y su padre Alberto González, que estaban encargados de hacer que volviera al día siguiente. <sup>169</sup> Lola entró en un estado depresivo, y estuvo tomando medicación hasta que salió de la cárcel. A Joaquín Ruiz-Giménez le produjo una fuerte impresión ver a la joven de esta manera, y haría varias entradas esos días en sus diarios lamentando la suerte de su antigua alumna. <sup>170</sup> Al menos, Lola recibía numerosas visitas en la cárcel, como las de Paquita Sauquillo o Margot Ruano. No pudo asistir al austero entierro de Enrique en el cementerio de San Isidro, lo que le supuso un trauma que recordó toda su vida. <sup>171</sup>

Para la familia Ruano Casanova, el golpe fue devastador. El mismo día de su muerte, cuando la policía les informó de que había sido un suicidio, Margot le pidió a Francisco García Marquina que escribiera un poema para su madre, con la esperanza de que ello le ayudase a pasar el trance. Durante la tarde de ese día, García Marquina escribió un poema que inicialmente se titulaba «A mi amigo Enrique, que eligió morir», ya que en ese primer momento no tenían motivos para sospechar que la versión policial pudiera ser falsa. Cuando comenzaron las dudas, se cambió el título añadiendo la palabra «no». El poema es el siguiente:

Veinte días giraban sobre los calendarios  
y nadie presentía que no abrazarías ya  
la luz del veintiuno  
y aún ahora tampoco lo queremos saber

cuando por los periódicos se trafica tu nombre  
y no lo comprendemos.

Tú has muerto  
pero nada se detuvo contigo  
y en la calle la gente toda sigue viviendo  
ignorando el dolor.

Caíste vertical  
renunciando al refugio triste de una ventana  
donde ángeles marchitos se agrupaban ansiosos  
de la tinta y el orden.

Perfil irremediable  
caído en los escombros de nuestra amarga historia  
moneda sobre el suelo,  
cuerpo extendido por la ciudad indiferente.

Llegabas a creer  
—con tanta ingenuidad, que no soportó el peso  
de tus futuros años—  
que el hombre aún sería justo para partir el pan  
y vivir como hermano  
ofreciendo el más alto regalo de tu cuerpo.

Porque tú fuiste, amigo,  
enteramente bueno desde los ojos a las manos amplias  
y aún modelaste amor  
—corazón estrenado, que mucho compadece y tanto ignora—  
volando sin saberlo  
en tu caída.

Los relojes aún laten en nuestras oficinas  
de espaldas a la muerte de un niño casi hombre  
para que el mar se empape de tremenda vergüenza  
y las horas se agolpen sobre los meridianos.

(Los pasos familiares, un ruido y el anuncio  
de un levísimo aroma acostumbrado.)  
Es inútil amigos, vamos ya  
que cierra los portales el precavido oficio del sereno  
y no esperaréis más tarde.

Enrique se retrasa y esta noche tampoco vendrá a cenar.<sup>172</sup>

Los días que siguieron a la muerte de Enrique fueron terribles para la familia. Margot recuerda el austero entierro de la siguiente manera: «Fue como una escena alemana desoladora: cascos y abrigos grises y armas levantadas, como un recuerdo proyectado y guardado por la cámara de Robert Capa, en tiempos de guerra...». <sup>173</sup> Además de la terrible muerte de su hijo en circunstancias entonces desconocidas, el descrédito público que había sufrido su hijo desde *Abc* los consternó profundamente. El 24 de enero, le escribieron a Torcuato Luca de Tena para que «cesen en toda publicación de datos relativos a la personalidad de nuestro hijo muerto. No pueden imaginar el dolor y el daño que nos han causado con los editoriales [...]. Los rechazamos con firme entereza en cuanto afectan a la personalidad de nuestro hijo. Cesen». <sup>174</sup> Le advertían al director que «está actuando la autoridad judicial. Todos, ante ella para respetar sus actuaciones, debemos guardar silencio. Nosotros, que podríamos haberlo roto, no lo romperemos si no es para ejercitar ante la autoridad judicial nuestros derechos». <sup>175</sup> Tirando balones fuera, Torcuato Luca de Tena les responde que «soy el primero en desear no volver a tener motivos para tratar un tema tan ingrato como aquel del que me piden ustedes un respetuoso silencio. Siento mucho el dolor y el daño que una desgracia tan grande como ésta ha hecho recaer sobre ustedes así como la inevitable repercusión en la prensa de las circunstancias que rodearon al hecho luctuoso». <sup>176</sup>

La familia Ruano no quedó conforme con la escueta respuesta del director y se dispusieron a poner una querrela por la publicación de las notas. Dos meses después, *Abc* se vio obligado a rectificar y a admitir que había manipulado las hojas que la policía le había facilitado irregularmente. <sup>177</sup> El 18 de febrero, Margarita Moreno, la abuela de Enrique, escribió a Torcuato Luca de Tena quejándose de que «los daños morales causados a esta familia son irreparables y para mayor dolor, los hemos recibido de quien siempre consideramos amigo, de ese *Abc* que durante varias generaciones ha estado asociado a los recuerdos más íntimos y entrañables de nuestra vida». <sup>178</sup> Las hermanas y la madre de Enrique, con el tiempo, consiguieron sobreponerse al

dolor. Sin embargo, el padre de Enrique nunca consiguió superar del todo el trauma y murió el 7 de julio de 1975, día del cumpleaños de Enrique, embargado por una gran tristeza.<sup>179</sup>

Mientras Lola se encontraba en un estado depresivo y la situación en la universidad y en la calle se descontrolaba, el 24 de enero se declaraba el estado de excepción, lo que suponía la suspensión de buena parte de los derechos de los ciudadanos y que la policía podía actuar casi sin restricciones. En la lectura del comunicado que anunciaba el estado de excepción, Fraga señaló que «efectivamente es mejor prevenir que curar, no vamos a esperar a una jornada de mayo para que luego sea más difícil y más caro el arreglo».<sup>180</sup> Fraga pensaba que se trataba de una conflagración internacional que «utiliza la generosidad ingenua de la juventud para llevarla a una orgía de nihilismo, de anarquismo y de desobediencia».<sup>181</sup> La policía volvió a ocupar la universidad, y se prohibieron todas las actividades planeadas por los antifranquistas. En las dos primeras semanas se detuvo a unas trescientas personas, la mayoría estudiantes. Se volvió a la censura previa en la prensa hasta abril, hubo numerosos destierros de profesores, registros nocturnos en casas de estudiantes, malos tratos en comisaría y juicios en el TOP. La policía se instaló en las facultades, y los bedeles fueron sustituidos por miembros de la Brigada Político Social.<sup>182</sup>

A pesar de la proclamación del estado de excepción, las manifestaciones y declaraciones en contra de la actuación del Gobierno se mantuvieron durante un tiempo, aunque con menos intensidad. Hubo manifestaciones en diversas ciudades de España, e incluso en París y otras capitales europeas. Por su parte, en el Colegio de Médicos de Madrid hubo un acto reivindicando que todos los presos políticos que entraban en la DGS tuvieran un reconocimiento médico previo para evitar que se dieran casos como el de Enrique. Al acto asistió Antonio Jiménez, que sería el futuro médico de Lola.<sup>183</sup> También se ocuparon algunas iglesias en Madrid como la de San José, aunque con el permiso tácito de los párrocos, y hubo protestas del Colegio de Abogados de

Madrid.<sup>184</sup> Las facultades se reabrieron en función del grado de conflictividad, e incluso cuando se levantó el estado de excepción los policías mantuvieron su presencia en ellas.

La muerte de Enrique dejó al FLP en un estado crítico. Nada más enterarse, Manuel Garí se dispuso a escribir un panfleto y a establecer los contactos con otros miembros del FLP.<sup>185</sup> Una parte de sus dirigentes, como Jaime Pastor y Miguel Romero, se habían ido acercando cada vez más al trotskismo y a la IV Internacional. En palabras de este último, «además del dolor y el desgarró moral, el crimen enfrentaba al FLP a responsabilidades que no estaba en condiciones ni políticas, ni organizativas para afrontar. La organización quedó noqueada. La instauración posterior del estado de excepción agravó esta situación de aturdimiento».<sup>186</sup> A partir de la muerte de Enrique, muchos miembros del FLP tuvieron la impresión de que los trotskistas estaban actuando por su cuenta, y de que no conocían las decisiones que se estaban tomando en la organización.<sup>187</sup> Se quedaron sin saber muy bien qué podían hacer ni con quién podían contar. Muchos de los militantes tuvieron que dispersarse debido a la presión policial y a las detenciones. Algunos, como Marta Bizcarrondo, fueron expulsados sin saber muy bien los motivos.<sup>188</sup>

El estado de excepción hizo aún más difícil las actividades de los grupos universitarios opositores al régimen. Además, las divisiones internas derivaron en el surgimiento de críticas y de facciones en el interior del FLP. Hubo una serie de discusiones y enfrentamientos que permanecen en buena medida ocultos y que tienen como protagonista al enigmático cura castrense José Bailo, que recordemos fue detenido junto a nuestros protagonistas.<sup>189</sup> A José Bailo se le llegó a acusar de ser confidente de la policía y de haberles robado una cantidad importante de dinero. Algunos integrantes del FLP se plantearon ir a por él para darle una lección, y hubo una serie de oscuras persecuciones que llegaron a París, pero de las que se desconocen la mayoría de los datos.<sup>190</sup> A su vez, entre los que quedaron activos en el FLP de la universidad, se acentuó el hiperleninismo y la ensoñación violenta, que sería en poco tiempo llevada a la práctica. Antes de su inmólación definitiva, el FLP tendría arrebatos violentos que podrían haber acabado en tragedia. En palabras de Miguel Romero:

tras sobreponerse al golpe durísimo que significó el asesinato de Ruano y al endurecimiento de la represión (que le afectó especialmente por el exilio de Jaime Pastor y Lucía González), [el FLP] combinó de nuevo lucidez y voluntarismo, ahora ya con rasgos de un activismo desesperado, a partir de «acciones ejemplares» [...] y una mitología del cóctel molotov.<sup>191</sup>

Los comandos violentos no habían sido utilizados salvo en contadas ocasiones. Sin embargo, y durante un fugaz periodo de tiempo, se convirtieron en uno de los principales *modus operandi* de la organización. El llamado Comando de Minnessota coincidió con la salida de Héctor Maravall de la cárcel, en abril. Este comando lanzó numerosos cócteles molotov. Como resultaba previsible, los comandos asustaban mucho a las personas que presenciaban esos hechos, y daban parte de razón a la propaganda del régimen respecto a la peligrosidad de los antifranquistas. Ver a unos encapuchados salir de un coche lanzando piedras y cócteles molotov no era la manera más amable para convencer a una población de las bondades del comunismo. Parece ser que en un momento dado algunos miembros del FLP trataron de poner una bomba junto al estadio de fútbol Santiago Bernabeu, y Lola confesó a varios amigos muchos años más tarde su participación y aquiescencia con esos preparativos que nunca fructificaron.<sup>192</sup> Además, en el 1.º de Mayo actuaron comandos por varios lugares de Madrid, como López de Hoyos o Velázquez. Participaron la mayoría de los integrantes del FLP de Derecho, aunque es posible que Javier no lo hiciera por su habitual miedo a ese tipo de acciones. Tras la actuación de los comandos, a la policía le costaba detenerlos, pues no estaba acostumbrada a ese tipo de acciones por parte de los estudiantes. Antes de cada una de ellas, los *felipes* cronometraban cuánto tiempo se tardaba en coche desde la comisaría más cercana al lugar del asalto.<sup>193</sup>

En este ambiente de radicalización absoluta, el FLP se inmoló. La desintegración comenzó en el FOC, la rama federada del FLP en Cataluña, y tuvo como protagonista al camaleónico líder trotskista Juan Colomar, que pretendía profundizar en las tácticas leninistas de guerrilla urbana y huelgas salvajes contra lo que su sector en el partido denominaba equívocamente «socialdemocracia».<sup>194</sup> Este espíritu de Colomar sería compartido por Manuel Garí, Jaime Pastor y Miguel Romero, que encabezarían sigilosamente

la desmembración del FLP. En pleno estado de excepción, con poca libertad de movimiento por el seguimiento de la policía, irían creando las primeras estructuras de lo que sería la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), una organización trotskista que se consideraba parte del Secretariado Unificado de la IV Internacional y que se vincularía a una escisión obrerista de ETA tras la VI Asamblea.<sup>195</sup> El FLP no sobrevivió a la muerte de Enrique y se disolvió bruscamente.<sup>196</sup> Para el miembro del FLP Joaquín Leguina, el FLP «murió de un empacho de mayo del 68».<sup>197</sup> Al curso siguiente, el PCE era la organización que dominaba sin ningún género de dudas la política universitaria, y muchos de los que hasta hacía poco tiempo lo acusaban de reaccionario y autoritario acabarían ingresando en sus filas.

El mismo año de la muerte de Enrique Ruano y de la proclamación del estado de excepción, el futuro rey Juan Carlos aceptaba las leyes y los Principios del Movimiento, y era designado sucesor de Franco. Esto influyó decisivamente en la imagen que tendrían tanto Lola como otros militantes antifranquistas durante toda su vida del futuro monarca. Mientras Fraga seguía tratando de proyectar un imaginario de país abierto al resto del mundo, y ciertamente el país daba tímidos pasos hacia su democratización, se impidió la publicación de esquelas de Enrique y la información sobre los actos y homenajes que se dedicaban. Se censuraron numerosos intentos de que la prensa informase sobre el caso. El 19 de enero de 1970, el diario *Madrid* trató de publicar una nota que homenajeaba a Enrique, junto a una esquila en su memoria por el primer aniversario de su muerte. Las dos fueron censuradas, y solo pudo publicarse una pequeña reseña de la misa que se celebró el día 20 de enero en el Colegio del Pilar, oficiando el padre Mario González Simancas.<sup>198</sup> La nota, que el periodista del diario *Madrid* Miguel Ángel Aguilar pasó a la familia, era un digno homenaje a Enrique, y fue prohibida para no alentar su recuerdo. La nota decía lo siguiente:

Mañana se cumplirá un año de la dramática muerte de Enrique Ruano Casanova. Su recuerdo permanece vivo, entre todos aquellos que tuvieron el privilegio de tratarle. Compañeros del Colegio del Pilar, alumnos de la facultad de Derecho, universitarios que con él compartieron ideales y preocupaciones, profesores y familiares.

De su brillante expediente académico, unido al testimonio de su actitud vital dejó expresa constancia uno de sus profesores de la facultad cuando dijo *soy testigo de su dignidad, de su disposición al diálogo, a reconocer y aceptar las actitudes de los demás. —Nunca le ví [sic] desmedido, ni irritado—. Decía con sentimiento y escuchaba con respeto. —Era, por decirlo rotundamente, un hombre completo y cabal—. Siento su muerte como la desaparición de esos jóvenes estudiantes que tanto necesitamos los profesores, para que la edad y el compromiso no acaben por transformarnos en cosas y rutinas.*

Si es cierto que como él mismo escribiera en la revista *Libra*, de la facultad de Derecho, en diciembre de 1967, *solo desde un compromiso, son válidos planteamientos que remiten a una trascendencia con mayúscula*, también lo es que estas líneas no buscan hoy la polémica porque —son palabras suyas— *en el interior del amor son categorías totalmente distintas las que intervienen.*

Vivió su vida como cuestión que requiere una respuesta. También la requiere su muerte y sobre ellas los Tribunales deberán en su día pronunciarse para esclarecer unos hechos que aún permanecen bajo el secreto de sumario. Confiar en la independencia de la Justicia es una garantía para lograr que a cada uno se le restituya lo suyo: a Enrique Ruano Casanova, la condición ética de su persona.<sup>199</sup>

Ese mismo día 20 de enero de 1970, dos mil estudiantes se manifestaron en el Arco de la Victoria madrileño en recuerdo de Enrique.<sup>200</sup> Los años sucesivos se organizarían actos en la universidad para conmemorar su muerte. Para Lola, el 20 de enero quedó trágicamente marcado para siempre en el calendario. Cada vez que se acercaba ese momento del año se deprimía y dejaba de hablar con sus amigos. Su situación empeoró tras el atentado de Atocha, ocurrido en una fecha muy próxima al día maldito, y que le arrebató a su marido Javier. A partir de entonces, los finales de enero implicarían aislamiento, soledad, vómitos y desesperación absoluta. El caso de Enrique no se dio por cerrado hasta un año después de su asesinato. Muchos años más tarde se reabría, y al fin se podrían saber muchas de las cosas que habían permanecido ocultas debido a la desidia de muchas autoridades franquistas. Para Lola, sin embargo, la reapertura del caso supuso revivir una época de sufrimiento de la que nunca fue capaz de recuperarse: nunca es fácil volver a enfrentarse a lo que uno podría haber sido.

## Primera resurrección y matrimonio

A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en el mismo ataúd.

Alphonse de Lamartine

El 22 de marzo de 1969, en plena crisis depresiva y obligada a medicarse,<sup>1</sup> Lola acudió a declarar ante el juez. Seguramente tras haber preparado con su abogado la declaración, manifestó que «conocía a Enrique Ruano desde hacía más de siete meses, pues era novia del mismo, siendo sus relaciones normales y sin que hubieran tenido disgustos entre los mismos y sin que notara que en los últimos días ninguna situación anormal de su novio, a efectos de que le hubiera comunicado que quisiera quitarse la vida». Explicó que «la casa de General Mola número 60 la habían visto Enrique y la declarante, sobre mediados o finales de diciembre del año pasado, pues pensaban contraer matrimonio y vivir en dicha vivienda cuando la dejaran unos jóvenes que la ocupaban y entonces hablarían con la dueña». Además, aclaró que Enrique se encontraba nervioso debido a los interrogatorios a los que había sido sometido y que «le habían quitado unas notas personales por escrito, que luego han llamado su diario, si bien no le apreció que tuviera ninguna anormalidad especial». Cuando le preguntaron si había algún motivo por el que Enrique pudiera quitarse la vida tras la detención, dijo que «todo lo contrario, pues la dijo que no se preocupara, que cuando les pusieran en libertad se casarían inmediatamente». Además, explicó que no le habían dado a Enrique los sedantes que éste había solicitado para seguir con el tratamiento indicado por Carlos Castilla del Pino. También afirmó que no conocía que Enrique tuviera actividad política alguna.<sup>2</sup>

En esta declaración se entremezclaron la realidad y la ficción. Sabiendo cómo actuaban los tribunales, la policía y la prensa franquista, no había manera más eficaz de conseguir sentencias favorables que aludiendo a determinados clichés que en las instancias judiciales se veían con buenos ojos. Por eso mismo, habitualmente las defensas de muchos miembros del FLP habían versado sobre lo buena persona, fiel cristiano o brillante estudiante que era el defendido.<sup>3</sup> También era habitual hablar sobre el magnífico origen social y familiar del defendido, y dar una imagen prefigurada de personas normales que habían sido detenidos por error o por haber sido demasiado idealistas. Aunque, como hemos visto, es posible que en algún momento Lola y Enrique hubieran hablado de la posibilidad de casarse, y de hecho no era tan raro en las parejas de la época un matrimonio temprano, no parece claro que la pareja planeara casarse de manera tan inmediata, especialmente en un momento de crisis como el que vivían. De manera similar, Lola rebajó en varios grados la depresión de Enrique y la crisis que llevaba arrastrando durante varios meses. Respecto a la negación de cualquier posible actividad política, era la consigna habitual de todos los antifranquistas si querían tener alguna posibilidad ante los tribunales.

Lola tuvo que prestar declaración en un momento dramático para ella. Tras la muerte de Enrique, su vida estaba rota. Los principales ejes de lo que había sido su existencia desde que entró en la universidad se desvanecieron de un día para otro. Cualquier plan o idea preconcebida que pudiera haber tenido sobre su futuro se resquebrajó, y Lola tuvo que afrontar unas posibilidades vitales diferentes a las que previsiblemente había imaginado en su etapa más idealista universitaria. Ya marcada una vez por la desgracia, su caso impresionaba en una universidad madrileña en la que Lola ya nunca volvió a implicarse de la misma manera. Abruptamente, los problemas de la universidad y la lírica revolucionaria de la izquierda alternativa dieron paso a la responsabilidad profesional de los despachos de abogados, el trabajo cualificado y el realismo posibilista del PCE. Tras unos largos meses de depresión y aislamiento en la cárcel y en su casa, Lola entró de golpe en una dinámica de vida adulta en la que pronto se acumularon otro tipo de responsabilidades distintas a las que tenían los al fin y al cabo privilegiados universitarios.

Esta situación también fue compartida por muchos de los amigos que la siguieron acompañando en su nueva etapa, y también Javier vivió una evolución semejante. Tras unos meses de acentuado hiperleninismo y actuaciones relacionados con la violencia, estos antiguos *felipes* comenzaron un cambio de vida que los llevó a formaciones políticas que anteriormente habían considerado reaccionarias e incompatibles con su ideología revolucionaria.<sup>4</sup> Se separaron de sus antiguos dirigentes en la organización, que en muchos casos se integraron en formaciones trotskistas. En el caso de Lola y Javier, el cambio político se realizó de manera simultánea al cambio de ciclo vital: tocaba tener trabajo estable, casarse y quizá tener hijos, y para eso había que buscar cierta estabilidad personal. A pesar de esto, Lola no dejó de luchar por cambiar un mundo que consideraba injusto e insolidario, y siguió manteniendo una ideología de izquierda alternativa coincidente en muchos puntos con el FLP. Ni se volvió conservadora ni abrazó jamás el capitalismo o el liberalismo, ideologías que consideraba que acentuaban la insolidaridad y las peores actitudes del ser humano. Y, aunque de un modo más posibilista, Lola siguió luchando por el triunfo de la revolución comunista toda su vida.

Hasta el verano de 1970, Lola no estuvo nunca bien del todo. Aunque volvió a la universidad a acabar las asignaturas que tenía pendientes, dejó de participar en las acciones que se emprendían en la facultad. Las pesadillas, la campaña contra Enrique y los ataques de culpabilidad la sumieron en una especie de ligera depresión de la que tardó en recuperarse. Lola, que había sido detenida junto a Enrique el 17 de enero por repartir propaganda clandestina, tuvo que afrontar un proceso judicial que fue terrible para ella. Hasta bien entrado 1970 tuvo que estar pendiente del juicio por su detención, aunque finalmente fue absuelta sin cargos por el TOP.<sup>5</sup> Sin embargo, su nombre fue incluido en una relación de estudiantes que no podían obtener ni certificado de buena conducta ni pasaporte sin una consulta previa a la DGS. Esto implicaba que Lola podía tener problemas legales tanto para viajar al extranjero como para acceder a determinados trabajos, y por eso trató de cancelar sus antecedentes policiales unos años más tarde.<sup>6</sup> Mientras tanto, Javier siguió yendo a la universidad para acabar el último año de carrera. Tanto él como Lola ya pensaban entonces en dedicarse al derecho laboral. Probablemente Javier tenía expectativas fundadas de iniciar una relación con

ella. Sus amigos ya contaban con esta posibilidad,<sup>7</sup> y es probable que el reservado Javier le confiara sus expectativas amorosas a alguno de sus compañeros más cercanos.

Una de las grandes incógnitas de la vida de Lola son sus sentimientos hacia Javier durante la relación con Enrique. Como hemos visto, Enrique dejó escrito que sentía que Javier le ridiculizaba a propósito y trataba de hacerle sentir inferior con sus comentarios despectivos.<sup>8</sup> Sus complejos con respecto a Javier, así como la competición que mantenían en torno al conocimiento del marxismo, probablemente se juntaban de manera muy compleja con el hecho de estar ambos enamorados de Lola. A pesar de todo, los dos mantuvieron una gran relación de amistad durante toda su vida, y supusieron para el otro un gran estímulo tanto político como intelectual.

Resulta complicado adentrarse en los sentimientos que Lola y Javier pudieron experimentar con respecto a Enrique cuando comenzaron a ser novios. La muerte de Enrique estaba en el centro de su unión, y ellos eran bastante conscientes de ello.<sup>9</sup> Cuando aún eran amigos que seguramente se atraían y no salían juntos, es probable que Lola y Javier tuvieran sensaciones angustiosas por el recuerdo de Enrique y lo que pudieran pensar las personas que habían leído las notas que él escribió a Carlos Castilla del Pino. Quizá por este motivo, Lola tardó bastante tiempo en comenzar a salir con Javier de manera pública. Y cuando lo hicieron, el recuerdo de Enrique se convirtió en un permanente ritual entre los dos. La pareja no trató de olvidar a Enrique, e hicieron de hecho todo lo posible para que su recuerdo estuviera presente en la relación. Según su amiga Julia Marchena, un enorme retrato de Enrique llegó a presidir la pared principal del cuarto de la pareja.<sup>10</sup> En él, aparecía la foto que Enrique se hizo para la mili cinco días antes de su muerte y en la que se apreciaban los signos de una depresión. No podemos saber si la decisión de colgar este retrato fue de la pareja o la tomó Lola unilateralmente. El mismo cuarto de la intimidad conyugal y la pasión amorosa era presidido por el recuerdo de un muerto que hubiera imposibilitado esa unión ocupando el lugar de uno de los dos. Además, según sus notas personales, este muerto tenía pesadillas con que algo así pudiera pasar, y mostraba un gran rencor y cierto miedo a todo lo relacionado con su competidor Javier, al que veía indubitadamente como al «otro». Según el testimonio de sus amigos más

cercanos, el recuerdo de Enrique estuvo muy presente en la relación desde el primer momento y no se diluyó en exceso con el paso del tiempo.<sup>11</sup> Lola nunca se olvidó de Enrique, y desde que empezó su relación con Javier consideró que los dos eran los grandes amores de su vida.

Antes de comenzar su relación con Javier, Lola estuvo cerca de comprometerse con otra persona. En el verano de 1970, Lola volvió a Santander, y convenció a Margot Ruano para que fuera con ella.<sup>12</sup> En ese verano se sintió hasta cierto punto liberada, y recobró algo de alegría. Pasó muchos momentos con Pancho Mora, su antiguo novio de los veranos adolescentes santanderinos. Fue un buen verano, en el que los tres se divertieron mucho.<sup>13</sup> Pasaron entre quince días y un mes de excursión entre Laredo y Santoña. En septiembre, Pancho Mora, con la carrera casi acabada, se fue a Melilla para hacer la mili. Lola tampoco había acabado la carrera por entonces, aunque también le faltaba muy poco y se encontraba desconectada de la vida universitaria. A finales de aquel año y comienzos del siguiente, Lola y Pancho estrecharon mucho su contacto, y parece que ella fue a visitarlo a Almería, durante un campamento del servicio militar. Según el testimonio de Pancho, en ese momento Lola se planteaba comenzar una relación seria con él, que probablemente habría podido acabar en matrimonio. Tras una serie de dudas, Pancho Mora siguió la relación que tenía con su antigua novia, y finalmente Lola y él se separaron sentimentalmente para siempre y perdieron todo el contacto durante un tiempo. Pancho Mora se dedicaba sobre todo al deporte y a estudiar, y tenía unas ideas políticas mucho menos definidas que Lola. Es probable que si ambos se hubieran casado, la implicación política de Lola habría sido mucho menor. Siempre mantuvo la idea de que él podría haber evitado que Lola se convirtiera en víctima de un atentado como el de Atocha.<sup>14</sup> Muchos años después, entrevistados en el Círculo de Bellas Artes de Madrid sobre Lola, Pancho y Margot no pueden evitar mostrar gestos de gran tristeza cuando recuerdan aquella época.

En todo caso, la relación con Pancho Mora indica que Lola y Javier aún no estaban juntos, y que Lola tenía dudas sobre el tipo de vida que deseaba. En ese mismo verano en el que viajó con Pancho, parece ser que Lola también pasó algún tiempo con Javier. Hicieron una serie de viajes por la sierra de Madrid junto a sus otros amigos, normalmente en el coche de Javier. Los

Sauquillo tenían una casa en Riaza, provincia de Segovia, a la que irían en el futuro mucho Lola y Javier. Además de a la sierra de Madrid, Lola y Javier también estuvieron durante unos días en San Sebastián visitando a Ignacio Muñagorri.<sup>15</sup> Como regalo por acogerles, les compraron dos libros de la conocida librería antifranquista Lagun, que dirigía María Teresa Castells, familia del antiguo novio de Lola y esposa de José Ramón Recalde, al que conocían los dos por su etapa en el FLP.<sup>16</sup>

Empezar a salir con el comprometido Javier implicaba retornar a la política activa, de la que Lola no se había terminado de desconectar. Seguramente, ya por entonces el PCE aparecía como la opción más atractiva para la pareja, pero aún no tomaron ninguna medida concreta al respecto. El más cercano al partido era el antiguo *felipe* José María Mohedano, que lo veía como la única alternativa real porque era el partido con el que se identificaba la clase trabajadora.<sup>17</sup> Mohedano tenía contacto con varios dirigentes de CC.OO. en Gandía, que sin ser oficialmente del PCE tenían muchos vínculos con él. Además, todo el grupo tenía amistades cercanas en el PCE de su etapa universitaria, y en particular Lola tenía allí a grandes amigos, como Juan Cristóbal González o Marian Lozano. Resulta verdaderamente convincente que Lola pensara que el PCE era el verdadero partido representante de los intereses de la clase obrera tras su infortunado paso por la célula de captación de obreros del FLP. Ciertamente, el PCE era más popular entre los obreros tanto por su prestigio histórico como por sus prácticas más accesibles y cercanas a la realidad de los trabajadores.<sup>18</sup>

En junio de 1970 se celebró en León el IV Congreso Nacional de la Abogacía Española, en el que algunos amigos de Lola y Javier recuerdan que participaron,<sup>19</sup> pero al que parece improbable que acudieran porque aún no habían abierto el despacho. En este congreso, conocido como «el de la ruptura», los abogados del PCE desempeñaron un papel importante. Se abordaron temas de importancia jurídica y política, como el estatuto del preso político, la amnistía o la posible supresión de las jurisdicciones especiales (en particular, el temido Tribunal de Orden Público).<sup>20</sup> La sección de abogados del PCE propició que en la sesión inaugural unos doscientos cincuenta abogados abandonaran la sala en señal de protesta contra la justicia franquista. Otros abogados asistentes comenzaron a ovacionar a Franco,

mientras el ministro de Justicia Antonio María de Oriol decía que no estaban allí para hacer política. En este congreso se iniciaron los cimientos de lo que acabaría siendo doce años después el Estatuto General de la Abogacía.<sup>21</sup>

En esos meses, justo tras terminar la carrera, Javier se encontraba con la difícil disyuntiva de elegir qué hacer con su vida. Con unas notas sobresalientes en la mayoría de las materias difíciles, y con un interés por seguir participando en temas políticos y sociales tras su paso por la universidad, Lola y él acabaron abriendo juntos un despacho de abogados laboristas. Lo montaron en la calle General Oraá con una amiga del curso de Lola. Al principio, estuvo colaborando con ellos sin cobrar Javier García Fernández, hasta que tuvo que irse a hacer la mili.<sup>22</sup>

Los bufetes laboristas habían visto crecer su actividad entre los compañeros antifranquistas de la facultad de Derecho algo mayores que Lola y Javier, pero el laborismo antifranquista en España se remontaba a los comienzos del régimen. El primer laborismo durante la dictadura se dio en Cataluña, en figuras como Antoni Cuenca, que es reconocido como el pionero de los abogados laboristas, o Felipa Español.<sup>23</sup> Estos precursores, en línea con buena parte de los universitarios antifranquistas de los sesenta, también llegaron a ideologías izquierdistas a través del catolicismo social.<sup>24</sup> De hecho, las primeras Asesorías Jurídicas Laborales se realizaron con el nacimiento de la Hermandad de Obreros de Acción Católica (HOAC) en 1946. La HOAC era una organización muy vinculada tanto con la Iglesia católica como con la clase obrera y el laborismo. La mayoría de sus miembros iniciales procedían del comunismo, el socialismo y el anarcosindicalismo. Estos abogados tuvieron que adaptarse a una legislación laboral franquista que empezó a definirse con el Fuero del Trabajo de 1938, un texto de ideología falangista basado en la Carta del Lavoro del Gobierno fascista italiano. Los aspectos más importantes de aquella legislación eran la instauración de las magistraturas del trabajo, establecidas para la resolución de conflictos en materia laboral, y la creación de las bases del Sindicato Vertical, que congregaba de la misma manera a patronos y obreros.

El Sindicato Vertical, fundado en 1940, fue el único existente en España durante la dictadura.<sup>25</sup> La legislación laboral franquista tenía numerosos aspectos paternalistas que otorgaban cierta protección al trabajador, pero que

también lo dejaban desamparado en diversas ocasiones. La posibilidad de sindicarse, manifestarse o reclamar ante las autoridades estaba vetada y las estrategias de defensa de los abogados se basaban en certificar la buena conducta y el ferviente catolicismo de los encausados; otras veces, en aspectos puramente formalistas como el no reconocimiento de la competencia del tribunal que los estaba juzgando.<sup>26</sup> En muchas ocasiones, se trataba de pasar el caso a la jurisdicción ordinaria, que había visto reducir sus competencias por la multiplicación de las jurisdicciones especiales. Se ha señalado que el ejercicio de estos abogados representa una variante temprana del «Uso Alternativo del Derecho», que sería la que aplicarían nuestros protagonistas. Esta corriente, de inspiración marxista, interpretaba el Derecho como un instrumento de clase. Sus seguidores creían que era una superestructura ideológica creada para servir a los intereses de la clase dominante, pero que podía utilizarse en beneficio propio explotando sus contradicciones. Quienes seguían esta práctica jurídica trataban de utilizar las propias normas para alterar las consecuencias desfavorables que el Derecho tenía con las supuestas clases dominadas. En clave franquista, lo que se pretendía era enfrentar a la dictadura con su propia legislación y retórica para obtener sentencias favorables a los intereses de los trabajadores.<sup>27</sup>

A pesar de la difícil situación para el ejercicio de la abogacía en determinadas materias, los abogados se encontraban en una situación privilegiada para autoorganizarse y ejercer su profesión con cierta libertad. A partir de los años cincuenta, los colegios de abogados se convirtieron en uno de los pocos lugares del régimen donde había un gobierno con rasgos democráticos. El Consejo General de la Abogacía Española, la corporación que agrupa a todos los colegios profesionales de abogados de España, se había fundado en 1943, y durante la dictadura se confundía su funcionamiento con el del Colegio de Abogados de Madrid, con el que compartía junta directiva. En torno a dicha institución, algunos abogados monárquicos, socialistas, comunistas o democristianos realizaban actividades con relativa impunidad gracias al Estatuto General de la Abogacía.

Que fuera una institución con rasgos democráticos no implicaba que fuera plenamente democrática, ni que fuera igualitaria con respecto a las posibilidades de hombres y mujeres. Tradicionalmente, el acceso de las

mujeres al colegio de abogados era casi impensable, algo que derribaron personalidades vinculadas a nuestros protagonistas. La primera mujer inscrita en el Colegio de Abogados de Madrid había sido la legendaria malagueña Victoria Kent en 1925,<sup>28</sup> que fue también la primera abogada que intervino ante un tribunal militar. Por supuesto, esto no era más que un reflejo de las dificultades de las mujeres en todos los ámbitos jurídicos. En el siglo XIX, Concepción Arenal había tenido que disfrazarse de varón para poder asistir a clases de Derecho en la universidad, en una situación que se repitió en menor medida durante gran parte del siglo XX. Hasta 1928 no hubo ninguna mujer «doctora en Derecho», un hito que consiguió la palentina Carmen Cuesta del Muro.<sup>29</sup> El célebre debate sobre el sufragio femenino de la República tuvo como protagonistas a las únicas mujeres diputadas de las Cortes Constituyentes de 1931: Victoria Kent, que se opuso al sufragio universal, y Clara Campoamor, que también fue la primera letrada en actuar ante el Tribunal Supremo.

A comienzos de los años cincuenta, solo había dos abogadas conocidas en Madrid: Pilar Jaráiz Franco y Josefina Bartomeu. La primera era hija de la hermana de Franco, y fue conocida como la sobrina roja del general. Desde su cátedra de Derecho Mercantil y Economía Política, y con una ideología marxista no ortodoxa que no manifestó excesivamente por miedo a las represalias de su tío, llegó a establecer más tarde contactos con los círculos clandestinos del PSOE. Por su parte, Lola estuvo directamente influida por María Luisa Suárez Roldán, la pionera abogada laboralista madrileña. Suárez Roldán había comenzado a estudiar Derecho en 1941, y fue la única mujer de su promoción. Tras finalizar los estudios, se incorporó al Colegio de Abogados de Madrid en 1947, y trabajó como pasante del que fuera decano de dicho colegio, Manuel Escobedo. Afiliada al PCE desde 1954, participó intensamente en la vida del colegio de abogados representando los intereses comunistas con otros jóvenes abogados de diversas tendencias. Suárez Roldán abrió caminos desconocidos para las mujeres en el ejercicio de la abogacía. Fue la primera abogada de presos políticos, y realizó múltiples visitas a cárceles.<sup>30</sup> Aunque no se consideraba particularmente feminista, y de hecho tenía unas ideas conservadoras que chocarían con las de sus predecesoras,

escribió en 1958 un artículo titulado «El problema de la forma del matrimonio en la legislación española» que fue secuestrado por la Dirección General de la Policía, lo que obligó al decano a responder por ella ante la policía.<sup>31</sup>

María Luisa Suárez Roldán abrió, junto con los abogados Antonio Montesinos y José Jiménez de Parga, un bufete laboralista en la calle Cruz 16 que se convertiría en precursor de la legión de abogados laboralistas que engloba a Lola y Javier. Su labor entronca con Manuela Carmena, que la ha citado numerosas veces como maestra y referente,<sup>32</sup> Cristina Almeida, María Teresa García, Paquita Sauquillo y, poco después, Lola y Javier. El despacho de la calle Cruz 16 resultó fundamental para nuestros protagonistas y sería el bufete del que saldrían algunos de los principales abogados laboralistas de su generación. Aunque ya a finales de los cincuenta una serie de abogados comunistas crearon la Asociación de Abogados Jóvenes para encubrir sus actividades, hasta mediados de los sesenta la importancia de los abogados laboralistas dentro de las organizaciones políticas fue limitada.<sup>33</sup> Estos abogados eran una de las figuras más poliédricas del franquismo, y resulta complicado explicar qué tipo de labor realizaban debido a la multidisciplinariedad de sus trabajos. Manuel Vázquez Montalbán se refería de este modo a los laboralistas antifranquistas de Barcelona de unos años anteriores a Lola y Javier, pero con numerosos puntos en común con ellos:

Un abogado laboralista era algo más que un abogado laboralista bajo la dictadura franquista, porque la apariencia de Estado de Derecho y la demagogia del Estado Social, exigía que se respetaran, nunca del todo, las funciones de los abogados al servicio de los trabajadores en conflicto y, no siempre, el territorio físico donde se montaba la estrategia defensiva: el despacho. También un despacho de laboralista era algo más que un despacho de laboralistas y en ocasiones se convertía en lugar de encuentro y reuniones entre combatientes sociales [...]. Los nombres de los abogados antifranquistas se guardaban en la agenda mental de todos los aprendices de conspiradores, porque en los años cincuenta y primeros de los sesenta no eran muchos y porque se recurría a ellos, no solo como asesores de los trabajadores en conflicto, sino también como valedores de los derechos humanos, cada vez que lo violaban en nuestras propias carnes... [...] personajes impresionantes de una estatura a la medida de la dificultad de la época, capaces de oponerse al apabullante montaje policiaco-judicial del franquismo.<sup>34</sup>

Estas figuras extrañas se agrupaban en bufetes que resultaban difíciles de montar por la inversión que requerían y la falta de dinero de sus potenciales clientes. Sin embargo, las familias de Lola y Javier les apoyaron mucho económicamente, y gracias a ello, no tuvieron grandes dificultades para conseguir poner en marcha el despacho.<sup>35</sup> Las complicaciones vendrían a la hora de encontrar clientes y conseguir rentabilidad,<sup>36</sup> pues los trabajadores no los conocían y apenas lograban casos. Además, nuestros protagonistas solo cobraban cuando ganaban los pleitos. Una legislación desfavorable y unos tribunales generalmente inclinados a favor de las empresas, sumado a una falta de experiencia jurídica por su parte, les dificultaba la victoria en los tribunales; el bufete no era rentable. La complicada tarea de fundar juntos un despacho laboralista supuso seguramente el empujón definitivo para la relación ya en ciernes de Lola y Javier. Además, les puso en la órbita del partido del que tan cerca habían estado durante su etapa universitaria: el Partido Comunista de España.

El PCE era el partido antifranquista por excelencia, y aumentó su influencia en el interior de España entre el VI y el VIII Congreso, entre 1960 y 1972. Dirigido férreamente por Santiago Carrillo, el PCE había apostado desde 1956 por la Política de Reconciliación Nacional, y había defendido desde entonces una propuesta moderada que incluía un programa mínimo de amnistía, el rechazo de las bases militares americanas y una limitada reforma agraria. En ese sentido, trataron de hacer un «acto para la libertad» con el resto de las fuerzas políticas antifranquistas. Que su propuesta fuera relativamente moderada no implicaba que estuviera próxima a una democracia representativa, y de hecho siguió apostando por la implementación de una dictadura del proletariado durante muchos años, si bien el término dictadura era utilizado como un significante casi vacío por los comunistas.<sup>37</sup> Asimismo, que el PCE aceptara de manera nominal el pluralismo político no significaba que aceptara la democracia representativa, a la que veía como una fase intermedia para la instauración de la sociedad emancipada socialista a través de la movilización de las masas. Hasta 1968, cuando criticó la intervención soviética en Checoslovaquia, el PCE no se distanció abiertamente de la Unión Soviética, y de los países del este de Europa se desmarcó en 1973 al proclamar su carácter burocrático y no democrático. En cualquier caso, se

mantuvo siempre mucho más cercano a los países socialistas que a las democracias pluralistas, a las que criticaban con tanta dedicación. En uno de los congresos se hizo esta declaración, de inspiración leninista:

el respeto a unas reglas del juego democrático no significa integrarse en el sistema social capitalista y aceptar la inmutabilidad de éste; no significa consenso a ese sistema. Significa que mientras las reglas sean respetadas por los demás nosotros desarrollaremos nuestra lucha contra el sistema capitalista dentro de ellas. Si alguien las viola, la clase obrera las defenderá, profundizándolas y radicalizándolas.<sup>38</sup>

El PCE había utilizado de forma inteligente la táctica de infiltración en las estructuras del régimen franquista en su ofensiva por los derechos laborales de los obreros, y había dejado de lado otras tácticas más agresivas, como las de ETA. El objetivo de esta estrategia era dejar atrás el aislamiento con el resto de la oposición y llegar a una parte mayor de la población española.<sup>39</sup> Esta moderación pagó el precio de varias escisiones y de acusaciones al partido de reformista o revisionista. Al prochino PCE marxista-leninista (PCE-ML) le siguieron a lo largo de los años otras escisiones como el PCE-VIII Congreso o el Partido Comunista Obrero Español (PCOE) de Enrique Lister. Los grupos de la izquierda alternativa solían tomar al PCE como referente negativo, al ser el competidor directo tanto en la universidad como en las asociaciones vecinales, pues éste combinaba una gran presencia en las Comisiones Obreras con un gran éxito entre los profesionales universitarios y era mucho más capaz de poner en contacto a personas de diverso origen social que cualquier otro partido político del momento. Uno de los puntos centrales de la estrategia del PCE era el de llegar a las llamadas «fuerzas de la cultura»,<sup>40</sup> en las cuales los abogados laboristas tenían un papel fundamental. El PCE confiaba en la confluencia de «las fuerzas del trabajo y las fuerzas de la cultura», de las que los abogados laboristas eran uno de sus máximos exponentes.

Con el objetivo de aumentar la militancia, el PCE lanzó la llamada Promoción Lenin, una campaña para aumentar su presencia entre los universitarios.<sup>41</sup> Como hemos visto, el FLP era muy crítico con el PCE, y tanto Javier como Lola habían tomado posturas muy críticas con el partido durante su etapa universitaria, acusándolo de centralista, derechista y

dogmático. Sin embargo, habían mantenido mucha relación durante toda esa etapa con destacados miembros de esa formación, y algunos de ellos se contaban entre sus mejores amigos, y es probable que sintieran que era la organización que mejor se adecuaba a sus intereses. Muchos de sus amigos del FLP, siendo el primero José María Mohedano, acabaron ingresando en el PCE. Según los testimonios de las personas que coincidieron con ellos en el partido, el sector del PCE en el que ellos se integraron era más abierto que el resto de la organización. Entre la mayoría de los abogados vinculados al PCE, eran posibles los debates y las distintas tendencias.

Sin embargo, las diferencias con el FLP eran grandes. El PCE de los setenta era sin duda más realista, estaba más anclado en el movimiento obrero y sus planteamientos eran más moderados que los del último FLP, pero aun así algunos militantes mantenían modos conspiranoicos que los hermanaban con algunas organizaciones de la nueva izquierda. Curiosamente, dos de los nuevos miembros del Comité Central eran Nicolás Sartorius, antiguo *felipe* cuyo abandono causó consternación y muchas críticas en las filas del FLP, y Pilar Brabo, jefa de la sección universitaria del PCE. Pilar Brabo acabó teniendo un trato muy cercano y una admiración tremenda por Carrillo, y era percibida por nuestros protagonistas como una *apparatchik* que estaba a las órdenes de aquél y de la que no podían fiarse demasiado.<sup>42</sup> Lola y Javier en general seguían adscribiéndose a las heterodoxas corrientes de la «nueva izquierda», y es improbable que tuvieran un cambio ideológico muy repentino, especialmente viendo cómo evolucionaron dentro del PCE. Sus posiciones chocaron en numerosas ocasiones con las de otros militantes que estaban en otro tipo de coordenadas culturales e ideológicas.<sup>43</sup> En general, las posturas gradualistas y pactistas que asumió el PCE durante los setenta tuvieron más que ver con una estrategia de Carrillo y de la cúpula comunista que con el pensamiento generalizado de los más radicales militantes de base.<sup>44</sup>

Lola ingresó en el PCE en diciembre de 1970,<sup>45</sup> justo después del inicio del Proceso de Burgos, un juicio sumarísimo contra dieciséis miembros de ETA. Entrar en el Partido Comunista les dio a Lola y a Javier unas posibilidades mucho mayores que las que ofrecía el FLP.<sup>46</sup> Por un lado, los llevó a asumir nuevas y diversas responsabilidades. Además de compatibilizar las absorbentes tareas en el despacho con la asistencia a las

reuniones y comités comunistas, cada uno de ellos fue poco a poco especializándose en una serie de cuestiones, que tenían que ver con la organización interna del partido, en el caso de Javier, y con los temas relacionados con el incipiente movimiento vecinal madrileño, del que Lola sería una pionera. Por otro lado, también tenían que hacer las habituales labores clandestinas que ya habían realizado en el FLP. A Lola la mandaron comunicarse con Antonio Gallifa, uno de los presos del PCE en la cárcel de Carabanchel, que ya había oído hablar mucho de ella debido a su desgraciada historia previa. A partir de las visitas a la cárcel, construyeron una sólida amistad que duró toda la vida de Lola.<sup>47</sup> Además, el PCE era verdaderamente capaz de llegar a las masas obreras, y esto les dio a Lola y Javier la oportunidad de acercarse a otras realidades. Algunas actividades como antifranquistas eran un calco de las que se llevaban a cabo en el FLP, si bien en esta etapa nuestros protagonistas las realizaron con menor intensidad. Por ejemplo, el historiador Francisco Erice ha señalado que la actuación de «los abogados progresistas —y los comunistas en especial— en la lucha por la democratización de la justicia, [era] a través de asambleas o encierros de protesta, plantas ante los jueces, escritos de denuncia e incluso la presentación de candidaturas para la dirección de los colegios profesionales».<sup>48</sup> Nada en lo que Lola y Javier no fueran expertos.

Respecto al riesgo de ser detenido en el PCE en comparación con el FLP, las posibilidades eran similares, y de hecho en enero de 1971 serían detenidos dos de sus mejores amigos tanto del PCE como del FLP: Héctor Maravall y Javier García Fernández. El segundo estuvo durante unos meses confinado en Atienza, y casi todos los domingos hasta mayo, Javier y Lola solían visitarle, ya oficialmente como novios.<sup>49</sup> La Brigada Político Social era particularmente activa contra los comunistas y, entre 1967 y 1976, hubo 920 procesados por ser comunistas y 847 adicionales por militar en Comisiones Obreras.<sup>50</sup> El servicio de información franquista que hacía las labores de persecución de sus actividades se había creado en 1968 por los problemas en la universidad madrileña con el nombre de Organización Contrasubversiva Nacional (OCN).<sup>51</sup> Acabó siendo conocido como Servicio Central de Documentación (SECED), una especie de Gran Hermano controlado por Carrero Blanco que acumulaba información en el misterioso archivo Jano, en

el que, en palabras del periodista Francisco Medina, «cualquiera que tuviera una mínima importancia en el mundo de la empresa, de la cultura, de la iglesia, de la comunicación... tenía que tener su ficha».<sup>52</sup> En este servicio de información, en el que probablemente figuraban nuestros protagonistas, no solo se estudiaban los elementos que suponían un peligro para el régimen franquista, sino que también se controlaba a los que se consideraba que podían desempeñar un papel destacado en el posfranquismo.<sup>53</sup>

Tras una charla de Manuela Carmena a miembros del PCE sobre la labor de los abogados laboristas, Héctor Maravall se sintió inspirado y le preguntó a la ponente si podía entrar en su bufete, lo que era difícil porque andaban escasos de fondos.<sup>54</sup> Esta posible entrada se vio truncada por su llamamiento a la mili, en la que los comunistas tenían una curiosa manera de identificarse: decir, cuando se presentaban a filas, que eran ateos. Cuando Héctor Maravall así lo hizo, el sargento que tomaba los datos comentó de inmediato: «otro comunista».<sup>55</sup> Finalmente, Maravall cumplió solo tres meses de servicio militar a causa de sus pies planos, y en diciembre de 1971, de vuelta en Madrid, empezó a trabajar gratis en el despacho de Lola y Javier, en el que entonces estaban solo Julia Marchena y la secretaria, María Antonia, pues Javier García Fernández, que también era miembro del despacho, se encontraba en esos momentos haciendo la mili. El despacho era de dimensiones muy modestas, y se mantenía gracias a la ayuda de las familias de Lola y Javier.<sup>56</sup> Debido seguramente a su falta de experiencia, solo conseguían clientes con enormes dificultades, y los casos que llevaban eran en general de poca importancia.<sup>57</sup>

El despacho de Javier y Lola tenía como referente el exitoso bufete de Modesto Lafuente, que solía estar abarrotado y tenía largas listas de espera debido a la fama que había adquirido.<sup>58</sup> También disponía de una sucursal en Torrejón en la que trabajaban Luis Ramos y Nacho Salorio. Modesto Lafuente trabajaba con reputados abogados, una tenía una cartera de clientes y años de experiencia, pero necesitaba alquilar un local más espacioso. La fusión de los dos bufetes era propicia para los intereses de todos los implicados. Tras una serie de reuniones, Lola y Javier se fusionaron con el despacho de Modesto Lafuente, en el que figuraban juristas como Cristina Almeida, su marido Jesús García Varela, Tomás Duplá y Javier Roldán. Con el dinero que aportaron

Lola y Javier, en 1972 se instalaron en un piso de la calle Españoletto, tras haber estado ejerciendo en el despacho de la calle General Oraá. Por aquel despacho pasaron numerosas personas que eran o se harían buenos amigos de Lola y Javier, como Juan Cristóbal González Granel, Elisa Maravall, Julia Marchena, Emilia Graña, Héctor Maravall o Ignacio Montejo. También, durante una breve etapa, el santanderino Javier Gómez-Acebo, que luego mantuvo una buena relación con Lola cuando ésta se mudó a Santander.<sup>59</sup>

En el nuevo despacho de Españoletto, se trabajaba en parejas en las que un abogado veterano colaboraba con otro más joven. Lola trabajó con Jesús García Valera y luego con Nacho Salorio. Por su parte, Javier estuvo al principio con Javier Roldán. Aunque según los testimonios de sus amigos los dos eran muy diferentes, ambos se complementaban muy bien y se hicieron muy buenos amigos.<sup>60</sup> Cuando Roldán abandonó el despacho, le sustituyó el vallisoletano Juan María Terradillos.<sup>61</sup> Aunque había cierta heterogeneidad ideológica, todos estaban afiliados al PCE, y Carlos García Valdés, que era el único no militante, acabó abandonando el despacho porque quería ser penalista y no laboralista.<sup>62</sup>

En el bufete existían dos grupos. En el primero figuraban los que procedían originariamente de las corrientes de nueva izquierda, bajo la influencia del Mayo del 68, como nuestros protagonistas y Héctor Maravall. En el segundo se incluían quienes llevaban más tiempo en la ortodoxia del PCE.<sup>63</sup> Esta diferencia era sobre todo cultural, y se manifestaba más en las películas y libros que les gustaba que en las opiniones políticas. En palabras de Lola, ellos «intentaban ser menos dogmáticos, pero a lo mejor lo éramos igual, aunque desde otro punto de vista».<sup>64</sup> Aunque todos se llevaban bien, los que más afinidad tenían entre sí eran Lola, Javier y Héctor, que hacían más cosas juntos y se hicieron pronto muy amigos. Solían bromear con Tomás Duplá, que vivía en una especie de comuna, acerca de su desordenado estilo de vida de soltero.<sup>65</sup> Otro abogado que tuvo trato con ellos y fue víctima de la matanza de Atocha, Alejandro Ruiz-Huerta, recuerda que Lola y Javier no estaban tanto en el ambiente nocturno bohemio que en general compartían los abogados del PCE.<sup>66</sup> De hecho, en su libro *La memoria incómoda* dice que «quizá existiese cierto rechazo por su parte al ambiente nocturno y bohemio que abundaba entre nosotros».<sup>67</sup>

Los miembros del despacho vivieron con gran intensidad la muerte del sindicalista Pedro Patiño, cuya mujer, Dolores Sancho, era la secretaria de Manuela Carmena y tenía mucho trato con todos los abogados del despacho de Españaoleto. Pedro Patiño era un destacado militante obrero comunista miembro de Comisiones Obreras, que en 1959 había sido condenado tras un consejo de guerra a un año de prisión por un delito de rebelión militar.<sup>68</sup> En la década siguiente, tuvo una accidentada relación con los tribunales franquistas, hasta exiliarse en Francia. El 13 de septiembre de 1971, el mismo día de la huelga de la construcción convocada por Comisiones Obreras, Pedro Patiño recibió el disparo de un guardia civil cuando distribuía propaganda a favor de la huelga en la carretera de Villaverde a Leganés. Como ocurriera con el caso de Enrique que tanto amargó a Lola, la prensa y los tribunales no hicieron una labor adecuada a las circunstancias del caso. El abogado Jaime Miralles representó al fallecido en los tribunales, y se quejó públicamente del trato que los medios habían dispensado a aquel asunto.<sup>69</sup> Según los escritos de Jaime Miralles, la noticia oficial de la muerte de Pedro Patiño había sido comunicada tarde a su mujer, y además se impidió velar el cadáver, se hizo una instrucción dudosa del caso y se atentó contra el derecho al honor de la víctima en diversos artículos periodísticos. Muchos años después, Lola aún se lamentaba de la muerte de Pedro Patiño, y añadía con padecimiento que su muerte nunca sería recordada por las futuras generaciones.

Además de los amigos abogados, Lola y Javier tuvieron la oportunidad de tejer amistades con gente mucho más diversa, como los trabajadores de las empresas a los que asesoraban. Así, pudieron ver de primera mano la dureza que empleaba la policía con los obreros. Algunos clientes de Lola habían sufrido torturas policiales, y se presentaban en su despacho destrozados tras haberles aplicado electrodos.<sup>70</sup> Lola llevó unos cuantos casos en el TOP, y fue una de las veinte abogadas defensoras con más casos ante aquel temido tribunal.<sup>71</sup> En concreto, al margen de varios casos por separado, Lola y Javier llevaron juntos varios procesos en el TOP por pintadas subversivas, asociación ilícita, manifestación no pacífica y propaganda ilegal.<sup>72</sup>

El Tribunal de Orden Público se había creado en 1963 a través de una ley redactada entre otros por Manuel Fernández Marín, el impostor en el caso de Grimau.<sup>73</sup> En las Cortes franquistas, el único procurador que presentó una

enmienda a la totalidad del proyecto de ley que creaba el TOP fue Joaquín Ruiz-Giménez.<sup>74</sup> El TOP era una especie de continuador de Tribunal Especial de Represión de la Masonería y el Comunismo, y supuso un aumento de la represión del régimen.<sup>75</sup> Como hemos dicho, Lola y Javier defenderían a numerosos obreros en el TOP, aunque fue Cristina Almeida la abogada más activa ante ese tribunal y Paquita Sauquillo la tercera, con 152 y 142 procesos respectivamente.<sup>76</sup> Más allá del TOP, Lola y Javier llevaban casos de todo tipo, la mayoría de ellos en la Magistratura del Trabajo por temas de despidos improcedentes, reclamaciones de cantidad, sanciones improcedentes, modificaciones injustas de las condiciones de contrato y discriminaciones por ser miembro sindical. Lola defendió tanto a prostitutas como a obreros metalúrgicos, pasando por trabajadores de Renfe. Participó en más de doscientos juicios en ese tiempo, mientras que Javier no tomó parte en tantos casos.<sup>77</sup> Probablemente ello se debió a que participaba más en labores organizativas del PCE, en el que pronto comenzó a realizar tareas parecidas a las que hacía con el FLP.

Aquellos años, llenos de trabajo y sacrificio, fueron seguramente un buen momento para Lola. Buenos amigos suyos como José María Mohedano rememoran esa época como la mejor de su vida.<sup>78</sup> Según la mayoría de las personas que la recuerdan en esos momentos, ella era feliz con Javier y su trabajo.<sup>79</sup> Para los que conocieron a la pareja en esos años, como el comunista Juan Irigoyen, «representaban muy bien a los amores de la época del antifranquismo».<sup>80</sup> El trabajo práctico se adecuaba mucho mejor a la personalidad de Lola que el puramente teórico, y sentirse tan útil para otra gente debió de reforzar su autoestima. Parece ser que esta sensación de ser útil y estar viviendo un buen momento era común entre muchos de los miembros de estos innovadores despachos. Manuela Carmena describe así el ambiente en los despachos de abogados:

Los que formábamos parte de aquella extraordinaria experiencia no solo trabajábamos así porque estuviéramos politizados y quisiéramos efectivamente conseguir que los obreros tuvieran los derechos que les correspondían, sino porque, además, nos lo pasábamos extraordinariamente bien. Disfrutábamos muchísimo con nuestro trabajo,

que nos parecía apasionante [...], éramos todos, de verdad, extraordinariamente felices [...] Trabajábamos muchísimas horas, pero de alguna manera éstas estaban enlazadas con nuestra vida. Nos sentíamos muy libres, muy dueños de nuestro trabajo/vida.<sup>81</sup>

Tanto en el despacho de Manuela como en el de nuestros protagonistas, se aplicaban una serie de normas comunes respecto a los honorarios. Se cobraba a los clientes en función del resultado del juicio, y solo si el resultado era favorable los abogados percibían compensación económica. Lo normal era que los abogados percibieran un 10 por ciento de lo ganado por los trabajadores. Además, en estos despachos el sueldo era el mismo para todos los empleados, aunque había excepciones si se tenían hijos. Cuando sobraba dinero y las cuentas estaban en regla, lo repartían entre todos o se tomaban unas cervezas. A pesar de estas estrictas reglas, los bufetes laboristas fueron en general exitosos económicamente, los abogados disfrutaban a menudo de una buena posición y pronto se extendieron más despachos siguiendo la misma filosofía a otros lugares de Madrid y de España. Como en su anterior etapa en el FLP, el grupo de amigos se reunía para hablar de cine, marxismo y libros. Además, también era habitual que se reunieran con los clientes, con los que entablaban relaciones muy estrechas. Por ejemplo, Héctor Maravall acabó casado con una mujer defendida por Javier.

Además de la defensa directa de los intereses de los trabajadores, en los despachos se hacía una labor más teórica. En el de Españolto se publicaba más o menos cada dos semanas la *Circular Informativa de la Asesoría*, una publicación de cuatro páginas dirigida a los clientes del despacho y a los miembros de Comisiones Obreras.<sup>82</sup> Además, la revista *Gaceta de Derecho Social* era la publicación más influyente para los abogados laboristas, ya que en ella escribían abogados de diversos despachos y era un lugar de referencia para conocer las nuevas tendencias jurídicas. La revista fue profesionalizándose a lo largo de la década de los setenta al conseguir más colaboradores y suscriptores. En la *Gaceta de Derecho Social* se podían encontrar comentarios sobre jurisprudencia laboral, información de ayuda a los abogados laboristas y artículos más divulgativos para los clientes de los despachos. Las crónicas de los grandes procesos judiciales españoles de la década están recogidas en sus páginas.<sup>83</sup>

Debido en parte a la buena situación económica de los despachos laboralistas, durante esa época Lola y Javier comenzaron a hacer excursiones y viajes juntos, especialmente con otros amigos. Además, Javier y Lola tenían una gran relación con el hermano del primero, José Luis, y hacían numerosas actividades juntos. Iban también mucho al campo, al que Lola llamaba «el campete», y viajaron en varias ocasiones a Brihuega y a otros pueblos de Guadalajara. Cada dos sábados, la madre de Javier preparaba una comida para toda la familia a la que asistían los hermanos Sauquillo y sus parejas.<sup>84</sup>

Pero la relación de la pareja tampoco era completamente idílica, y Lola y Javier tuvieron que afrontar algunos problemas tanto personales como profesionales. Según recuerda Julia Marchena, una de las personas que más tiempo compartía con ellos tanto en el despacho como fuera de él, las recriminaciones de Lola a Javier fueron durante algunas épocas constantes.<sup>85</sup> Lola trataba a Javier con cierta aspereza, y era difícil que le mostrara su cariño en público. Además, parece ser que Lola tenía en ocasiones dudas sobre su matrimonio y sobre la vida que llevaba. Lola podía llegar a ser caprichosa y absorbente, y era en general una persona de carácter difícil.<sup>86</sup> Las continuas discusiones superaron en alguna ocasión a Javier, que no sabía qué hacer para contentar a su esposa. En una ocasión, Julia Marchena lo vio llorando amargamente en el despacho tras una gran discusión con Lola.<sup>87</sup> Además, cabe suponer que la muerte de Enrique sobrellevaba la relación de Lola y Javier. Lola les confesó a varios amigos suyos años más tarde que se sentía culpable de lo que le había sucedido a Enrique.<sup>88</sup> En todo caso, el papel de Javier en la vida de Lola fue más importante que el de Enrique, y no hay ninguna duda acerca de lo mucho que se quisieron. Sin embargo, es casi seguro que la sombra de la muerte de Enrique llenaba de dudas su relación sentimental. El 20 de enero era siempre un día de luto para el joven matrimonio, y los finales de enero nunca fueron felices para Lola.<sup>89</sup>

La personalidad de Lola requería un nivel de atención constante y ella era en muchas ocasiones algo inestable.<sup>90</sup> Debido a ese carácter irascible y cambiante, tuvo algunas grandes discusiones con compañeros de trabajo y amigos, que tardaban tiempo en cicatrizar.<sup>91</sup> Cosas absurdas como la correcta preparación de un cocido podían provocar discusiones enormes.<sup>92</sup> Pero a la vez, Lola era una persona tremendamente fiel a sus amistades más cercanas, y

aunque era capaz de enfados tremendos, también sabía perdonar y reconciliarse. Lola valoraba enormemente la lealtad de sus mejores amigos y, aunque en ocasiones actuara con cierta inconsistencia, fue capaz de mantener a la mayoría de sus mejores amigos durante toda la vida. Lola era una buena amiga que se preocupaba por los demás, y esperaba que todos los demás fueran como ella.

Llegó un momento para Lola y Javier en que entraron en lo que en la mentalidad de la época era el tiempo de casarse. Entre las personas salidas de la universidad, lo habitual era casarse con el novio de toda la vida nada más acabar los estudios y quedar relegada a la vida doméstica. Sin embargo, entre la generación de nuestros protagonistas no era habitual esa distinción de funciones entre la vida pública y privada, y lo habitual era que una mujer casada trabajara igual que su marido. Aunque teóricamente no les daban mucha importancia a las bodas, lo cierto es que la mayoría de sus amigos se iban casando, y que Lola y Javier disfrutaban de una vida en pareja convencional. En 1973, Javier compró un piso en la calle Sauce con la intención de casarse con Lola.<sup>93</sup> Con el objetivo de poder hacer viajes al extranjero y normalizar su situación con vistas al matrimonio, Lola solicitó la cancelación de los antecedentes policiales en abril de ese año. La petición fue resuelta favorablemente, de manera que Lola quedó, aunque fuera por poco tiempo, libre de antecedentes policiales desfavorables.<sup>94</sup>

Javier y Lola se casaron en 1973 en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores,<sup>95</sup> en la calle San Bernardo, muy cerca del domicilio de Lola. Decidieron casarse por la Iglesia porque las gestiones se complicaban mucho en caso contrario. Como querían que les casara un cura progresista, contactaron a través de Javier García Fernández con el jesuita Carlos Giner de Grado, que había sido director de la revista *Mundo Social*.<sup>96</sup> La boda fue muy austera, y no acudieron demasiados invitados, más allá de la familia y algunos amigos cercanos. La celebración final la hicieron solo los padres y los hermanos, y después Javier y Lola fueron unos días a los Pirineos de luna de miel, pasando alguna noche en el Parador de Olite en Navarra.<sup>97</sup> Juan Cristóbal González y Marian Lozano les regalaron una lámpara roja, que pasó a decorar la nueva casa del matrimonio, situada en el barrio de Chamartín.<sup>98</sup> Así, Lola y Javier empezaron una vida feliz y estable de casados burgueses

políticamente comprometidos. No es difícil imaginarse a la resucitada Lola y al serio Javier mirándose el uno al otro, enamorados, dándose el «sí quiero» en una sencilla ceremonia. Hasta es posible que, a pesar de todo, los recién casados vieran el futuro con cierta esperanza, y que aprendieran a convivir con el recuerdo, y el retrato, de Enrique.

## Crítica comunista y precursora del movimiento vecinal

Estoy abrumada y si no supiera que el Partido no desea eso reconocería incluso cosas que no recuerdo haber hecho, convencida de que no merezco ser miembro del Partido.

Carmen de Pedro

Lola y Javier, que ya habían llegado al PCE siendo críticos, aumentaron su escepticismo con la dirección del partido a medida que afianzaban su posición en el despacho. Además, compañeros como Tomás Duplá y Javier Roldán también pensaban que el PCE era demasiado burocrático y centralizado.<sup>1</sup> A finales de la década de los sesenta, el PCE había avanzado hacia el eurocomunismo. Carrillo, antes fiel a la Unión Soviética, había rechazado inicialmente esta corriente, pero luego la convirtió en su bandera política.<sup>2</sup> Curiosamente, aceptar que la dictadura no estaba abocada a un final inminente, y que había que pactar con otras fuerzas antifranquistas, les había costado la expulsión en 1964 a Fernando Claudín y a Jorge Semprún.<sup>3</sup> La invasión de Checoslovaquia en 1968 motivó cierta ruptura del PCE con la Unión Soviética y con sus militantes más estalinistas.<sup>4</sup> El PCE había aumentado el número de universitarios afiliados, y las dinámicas CC. OO. le otorgaban mucho apoyo entre las nuevas bases de militantes. Aunque a principios de los setenta el clima en el interior del partido era tenso por la expulsión de los estalinistas y las escisiones maoístas, el PCE supo adaptarse bien al entorno de la dictadura, e incrementó de manera progresiva su influencia. Carrillo, que tenía un poder absoluto en el partido, abogó por el abandono de la idea de lucha armada, y se

decantó por una lucha por una democracia representativa que diera paso a la sociedad sin clases. En este contexto, según Carrillo, el eurocomunismo aparecía como una tercera vía entre el comunismo soviético y el capitalismo americano.

Es difícil valorar con justicia el eurocomunismo, que fue criticado con mucha dureza por Lola y Javier. Lo consideraban una simple vía para que el PCE fuera aceptado como un partido de consenso con las demás fuerzas políticas, y aumentaran así sus opciones electorales de cara a unas hipotéticas futuras elecciones generales. Lola se adhería a la impresión plasmada por el historiador Juan Andrade retrospectivamente cuando asegura que:

el eurocomunismo vino a ser una renuncia a la transformación radical de la sociedad en un momento en el que estos proyectos de la transformación radical resultaban inviables en el corto plazo, pero una renuncia sublimada sin embargo en una estrategia retórica y especulativa de transición al socialismo que sirvió, además, para justificar una política real muy pragmática y moderada y para poder desarrollarla sin demasiada mala consciencia.<sup>5</sup>

Aunque el eurocomunismo se oficializó en marzo de 1977, en una reunión en Madrid entre Enrico Berlinguer, Santiago Carrillo y Georges Marchais, la tendencia había comenzado antes y había provocado numerosas batallas internas en el PCE. Además de estar lejos de esta corriente, Lola y Javier no se sentían cómodos con la forma en que Carrillo dirigía el partido. Para ellos, la desconexión que había entre el PCE del interior y del exilio se manifestaba también en las prácticas autoritarias de Santiago Carrillo y en la estructura jerárquica de la organización. A ellos les llamaba la atención que simultáneamente el partido pidiera más democracia a los países y las formaciones mientras mantenía una estructura centralista con ciertos tintes autoritarios y mesiánicos.

El VIII Congreso del PCE, al que asistió Cristina Almeida, causó un enorme malestar entre los abogados. Celebrado en París en 1972, se tituló Hacia la libertad, y combinó las habituales dosis de optimismo y voluntarismo que los comunistas habían mantenido en la mayoría de sus informes a lo largo de la dictadura.<sup>6</sup> Más allá de la insistencia tradicional en la política de reconciliación nacional y la huelga nacional como medio para derrocar al

régimen de Franco, consideraba que el mercado común económico europeo no era algo necesariamente inaceptable. Aunque nuestros protagonistas criticaron la línea reformista y conciliadora que tomaba el PCE en ese congreso, lo cierto es que en él se acusó prácticamente de nazi a Richard Nixon, «tan criminal de guerra como Hitler», y se comparaba la política norteamericana en Vietnam con los campos de concentración: «La misma utilización del progreso científico para llevar a cabo el genocidio contra los débiles, aunque en proporciones más desmesuradas (en el caso americano)».<sup>7</sup> Además, se declaraba que el PCE se sentía «profundamente solidario de los catorce países que viven ya en régimen socialista». Del príncipe Juan Carlos se decía que «es una criatura de Franco, educada bajo su control, que ha jurado los principios del Movimiento, es decir, los principios fascistas. Sin duda ha prometido en secreto a unos u otros que cuando reine hará de su capa un sayo y olvidará su origen y sus juramentos. Sin duda está ya borboneando a diestro y siniestro, lo que viene muy acorde con las tradiciones familiares. Pero la oposición no puede dejarse trastear por ese tipo de promesas y guiños, métodos políticos del siglo pasado totalmente desplazados hoy».<sup>8</sup> Lenin continuaba siendo el líder que había seguir, y se mantenía la consigna de que el PCE era un «partido revolucionario».

Cuando Lola y Javier conocieron la línea ideológica aprobada en el VIII Congreso, se sintieron muy desengañados tanto por el procedimiento seguido como por alguna de las medidas aceptadas. Aunque hasta cierto punto habían aceptado la posición general del PCE, se mantenían a la izquierda en prácticamente todos los campos. Creían que con esta nueva línea de actuación el PCE estaba abandonando la lucha por el socialismo y que Santiago Carrillo buscaba reemplazar la lucha de clases por la democracia burguesa, algo que nuestros protagonistas consideraban inaceptable. De hecho, esto les llevó poco tiempo después a integrarse en la Oposición de Izquierdas (OPI) del PCE. En el VIII Congreso, a estos críticos situados a la izquierda de las posiciones del partido se les acusaba, algo crípticamente, de no ser «capaces de distinguir las diferencias de una táctica revolucionaria de clase, en las condiciones de una dictadura fascista y en las de una democracia burguesa». Asimismo, siguiendo a Lenin, había que «ganar a las masas, acumular la fuerza necesaria para realizar nuestros objetivos». Por tanto, los compromisos con

«fuerzas burguesas y pequeñoburguesas» se hacían con la idea de ganar a las masas para conseguir «la conquista del poder por la clase obrera y el conjunto del pueblo trabajador. Las condiciones de victoria del socialismo. Nosotros no ocultamos nuestra finalidad».<sup>9</sup>

Según sus dirigentes en el exilio, el PCE debía ser inteligente, sensato y oportunista en su trato con el resto de las fuerzas de la oposición. De una manera algo rocambolesca, se llegaba a afirmar que lo que preferirían las fuerzas de oposición anticomunista sería que el partido aceptara las premisas de sus críticos más izquierdistas. Siguiendo estas tentaciones, el PCE renunciaría con ello «a estar a la cabeza de la lucha democrática, que les dejáramos el terreno a ellos. Así tendrían garantías de que la democracia no abriría el camino a la perspectiva revolucionaria socialista y estarían seguros de quedar en el desarrollo neocapitalista que se proponen».<sup>10</sup> Dirigiéndose claramente a los militantes del PCE cercanos ideológicamente a Lola y Javier, en el VIII Congreso se exhortaba a que

nuestros militantes, que todos los que tienen inquietudes revolucionarias, comprendan esto y pongan en la lucha por el pacto para la libertad, por la alternativa democrática, la pasión y la energía de que solo es capaz quien comprende el alcance revolucionario que hoy tiene esa política. Por mucho que gesticulen y nos insulten ciertos izquierdistas, por grande que sea su consumo de la frase revolucionaria, y aunque no pongamos en duda su buena fe subjetiva, tenemos que decirles que se encuentran aún en la fase del revolucionarismo pequeñoburgués que Lenin y los auténticos revolucionarios marxistas han fustigado siempre.<sup>11</sup>

Ya antes del VIII Congreso, pero especialmente a raíz de éste, en el PCE de Madrid se formó en torno a los dirigentes de artes gráficas, como Juan Senra o Antonio Sama, y de otras agrupaciones una facción muy crítica con la dirección del partido. Lola y Javier estuvieron en contacto con ellos desde el principio. En el despacho de Españolito, la mayoría estaban en la OPI, excepto la disciplinada Cristina Almeida. Por ser parte de esta corriente crítica, muchos miembros del despacho acabaron en la «nevera», lo que implicaba que podían asistir a las reuniones, pero sin voz ni voto. Se creó un círculo de amistad vinculado a la OPI. Así, Lola y Javier se enzarzaron en muchas de las grandes discusiones que eran similares a las que tenían a finales

de los sesenta. Por su participación en la OPI no pararon de tener disputas y reuniones con gente del PCE. También recibían en su casa a gente de fuera de Madrid que venía a reunirse con gente de la OPI.<sup>12</sup> Hubo un enfrentamiento prácticamente frontal con la gente que llegó del exterior, que para nuestros protagonistas resultaban anacrónicos.

Aunque Lola y Javier siguieron siendo fieles al PCE, no dudaban en compartir con otros militantes sus críticas a las políticas del partido. Javier se convirtió pronto en un enlace entre varios militantes de diferentes sectores profesionales del partido que compartían esta posición crítica.<sup>13</sup> A partir de toda esta actividad, Lola y Javier entablaron una gran amistad con Antonio Gallifa, Antonio Sama y su mujer. Antonio Sama hacía una labor importante editando la revista *La Voz Comunista*, que funcionaba como portavoz de la crítica OPI.<sup>14</sup> Hicieron muchos viajes con el fin de establecer contactos con la OPI. Un sábado de enero de 1974 fueron a Oviedo en coche un grupo de cinco personas entre los que estaban Javier, Lola y Javier García Fernández. Como no encontraron a su contacto, acabaron durmiendo en el Parador de Gijón, y después volvieron a Madrid sin haber conseguido nada. Este mismo grupo hizo otro viaje, también fallido pero menos costoso, a Guadalajara. Además de los viajes por la OPI, tuvieron que realizar otros por trabajo. Lola, que no conducía, comenzó ese año a llevar un despacho en Guadalajara y tenía que ir dos tardes a la semana junto a Isabel Balairón.<sup>15</sup> Estuvo poco tiempo en ese despacho, ya que pronto comenzó a interesarse más por los temas vecinales y de barrio.

El despacho iba viento en popa, y abrieron sucursales en barrios periféricos de Madrid, en los que nuestros protagonistas trabajaron algún tiempo. Poco a poco, sus casos se fueron ampliando, y Lola y Javier descubrieron una visión más amplia de las posibilidades de la abogacía más allá del laboralismo. En palabras de Lola, «habíamos concebido que era importante trabajar esos asuntos, no el laboralismo puro y duro sino las cuestiones que atañían a los barrios: comunidades de vecinos, urbanismo, asfaltado, impuestos del ayuntamiento desorbitados, recursos...».<sup>16</sup> El despacho les dio la oportunidad de realizar viajes más ambiciosos. En agosto de 1973, el grupo formado por Javier, Lola, Javier García Fernández y la

pareja de Antonio Sama y Pepa hicieron un recorrido completo por los Pirineos. En el seiscientos alquilado de Javier García Fernández fueron desde San Sebastián hasta Lérida.<sup>17</sup>

También irían numerosas veces a Portugal desde que empezó la revolución, ya que se convirtió en un país idealizado por nuestros protagonistas. Mientras el PCE proclamaba las virtudes de un gran pacto nacional entre todas las fuerzas antifranquistas, y aspiraba a dar una imagen moderada a las distintas esferas de la sociedad española, en Portugal se producía la Revolución de los Claveles, con la que Lola y Javier se sintieron identificados. El 25 de abril de 1974, un levantamiento militar ponía fin a la dictadura, lo que provocó cierto movimiento y esperanza entre los antifranquistas. El 1.º de Mayo de 1974, viajaron en coche al país luso Tomás Duplá, Julia Marchena, Nacho Salorio y la administrativa Emilia. En el puente de San Isidro, en torno al 15 de mayo, fueron hasta allí Javier, Lola y Héctor Maravall.<sup>18</sup> Lola y Javier conocían a un periodista portugués que ocupó un puesto importante en el primer Gobierno tras la Revolución, y él les presentó a mucha gente. Asistieron a mítines y se hicieron con numerosos libros y panfletos. En su viaje de vuelta a España, temieron que si la policía registraba el vehículo, les quitarían todo aquel material, pero los agentes no se molestaron en parar los coches de los españoles que visitaron el país vecino.

Además de este recordado viaje, en mayo de 1974 Lola y Javier estuvieron en Gandía con Javier García Fernández y Héctor Maravall. Durante aquel verano viajaron a Bulgaria en coche, a pesar de que algunos de ellos no tenían pasaporte por motivos políticos. Pasaron por Francia en coche y a continuación, en Pinerolo, en el norte de Italia, visitaron a la abuela de Lola. Después llegaron a Venecia y de allí pasaron a Yugoslavia, y luego a Sofía. Allí, Antonio Gallifa tenía una novia a la que fueron a visitar a pesar de que él no viajaba con ellos; y finalmente llegaron hasta el mar Negro. Regresaron por Belgrado, Zagreb y Liubliana, y finalmente tomaron un ferry en Génova.<sup>19</sup> Otros viajes les llevaron a los Picos de Europa, San Sebastián, Lisboa, Sigüenza y Gredos. Además, empezaron a construir la casa de Miengo, Santander, que prácticamente se acabó justo antes de la matanza de Atocha.<sup>20</sup>

En esa época, era habitual que Lola y Javier se quedaran hasta muy tarde tomando cervezas tras las reuniones. Aunque no solían salir tanto como otros compañeros del despacho, Lola podía estar en esa época hasta muy tarde entre cervezas y cigarros, aunque a Javier solía entrarle el sueño algo antes. Lola no tenía nunca sueño, y se metía en conversaciones interminables sobre los más diversos temas. Entre cervezas, intercambiaba información con otros cuadros del partido críticos con Santiago Carrillo y el eurocomunismo.<sup>21</sup> El obituario que Antonio Gallifa escribió muchos años después sobre Lola refleja muy bien el ambiente que vivían nuestros protagonistas: «Lola, ¿recuerdas aquellas larguísimas conversaciones que manteníamos en grupo hasta altas horas de la madrugada acerca de cómo debía ser el socialismo por el que luchábamos, de cómo combinar nuestra discrepancia, tantas veces necesaria, dentro del Partido, con la necesidad de la disciplina?». <sup>22</sup> Las consecuencias de trasnochar eran diferentes para el somnoliento Javier y la incansable Lola. Cuando a la mañana siguiente iban a algún juicio, Lola se levantaba sin problemas y Javier, que era el que conducía el coche, tenía muchos más problemas para mantenerse despierto. En ocasiones, llegaban al juicio con el tiempo justo. Según su colega Alejandro Ruiz-Huerta, Javier «era un hombre sereno que tropezaba con los ritmos de vida estridentes». <sup>23</sup>

Poco a poco, nuestros protagonistas se involucraron en un asunto que empezaba a interesar al PCE: el movimiento vecinal. En una serie de barrios periféricos de Madrid, marcados claramente por la extrema pobreza y la marginación, nació un movimiento que reivindicaba mejoras en las condiciones de vida. A los vecinos de barrios como Vallecas, que en su inmensa mayoría eran de clase baja sin posibilidades reales de ir a la universidad, les resultaba extraño poder relacionarse con aquellos abogados, hijos de buenas familias y que los trataban con una normalidad a la que no estaban acostumbrados. <sup>24</sup> En cierto modo, Lola y Javier cumplían así con una aspiración que habían mantenido desde que se politizaron en la universidad: ayudar a los obreros y tratar con ellos de manera directa. Los dos prestaban asesoramiento técnico a estas asociaciones, y además se vincularon personalmente con varias de ellas. <sup>25</sup>

Vallecas fue uno de los barrios más paradigmáticos de este movimiento.<sup>26</sup> Era un lugar heterogéneo y diverso, lleno de inmigrantes llegados de todas partes del campo español. Había ciertas diferencias entre el Puente de Vallecas y el pueblo la Villa de Vallecas, que pasó primero de ser un arquetípico pueblo manchego a un barrio suburbial de Madrid lleno de inmigrantes. En los cincuenta, la imagen que se tenía en Madrid de Vallecas era pésima, y esta imagen de decadencia y delincuencia quedó inmortalizada en la obra de Luis Martín Santos *Tiempo de silencio*.<sup>27</sup> Repleto de chabolas construidas por los inmigrantes, y con un urbanismo muy rudimentario, los vallecanos solían llevar botas de lluvia, conocidas como katiuskas, para poder caminar entre el barro. Cuando iban a otras zonas de Madrid, las metían en bolsas de plástico para que no se supiera que venían de Vallecas. Cuando se creó la zona residencial Santa Eugenia, que aunque colindaba con Vallecas en los anuncios aparecía como parte de la Carretera de Valencia, se separó esta zona de Vallecas con un muro conocido como «muro de la vergüenza».<sup>28</sup> En Vallecas, como en otros barrios de Madrid, surgió una especie de identidad propia, con numerosos rasgos característicos. La primera generación de inmigrantes vallecanos escuchaba flamenco por su origen andaluz o extremeño, pero las siguientes rechazaron las tradiciones de sus padres y comenzaron a interesarse por el rock, siguiendo la estela de otros barrios obreros.<sup>29</sup>

En 1954, la antigua entidad municipal de Vallecas se dividió artificialmente en dos mitades; la parte situada más a las afueras de Madrid recibió el nombre de Mediodía, y esta polémica división se mantuvo hasta 1988. En Mediodía, que en la actualidad es el Distrito Sur de Vallecas, se hallaba el emblemático Pozo del Tío Raimundo, donde el padre Llanos, nuestros protagonistas y un grupo de personas vinculadas a partidos clandestinos lucharon por su rehabilitación.<sup>30</sup> Hasta los años treinta, cuando apenas existía una vaquería, una taberna y unas pocas viviendas, el lugar había sido una zona absolutamente agrícola, sin contacto alguno con núcleos urbanos: era la llamada Finca de las Cambronerías.<sup>31</sup> Allí, los numerosos emigrantes procedentes del pueblo jienense de Martos construyeron un pozo que dio lugar al nombre del lugar. En los años cincuenta, las condiciones de vida eran paupérrimas, y abundaban el hambre y las enfermedades. Era normal

que en chabolas de veinticinco metros cuadrados habitaran cuatro personas, con la cama de matrimonio compartiendo habitación con la cocina y una mesa para comer.<sup>32</sup> No había agua corriente ni luz, tampoco existían los servicios, y las personas defecaban en el campo o en un cubo que luego se vaciaba en el mismo pueblo, con el consiguiente hedor y proliferación de enfermedades. Muchas personas fueron atropelladas por el ferrocarril que atravesaba el barrio. La situación, aunque mejoró durante la siguiente década, seguía siendo alarmante cuando los despachos laboristas comenzaron su labor de asesoramiento.

La primera asociación de vecinos madrileña se creó en 1974 en Palomeras, una parte de Vallecas, y la segunda también nació en Vallecas. A partir de entonces, el movimiento trató siempre de actuar dentro de la legalidad, pero adquirió progresivamente un marcado carácter político antifranquista, sobre todo al producirse enfrentamientos contra las autoridades por la reivindicación de derechos. Se organizaban concentraciones solidarias con otros barrios y manifestaciones, comandadas por los abogados que los asesoraban y por los dirigentes vecinales. Estas asociaciones vecinales estuvieron fuera de la ley hasta 1976, pero consiguieron atraer a mucha gente de diversas procedencias. Esto provocó que, a mediados de los setenta, el PCE decidiera crear una célula de los abogados de barrio dentro de la agrupación de abogados comunistas.<sup>33</sup> En esa célula trabajaron todos los abogados que sufrieron el atentado de Atocha.

Lola y Javier disminuyeron su dedicación a los asuntos laboristas para implicarse más en las luchas vecinales. Los dos empezaron a pasar consulta en Fuenlabrada, Alcorcón y Móstoles, donde se creó la Asociación de Vecinos Juan XXIII a la que Lola acudía una vez a la semana.<sup>34</sup> Por su parte, Javier iba semanalmente junto con Enrique Valdelvira a la asociación de vecinos de Alcorcón<sup>35</sup> y asistía también a Fuenlabrada, donde tenía grandes vínculos familiares. En contacto con las reivindicaciones de los obreros de los barrios periféricos madrileños, Lola y Javier conocieron de primera mano la realidad de estas zonas, tan alejados cultural y económicamente de sus vidas. Además del trato directo con las asociaciones de vecinos, Lola se interesaría desde un punto de vista teórico, empezando a investigar junto a su amigo Javier García Fernández sobre el origen y el futuro del movimiento vecinal.

A finales de 1976, el PCE decidió crear una sociedad para el estudio de los problemas urbanos, centrada en los barrios, llamada Desarrollo de Iniciativas Ciudadanas SA (DEINCISA). Entre sus miembros más destacados figuraban Eduardo Leyra, Ramón Tamames y el sociólogo Manuel Castells.<sup>36</sup> Con Castells, que se consideraba ideólogo del movimiento de barrios, Lola colaboró en bastantes ocasiones en los siguientes años. La editorial Pecosá, dirigida por un cura, encargó a Lola y a Javier García Fernández un libro sobre el naciente movimiento vecinal y las asociaciones de vecinos. El libro, escrito aproximadamente en un mes y titulado *Presente y futuro de las asociaciones de vecinos*, repasa la historia y los problemas del movimiento vecinal en distintas ciudades de España y comienza de este modo:

Los movimientos sociales urbanos son la expresión de las nuevas contradicciones sociales que emergen en las sociedades capitalistas avanzadas, como consecuencia de la degradación del espacio urbano. En la medida en que el capital monopolista ha de recurrir al Estado para hacer frente a la regulación de múltiples actividades sociales y económicas, estos movimientos acaban enfrentándose en forma directa con el Estado, lo que determina una politización inmediata de sus reivindicaciones. Se puede definir como movimiento interclasista, porque el proceso de distribución y consumo que se produce dentro del capitalismo monopolista, afecta simultáneamente a todas las clases sociales que no forman parte de la oligarquía que controla los monopolios, aunque de manera diferente, según sea la posición de la clase afectada.<sup>37</sup>

Escrito en un lenguaje técnico y frío, es un libro sin ninguna pretensión literaria que tiene como objetivo informar a la ciudadanía sobre los avances del movimiento vecinal en España y los futuros retos a los que se enfrentaba. El libro ha sido citado algunas veces como uno de los pioneros sobre el movimiento vecinal en España, pero no tuvo demasiada repercusión. A partir de la realización de este libro, Lola y Javier García Fernández seguirían escribiendo juntos algunos capítulos de libros conjuntos, generalmente coordinados por Miguel Castells, que acabaría convirtiéndose en una de las figuras de referencia sobre los movimientos asociativos en España.<sup>38</sup>

La actividad profesional e intelectual de nuestros protagonistas se veía interrumpida por los acontecimientos políticos del momento. Cada vez que había atentados u ocurrían hechos significativos tenían que huir. El 20 de diciembre de 1973, ETA atentó mortalmente contra el almirante Luis Carrero

Blanco y muchos de los abogados vinculados al PCE tuvieron que esconderse. El asesinato estuvo a punto de causar una movilización masiva de la ultraderecha en las calles de Madrid.<sup>39</sup> La muerte de Carrero coincidió con el día en que debía celebrarse el juicio multitudinario contra los miembros de CC.OO. conocido como Proceso 1001. A consecuencia de esto, desde diversos estamentos franquistas se pidieron mayores penas con un objetivo «ejemplarizante y aleccionador» y varios pistoleros franquistas exigieron las llaves de la prisión para encargarse de los condenados.<sup>40</sup> La cúpula del PCE temió una masacre y trató de enviar mensajes a las autoridades del régimen desvinculándose del crimen. Esa misma noche la familia Sauquillo tenía una cena a la que Javier y Lola acudieron a escondidas. Más tarde, ambos se pusieron en contacto con Javier García Fernández, que había pasado todo el día huido por miedo a las represalias.<sup>41</sup> Santiago Carrillo recibió un insólito mensaje de alguna autoridad franquista, seguramente el general Díez-Alegría, preguntándole su posición respecto al crimen. Era la primera vez que una esfera influyente del régimen franquista se comunicaba con el líder del PCE.<sup>42</sup>

En noviembre de 1975, Lola y Javier estuvieron entre los firmantes de un escrito al Colegio de Abogados de Madrid que presionaba a favor de una serie de cambios legislativos para avanzar hacia un «auténtico Estado Social de Derecho». Pedían, entre otras cosas, la abolición del TOP, la derogación de la pena de muerte, la amnistía general para los delitos políticos, la independencia y gratuidad de la justicia, la supresión de las discriminaciones por el sexo o el estado civil y la democratización de la vida corporativa, «eliminando tanto el autoritarismo como el paternalismo». Además, en un apartado más político pedían la legalización de los partidos políticos y los sindicatos, el establecimiento de los derechos de huelga, reunión, opinión y manifestación, y la libertad de los medios de comunicación y la autodeterminación de las nacionalidades.<sup>43</sup>

A consecuencia de la presión policial, el número de abogados procesados en el TOP aumentó a lo largo de los años setenta. Los abogados comunistas eran los que más problemas tenían con las autoridades franquistas y organizaban reuniones en diversos despachos, como los de la calle Atocha, tratando de

evitar que la policía se enterara. En 1974, sin mediar explicación, el Gobierno suprimió la actividad del Grupo de Abogados Jóvenes.<sup>44</sup> El 15 de mayo de 1975, nuestros protagonistas fueron detenidos junto con otros abogados en el despacho de la calle Atocha 49 por «supuesta reunión ilegal» y pasaron a disposición del TOP.<sup>45</sup> De esta manera, los antecedentes de Lola quedaron de nuevo manchados. Esta detención sorprendió a los dirigentes comunistas, ya que tuvo lugar en una reunión rutinaria de letrados en la que no ocurría nada extraordinario.<sup>46</sup> Tras ser interrogados por la Brigada Político Social y por el juzgado de Orden Público n.º 1, todos fueron puestos en libertad.<sup>47</sup> Sin embargo, la policía los seguía de cerca, como demuestra un informe de la DGS de agosto de 1975. En dicho informe, titulado «Interés policial de los despachos laboristas», se especificaban con claridad los motivos por los que la policía secreta se interesaba tanto en las actividades de nuestros protagonistas:

Desde la creación de estos despachos servidos por abogados, alguno de claro matiz comunista y otros conocidos por su plena desafección al régimen, se presumió la importancia que iban a alcanzar para los fines del PCE, dado que de ello, a pretexto de consulta de tipo laboral, dimanarían las consignas tendentes a alterar el orden de los centros de trabajo, al tiempo que se coordinarían otras acciones de tipo diverso. El éxito ha hecho que el interés comunista haya ido creciendo, situando estos despachos en un lugar preeminente en las tareas de tipo orgánico del Partido. Puede decirse que en el momento actual han pasado a ser verdaderos centros nerviosos y de decisión en cuanto a la política comunista del interior del país y a los que se consulta a la hora de adoptar algún acuerdo por parte de los dirigentes del exterior. La razón fundamental del papel que les toca jugar a estos abogados, no se deriva fundamentalmente de su superior capacidad intelectual y doctrinal con relación a otros militantes, sino que debido a su profesión gozan de grandes facilidades para actuar ilegalmente dentro de la más absoluta legalidad aparente.<sup>48</sup>

A pesar de la vigilancia policial, la actividad del PCE se multiplicó. De los quince mil militantes en enero de 1975 se pasó a los doscientos mil en las elecciones de junio de 1977.<sup>49</sup> Durante todo 1975, la muerte de Franco parecía inminente y tanto el PCE como nuestros protagonistas estaban expectantes con lo que podía suceder a continuación. Una de las grandes discusiones que se produjo en los despachos versó sobre la conveniencia de

defender en los tribunales a los autores de acciones terroristas sobre los que pesaba la pena de muertes. El PCE se opuso a defender a los acusados con estos cargos. Por ejemplo, Manuela Carmena declinó defender a su amiga Eva Forest por el atentado de ETA en septiembre de 1974 en la calle del Correo, en el que hubo trece muertos. Por su parte, Cristina Almeida fue muy clara al respecto cuando uno de los abogados del despacho de Españaoleto propuso participar en juicio por delitos de terrorismo: «Personalmente estaría dispuesta, pero políticamente no puedo hacerlo».<sup>50</sup> Sin embargo, Paquita Sauquillo, junto a otros militantes de la Organización Revolucionaria del Trabajo (ORT), tomó la posición contraria. Tras unos atentados del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), en el despacho de Paquita de la calle Lista se decidió asumir la defensa de los terroristas para tratar de librarles de la pena de muerte. Aunque, según su propio testimonio, ella no defendía el delito sino al delincuente, y su oposición principal se refería a la condena a muerte, esto no le evitó grandes discusiones, en concreto, con su hermano Javier.<sup>51</sup> En una reunión de los abogados que preparaban la defensa de los miembros del FRAP, según el testimonio del allí presente Juan Aguirre, ocurrió lo siguiente: «Cuando estábamos reunidos se presentó Javier Sauquillo para pedirnos que renunciáramos a la defensa o que adoptásemos una actitud de no enfrentamiento con el tribunal».<sup>52</sup> Es fácil imaginarse al expeditivo Javier en una discusión fuerte con otros letrados que seguían líneas distintas de actuación.

En noviembre de 1975, nuestros protagonistas no festejaron especialmente el día de la muerte de Franco. Según Lola, «lo habíamos celebrado ya varias veces, porque llevaba muriéndose ya un año entero, y habíamos salido ya a celebrarlo varias veces con José María Mohedano, que nos llamaba a las dos de la mañana diciendo que se moría Franco y que había que celebrarlo. Cogíamos unas castañas de mucho cuidado, y no se moría».<sup>53</sup> Cuando tuvieron la certeza de que Franco había muerto, se celebró una fiesta en la que los miembros del despacho temieron ser detenidos.<sup>54</sup> De hecho, para evitarlo, Javier y Lola se fueron al chalé que la familia Sauquillo tenía en San Rafael.<sup>55</sup> Habían pasado los días previos a la muerte del dictador en la casa de Carmen García Mayo, y ella recuerda cómo brindaron con champán para celebrarlo.<sup>56</sup> Esperaban un cambio de mundo que incluso Franco veía venir

tras su muerte, pero en los primeros momentos no apreciaron ninguna diferencia importante. Con el tiempo, Lola continuó sintiéndose absolutamente desencantada.

La muerte de Franco dio comienzo a la Transición.<sup>57</sup> Aunque son discutibles tanto la fecha de su comienzo y finalización, aquí me refiero al periodo comprendido entre la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 y la victoria del PSOE en las elecciones de octubre de 1982. Por supuesto, en ese momento, nadie usaba ese término, que se convertiría en popular unos años más tarde, en general para alabar al periodo como uno de los mayores éxitos de la sociedad española, que conseguiría haber pasado de una dictadura a una democracia en medio de un gran consenso y paz social.<sup>58</sup> Sin negar los logros de la Transición, historiadores como Xavier Casals, Sophie Baby, periodistas como Mariano Sánchez Soler y politólogos como Ignacio Sánchez-Cuenca o Paloma Aguilar han puesto de manifiesto la cantidad de muertos que el proceso dejó por el camino, poniendo en duda su carácter modélico.<sup>59</sup> Según el estudio conjunto de los dos últimos, entre 1975 y 1982 hubo 504 víctimas mortales por la violencia política.<sup>60</sup> Si, además, contamos los heridos hospitalizados, el periodista Mariano Sánchez Soler contó entre la muerte de Franco y 1983 unos 2663.<sup>61</sup> Cualquiera de estas referencias sitúa a la Transición española como la más violenta de la Europa de la época solo por detrás de Rumanía, y coloca a la España de aquel tiempo en un nivel comparable a la «Italia de los años de plomo».<sup>62</sup> De hecho, tras la muerte de Franco aumentaron los muertos a causa de la violencia política.<sup>63</sup>

Esta forma de violencia vino desde la izquierda y la derecha, aunque fue ETA la que provocó el mayor número de muertes. A diferencia de la violencia de los sectores izquierdistas, historiadores como Xavier Casals han señalado el carácter poco organizado del terrorismo de extrema derecha, en general grupos descontrolados de radicales que tenían vínculos con los servicios de seguridad y con estamentos del régimen. Estos grupos, como el Batallón Vasco Español, los Guerrilleros de Cristo Rey o la Triple A (Alianza Apostólica Anticomunista) campaban con mucha libertad en la España de la época, y cometieron numerosos actos violentos. Además, mantenían vínculos con otros extremistas provenientes de diversos países que habían acabado en España porque era un lugar donde podían moverse con plena libertad. De hecho, poco

antes de acabar la Segunda Guerra Mundial, numerosos nazis y fascistas europeos se exiliaron a Madrid. El restaurante madrileño Horcher se convirtió en un centro de reuniones continuas de espías alemanes. Un corresponsal del *New York Times* escribió en 1944 que «en Madrid, los espías pululan en los grandes hoteles en números tales que incluso los visitantes casuales no pueden dejar de notarlos».<sup>64</sup> Además de los nazis expatriados, que según el investigador Martin A. Lee llegaron a ser 16.000 a principios de los cincuenta,<sup>65</sup> en Madrid se dieron cita los líderes de extrema derecha de Bélgica, Rumanía, Francia, Italia y América Latina. Todos ellos recibieron un trato privilegiado por parte del régimen franquista, que agasajó a destacados nazis como Otto Skorzeny. Además de destacados dirigentes, Madrid atrajo a una pléyade de mercenarios ultraderechistas y matones de poca monta, con las más diversas nacionalidades e historias a sus espaldas. Pronto contactaron con los miembros más oscuros de las fuerzas de seguridad franquistas, como Roberto Conesa Escudero.

Conesa era el más célebre y misterioso de los jefes de la Brigada Político Social, y fue uno de los policías más destacados en la lucha contra el terrorismo a comienzos de la Transición. Aunque se haría trágicamente famoso poco antes de morir Franco, ya en 1945 era conocido tanto entre la oposición al régimen como por los propios cabecillas franquistas. Tanto Conesa como el destacado policía Juan García Gelabert, jefe de los policías acusados del asesinato de Enrique, se hicieron conocidos por sus brutales métodos represivos. Conesa es sin duda el más oscuro de los dos, con una vida que da para muchas elucubraciones. Trabajó desde los quince años de mozo de ultramarinos y formó parte desde muy joven de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU).<sup>66</sup> Cuando estalló la Guerra Civil se unió a la causa republicana, y al final de la contienda sufrió una notable reconversión casi mística, que le llevó a trabajar para la policía franquista y a colaborar incluso con la Gestapo alemana.<sup>67</sup> Pronto se dio a conocer por su capacidad para infiltrarse en organizaciones de la oposición, y por ser capaz de reconstruir determinadas organizaciones para posteriormente desmantelarlas deteniendo a todos sus miembros. Evitó la reconstrucción de la Unión General de Trabajadores (UGT) al engañar a numerosos activistas fingiendo ser el hermano de un impresor de propaganda antifranquista.<sup>68</sup> Se hizo pasar por

miembro del Partido Comunista de España (PCE) de 1946 a 1947, y cuando agotó sus posibilidades como topo acudió a confidentes para conseguir la información que necesitaba. Era temido en las distintas organizaciones de la oposición al franquismo ya que recurría a brutales métodos de interrogatorio, entre los que se contaba la tortura.<sup>69</sup> Colaboró con la dictadura de la República Dominicana de Leónidas Trujillo a finales de los cincuenta, y se reincorporó a su actividad en España a principios de los años sesenta. Según Jorge Semprún, que había sido torturado en Francia por la Gestapo y luego deportado a Buchenwald, Conesa representaba el terror ante una posible detención.<sup>70</sup>

El temor de nuestros protagonistas al «superagente» Conesa era equiparable al que sentirían por su favorito, Antonio González Pacheco, conocido como Billy el Niño. Nacido el mismo año que Lola, provenía de una familia humilde de Aldea del Cano, un pueblo de Extremadura. A diferencia de su preceptor, Billy el Niño no pasó ningún proceso de reconversión ideológica, y fue pronto conocido por las brutales palizas y los malos tratos que infligía a centenares de estudiantes. Con muchas conexiones con los matones de los ambientes ultraderechistas, González Pacheco tuvo que declarar en el juicio de la matanza de Atocha por su amistad con los pistoleros. Llegó incluso a ser multado por un juzgado franquista por el trato que dispensó en 1974 a Paco Lobatón. Ese juicio resultó inaudito ya que, por lo general, este policía pudo actuar a sus anchas durante toda la dictadura. Como mero ejemplo, al militante de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) Luis Suárez le obligó «a hacer el pato: andar en cuclillas con las manos esposadas y descalzo. Luego te golpeaba con una porra en los pies».<sup>71</sup> No fue una excepción, sino más bien la norma de un sádico que disfrutaba haciendo sufrir a sus víctimas.<sup>72</sup>

Estos agentes colaboraron, a lo largo de los años setenta, con dirigentes y simpatizantes de la extrema derecha internacional. El estafalario neofascista Stefano Delle Chiaie, con oscuras conexiones con el atentado de Atocha, tenía reuniones de primer nivel en España. Delle Chiaie había tenido que huir de Italia tras su participación en un intento de golpe de Estado en 1970, junto al aristócrata italiano Junio Valerio Borghese, conocido como el Príncipe Negro por su origen noble y las camisas negras que llevaban los fascistas. Ya en

España, Borghese y Delle Chiaie se reunieron con Carrero Blanco y con el propio Franco en 1973 con el objetivo de crear un «espacio político internacional» que tuviera su sede en España, aprovechando que el país estaba repleto de exiliados derechistas de todo tipo y condición.<sup>73</sup> Franco aceptaba las actividades de este grupo heterodoxo mientras no alteraran el orden ni llamaran la atención en los países del entorno. Junto a Delle Chiaie, había otra serie de refugiados italianos en España que podrían constituir el epicentro de numerosas historias de aventuras; sus nombres y biografías parecen sacados de la imaginación de un escritor italoamericano. Por ejemplo, Carlo Cicuttini, que estuvo en prisión en Italia por el secuestro infructuoso de un avión que se saldó con la muerte de uno de los secuestradores, y que fue condenado a cadena perpetua en su país por un atentado con coche bomba que provocó la muerte de tres *carabinieri*. Según ha señalado el periodista Mariano Sánchez Soler, algunos de estos italianos de ultraderecha fueron detenidos por investigaciones derivadas de la matanza de Atocha, como Pietro Benvenuto, Marco Pozzan y Elio Massagrande. Estas detenciones se debieron al vínculo de estos italianos con una fábrica clandestina de armas en la calle Pelayo de Madrid, que la policía sospechaba que estaba relacionada con Atocha.<sup>74</sup>

Además de los agentes de policía y los mercenarios internacionales, especialmente italianos, franceses rebotados de la Guerra de Argelia y latinoamericanos con relación directa con todas las dictaduras de derechas de la zona, Madrid estaba repleto de ultraderechistas españoles dispuestos a recurrir a la violencia para evitar que España se convirtiera en una democracia tras la muerte de Franco, como los grupúsculos del entorno del partido Fuerza Nueva, de Blas Piñar. Destacaban los Guerrilleros de Cristo Rey, agrupación que comenzó sus actuaciones en la universidad pero que luego se extendió a otros ámbitos. El dirigente de este desorganizado grupo era Manuel Sánchez Covisa, bien relacionado tanto con miembros de los aparatos de la seguridad del Estado como con los mercenarios neofascistas internacionales. Sánchez Covisa tenía en el punto de mira a los abogados laboristas, y así lo admitió en una entrevista, poco antes del atentado de Atocha, con la Radiotelevisión Belga: «Todo el mundo sabe dónde están las células comunistas, radicadas en ciertos despachos de abogados laboristas, en ciertas asociaciones de vecinos que las conoce todo el mundo, que las

conoce el Gobierno, pero ahí están, actuando».<sup>75</sup> Su actitud respecto a la violencia, en sus propias palabras, era ésta: «Creo que la violencia no es nada malo. Naturalmente que la violencia por la violencia no es nada bueno, pero la violencia al servicio de una causa justa, cuando las demás vías han sido agotadas, es en mi opinión, algo bueno».<sup>76</sup> En un tono guerracivilista, Sánchez Covisa declaró que «estaría dispuesto a matar sin demasiados escrúpulos al servicio de la Patria».<sup>77</sup> Sánchez Covisa también declaró en el sumario de Atocha, con un testimonio surrealista y conspiranoico.

Todos estos grupos subversivos, a izquierda y derecha, tenían un objetivo común: impedir la instauración de un régimen democrático en España. Para ello, una de las posibilidades era la «estrategia de la tensión», en la que se trataba de crear el mayor descontrol posible en el país para que algún militar interviniera e impusiera una dictadura en España con la excusa de reinstaurar el orden público.<sup>78</sup> Esta estrategia, que tiene ciertas similitudes con la manera de pensar de los grupos de izquierdas más radicales de la época, implicaba que cuanto peor fueran las cosas en el país, mejor les irían a ellos. Cualquier cosa que desestabilizara al régimen podría ser buena. Lo ideal era conseguir que sus acciones fueran contestadas por los comandos de ultraizquierda con reacciones más violentas, y que la represión contra la población por parte de las fuerzas del orden fuera lo más dura posible. En esta lógica agonista, la mayoría de los métodos se consideraban justificados para conseguir el bien preciado: la independencia de los pueblos y la instauración del comunismo en el País Vasco, en el caso de ETA; la vuelta de ese idealizado Estado fascista que nunca existió, en el caso de los Guerrilleros de Cristo Rey. Viviendo de esas fantasías, la violencia no era sino una cosa menor, y los muertos inocentes solo eran víctimas colaterales de un conflicto cuyo desenlace era mucho más importante que cualquier vida humana.

No es seguro que en España hubiera una estrategia de tensión dirigida por Fuerza Nueva, como ocurrió en otros países, como Italia, con el neofascismo. Las sospechas acerca de una estrategia de tensión responden a sucesos como los de Montejurra, los secuestros de Oriol y Villaescusa, y la misma matanza de Atocha, que parecían actos realizados con el único objetivo de desestabilizar el proceso democrático.<sup>79</sup> Sin embargo, según numerosos historiadores la mayoría de las organizaciones de la ultraderecha española no

tenían consignas claras de realizar actos violentos, y la mayoría de éstos eran llevados a cabo por grupos aislados que no respondían a una estrategia planificada.<sup>80</sup> En todo caso, independientemente de la naturaleza planificada de la violencia, visto hoy en día es difícil no sorprenderse de la cantidad de muertos y heridos que hubo en esos años. Las historias sobre los muertos de la Transición parecen olvidadas en los relatos, llenos de despachos, tipos en trajes, pactos y consensos. Vivir en una sociedad sin violencia política es como vivir sin una enfermedad grave; cuando se padece se cambiaría todo por superarla, pero cuando se supera y pasa un tiempo uno deja de prestarle atención y pasa a preocuparse de otros menesteres. Así, pronto se olvidó lo que era España en esos años: un país donde casi cada semana había avisos de bomba, atentados, palizas indiscriminadas, peleas callejeras y muertos.

Lola y Javier estuvieron en el epicentro de esta violencia. El 24 de febrero de 1976 murió el primer trabajador en una manifestación durante la Transición. Dos semanas más tarde, cinco obreros murieron en Vitoria ametrallados por la policía, mientras que más de un centenar fueron heridos, de los cuales cuarenta más fueron hospitalizados. En las protestas posteriores en diversos puntos de España, murieron dos jóvenes, en Basauri y Tarragona.<sup>81</sup> Junto a lo ocurrido en Vitoria, lo más significativo tuvo lugar en Estella: fueron los oscuros sucesos de Montejurra, en los que hubo un enfrentamiento violento entre carlistas de distintas facciones que se saldó con dos muertos. En estos actos estuvieron vinculados diversos neofascistas de diversas procedencias, y el escándalo posterior acerca de la presencia de fuerzas de seguridad del Estado afectó negativamente a la imagen de Manuel Fraga, entonces ministro de Gobernación. Unos meses más tarde, en una manifestación por la amnistía, seis miembros de la Guardia Civil y de los Guerrilleros de Cristo Rey acabaron con la vida de María Norma Menchaca. Por su parte, en un caso con muchas concomitancias con el de nuestros protagonistas, Carlos González, estudiante de psicología y poeta de veintiún años, fue asesinado por un pistolero ultraderechista al que no se llegó a identificar. Tras una manifestación, tres individuos armados comenzaron a perseguirle al grito de «¡Viva Cristo Rey!». Le dispararon un tiro a quemarropa. La policía no detuvo a nadie, y el crimen quedó sin castigo.<sup>82</sup>

El PCE, que se mostraba contrario a la violencia, organizó multitud de huelgas con el objetivo de debilitar al régimen. En diciembre de 1975 se habían iniciado una serie de paros en el cinturón industrial de Madrid, con Getafe en el epicentro de todo este movimiento. A comienzos del año siguiente, una huelga paralizó el metro de Madrid, que tuvo que ser militarizado por la magnitud de la protesta, así como Correos y Renfe. Había dos motivaciones principales para declararse en huelga: mejorar las condiciones de trabajo y conseguir cambios políticos. El PCE intentaba, a partir de la lucha sindical, especialmente del sindicato CC. OO., hacer presión a favor del cambio político. Retrospectivamente, Santiago Carrillo ha afirmado que estas huelgas favorecían a la parte reformista del régimen, que podía así justificar sus ánimos de reformas por el miedo a aquellos grupos políticos mucho más peligrosos que venían detrás.<sup>83</sup> Aunque esta afirmación contiene gran parte de verdad, como confirmaron aperturistas como Rodolfo Martín Villa,<sup>84</sup> no está nada claro que la dirección del PCE, y mucho menos sus activos y combativos militantes, participaran en las huelgas para apoyar a los reformistas del régimen.

España atravesaba un mal momento económico con un paro en aumento y una inflación que casi llegaba al 18 por ciento. Esta situación incitaba a tomar medidas económicas más conservadoras. El ministro de Hacienda, Juan Villar Mir, dibujó un panorama sombrío que obligaba a estabilizar los salarios, aumentar las horas de trabajo y disminuir el endeudamiento particular y público.<sup>85</sup> Mientras tanto, el entonces ministro de Gobernación reformista Manuel Fraga trataba de someter a las instituciones franquistas a cierta transformación, con la propuesta de una reforma política que creara dos cámaras legislativas, una de ellas elegida por sufragio universal. Para ello, debía haber partidos políticos que concurrieran a las elecciones y cambiar la composición de las Cortes. Y para que hubiera partidos políticos y elecciones generales, era necesaria una Ley de Asociación Política, así como cambiar numerosos preceptos del Código Penal y de las Leyes Fundamentales. Según la legislación franquista, para que todo esto fuera posible los españoles tenían que votar en un referéndum. Fraga fue uno de los políticos que lideraron este proyecto reformista, que podía derivar en un régimen semidemocrático. Podemos imaginar la reacción de Lola al ver que era justamente él quien se

decía reformista, y su profundo odio hacia los teóricamente demócratas del régimen. A pesar de los ánimos reformistas, el recuerdo de Franco estaba muy presente aún en las instituciones españolas, y el discurso de Arias Navarro en las cortes el 28 de enero de 1976, que nuestros protagonistas pudieron ver en la televisión, muestra claramente las dificultades y contradicciones del final del régimen franquista:

Señores procuradores, como integrantes de la última legislatura de Franco habéis recibido el alto honor de ser los albaceas de su memoria y el excepcional privilegio de hacer operativo el mandato expresado en su último mensaje de forma que no pueda perderse en el recuerdo sino que permanezca vivo en nuestro cuerpo. Rechazado el riesgo de una interpretación revisionista de la reforma, os corresponde la tarea de actualizar nuestras leyes e instituciones como Franco hubiera deseado, sincronizándolas con las exigencias de esta etapa histórica.<sup>86</sup>

Mientras el país comenzaba a modernizarse y aparecían periódicos de diversas tendencias como *El País* y *Diario 16*, Lola y Javier se vieron otra vez envueltos en un ritmo de actividad frenética, en un momento decisivo de la Transición. Si en 1968 Lola había integrado las voluntaristas revueltas universitarias hasta que la abrupta muerte de su novio Enrique interrumpió su actividad, ocho años después se veía implicada en una serie de reivindicaciones políticas con muchos protagonistas comunes a las de finales de los sesenta, que acabaría también con la inesperada muerte de su persona más querida. Aunque Lola y Javier pertenecían a los sectores más izquierdistas y críticos con la dirección del PCE, el hecho de que no abandonaran el partido, especialmente tras el final de la OPI, para irse a otras formaciones más revolucionarias muestra cierta fidelidad a la organización y cierta aceptación de las tesis de Santiago Carrillo. En ese momento el PCE apostaba ya claramente por la reconciliación nacional y la instauración de unas instituciones democráticas en España. Esta ambivalencia entre aquello a lo que Lola y Javier aspiraban en teoría y lo que defendían en la práctica, y entre lo que el PCE representaba y lo que ellos creían que era conveniente para el país, puede justificar la opinión que tenía Lola, en esos momentos,

respecto al proceso político que atravesaban y a la transición en ciernes: «Estábamos todos muy entusiasmados y al mismo tiempo estábamos, de alguna manera, decepcionados».<sup>87</sup>

Como en una especie de premonición, en enero de 1976 se produjo un hecho con cierto parecido con el asesinato de Atocha. El día 17, Javier y Lola, acompañados de muchos amigos abogados, celebraban el cumpleaños de Ignacio Montejo en casa de éste.<sup>88</sup> Aparentemente no era una reunión política, y parece ser que se dedicaron a cantar canciones, tocar la guitarra y beber alcohol. A las doce de la noche, varios individuos vestidos de paisano, uno de ellos con una metralleta, irrumpieron en el vestíbulo de la vivienda. Afirmaron ser policías, pero no mostraron sus identificaciones. Uno de ellos enseñó una placa de metal como toda identificación. Los dueños de la casa trataron de que abandonaran el edificio mientras no tuvieran el mandamiento judicial correspondiente, pero los policías se negaron. Otro de ellos comenzó a rellenar un impreso, que a primera vista llevaba ya hecho, y en el que supuestamente se invocaba la aplicación del Decreto-Ley de Prevención del Terrorismo. El impreso no llevaba la firma de ningún juez sino la de un comisario de policía del que no pudieron comprobar la identidad. Lola escribió que «acto seguido, y a grandes gritos, el que llevaba la metralleta, y comportándose de forma excesivamente excitada para la condición profesional que alegaba, amenazó varias veces con hacer uso de su arma, llegando incluso a montar la misma, con el evidente peligro, debido a su grado de excitación, y al elevado número de personas, que resultaba de tal actitud».<sup>89</sup>

Tras esta actuación, según la declaración de Lola, un policía que se identificó como el «jefe de la Brigada Político Social, dijo que nos consideráramos detenidos». A pesar de que los asistentes negaron estar participando en una reunión ilegal y solo en una fiesta de cumpleaños, los policías les pidieron el DNI mientras, según Lola, «el portador del arma automática la mantuvo en posición horizontal al suelo y con el dedo en el disparador, llegando incluso a apuntar con la misma a aquellos de nosotros con quienes hablaba».<sup>90</sup> Registraron los coches de todos los asistentes, y luego los condujeron en un autobús de la Policía Armada hasta la Dirección General de Seguridad. Cuando vieron aparecer a las fuerzas de policía, nuestros protagonistas se tranquilizaron al advertir que se trataba

verdaderamente de policías.<sup>91</sup> De las más de cincuenta personas que asistieron a la fiesta y fueron detenidas, algunas fueron puestas inmediatamente en libertad de manera arbitraria. Los demás estuvieron en los calabozos de la Dirección General, en los que Lola ya había estado cuando mataron a Enrique. Según escribió ella misma, tenían «mantas infectas, cuyo único tratamiento de limpieza consiste en ser dobladas y amontonadas en un cuarto, en espera de que las coja el siguiente detenido; con colchonetas de plástico que han perdido el color a base de suciedad, con unos lavabos horrorosamente infectos, etcétera».<sup>92</sup> Tuvo que quitarse los zapatos y las medias, y pasó la noche en la celda, aterida de frío.

Al día siguiente, confeccionaron la ficha policial de los detenidos y los pusieron poco a poco en libertad. Ese mismo día, antes de que se les tomara declaración, Radio Nacional de España dio lectura a una nota de la Dirección General de Seguridad que informaba de unas detenciones debidas a una «reunión ilegal» de unos individuos con antecedentes policiales adscritos a organizaciones ilegales. Más allá de la inexactitud de parte de la nota, resulta sorprendente la celeridad de unos medios franquistas que demostraron ser capaces de predecir el futuro. Antes de que se les hubiera tomado declaración, Radio Nacional de España informaba de «las constantes contradicciones entre las diversas declaraciones de los detenidos».<sup>93</sup> El día 26 de enero Lola fue sancionada con una multa de diez mil pesetas por una supuesta infracción de la vigente Ley de Orden Público. Sin embargo, muchos de los que estuvieron allí, como Javier, no recibieron sanción alguna. Lola escribió un recurso de súplica y subsidiariamente de alzada ante el director general de Seguridad para que se rectificara la multa interpuesta, pero el recurso fue rechazado. Meses más tarde, gracias a la Ley de Amnistía 46/77, la multa fue cancelada.<sup>94</sup>

La detención de nuestros protagonistas tuvo lugar en un momento de gran actividad en muchos frentes. Durante esos meses, el mayor sobresalto lo provocó un documento firmado por 126 personalidades de renombre del régimen, entre los que se encontraban importantes miembros del Ejército y antiguos cargos políticos, exigiendo que acabaran los cambios en el Gobierno y que se acatase escrupulosamente la legislación vigente. Pocos meses después, el 5 julio, un hasta entonces casi desconocido Adolfo Suárez fue nombrado presidente del Gobierno por el rey Juan Carlos. Suárez tenía por

delante la difícil tarea de desarticular el sistema franquista desde dentro. Para ello, tenía que conseguir que las Cortes aprobaran el proyecto de Ley para la Reforma Política, en base a la que se iba a dismantelar el régimen. Esta ley fue aprobada por un amplio margen, 425 votos a favor respecto a 59 en contra, el 18 de noviembre. Dos días más tarde, en pleno aniversario de la muerte de Franco, una multitud mostró su oposición a esta ley. Mientras el régimen se liberalizaba desde dentro, los partidos políticos comenzaban a hacerse cada vez más visibles en la realidad española. Manuel Fraga creó Alianza Popular con el objetivo de agrupar sectores leales al régimen franquista que pretendían cierta modernización. El discurso del ministro se basaba principalmente en combinar la reivindicación del régimen anterior con la necesidad de introducir algunos cambios, de los que era difícil saber la magnitud. Por su parte, el PSOE de Felipe González era un partido casi normalizado en la realidad española, mientras que el PCE seguía siendo un tema prácticamente tabú para el régimen.

También se avecinaban grandes cambios sociales y culturales de los que Lola y Javier fueron testigos privilegiados y actores de relativo peso. El ambiente de cambio llegó a la música: los cantautores que habían tenido un papel junto a nuestros protagonistas en las revueltas antifranquistas de finales de los sesenta siguieron su carrera musical reivindicativa. Si uno de los momentos más significativos del mayo del 68 español fue el concierto de Raimon en la universidad, el 5 de febrero de 1976 el cantante valenciano volvía a Madrid, tras ocho años de censura, para llenar el Pabellón Deportivo del Real Madrid.<sup>95</sup> Durante toda aquella noche, se pregonaron entre las canciones las proclamas de «amnistía» y «libertad». Raimon interpretó todas aquellas canciones que hasta entonces había tenido prohibido tocar en público.<sup>96</sup> El concierto pretendía simbolizar la unidad de las izquierdas, y la organización reservó una fila para destacados dirigentes políticos de la oposición al franquismo como Marcelino Camacho, que acababa de salir de la cárcel gracias a la reciente amnistía, Simón Sánchez Montero y Felipe González, que fueron recibidos al grito de «unidad». Raimon comenzó el recital con *La nit*, canción que con una serie de metáforas comparaba la dictadura y una noche tenebrosa; el repertorio siguió luego con el poema dedicado al País Vasco, *El País Basc*, o *Sobre la Pau*, un tema dedicado al

Che Guevara.<sup>97</sup> Pero la canción más emblemática de Raimon en Madrid, al menos para nuestros protagonistas, era *18 de maig a la Villa*, que recordaba las sensaciones de aquel concierto en el mayo del 68 madrileño. Antes de anunciar que iba a interpretar aquella, cuando Raimon pronunció «el 18 de mayo», el público comenzó a aplaudir y gritar enfervorizadamente.

El concierto fue un éxito absoluto, y terminó cuando el cantante anunció que tenía que mantenerse en forma para los siguientes tres recitales consecutivos anunciados en Madrid. Fernando Lara, que había presenciado el concierto, escribió en *Triunfo* que «pocas veces cantante y espectadores se han sentido más partícipes conjuntos e inseparables».<sup>98</sup> Manuel Vázquez Montalbán escribió a su vez: «Entre Raimon y el público se establece una conexión política total y conforman juntos un ser vibrante, épico, duro como el pedernal».<sup>99</sup> Manuel Fraga, ministro de Gobernación, prohibió el resto de los conciertos programados, con lo que Raimon se ganó definitivamente la imagen de cantautor censurado y, por tanto, «cantante de la España silenciada».<sup>100</sup> Por todo ello, aunque sea algo exagerado, el futuro rector de la Universidad Complutense Carlos Berzosa dijo que «la memoria del cambio tiene en los conciertos de Raimon las muescas de la esperanza colectiva que acompañó la agonía del franquismo y los primeros años de la transición».<sup>101</sup>

Pero la unidad de la izquierda estaba muy lejos de ser conseguida. Los recelos del PSOE a unirse con el PCE eran elevados, por miedo a ser engullidos por este partido. La lucha por el liderazgo de la izquierda, simbolizado en Felipe González y Santiago Carrillo, iba a ser uno de los grandes ejes del siguiente año. Ciertamente, la izquierda se hacía cada vez más visible ante la sociedad española debido a la liberalización del régimen, pero los socialistas lo tenían mucho más fácil que los comunistas para aparecer públicamente. Tras aprobar una Ley de Derecho de Reunión, en junio de 1976, se autorizó la creación de partidos políticos en España. La amnistía parcial de aquel año provocó una gran manifestación por la amnistía total.

En plena actividad profesional y política, durante el verano de 1976 Lola y Javier viajaron a los Alpes junto con Antonio Sama y su mujer. Fue el último viaje largo que hicieron juntos. A finales de 1976, ya recién construida la casa de Miengo y con una situación económica consolidada, Lola y Javier planeaban tener su primer hijo, o al menos así se lo comentaron a varios

amigos.<sup>102</sup> Aunque Lola no llegó a quedarse embarazada, Javier estaba muy ilusionado con esta perspectiva. Era quizá Lola la que no estaba tan segura de dar ese paso, y en ocasiones algunos amigos tenían la impresión de que trataba a Javier como si no quisiera pasar el resto de su vida con él.<sup>103</sup> Sin embargo, en general su relación era buena y, según la mayoría de los testimonios, los dos atravesaban un buen momento personal y profesional. Los dos ayudaron a organizar la llamada Semana Ciudadana, que fue promovida por la Federación Provincial de Asociaciones.<sup>104</sup> Su acto más significativo fue la gran manifestación en la calle Preciados, en la que una gran cantidad de personas pidieron la legalización de las asociaciones y el aumento del nivel de vida en los barrios.<sup>105</sup> La manifestación tuvo mucha más afluencia de la esperada, y la policía acabó interviniendo para detener a varias decenas de personas.<sup>106</sup> Precediendo a esta gran manifestación, se produjeron otras actividades antifranquistas comandadas por las asociaciones de vecinos como el «día vecinal» en Aranjuez y la «semana de lucha», que se acabaron saldando con varias detenciones.<sup>107</sup> Además, hubo una serie de huelgas y protestas contra los precios del pan, que se conoció como «la guerra del pan».

La situación de Lola y Javier, de relativa estabilidad personal y éxito profesional, contrastaba con la situación española, que se tornó dramática cuando el 11 de diciembre de aquel año el GRAPO secuestró en Madrid a Antonio María de Oriol, un abogado y político español. El grupo terrorista amenazó con asesinarle si el Gobierno no cedía a sus exigencias. El GRAPO levantaba muchas sospechas entre los medios de comunicación de la época. *Diario 16* publicó que «aquí no cree nadie en vuestra versión de que sois un grupo antifascista de ultraizquierda. Este país está convencido de que sois profesionales a sueldo del terror, burócratas de la provocación y de los servicios especiales».<sup>108</sup> En este clima de tensión, el 15 diciembre se celebró el referéndum sobre el Proyecto de Ley para la Reforma Política, anteriormente aprobada. Tras la aprobación masiva en el referéndum del proyecto de Suárez, el Gobierno se sintió con fuerzas para no tomar muy en cuenta a las inmovilistas Cortes franquistas, y gobernó a base de decretos-ley con el objetivo de eludirlas. El resultado fue un varapalo para la extrema derecha, que había hecho campaña a favor del No y que comenzó a preparar su

candidatura a las siguientes elecciones. En un homenaje a Carrero Blanco ese mismo mes, hubo insultos al rey por parte de ultraderechistas descontentos con los últimos acontecimientos.

El 22 de diciembre, Santiago Carrillo apareció por primera vez en la televisión española, tras ser detenido junto a otros dirigentes comunistas en Madrid y llevado a la Dirección General de Seguridad. El Gobierno recelaba de la policía y temía que hubiera incidentes tanto en el exterior como en el interior del edificio. El comisario Pastor trasladó con la máxima discreción a Carrillo desde las dependencias de la DGS hasta una comisaría. Aunque los temores iniciales del comisario tenían que ver con los ultras de derechas, los que se movilizaron fueron los militantes del PCE y de otras fuerzas antifranquistas. Los asistentes al comité central del PCE tras el que detuvieron a Carrillo fueron a su vez detenidos media hora después, y en ese tiempo pudieron llamar a las personas necesarias para proceder a una movilización inmediata. Según Carrillo, «esa media hora la aprovecharon para hablar por teléfono con Roma, con París, con la gente del partido en Madrid, que fue lo que hizo que tan rápidamente fuera la manifestación en la Puerta del Sol».<sup>109</sup> La ultraderecha también se movilizó, y se temió la generalización de disturbios y violencia en las calles.

Era muy difícil para Adolfo Suárez decidir qué debía hacer con Carrillo. Primero, eligió enviarlo a Francia, aunque varios ministros se opusieron alegando que aquello era ilegal. Suárez se puso en contacto con el presidente de Europa Press, José Mario Armero, que le servía de intermediario con el PCE. Quería saber si los comunistas preferían que Carrillo fuera trasladado a Francia o acabara a disposición del juez. José Mario Armero respondió: «El problema es que han detenido también a los otros a los que yo puedo preguntar».<sup>110</sup> Finalmente, el periodista acudió a uno de los miembros más destacados del PCE, Armando López Salinas, que le sugirió que Carrillo fuera devuelto a París. Se fletó un avión, pero Carrillo se opuso y exigió presentarse ante el tribunal y, mientras tanto, ser llevado a la cárcel de Carabanchel. El líder del PCE pasó la noche en el edificio de la DGS, y varios policías lo bajaron al sótano. Allí lo obligaron a desnudarse mientras le insultaban y le dijeron que iban a aplicarle «la ley de fugas». A partir de ahí, el Gobierno se involucró directamente en la seguridad de Santiago Carrillo.

Al día siguiente, por toda España aparecieron pintadas por la libertad del líder comunista. Hubo numerosos escritos dirigidos al Gobierno, firmados por personas de diversas ideologías, que pedían su liberación. Su detención fue una noticia muy destacada en todos los medios internacionales, y hubo manifestaciones en varias capitales europeas. Carrillo fue trasladado a la cárcel de Carabanchel, en la que solo pasó siete días, hasta que el 30 de diciembre fue puesto en libertad bajo fianza. En ese momento, hizo sus primeras declaraciones periodísticas no clandestinas, lo que daba a entender que el PCE podía ser legalizado en un plazo no demasiado largo de tiempo. Ese mismo día, se acordó la supresión del TOP, en el que tantos juicios habían tenido Javier y Lola.

Diciembre de 1976 acababa con una nota de optimismo para nuestros protagonistas. Mientras ocurrían toda una serie de cambios institucionales que serían decisivos para la instauración de la democracia en España, algunos anuncios de Televisión Española hablaban de la reconciliación entre las distintas generaciones de españoles. Además, la canción *Libertad sin ira*, del grupo onubense Jarcha, se convertía en un gran éxito. La letra reivindicaba una España que nunca existirá para nuestros protagonistas, con un estribillo que aún hoy en día resulta familiar:

Libertad, libertad, sin ira libertad  
Guárdate tu miedo y tu ira  
Porque hay libertad, sin ira libertad  
Y si no la hay sin duda la habrá.

Mientras esta canción sonaba en las radios y la democracia se asomaba en España, Lola y Javier estaban a punto de redescubrir el significado del miedo, la impotencia y la muerte. Desde la muerte de Franco, Javier tenía la corazonada de que iba a haber una reacción violenta del régimen para tratar de poner fin al proceso democratizador.<sup>111</sup> Era un tema de discusión habitual con Tomás Duplá, que pensaba lo mismo, aunque lo que no sabían exactamente es si serían ellos u otros sectores los afectados por esta prevista reacción violenta. De hecho, tomaron algunas precauciones en el despacho, aunque fueron menores.<sup>112</sup> Las amenazas a los despachos laboristas no eran raras. Por ejemplo, Nacho Montejo recibió una carta firmada por el Comando

Francisco Franco que rezaba: «Si no os marcháis, os matamos».<sup>113</sup> La periodista Rosa Montero recreó en *El País* una conversación de Nacho Montejo con Javier, en la que el primero le explicaba al segundo que se iría de España si las cosas comenzaban a ponerse violentas.<sup>114</sup> Seguramente fueron Lola o Nacho Montejo quienes le transmitieron la información meses más tarde,<sup>115</sup> y según cuenta la periodista, Javier trató de tranquilizarle diciendo lo siguiente:

Esas cosas de los anónimos son solo para asustar. Eso no nos pasa a nosotros, hombre, sería un escándalo demasiado grande. La burguesía monopolista controla la situación en definitiva y no permitirá ningún desmadre fascista. Todo lo que hace es achucharnos con el fantasma de la dictadura, pero no hay riesgo: el conjunto está controlado, no les conviene pasarse...<sup>116</sup>

Javier solía guardarse para sí sus temores a un ataque.<sup>117</sup> Sin embargo, en una ocasión, con un ánimo terriblemente fatalista, Javier le comentó a su hermana Paquita que ella llegaría a ser conocida como una famosa abogada, pero que él siempre que salía en la prensa era por noticias tristes, ya fueran detenciones o por causa de alguna muerte (en referencia a Enrique), y que no se veía llegando a nada. Lola presenció esa escena, pero parecía bastante más despreocupada que su turbado marido respecto a lo que pudiera ocurrirles.<sup>118</sup> En aquel momento, no podía ni imaginar lo que le depararía la vida.

A veces, en una vida, las desgracias más inesperadas, no contentas con haber arruinado una vez la existencia, ocurren dos veces. Estas desgracias suelen aparecer sin ningún motivo específico, dejando el posterior relato vital vacío de significado y dejando a la víctima una posibilidad vaga de reinención. Una segunda desgracia obliga a una tercera construcción del significado de la vida, cosa que pocas personas son capaces de hacer sin quedarse anclados en lo ya vivido. Cuando comenzaba 1977, mientras la democracia amanecía en España, faltaba poco tiempo para que los viejos fantasmas de Lola regresaran para arruinarle un futuro que a partir de entonces ya nunca dejó de ser pasado.

## A finales de enero (II)

El caso Atocha se cerró. ¿Se cerró?: no sé. Tantas cosas quedan que será muy difícil que podamos cerrarlo entre todos.

Alejandro Ruiz-Huerta

Los inicios del año 1977 estuvieron marcados por una gran incertidumbre política, en uno de los momentos más tensos y decisivos de la Transición española. El presidente del Gobierno, aunque ya había comenzado una serie de cambios que tenían el objetivo de modernizar España, se resistía a legalizar al PCE. Suárez temía que una legalización del partido podía provocar un golpe involucionista, y no se sentía con los suficientes apoyos políticos para tomar esa decisión. Aun así, las negociaciones evidenciaron cierto entendimiento entre los distintos líderes de los partidos políticos. Según la periodista Victoria Prego, durante esos días se empezó a poner de moda la palabra «consenso» en los medios de comunicación.<sup>1</sup>

En esta situación de tensión política, el 18 de enero comenzó una multitudinaria huelga de transportes que se suele considerar el antecedente directo del atentado de Atocha.<sup>2</sup> Miles de empleados de empresas de transporte por carretera comenzaron un paro indefinido para reclamar mejores salarios, tener más días de vacaciones, pagas extras y amnistía laboral para los enlaces sindicales que hubieran sido expulsados de sus puestos de trabajo por liderar las protestas. Éste era el caso de Joaquín Navarro, de la empresa Juliá, que había sido seleccionado por Comisiones Obreras para negociar el convenio colectivo y que había sido despedido por su implicación en las negociaciones salariales. La huelga se extendió de seis a veintiséis empresas y la llegaron a seguir el 80 por ciento de los empleados del sector. La policía

tuvo que parar coches particulares y obligarles a que llevaran viajeros, mientras que varios autobuses escolares acabaron siendo escoltados por la policía. Por la tarde del 18 de enero, más de dos mil trabajadores escucharon a Marcelino Camacho, uno de los líderes más destacados de Comisiones Obreras.

Al día siguiente hubo nuevas manifestaciones, que fueron duramente reprimidas por la policía. Hubo una oferta de nuevo convenio, pero fue rechazado porque no cumplía las exigencias de los trabajadores. Las protestas continuaron. Los dirigentes del sindicato vertical de la rama de transportes eran conocidos falangistas, y consideraron que el objetivo último la huelga era atacar al régimen. El Sindicato Vertical era una de las instituciones que mejor había conservado su estatus tras la muerte de Franco y no se había modernizado en los últimos años. Era un refugio de los falangistas que se habían opuesto al nombramiento de Juan Carlos como rey de España y a cualquier intento de cambio del régimen. En general, las elecciones en la rama del transporte se controlaban para evitar que entrara la gente de Comisiones Obreras o de la Unión General de Trabajadores, y en ese control de las elecciones tanto Vicente García Ribes como su hijo Juan García Carrés tenían un papel fundamental.<sup>3</sup>

Las huelgas en el sindicato de transportes fueron encabezadas por el expedientado Joaquín Navarro. Francisco Albadalejo Corredera, secretario del Sindicato Provincial de Transportes y Comunicaciones de Madrid, había tenido ya varios encontronazos con él por los problemas derivados de las huelgas, y llevaba un tiempo planeando darle un escarmiento a este molesto sindicalista.<sup>4</sup> En una ocasión en que habían discutido, Albadalejo «no se recató en hacer ostentación de una pistola que llevaba consigo».<sup>5</sup> De padre fusilado en la zona republicana, Albadalejo había sido detenido en una ocasión por tenencia ilícita de armas.<sup>6</sup> Según el informe psiquiátrico que se le hizo para el juicio de Atocha, «los rasgos de su carácter son fronterizos con lo paranoide, lo que hace de él una persona muy condicionada por el entorno, ya que su carácter no vivencia al azar, es decir, todo lo refieren a su Yo y las “ofensas inferidas” no las integran, rumiándolas constantemente». Entre otras cosas, se añadía que «la emotividad y afectividad del informado está regida por «cuasi lo paranoide» y que «era luchador, vindicativo y poco permeable a

la refutación lógica de sus ideas, las que son más expresión de su egocentrismo e hipertrofia del Yo que unas ideas lógicas y maduramente aceptadas». <sup>7</sup> Solía ir armado y le gustaba contar todas sus hazañas contra los antifranquistas. Albadalejo tenía influencia sobre un grupo de personas que dependían económicamente de él, y que poseían armas y estaban familiarizados con su uso. <sup>8</sup> Era corriente verlos juntos en los campos de tiro de Madrid para afinar la puntería. De comportamiento exaltado, parece ser que los miembros de este grupo alardeaban de sus armas y las exhibían con orgullo. <sup>9</sup> Entre ellos se contaban los futuros asesinos de Atocha, José Fernández Cerrá, Carlos García Juliá y Fernando Lerdo de Tejada, y otros detenidos, como el bullicioso falangista Leocadio Jiménez Caravaca y Simón Ramón Fernández Palacios, también adscrito al Sindicato Provincial de Transportes.

Merece la pena detenerse brevemente en las biografías de los autores del crimen. José Fernández Cerrá era un agente inmobiliario nacido en Almería y que rondaba la treintena. Se separó de su mujer, según declaró a la policía, debido a que ella no aguantaba las supuestas amenazas de muerte que la pareja recibía. Sin embargo, en las diligencias la policía señalaba que el verdadero motivo de la separación era la violencia que ejercía contra ella y, de hecho, la mujer llegó a declarar que su antigua pareja la había amenazado con una pistola. <sup>10</sup> Su nueva novia era Gloria Herguedas, una ultraderechista que también iría a prisión como encubridora de la matanza. <sup>11</sup> Según el informe psiquiátrico del médico José Antonio García-Andrade, Fernández Cerrá pertenecía «al grupo de los idealistas apasionados, fronterizo con los psicópatas fanáticos». Este tipo de personas «tienen ideas sobrevaloradas [...], siendo capaces de dar su vida por ellas si fuera preciso, ya que, junto a este vivenciar, se une una gran actitud escénica o de lucha, actitud que se ve acrecentada por su afán de proselitismo». <sup>12</sup>

El otro autor de los disparos, García Juliá, tenía solo veintiún años y trabajaba en una tienda de distribución de alcohol. Virgen y extremadamente religioso, había sido tratado en el verano de 1976 por un psiquiatra debido a «algunas alteraciones nerviosas». <sup>13</sup> Más inexperto que el resto de sus compañeros, quedó profundamente afectado tras la matanza y perdió la memoria de los hechos. <sup>14</sup> Por último, Fernando Lerdo de Tejada, que aunque

no disparó acompañó a los dos pistoleros al despacho de Atocha, tenía veintidós años, era de Madrid y estudiaba informática. Según su informe psiquiátrico, su «inmadurez psíquica le hace fácilmente sugestionable, ser poco perseverante o constante, actuando según las exigencias del medio ambiente, tratando siempre de identificarse con su padre, al que admira y teme, lo que le hace ambivalentemente esperar un premio y un castigo».<sup>15</sup> La periodista Rosa Montero lo describió como el único encausado que venía de buena familia: «Se le nota en el aspecto, rubito, finito, un poco con aire de *niño de Serrano*».<sup>16</sup> Es muy probable que el director de cine Juan Antonio Bardem se basase en esta descripción para la película que hizo sobre la matanza de Atocha.

Por último, también estuvieron implicados en el crimen, aunque no cometieran los asesinatos, Leocadio Jiménez Caravaca y Simón Ramón Fernández Palacios. Los dos eran excombatientes de la División Azul, y sus simpatías por la extrema derecha eran bien sabidas. Según *Diario 16*, Caravaca era conocido en el barrio de Usera por apalear a curas obreros y por haber puesto un explosivo en el Club Juvenil Usera, suceso por el que fue detenido.<sup>17</sup> Además, según los informes de la policía, protagonizó un altercado en un acto de homenaje a Mao Zedong en la Asociación de Amistad Hispano-China, en el que acabó siendo reducido por el público asistente. No fueron los únicos disturbios que protagonizó, ya que había sido procesado múltiples veces por todo tipo de asuntos, desde hurtos hasta imprudencias temerarias.<sup>18</sup> En un registro de la policía dos años antes de Atocha, se le encontraron «armas cortas y largas, granadas, explosivos, mechas, machetes, porras lastradas con plomo y reforzadas con tachuelas, etcétera».<sup>19</sup> Caravaca percibía una pensión militar por ser mutilado de la División Azul, tras recibir una herida de guerra en la cabeza que obligó a practicarle una trepanación. Según la declaración de sus amigos más cercanos a *El País*, Caravaca era un perturbado mental y se encontraba bajo la tutela de su madre.<sup>20</sup> Llegó a disparar a su amante María Teresa Pérez Marcos y, en otra ocasión, a otros dos jóvenes en la madrileña estación de metro de Oporto. En 1974, el juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social de Madrid lo declaró un peligro

social. Se le había diagnosticado psicosis traumática a consecuencia de las heridas de guerra, y esto provocaba que sus reacciones no fueran normales, sobre todo si estaba bajo los efectos del alcohol, lo que era habitual.<sup>21</sup>

Simón Ramón Fernández Palacios colaboró con Caravaca en algunas de sus acciones, como el mencionado boicot del homenaje a Mao, y también tenía un arsenal de armas. Había sido miembro de la Guardia de Franco y aparecía en el registro del Ministerio de Asuntos Exteriores como uno de los asaltantes a la embajada de España en Berlín. Además había sido señalado como uno de los autores de un atentado con explosivos en un despacho laboralista en Usera.<sup>22</sup> La policía descubrió que tanto él como el resto de los acusados tenían numerosas armas en su poder. Además, se supo que todos ellos solían ir a la Hermandad Social de los Marineros Voluntarios. Esta hermandad de excombatientes de la Guerra Civil contaba con numerosos afiliados en la capital a pesar del dato contrastado de que en Madrid no hay mar. Junto a los marineros solían ir los policías y los mercenarios extranjeros.<sup>23</sup> Si uno se paseaba por la hermandad en los años setenta podía encontrarse con tipos como Antonio González Pacheco, Jesús González Gay, Stefano Delle Chiaie, Jorge Cesarsky, los implicados en la muerte de Enrique y los de la matanza de Atocha. El sitio ideal para organizar barbacoas y golpes de Estado.

La periodista Rosa Montero realizó para *El País* una reconstrucción novelada de los hechos a partir de las entrevistas que realizó a los asesinos, las víctimas y diversos testigos.<sup>24</sup> En su crónica, Rosa Montero situaba a todos los encausados por el caso Atocha en la cafetería Denver, muy cerca del Sindicato Provincial de Transportes, tomando alcohol y lamentándose de la situación del país. Según el relato de la periodista, los jóvenes Cerrá, Juliá y Lerdo de Tejada expresaban continuamente su admiración por gente como Caravaca y Albadalejo. Estos últimos, a pesar de su edad, aún se mostraban capaces de arriesgar la seguridad familiar para combatir al comunismo. Falangistas convencidos, veían que el mundo en el que habían vivido hasta entonces se tambaleaba tras la muerte de Franco y querían hacer algo para evitarlo. En esos momentos, creían que la única manera de evitar volver a la Guerra Civil era luchando contra la desestabilización que estaban provocando las izquierdas con la oleada huelguística.<sup>25</sup> Por ello, combatir la huelga de transporte parecía la mejor opción para preservar el régimen.

Según la información proveniente de la policía que los investigó, «estas personas se caracterizaban por su extremada hostilidad hacia Joaquín Navarro Fernández». <sup>26</sup> Fernández Cerrá le debía dinero a Albadalejo, y en realidad vivía de un dinero que le había prestado este último. Albadalejo fue quien les dijo a Fernández Cerrá y a García Juliá que debían «darle una lección a un tal Navarro». <sup>27</sup> Se quejaba de que el sindicalista «no tenía representación sindical legal». <sup>28</sup> Mezclaban todos los sucesos que venían ocurriendo durante los últimos días con su odio por la figura de Joaquín Navarro. Según el propio Fernández Cerrá, el grupo precisaba «que era el principio del desmoronamiento de la España en que habían creído siempre. Y [...] para contraatacar este posible desmoronamiento, se centró en Joaquín Navarro al darle un escarmiento». <sup>29</sup> El 21 de enero acordaron darle al sindicalista «un montón de bofetadas imponente». <sup>30</sup> El sábado 22 de enero estuvieron buscándolo en su domicilio, y al no encontrarlo decidieron que la semana siguiente tratarían de encontrarlo en el despacho de Atocha 55. Estos matones sabían que Joaquín Navarro estaba ligado a este despacho, ya que tenían la información de que le habían dejado una habitación allí para que trabajara. <sup>31</sup> El grupo de Albadalejo creía que «Joaquín Navarro dormía incluso normalmente allí, y que tal información la oyó comentar en diversos ambientes de la gente del transporte». <sup>32</sup> Durante las semanas anteriores al atentado, Joaquín Navarro recibió varias amenazas de muerte por parte de personas que veían perjudicadas sus actividades por las reivindicaciones de CC.OO.

La huelga de transportes y la decisión de castigar a Joaquín Navarro coincidieron con una serie de eventos trágicos en Madrid, en lo que se ha considerado «la semana negra de la Transición» y que tuvo su momento más recordado en la matanza de Atocha. El 23 de enero se convocó una manifestación en defensa de la amnistía, que acabó de forma trágica con la muerte del estudiante Arturo Ruiz. El autor identificado del crimen fue José Ignacio Fernández Guaza, un matón de ultraderecha con vínculos con los servicios de seguridad que huyó al extranjero. La única persona juzgada por ese crimen fue el argentino Jorge Cesarsky, vinculado al grupo de extrema derecha de ese país que se hacía llamar la Triple A: Alianza Anticomunista Argentina. Además, esa misma noche otros manifestantes fueron apaleados por miembros de extrema derecha. La víctima más grave fue Florencia Marcano

González, que recibió un disparo en el pecho. Al día siguiente, en otra manifestación en protesta por la muerte de Arturo, un agente de policía hirió a Mari Luz Nájera Fernández con un bote de humo que le destrozó la cara. La joven, estudiante de Ciencias Políticas, murió al día siguiente. También resultó herido de gravedad, aunque logró salvar la vida, Francisco Galera Quevedo. Por si fuera poco, ese mismo día el GRAPO secuestró a Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Este secuestro se sumaba al de Antonio María de Oriol, que llevaba ya unas semanas de cautiverio. El presidente Adolfo Suárez recibió esa noche a los representantes de las diferentes fuerzas políticas para discutir sobre la deriva violenta de los acontecimientos de aquellos días.<sup>33</sup>

Durante todo el mes de enero, Lola y Javier siguieron trabajando intensamente en los movimientos vecinales. El año 1977 iba a ser muy activo para las asociaciones de vecinos madrileñas. Según el periodista Pedro Montoliu, el 35 por ciento de las manifestaciones que se convocaron en la capital de España ese año fueron protagonizadas por estas asociaciones, y en ellas llegaron a participar 240.000 manifestantes.<sup>34</sup> Pocos días antes del 24 de enero, Javier y Lola fueron con Paquita Sauquillo al barrio de Orcasitas, según el testimonio de esta última, «para elaborar un manifiesto sobre la urgente necesidad de legalizar la Federación Provincial de Asociaciones de Vecinos de Madrid», lo que se produciría unos meses después de la matanza de Atocha.<sup>35</sup> Muy poco antes del atentado, en una comida con Antonio Gallifa, Javier le confesó que estaba asustado por lo que les pudiera pasar en los próximos días a él y especialmente a Lola. Al parecer, el policía Antonio González Pacheco había pasado por su despacho y les había amenazado de muerte a los dos, si bien Lola pensaba que solo eran bravuconadas. Según el testimonio de Antonio Gallifa, no era la primera vez que eran amenazados por este policía.<sup>36</sup> Pasaron el domingo 23 de enero en compañía de Javier García Fernández, pero no le comentaron nada a su amigo y le dijeron que, si terminaban pronto la reunión que tenían al día siguiente, irían al cine como de costumbre.<sup>37</sup>

Fue una simple casualidad que Lola y Javier estuvieran en el despacho ese fatídico día. La titular del despacho de Atocha 55 era Manuela Carmena. El abogado comunista Juan José del Águila había citado a otras dos personas

en Atocha 55 ese mismo día a una hora similar, y Carmena le pidió que trasladaran la reunión al despacho que tenían en el número 49 de la calle Atocha.<sup>38</sup> Unos días antes, algunos abogados vinculados al movimiento vecinal habían acordado tener una reunión en Atocha 55,<sup>39</sup> e informaron a Lola y a Javier del lugar y la hora de la reunión.<sup>40</sup> Su buen amigo Javier García Fernández salvó la vida porque unos meses antes había sido trasladado a una célula distinta de los abogados de barrio, la de los Profesores No Numerarios, de manera que no tuvo que ir a la aciaga reunión.<sup>41</sup> Ésta tenía que celebrarse originariamente en un local que el PCE tenía alquilado en Fuencarral, destinado a las asociaciones de barrios y al movimiento vecinal.<sup>42</sup> Rosa Montero, tras entrevistar a los supervivientes de la masacre, escribe que los abogados se encontraban tomando unas cañas en el bar El Globo tras haber despachado los últimos asuntos de trabajo del día.<sup>43</sup> Entre otros, estaban Javier, Lola y Manuela Carmena. Los letrados estuvieron comentando los trágicos sucesos del día, que para ellos eran un intento de desestabilizar la democratización del país en beneficio exclusivo de la derecha reaccionaria. Estuvieron hablando de la tensión que había en el ambiente, y el estado de paranoia en el que vivían por la incertidumbre ante lo que podía pasar.<sup>44</sup>

Después, ya en Atocha 55, Lola y Javier subieron por las escaleras porque el ascensor estaba estropeado.<sup>45</sup> El despacho había estado abarrotado por una asamblea del sector de transportes celebrada poco antes.<sup>46</sup> Se encontraron con Alejandro Ruiz-Huerta, al que no veían desde la vuelta de vacaciones de Navidad, y a los demás compañeros.<sup>47</sup> Enrique Valdelvira compartía con algunos colegas un bocadillo de jamón. Joaquín Navarro, que había estado reunido con los trabajadores, se despidió de todos y se marchó. Después nuestros protagonistas se sentaron junto a los otros abogados en el salón principal. Ángel Rodríguez, que ya había acabado su jornada de trabajo y se encontraba en un bar próximo, recordó que había olvidado su ejemplar de la revista *Mundo Obrero* y subió al despacho a recogerlo. Al poco de que Ángel entrara y saludara a los compañeros, unos desconocidos llamaron al timbre de la puerta.

Antes de cometer la matanza, Fernández Cerrá y García Juliá habían recibido la información de parte de Francisco Albadalejo de que «Joaquín Navarro podría estar en alguno de los bares cercanos al despacho de la calle

de Atocha». <sup>48</sup> Por eso, pensaron que si el sindicalista no se encontraba allí estaría en el mismo despacho. Según explica Manuel Gallego en la tesis que dedicó a Atocha, tuvo que haber más miembros del sindicato de transportes implicados en el seguimiento de Joaquín Navarro, como Vicente García Carrés y José María Cabildo Guerrero. Al fin y al cabo, ellos eran los principales interesados en que acabara una huelga que estaba perjudicando gravemente sus intereses. <sup>49</sup> En todo caso, García Juliá había ido a buscar a Lerdo de Tejada a la sede de Fuerza Nueva, en la calle Goya, y al no encontrarlo trató de localizarlo en alguno de los bares de la zona. Lerdo de Tejada se encontraba en la cafetería Harjoa, desde la que fueron a su domicilio para recoger la pistola. De allí se dirigieron a la cafetería Milo para encontrarse con Fernández Cerrá, y luego fueron directamente a la calle Atocha. En palabras de Manuel Gallego:

Carlos García Juliá portaba un anorak azul con capuchón, que se puso al entrar en el despacho, y una pistola Star, de calibre nueve milímetros largo. José Fernández Cerrá vestía trenka de color verde, con corbata, y una pistola de calibre nueve milímetros Parabellum, marca F.N. Browning. Fernando Lerdo de Tejada llevaba un chaquetón de cuero color marrón con cuello de piel y una pistola de calibre siete-sesenta y cinco milímetros, sin munición. <sup>50</sup>

No quedó nunca claro el motivo por el que Fernández Cerrá, García Juliá y Lerdo de Tejada portaban armas si solo pretendían dar una paliza al sindicalista. Según Fernández Cerrá, «iban armados porque como sabía que iban a entrar en un local de Partido Comunista, nunca se sabía lo que podía suceder allí». <sup>51</sup>

Mientras subían al despacho vieron que bajaban numerosas personas, y que arriba había más gente de la prevista. Se trataba de la reunión de abogados del movimiento vecinal, un imprevisto que ellos no habían contemplado. Cuando estos abogados llevaban unos minutos reunidos, llamaron al timbre de la puerta de entrada. Acudió a abrir Luis Javier Benavides. Fernández Cerrá y García Juliá entraron, y Lerdo de Tejada se quedó en la entrada. Era la primera vez que los abogados y los pistoleros se veían cara a cara. Uno de los asaltantes, Fernández Cerrá, les dijo «en voz tranquila y tono de voz bajo» a los abogados que mantuvieran «las manitas

arriba». <sup>52</sup> Al ver que el abogado Miguel Sarabia no levantaba los brazos, Fernández Cerrá le conminó a hacerlo con ademán reposado y las palabras «esas manitas, esas manitas». <sup>53</sup> Aunque ya habían pasado por situaciones relativamente similares, nuestros protagonistas sintieron el miedo a la muerte. Mientras Fernández Cerrá encañonaba a los abogados, García Juliá iba precipitadamente por las dependencias del piso para localizar a otras posibles personas y cortar la línea telefónica. <sup>54</sup> En uno de los despachos se produjo un disparo fortuito, que seguramente se debió a un error del nervioso García Juliá y no produjo baja alguna. <sup>55</sup> El disparo aterrizó a los abogados y dejó claras las intenciones asesinas de los pistoleros. <sup>56</sup>

Antes de comenzar a disparar, mientras seguían encañonándoles, los asaltantes preguntaron a los abogados por el sindicalista Joaquín Navarro. <sup>57</sup> Hicieron una referencia a sus marcas de viruela, demostrando que conocían su aspecto físico. A los letrados les sorprendió que les preguntaran por él, pues no pensaban que fuera alguien muy conocido al margen del sector de transporte. <sup>58</sup> Javier les dijo que no estaba allí, dando a entender que se habían equivocado de lugar. Los asaltantes agruparon a las nueve personas presentes en una de las salas del despacho: «A ver, poneros todos juntos, más juntitos, así, y levantad las manitas, más arriba, a ver, más arriba». <sup>59</sup> Según manifestó en el juicio Fernández Cerrá, a García Juliá se le volvió a disparar el arma de forma accidental y alcanzó a uno de los abogados. <sup>60</sup> Después, sin mediar ninguna palabra entre los asaltantes, comenzaron los disparos. Resulta muy difícil saber si los primeros balazos intencionados eran actos premeditados, si los asesinos comenzaron a disparar por puro nerviosismo o si el motivo fue que Ángel Rodríguez Leal reconoció a uno de los asaltantes. <sup>61</sup> Es mejor ceder aquí la palabra a la impactante declaración en el juicio del asesino Fernández Cerrá:

A partir de ese momento el declarante encuentra dificultad para recordar o explicar lo que sintió y sucedió, que lo que sí parece recordar es que el declarante disparaba sin apuntar de uno a uno a las personas que tenía delante, sino que apretaba el gatillo sin una conciencia plena de lo que estaba realizando, como *enardecido* o atolondrado. Que recuerda una serie de ruidos y un «verdadero maremágnum» que no acierta a explicar. Que incluso cuando posteriormente, y también en este momento, trata de pensar en lo sucedido no acierta a encontrar una explicación para esa reacción, como

si fuera extraño a su propia personalidad. Que piensa que debió perder el control sobre su voluntad y sus pensamientos.<sup>62</sup> Rosa Montero ha descrito esos instantes de la siguiente manera: El primer disparo provoca ecos, ¿son ecos?, no, son los siguientes tiros, Cerrá está apretando el gatillo, Juliá también, es increíble lo fácil que es, el mundo se detiene en este instante extraordinario en el que solo existen los estampidos de los disparos, los gemidos truncados de las víctimas, ese grito de «asesinos» que alguien dice, el ruido de los cuerpos al caer, el crujido sordo de los huesos reventados, enemigos, son nuestros enemigos, ésta es una guerra por la salvación de España, a los altos hay que dispararles al corazón, a los bajos a la cabeza, no debe quedar ni uno, Dios, Dios, ¿es esto posible?, nos están matando.<sup>63</sup>

Por su parte, la víctima de Atocha Alejandro Ruiz-Huerta dejó el siguiente testimonio en su libro sobre la matanza:

Comienzan a disparar avasalladoramente, brutalmente. Una tremenda sucesión de disparos nos va tirando al suelo y destrozando por dentro y por fuera. Estamos viviendo nuestra ejecución; los cuerpos de todos por los aires, en el suelo, contra los bancos; buscando protección. Nos estaba llegando la muerte; gritos sordos, acallándose. Tiro a tiro, terminan con todo movimiento. En el suelo, nos rematan. Somos un enorme charco de sangre, un montón de cuerpos encogidos; un silencio de cal viva.<sup>64</sup>

Los disparos se realizaron sin silenciador, y el estruendo fue enorme. Según el superviviente Miguel Sarabia, no se trató de ráfagas, sino de disparos separados, aunque muy seguidos.<sup>65</sup> En palabras de Luis Ramos, que se hizo el muerto en cuanto recibió el primer disparo, «ninguno de nosotros pensaba que aquello podía terminar como terminó. Tengo la impresión de que creíamos que simplemente iban allí en plan amenazador, que quizá iban a romper algo, quizá a pegar a alguien, pero no que iban a disparar salvajemente contra todos nosotros».<sup>66</sup> Según recordaba Lola, justo en el momento antes del disparo ella se giró hacia su marido, de manera que la bala en vez de entrarle por la nuca le entró por el lado derecho de la cara.<sup>67</sup> En su atribulada declaración ante el juez de instrucción, manifestó que «por instinto de conservación, se tiró encima de uno de los tresillos e intentó taparse con la trenca que llevaba, y que sin duda por hacer algún movimiento instintivo al verla moverse dispararon contra ella».<sup>68</sup> La bala le destrozó la mandíbula, le perforó la laringe y se quedó alojada junto a la arteria vertebral.<sup>69</sup> Al poco tiempo de recibir el disparo «se incorporó y se quedó sentada viendo cómo

dos de sus compañeros, digo tres de ellos, se movían y pedían auxilio».<sup>70</sup> Lola no perdió el conocimiento en ningún momento tras el atentado. Para ella, «eso fue una desgracia que me perseguirá por los días de mi vida. Fue un segundo de perder el conocimiento, muy poco tiempo».<sup>71</sup> Trató infructuosamente de tapar con la mano la sangre que salía del cuerpo de Javier.<sup>72</sup> Su marido había recibido un tiro en la nuca y murió al día siguiente. Para su desgracia, la semiinconsciente Lola pudo mantener cierto recuerdo de todo lo que ocurrió tras el atentado, y del estado de Javier medio muerto. Cuando llegó la policía, anduvo hasta la puerta del despacho «y como allí se mareó, ya lo único que recuerda es que la bajaron y la metieron en un taxi».<sup>73</sup>

Lola estaba perdiendo mucha sangre y respiraba con mucha dificultad. Entró en el hospital con la piel de color azulado y en un estado absolutamente crítico. Nacho Salorio y Emilia Graña habían contactado con un doctor amigo suyo que se encontraba esa noche de guardia en el hospital Doce de Octubre, el doctor Berger, que fue quien se hizo cargo de Lola desde que llegó.<sup>74</sup> Las primeras escenas a su llegada allí fueron traumáticas. Lola echaba brotes de sangre de la garganta y se ahogaba debido a las dificultades para respirar derivadas de la perforación de la laringe. Además, un encharcamiento pulmonar hizo necesario practicarle una traqueotomía de urgencia. Lo primero que tuvo que hacer el doctor Berger fue rajarle con una tijera la tráquea y llevarla inmediatamente a urgencias para entubarla. Aquella misma noche, el doctor Berger la sometió a una operación de urgencia para extraerle la bala que tenía alojada junto a la arteria vertebral.<sup>75</sup> Después tuvo que hacerle varios injertos y otras diversas intervenciones. A partir de ese día, Lola tuvo que ser sometida a muchas operaciones, y su relación con el doctor Berger se haría muy cercana. Como es de suponer, aquel atentado la dejó traumatizada. En sus propias palabras, «nos mataron. Yo también digo que nos mataron porque realmente es que nos mataron de alguna manera a todos».<sup>76</sup> Con el paso del tiempo, su impresión sobre el atentado es que había sido «una gran ironía», ya que había sido «absolutamente inútil» y que «nunca tendría que haber pasado».<sup>77</sup>

Una de las grandes incógnitas de la matanza de Atocha son las razones últimas por las que se produjo. Pese a las ingentes investigaciones, las causas no han quedado aclaradas. En la tesis doctoral de Manuel Gallego se barajan dos hipótesis principales: un ajuste de cuentas protagonizado por personas del Sindicato del Transporte contra los abogados que ellos creían que asesoraban a los huelguistas o un episodio más de la «estrategia de tensión» de la ultraderecha cuyo objetivo era crear el caos para que el Ejército interviniera y evitara la democratización de España. Lola creía que éste era el principal motivo del crimen. El superviviente Luis Ramos, cuya opinión coincide en gran medida con la de Lola, declaraba que «se trataba de que efectivamente reaccionase la clase obrera de tal forma que incluso hubiese en alguna manera casi una insurrección con el fin de que por parte de la derecha menos civilizada, se pudiera tener la excusa de dar un golpe de tipo pinochetista para salvar al país de todo lo que ellos quieren salvarlo». <sup>78</sup> Nunca se sabría toda la verdad sobre Atocha, y durante el resto de su vida Lola mantuvo distintas versiones sobre las causas de lo sucedido.

Murieron asesinadas cinco personas: el estudiante Serafín Holgado, el administrativo Ángel Rodríguez Leal y los abogados Luis Javier Benavides, Enrique Valdelvira y Javier Sauquillo. Javier, que había tratado de proteger con su cuerpo a Lola, falleció al día siguiente en el hospital Primero de Octubre. Hubo cuatro supervivientes: Lola, Miguel Sarabia, Luis Ramos y Alejandro Ruiz-Huerta. Este último se salvó de la muerte porque una bala dirigida a su corazón impactó en el bolígrafo que le había dado Ángel Rodríguez Leal. Al día siguiente del atentado, en una cama del hospital Primero de Octubre, Alejandro Ruiz-Huerta comenzaba a escribir un texto que se convertiría en el libro titulado *La memoria incómoda*, en el que contaba la experiencia directa de aquellos hechos. <sup>79</sup>

A la policía de Madrid se le acumulaba el trabajo. En palabras del jefe superior del cuerpo, José María Callejas Peinado, «la noche del 24 de enero es uno de los días más tenebrosos en mi vida profesional. Sobre mi mesa se amontonaban los acontecimientos a velocidades de vértigo y cada acontecimiento era de tremenda gravedad». <sup>80</sup> Al principio, las dificultades con las que se encontraba la policía eran máximas pues no tenían ninguna pista acerca de los asesinos. Cuando pudieron interrogar a las víctimas del

atentado, supieron que los asesinos buscaban a Joaquín Navarro, y supusieron que el atentado tenía relación con la reciente huelga de transportes.<sup>81</sup> Gracias al testimonio del sindicalista pudieron ponerse en la pista del grupo de matones sobre los que Francisco Albadalejo tenía influencia. Desde que comenzaron a seguirles el rastro, los policías se asombraban de que los sospechosos siguieran viviendo con tanta tranquilidad después de cometer un asesinato masivo. Solo al cabo de un mes éstos pensaron que era mejor desaparecer por temor a ser detenidos. Fernando Lerdo de Tejada se fue a la casa de su hermano en la Manga del Mar Menor y Carlos García Juliá se trasladó con Gloria Herguedas a Almería para reunirse con José Fernández Cerrá.<sup>82</sup> Tres días antes de su detención, Albadalejo vendió todas sus posesiones. Todos fueron detenidos con facilidad, en parte por la falta de medidas de seguridad que tomaron. Por ejemplo, mientras estaba siendo vigilado, Lerdo de Tejada protagonizó un incidente en un mitin de Fuerza Nueva: tras finalizar éste, amenazó con su pistola a todos los que no alzaban el brazo mientras era entonado el *Cara al sol*.<sup>83</sup> Poco después, el 13 de marzo, se anunció la detención de los autores de la matanza.

La reacción de la sociedad española ante la matanza fue inmediata. Muchos dirigentes antifranquistas durmieron fuera de sus casas, pues se temía una noche de cuchillos largos en la que la violencia se extendiera por Madrid. Hubo paros masivos en fábricas, universidades y empresas por toda España. En Madrid, cerraron las universidades Complutense, Autónoma y Politécnica. En medio de una gran tensión, se suspendieron las actividades judiciales en señal de duelo. Todos los partidos políticos, independientemente de su ideología, emitieron comunicados de condena de los hechos en los que se alentaba a la sociedad a seguir una vía pacífica. Aparecieron manifiestos firmados por intelectuales en diversos periódicos en los que se instaba a seguir el proceso democratizador. El decano del Colegio de Abogados de Madrid, Antonio Pedrol Rius, pidió que los cuerpos fueran trasladados a las dependencias del colegio para ser velados. Solicitó que se instalara allí la capilla ardiente, petición que fue concedida aunque con gran preocupación del Gobierno por las medidas de seguridad. La agrupación de abogados del PCE

se encargó de la organización del entierro, y el partido tomó las medidas de seguridad pertinentes para que no ocurrieran más desgracias durante el sepelio.

La organización del funeral había empezado la misma noche del atentado. El abogado Juan José del Águila se encontraba con otras dos personas en Atocha 49, desde donde escucharon unas sirenas y pensaron que la policía iba a detener a los abogados del despacho contiguo.<sup>84</sup> Pronto vieron que no se trataba de una redada, y que la calle estaba llena de ambulancias. Cuando llegaron al despacho acababan de llevarse al último herido. Juan José del Águila y Manuela Carmena fueron a casa del primero, desde donde contactaron con Antonio Pedrol.<sup>85</sup> Más adelante, en el juzgado de guardia, les dieron información actualizada y se enteraron de que había habido muertos. Un grupo de abogados allí reunidos, entre los que estaba Jaime Miralles, fue el que propuso la línea de actuación que había que seguir. Decidieron acudir a los hospitales para saber la identidad de los muertos, y a continuación hablar con las familias de las víctimas para que aceptasen que el sepelio se hiciera en el Colegio de Abogados. Es lo que hicieron durante toda la noche, y al día siguiente comenzaron las conversaciones con las autoridades políticas.

El ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, dio inicialmente su visto bueno a que los cadáveres fueran trasladados en la sede del Colegio de Abogados, pero cambió de posición al poco tiempo. Temía una segunda matanza durante los funerales, y se veía incapaz de controlar la situación. En una reunión multitudinaria en el Colegio de Abogados, Antonio Pedrol informó de la negativa del Gobierno a su petición. En el debate posterior, la intervención más espectacular fue la de Jaime Miralles. Aunque hablaba con un estilo ampuloso y decimonónico, Miralles era un abogado respetado e influyente entre los magistrados de las distintas ideologías políticas presentes en el colegio. Antonio Pedrol siguió presionando al Gobierno para que se celebrase allí el sepelio, y finalmente éste cedió. La agrupación de abogados del PCE tuvo un papel principal en la organización de todos los actos relativos al entierro. El 26 de enero, una gran multitud asistió al funeral de los abogados asesinados. Centenares de personas se agolparon en la puerta del Instituto Anatómico Forense, desde donde salieron los furgones fúnebres encargados de trasladar los restos mortales. Los cuerpos de Javier, Enrique

Valdelvira y Ángel Rodríguez Leal llegaron al Palacio de Justicia a la una y diez. Llegaron cientos de coronas de flores en su recuerdo y honor, enviadas por sus amigos y familiares así como por partidos políticos. Los alrededores del Colegio de Abogados estaban abarrotados de gente.<sup>86</sup> Según la crónica de *Diario 16*, la fila de personas, organizada por el servicio de seguridad del PCE, «en cierto momento llegó hasta el paseo de la Castellana, dando la vuelta por la calle Fernando VI».<sup>87</sup>

El decano Pedrol Rius y el resto de la junta de gobierno del Colegio de Abogados rodearon los féretros acompañando a los familiares de las víctimas. Durante tres horas, hubo un desfile ininterrumpido de personas, entre las que se encontraban personalidades políticas como Felipe González, Santiago Carrillo, Enrique Múgica, Raúl Morodo y Simón Sánchez Montero. Además, asistieron antiguos conocidos de nuestros protagonistas como Joaquín Ruiz-Giménez, Pilar Brabo Castells y todos sus amigos más queridos. También mi padre asistió al funeral de Atocha. Acababa de llegar a Madrid a estudiar desde Málaga, y desde muy pronto se había afiliado al PCE. Recuerda que la consigna de silencio se respetó escrupulosamente, y que se decía que el rey veía desde un helicóptero lo que ocurría allí abajo. Aunque hubo unos aplausos iniciales cuando aparecieron los féretros, se impuso el silencio. Algunas personas, quizá también mi padre, levantaron el puño cerrado ante el traslado de los cuerpos. Se otorgaron las medallas de honor a Javier y Enrique Valdelvira y los féretros fueron llevados a hombros, en medio del silencio, hacia los coches fúnebres. Javier fue enterrado en el cementerio de San Isidro, en Carabanchel, junto a Enrique Valdelvira, ante mil quinientas personas.

En esos días, gravemente herida, Lola recibió la noticia de que su marido había perdido la vida. Son varias las personas que se atribuyen haber sido los encargados de decirle a Lola la suerte que había corrido Javier. En sus memorias, Carlos Castilla del Pino afirma que fue él quien le comunicó la noticia. El psiquiatra cuenta que Luis Mapelli le encargó «la misión» de decírselo, y que lo llevaron desde Córdoba a Madrid para hacerlo. En la versión del psiquiatra, «[Lola] no podía articular palabra; cuando al fin insinué que Javier había muerto, valiéndose de un lápiz escribió en su cuaderno estas dos palabras: lo imaginaba».<sup>88</sup> Por su parte, Cristina Almeida recuerda que pudo haberlo hecho ella misma.<sup>89</sup> Según su testimonio, cuando

fue a verla Lola le sacó una pizarra en la que ponía: «¿Dónde está Javier?». Cristina le respondió diciendo que «a Javier lo están intentando salvar, está muy malito». Lola respondió que «¡yo ya lo vi porque le estuve tapando la cabeza para que no se desangrara!». <sup>90</sup> Sin embargo, es altamente improbable que fuera alguno de ellos. Carlos Castilla del Pino apenas conocía a Lola, y resulta inverosímil que a alguien que no era amigo de Lola ni miembro activo en el PCE lo nombraran encargado de comunicarle una noticia tan trágica. La versión de que lo llevaron y trajeron desde Córdoba solo para «esa misión» parece fruto de la imaginación del psiquiatra gaditano. En todo caso, el psiquiatra y la abogada no son los únicos que se atribuyen haber dado la noticia del fallecimiento de Javier a Lola. Antonio Gallifa afirma habérselo dicho en nombre del PCE, y su versión parece verosímil. En su obituario de Lola escribió:

Llevé a Lola, recluida en el hospital, con su rostro desde entonces deformado por una bala fascista, todo el cariño de sus camaradas, un ramo de claveles blancos salpicados con dos claveles rojos y la peor de las noticias: la bala alojada en el cerebro de Javier había terminado cumpliendo su objetivo. Lola concentró su mirada durante largo tiempo en los dos claveles rojos, me miró, sin necesidad de palabras, con toda la profundidad de sus ojos claros y serenos y me dio un largo abrazo. Tuve entonces que dejarla sola momentáneamente con su inmenso dolor, con su entereza y con su decisión de luchar hasta el final para vengar aquellas muertes con el triunfo de la libertad. Yo tenía que acompañar al resto de nuestros camaradas asesinados. <sup>91</sup>

Tras unos primeros días críticos, las funciones vitales de Lola se estabilizaron y el 28 de enero la sometieron a una nueva intervención quirúrgica con el fin de abordar las lesiones óseas y de las partes blandas. <sup>92</sup> En la operación se le reconstruyó la mandíbula destrozada. El 2 de febrero, cuando la policía trató de entrevistar a los supervivientes de la matanza para que les ayudaran con la investigación, se encontraron que dada la gravedad de sus heridas era imposible hablar con ella. La policía tuvo que esperar hasta el 25 de febrero para poder hacerlo. <sup>93</sup> A pesar de que en la película de Bardem ella es la que sale señalando a los asesinos de Atocha al reconocer a uno de ellos por su sádica mirada, en realidad Lola fue la única que no pudo identificar a nadie en las fotografías que la policía le mostró con las personas que los encañonaron. <sup>94</sup> Los otros tres supervivientes reconocieron a

Fernández Cerrá en las imágenes mostradas. El primero en hacerlo fue Alejandro Ruiz-Huerta. En sus propias palabras, el hecho de ver al asesino «me hizo hundirme en el silencio y en el miedo. Pero mis lágrimas me delataron, aunque callé».<sup>95</sup>

Mientras Lola se debatía entre la vida y la muerte, y Javier moría, en la prensa, la opinión pública y los partidos políticos de izquierda se creía que había una internacional fascista actuando impunemente en España. El 25 de enero, en *El País* podía leerse que la policía «parece haberse hecho con la situación y ha procedido a detener a numerosos extremistas, entre los que se encuentran varios latinoamericanos y croatas. Parece confirmarse la actuación en Madrid de una Internacional Fascista, y un detenido en relación con el asesinato del domingo, Jorge Cesarsky, es un conocido miembro del justicialismo argentino».<sup>96</sup> En su editorial, el periódico hablaba de «un intento planificado de desestabilización», y afirmaba que «asistimos a una conspiración contra el Estado».<sup>97</sup> Se preguntaba «¿quién paga a estos mercenarios del terror?», y acusaba al Gobierno de haber «sido débil en este tema».<sup>98</sup> Remataba diciendo que «caben fundadas sospechas de que esta conspiración, que es de origen interno, esté apoyada y avalada por fuerzas internacionales. La Internacional Fascista es una realidad, y la prensa ha denunciado públicamente la existencia de varios de sus dirigentes en nuestro país. ¿Lo que la prensa denuncia las autoridades no lo saben? El Poder tiene medios de información. Si no los tiene, debe sancionar a los responsables de tan increíble carencia».<sup>99</sup>

¿Era verdad que una «internacional fascista» estaba detrás del atentado de Atocha? Mucho se ha escrito sobre ello, en ocasiones con una gran desinformación. Ciertamente, algunos de los elementos del caso invitan a establecer conexiones con otros países. Por ejemplo, la organización de origen argentino conocida como Triple A, que en España no hacía referencia a ningún grupo organizado, se atribuyó la matanza de Atocha. Esta organización terrorista había sido promovida por el esotérico ultraderechista argentino José López Rega, conocido como el Brujo por su devoción por la astrología. Asesor de Perón durante su exilio madrileño, fue ministro de Bienestar Social durante varios gobiernos peronistas y se rodeó de ultraderechistas que se dedicaban a combatir violentamente a la izquierda argentina. En 1975, López

Rega volvió a España, aunque ya no tenía ningún peso político. El atentado de Atocha fue reivindicado por el «comando Roberto Hugo Sosa» de la Triple A. Resulta extraño que un año después de su desaparición en Argentina aparezcan estas siglas vinculadas a atentados. El historiador Xavier Casals se ha preguntado quiénes pudieron estar detrás del uso del acrónimo en España. Hay muchas opciones, ya que numerosos argentinos ultraderechistas habían estado vinculados a la diáspora peronista, como el mismo López Rega o el director de prensa de su ministerio, Miguel Ángel Tarquini.<sup>100</sup> En todo caso, parece que la reivindicación que hicieron los miembros de la Triple A tenía más la intención de infundir terror y crear sospechas falsas que la de atribuirse algo que realmente hubieran hecho ellos.

Además de la conexión argentina, varios ultraderechistas italianos también acabaron siendo vinculados con el atentado de Atocha. Un informe del Comité Ejecutivo para los Servicios de Información y Seguridad italiano implicaba al fascista Carlo Cicuttini en la matanza.<sup>101</sup> Estas conexiones no fueron consideradas en el juicio, pero sirvieron para que se especulara sobre las relaciones entre la Operación Gladio y los atentados de extrema derecha en España. La Operación Gladio fue una red secreta que actuó en Europa durante la Guerra Fría, y que tenía el objetivo de acabar con el comunismo. Escritores como Benjamín Prado han afirmado que estuvo detrás de la matanza de Atocha, en un intento de probar toda la influencia que tuvo la CIA en la Transición. En una entrevista en *La Vanguardia*, el escritor afirmó que «poca gente sabe que dentro del asesinato de los abogados laboristas de Atocha había un terrorista de la Red Gladio y que llevaba una metralleta con la que fueron ametrallados los abogados, y al día siguiente, alguien tapó en la pared los agujeros de ráfaga y esa metralleta nunca llegó al sumario».<sup>102</sup> Por supuesto, poca gente lo sabe porque es falso.<sup>103</sup> La desinformación ha sido mayúscula en este asunto, como en tantos otros en los que quedan los justos flecos por resolver para que cualquier teoría conspiracionista pueda resultar verosímil. En el caso de Atocha, como la misma sentencia admitía, es posible que no se llegara a los inductores últimos de la masacre. Además, pudieron quedar conexiones ultraderechistas inexploradas que habrían aportado más información. Sin embargo, buena parte de la información que se ha difundido sobre el asunto es falsa y no merece la pena difundirla.

El atentado conmocionó a los políticos españoles, que temieron una escalada de violencia. A finales de enero, incluso los ministros del Gobierno temieron que el proceso de transición pudiera tambalearse. Tras entrevistar a muchos de los protagonistas políticos del momento, Victoria Prego concluye diciendo que los sucesos de finales de enero de 1977 fueron los que más amenazaron la estabilidad del proceso de transición, superando incluso al golpe de Estado del 23-F.<sup>104</sup> Sin embargo, una de las grandes paradojas señaladas por varios historiadores, tanto respecto a los atentados de Atocha como a otros perpetrados por ETA, fue el hecho de que probablemente tuvieran el efecto contrario al esperado por los terroristas.<sup>105</sup> Siguiendo esta argumentación, historiadores como Xavier Casals han defendido que la violencia ejercida en la Transición por los extremistas de todo el espectro político, paradójicamente, «estabilizó desestabilizando».<sup>106</sup> Desde este punto de vista, la violencia habría conseguido el objetivo contrario al buscado, y habría provocado la marginación de los radicales y la unión de todos aquellos que querían que España se convirtiera en una democracia. La matanza de Atocha habría conseguido que se adelantara exactamente aquello que se proponía impedir: la legalización del PCE. En palabras del periodista Sánchez Soler, «lejos de socavar los cimientos de la democracia y debilitar al Gobierno de turno, [...] tuvo el efecto de unir a todos los partidos democráticos en torno a la reforma, al pacto reformado sin ruptura y a la monarquía heredada del franquismo».<sup>107</sup> Según el historiador David Moss, este efecto del terrorismo como agente paradójicamente estabilizador no sería exclusivo del caso español, sino que se podría encontrar en otros países de la Europa del momento.<sup>108</sup>

No solo los académicos piensan así. Según Alfonso Osorio, quien fuera vicepresidente del Primer Gobierno de Suárez, «el entierro de los asesinados de Atocha, la gigantesca movilización del Partido Comunista y las fuerzas de la izquierda al amparo del Partido Comunista determinó que Adolfo Suárez empezara a pensar seriamente que había que legalizar el Partido Comunista antes de las elecciones generales, que no se podía hacer después».<sup>109</sup> Carrillo era de la misma opinión, y creía «que el crimen de Atocha y la respuesta democrática a ese crimen fue decisiva para acelerar el proceso y para asegurar la legalización del Partido Comunista. Ahí, a la ultraderecha le salió

muy mal el golpe. Fue no solamente un crimen sino un tremendo error». <sup>110</sup> Aunque es difícil llegar a conclusiones absolutas, desde mi punto de vista la respuesta de la sociedad española, el PCE y las elites políticas al atentado de Atocha facilitó la legalización del PCE. <sup>111</sup> No obstante, tampoco debe sobredimensionarse la importancia del atentado de Atocha en la Transición. Una vez que Carrillo tenía libertad de movimientos en España e incluso autorización para reunirse con sus compañeros comunistas italianos y franceses, resulta verosímil pensar que el PCE acabaría legalizándose antes o después.

En todo caso, poco después del atentado, el 10 de febrero, siete partidos políticos, entre los que estaban el PSOE de Felipe González e Izquierda Democrática de Joaquín Ruiz-Giménez, fueron legalizados e inscritos en el Registro de Partidos. Aparecieron nuevas formaciones, pero por el momento los partidos comunistas continuaron en la ilegalidad. El 11 de febrero, el Gobierno podía dar la primera buena noticia en mucho tiempo: la policía rescataba a los secuestrados Oriol y Villaescusa. A partir de este momento, España entró en un periodo de normalidad relativa, y el periodo más duro de la Transición concluyó sin dejar marcas significativas en el tejido social español y en la democracia en ciernes. Ese mismo día, el PCE solicitó en el Ministerio de la Gobernación su inscripción en el Registro de Partidos Políticos, para lo que presentó unos estatutos más moderados que los del PSOE. De hecho, en claro contraste con el PSOE, no hacía referencias al marxismo ni a la búsqueda progresiva de una sociedad socialista, y se establecía el límite en la democracia representativa. En las encuestas públicas crecía el apoyo a la legalización del PCE. Ya en marzo, un 40 por ciento de la población se mostraba a favor de ella. Poco antes, el 27 de febrero, se reunían por primera vez Santiago Carrillo y Adolfo Suárez por mediación de José Mario Armero. España comenzaba a ser un país europeo normal.

La que ya nunca pudo recuperar la normalidad fue Lola. En plena depresión y tras ser sometida a varias operaciones, recibió el alta hospitalaria. Sin embargo, Lola no tardó en volver al hospital para hacerse primero controles y luego ser ingresada debido a la desnutrición y a las depresiones. <sup>112</sup> A partir

de este momento, alternó periodos de mejoría con constantes recaídas. Nunca retomó la actividad vertiginosa que había llevado hasta 1977, y su vida comenzó a girar en torno al pasado.<sup>113</sup> En los cuarenta años que le quedaban de vida, Lola mantuvo la obsesión con el pasado, e incluso cuando se encontró mejor físicamente no fue capaz de integrarse plenamente en el tiempo que le tocaba vivir. En general ni el trabajo, ni las relaciones personales ni los proyectos que emprendió la satisficieron del todo. En muchos aspectos, Lola se convirtió en un fantasma.

Durante un tiempo, Lola recibió un gran apoyo de José Luis Sauquillo, el hermano de Javier.<sup>114</sup> Según diversos testimonios, ambos hermanos Sauquillo se parecían mucho físicamente, y José Luis ayudó mucho a Lola.<sup>115</sup> Aunque la madre de ella era muy cariñosa y se llevaba muy bien con su hija, Lola no sintió el mismo apoyo por parte de sus propios hermanos.<sup>116</sup> Lola se sentía una muerta en vida, y la suma de su profunda depresión con el pésimo estado físico en el que se encontraba hacían que su salud fuera muy delicada y se pudiera temer en varias ocasiones por su vida. Por momentos, Lola parecía rumiar su sufrimiento y tratar de ahondar en su desesperación para que los culpables de lo que le había pasado vieran las consecuencias de sus acciones. El dolor en la vida de Lola admitió muchas más graduaciones y matices que la alegría.

Nuestra protagonista mantuvo la boca sellada hasta la primavera de 1977. Nada más salir del hospital, pasó unos días en Canarias con la familia Sauquillo, pero su estado tanto anímico como de salud le impedía disfrutar de nada.<sup>117</sup> La televisión dio la noticia de la detención de los asesinos de Atocha mientras Lola estaba en Canarias, con el consiguiente impacto para ella.<sup>118</sup> Volvió a Madrid en avión pocos días antes de que en el aeropuerto de Los Rodeos de Tenerife se produjera el accidente de aviación civil con más víctimas mortales de la historia, en el que fallecieron 583 personas, casi todos ellos calcinados.<sup>119</sup> Tras un atentado con bomba en el aeropuerto de Gran Canaria provocado por el Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC) —un grupúsculo dirigido por el abogado laboralista Antonio Cubillo— y una serie de errores técnicos, dos aviones que habían sido previamente desviados de aquel aeropuerto chocaron mientras rodaban por la pista de Los Rodeos. Lola se libró por muy

poco de volar ese mismo día. A su regreso de Tenerife, se fue a vivir a casa de José Luis Sauquillo, donde residió hasta septiembre de 1977.<sup>120</sup> Pasaron muchos fines de semana en la casa de San Rafael junto a Paquita, José Luis y el resto de la familia Sauquillo.

Mientras Lola trataba infructuosamente de recuperarse, en el país se producían una serie de acontecimientos a los que nuestros protagonistas contribuyeron. El 9 de abril de 1977, en plena Semana Santa, se legalizaba el PCE. Santiago Carrillo y Adolfo Suárez pactaron a través de José Mario Armero que la celebración en las calles fuera discreta y que no se produjera ningún tipo de desorden. Se temía una intervención del Ejército si se organizaba una gran manifestación con banderas y cánticos comunistas. El PCE recomendó prudencia en las calles a sus militantes, y las celebraciones fueron en los locales comunistas. Cristina Almeida se emborrachó junto con otros abogados del partido para celebrar la legalización, en un ambiente ensombrecido por el reciente atentado de Atocha.<sup>121</sup> Aunque fue un día de felicidad general, Lola no se sintió nada reconfortada por la legalización de su partido. Paquita Sauquillo trataba de animarla, pero los sentimientos de Lola eran ambivalentes. Años más tarde, dejó constancia de cómo vivió la legalización del PCE en un testimonio oral:

Lo que me produjo es un enorme daño porque me pareció inútil el sacrificio nuestro cuando legalizaron al PCE. Yo ese día lloré como nunca. Estaba con Paquita, mi cuñada, que me preguntaba: ¿No te alegras? Digo: no. Le digo que estoy llorando porque esto sí que me parece el colmo. ¿Para qué hemos muerto?<sup>122</sup>

Al día siguiente de la legalización, de la que se enteró en casa de José Luis Sauquillo en San Rafael, se fue a Ibiza a la casa de Héctor Maravall con Javier García Fernández.<sup>123</sup> Lola se sintió dolida por las cosas que el PCE había aceptado a cambio de convertirse en un partido legal. En contrapartida por la legalización, el PCE aceptaría la bandera rojigualda, la monarquía constitucional y la democracia representativa. A diferencia de otros revolucionarios de su generación, Lola no era lo suficientemente voluntarista para creerse que Javier y Enrique habían luchado y muerto para que en España se instaurase un sistema así. Mientras exiliados célebres como la Pasionaria y

Rafael Alberti volvían a España para mantener un papel, si bien casi simbólico, en la política española, Lola sentiría cada vez más que vivía en un mundo que no era el suyo.

## La gran decepción

Algunos hicieron primero la revolución, luego se beneficiaron del monetarismo y ahora, desencantados, o se pegan un tiro o cambian de trabajo.

Carmen García Mayo

Desde la matanza de Atocha, la existencia de Lola se compartimentó en parcelas separadas entre sí. Nuestra protagonista tuvo muchas vidas posibles a partir de Atocha; todas ellas a grandes rasgos igualmente infelices, pero con matices desconocidos para todos sus amigos, que ya no pudieron acompañarla en todas sus historias. Muchos de sus amigos más cercanos de distintas etapas o ciudades no se conocieron jamás. En la memoria de sus amigos, el recuerdo de la Lola envejecida, enferma y convaleciente fue haciéndose cada vez más grande a medida que perdía su esplendor juvenil. A diferencia de Enrique y Javier, Lola siguió viviendo mucho tiempo sin apenas lustre social, y murió en el anonimato pese a ser una leyenda del antifranquismo. Como escribiera Baltasar Gracián, «la muerte para los jóvenes es naufragio y para los viejos es llegar a puerto». La normalidad, ese llegar a puerto, esas muertes debidas al paso de los años o esa perduración de un sistema de partidos políticos sin violencia, suele merecer menos libros que los naufragios, transiciones, muertes súbitas y revoluciones.

Durante los primeros meses de recuperación, Lola estaba muy debilitada y no podía realizar muchas actividades. En general no mostraba ningún pudor por mostrar su lamentable estado físico en público.<sup>1</sup> Cuando iba a la playa, era en palabras de sus amigos «un esqueleto con piel que atraía todas las miradas».<sup>2</sup> En la playa del Sardinero se llegó a desmayar y la tuvieron que

llevar urgentemente al hospital.<sup>3</sup> Durante esa época, aunque se mostraba algo abúlica, siguió comiendo con cierta normalidad, pero ya comenzaba a no poder estar sola y a reclamar una atención constante. Al poco tiempo se le detectó una pseudoartrosis que le impedía abrir la boca e ingerir alimentos con normalidad.<sup>4</sup> A pesar de su estado de salud, siguió siendo una fumadora empedernida, que llegaba a fumarse entre 40 y 60 cigarros al día.<sup>5</sup> Para pasar el verano, Lola fue a la casa de Miengo en Santander con José Luis Sauquillo y su familia. Tras un verano de mucha intensidad, Lola dejó de vivir con la familia Sauquillo, y hasta cierto punto se desvinculó de ellos, aunque siempre mantuvieron cierta relación.<sup>6</sup>

En octubre de 1977, a pesar de su lamentable estado físico, Lola fue a Cuba invitada personalmente por Fidel Castro junto al resto de los supervivientes de Atocha y otros amigos, como José María Mohedano y Cristina Almeida.<sup>7</sup> Pasaron quince días en la isla, en los que les informaron sobre las reformas del sistema judicial cubano y tuvieron una larga entrevista con Fidel Castro, que les pareció «muy simpático»,<sup>8</sup> y con Ernesto Guevara Lynch, padre del Che. Fidel se interesó por la situación española, y «se le saltaron las lágrimas cuando le hablamos de Atocha».<sup>9</sup> Le regalaron al líder cubano una botella de orujo de Potes.<sup>10</sup> No es extraño que Lola hiciera un gran esfuerzo por ir a Cuba, dado que la revolución del país comunista había sido uno de sus grandes referentes desde que estaba en el FLP. No parece que la visita a Cuba cambiara la visión que tenía Lola sobre sus ilusiones comunistas. Según recuerda Alejandro Ruiz-Huerta, «Lola se sintió animada en aquel entusiasmo por el proceso vital que allí se vivía».<sup>11</sup>

Nuestra protagonista no se sentía tan entusiasmada con lo que ocurría en España. Estaba muy decepcionada por el resultado de las elecciones de junio de 1977, en las que fue apoderada del PCE en el norte de la provincia de Madrid junto a Javier García Fernández.<sup>12</sup> A pesar de haber sido el principal partido antifranquista, el PCE obtuvo un mal resultado en los comicios, y se vio holgadamente superado por el PSOE, lo que evidenció la gran distancia que había entre la influencia en la oposición al franquismo y en los movimientos sociales y el modesto número de votos alcanzado finalmente en las urnas. En las siguientes elecciones, ya no quiso participar como apoderada. Resultaba paradójico que el PCE, el partido antifranquista por

autonomasia, viera que sus apoyos eran mucho menores que los de otros partidos como el PSOE que no se habían mostrado tan combativos contra el régimen en los últimos años. Una máxima aplicable tanto a las personas como a las organizaciones de esa época es que una cosa era tener éxito en el antifranquismo y otra tenerlo en el posfranquismo. Además, el antifranquismo iba perdiendo su significado genuino una vez muerto el dictador. Llegó un momento en el que la etiqueta de antifranquista se usaba tanto para combatir ideologías conservadoras, que podían ser cercanas a Franco, como otras más liberales, que poco tenían que ver con el caudillo gallego.

Durante el año 1978, Lola alternó estancias en varios hospitales con largas temporadas en Madrid, en la casa de sus padres, y ocasionales visitas a Santander. Más adelante, llegó a mudarse en varias ocasiones a la ciudad norteña. A través de su antiguo compañero de despacho Javier Gómez-Acebo, Lola conoció a un grupo de gente vinculada a la izquierda antifranquista de la que ya no se separaría nunca.<sup>13</sup> Al principio, se quedaba en casa de Gómez-Acebo, después se mudó con una amiga enfermera a un piso y al final alquiló una buhardilla en el paseo de Pereda.<sup>14</sup> Sus nuevos amigos pensaban que iba a ser muy difícil que Lola superase su grave depresión y mejorara su estado de salud. Aunque siempre hablaba de comida, cada vez que comían juntos, ella se iba discretamente al baño a vomitar todo lo ingerido.<sup>15</sup> Además de este grupo de amigos, Lola tenía varias tías viviendo en Santander, e iba a visitarlas de vez en cuando. También los padres de Lola iban con mucha frecuencia a la ciudad, y nunca dejaron de ayudarla económicamente, hasta el punto de que pudo comprarse un barco a medias con varios amigos.<sup>16</sup> Lola no hablaba de su vida económica ni laboral, y tardó un tiempo en reincorporarse al trabajo. Cedió uno de sus pisos de Madrid a sus hermanos, y se compró un piso en Majadahonda en el que no llegó a vivir nunca.<sup>17</sup>

Durante el verano de aquel año, la familia Maravall, que ya tenía su primer hijo, fue a visitarla a la casa de Miengo. Lola estaba todo el tiempo escuchando la radio, incluso durante la noche. No comía nada, y solo ingería algunos zumos. Era difícil mantener cualquier conversación con ella, pues la deformación de su boca dificultaba que se la pudiera entender. Pasaron por Santander muchos de sus amigos madrileños, entre ellos Antonio Sama y

Antonio Gallifa.<sup>18</sup> Pero el apoyo más fuerte fue de la gente de Santander, especialmente de su amiga Sol González, una militante histórica del PCE local que se acabó convirtiendo en una de las mejores amigas de Lola.

En diciembre de 1978 tuvo que pasar nuevamente por el quirófano, y diversas complicaciones le provocaron nuevas intervenciones en los primeros meses de 1979. En medio de una depresión inhabilitante, crisis de ansiedad periódicas y con escaso apetito, el paso por los hospitales drenaba los restos de energía que podían quedarle, hasta el punto de tener que someterse a nutrición parenteral.<sup>19</sup> Perdió pelo y no toleraba bien el frío. En medio de estas crisis, Lola mantuvo un breve noviazgo con el traductor Juan Díaz de Atauri,<sup>20</sup> que fuera amigo tanto de Enrique como, especialmente, de Javier. Estar con Lola implicaba un nivel de exigencia absoluto, y la relación no funcionó bien. Como era lógico, a Lola le fue difícil recuperarse a nivel personal de la pérdida de Javier.

El retorno al trabajo fue una tarea muy complicada para Lola, y los asuntos que emprendió carecieron de continuidad. Su delicado estado de salud y los estados de grave depresión e incapacidad para concentrarse que atravesaba le impedían plantearse cualquier proyecto profesional ambicioso. La lucha en la que más se había involucrado, las asociaciones de vecinos y el movimiento de barrios, decayó durante finales de los setenta y mediados de los ochenta.<sup>21</sup> Según la académica Mónica Fernández, que cita el libro que escribieron Lola y Javier García Fernández sobre el movimiento vecinal como una de sus fuentes, las organizaciones políticas tomaron a muchos de sus candidatos de los dirigentes de las asociaciones vecinales, de manera que éstas se quedaron sin muchos de sus cuadros más valiosos.<sup>22</sup> La Federación Provincial de Asociaciones de Vecinos de Madrid, por la que tanto habían luchado nuestros protagonistas, se quedó paralizada debido a las aspiraciones políticas de sus dirigentes a partir de la convocatoria de las elecciones generales. En esos momentos, las asociaciones de vecinos actuaron a veces más como órganos de los partidos políticos que como representantes de los vecinos. Según señala Mónica Fernández, este factor, junto a otros problemas como la dificultad de conseguir unificar las reivindicaciones comunes de

varios barrios para alcanzar mayor repercusión, contribuyeron a un progresivo debilitamiento de estas asociaciones, muchas de las cuales quedaron como organizaciones puramente testimoniales.<sup>23</sup>

Pese a todas sus dificultades, Lola siguió trabajando en temas relacionados con el movimiento vecinal para el PCE. Durante unos años, aunque de manera irregular, en los que coincidió con el escritor Manuel Rico, colaboró con Manuel Castells y con el grupo de DEINCISA en varios proyectos.<sup>24</sup> Más de cincuenta profesionales del PCE especializados en política municipal, entre los que se encontraba Lola, sacaron a la luz en 1979 el libro *Cambiar Madrid. Propuestas comunistas de política municipal*.<sup>25</sup> Lola volvió a escribir junto a Javier García Fernández un capítulo sobre su especialidad, el movimiento vecinal.<sup>26</sup> Además, colaboró con el Gabinete Técnico del Comité Provincial de Madrid del PCE a partir de finales de los setenta. Atendía a los concejales y a diversos miembros de los ayuntamientos que necesitaban asesoramiento jurídico sobre la legislación urbanística, administrativa y municipal. El equipo estaba formado por Lola y por varios arquitectos, como Eduardo Leira, Eduardo Mangada o Gordiano Sanz.<sup>27</sup> Muchos de los políticos a los que asesoraba habían coincidido previamente con ella en las luchas de las asociaciones de vecinos.<sup>28</sup> En cierto modo, su trabajo tenía concomitancias con el que había realizado en el despacho laboralista, pero ahora no corría tantos riesgos, ya que los abogados laboristas habían pasado de la clandestinidad y el miedo de poder ser detenidos, a ocupar puestos políticos. También colaboró en la elaboración de los programas electorales para las campañas políticas.<sup>29</sup>

En palabras de su compañero de trabajo de aquellos años en el PCE, Manuel Rico:

Compartimos durante dos o tres años trabajo y dedicaciones en favor de un urbanismo solidario, redistributivo, en la sexta planta de la sede provincial del PCE, calle de Campomanes, Madrid central y adoquinado, días interminables que se colaban en las noches (y a veces en la madrugada) avivando en nosotros sueños que, tiempo más tarde, se mostrarían precarios, imposibles casi. Entonces, ella batallaba contra una depresión tenaz, implacable, hija de la noche de asesinatos y de una circunstancia de las que acaban emocional y psicológicamente con el más fuerte de los seres humanos. No la conocía de antes, pero la recuerdo trabajando sin parar por un Madrid mejor y

caminando de un despacho a otro por el interminable pasillo, surcado de grabados de Pepe Ortega, de Agustín Ibarrola, de Saura, de Zamorano, de Genovés, de la sexta planta de la calle Campomanes llevando en la mirada la tristeza infinita de la muerte de dos seres tan queridos y del terror vivido ante unos pistoleros.<sup>30</sup>

Por más que siguiera trabajando y haciendo nuevos amigos, Lola se quedó anclada en el pasado.<sup>31</sup> Cuando veía a sus antiguos amigos, su conversación giraba siempre en torno a las historias que habían vivido en los años sesenta y setenta, y en ocasiones era muy difícil sacarla de ese mundo pretérito. Sus opiniones sobre la política del momento eran siempre muy desfavorables, y sus recelos respecto a la evolución política que vivía el país eran enormes. A partir de Atocha, Lola nunca volvió a mirar el futuro con esperanza, ni a confiar plenamente en ningún tipo de proyecto político.<sup>32</sup> Alejandro Ruiz-Huerta, otra víctima del atentado de Atocha, escribió:

sigue siendo muy duro recordar juntos. Ha quedado mucha amargura. No sabemos bien si aquella muerte, tantas muertes, sirvieron para algo; más bien nos ha parecido siempre inútil; unos años malgastados, malogrados. Pero sigo escribiendo por si encuentro la luz; por si convengo a Lola de la esperanza; de que acaso hay una gota de luz más allá de este desasosiego, de este malestar aburrido y diario.<sup>33</sup>

Lola pensaba que no se sabía toda la verdad sobre lo ocurrido en Atocha, y en ocasiones creía en explicaciones conspiracionistas de diversa índole, en las que mezclaba elementos de extrema derecha con dirigentes del PCE, que habrían urdido una trama para obtener la legalización del partido.<sup>34</sup> Muchas veces situaba a Santiago Carrillo en el centro de la conspiración.<sup>35</sup> Años más tarde, con un planteamiento más realista, Lola seguía convencida de que no se había llegado a identificar al cerebro real del atentado, y que la actuación del juez Rafael Gómez Chaparro había impedido establecer la relación entre los asesinos y el aparato del Estado. Además, entendía que el Gobierno había ayudado a «algunos de los fascistas para fugarse de la cárcel» y que gracias a Santiago Carrillo y su «amnistía a cambio de amnesia», los mismos que habían estado detrás del atentado pudieron reincorporarse a un supuesto nuevo Estado democrático.<sup>36</sup> De esta manera, se lamentaba de que los instigadores de sus desgracias siguieran viviendo en libertad en Madrid, mientras ella tendría que arrastrar las secuelas de por vida. Además, desde el principio se mostró muy

disconforme con la Transición, a la que veía como un pacto de las elites fundamentalmente franquistas. Lo que para ella había supuesto un doloroso proceso, era calificado por personas que habían sido culpables de sus desgracias como «modélico» e «incruento». Compartía con antiguos compañeros del FLP, como Manuel Garí, el diagnóstico de que «la oligarquía no estaba dispuesta a ceder el poder ni a ser juzgada por sus desmanes. No existía una hoja de ruta para la transición en la izquierda pero sí en el lado franquista: si el cambio era imparable, al menos que lo gobiernen los de arriba».<sup>37</sup>

Aunque se lo hubiera propuesto, Lola no podría haber olvidado Atocha. En 1979, se estrenó la película del cineasta y militante del PCE Juan Antonio Bardem *Siete días de enero*, que narra la historia de la matanza de Atocha. Años atrás hubiera sido imposible realizar un filme semejante, pero la muerte de Franco y la apertura cultural permitieron que numerosos directores pudieran afrontar abiertamente temas políticos. Éste fue el caso de muchos comunistas y otros cineastas antifranquistas, como Eloy de la Iglesia, el otrora maoísta Manuel Gutiérrez Aragón o Carlos Saura, que firmaron películas como *El diputado*, *Camada negra* y *Los ojos vendados*, respectivamente. Pero *Siete días de enero* fue más lejos y llegó a los límites entre el documental y la ficción. Las dificultades de Bardem fueron enormes, pues el filme combinaba elementos de ficción con otros puramente documentales. Contó como coguionista con el también comunista Gregorio Morán, y desde el principio le ayudaron los compañeros del partido y los amigos de nuestros protagonistas Cristina Almeida, Jaime Sartorius y José María Mohedano.<sup>38</sup>

Alejandro Ruiz-Huerta ha contado en su libro *La memoria incómoda* que, cuando Bardem les enseñó una primera versión del guión, los supervivientes le pidieron que tratara de quitar protagonismo individual a todos los abogados en la película. Esto era así porque entendían que el trabajo que realizaban era sobre todo colectivo y cualquier otro abogado antifranquista de Madrid podría haber estado allí.<sup>39</sup> No cuesta imaginar a Lola haciendo ese tipo de razonamientos. Cuando se terminó el guión, Bardem invitó a cenar a casa a los supervivientes que quisieran asistir, pero solo lo hicieron Lola y Miguel Sarabia. La lectura del guión fue un momento de gran tensión y emoción, y hubo una discusión política sobre la conveniencia de realizar la película.

Parece ser que Cristina Almeida opinó que aún no era oportuno realizarla, y que Lola secundaba a la abogada. Aun así, Bardem se dispuso a hacerla. El filme no se grabó directamente en el despacho de Atocha 55, pero Manuela Carmena cedió mobiliario y carteles para que aumentara la verosimilitud. Joaquín Navarro hizo de sí mismo, y por tratarse de una coproducción franco-española participaron algunos actores franceses.<sup>40</sup>

Antes del estreno, hubo un primer pase en exclusiva para los supervivientes y los familiares de las víctimas. Podemos imaginar la fuerte impresión que le supuso a Lola verse en una pantalla, interpretada por Enriqueta Carballeira, en una historia que contaba cómo su marido fue asesinado a sangre fría y cómo a ella le destrozaron la vida. Lola y Javier aparecen muy pronto en la película, en una escena en la que se les ve entrar en el edificio de su bufete y un policía les detiene para decirles lo siguiente a sus compañeros: «¿Quién no conoce a don Francisco Javier Sauquillo y a su esposa doña Dolores González Ruiz? ¿No habéis oído hablar nunca de ellos? Son famosos abogados laboristas, de esos que defienden a los trabajadores comunistas».<sup>41</sup> Cuando Javier le interrumpe con un «Digamos a los trabajadores», el policía le dice que ellos «son también comunistas» y luego les deja seguir su camino. Mientras suben unas escaleras abarrotadas de gente, ven al sindicalista Joaquín Navarro dirigiendo una votación de los trabajadores del transporte sobre la continuación de la huelga, y Lola y Javier se dan varios abrazos tanto con los trabajadores como con el sindicalista. En cuanto llegan al despacho, tanto Lola como Javier se fuman un cigarro, en una imagen que podemos juzgar como muy verosímil. Joaquín Navarro, que lleva unos días durmiendo en el despacho, le pregunta a Lola por la marcha de las asociaciones de vecinos, que según la abogada avanzan «con mucho trabajo». Cuando empiezan a trabajar, Lola recibe una llamada preguntando por Joaquín Navarro y le dicen que «van a cortarles los cojones en cuanto puedan, dile a ese hijo de la gran puta que le vamos a abrir en canal».

La película sigue contando que al día siguiente, 23 de enero, en una manifestación se ve a varios de los abogados del despacho huyendo de la policía, hasta que se encuentran con las pruebas del asesinato del estudiante Arturo Ruiz. Posteriormente, ponen una denuncia en el juzgado, y se encuentran de nuevo con la amenazadora policía. El filme avanza y se centra

en la historia del inseguro protagonista de ultraderecha que acaba participando en el asesinato de los abogados. Se muestra la connivencia entre la policía y los violentos ultraderechistas. También se apuntan las presiones recibidas de los asesinos por parte de personalidades importantes del régimen para hacer algo que escarmiente «a los rojos». La escena del asesinato, que tuvo que causar una gran impresión a Lola, está magistralmente narrada. Según explicó Bardem, él era «consciente del momento histórico de reproducir el asesinato».<sup>42</sup> Las últimas palabras que dice Javier Sauquillo antes de morir son «aquí nadie se llama así», en referencia a Joaquín Navarro. El protagonista de ultraderecha sale del despacho tras escuchar estas palabras y se queda pensativo en la escalera. En ese momento, oye los disparos y con terror se echa las manos a la cabeza. Más adelante el crimen se recrea varias veces, y la última vez lo hace a partir de un recuerdo de la misma Lola, que ya unos meses después en la comisaría se ofrece voluntaria para ser la primera en realizar un reconocimiento facial de los asesinos. La película acaba con una música esperanzadora y con un breve texto que cuenta el proceso hasta la aprobación de la Constitución. Para Bardem, debió de suponer una importante prueba de fuego proyectar la película a las víctimas del atentado y a sus familiares. Al terminar la proyección, se produjo un gran silencio en la sala que, según el recuerdo de Bardem, «duró siglos». La primera en romper el silencio fue Lola, que según el director de cine «se levantó para abrazarme y felicitarme».<sup>43</sup>

A pesar de la impresión que le pudo dar a Bardem, Lola fue posteriormente crítica con la película.<sup>44</sup> Verse a sí misma caracterizada en tan trágicas circunstancias le debió resultar muy doloroso y tal vez le molestó verse de una manera que no hacía justicia a sus complejidades. También pudo molestarle el acercamiento que hacía el cineasta a las mentes de los ultraderechistas que cometieron el atentado, porque, según ella, en algún momento, podía darse la impresión de estar justificándolos. Comoquiera que sea, la primera acogida de la película fue muy mala. Bardem pensaba que sería seleccionada para competir en Cannes tanto por ser una coproducción francesa como por el tema. Cuando fue rechazada y seleccionada solo para la quincena de los realizadores, Bardem rechazó la invitación alegando que había habido censura política. Por ese motivo, la película fue al Festival de

Moscú, donde ganó el Premio del Jurado. Cuando la cinta llegó a España, halló un gran eco en los medios, pero muy poca gente acudió a verla. La carrera de Bardem se hundió, y no volvió a hacer una película hasta cuatro años después, en la Bulgaria comunista, que se titulaba *La advertencia* y era una biografía del líder comunista búlgaro Gueorgui Dimitrov.

Durante el juicio por la matanza de Atocha, Lola revivió una vez más el atentado. La vista oral se produjo del 18 al 26 de febrero de 1980. Fue la primera ocasión en la que se pudo ver en el banquillo de los acusados a miembros reconocidos de la extrema derecha española. Como escribió Francisco Gor en *El juicio de Atocha*:

a lo largo de los siete días del juicio, convertida la sala de la Audiencia en una especie de laboratorio, se ha podido observar de cerca por primera vez a los componentes de un grupo activista de extrema derecha española: su psicología, sus frustraciones, sus intereses, sus amigos, su forma de actuar, su fácil acceso a las armas, y se ha puesto en evidencia, aunque no se haya demostrado su complicidad delictiva, el más amplio círculo de complicidades ideológicas y de amistades oscuras en el que el grupo se movía.<sup>45</sup>

Por la sala desfilaron Juan García Carrés y su padre, Vicente, el exministro franquista Raimundo Fernández Cuesta, el político de Fuerza Nueva Blas Piñar, el matón fascista Mariano Sánchez Covisa y los torturadores José Luis González Gay y Antonio González Pacheco. El juzgado se convirtió en el trasunto de la Hermandad de Marineros Voluntarios; por la mañana se veían para farolear en el mus y por la tarde hacían lo mismo ante los tribunales.

José María Mohedano fue el abogado de Lola. Otros abogados de la acusación fueron Jaime Sartorius, José Luis Núñez Casal, José María Stampa Braun, José Bono, Antonio Rato, Cristina Almeida y Jaime Miralles. Durante la fase de instrucción, hubo numerosos problemas derivados de la discutible actuación del juez Gómez Chaparro.<sup>46</sup> En concreto, se recusó a varios testigos propuestos por la acusación particular, hubo un retraso en la concesión de los permisos para las pruebas periciales de las armas y se concedió un permiso a Lerdo de Tejada, en contra del criterio de la acusación particular, que le

permitió la huida. Esto último provocó la sustitución de Gómez Chaparro, como juez instructor, por Alfonso Barcala. Durante el juicio, los militantes de extrema derecha vociferaban proclamas a favor de los acusados. La actitud de éstos fue provocadora, lo que causó un profundo desagrado, tristeza y rabia en Lola. El primer día, el número de asistentes de izquierda y derecha era parejo, pero a partir de entonces empezó a haber muchos más ultraderechistas. Numerosos jóvenes falangistas abarrotaban la sala y mostraban su admiración por los acusados.<sup>47</sup> La defensa de Rafael González Frías fue extemporánea, citando a todo tipo de personajes históricos como el Cid, Tarradellas, la Pasionaria y Yaser Arafat. Uno de los abogados defensores se dirigió al tribunal de este modo: «Hoy os toca una ingrata tarea. En mucho depende de vosotros la reconciliación. La escisión que se ha provocado en nuestra patria depende de vosotros».<sup>48</sup>

La acusación trató de probar que la matanza era fruto de una trama que involucraba a personas de influencia en la extrema derecha, y que no era un mero hecho aislado ni un episodio azaroso. Pronto quedó claro que los implicados en el crimen conocían a pesos pesados de la ultraderecha madrileña. Uno de los momentos más inauditos para Lola, por repetitivo, tuvo que ser la declaración de Alfredo Semprún, el mismo periodista implicado en la difamación sobre la muerte de Enrique. Este periodista se encontró con Lerdo de Tejada en Perpiñán, cuando se hallaba en aquella localidad francesa para realizar otra entrevista con un «individuo relacionado con grupos terroristas». Según su declaración, Semprún no reconoció al huido de la justicia, que le dijo que era «el hijo de Virginia y uno de los implicados en lo de la Calle de Atocha». Semprún pensó en hacerle una entrevista para un futuro reportaje y declaró que le hicieron a Lerdo de Tejada unas fotografías en lugares impersonales de la ciudad francesa, con el objetivo de que no se pudiese conocer su localización. Los abogados de la acusación no se creyeron que la entrevista hubiera tenido lugar en Francia, y dudaron mucho de la versión de Alfredo Semprún: ser el periodista estrella de *Abc*, estar tomando algo un día de trabajo en Perpiñán y encontrarse sin premeditación con uno de los fugitivos de la justicia española más polémicos les parecía a los abogados «excesivamente rocambolesco». Sin embargo, no se pudieron obtener más

datos de Alfredo Semprún. Según él, Lerdo de Tejada «tenía intención de coger un avión en Bruselas para marchar a Rodesia, donde estaba alistado como mercenario». <sup>49</sup>

Sin embargo, el paso por el juzgado de Alfredo Semprún no fue el más estrambótico que se produjo. La declaración más estafalaria la hizo Mariano Sánchez Covisa, que calificó el atentado de Atocha como «parte de una conspiración de gran alcance y complicidades». En un escrito previo a su declaración, acusó al Gobierno de seguir una estrategia «para imponer en España una democracia liberal e inorgánica» y una «nueva Constitución atea, disolvente y separatista». En esta conspiración «de indudable orquestación masónica», estaban implicados «el Gobierno italiano, la KGB, el PC, la presidencia del Gobierno, el Ministerio del Interior y el gobernador civil de Madrid». Definía la matanza de Atocha como parte de una estrategia mayor, de la que Montejurra y el atentado contra la revista satírica *El Papus* también formaban parte. Acusaba al PCE, el partido que según él más se había beneficiado desde su punto de vista de la matanza, de estar detrás de un atentado cuyo objetivo principal era desprestigiar a la derecha franquista. <sup>50</sup> La inverosímil fuente de Sánchez Covisa, sobre la que basaba sus acusaciones, era un tipo que se identificaba en sus conversaciones como «su amigo de Cuenca». Esta declaración solo creó confusión entre los abogados, las víctimas y los habitantes de Cuenca. Incluso los detenidos se mostraron sorprendidos y disgustados por las manifestaciones del líder de los Guerrilleros de Cristo Rey, pues desde su punto de vista lo complicaban todo y no resultaban verosímiles. <sup>51</sup> Las únicas personas que siguieron tesis similares a las de Sánchez Covisa fueron ultraderechistas poco fiables como el conspirador italiano Stefano Delle Chiaie y el neonazi catalán Ernesto Milá. <sup>52</sup>

Hubo una gran discordancia entre las declaraciones de los testigos Antonio González Pacheco y José Luis González Gay, que aseguraron no tener relación con los procesados y que no los habían visto en los calabozos, y las explicaciones de algunos acusados, que decían lo contrario. Gloria Herguedas afirmó, por ejemplo, que Fernández Cerrá se encontraba en la DGS el día 23 de enero y que era amigo de los dos policías. <sup>53</sup> Así lo afirmaron también Fernández Cerrá y García Juliá, que añadieron que González Pacheco fue a

visitarle a los calabozos de la DGS cuando fue detenido por la matanza, a pesar de que el policía lo negara posteriormente. Estas incongruencias en las declaraciones provocaron que comenzara un careo, pero los acusados cambiaron de parecer y declararon no conocer a González Pacheco más que muy indirectamente. Cuando Fernández Cerrá tuvo que explicar por qué rectificaba su declaración, dijo que «la única explicación que encuentra al efecto es que tuvo que expresarse muy mal cuando prestó aquella declaración, afirmando que las actuales manifestaciones las formula espontánea y libremente».<sup>54</sup>

Entre las declaraciones de las víctimas, la más impactante fue la de Lola. El periodista de *El País* Rafael Fraguas tituló así la crónica que la recogía: «Crispado silencio durante la declaración de Dolores González».<sup>55</sup> En efecto, cuando Lola acudió a declarar, en un estado lamentable tanto físico como psicológico, se produjo un gran silencio en la sala. Según José María Mohedano, el tribunal era consciente del estado de salud de Lola y prohibió terminantemente el alboroto de los ultraderechistas.<sup>56</sup> Ciertamente, en su cuerpo se apreciaban las secuelas del atentado con mucha crudeza. Según recuerda Carmen García Mayo, Lola pretendía crear ese efecto en los criminales con el objetivo de que vieran las consecuencias de sus actos, y durante los preparativos para el juicio no hizo el menor esfuerzo por mejorar su aspecto físico y psicológico.<sup>57</sup> Lacónicamente, Lola identificó a Cerrá y señaló que los causantes de los disparos mostraron gran frialdad en todo momento. Así ha descrito Alejandro Ruiz-Huertas su testimonio:

Solo cuando Lola, deshecha por dentro y por fuera, habló, un silencio de expectación, de sorpresa, de incredulidad, se apoderó de aquella sala. Y parecía que los acusados éramos nosotros: el asesinato, una hazaña; los inculpados, ídolos; y nosotros acusados de defender lo indefendible: el trabajo, la vida, de trabajar por la libertad y por la paz.<sup>58</sup>

La mayoría de los acusados fueron condenados a penas muy duras. Fernández Cerrá y García Juliá fueron declarados responsables de los siguientes delitos:

1.º de un delito de asesinato consumado cualificado con alevosía y con la concurrencia de la agravante genérica de premeditación; 2.º De cuatro delitos de asesinato consumado, cualificados por la alevosía, sin la concurrencia de circunstancias modificativas; 3.º De cuatro delitos de asesinato frustrado, cualificados con alevosía, sin la concurrencia de circunstancias modificativas; 4.º De un delito de tenencia ilícita de armas.<sup>59</sup>

La suma de estos delitos conllevaba una pena de prisión de ciento noventa y tres años. Por su parte, Francisco Albadalejo fue condenado por inductor y encubridor de un delito de asesinato y autor de un delito de tenencia ilícita de armas, sumando setenta y tres años de prisión. Leocadio Caravaca fue absuelto de los delitos de asesinato, pero fue declarado responsable de tenencia ilícita de armas, por lo que fue condenado a cuatro años, dos meses y un día de cárcel por la reincidencia. Gloria Herguedas recibió la misma sentencia, pero como no era reincidente fue condenada a un año de prisión. Además, las víctimas recibieron una suma importante en concepto de indemnización. La sentencia fijaba que Lola debía recibir cinco millones de pesetas, algo más de treinta mil euros.

Muy deprimida y debilitada físicamente, Lola salió del juicio con la vida medio resuelta desde el punto de vista económico y con muchos asuntos que solucionar. Mantenía una curiosidad intelectual insaciable, y asistía a numerosos y variados cursos en la Universidad Menéndez Pelayo. A principios de los ochenta, aparecía todos los días en un curso que organizaba el periodista Ángel Sánchez Harguindey, que contaba con la presencia de académicos como Carlos Berzosa. A todos los asistentes les daba la impresión de que se trataba de una señora muy mayor con apariencia débil y lastimera, a la que reconocieron en un principio ni siquiera los que la habían conocido personalmente no hacía tantos años. Al final, se enteraron de que era la legendaria Lola González Ruiz, superviviente de Atocha, y quedaron impresionados con que asistiera a los cursos a pesar de su raquítrico aspecto y su aparente fragilidad.<sup>60</sup> Cuando Lola ingresó de nuevo en el hospital en el verano de 1980 pesaba 31 kilogramos; no recibió el alta hasta un mes después, cuando ya pesaba 47 kilogramos. Tenía que seguir un régimen estricto tanto de

comida como de medicación.<sup>61</sup> En 1981, Javier García Fernández, el que fuera uno de sus mejores amigos tanto en el FLP como en el PCE, la vio por casualidad en la playa del Sardinero, en un pésimo estado de salud.<sup>62</sup>

Aunque seguía siendo militante del PCE, su actitud crítica con el partido era similar a la que había mantenido a comienzos de los setenta. Cuando Lola se reencontró con Manuel Garí, su antiguo compañero del FLP, le expresó la gran decepción que le habían supuesto las elecciones de 1977 y de 1979, y la actual situación en que se encontraba el PCE. No entendía las concesiones a su juicio innecesarias que se estaban haciendo para entrar en el tablero político.<sup>63</sup> Sin embargo, en ocasiones reprendió a varios de sus amigos cuando abandonaron el partido. Por ejemplo, poco después de su encuentro, llamó a Manuel Garí para decirle que tenían que estar todos en el mismo partido, trabajando desde la misma estructura organizativa.<sup>64</sup>

En 1981 tuvo lugar una nueva crisis interna en el PCE, debido a la aparición de un sector renovador en el que se encontraban las veteranas dirigentes Pilar Brabo y Cristina Almeida. Lola, vinculada simultáneamente a las posiciones más renovadoras e izquierdistas dentro del partido, no estaba ya tan al tanto de los asuntos internos del partido y no llegó a marcharse definitivamente del PCE. Aun así, pudo ver cómo abandonaban el partido algunos de sus compañeros de trabajo, como Eduardo Mangada, que fue destituido del Ayuntamiento de Madrid.<sup>65</sup> Lola sintió mucho las expulsiones, y criticó mucho al partido.<sup>66</sup> Tras esta crisis, una parte de los destituidos fundaron unos años después Izquierda Unida (IU). Lola simultaneaba críticas a la Transición, a Santiago Carrillo y a los Pactos de la Moncloa con un desapego profundo hacia el resto de las formaciones políticas. Algunos de los miembros que trabajaban con ella pensaban que acabaría en el PSOE, como harían gran parte de los renovadores del PCE, pero esa circunstancia parecía difícil, dadas sus fuertes convicciones izquierdistas. A pesar de todas sus críticas y desilusiones, se mantuvo fundamentalmente fiel al PCE, y con casi toda seguridad votó siempre por él, y luego a Izquierda Unida hasta el advenimiento de Podemos.<sup>67</sup> Lola no solía criticar al partido cuando estaba con gente que no era de su máxima confianza.<sup>68</sup>

En el verano de 1981, Lola pidió ayuda al médico Antonio Jiménez.<sup>69</sup> Lola no podía estar sola ni quieta, y tenía una necesidad constante de comprar cosas. Invitaba a algunas de las personas que iban a los cursos de la UIMP, como su amiga Cristina Almeida. No podía mantener conversaciones largas, y cada poco tiempo iba al baño, se metía los dedos y vomitaba.<sup>70</sup> Además de sus intermitentes estancias hospitalarias, fue tratada por el psicoanalista argentino Rubén Edgardo Bild desde 1981 hasta 1984.<sup>71</sup> Bild era miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina e Internacional, y colaboró con el Hospital Marqués de Valdecilla de Santander a comienzos de los años ochenta. Se formó en Inglaterra con la hija de Sigmund Freud,<sup>72</sup> Anna. Según los amigos de Lola, era la viva imagen de lo que se podía esperar de un psicoanalista argentino.<sup>73</sup> Muy locuaz, recomendaba medidas algo radicales a algunos de sus pacientes, pero no parece que fuera el caso de Lola. Rubén Bild trató de conocer a los amigos de Lola en Santander para saber con qué apoyos contaba. Cada vez que Lola recaía, Bild llamaba a su amiga Sol, que sigue creyendo que el trabajo del psicoanalista ayudó mucho a la mujer.<sup>74</sup> En ocasiones, Lola le hablaba repetidamente de la posibilidad de suicidarse, así que Rubén les decía a sus amigas que estuvieran pendientes de ella y que le buscaran una ocupación. De manera parecida a lo que había dicho Enrique muchos años antes, Lola escribía que por sus antiguas convicciones católicas no era capaz de cometer un acto de suicidio. Por lo que sabemos por sus amigos de entonces, al cabo del tiempo la siempre inconformista Lola dejó de sentirse a gusto con el tratamiento. Lola era una gran lectora de psiquiatría y psicoanálisis, pero no se mostraba muy conforme con algunos de los métodos que utilizaba Bild.<sup>75</sup> Por lo visto, llegó a ir a Inglaterra con el psicoanalista, y muchas de sus sesiones consistían en cocinar juntos.<sup>76</sup>

La anorexia severa y la depresión redujeron su peso a poco más de treinta kilos, y su grave estado de desnutrición la inhabilitaba para hacer trabajos complicados. Progresivamente fue perdiendo todos los dientes que le quedaban, y en 1986 fue una de las primeras pacientes españolas en recibir un implante dental gracias a su amistad con el doctor Berger. Estos implantes mejoraron considerablemente la vida de Lola. Sin embargo, cada vez que parecía recuperarse una nueva recaída le impedía llevar una vida mejor. Su boca nunca recuperó la normalidad, y a la asimetría facial del lado derecho de

la cara, donde recibió el balazo, se le sumaba una permanente parálisis del hemilabio derecho. Además, se sometió a un tratamiento estomatológico en Santander para poder ingerir alimentos y a varios tratamientos del servicio de nefrología del Marqués de Valdecillas para tratar de controlar la anorexia, los continuos vómitos y la multitud de trastornos que sufría. Fue intervenida también de una apendicitis perforada y de un cuadro abdominal agudo.<sup>77</sup>

A pesar de no soportar las operaciones y las medicaciones, Lola tuvo una relación muy buena con sus médicos. En broma decía que le había tocado un cirujano maxilofacial «dentista-leninista».<sup>78</sup> Durante un breve periodo, la trató intensamente el médico comunista César Llamazares, director del Marqués de Valdecillas, y tuvieron cierta relación de amistad.<sup>79</sup> A Lola le afectó mucho su desgraciada muerte en la colisión de dos aviones en el aeropuerto de Barajas el 7 de diciembre de 1983 y que causó 93 muertos.<sup>80</sup> Lola tomó un vino amargamente con varios amigos suyos de Santander, maldiciendo el hecho de que se le murieran tantas personas queridas.<sup>81</sup> También la trató el médico Ángel Gele, al que Lola recurría a cualquier hora para solicitar su ayuda.<sup>82</sup> Lola quería vivir con su amiga Sol, pero hacerse cargo de ella era de una dificultad máxima.

Cada 20 y 24 de enero, Lola caía en una profunda crisis. Acompañada de su amiga Sol, decía que su principal problema era que se sentía culpable de las muertes de los demás, y que no entendía por qué ella no había muerto y los demás sí.<sup>83</sup> Se sentía culpable por no haber podido acudir al entierro de Enrique ni al de Javier. Se ponía muy nerviosa y no le apetecía dirigirle la palabra a nadie a pesar de que buscaba desesperadamente compañía.<sup>84</sup> Cuando tenía que acudir a algún acto lo pasaba fatal y se iba lo antes posible. Enero se convirtió en un mes maldito para el resto de su vida. A pesar de esto, como síntoma de una relativa mejoría, Lola no dejó de sentirse atraída por diversas personas, como le había sucedido en la época universitaria.<sup>85</sup> En los actos de homenaje consiguió mantener el tipo relativamente bien.

Cercano el referéndum de la OTAN, Lola se implicó mucho por el voto en contra del ingreso de España en la organización. Coincidió en varias ocasiones con Manuel Garí, y se comenzaron a ver con relativa asiduidad.<sup>86</sup> Durante esos años, Lola también participó en varias manifestaciones contra el terrorismo y en otras en solidaridad con Chile.<sup>87</sup> También estuvo en varias

manifestaciones a favor del aborto, que se despenalizó en 1985 pero solo en el caso de una serie de supuestos específicos. Una relativamente mejorada Lola empezó a implicarse en los cursos de verano de la UIMP.<sup>88</sup> Hacía comidas y cenas en la casa de Miengo para los ponentes de los cursos, que en ocasiones acababan siendo grandes fiestas. Lola aumentó exponencialmente su vida social, y tenía reuniones tanto con gente del PCE como del PSOE, como el que fuera ministro de Justicia Fernando Ledesma.<sup>89</sup>

En 1986 nació Izquierda Unida (IU), en el despacho de Cristina Almeida. El PCE constituía el 80 por ciento de una coalición en la que se incluían diversos partidos de izquierdas, como Izquierda Republicana, el Partido Humanista y el Partido Carlista. Como era previsible, Lola estuvo muy vinculada a IU en sus comienzos. De hecho, la participación política más importante de Lola fue su candidatura a las elecciones al Parlamento Europeo de 1987. Tras la entrada de España en la Comunidad Europea en 1986, estas elecciones tenían un alto valor simbólico para el país, a pesar de las escasas funciones del Parlamento Europeo de la época. Tras el éxito de la Plataforma Cívica por la salida de España de la OTAN, IU pretendió confeccionar una lista de profesionales progresistas independientes de los cuadros del partido para las elecciones.<sup>90</sup> Sin embargo, el PCE acabó imponiendo sus propias listas, y acompañando a Fernando Pérez Royo como número uno iban varios representantes nacionalistas de la formación.<sup>91</sup> Lola aparecía en un sorprendentemente alto quinto puesto. Según declararon fuentes de Izquierda Unida para un reportaje en *El País*, «es un puesto de lujo para una persona desconocida para el gran público».<sup>92</sup> Acompañaban a Lola en la lista viejos conocidos suyos, como María Luisa Suárez Roldán o Juan Antonio Bardem. La candidatura encabezada por el sevillano Fernando Pérez Royo hizo una campaña próxima al eurocomunismo, y en ocasiones Pérez Royo fue comparado con Enrico Berlinguer por los eurodiputados comunistas italianos. Pérez Royo había ganado popularidad en España tras sustituir a Santiago Carrillo poco tiempo antes como portavoz del Grupo Comunista en el Congreso de los Diputados, y dejó la formación de IU pocos años después por discrepancias ideológicas con la línea de Julio Anguita.<sup>93</sup>

Con motivo de las elecciones europeas, a Lola le organizaron algunas cenas en Santander, que en ocasiones le resultaron incómodas. Por un lado, se sentía reconocida por el hecho de que le hubieran ofrecido ir en las listas y tuviera posibilidades reales de convertirse en eurodiputada. Pero, por otro, no quería convertirse en una especie de Ángela Martínez Lanzaco, viuda de Julián Grimau, solo recordada por ser la viuda de un condenado político y utilizada en ocasiones políticamente por algunas formaciones interesadas.<sup>94</sup> Se planteó durante un tiempo si participar o no en la campaña. Tras muchas dudas, Lola decidió presentarse a las elecciones europeas. Compitió con el PSOE de Fernando Morán, el Centro Democrático Social liderado por el futuro divulgador científico Eduard Punset, el Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista de Santiago Carrillo, la Alianza Popular del odiado por Lola Manuel Fraga Iribarne y el Frente Nacional del testigo de la matanza de Atocha Blas Piñar. En cierto modo, en estas elecciones Lola se cruzó con los que habían sido sus dos odios ancestrales, Fraga y Blas Piñar, y con otra persona a la que detestaba, Santiago Carrillo. Curiosamente, también se presentó como candidato Javier Rupérez, hermano de su primer novio en la universidad, y con el que había coincidido muchos años antes en *Cuadernos para el Diálogo*. Lola también compitió con el partido Acción Social, liderado por un José María Ruiz-Mateos que poco tiempo después fundó la Agrupación Ruiz-Mateos, con la que obtuvo más de medio millón de votos y llegó a ser eurodiputado. En las elecciones de 1987, IU superó por poco el millón de votos al obtener más de un 5 por ciento de los sufragios. Lola se quedó a las puertas de ser eurodiputada.

Ya desvinculada de la política activa, a finales de los ochenta Lola conoció a la persona que la acompañaría durante el resto de su vida: José María Zaera. Como Lola, José María también tenía graves problemas de salud y una historia trágica que le atormentaba. Según los testimonios de los amigos de la pareja, había intentado suicidarse en varias ocasiones y vivía en una constante depresión de la que nunca salió.<sup>95</sup> Esta nueva relación contribuyó decisivamente a que la vida de Lola no pudiera despegar de la enfermedad, el pasado, la depresión y la nostalgia.<sup>96</sup> Según algunos amigos, era como si Lola

tratara de redimirse de algún modo por el sentimiento de culpa que tenía por sus anteriores parejas, y buscara a alguien al que pudiera verdaderamente ayudar.<sup>97</sup> Lola y José María hicieron innumerables viajes juntos durante toda la década, tanto por España como por el extranjero. En Cuba visitaron a Ubaldo Martínez Lázaro. Fueron muchas veces al pueblo leonés de Rabanal del Camino, a la casa que Antonio Sama y Chusa tenían cerca de Astorga. Pasaban casi todas las nochebuenas y nocheviejas en compañía de estos amigos, ya fuera en Riaza o en su piso madrileño.<sup>98</sup> José María trataba a Lola con un cariño incondicional y continua atención, pero era demasiado posesivo e incapaz de tener una vida propia.<sup>99</sup> Tenía una baja laboral por esquizofrenia. La pareja se instaló en Miengo, aunque seguían alternando Santander con Madrid. A Lola le venía bien tener alguien al que cuidar, y se convirtió en la persona fuerte de la pareja.

José María había sido un destacado estudiante antifranquista en la Universidad de Valladolid, y había pertenecido a la generación de estudiantes vallisoletanos que plantaron cara al régimen en una de las ciudades más conservadoras de España.<sup>100</sup> Como muchos de los estudiantes antifranquistas, que provenían de buenas familias, tuvo que enfrentarse a sus padres de manera directa, lo que le conllevó una serie de traumas personales. También fue detenido y, probablemente, debió de explicar cosas acerca de sus compañeros tras sufrir malos tratos y torturas. Parece ser que nunca se recuperó de aquello, y la combinación de una serie de problemas de salud con una gran depresión lo convirtió en una persona de escasas dotes sociales y con grandes dificultades para llevar una vida profesional exigente. Cuando conoció a Antonio Gallifa, José María se presentó diciendo lo siguiente: «Hola, soy psicótico».<sup>101</sup> José María participaba muy poco en las conversaciones, y era habitualmente percibido como una carga por el resto de los amigos de Lola.<sup>102</sup> Además, a duras penas podía moverse, y su incapacidad se fue agravando con el paso del tiempo. Como Lola en contadas ocasiones, también tenía brotes conspiranoicos y alucinaciones. Llegó a decir seriamente durante una conversación con otros amigos que había unos investigadores nazis que pronto encontrarían la fórmula para la inmortalidad.<sup>103</sup> José María oía voces y en ocasiones pensaba que el mundo iba en contra suya. Era habitual que discutiera con gente porque pensaba que le habían insultado.<sup>104</sup>

Tanto José María como Lola visitaban mucho el hospital. Según las palabras literales del médico de Lola, José María era el «esclavo de ella», y como tal era absolutamente dependiente de su voluntad.<sup>105</sup> No solo su médico tenía esa impresión. Amigos muy cercanos de la pareja cuentan que cualquier indicación de Lola era tomada literalmente por José María, de manera que ella no sabía exactamente qué podía decirle.<sup>106</sup> Lola le podía llegar a decir que fuera corriendo a casa, y el sumiso y cuadrículado José María tomárselo al pie de la letra.<sup>107</sup> No había sitio adonde fuera Lola al que José María no intentara seguirle. Cuando Lola iba a ver al doctor Berger, se quedaba en la sala de espera horas y horas sin hacer nada.<sup>108</sup> Con un ánimo derrumbado y escasas fuerzas para realizar cualquier tipo de actividad, José María era un compañero difícil y exigente al que Lola cuidó durante muchos años.<sup>109</sup> Como ya le había pasado con sus anteriores parejas, de forma atenuada, Lola tendía a imponerse sobre ellas y a establecer una relación de cierta dependencia. Como había sucedido siempre que Lola se había comprometido con algo, ella no lo abandonaría hasta la muerte, una realidad que estaba muy presente en la vida de José María.

## A finales de enero (III)

Me desbarataron mis sueños.

Dolores González Ruiz

Veinte años después de la muerte de Enrique, a punto de cumplirse el tiempo necesario para que prescribiera el delito, Margarita Casanova, madre de Enrique Ruano, pidió la reapertura del caso. Hasta entonces, se había negado a admitir la posibilidad de que su hijo hubiera sido asesinado, y prefería por tanto que el caso no se reabriera para evitar que el nombre de su hijo pudiera volver a ser mancillado.<sup>1</sup> Por casualidad, Beatriz Ruano, hermana de Enrique, comenzó a trabajar como procuradora del abogado penalista José Manuel Gómez Benítez a partir de mediados de los ochenta. Gómez Benítez era catedrático de Derecho Penal en Cantabria, donde tenía cierto trato con Lola, y pasaba las semanas entre Santander y Madrid. Por la relación profesional que tenían los dos, un día Beatriz le dijo que quería convencer a su madre para reabrir el caso de su hermano. El momento de la prescripción del delito de asesinato se iba acercando. Beatriz trató de convencer a su madre mientras Gómez Benítez preparaba la documentación necesaria por si finalmente obtenía el visto bueno de la familia.<sup>2</sup> Se entrevistó con Emilio Lahera y con José Antonio Enrech, que le dijo que el cadáver de Enrique tenía signos evidentes de tortura cuando llegó a la sala de autopsias, pero que no repetiría sus declaraciones en ningún caso ante el juzgado.<sup>3</sup> En ese momento, Lola aún no estaba al tanto de las gestiones para reabrir el caso. Aunque tanto Margot como José Manuel Gómez Benítez tenían bastante trato con ella, no quisieron contarle nada hasta no estar seguros.

Justo un día antes de la prescripción, la madre cambió de idea y quiso reabrir el caso. Comenzó así un largo proceso que reabrió los fantasmas de Lola, pero que ayudó decisivamente a esclarecer la verdad de los hechos. Para Lola, aunque siguió con cierto interés el desarrollo del juicio y celebraba todas las cosas que se iban aclarando, resultó muy duro recordar muchos de esos momentos. A medida que avanzaba el juicio también crecía su tristeza. El proceso permitió resolver muchas de las incógnitas del caso Ruano, aunque ciertamente abrió otras que aún permanecen oscuras.

Además del proceso penal, comenzó otro de responsabilidad civil. A diferencia del primero, este proceso se ganó, y todo el dinero de la indemnización fue a dotar el premio de Derechos Humanos Enrique Ruano. Como nota negativa para Lola y la familia de Enrique, el juicio reabrió heridas e hizo que algunas personas manifestaran opiniones no contrastadas en los medios de comunicación. El periodista Francisco Umbral dijo en la cadena Telecinco:

Yo pienso que le tiraron, que es lo que se usa en la política y lo más higiénico desde Franco a Corcuera, pasando por Grimau. Pero el crimen literario lo perpetuó don Torcuato Luca de Tena, novelista de éxito entre las marquesas, explicando en un artículo que había tenido acceso a los diarios íntimos de Enrique y que el chico era maricón, como diciendo que daba igual matarle o dejar que se matase; que era material de desecho, carnaza del patio de caballos, despojo adolescente que está mejor muerto.<sup>4</sup>

Aunque las declaraciones de Umbral contenían gran parte de verdad, el tono empleado y el lugar no se ajustaban a los deseos de la familia de Enrique, del que tantas mentiras y medias verdades se han dicho. Más que a guardar la memoria de Enrique, el único objetivo de esa diatriba era desacreditar a Luca de Tena acusándole en falso de haber dicho que Enrique era homosexual. Como nota positiva sobre la apertura del sumario, el juicio sobre el asesinato de Enrique permitió que muchas personas pudieran acercarse a la verdad sobre lo ocurrido y que la gente joven tuviera la oportunidad de tomar consciencia de los crímenes del franquismo, de los que no se hablaba demasiado en los medios. Tras veinte años, se había olvidado lo que ocurrió a

finales de los años sesenta con Enrique. El 14 de julio de 1992, el editorial de *El País* se titulaba «Enrique Ruano». Aunque tiene algunas inexactitudes, merece la pena reproducirlo:

LA MUERTE del estudiante Enrique Ruano el 20 de enero de 1969 constituye uno de los sucesos más siniestros del franquismo. Con ser terribles el hecho y las causas que lo propiciaron —su detención por repartir propaganda de Comisiones Obreras—, más lo fue, si cabe, que no se investigase en su momento lo sucedido y quedase la duda, para muchos la certeza, de si no se trataba de un crimen impune más de la dictadura. Veintitrés años después, la justicia intenta averiguar lo que no pudo en 1969. La muerte de Enrique Ruano quedó oscurecida por el estado de excepción decretado el 24 de enero de 1969 por el régimen franquista en un intento de impedir que el movimiento contestatario de Mayo del 68 prendiese a este lado de los Pirineos. Esta circunstancia, si bien no añadía nada esencial a un régimen político ya de por sí excepcional (en el que estaba penado con la cárcel el ejercicio de los derechos políticos y libertades fundamentales de la persona), sí contribuyó a dificultar aún más la investigación judicial y a facilitar el engaño a la opinión pública con una prensa amordazada —se reinstauró la censura previa— y, en algún caso muy concreto, vergonzantemente servil a los dictados del Gobierno sobre lo sucedido. Algún diario *liberal* alcanzó con la muerte de Ruano el cenit de la infamia y una página que añadir al periodismo más negro de la dictadura. Así pudo divulgarse, sin el menor rigor, la versión de que Enrique Ruano se había arrojado por una ventana de la estancia donde se encontraba detenido, impulsado por su pretendido desequilibrio psíquico.

A nadie se le ocultan las dificultades materiales para conocer la verdad sobre unos hechos ocurridos hace veintitrés años. Intentarlo es un derecho de los familiares del estudiante fallecido en extrañas circunstancias, además de una exigencia histórica. La convivencia e incluso el perdón no pueden estar basados en la mentira y la manipulación. De ahí la trascendencia que tiene para la sociedad española de nuestros días desvelar el misterio impenetrable que rodea desde el 20 de enero de 1969 la muerte de aquel joven estudiante antifranquista llamado Enrique Ruano, primer caído para una generación entonces muy joven.<sup>5</sup>

Además, la reapertura del caso de Enrique vino acompañada por otros intentos de conocer las verdades más oscuras del franquismo. Poco después de la apertura del caso, la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo estudió un recurso de revisión presentado por el fiscal del Estado Javier Moscoso contra la sentencia de 1963 que había condenado a muerte a Julián Grimau.<sup>6</sup> El principal motivo para esta revisión, veintisiete años después de la ejecución, era el hecho de que los miembros del consejo de guerra no poseían la

licenciatura en derecho, y las leyes franquistas exigían que al menos uno de los integrantes la tuviera.<sup>7</sup> Como se explicó anteriormente, el comandante Manuel Fernández Martín había mentido sobre su titulación, por lo que sería posteriormente inhabilitado y condenado. Sin embargo, la petición no prosperó.

Ya terminados los juicios, Lola se encontraba en un momento relativamente bueno, y comenzó a estar más al día de la actualidad política y participar en más asuntos. Su mayor implicación política se vio acompañada de cierta mejora física y psicológica, y su médico pensó que Lola podía estar en vías de una recuperación física total, y que solo le quedarían secuelas emocionales, inevitables en casos como el de Atocha.<sup>8</sup> Sin embargo, las previsiones optimistas no se cumplieron y Lola nunca llegó a recuperarse completamente ni a abandonar los altibajos constantes. Siguió siempre obsesionada con el pasado y con la muerte. A algunos de sus antiguos amigos solo los veía en contadas ocasiones, como los homenajes a las víctimas o los entierros de antiguos compañeros, como pasaría tras la muerte de Pilar Brabo y de Santiago Varela en el año 1993. Como les ocurre en un momento dado a muchas personas que no saben reinventarse, llegó un punto en que la vida de Lola transcurría sin que hubiera demasiadas cosas en las que merezca la pena detenerse.

A pesar de que se encontraba muy desvinculada del PCE, Lola se reincorporó temporalmente al partido como técnico junto a su amiga Chusa. Sin embargo, para las dos supuso una gran decepción volverse a ver enmarañadas en las dinámicas del partido, y aunque Lola no se diera de baja definitivamente, siguió todos sus avances con mucho más cinismo.<sup>9</sup> A pesar del recelo que sentía por Santiago Carrillo, aceptó verle en una ocasión en un acto en el Ateneo de Madrid por las víctimas de Atocha junto a varios amigos como Antonio Sama y Chusa. Todos los asistentes, incluida Lola, saludaron muy amablemente a Carrillo mientras fumaban. Una señora del servicio les dijo que no se podía fumar allí, a lo que Carrillo replicó que ya a su edad fumaba donde le daba la gana, incluso en el Congreso.<sup>10</sup> Después del encuentro, Lola mantuvo sus sospechas de maquinaciones con respecto al líder comunista, al que culpaba de ser uno de los principales responsables del atentado de Atocha.

A finales de enero, Lola asistía a todos los actos que se organizaban en honor de Enrique y especialmente de Javier y el resto de las víctimas de Atocha, pero los abandonaba pronto para irse a la casa de Antonio Sama y de Chusa y estar con su perro sin hablar con nadie.<sup>11</sup> Siempre le costaba un enorme esfuerzo escribir algo, especialmente cuando era relativo a sus desgracias. Cuando le pidieron que redactara una breve biografía sobre Enrique, trató de que la escribiera alguno de sus amigos y ella limitarse a firmarla.<sup>12</sup> Cuando se prestaba a hacer algo era en general junto a más gente, especialmente su antiguo coautor Javier García Fernández. En 2002, cuando el superviviente Alejandro Ruiz-Huerta comenzó a reescribir su libro *La memoria incómoda: los abogados de Atocha*, les pidió a Javier García Fernández y a ella que redactaran conjuntamente el prólogo,<sup>13</sup> como habían escrito tantas otras cosas hacía ya tantos años. A pesar de la insistencia de una sorprendentemente motivada Lola, al final no lo hicieron debido a la falta de tiempo de Javier, y el prólogo lo acabó escribiendo Gregorio Peces-Barba.<sup>14</sup> En este libro, en el capítulo dedicado a Lola, Alejandro Ruiz-Huerta puso el siguiente fragmento de un poema de Isabel Lobera, claramente dedicado a nuestra protagonista:

No es hora de pedirte  
ni siquiera un esfuerzo  
pero hazlo por la vida  
que aún no se ha fugado.

A partir del año 2004, Lola estuvo muy vinculada a la recién creada Fundación Abogados de Atocha, constituida ese año por CC. OO. para organizar todas las actividades conmemorativas del atentado. Fue nombrada presidenta de honor de la Fundación, lo que seguramente supuso una gran alegría para Lola, que llevaba tanto tiempo ya viviendo puramente en el pasado. El premio en 2005 fue para la abogada laboralista María Luisa Suárez, tan influyente en las generaciones de abogados anteriores a nuestros protagonistas. Al año siguiente, el premio fue conjuntamente para Marcelino Camacho y Joaquín Ruiz-Giménez. Lola le entregó el galardón personalmente al que fuera su profesor y abogado tantos años antes.

En todos estos últimos años, su relación con José María no era idílica, pero seguramente ambos dotaban de sentido la vida del otro. Sus viviendas estaban repletas de fotografías a plena vista de Javier y de Enrique, lo que sorprendía a sus amigos y daba una idea del apego que Lola tenía todavía al pasado.<sup>15</sup> No sabemos exactamente cómo le podía afectar al dependiente y apenado José María la vista de las fotos de los amores de Lola a diario. En una ocasión, Lola levantó a su amiga Sol a las cuatro de la mañana porque José María había desaparecido, y temía que hubiera ido a algún lugar a suicidarse. Estuvieron buscando en varios hoteles y hospitales, pero no aparecía. Al final, lo encontraron en uno de sus pisos, había intentado matarse ingiriendo una gran cantidad de pastillas.<sup>16</sup> A partir de entonces, empezó a medicarse más y estuvo algo más controlado. A cambio, la medicación lo hacía todavía más dependiente y menos capaz de hacer ningún tipo de esfuerzo intelectual. José María se desorientaba con mucha facilidad, y cruzaba las calles sin mirar.<sup>17</sup> Aunque se empeñaba siempre en conducir el coche, en ocasiones era un desastre al volante y se saltaba los semáforos.

Durante toda su vida, uno de los principales asideros de Lola fue su afición al cine y a la lectura. Le molestaban la mayoría de los libros en los que ella aparecía, entre otras cosas porque pensaba que no eran lo suficientemente serios. Tras la salida del libro *Operación Gladio*, de Benjamín Prado, Lola se escandalizó y pensó en denunciar al autor.<sup>18</sup> En el libro, una especie de novela de espías sobre la Transición que recalca el importante «papel de la CIA», se afirma que «Lola estaba embarazada y perdió el niño», lo que la indignó particularmente. Además, el libro contenía una serie de datos falaces, que eran fácilmente contrastables al tratarse de temas de dominio público. Por ejemplo, se afirmaba en él que Billy el Niño, del que en el libro se dice falsamente que murió en el año 94,<sup>19</sup> era el jefe de los policías relacionados con la muerte de Enrique. También decía que la policía detuvo a Enrique y a Lola en enero de 1969 por repartir propaganda del FLP, y que «en el bolso de ella encontraron unas llaves que resultaron ser de un piso en el que fabricaban las octavillas», lo que es falso.

El 6 de abril de 2011, Lola escribió en un blog dedicado a Benjamín Prado que ella era «precisamente» Lola González Ruiz, y le decía que le llamara a su teléfono, pues sería útil para él.<sup>20</sup> A Lola le molestó

terriblemente que su vida se mostrara en una novela con enormes fallos de forma y fondo, y que la utilizara como coartada sin haber mostrado interés real por ella y por la verdad de la historia.<sup>21</sup> Otra de las lecturas en esos últimos años fue el libro de Manuel Vicent *Aguirre, el magnífico*, que constituye una especie de crónica irónica sobre la vida Jesús Aguirre, en la que su relación con Enrique Ruano es uno de los hilos narrativos.<sup>22</sup> El tono mordaz y la falta de verosimilitud de algunas de las afirmaciones del libro apenas permiten hacer un esbozo de lo que fue esa época. Lola era muy crítica con esta obra y con la imagen que se proyectaba de Enrique y los demás.<sup>23</sup>

Lola apenas escribió nada en sus últimos años, de manera que queda poca constancia de sus opiniones. Sin embargo, hizo una excepción para el libro homenaje a Enrique coordinado por Ana Domínguez Rama, en el que escribió un pequeño capítulo. En él, se pone de manifiesto su crítica a la andadura de la Transición así como su tristeza por las muertes de Enrique y Javier, siempre presentes en su vida:

Y haciendo un tremendo esfuerzo personal porque nunca he querido hablar públicamente (y pocas veces en privado) de ello, le dedico este escrito especialmente a mis grandes amores. Asesinados ambos. Primero, Enrique Ruano, hombre muy joven, leal, sensible, tierno y firme a la vez, al que de ninguna manera le hubiera gustado el mundo en el que nos movemos y que murió sin querer hacerlo, sin poder llegar al fondo de lo que significaba para él el socialismo en libertad. Le mataron sin más, «porque había que matar», como dijo Quilapayún. Maldigo aquel día en que por casualidad, quizá no tan casual, le sacaron de la Dirección General de Seguridad para llevarle a la muerte, así como a sus asesinos fríos, crueles y sin piedad, a quienes conocí.

Y sobre todo a Javier, mi esposo, muerto a mi lado, con un enorme chorro de sangre brotando de su cabeza y, la impotencia... No podía hacer nada aun cuando lo intenté. Hombre bueno, capaz, tierno hasta las lágrimas y amigo de sus amigos, amante de su familia y de su mujer, de quien consiguió todo lo que se propuso que fuera. Cuánto le echo de menos. Su muerte —sigo manteniendo— y la de los demás compañeros tampoco fue casual. No soy persona de creer en casualidades. Él me enseñó que todo tiene un porqué, y aquél lo tenía, y me moriré yo también sin desentrañarlo.

Entiendo que ambas muertes fueron inútiles, todavía no las comprendo. Pero lo que sí tengo muy claro es que ellos no murieron por este mezquino mundo que nos ha tocado vivir, porque si algo les distinguió a ambos fue su lucha por el socialismo (no el oficial, entendámonos), su creencia en las ideas marxistas y su vigencia, y la solidaridad, hoy inexistente.<sup>24</sup>

Lola se jubiló aproximadamente en el año 2012.<sup>25</sup> Desde entonces se dedicó a viajar y a estar con sus amigos y José María. Durante 2014, compartió numerosos artículos críticos con el bipartidismo y la monarquía en Facebook, escritos en medios de izquierda alternativa como *Attac* y también en otros de medios de dudosos estándares periodísticos como *Russia Today*. Llamaban la atención tanto las horas como la frecuencia de sus participaciones en la red social, ya que por un lado era capaz de compartir dos artículos en el mismo minuto, y por otro las horas de algunas de sus publicaciones son bastante atípicas. Ese mismo año, ella y José María fueron de viaje a los fiordos noruegos con Manuel Garí, que desde Izquierda Anticapitalista sería uno de los participantes decisivos en la creación del nuevo partido político Podemos.<sup>26</sup> Lola votó a este partido en las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014,<sup>27</sup> en una decisión que resulta coherente con su trayectoria política. Lola sentía gran admiración por el antiguo fiscal anticorrupción Carlos Jiménez Villarejo, que iba el tercero en las listas de Podemos.

Muy poco antes de morir Lola, la Fundación Abogados de Atocha entregó el premio de la organización a la jueza argentina María Servini y a los actores Juan Diego y Concha Velasco. Lola no pudo asistir, según escribió Cristina Almeida, «porque todavía te dolía la historia».<sup>28</sup> Mientras se entregaba este premio, en realidad Lola ya se debatía entre la vida y la muerte. Al parecer, no le contó directamente a nadie sus problemas de salud. De hecho, ni siquiera el doctor Berger, al que solía contarle todo, se enteró de lo que pasaba exactamente.<sup>29</sup> En 2014 fue a visitar a su médico varias veces, la última el 25 de junio de ese año, sin que el doctor Berger notara nada especial.<sup>30</sup> Durante esos meses, Isabel Martínez Reverte la llamaba todas las semanas para concertar una entrevista para el libro que estaba escribiendo junto con su hermano sobre la matanza de Atocha. Lola siempre decía que lo haría la semana siguiente, cuando se sintiera mejor. Así ocurrió hasta enero, cuando la llamada fue contestada por José María, que le dijo que Lola no se iba a poder poner porque estaba muy enferma.<sup>31</sup>

Parece claro que Lola y José María sabían que morirían juntos.<sup>32</sup> Para todos los amigos de Lola, era evidente que José María no era una persona capaz de vivir sin ella, y que se suicidaría en el momento en que no estuviera Lola pendiente de él. Hacía mucho tiempo que él era un muerto en vida, y no

parecía capaz de seguir viviendo por mucho tiempo si no era a expensas de la energética, aunque maltrecha, Lola. Los amigos de Lola, conscientes de que su pareja era incapaz de mantenerse por sí mismo, le preguntaron en alguna ocasión qué debían hacer con él si un día ella moría. Lola les dijo que no se preocuparan, pues sin duda alguna José María se suicidaría en ese caso.<sup>33</sup>

Fiel a lo que fue su vida, Lola evitó adquirir protagonismo en el momento de su muerte. No le dijo a ninguno de sus amigos la situación en la que se encontraba, por lo que su muerte sigue siendo un misterio. Una de las últimas veces que se la vio con vida fue tras la proyección de la película *La isla mínima*. Tras el cine, una irreconocible por delgadísima y descuidada Lola se mostró ausente con sus amigos. Contó una historia algo extraña sobre unos hongos que tenía en los pies que le impedían realizar cualquier tipo de actividad. A pesar de la insistencia de Antonio Sama y de Chusa, Lola no dejó que sus amigos fueran a ver a José María ese día.<sup>34</sup> Pocos días antes, Lola había hablado con Sol para felicitarla por su cumpleaños. La amiga notó que Lola no estaba bien, y le preguntó qué le pasaba. Acababa de suceder el atentado en París de *Charlie Hebdo*, que le recordaba mucho a lo de Atocha,<sup>35</sup> y se iban acercando cada vez más las fechas que a Lola más le atormentaban cada año. Sol les preguntó tanto a ella como a José María por su estado de salud, pero Lola le dijo que no podía hacer nada y que los médicos no la entendían. También su amiga Carmen García Mayo intentó contactar en varias ocasiones con ella sin fortuna. Llegó un momento en el que ni Lola ni José María salían de casa, y Lola había dejado de comer. Uno de esos días, trató de visitarla, preocupada, su amiga Chusa, pero ella se negó, vehemente.<sup>36</sup> Por primera vez en muchos años, Lola no había ido a cenar ni en Nochebuena ni en Nochevieja con sus amigos, que llegaron a ir al portal del piso de Lola con el objetivo de poder ver a su amiga. Tras insistir mucho, acabaron desistiendo ante las súplicas de Lola.<sup>37</sup> Nunca la volverían a ver con vida.

En los medios se habló de que había muerto por un cáncer de pulmón,<sup>38</sup> pero no ha quedado clara la causa, que bien pudiera haber sido un suicidio por inanición.<sup>39</sup> Su médico apunta que, aunque es posible que a Lola se le hubiera detectado un pequeño tumor, parece improbable que el cáncer le provocara la muerte.<sup>40</sup> Resulta muy extraño que, de haber tenido cáncer, no se lo hubiera

dicho a su amiga Sol, que había pasado por experiencias similares y había tenido pleno contacto con Lola en esas ocasiones.<sup>41</sup> Es posible que un cáncer la estuviera devorando por dentro y pudiera haber sido a medio plazo mortal, pero en todo caso parece que Lola no quiso tratarse, dejó de comer y decidió dejarse morir. No llamó a nadie para comunicarle su inminente muerte, ni siquiera para comentar nada acerca de la desesperada situación en la que se encontraba.

Lola evitó las últimas posibilidades de auxilio que le ofrecieron sus amigos más cercanos. El conserje del edificio, en declaraciones a *El País*, apuntó que «hacía ya bastante tiempo que no salía de su casa ni nada. Tras estar una temporada en Santander, regresó hacia septiembre y ya casi no salía».<sup>42</sup> El 30 de enero de 2015, la empleada del hogar encontró sus cuerpos sin vida: Lola estaba tendida en la cama; José María caído en el pasillo.<sup>43</sup> No parece casualidad que sus muertes fueran a finales de enero.

## Epílogo

### Historias cruzadas de la Transición

*Muerte que veo llegar a lo lejos  
Hay una caja, lleva mi nombre:  
«Para el poeta que no fue nada».  
Ya estoy dentro.*

Carlos González, poeta y víctima del  
franquismo

La historia de la oposición al franquismo es la historia de un fracaso.<sup>1</sup> El dictador murió en la cama tras cuarenta años de liderazgo ininterrumpido, y es altamente probable que si hubiera vivido más años la dictadura no se habría terminado hasta su muerte. Además, muchos de los que han quedado como protagonistas de la Transición no lucharon contra el franquismo en el interior de España. Más bien, estas personas estaban en el exilio o bien asentados en el régimen. Por todo ello, no resulta nada fácil juzgar el impacto que la generación de nuestros protagonistas pudo tener en la Transición española y en el advenimiento de la democracia. Respecto a su etapa en el FLP, siguiendo lo que ha escrito el antiguo *felipe* Juan Ruiz, creo que la contribución de Lola fue modesta:

hay que reconocer que vernos a nosotros mismos como revolucionarios leninistas guardaba una relación con la realidad aproximadamente semejante a la de los bolcheviques viéndose a sí mismos como revolucionarios franceses [...]. En realidad estábamos contribuyendo (a mi juicio muy modestamente) a dos procesos muy distintas de nuestra revolución: [...] liberalización de las costumbres y [...] reemplazo del franquismo por un régimen democrático, más o menos como los vigentes en los países de nuestro entorno.<sup>2</sup>

Desde el PCE, nuestros protagonistas tuvieron sin duda un papel mayor en la Transición. Aun así, no debemos sobrevalorar su importancia. Lola no quiso nunca ser protagonista de nada. Una de sus mayores desgracias fue que, cada vez que tuvo un momento de celebridad, el motivo fue una pésima noticia. Sentía que ella querría haber tenido una vida anónima en la que hubiera podido desarrollarse y crecer a su propia manera. No fue posible.

Como adelantábamos al principio del libro, no resulta fácil evaluar si Javier y Enrique hubieran estado conformes con el estado actual de la democracia española. Lola no lo estaba, y consideraba que no había merecido la pena la lucha por «este mezquino mundo que nos ha tocado vivir, porque si algo les distinguió a ambos fue su lucha por el socialismo (no el oficial, entendámonos), su creencia en las ideas marxistas y su vigencia, y la solidaridad, hoy inexistente».<sup>3</sup> Se han escrito muchas cosas sobre ellos, y la mayoría parten de la premisa de que Enrique y Javier defendían algo parecido a una democracia liberal y representativa. Sin embargo, lo cierto es que nunca lo hicieron. Tras las desgracias que sufrió, Lola se mostró siempre disconforme con la democracia en ciernes y creyó durante mucho tiempo en ideas conspiracionistas acerca de los atentados de Atocha y su propia situación personal.<sup>4</sup> Como hemos visto, en algunas conversaciones con sus amigos, llegaba a acusar a la elite del PCE, y en particular a Santiago Carrillo, en connivencia con los aparatos más represivos de la derecha española, de estar detrás de sus desgracias.<sup>5</sup> Ella mantuvo una posición ortodoxa muy crítica con el estado de la democracia española, y tenía la queja perpetua de la falta de «socialismo real» en la democracia.<sup>6</sup>

Resulta muy complicado especular sobre qué hubiera pasado con Lola de haber tenido una vida sin tantas desgracias, y la simple constatación de los cambios ideológicos y de los caminos personales que tomaron muchos de sus amigos deja abierta la puerta a cualquier posibilidad. Estas historias muestran clarivamente las posibilidades personales y políticas de la España de la Transición, y dibujan una hermosa amalgama de historias cruzadas que merece un capítulo aparte. Varios de los mejores amigos de nuestros protagonistas, y que irían junto a Peces-Barba y Enrique a París, acabaron ocupando puestos importantes en el PSOE. Éste es el caso de José María Mohedano y Javier García Fernández, que tan vinculados estuvieron a la vida de Lola en sus

diversas etapas y que la acompañaron tanto en el FLP como en el PCE. José María Mohedano estuvo envuelto en polémicas y escándalos de diversa índole, pero en lo que respecta a su relación con Lola se comportó siempre de manera ejemplar. Fue cariñoso, atento y respetuoso con su amiga en todo momento, y la ayudó a pasar las diversas crisis que tuvo en su vida. Javier García Fernández fue sin duda uno de los mejores amigos de Lola durante buenas etapas de su vida. También fueron muy buenos amigos en diversos momentos Carmen García Mayo, Héctor Maravall, Margot Ruano, Chusa, Antonio Sama y tantos otros, especialmente en Santander.<sup>7</sup> Durante todo el proceso de investigación, me ha parecido que todas estas personas, entre las que merecen una mención especial Soledad González, Carmen y Margot, acompañaron a Lola con mucha paciencia y aprecio sincero. Haciendo balance, uno de los grandes éxitos de la vida de Lola fueron las amistades que tuvo.

Desgraciadamente, las vidas de nuestros protagonistas no fueron plenas ni exitosas, y la sensación que queda con estas historias es de pena y rabia por lo que pudo haber sido. Los casos de injusticia más flagrantes con la memoria de Lola, Enrique y Javier se dieron entre los antiguos matones de la extrema derecha. Por ejemplo, José Iturmendi, que era en los sesenta y setenta un agresivo falangista participante habitual en las peleas contra los *felipes*, acabó como decano de la facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid hasta el año 2008. Luego se presentó en 2011 a rector de la Complutense, y fue vencido por el catedrático de Matemática Aplicada José Carrillo, hijo de Santiago. Cada vez que Lola coincidía con José Iturmendi en algún acto, no podía evitar sentir repulsión tras toda la historia pasada en común.<sup>8</sup> Según lo veía Lola, José Iturmendi era un matón falangista, un chivato de la policía que mantenía estrechas relaciones con los pistoleros de extrema derecha.<sup>9</sup> Otro caso es el de José de las Heras, que se enfrentó en numerosas ocasiones a nuestros protagonistas durante su etapa universitaria.<sup>10</sup> Lola no podía soportar que le hubiera podido ir tan bien en la vida tras la instauración de la democracia, y que no le hubiera tenido que rendir cuentas a nadie por sus actuaciones anteriores.

La pléyade de matones de extrema derecha que deambularon por España en los años sesenta y setenta, y que estuvieron relacionados con las muertes de Enrique y Javier, tuvieron un retiro digno. Los policías implicados en la muerte de Enrique tuvieron reiterados ascensos y condecoraciones, culminando relativamente exitosas carreras profesionales. Muchos años más tarde de la muerte de Enrique, Juan Luis Cebrián se sorprendería al reconocer a Celso Galván Abascal, que era una de las personas que se ocupaba de la seguridad del rey Juan Carlos.<sup>11</sup> Además, en el momento de su muerte, el comisario Juan García Gelabert, la primera persona con la que se pusieron en contacto los acusados del asesinato, «poseía 71 felicitaciones públicas y la Cruz al Mérito Policial con distintivo rojo, que es la máxima distinción de la policía, así como la Encomienda de la Orden al Mérito Civil».<sup>12</sup> Mención aparte merece Manuel Fraga, recordado para la historia como uno de los padres de la Constitución y artífice de la democracia en España. Para Lola, Fraga siempre sería uno de los causantes de sus desgracias, y no parece que le faltaran razones para odiarle. Parece razonable que a Lola le pareciera un insulto que se bautizara con su nombre una de las salas del Congreso de los Diputados.

Por su parte, los asesinos de Atocha han tenido historias variopintas. Como indicamos previamente, el acusado Fernando Lerdo de Tejada se fugó de España tras un discutible permiso concedido por el juez Rafael Gómez Chaparro. Desde que su delito prescribió, puede volver a España en cuanto lo desee.<sup>13</sup> Bautizado por la prensa como el «fugitivo más célebre de la Transición», parece ser que ha vivido en Latinoamérica durante todo este tiempo, pero lo cierto es que no se sabe con certeza si está vivo en la actualidad.<sup>14</sup> Según declaró la asistente de la familia a unos periodistas de *El País*, en torno a 2012 debió de ver a su madre en algún lugar, pues ésta le dijo que Lerdo de Tejada se había casado, que estaba bien y «que había engordado».<sup>15</sup> En las bases policiales no aparece por ninguna parte, y tampoco parece haber renovado su pasaporte o DNI, lo que indica que quizás haya entrado en varias ocasiones en España con alguna identidad falsa. Es muy probable que residiera durante los ochenta en Paraguay, que era el lugar donde habitualmente residían impunemente los perseguidos de extrema derecha española, protegidos por el dictador paraguayo Alfredo Stroessner.<sup>16</sup>

La historia de los principales condenados por los asesinatos de Atocha parece de ciencia ficción. García Juliá y Fernández Cerrá fueron condenados a ciento noventa y tres años de prisión. Tras catorce años en prisión, García Juliá fue puesto en libertad condicional. Tres años después, tras solicitar un permiso para viajar a Paraguay, que fue concedido por el juez, pero posteriormente revocado a petición de la Fiscalía, García Juliá no volvió a España. Fue detenido en 1996 por la policía boliviana acusado de tráfico de drogas, y estuvo en las cárceles de Bolivia. A propuesta de Izquierda Unida, el Gobierno pidió la extradición en 2001. En diciembre de 2016, la Audiencia Nacional volvió a realizar la petición de extradición de García Juliá. Dos años después, el 7 de diciembre de 2018, éste era detenido en São Paulo, Brasil, por la policía brasileña.<sup>17</sup> Por su parte, Fernández Cerrá salió en libertad condicional en 1992 y desde entonces se ha sabido poco de él. La ultraderecha ha hecho ocasionales homenajes a su figura.

Lola nunca pudo olvidar a los causantes de sus desgracias. Ella sentía muy profundamente que todas las historias de los muertos de la Transición serían olvidadas, sobre todo aquellas muertes que no hubieran tenido tanta significancia política como el atentado de Atocha. Así, se mostraba preocupada por que personas como Enrique Ruano, Pedro Patiño, Carlos González, Arturo Ruiz, Mari Luz Nájera, Manuel Moreno Barranco, Rafael Guijarro y tantos otros no fueran recordados en las futuras historias sobre la Transición. Decía que no había que remontarse a la Guerra Civil para buscar historias de muertos olvidados. Próxima al final de su vida, fantaseó con la idea de escribir sus memorias. Según ella, podían servirle de catarsis y ayudarla a poner orden en su complicada vida.<sup>18</sup> De haberlo hecho, cabe suponer que hubiera dado un gran protagonismo a todas esas víctimas del franquismo que ella consideraba que estaban olvidadas, y que hubiera hecho todo lo posible por restarse importancia y crear a un protagonista colectivo como hilo conductor.

En su último año, Lola también fantaseaba medio en broma con Margot Ruano acerca de irse a vivir al hotel Marigold, un palaciego hotel en India que sirve en la película de John Madden como un lugar de retiro para un grupo de jubilados. A pesar de que el hotel resulta ser un fraude, algo muy diferente a lo esperado, el grupo acaba viviendo inesperadas aventuras e incluso se

rememoran viejas historias amistosas y amorosas. Margot todavía se lamenta de que Lola no acabara sus días viviendo realmente en el hotel Marigold con todos sus amigos, recordando a los ausentes, honrando a los vivos y quizá rememorando alguna antigua historia de amor.

## Coda

### ¿Cómo recuerdas la Transición?

Nada graba tan fijamente en nuestra memoria alguna cosa como el deseo de olvidarla.

Montaigne

En un documental realizado en 2007 por unos antiguos alumnos de la Universidad Complutense de Madrid, cuando les preguntaban a varias militantes del PCE, como Manuela Carmena y Cristina Almeida, qué habían ganado con su lucha política, todas respondían con una gran alegría que la lucha contra el franquismo les había enseñado infinitud de cosas. Así visto, Manuela o Cristina parecen personajes sacados de una novela de aprendizaje alemana del siglo XIX en la que los protagonistas aprenden y maduran mientras viven aventuras y experiencias insólitas que luego nunca se volverán a repetir en la vida adulta. Como posteriormente han llevado exitosas vidas profesionales que las han convertido en personajes conocidos de la democracia, su narrativa vital parece tener un sentido definido y claro que hace que todas sus incoherencias se disipen. No es extraño que hayan aparecido libros hagiográficos sobre ellas en los que se ensalza sus figuras y trayectorias vitales. Que te vaya bien en la vida suele tener esas cosas: un triunfador suele poder elegir qué se recordará y qué se olvidará de su figura.

Sin embargo, el recuerdo que guardaba Lola de su época activa en la lucha contra el franquismo era malo y no esconde ninguna moraleja. Más que un personaje de una novela de aprendizaje alemana, Lola parece pertenecer a la tradición rusa de personajes marcados para siempre por la desgracia cuyas esperanzas se ven deshechas por la tragedia. A las historias de los perdedores cuesta mucho encontrarles un significado, y así no es de extrañar que no

aparezcan tantos libros hagiográficos sobre ellos. Los libros sobre los perdedores suelen dejar un regusto amargo, y resulta difícil que cualquier partido político los reivindique. Las respuestas de Lola no encajan en ningún gran relato sobre la Transición que tenga un final feliz, y este libro ha pretendido ser realista y no hagiográfico. Con ese afán, merece la pena acabar con las respuestas de Lola cuando le preguntan sobre el sentido de su lucha. Cuando en el documental le preguntaron a Lola sobre qué sacó ella en positivo de la lucha contra el franquismo, su respuesta fue la siguiente: «He ganado... [pausa] ¿Qué he ganado yo? [pausa] En confort pues tampoco... No, he perdido mucho más». <sup>1</sup>

A continuación, cuando le preguntan al resto de los militantes entrevistados, como Manuela y Cristina, lo que han perdido con las luchas políticas durante la Transición, la mayoría de las entrevistadas dudan y no saben muy bien qué responder. En general, se sienten satisfechas con su lucha política y sus vidas. Se nota en sus miradas y sus gestos que esconden modestamente cierta confianza en sí mismas. Al menos en lo que respecta a la historia que se cuentan tanto a ellas mismas como a los demás, no hay duda de que sus vidas han merecido la pena y constituyen una historia de éxito tras mucho trabajo y sacrificio. Para Manuela y Cristina, sus luchas antifranquistas son historias que estarían orgullosas de contar a sus nietos. Sin embargo, cuando le toca explicar a Lola su papel en la Transición, el relato de felicidad unánime se trunca:

Vamos a ver. Mi caso no es el de Manola [Carmena], mi caso no es el de Cristina [Almeida] y, para nada, el de Elisa [Maravall]. No, yo he estado muchos años enferma. Con independencia de haber estado medio muerta y con independencia de haber matado [sic] a mi marido a mi lado. Eso es terrible, y no se te olvida nunca. <sup>2</sup>

Para Lola, la Transición no fue algo a lo que volver atrás con orgullo y nostalgia. Así veía Lola su historia y la de Enrique y Javier:

Somos víctimas de la Transición, yo lo he dicho muchas veces. Por eso es importante que se hable de nuestra historia, y de la de Enrique. Es parte de la memoria histórica de este país. Se está yendo a la memoria histórica digamos de la Guerra Civil, Postguerra

inmediata y de lo que se hizo en la República en materia de educación y sanidad. Pero no más adelante, de ahí no se pasa. Del año cuarenta y tantos, que se están excavando las fosas, no se pasa. Y si seguimos así probablemente caiga en el olvido.<sup>3</sup>

Lola se lamentaba de que lo único que se iba a recordar de toda su historia era el Atentado de Atocha:

Te estoy diciendo que [Atocha] es lo único que va a trascender. Es lo más importante de la historia de la Transición. ¿Pero por qué es lo más importante? Porque salió el PCE a la calle, porque se estaban dando los Pactos de la Moncloa al mismo tiempo, por la votación de la Constitución o porque éramos abogados y por tanto éramos un estamento digamos de clase media que se supone que no se debería atacar contra ellos. ¿Qué piensas tú?<sup>4</sup>

Lola sentía que su vida se había malogrado tras Atocha. En el mismo documental, ella reflexionaba amargamente sobre su papel de personaje público como víctima:

Yo es que me resigno a meterme en mi casa y a no salir para evitar que me digan en la calle que soy una víctima de Atocha. Es una coletilla que se le escapa a mucha gente. Muchas veces me presentan así: esta chica es una víctima de Atocha. No puedo evitar el serlo... pero ¿que se me conozca como personaje público por ese motivo? Además, me da una tristeza horrible porque a Javier lo mataron ahí.<sup>5</sup>

A diferencia de los grandes protagonistas de la Transición, en esa disyuntiva entre la necesidad y el dolor del recuerdo se movieron tanto Lola como el resto de los supervivientes de Atocha. Desde este atentado, Lola estuvo metida en un doloroso círculo vicioso: no poder salir del mismo pasado que la atormentaba. Así se explica la ambigüedad que sentía por los homenajes a las víctimas, que tan necesarios para la memoria colectiva como dolorosos individualmente le resultaban. En estos homenajes, la leyenda que los ha acompañado siempre viene de un poema de Paul Éluard, y dice así: «Si el eco de su voz se debilita, pereceremos». Así, en la plaza Antón Martín de Madrid, uno puede leer esta leyenda mientras observa una escultura basada en la obra del pintor valenciano Juan Genovés *El abrazo*. En esta obra, un grupo de hombres se abrazan entre sí mientras una mujer mira al futuro. Según las palabras de Genovés, ella es el símbolo de la esperanza en el porvenir. Es

imposible no proyectar en esta persona a Lola, tantas veces la única mujer en un grupo predominantemente masculino, cuando paseaba junto a Enrique y Javier por la Universidad Complutense de Madrid en el año 1968.

Uno no puede pasar por Antón Martín y no imaginarse a Lola en sus últimos años, mirando la escultura en silencio y proyectando lo que podría ser su vida en la figura de la chica del retrato. Esperanzada, Lola acaba girando la cabeza a la izquierda y ve el bloque de Atocha 55 y los fantasmas de General Mola 60. En silencio, la única mujer víctima de Atocha camina hacia el cine Doré con multitud de recuerdos dolorosos y esperanzas defenestradas. Piensa que su lucha no ha merecido la pena.

## Apéndices

## Bibliografía

- Abella, Rafael (1978). *Por el imperio hacia Dios*. Barcelona: Planeta.
- Amat, Jordi (2016). *La primavera de Múnich*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Amorós, Andrés (1968). *Sociología de una novela rosa*. Madrid: Taurus.
- Amorós, Miguel (2014). *1968: El año sublime de la acracia*. Bilbao: Muturreko burutazioak.
- Andrade, Juan (2015). *El PCE y el PSOE en (la) transición: la evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Aparicio, M.A. (1980). *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista*. Barcelona: Eunibar.
- Arias, Juan (2003). *Una mirada diferente*. Madrid: Maeva Ediciones.
- Aron, Raymond (1969). *La révolution introuvable*. Nueva York : Praeger Publishers.
- Baby, Sophie (2012). *Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975-1982)*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Badenes, Patricia (2018). *El Mayo Francés en España*. Madrid: Cátedra.
- Balfour, Sebastian (1999). *Castro*. Londres: Longman Group UK Limited.
- Batista, Antoni (2015). *Matar a Franco. Los atentados contra el dictador*. Barcelona: Penguin Random House.
- Bowden, Mark (2018). *Hué 1968*. Barcelona: Ariel.
- Cabrera, Guillermo (1975). *O*. Barcelona: Seix Barral.
- Cabrero Blanco, Claudia; Díaz Martínez, Irene; Gómez Alén, José, y Vega García, Rubén (2013). *Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977*. Barcelona: Crítica.
- Calleja, Eduardo (2009). *Rebelión en las aulas: movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea 1865-2008*. Madrid: Alianza Editorial.
- Carbonell, Alejandro Ruiz-Huerta (2002). *La memoria incómoda: los abogados de Atocha*. Madrid: Dosssoles Editorial.
- Carmona, A.S. (ed.) (2005). *Transición y cambio en España, 1975-1996*. Madrid: Alianza Editorial.
- Carnicer, Miguel Ángel (1996): *El SEU 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Carrillo, Santiago (1977). *Eurocomunismo y Estado*. Barcelona: Grijalbo.

- (1986). *Memoria de la transición: la vida política española y el PCE*. Barcelona: Grijalbo.
- Casals, Xavier (2016). *La transición española. El voto ignorado de las armas*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Casanova, Julián; Andrés, Gil (2009). *Carlos: Historia de la España en el siglo xx*. Barcelona: Ariel.
- Castañeda, Jorge (1996). *La vida en rojo*. Madrid: Alfaguara.
- Castilla del Pino, Carlos (2004). *Casa del Olivo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- (1968). *La culpa*. Madrid: Alianza Editorial.
- Causa, Martí; Muntada, Ricard (2014). *Historia de la Liga Comunista Revolucionaria, 1970-1991*. Madrid: La Oveja Roja.
- Cebrián, Juan L. (2016). *Primera página. Vida de un periodista 1944-1988*. Barcelona: Penguin Random House.
- Christie, Stuart (2003). *General Franco Made Me a 'Terrorist': The Interesting Years Abroad of a West of Scotland 'baby-boomer'*. ChristieBooks.com.
- Clemente, J.C. (1994). *Historias de la transición: el fin del apagón, 1973-1981* (vol. 188). Madrid: Editorial Fundamentos.
- Cobelas, José Álvarez (2004). *Envenenados de cuerpo y alma: la oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- De la Cierva, Ricardo (1994). *Carrillo mente*. Madrid: Editorial Fénix.
- Del Águila Torres, Juan José (1997). *El Tribunal de Orden Público -TOP-, 1963-1977: trece años de represión política*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- (2001). *El TOP: la represión de la libertad, 1963-1977*. Barcelona: Planeta.
- (2018). «Las abogadas defensoras ante el TOP». En *Mujer, franquismo y represión: una deuda histórica* (págs. 349-375). Madrid: Sanz y Torres.
- Díaz, Irene; Alen, José G.; Vega, Rubén (2017). *Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas entre la justicia y el compromiso*. Barcelona: Península.
- Domínguez, Ana (2011). *Enrique Ruano: memoria viva de la impunidad del franquismo*. Madrid: Editorial Complutense.
- Dostoyevski, Fiódor (2011). *Los hermanos Karamazov*. Madrid: Alianza Editorial.
- Egido, Ángeles; Montes, Jorge (2018). *Mujer, franquismo y represión: Una deuda histórica*. Madrid: Sanz y Torres.
- Ellul, Jacques (1969). *Autopsie de la Révolution*. Madrid: Unión Editorial.
- Elorza, Antonio (2018). *Utopías del 68*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Erice, Francisco (2013). *De la reconciliación nacional a la crisis de la transición. Evolución histórica del PCE (II)*. Formación PCE.
- Estefanía, Joaquín (2018). *Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Fanon, Franz; Sartre, Jean-Paul (1969). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Fernández, Mónica (2014). *El poder municipal en Almería durante la transición a la democracia* (vol. 322). Universidad Almería.
- Fillioud, Patrick (2016). *Le roman vrai de Mai 68*. París: Lémieux Éditeurs.
- Fonseca, C. (2015). *Mañana cuando me maten*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Fraga, Manuel (1980). *Memoria breve de una vida pública*. Barcelona: Planeta.
- Gallego-Díaz, Soledad; De La Cuadra, Bonifacio. (1989). *Crónica secreta de la Constitución*. Madrid: Tecnos.
- García Alcalá, Julio Antonio (2001). *Historia del felipe (FLP, FOC y ESBA). de Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Gijón, J.R.D. (1998). *Historia de la España actual, 1939-1996: autoritarismo y democracia*. Madrid: Marcial Pons.
- Gómez Alén, José; Vega García, Rubén (coords.) (2011). *Materiales para el estudio de la abogacía antifranquista II*. Madrid: Ediciones GPS.
- González Ferriz, Ramón (2018). *1968, el nacimiento de un mundo nuevo*. Barcelona: Debate
- González, José Luis (2011). *El olor del coche de mi padre. Recuerdos de infancia y adolescencia en Zamora*. Zamora: Semuret.
- González, María Dolores; García, Javier (1976). *Presente y futuro de las asociaciones de vecinos*. Madrid: Pegosa.
- Gor, Francisco (1980). *El juicio de Atocha*. Barcelona: Comunicación.
- Gorz, André (1969). *Estrategia obrera y neocapitalismo*. México: Era.
- Groves, T.; Townson, N.; Ofer, I.; y Herrera, A. (2017). *Social Movements and the Spanish Transition*. Basingstoke (Reino Unido): Palgrave Macmillan.
- Guevara, Ernesto (2011). *La guerra de guerrillas*. Barcelona: Linkgua Digital.
- Jeffries, Stuart (2018). *Grand Hotel Abyss: The Lives of the Frankfurt School*. Londres: Verso Books. [trad. esp.: *Gran hotel abismo. Una biografía coral de la Escuela de Frankfurt*. Madrid: Turner.]
- Judt, Tony (2007). *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses: 1944-1956*. Madrid: Taurus.
- (2006). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Juliá, Santos (2004). *Historia de las dos Españas*. Madrid: Taurus.
- (2017). *Transición: Historia de una política española (1937-2017)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Juliá, Santos; Pradera, Javier; Prieto, Joaquín (1996). *Memoria de la transición*. Madrid: Taurus.
- Kolakowski, L.; Falla, P.S. (1978). *Main currents of Marxism* (vol. 3, pág. 148). Oxford: Oxford University Press.
- La matanza de Atocha*, Madrid: Akal, 1980.
- Labrador, Germán (2017). *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Madrid: Akal.

- Lee, M.A. (2013). *The Beast Reawakens: Fascism's Resurgence from Hitler's Spymasters to Today's Neo-Nazi Groups and Right-Wing Extremists*. Routledge.
- Leguina, Joaquín (2010). *La luz crepuscular*. Madrid: Alfaguara.
- Leguina, Joaquín; Antonio Ubierna (2000). *Años de hierro y esperanza*. Madrid: Espasa Calpe.
- Lenin, Vladimir Ilich Uliánov (1974). *Tareas urgentes de nuestro movimiento. Obras completas*, vol 4. Madrid: Akal.
- (2001). *El Estado y la revolución*. Barcelona: DeBarris.
- (2016). *¿Qué Hacer?* Madrid: Alianza Editorial.
- Lizcano, Pablo (1981). *La Generación del 56: la Universidad contra Franco*. Madrid: Saber y Comunicación. Nueva edición 2006.
- Maravall, José María (1978). *Dictadura y disenso político: obreros y estudiantes bajo el franquismo* (vol. 5). Madrid: Alfaguara.
- Maritain, Jacques (1939). *Democracia y Autoridad. Acción Católica y Acción Política*. Buenos Aires: Losada.
- Martín Santos, Luis (1962). *Tiempo de silencio*. Barcelona: Seix Barral.
- Martín Villa, Rodolfo (1984). *Al servicio del Estado*. Barcelona: Planeta.
- Martínez, Jesús; Aróstegui, Julio (1999). *Historia de España siglo xx, 1939-1996* (vol. 2). Madrid: Anaya.
- Marx, Karl (1976). *The German ideology: including theses on Feuerbach and introduction to the critique of political economy*. Amherst, NY: Pyr Books.
- Medina, Francisco (1996). *Las sombras del poder: los secretos del CESID* (vol. 27). Madrid: Espasa Calpe.
- Mesa, Roberto (2006). *Jaraneros y alborotadores: documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid: Editorial Complutense.
- Milà, Ernesto (2011). *Ultramemorias, Retrato Pintoresco de 40 Años de Extrema Derecha*. Barcelona: Edelvives, vol. I.
- Miranda, J.C. (2006). *El atroz desmoche: la destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*. Barcelona: Planeta.
- Molina Foix, Vicente (2017). *Un joven sin alma. Novela romántica*. Barcelona: Anagrama.
- Montoliú, P. (2017). *Madrid, de la dictadura a la democracia*. Madrid: Sílex.
- Moradiellos, Enrique (2000). *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid: Síntesis.
- Morán, Gregorio (1986). *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*. Barcelona: Planeta.
- (2009). *Adolfo Suárez: ambición y destino*. Barcelona: Debate.
- (2015). *El cura y los mandarines. Historia no oficial del Bosque de los Letrados*. Madrid: Akal.
- Muñoz, Javier (2006). *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.

- Oria, Román (2013). *1968... Fragmentos de una lucha para los indignados de hoy*. Punto Rojo Libros.
- Pando, María de la Paz (2005). *Los democristianos y el proyecto político de Cuadernos para el Diálogo, 1963-1969*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Parrondo, Carlos (2000). *Los judíos en la España contemporánea: historia y visiones, 1898-1998*. Ciudad Real: Universidad de Castilla La Mancha.
- Peces-Barba, Gregorio. (1996). *La democracia en España: experiencias y reflexiones*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Pérez, Antonio (2016). *Pequeña historia de la llamada acracia: la resistencia universitaria al tardofranquismo*. Postmetropolis Editorial.
- Pipes, Richard (1990). *The Russian Revolution*. Nueva York: Vintage Books.
- Powell, Charles (2001). *España en democracia, 1975-2000* (vol. 43). Barcelona: Plaza & Janés.
- Prades, Eduardo (1987). *Crónica negra de la transición española (1976-1985)*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Prado, Benjamín (2011). *Operación Gladio*. Madrid: Alfaguara.
- Prego, Victoria (1995). *Así se hizo la transición*. Barcelona: Plaza & Janés.
- (2001) *Presidentes. Veinticinco años de historia narrada por los cuatro jefes de Gobierno de la democracia*. Barcelona: Debate.
- Preston, Paul (1993). *Franco: caudillo de España*. Barcelona: Grijalbo.
- (2013). *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*. Barcelona: Penguin Random House.
- Puertas, Emeterio (2003). *Historia social del cine en España*. Madrid: Fundamentos.
- Recalde, José Ramón (2004). *Fe de vida: memorias*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Reverte, Jorge; Reverte, Isabel (2016). *La matanza de Atocha: 24 de enero de 1977*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Riera, Ignasi (2002). *Lluís Llach: Companys, no és això*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Rodríguez Tejada, Sergio (2004). *El aznarato. El gobierno del Partido Popular (1996-2003)*. Madrid: Aguilar.
- (2011). *Zonas de libertad (vol. II). Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1965-1975)* (vol. 1). Valencia: Universitat de València.
- Rossanda, Rossana (1984). *Un viaje inútil: o de la política como educación sentimental*. Barcelona: Laia.
- Ruiz Carnicer, Miguel Ángel (1996). *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Ruiz-Giménez, Joaquín (2013). *Diarios de una vida (1967-1978)*. Madrid: Cortes Generales Defensor del Pueblo.
- (1989). *El camino hacia la democracia: escritos en «Cuadernos para el Diálogo» (1963-1976)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

- San Martín, José Ignacio (1983). *Servicio especial. A las órdenes de Carrero Blanco (de Castellana a El Aaiún)*. Barcelona: Planeta.
- Sánchez-Cuenca, I.; Aguilar Fernández, P. (2012). «Violencia política y movilización social en la transición española». En *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX* (págs. 95-111). Madrid: Casa de Velázquez.
- Sartorius, Nicolás; Alfaya, Javier (1999). *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*. Madrid: Espasa Calpe.
- Sauquillo, Paca (2000). *Mirada de mujer*. Barcelona: Ediciones B.
- Seidman, Michael (2004). *The imaginary revolution: Parisian students and workers in 1968* (vol. 5). Nueva York: Berghahn Books.
- Semprún, Jorge (1997). *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Planeta.
- Soler, Mariano (2010). *La transición sangrienta: una historia violenta del proceso democrático en España, 1975-1983*. Barcelona: Península.
- Tubau, Iván (1984). *Hollywood en Argüelles: cine americano y crítica española*. Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona.
- Tusell, Javier (2007). *Historia de España en el siglo XX*. Madrid: Taurus.
- Varela-Guino, Helena (1990). *La legalización del Partido Comunista de España: élites, opinión pública y símbolos en la transición española*. Madrid: Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- Vicent, Manuel (2011). *Aguirre, el magnífico*. Madrid: Alfaguara.
- Viñas, Ángel (2012). *En el combate por la historia: la República, la Guerra Civil, el franquismo*. Barcelona: Pasado y Presente.

### *Tesis doctorales*

- García, Julio Antonio (2003). *Un modelo en la oposición al franquismo: las Organizaciones Frente (FLP-FOC.-ESBA)*. Madrid: Universidad Complutense.
- López, M.G. (2016). *La dinamización de la Transición política española a través del asesinato de los abogados de Atocha*. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).
- Nistal, Fernando (2011). *El papel del partido comunista de España en la transición democrática española*. Universidad CEU San Pablo.
- Rodríguez Tejada, Sergio (2006). *Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*. Universitat de València.
- Tubau, Iván (1979). *Tendencias de la crítica cinematográfica española en revistas especializadas, años sesenta*. Universidad de Barcelona.

### *Artículos*

- Blanco, Francisco (1990). «El Frente de Estudiantes Sindicalistas. Una manifestación de la oposición falangista al régimen de Franco». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, págs. 190-204.
- Cámara, Sixto (Manuel Vázquez Montalbán) (1976). «Raimon», *Triunfo*, 679, 31 de enero, pág. 18.
- Cárdenas, José C. (2011). «El colectivo canción del pueblo y los poetas». *Música y poesía* (blog), 4 de agosto de 2011.
- Casals, Xavier (2009). «¿Existió una “estrategia de la tensión” en España?». *Historia del presente*, 14, págs. 25-38.
- (2009). «La renovación de la ultraderecha española: una historia generacional (1966-2008)». *Historia y Política*, 22, págs. 233-258.
- Del Águila Torres, J.J. (2015). «La represión política a través de la jurisdicción de guerra y sucesivas jurisdicciones especiales del franquismo». *Hispania Nova*, págs. 211-242.
- (2012). «Manuel Fernández Martín (MFM). Impostor y falsario compulsivo». *Revista Memoria Antifranquista del Baix Llobregat, El genocidio franquista en Extremadura*, 12.
- (2007). «Voceros de la libertad y parteros de la democracia: los abogados comunistas de Madrid en el final del franquismo (1969-1977)», en Bueno Manuel (coord.), *Comunicaciones del II Congreso de Historia del PCE* (CD-ROM).
- Díaz Viana, Luis (1981). «Las canciones populares de nuestra Historia (Absolutistas y Liberales)». *Revista de Folklore*, 4, págs. 28-32.
- Feito, Álvaro (1976). «Digamos ¡No!». *Ozono*, año 2, 7, pág. 42.
- Fernández Montes, M. (2007). «Vallecas, identidades compartidas, identidades enfrentadas: La ciudad, el pueblo y el campo, el suburbio y el barrio». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 62, 1, págs. 33-83.
- Ibáñez, Jesús (1990). «Jesús Ibáñez. Sociología crítica de la cotidianidad urbana». *Anthropos: Monográfico sobre Jesús Ibáñez*, 113, págs. 9-25.
- Lara, Fernando (1976) «Raimon, en Madrid. Una voz hacia la libertad». *Triunfo*, 681, 14 de febrero.
- Lázaro, J. (2013). «Aproximación al teatro de Julián Ayesta». *Don Galán. Revista de Investigación Teatral*, n.º 3.
- Pascual, E. (2011) «Abogados antifranquistas: actores de la lucha para el regreso de la democracia a España y víctimas de la represión franquista». En I Congreso de víctimas del franquismo.
- Rao, J. (2014). «La cuestión de la “Res Publica Christiana” en las doctrinas “católicas” postconciliares». *Verbo*, 527, págs. 685-714.
- Rupérez, J. (2013). «“Cuadernos para el Diálogo” en la distancia del medio siglo». *Cuadernos de Pensamiento Político*, págs. 167-180.
- Saorín, T.; Blasco Gil, Y. (2014). «Aproximación a la denuncia de la universidad franquista desde el exilio por Mariano Ruiz-Funes y las propuestas de política educativa republicanas». *CIAN-Revista de Historia de las Universidades*, 17(2), págs. 223-249.

- Sesma Landrin, N. (2006). «Franquismo, ¿Estado de Derecho?: notas sobre la renovación del lenguaje político de la dictadura durante los años 60». *Pasado y Memoria*, 5.
- Torres Blanco, Roberto (2017). «Raimon a la villa, 1968/1976: la voz de un pueblo y la construcción de su mensaje». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39, págs. 315-338.
- Torres (2015). «La represión política a través de la jurisdicción de guerra y sucesivas jurisdicciones especiales del franquismo». *Hispania Nova* (1).
- Tusell, Javier (1985). «El curso del 65. En Historia del Franquismo. Franco, su régimen y la oposición». *Diario 16*, vol 2, págs. 691-693.
- Valcárcel, R.S. (2010). *El homicidio del militante comunista Pedro Patiño y la actuación del abogado defensor Jaime Miralles. Un episodio de la represión y de la lucha por la justicia. Jueces para la democracia*, 67, págs. 20-33
- Valenzuela, A.U. (2007). «La música en el barrio como elemento de afirmación identitaria (El ejemplo de Vallecas)». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 62(1).

### *Periódicos y revistas*

*Abc*

*Acción Estudiantil Alcázar*

*Anthropos*

*Anticapitalistas*

*Attac*

*Ayer*

*Bandera Roja*

*Bild Zeitung*

*Blanco y Negro*

*Cahiers du Cinéma*

*Cambio 16*

*Civio*

*Crónica Popular*

*Cuadernos para el Diálogo*

*Der Spiegel*

*Diario 16*

*Interviú*

*El Mundo*

*El País*

*El Papus*

*Film Ideal*

*Gaceta Universitaria*

*La Opinión de Zamora*  
*La Vanguardia*  
*Mundo Obrero*  
*New York Times*  
*Nueva Crónica*  
*Nueva Tribuna*  
*Público*  
*Pueblo*  
*Soy Pilarista*  
*Viento Sur*  
*Ya*

### *Archivos*

Archivo General de la Administración  
Archivo Histórico Nacional  
Archivo del Partido Comunista de España  
Archivo de la Universidad Complutense de Madrid  
Archivo de la Universidad de Navarra  
Archivo de Torcuato Luca de Tena  
Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.  
Archivo de Margot Ruano  
Fundación 1.º de Mayo, Archivo Historia del Trabajo  
Archivo de Jesús Barros de Lis Gaspar

### *Blogs personales*

Juan María Fernández Krohn  
Rafael García-Purriños  
Antonio Gómez  
Fernando Gómez Lucini  
Juan Irigoyen  
Héctor Maravall  
Benjamín Prado  
Manuel Rico  
José Luis Uriz Iglesias

### *Vídeos y documentales*

*Éramos pocas.* Realizado en 2007 por estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid.

*La Transición.* Realizado por Victoria Prego. De especial interés han sido los capítulos 8 y 12.

*Siete días de enero.* Juan Antonio Bardem, 1980.

*Punto final. Memorias de la Transición. 1968-1982*

*El urbanismo se siente, Vallecas.* UNED Documentos.

*Flores de Luna.* Juan Vicente Córdoba, 2008.

*La chinoise.* Película de Jean-Luc Godard de 1967.

### *Entrevistas realizadas*

Juan José del Águila Torres

Cristina Almeida

Joaquín Aparicio

Ángel Artola

Antonio Baylos

Alberto Berger

Carlos Berzosa

José María Calleja

Chusa

Juan Cristóbal González

Bonifacio de la Cuadra

Tomás Duplá

Antonio Gallifa

Javier García Fernández

Carmen García Mayo

Manuel Garí

Ángel Gele

Álvaro Gil-Robles

Javier Gómez-Acebo

José Manuel Gómez Benítez

Soledad González

Antonio Jiménez

Santos Juliá

Ramón Larraya

Loli Latierro

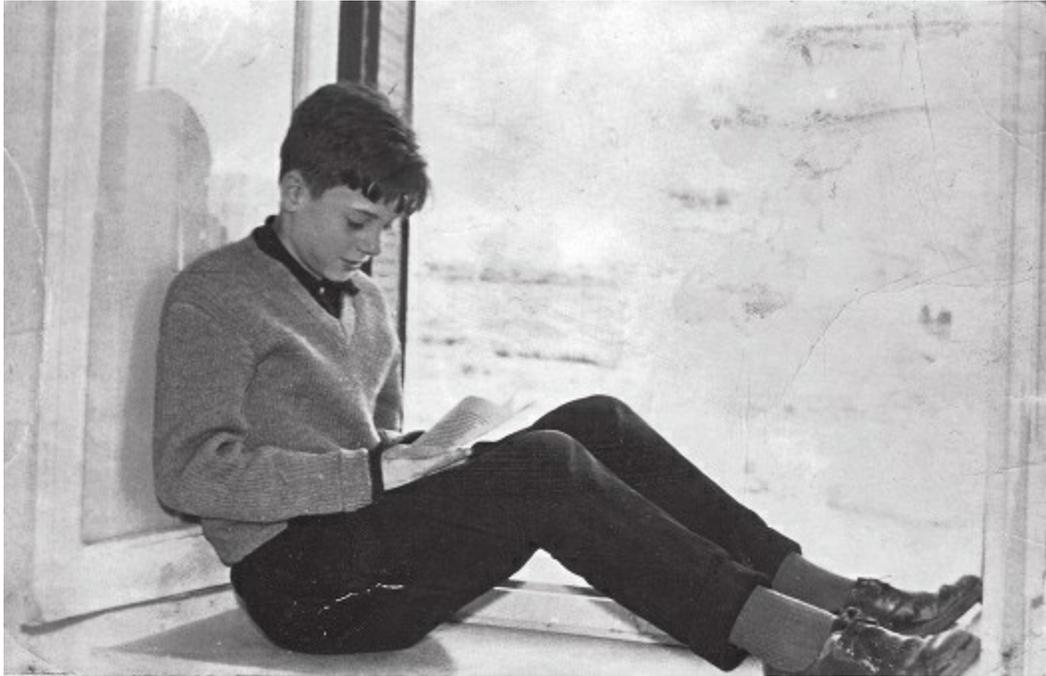
Joaquín Leguina

Javier Lostalé

Mercedes Lozano  
Héctor Maravall  
Julia Marchena  
José María Mohedano  
Vicente Molina Foix  
Rosa Montero  
Pancho Mora  
Ignacio Muñagorri  
Román Oria  
Jaime Pastor  
Francisco Pereña  
Alfredo Pérez-Rubalcaba  
Manuel Rico  
Margot Ruano  
Juan Ruiz  
Alejandro Ruiz-Huerta  
Jaime Ruiz Reig  
Antonio Sama  
Gregoria Sanz de la Villa  
Fernando Savater  
José Luis Sauquillo  
Paquita Sauquillo  
Damián Tapia  
Juan María Terradillos  
Enrique Torres  
Jesús Fernández de la Vega  
Abilio Villena  
José Luis de Zárraga



Lola fotografiada el día de su comunión. Tras una infancia en que fue muy religiosa, Lola se fue desvinculando progresivamente de la fe ya en su adolescencia. Aunque muchos amigos la consideran atea, otros afirman que durante determinados momentos de su vida conservó creencias religiosas. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Enrique, niño, leyendo. Desde muy jóvenes, nuestros protagonistas fueron lectores voraces. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Lola en una excursión con sus amigas del colegio. Lola está a la derecha. Fotografía de autor desconocido, cedida por Carmen García Mayo.



Lola en una excursión con sus amigas del colegio. Entre otras, aparecen Curri Valenzuela, María Jesús del Pozo y Carmen García Mayo. Lola está en el centro, la cuarta por la derecha. Fotografía de autor desconocido, cedida por Carmen García Mayo.



Enrique muestra un trofeo tras ganar un campeonato de tenis juvenil en el País Vasco. Enrique fue siempre un gran deportista. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Enrique Ruano (a la derecha) con varios amigos en París ante una pintada que equipara a los estadounidenses los nazis. Aunque en esa época aún no había ingresado en el FLP, Enrique ya tenía profundas convicciones izquierdistas. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Enrique Ruano (segundo por la izquierda) y el resto de los estudiantes que viajaron a París con Gregorio Peces-Barba (segundo por la derecha). De izquierda a derecha, arriba: José A. Zapatero, Enrique Ruano, Jesús Fdez. De la Vega, Ramon Larraya, Enrique Barahona, Gregorio Peces-Barba y Javier García Fernández. Semisentados: Emilio Menéndez y Santiago Varela. La fotografía está tomada en París en julio de 1967 y se publicó en *Cambio 16* en el año 1994 con ocasión del 25 aniversario de la muerte de Enrique con el

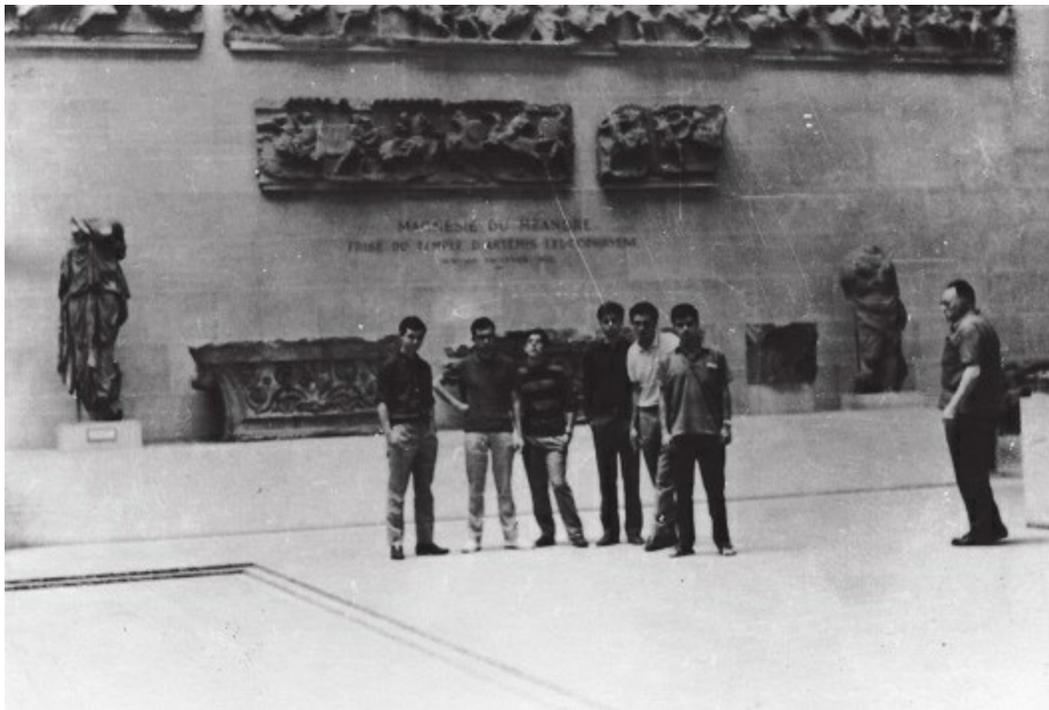
título «La segunda muerte de Enrique Ruano». Esa foto también se expuso en el homenaje que se le tributó a Enrique en el Paraninfo de la Complutense. Fotografía cedida por Margot Ruano.



El grupo de estudiantes que fueron a París con Gregorio Peces-Barba esperando un tren. Enrique aparece a la izquierda de la imagen. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Los estudiantes en un parque de París. Enrique Ruano aparece a la derecha. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Los estudiantes en el museo del Louvre. Según recuerda Ramón Larraya, el grupo de amigos hizo una visita muy corta al museo debido a las indicaciones de Emilio Menéndez del Valle. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Los estudiantes, en una cafetería de París. Enrique está en el centro. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Javier y Lola con una amiga en 1976. Javier viste la trenca que llevaba el día de los asesinatos de Atocha. Fotografía cedida por Francisca Sauquillo.



Javier en Roma. Fotografía cedida por Francisca Sauquillo.



Javier y su hermana Francisca (Paquita). Fotografía cedida por Francisca Sauquillo.



Lola, Enrique Ruano y Javier Sauquillo, de vuelta de la facultad de Derecho, algún día de la primavera de 1968. «Imagine ahora el lector un día soleado de marzo en el Madrid de 1968. De camino a Ciudad Universitaria, pasean tres jóvenes estudiantes: Lola, Enrique y Javier. Los tres se han integrado unos meses antes en el Frente de Liberación Popular, un grupo antifranquista más abierto y menos dogmático, aunque más radical, que el Partido Comunista de España. En un momento dado, un amigo les hace una foto en la calle Hilarión Eslava mientras caminan. Enrique sonrío, y su sonrisa es lo primero que llama la atención en la imagen. A su izquierda, mira extrañado a la cámara su gran amigo, y hasta cierto punto competidor, Javier. Es más bajo, lleva gafas y tiene un aire de intelectual francés. Es muy probable que los dos anduvieran discutiendo algún texto de Marx o del recientemente fallecido Che Guevara. A la derecha de Enrique se encuentra Lola, su incipiente novia, con la mirada algo perdida y nostálgica.» Fotografía cedida por Margot Ruano.



Lola en su época universitaria. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Lola en un viaje a los fiordos noruegos en 2014. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Mural en recuerdo de Enrique Ruano realizado en una universidad española. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Fotografía de Enrique Ruano, tomada en el estudio Victoria para los trámites del servicio militar pocos días antes de su muerte. Fotografía cedida por Margot Ruano.



Lola en una cafetería en Venecia, en octubre de 2014. «Si el eco de su voz se debilita, pereceremos.» Fotografía cedida por Margot Ruano.

# Notas

## *Prólogo*

1. Existen numerosos testimonios. He hablado con varios familiares tanto de la familia Ruano como de la Sauquillo que tenían mucho trato con Lola. Por ejemplo, Margot Ruano, Paquita Sauquillo y José Luis Sauquillo.

2. Así lo declaró Miguel Romero en un homenaje a Enrique Ruano. El autor de la declaración discute sobre el tema en un programa en Radio3 dedicado a la figura de Enrique. Filosofía en Radio3, 27 de mayo de 2011.

3. Así lo escribió Savater en un artículo en *El País* sobre Enrique Ruano, 31 de noviembre de 2015.

4. Amat (2016), pág. 431.

## *1. Chicos bien del franquismo*

1. Entrevista con Carmen García Mayo.

2. La información de este párrafo sobre la familia de Lola ha sido proporcionada por sus mejores amigos. Javier García Fernández me contó acerca de su familia italiana, y Margot Ruano sobre lo conservadores que eran sus padres. La información sobre la madre, el padre y los hermanos viene de Pancho Mora, Paquita Sauquillo y Juan Ruiz.

3. Se pueden encontrar referencias a la educación de otras mujeres de su generación en contacto con Lola en Díaz et al. (2017), pág. 53.

4. La información sobre las «gratuitas» me la dio directamente Paquita Sauquillo. Pueden encontrarse referencias en Díaz et al. (2017), pág. 55.

5. Se pueden encontrar referencias a esto en los testimonios de personas que estudiaron en los mismos ambientes que Enrique y Javier, como Juan Luis Cebrián: Cebrián (2016), pág. 28.

6. Lo ha contado Paquita Sauquillo en sus memorias: Sauquillo (2000), págs. 29-42.

7. Para más información sobre la mezcla entre catolicismo e imperialismo en el primer franquismo, véase Rafael Abella (1978).

8. La influencia que tuvieron las encíclicas en las instituciones progresistas de la época la cuenta Paquita Sauquillo en su autobiografía: Sauquillo (2000), págs. 47-62.

9. Véase Preston (1993), pág. 758.

## 10. Entrevista con Carmen García Mayo.

11. Lo cuenta José Luis González Vallvé en un artículo de Fulgencio Fernández en *La Nueva Crónica* del 29 de enero de 2017.

12. La información sobre la madre, el padre y los hermanos proviene de Pancho Mora, Paquita Sauquillo y Juan Ruiz.

13. Entrevista con Pancho Mora, que fue uno de los principales compañeros de juegos de Lola durante su infancia y adolescencia. También escrito por José Luis González Vallvé y Marisol López en diversos medios. Todas las personas que conocieron a Lola y que he entrevistado coinciden sobre su extraordinaria belleza. Además, hay numerosos documentos gráficos en los que se puede observar que Lola era efectivamente una mujer muy guapa.

14. Toda la información sobre Lola en Zamora proviene de diversas fuentes, por ejemplo, el libro de memorias escrito por José Luis González Vallvé, *El olor del coche de mi padre. Recuerdos de infancia y adolescencia en Zamora*. Además, hay diversos artículos en periódicos como el escrito por Fulgencio Fernández, titulado «La leonesa a la que mataron dos veces», en *La Nueva Crónica* el 29 de enero de 2017 o el artículo escrito por Marisol López en *La Opinión de Zamora* el 13 de febrero 2015, titulado «Aquellos largos y cálidos veranos con Loli».

15. Artículo de Marisol López en *La Opinión de Zamora* del 13 de febrero de 2015, poco después de la muerte de Lola.

16. Su novio de adolescente, Pancho Mora, me proporcionó esta información, que fue corroborada por los que conocieron a Lola al entrar en la universidad.

17. Así lo recuerda su amigo y medio novio de infancia Pancho Mora.

18. Toda la información sobre la infancia de Lola en Santander procede de una entrevista con Pancho Mora, el que fuera uno de los mejores amigos de los veraneos de Lola y su novio de la adolescencia. La entrevista fue concertada por Margot Ruano, que estuvo también presente e iba dando indicaciones puntuales sobre las cosas que Lola le había contado de aquella etapa de su vida.

19. Estas palabras fueron pronunciadas por Lola en el documental *Éramos pocas*, realizado en 2007 por estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid.

## 20. Entrevista con Carmen García Mayo.

21. Entrevista con Carmen García Mayo. La gran amistad entre Lola y Carmen García Mayo ha sido resaltada, además de por ésta, por varias personas como Margot Ruano y Vicente Molina Foix.

22. Mercedes Lozano, una de sus mejores amigas en la universidad, pertenecía al grupo de las amigas del colegio.

## 23. Entrevista con Carmen García Mayo.

## 24. Entrevista con Carmen García Mayo.

25. Entrevista con Mercedes Lozano. Las dos eran grandes amigas en la universidad, y como Mercedes trabajaba, Lola le ayudaba muchas veces con los apuntes.

26. Se pueden ver los casos habituales de las mujeres de esa generación en libros como: Díaz et al. (2017), pág. 65.

27. Según cuenta Margot Ruano, a Lola se le daban muy bien el latín y el griego, y de hecho era habitual que, unos años más tarde, Lola ayudara a Margot con sus tareas en estas asignaturas.

28. Me lo contó en nuestra entrevista, y además se puede leer en su autobiografía: Sauquillo (2000), pág. 36, y en Díaz et al. (2017), pág. 70.

## 29. Entrevista con Cristina Almeida.

30. Díaz et al. (2017), págs. 67-68.

31. La información sobre los discos y los libros viene de Pancho Mora, y ha sido refrendada con otros testimonios.

32. Encarnación Aragonese, nombre real de Elena Fortún, escribió el relato autobiográfico *Celia en la revolución* justo al acabar la Guerra Civil. Era el eslabón perdido de toda la saga de las historias de Celia, y publicado por primera vez por Aguilar en 1987. En 2016, se presentó una reedición del libro con la presencia de Manuela Carmena (*El País*, 11 de abril de 2016).

33. La información sobre las lecturas y las películas que influenciaron a los Sauquillo proviene de Díaz et al. (2017), pág. 55.

34. *La Nueva Crónica*. Fulgencio Fernández, 29 de enero de 2017. Testimonio de Vallvé.

35. Hay numerosos testimonios que refrendan esta visión de la relación entre Lola y sus padres: Juan Ruiz, Margot Ruano, Soledad, etcétera.

36. La información sobre las familias de esta clase social procede de las entrevistas con Paquita Sauquillo, José Luis Sauquillo y Margot Ruano. Además, se puede corroborar en las autobiografías de Paquita Sauquillo y Juan Luis Cebrián (pág. 27).

37. Toda la información sobre los Sauquillo en Ceuta y en Madrid proviene de las entrevistas realizadas con Paquita y José Luis Sauquillo, además de la autobiografía de Paquita (págs. 29-42) y el libro de Díaz et al. sobre Paquita, Cristina Almeida y Manuela Carmena (pág. 46-52). La forma en que Javier financió sus estudios está recogida en su expediente policial (Expedientes policiales, Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional). El hecho de que Javier fuera uno de los estudiantes que llegó a la universidad con más compromiso izquierdista y lecturas diversas viene referenciado por múltiples testimonios de sus amigos de entonces, como Ignacio Muñagorri o Román Oria.

38. Sobre el Pilar, pueden leerse la serie de artículos de Eva Belmonte en *Civio*. «¿Quién manda? Todo el Pilar. / Quién Manda Los alumnos del colegio del Pilar.» Además, las autobiografías de Juan Luis Cebrián, los diversos artículos publicados en la revista del colegio *Soy Pilarista* y los diversos artículos de las personas que coincidieron en el colegio en esa época, como Julio Malo de Molina y Fernando Savater, ofrecen información valiosa. Otra parte de la información viene de Enrique Torres, persona muy vinculada a la dirección del colegio del Pilar y que es además mi tío abuelo.

39. Lo cuenta Juan Luis Cebrián en el número 137 de la revista *Soy Pilarista*. Mi agradecimiento a Eva Belmonte.

## 40. Entrevista con Antonio Gallifa.

41. Juan Luis Cebrián en su autobiografía (pág. 36).

42. Entrevista con Fernando Savater. Además, puede verse en el diálogo entre Luis Antonio de Villena y Fernando Savater en la Fundación Caja Canarias el 17 de septiembre de 2012.

43. Numerosos testimonios coinciden en ofrecer esta imagen de Enrique, desde Margot Ruano a Abilio Villena.

#### 44. Entrevista con Fernando Savater.

45. Así lo cuenta Juan Luis Cebrián en su autobiografía (pág. 37).

46. Así aparece en la autobiografía de Juan Luis Cebrián (pág. 109).

47. Así aparece en: Arias (2003).

48. Entrevista con Fernando Savater, que era compañero de clase de Enrique.

49. Así lo dejó escrito el filósofo en *El País* el 30 de octubre de 2015, en un artículo titulado «Ruano» que tenía el subtítulo «Yo le recuerdo y casi le envidio a veces, cuando me da por asumir aquel dictamen de Cioran: Todo el que no muere joven, merece morir».

50. El expediente académico de Enrique Ruano me fue mostrado por Enrique Torres. Además, los datos sobre su integración en el colegio han sido proporcionados por Margot Ruano y, sobre todo, por Fernando Savater, y se pueden también comprobar en los mismos informes que escribían sus profesores.

51. Toda esta información proviene de la entrevista con Fernando Savater, así como sus escritos en el número 141 de la revista *Siempre Pilaristas* y su comentario en *100 Pilaristas hablan de El Pilar* (2007).

52. Cobelas (2004), pág. 25.

53. Muñoz (2006), pág. 69.

54. Toda esta información ha sido facilitada por Margot Ruano. Además, se puede encontrar parte de ésta en: Domínguez (2011), pág. 308.

55. Díaz et al. (2017), pág. 53.

## 56. Entrevista con Carmen García Mayo.

57. Díaz et al. (2017), pág. 53.

58. Andrés Amorós (1968).

59. Cabrera Infante (1975), págs. 39-60.

60. Domínguez (2011), pág. 308.

61. Así me lo contó Margot Ruano. He podido verificarlo mediante un intercambio de correos con Francisco García Marquina.

62. Esta anécdota aparece en: Domínguez (2011), pág. 308. Margot Ruano hizo referencias a lo mismo en sus entrevistas.

63. Hay numerosas personas que han afirmado que el compromiso izquierdista de Javier y los conocimientos que tenía al llegar a la universidad eran notorios para alguien de su edad. Por ejemplo, sus amigos Ignacio Muñagorri y Román Oria, que lo dejó escrito en: Oria (2013).

## 64. Entrevista con José Luis Sauquillo.

65. Toda la descripción psicológica de Javier viene refrendada por múltiples testimonios como los de Román Oria, José Luis Sauquillo, Julia Marchena, Abilio Villena e Ignacio Muñagorri.

66. Numerosos testimonios han avalado esta descripción de Lola. Entrevista con Javier García Fernández, Margot Ruano, Mercedes Lozano, etcétera. Además, las notas que escribió Enrique Ruano para Carlos Castilla del Pino, del Archivo personal de Margot Ruano Casanova, parecen confirmar que su novio veía a Lola de esta misma manera.

## *2. La vida empieza en la universidad*

1. Véase Sesma Landrin (2006), págs. 45-58, y España (1964): *Réplica a un informe de la Comisión Internacional de Juristas*.

2. Véase Muñoz (2006), pág. 123.

3. Mesa (2006), pág. 10

4. Más en Miranda (2006).

5. Saorín et al. (2014), págs. 223-249.

6. Mesa (2006), pág. 11.

7. Ruiz (1996).

8. Así aparece en la crónica que hizo Pablo Lizcano en su libro sobre las protestas del 56, que se remonta a lo ocurrido en las décadas anteriores. Lizcano (1981).

9. Véase Viñas (2012), págs. 630-644.

10. Véase Lizcano (1981).

11. Ruiz (1996): *El SEU 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo XXI.

12. García (2001), pág. 92.

### 13. Entrevista con José Luis de Zárraga.

#### 14. Entrevista con Juan Cristóbal González.

15. Por ejemplo, así lo hicieron Héctor Maravall, Fernando Savater, Cristina Almeida o Juan Ruiz, que lo ha dejado escrito en el libro homenaje a Enrique Ruano de Ana Domínguez (pág. 297).

## 16. Entrevista con Héctor Maravall.

## 17. Entrevista con Vicente Molina Foix.

18. Molina Foix (2017), pág. 112.

19. Historias similares de su entrada a la universidad cuentan personas diferentes como Juan Ruiz o Héctor Maravall.

20. *La mujer bajo el franquismo*, proyecto dirigido por Rosa Monlleó Peris, realizado por Adela Soto Marco (pág. 22).

21. Documental *Éramos pocas*.

22. Así lo veían muchos estudiantes que entraron a mediados de los sesenta, que también notaban cierto salto generacional con la generación que entró a comienzos de los sesenta. Como muestra, las declaraciones de Juan Ruiz, Héctor Maravall y Margot Ruano. Cristina Almeida, que entró en 1961, coincide con esta impresión.

23. Sobre las relaciones de Cristina, Manuela y Paquita al entrar en la universidad, véase el reciente estudio de Díaz et al. (2017), págs. 69-120.

24. La anécdota la cuenta Paquita en su autobiografía ya citada (págs. 47-62).

25. Mercedes Lozano, que compartía clase con Lola, me contó lo sucedido. Es curioso, en todo caso, que me haya encontrado tantas variantes de esta misma historia referidas a diversas mujeres que fueron pioneras en la universidad española. Uno acaba pensando que esto no pudo pasar tantas veces, y que quizás algunas de las anécdotas sean algo exageradas.

26. Domínguez, Ana (2011): *Enrique Ruano: memoria viva de la impunidad del franquismo*. Madrid: Complutense (pág. 372).

27. En los expedientes académicos de Enrique Ruano y Javier Sauquillo, en el archivo de la Universidad Complutense de Madrid, se pueden ver con exactitud qué asignaturas cursaron. Desgraciadamente, no pude acceder al de Lola.

28. Así me lo contaron varios amigos de nuestros protagonistas, como Juan Ruiz y Jesús Fernández de la Vega.

29. Así lo cuenta el historiador Miguel Ángel Carnicer: Carnicer (1996), pág. 44.

30. Expedientes académicos de Enrique Ruano y Javier Sauquillo.

### 31. Entrevista con Paquita Sauquillo.

## 32. Entrevista con Juan Ruiz.

33. Expediente académico Javier Sauquillo. Archivo Universidad Complutense de Madrid.

34. Ruiz-Giménez (2013), pág. 187.

35. Expediente de Enrique Ruano. Archivos de la Universidad Complutense de Madrid.

36. Sobre las clases de Ruiz-Giménez, sigo el testimonio de Juan Ruiz, catedrático de Filosofía del Derecho que fue alumno del primero y puede dar un testimonio fiable del nivel de las clases del catedrático.

37. Ruiz-Giménez (2013), pág. 185.

38. Héctor Maravall ha dejado escrito que cuando entró en la facultad de Derecho, en 1966, no había ni diez mujeres militantes: Aurora, Marian, Mercedes, Margarita, Anabela y Lola. Aunque en los años sesenta la situación había mejorado respecto a las décadas anteriores, en el primer lustro de esta década las mujeres que acaban estudios universitarios suponen un 24 por ciento del total (en los cuarenta era un 15 por ciento).

39. «Recordando a Lola González Ruiz». [Nuevatribuna.es](http://Nuevatribuna.es), 1 de febrero de 2015.

40. Hay numerosas personas que me han repetido esta idea. Como mínimo, tenemos a Juan Ruiz, Juan Cristóbal González, Mercedes Lozano, Javier García Fernández, Héctor Maravall, Margot Ruano, Julia Marchena y Abilio Villena.

41. Entrevista con Mercedes Lozano, Cristóbal González, Julia Marchena y Margot Ruano.

42. Toda la descripción psicológica de Lola en la universidad viene construida por múltiples testimonios como los de Cristobal González, Héctor Maravall, Juan Ruiz, Mercedes Lozano, Julia Marchena, Jesús Fernández de la Vega, Abilio Villena, Margot Ruano, Cristina Almeida, etcétera.

43. Las principales fuentes de información del primer año de Lola en la universidad han sido Juan Cristóbal González y Mercedes Lozano, que entraron en la universidad junto a Lola. Liborio Hierro dejó de contestar a mis correos y no me dio ninguna información relevante, así que no puedo saber con certeza si hay algún detalle que se me escape respecto a su relación con Lola.

44. Cobelas (2004), pág. 121.

45. Entrevista con Juan Cristóbal González y con Román Oria.

46. Entrevista con Juan Cristóbal González y Mercedes Lozano.

47. Toda la información sobre estas jornadas proviene principalmente de: Cobelas (2004), págs. 126-132.

48. Información suministrada principalmente por Juan Cristóbal González y Mercedes Lozano.

49. Por ejemplo, Javier García Fernández, uno de sus mejores amigos durante buena parte de su vida.

50. Así me lo declararon tanto Chusa como Antonio Sama.

## 51. Entrevista con Juan Cristóbal González.

52. Así lo cuenta Manuela Carmena en: Díaz et al. (2017), pág. 52.

53. Así lo cuenta Elisa Maravall en el documental *Éramos pocas*. También ha habido muchos testimonios al respecto.

54. Testimonio de Lola en el documental *Éramos pocas*.

## 55. Entrevista con Mercedes Lozano.

56. Múltiples testimonios: Jesús Fernández de la Vega, Mercedes Lozano, Juan Cristóbal González, Margot Ruano, etcétera.

57. Anécdota contada por Juan Cristóbal González.

## 58. Entrevista con Román Oria.

59. Hay numerosos testimonios de las reuniones de *Cuadernos para el Diálogo* en las que participaron nuestros protagonistas. Por ejemplo, Ramón Larraya, Juan Ruiz, Javier García Fernández y Román Oria.

60. Véase Judt (2007), pág. 33.

61. La información relativa a *Cuadernos para el Diálogo* proviene de varias fuentes diferentes. Por ejemplo, los escritos de Javier Rupérez (*Cuadernos para el diálogo en la distancia de medio siglo*. Faes: Cuadernos de pensamiento político), la autobiografía de Gregorio Peces-Barba (*La democracia en España*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, 1996) y el libro de Javier Muñoz sobre la revista (*Cuadernos para el Diálogo (1963-1976): Una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia. 2006).

62. Muñoz (2006), págs. 40-49.

63. Para saber más sobre los inicios de la revista, véase en especial Muñoz (2006), pág. 30-55.

64. Véase Javier Rupérez: *Cuadernos para el diálogo en la distancia de medio siglo*.  
Faes: Cuadernos de pensamiento político.

65. Hay numerosos testigos del alejamiento de nuestros protagonistas. Por ejemplo, Jesús Fernández de la Vega, Ramón Larraya, Juan Ruiz, etcétera.

66. Muñoz (2006), pág. 39.

67. Ruiz-Giménez, Joaquín (2013), pág. 91.

68. Muñoz (2006), págs. 73-76.

69. Expediente académico de Javier Sauquillo. Archivo Universidad Complutense de Madrid.

70. Expediente académico de Javier Sauquillo. Archivo Universidad Complutense de Madrid.

71. Expediente académico de Enrique Ruano. Archivo Universidad Complutense de Madrid.

72. Entrevista con Mercedes Lozano. Desgraciadamente, el expediente académico de Lola no me fue dado en la Universidad Complutense de Madrid.

73. Entrevista con Margot Ruano e intercambio de correos con Francisco Marquina.

74. Así me lo declararon Ignacio Muñagorri y Román Oria, que además lo ha dejado escrito en: Oria (2013).

75. Expediente de Enrique Ruano. Archivos de la Universidad Complutense de Madrid.

76. Hay muchos testimonios sobre el aura intelectual de Javier y su temprana politización. Por ejemplo, Ramón Larraya, Julia Marchena, Juan Cristóbal González y Román Oria. Este último lo ha dejado escrito: Oria (2013).

77. Oria (2013), pág. 27.

78. Así me lo han declarado personas como Héctor Maravall y Román Oria. Además, Oria (2013), pág. 30.

79. Oria (2013), pág. 27.

80. Numerosos testimonios como Román Oria o Ignacio Muñagorri. También en Oria (2013), pág. 30.

81. Entrevista con Álvaro Gil-Robles.

82. Oria (2013), pág. 28.

83. Entrevista con Margot Ruano. También se trata el tema en Vicent (2011).

84. Así me lo han contado muchos de los que fueron tratados por el FLP en aquella época, como Julia Marchena y Ramón Larraya.

85. Molina Foix (2017), pág. 103.

86. Esta anécdota me la ha contado el mismo Román Oria, y aparece también en su libro: Oria (2013), pág. 21.

87. La mayor parte de la información sobre el SEU proviene de los libros siguientes: Carnicer (1996); Cobelas (2004). También de las entrevistas con Román Oria y Juan Cristóbal González.

## 88. Entrevista con Román Oria.

89. Así aparece consignado en: Expedientes policiales, Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional.

90. Así se cuenta en Vicent (2011), pág. 103.

91. Según cuenta Manuel Vicent, cuando Jesús Aguirre se ordenó sacerdote en Múnich, Julio Cerón ejerció de Padrino, y luego invitó a todo el grupo que había llegado de Santander a cenar. El problema es que la fecha que dice Manuel Vicent es 1961, y aparentemente Julio Cerón se encontraba en la cárcel (*Aguirre el Magnífico*, Manuel Vicent).

92. Así lo cuenta Carlos Castilla del Pino (2004), pág. 271. También Manuel Vicent y Gregorio Morán dan una imagen parecida.

93. Preston (2002), pág. 779.

94. La información sobre estos días proviene principalmente de Cobelas (2004), págs. 146-148.

95. Así lo han declarado varias personas como Juan Cristóbal González o Mercedes Lozano respecto a Lola, y Román Oria ha señalado que Javier estaba con toda seguridad. Por otra parte, no he podido encontrar un testimonio directo que confirme la asistencia de Enrique a esta manifestación. Sin embargo, parece altísimamente probable que acudiera a ella.

96. Cobelas (2004), pág. 147.

97. Tusell (1985), págs. 691-693.

98. Datos ofrecidos por Cobelas, José Álvarez (2004), pág. 148.

99. Tusell (1985), págs. 691-693.

100. Mercedes Lozano fue la primera persona que me contó que Lola había sido herida en la manifestación.

101. Numerosos testimonios en este sentido como Mercedes Lozano, Juan Cristóbal González o Abilio Villena.

102. Para estos hechos, he seguido principalmente: Calleja (2009), págs. 275-282, y Cobelas (2004), págs. 148-152.

103. Muñoz (2006), pág. 60.

104. *Abc*, 25 de febrero de 1965.

105. Carta de Fernando Herrero Tejedor a los jefes provinciales del Movimiento (Madrid, 26 de febrero de 1965). AFPI, AJMAH, caja 800-10.

106. Hay más información sobre el fin del SEU y las protestas que precedieron a su disolución en: Calleja (2009), pág. 284.

107. Así lo cuenta: Cobelas (2004), pág. 156. En la entrevista que mantuve con Álvaro Gil-Robles, no me dijo nada al respecto.

108. Muñoz (2006), pág. 60.

109. En este párrafo, sigo principalmente: Calleja (2009), págs. 285-289.

110. Numerosas entrevistas. Ignacio Muñagorri, Juan Cristóbal González y Román Oria. Este último lo cuenta en: Oria (2013).

111. Así me lo ha contado Juan Cristóbal González. También Ignacio Muñagorri, Román Oria y Julia Marchena hicieron referencia a su capacidad de concentración e inteligencia.

112. Entrevista con José Luis Sauquillo.

113. García (2001), pág. 25.

114. Lizcano (1981), pág. 9.

115. Domínguez (2011), pág. 135.

116. Para saber más sobre las diversas corrientes de izquierda en los sesenta e inicios de los setenta, se puede leer: Kolakowski et al. (1978).

117. Muñoz (2006), pág. 169.

118. Castañeda (1996).

119. Para los inicios del FLP, sigo principalmente las dos obras magníficas que hizo Julio Antonio García Alcalá: primero, su tesis: García (2003). Segundo, el libro que salió de esa tesis: García (2001). Sin estas dos obras, es difícil que hubiera podido hacer esta parte del libro, así que quiero darle al autor mi agradecimiento.

120. Suplemento de *Frente*, julio de 1959.

121. Sigo aquí especialmente a: García (2001), pág. 75-78.

122. Fanon y Sartre (1969). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de cultura Económica (pág. 8).

123. García (2001), pág. 85.

124. Estatutos del FLP aprobados en el Congreso de 1962. Fundación Pablo Iglesias.

125. *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. «Las izquierdas radicales más allá de 1968» (págs. 21-46).

126. Testimonio de Fernando Martínez Pereda. En García (2001), pág. 95.

127. Según el historiador Julio Antonio García Alcalá, Manuel Vázquez Montalbán ha contado escenas parecidas en sus libros de Pepe Carvalho, como en *El hermano pequeño*.

128. García (2001), págs. 100-101.

129. *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. «Las izquierdas radicales más allá de 1968» (pág. 29).

130. Guevara (2011), págs. 5-8.

131. *Ibíd.*

132. Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario de la Dirección Nacional de las ORI y primer ministro del gobierno revolucionario, en la Segunda Asamblea Nacional del pueblo de Cuba, celebrada en la plaza de la Revolución, el 4 de febrero de 1962.

133. *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. «Las izquierdas radicales más allá de 1968» (pág. 29).

134. García (2001), pág. 102.

135. Balfour (1999).

136. García (2001), págs. 103-105.

137. Rossanda (1984).

138. García (2001), pág. 109.

139. *Ibíd.*

140. Balfour (1999).

141. Eloy Gutiérrez Menoyo dirigiría operaciones militares y terroristas contra el gobierno cubano, llegando a ser capturado por el ejército cubano tras desembarcar en la isla junto a otros anticastristas. Desde la cárcel, en la que estuvo muchos años, escribió el cuento «El radarista», que fue presentado en España por Manuel Fraga. En 1986, debido a las presiones internacionales y especialmente del gobierno español de Felipe González, sería puesto en libertad. Aunque inicialmente estuvo vinculado a la tradicional línea dura del exilio cubano en Miami, finalmente volvería a La Habana abogando por una política de reconciliación con Cuba.

142. *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. «Las izquierdas radicales más allá de 1968» (pág. 29).

143. Sobre la relación del FLP y la violencia, ver: García (2001).

144. Existen numerosos testimonios. Héctor Maravall, Jesús Fernández de la Vega, Ramón Larraya, Román Oría, etcétera.

145. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

146. Estatutos del FLP aprobados en el Congreso de 1962. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.

147. García (2001), pág. 120.

148. Domínguez (2011): *Enrique Ruano: memoria viva de la impunidad del franquismo*. Madrid: Complutense (pág. 374).

149. *Ibíd.*

150. Leguina et al. (2000), pág. 144.

151. Numerosos testimonios: José Luis de Zárraga, Manuel Garí, Jaime Pastor, Juan Ruiz, etcétera.

152. Domínguez (2011), pág. 376.

153. Entrevista con Francisco Pereña.

154. Así lo cuenta Juan Cristóbal González, miembro del PCE que era compañero de clase y gran amigo de Lola. Según cuenta, él se sintió decepcionado cuando su amiga no se integró en el PCE por irse al FLP.

155. Sauquillo (2000), págs. 47-62.

156. Expedientes policiales, Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional.

157. Amat (2016), pág. 135.

158. Casals (2009).

159. Parrondo (2000), pág. 104.

160. Sobre los ultraderechistas de la facultad de Derecho, he seguido diversos testimonios como el de Cristina Almeida, Román Oria, Margot Ruano, Paquita Sauquillo, Javier García Fernández o Juan Ruiz. Además, algunos aparecen en detalle aquí: Oria (2013), pág. 27.

161. Blanco (1990).

162. Sigo principalmente: Casals (2009).

163. Tusell (2004).

164. Casals (2009).

165. [Blog personal de Juan María Fernández Krohn](#). Entrada del 19 de septiembre de 2013.

166. Calleja (2009), pág. 292.

167. *Ibíd*, pág. 289.

168. Expedientes policiales, Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional.

### *3. El marxismo eran cantautores, cine de aventuras y poesía romántica*

#### 1. Entrevista con Margot Ruano.

## 2. Entrevista con Cristina Almeida.

3. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Juan Ruiz, Abilio Villena, Román Oria, etcétera.

4. Cobelas (2004), pág. 186.

5. Domínguez (2011), pág. 296.

6. Así me lo han contado Margot Ruano, Javier García Fernández, Juan González Cristóbal, etcétera.

7. Así lo cuenta Manuel Garí, una de las personas más vinculadas a la FUDE y al FLP en esos años.

8. Cobelas (2004), pág. 186.

9. Domínguez (2011), pág. 159.

10. *Ibíd.*, págs. 151-177.

## 11. Testimonios de Jaime Pastor y Manuel Garí.

12. Domínguez (2011), pág. 189.

### 13. Entrevista con Jesús Fernández de la Vega.

14. Gorz (1969). La primera edición del libro, en francés, data de 1964.

15. Declaración de las Organizaciones Frente de julio de 1966.

16. Más información sobre estos sucesos puede leerse aquí: Calleja (2009), pág. 295.

17. Calleja (2009), pág. 307.

## 18. Entrevista con Román Oria.

19. Toda la información sobre la detención de Javier está en su expediente policial. Expedientes policiales, Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional.

20. Ruiz-Giménez lo cuenta en primera persona en sus extensos diarios: Ruiz-Giménez (2013), págs. 50-53.

21. Véase más en: Cobelas (2004), pág. 176.

22. Calleja (2009), pág. 301.

23. Cobelas (2004), pág. 176.

24. Calleja (2009), pág. 299.

25. Pérez (2016).

26. Cobelas (2004), pág. 178.

27. [Ibíd.](#), pág. 179.

28. Pérez (2016).

29. Muñoz (2006), pág. 85.

30. *Ibíd.*, pág. 81.

### 31. Entrevista con Jesús Fernández de la Vega.

32. Rao (2014).

33. Más sobre el experimento de Uriage, en Judt (2016), págs. 92-113.

34. Oria (2013), pág. 16.

35. Transcripción del manuscrito de la conferencia que Maritain dictará en Nueva York, el 29 de diciembre de 1949, en la reunión anual de la Asociación Americana de Ciencias Políticas.

36. Para saber más en profundidad sobre el tipo de democracia defendida por Maritain, véase Maritain (1939).

37. Judt (2016), págs. 110-115. Para saber más sobre la República de Uriage es recomendable leer el libro entero.

### 38. Entrevista con Javier García Fernández.

39. Ruiz-Giménez (2013), págs. 57-58.

#### 40. Entrevista con Javier García Fernández.

41. Aranguren (1968), pág. 21.

42. Muñoz (2006), pág. 97.

43. [Ibíd.](#)

44. *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 38, Alfonso Carlos Comín, «Dos inspiradores del diálogo: Mounier y Machado».

45. Muñoz (2006), págs. 199-200.

46. *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 53, José Aumente, «Sobre el nuevo libro de José M. González Ruiz».

47. *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 121, Juan M. Bandrés, «Chile a encuesta».

48. *Cuadernos para el Diálogo*, n.º 117. Editorial. «Acontecimientos del 1.º de mayo».

49. Muñoz (2006), pág. 105.

50. Así me lo contaron numerosos entrevistados: Román Oria, Abilio Villena, Juan Ruiz, etcétera.

51. Anécdota contada por Juan Ruiz.

52. Tubau (1979).

53. Tubau (1984), pág. 135.

54. Puertas (2003), pág. 269.

55. Tubau (1979).

56. Molina Foix (2017), pág. 99.

57. *Ibíd.*, pág. 124.

58. Las tres citas anteriores aparecen en Molina Foix (2017), págs. 100-101.

## 59. Entrevista con Vicente Molina Foix.

60. Tubau (1984), pág. 135.

61. Beauvoir (1963): *La force des choses* (págs. 344-345).

## 62. Entrevista con José Luis Sauquillo.

63. Así me lo contó una de sus mejores amigas, Mercedes Lozano.

64. La historia de la limosna la cuenta Antonio Gómez en la siguiente entrada de su blog: En Memoria y Llor de José Manuel Brabo Castells, Cachas.

65. La información sobre el Cachas procede de numerosos testimonios y entradas de blog. Entre las entrevistas que he realizado sobre su persona y me han ayudado a dibujar su perfil, han sido de ayuda especial las de Tomás Duplá, que tocaba la guitarra con él, Mercedes Lozano, Juan Cristóbal González y Jesús Fernández de la Vega. Además, me he servido de los blogs de Fernando González Lucini y Antonio Gómez, así como de los artículos de Rafael García-Purriños en la Fonoteca y de Marcos Ordóñez en *El País*.

66. Así lo cuenta en el blog de Fernando González Lucini. 2 de noviembre de 2012.

67. Díaz Viana (1981), págs. 28-32.

68. El fragmento del manifiesto está en el blog Fernando González Lucini. 2 de noviembre de 2012.

69. Rafael García-Purriños. 13 de abril de 2008. *La Fonoteca*.

70. Sauquillo (2000), pág. 71.

71. Cárdenas (2011).

72. Declaraciones de Sisa a Marcos Ordóñez en *El País*.

73. *El País*, 5 de marzo de 2013. Marcos Ordóñez.

74. Entrevista con Mercedes Lozano.

75. Para saber más sobre este tema, véase aquí: Rodríguez (2006), pág. 464.

## 76. Entrevista con Paquita Sauquillo.

## 77. Entrevista con Héctor Maravall.

78. Rodríguez (2006), págs. 468-469.

79. Toda la información sobre el aula de Poesía y los poemas de Enrique y Javier viene dada principalmente por Javier Lostalé. Margot Ruano ha corroborado algunos de los puntos.

80. Entrevista con Mercedes Lozano.

#### *4. El FLP y el revolucionario profesional*

1. Cobelas (2004), pág. 186.

## 2. Entrevista con José María Mohedano.

3. Todo el viaje de Lola a París con sus amigas me lo contó Mercedes Lozano, que estuvo en la capital parisina con Lola.

4. Toda la información de Enrique en París proviene de tres personas que estuvieron en el viaje con él: Javier García Fernández, Jesús Fernández de la Vega y Ramón Larraya.

5. Fotografía del Archivo personal de Margot Ruano.

6. Expediente de Enrique Ruano. Archivo Universidad Complutense de Madrid.

7. Fillioud, Patrick (2016), pág. 286.

8. Película de Jean-Luc Godard. *La chinoise*.

9. Sauquillo (2000), pág. 85.

10. Para más información, véase Judt (2016).

## 11. Entrevista con Ignacio Muñagorri.

12. Recalde (2004), pág. 84.

13. En el inicio de la violencia de ETA, sigo principalmente a Casals (2016), págs. 75-85.

14. Recalde (2004), pág. 195.

15. Véase Nistal (2011).

16. De la Cierva (1994), pág. 383. Véase también Nistal (2011), pág. 74.

17. Esta anécdota me la contó Tomás Duplá.

18. Así me lo contó Javier García Fernández.

19. Así me lo contó José Luis de Zárraga.

20. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Juan Ruiz, Héctor Maravall, etcétera.

## 21. Entrevista con José Luis de Zárraga.

## 22. Entrevista con Damián Tapia y Julia Marchena.

## 23. Entrevista con Julia Marchena.

## 24. Entrevista con Héctor Maravall.

## 25. Entrevista con Abilio Villena.

26. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Román Oria, Ángel Artola, Loli Latierra, etcétera.

27. García (2003), pág. 532.

## 28. Entrevista con Javier García Fernández.

29. Domínguez (2011), págs. 297-298.

### 30. Entrevista con Héctor Maravall.

### 31. Entrevista con José María Mohedano.

32. Domínguez, Ana (2011), pág. 174.

### 33. Entrevista con Joaquín Aparicio.

## 34. Entrevista con Abilio Villena.

## 35. Entrevista con Juan Ruiz.

36. Calleja (2009), pág. 308.

37. Blog personal de Héctor Maravall, 9 de octubre de 2017. Me ha confirmado personalmente que Lola, Enrique y Javier participaron también en todas las actividades.

38. [Blog personal de Héctor Maravall](#), 9 de octubre de 2017. Me ha confirmado personalmente que Lola, Enrique y Javier participaron también en todas las actividades.

39. Tusell (1985), págs. 691-693.

40. Los sucesos tras la muerte del Che en Madrid me los contó Héctor Maravall, que lo ha dejado escrito también en su blog personal.

41. Fillioud (2016), pág. 107.

42. El poema se encuentra en el blog personal de Héctor Maravall, en una entrada del 1 de marzo de 2018.

43. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Manuel Garí, Javier Lostalé, etcétera.

#### 44. Entrevista con Manuel Garí.

## 45. Entrevista con Javier García Fernández.

46. Calleja (2009), pág. 309.

47. La información sobre cómo se organizaban las asambleas ha sido principalmente proporcionada por Héctor Maravall. También he utilizado datos que me dieron Javier García Fernández, Román Oria, José María Mohedano y Ramón Larraya. Ha sido complementado con la información de los libros de José Álvarez Covelas y Eduardo Calleja.

48. *Gaceta Universitaria*, n.º 59, 1966.

49. Cobelas (2004), pág. 199.

50. Palabras de Elena Hernández Sandoica en un coloquio sobre la Universidad en los años sesenta en la Fundación 1º de Mayo. En Cobelas (2004), pág. 208.

51. Cobelas (2004), pág. 199.

## 52. Entrevistas con José María Mohedano y Román Oria.

### 53. Entrevistas con Román Oria y Héctor Maravall.

## 54. Entrevistas con Román Oria y Héctor Maravall.

## 55. Entrevista con Héctor Maravall.

56. Cobelas (2004), pág. 190.

57. La información sobre maoístas y trotskistas proviene principalmente de: Cobelas (2004), págs. 185-191.

58. Amorós (2014).

## 59. Entrevista con Abilio Villena.

60. Se pueden ver las diversas acciones de los anarquistas en 1968 en numerosos libros. Por ejemplo, Amorós (2014).

61. Pérez (2016).

62. Cobelas (2004), pág. 224.

63. Así lo escribe Aranguren en el prólogo a Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*.

64. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Tomás Duplá.

65. Cebrián (2016).

66. Véase Vicent (2011).

67. Jesús Aguirre, *El País*, 18 de julio de 1992.

68. *Ibíd.*

69. Así lo recuerda Álvaro Gil-Robles.

70. Todas estas reuniones me las ha contado el mismo Álvaro Gil-Robles en la entrevista que mantuvimos en la estación de Chamartín.

71. En numerosos testimonios se ha sugerido esta idea. Entrevista con Javier García Fernández, Juan Cristóbal González, Margot Ruano, Julia Marchena y muchos otros.

72. Existen numerosos testimonios. También se puede observar en las notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino, en las que Enrique dice que Lola tiene crisis continuas porque desconfía de su labor intelectual. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

73. Entrevista con Javier García Fernández.

74. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Damián Tapia o Julia Marchena. Damián Tapia me contó cómo Enrique llegaba a acusar a Javier de citar cosas que no se había leído con el objetivo de epatar.

75. Numerosas entrevistas. Abilio Villena, Román Oria, Julia Marchena, etcétera.

76. Lenin (2001), pág. 36.

77. *Ibíd.*

78. Lenin (1972).

79. Semprún (1997), págs. 11-33.

80. Domínguez (2011), pág. 193.

81. Castilla del Pino (2004).

82. Marx (1976), pág. 576.

83. En general, he seguido el libro de Jeffries sobre la parte de la Escuela de Frankfurt: (2016), págs. 1-13.

84. Stuart (2016), págs. 1-13.

85. Entrevista con Margot Ruano.

86. Entrevista con Juan Ruiz Manero. También en Domínguez, Ana (2011), págs. 295-299.

87. Ellul (1969), pág. 69. Mencionado en el libro de Richard Pipes: *La revolución rusa*.

88. Dostoyevski (1991), pág. 64.

89. Pipes (1990), pág. 372.

90. Lenin (1974).

## *5. Enamorarse en Mayo del 68*

1. Más información en el reciente libro de Ramón González Ferriz (2018) y en Badenes (2018). También he seguido: Aron (1969), Seidman (2004), Estefanía (2018), Fillioud (2016) y Bowden (2018).

2. Existen numerosos testimonios. Entrevista con Juan Ruiz, Héctor Maravall, Cristina Almeida, etcétera.

3. Cobelas (2004), pág. 196.

4. [Ibíd.](#)

5. Existen numerosos testimonios: Julia Marchena, Damián Tapia, etcétera.

6. Pando (2005).

7. El texto se puede encontrar en el número 52, enero de 1968, de la revista *Cuadernos para el Diálogo*, pág. 13.

8. Así se reflejaría en los pocos escritos que Lola nos dejó, como el que hizo para el libro homenaje de Enrique Ruano en 2009.

## 9. Entrevista con Julia Marchena e Ignacio Muñagorri.

## 10. Entrevista con Ignacio Muñagorri.

11. Pando (2005), pág. 422.

12. Calleja (2009), pág. 332.

13. Entrevista de Jean-Paul Sartre a Daniel Cohn-Bendit, 20 de mayo de 1968. DDOOS, Asociación de amigos del arte y la cultura de Valladolid.

14. Fillioud (2016).

15. Calleja (2009), pág. 309.

16. «Las acciones del 30 de abril y del 1 de mayo», OU del PCE, Comité de Ciencias Políticas y Económicas, Archivo del PCE. Sección ME 2/3.8.1.

17. Cobelas (2004), pág. 226.

18. Amorós (2014).

19. Calleja (2009), pág. 309.

20. Oria (2013), pág. 97.

21. Cobelas (2004), pág. 226.

22. *La Vanguardia Española*, 1 de febrero de 1968.

23. Cobelas (2004), pág. 226.

24. Ruiz-Giménez (2013).

25. Cobelas (2004), pág. 227.

## 26. Entrevista con Román Oria.

27. Calleja (2009), pág. 310.

28. *Gaceta Universitaria*, n.º 95, 15 de febrero de 1968 (pág. 5).

29. Calleja (2009), pág. 313.

30. Informe de «Aurelio» (Romero Marín) sobre las consecuencias que han tenido las medidas del Gobierno relacionadas con la Universidad (13 de febrero de 1968), en AH.PCE.

### 31. Entrevista con Javier García Fernández.

## 32. Entrevista con Román Oria.

33. Cobelas (2004), pág. 225.

## 34. Entrevista con Fernando Savater.

35. *Abc*, 10 de marzo de 1968.

36. Crónica de *Abc* del 10 de marzo de 1968.

37. Para lo que ocurrió en la conferencia de Servan-Schreiber, he utilizado los libros de Cobelas y Calleja sobre la época. También, el testimonio de personas que estuvieron allí como Fernando Savater, Manuel Garí y Jaime Pastor. Por último, la prensa de la época, especialmente el *Abc*.

38. Fillioud (2016), pág. 347.

39. *Ibíd.*

40. Cobelas (2004), pág. 231.

41. [Ibíd., pág. 232.](#)

42. *Pueblo*, 25 de marzo de 1968.

43. Cobelas (2004), pág. 232.

44. Calleja (2009), pág. 320.

45. *Bild Zeitung*, 12 de febrero de 1968.

46. Calleja (2009), pág. 321.

47. Judt (2016).

48. *Ibíd.*, pág. 569.

49. Pérez (2016).

50. Hay numerosos testimonios de personas que afirman haber participado en los comandos como miembros del FLP, pero nadie que haya visto a Lola, Enrique o Javier. Sin embargo, es altísimamente probable que estuvieran, y que, en ese caso, Lola y Enrique hubieran sido de los más activos.

## 51. Entrevista con José Luis de Zárraga.

52. Cobelas (2004), pág. 235.

53. Hay una multitud de referencias al respecto. Entrevistas a Jaime Pastor, Manuel Garí o Román Oria.

54. Entrevista de Jean-Paul Sartre a Daniel Cohn-Bendit, 20 de mayo de 1968. DDOOS, Asociación de amigos del arte y la cultura de Valladolid.

55. *Ibíd.*

56. Domínguez (2011), pág. 191.

57. Congreso: *Las otras protagonistas de la Transición: Izquierda radical y movilizaciones sociales*. Sesión 21: organizaciones trotskistas y movimiento comunista. 24 de febrero de 2017.

58. *El País*, 15 de enero de 2012.

59. *Abc*, 24 de febrero de 1968.

60. *Viento Sur*, 27 de abril de 2008.

61. Calleja (2009), pág. 331.

62. Cobelas (2004), pág. 219.

63. Martínez et al. (1999), pág. 162.

64. Cobelas (2004), pág. 220.

65. Calleja (2009), pág. 311.

66. San Martín (1983), pág. 21.

67. Medina (1996), pág. 25.

68. Calleja (2009), pág. 311.

69. *Vanguardia. Portavoz de la Organización Universitaria de Madrid del PC, 26-4-1970* (págs. 9-10).

70. Calleja (2009), pág. 311. Informe sobre el Cuerpo General de Policía dentro de la Universidad (diciembre de 1960). AH, PCE.

## 71. Entrevista con Jaime Pastor.

72. Así lo cuenta Antonio Elorza, el que fuera marido de Marta Bizcarrondo, en su reciente autobiografía. Elorza (2018).

73. *El País*, 27 de abril de 2008.

74. *El País*, 19 de mayo de 2018. Carlos Berzosa me contó cuando le entrevisté que era cierto que la Reina se había quedado atrapada en la manifestación, y que ella misma se lo había confirmado.

75. Blanco (2017).

76. Domínguez (2011), pág. 191.

77. Han admitido haber participado en comandos Damián Tapia, Juan Ruiz, Héctor Maravall o Abilio Villena. Aunque algunos de los entrevistados han preferido negar la existencia de los mismos (o su participación), todos los indicios apuntan a que estaban allí. Además, es altísimamente probable que Lola, Enrique y Javier también participaran, pues era algo que hacían la inmensa mayoría de los *felipes*.

78. Domínguez (2011).

79. Existen numerosos testimonios: Jesús Fernández de la Vega, Ramón Larraya, Román Oria, Javier García Fernández, Margot Ruano, Juan Ruiz, Damián Tapia, etcétera.

80. Cobelas (2004), pág. 198.

## 81. Entrevista con Manuel Garí.

82. *Viento Sur*, n.º 133, abril de 2014.

### 83. Entrevista con Manuel Garí.

84. Entrevista con Javier García Fernández.

85. Entrevista con Margot Ruano. En el Archivo personal de Margot Ruano información sobre la moto.

86. Entrevista con Javier García Fernández.

87. Notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

88. Existen múltiples testimonios. Julia Marchena, Abilio Villena, Margot Ruano y muchos más coinciden.

89. Notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino. Archivos de Margot Ruano Casanova.

90. Entrevista con Julia Marchena.

91. Entrevista con Héctor Maravall. Existen numerosos testimonios como Román Oria, Javier Lostalé, etcétera.

92. Existen numerosos testimonios como Damián Tapia, Juan Ruiz, Héctor Maravall, Julia Marchena, etcétera.

### 93. Entrevista con Damián Tapia.

94. Notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino. Archivos de Margot Ruano Casanova.

95. Existen numerosos testimonios como Julia Marchena o Damián Tapia.

96. Toda la información de la relación entre Enrique y Javier proviene de varias fuentes: Damián Tapia, Juan Ruiz, Julia Marchena, Héctor Maravall, Javier Lostalé, Román Oria, Margot Ruano, etcétera. Además, han sido utilizadas las notas que escribió Enrique a Carlos Castilla del Pino explicando cómo se sentía, y los libros de referencia sobre Enrique.

97. Hay múltiples referencias de todo esto. Por un lado, las notas a Carlos Castilla del Pino. Por otro lado, lo que dice el psiquiatra en sus memorias *Casa del Olivo* respecto a Enrique Ruano. Por último, múltiples testimonios atestiguan esta manera de relacionarse de Lola y Enrique.

98. Sobre la personalidad de Lola, he utilizado testimonios diferentes para ir haciéndome una composición de lugar. Especialmente, Margot Ruano, Soledad, Antonio Gallifa, Juan Cristóbal González, Héctor Maravall, Chusa, Antonio Sama, Julia Marchena, Mercedes Lozano, Abilio Villena, etcétera.

99. Aunque es algo posterior al drama de nuestros protagonistas, la película *La mamá y la puta*, de Jean Eustache, muestra todas las complejidades sentimentales en las que estaban envueltos los jóvenes revolucionarios que abogaban por la liberalización absoluta de las costumbres y el amor libre.

## *6. La caza del obrero y la depresión*

1. Cobelas (2004), pág. 235.

2. Expedientes policiales, Enrique Ruano Casanova. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 12473 P. Archivo Histórico Nacional.

3. Todas las declaraciones de Enrique cuando fue detenido están en su expediente policial. Expedientes policiales, Enrique Ruano Casanova. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 12473 P. Archivo Histórico Nacional.

4. Cobelas (2004), pág. 249.

5. Así me lo han contado numerosos testimonios, y en concreto personas como Jesús Fernández de la Vega, Margot Ruano, Mercedes Lozano y José María Mohedano.

## 6. Entrevista con Jesús Fernández de la Vega.

## 7. Entrevista con Margot Ruano.

## 8. Entrevista con Mercedes Lozano.

9. Sabemos que estuvo en San Sebastián porque Tomás Duplá se lo encontró cuando hizo su viaje con el Cachas.

10. Anécdota contada por Ignacio Muñagorri.

## 11. Entrevista con Héctor Maravall.

## 12. Entrevista con Héctor Maravall.

### 13. Entrevista con Héctor Maravall.

14. Jesús Aguirre, *El País*, 18 de julio de 1992.

15. Todos los detalles que he utilizado sobre la carta que escribió inicialmente Enrique a Castilla del Pino aparecen en la autobiografía de este último: Castilla del Pino (2004), págs. 359-362.

16. Castilla del Pino (2004), págs. 359-362.

17. Así aparece en la autobiografía de Carlos Castilla del Pino mencionada.

18. Así aparece en la autobiografía de Carlos Castilla del Pino mencionada.

19. García (2003), pág. 536.

20. Expediente policial de Enrique Ruano. *Fondos contemporáneos, Ministerio del Interior*, 12743 P. Archivo Histórico Nacional.

21. Domínguez (2011): *Enrique Ruano: memoria viva de la impunidad del franquismo*. Madrid: Complutense (pág. 296).

22. *Viento Sur*, n.º 133, abril de 2014.

23. Cobelas (2004), pág. 297.

24. Domínguez (2011), pág. 192.

25. Cobelas (2004), pág. 220.

26. Calleja (2009), pág. 337. Hoja de la FUDE sobre las movilizaciones de masas (17 de octubre de 1968). AH.PCE. Intelectuales, movimiento estudiantil.

27. Existen numerosos testimonios. Javier Lostalé, Javier García Fernández, Jesús Fernández de la Vega, Héctor Maravall, Juan Ruiz, etcétera.

28. Sobre José Bailo en Valencia y su reunión con la cúpula del PCE en París, he seguido principalmente el siguiente libro: Tejada (2011), págs. 339-343.

29. Escrito de José Bailo, s/f, JMENAE, Causa 598/1962.

30. Domínguez, Ana (2011), pág. 167.

### 31. Entrevista con José Luis de Zárraga.

32. Numerosos testimonios. José Luis de Zárraga, Ángel Artola, Loli Latierro, Román Oria. También en Oria (2013), pág. 32. Entrevista con Román Oria.

33. Domínguez (2011), pág. 174.

34. [Ibíd.](#), pág. 167.

35. Sobre el FLP y los obreros, sigo principalmente varios puntos del siguiente libro:  
Cobelas (2004), págs. 251 y 180.

36. Discurso de José Luis Cuerda por la condecoración con la Medalla de Honor de la Universidad Carlos III.

37. Así lo declara Jose Luis de Zárraga en Espín (2018).

38. Declaraciones de José Luis de Zárrega en la misma entrevista.

39. Domínguez (2011), pág. 174.

40. Notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino. Archivos de Margot Ruano Casanova.

41. *Viento Sur*, n.º 133, abril de 2014.

42. Notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino. Archivos de Margot Ruano Casanova.

43. Entrevista con Margot Ruano.

44. Así lo declara su padre en el sumario 1969-1971 abierto en el caso de Enrique Ruano.  
Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

45. Calleja (2009), pág. 307.

## 46. Entrevista con Francisco Pereña.

47. Leguina et al. (2000), pág. 95.

48. *Ibíd.*

49. Este documento aparece citado en Leguina et al. (2000), págs. 96-107. He creído que merecía la pena copiar una cita tan extensa, pues el documento muestra claramente qué podían esperar nuestros protagonistas si eran detenidos.

## 50. Entrevista con Manuel Garí.

51. Existen numerosos testimonios: Javier Lostalé, Román Oria, Margot Ruano, Paquita Sauquillo, etcétera.

52. Díaz et al. (2017), pág. 119.

### 53. Entrevista con Abilio Villena.

54. Discurso de José Luis Cuerda por la condecoración con la Medalla de Honor de la Universidad Carlos III.

## 55. Entrevista con Cristina Almeida.

56. *Pueblo*, 21 de noviembre de 1968.

57. Sobre los juicios críticos hablé especialmente con Román Oria, Ramón Larraya, Héctor Maravall y Juan Ruiz. Otras personas como Julia Marchena, Juan González Cristóbal, Ignacio Muñagorri y Margot Ruano también me comentaron algunas cosas sobre ellos.

58. Cobelas (2004), pág. 240. *Pueblo*, 5 de diciembre de 1968. «El Rector se explica».

59. Muñoz (2006), pág. 41.

60. La información principal sobre los juicios críticos proviene de cuatro participantes en los mismos, que coincidieron con nuestros protagonistas en algunos de ellos. Se trata de Ramón Larraya, Héctor Maravall, Román Oria y Juan Ruiz.

61. *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura* (1986). Número dedicado a Elías Díaz (pág. 9).

62. Oria (2013), pág. 99.

63. Entrevista con Abilio Villena, Román Oria. También en Oria (2013), pág. 99.

64. Oria (2013), pág. 99.

65. Así me lo aseguró personalmente Abilio Villena en la entrevista que mantuvimos en Ferrol en julio de 2017.

66. Servicio de Prensa. Resumen de prensa internacional sobre España. 1 de septiembre de 1969, n.º 275.

67. Castilla del Pino (2004), pág. 359.

68. Jesús Aguirre, *El País*, 18 de julio de 1992.

69. Castilla del Pino (2004), pág. 359.

70. Sumario 1969-1971 Enrique Ruano. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

71. Entrevista con Margot Ruano.

72. *El País*, 18 de enero de 2009.

73. Castilla del Pino (2004), pág. 359.

74. García (2003), pág. 536.

75. Castilla del Pino (2004), pág. 360.

76. Sumario 1969-1971 Enrique Ruano. Declaración Carlos Castilla del Pino. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

77. Notas de Enrique Ruano a Carlos Castilla del Pino. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

78. Entrevista con José María Mohedano.

79. Entrevista con Jesús Fernández de la Vega.

80. Todas las notas a Carlos Castilla del Pino de Enrique Ruano están en Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova. Fue Margot quien me las cedió muy amablemente tras una serie de entrevistas que mantuvimos en Madrid durante 2016 y 2017. Muchas de ellas coinciden con las que publicó *Abc* espuriamente para tratar de probar que el estudiante se había suicidado.

81. Numerosos testimonios coinciden. Margot Ruano, Jesús Fernández de la Vega, Abilio Villena, etcétera.

82. Más sobre la relación amo/esclavo de Kojève en Judt (2016), págs. 94-96.

83. García (2003), pág. 536.

84. La referencia a los suicidios entre los jóvenes de esa época aparece, por ejemplo, en el siguiente libro: Labrador (2017), pág. 224.

85. Castilla del Pino (2004).

86. Sumario de Enrique Ruano. Declaración de Carlos Castilla del Pino. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

87. García (2001), pág. 248.

## *7. A finales de enero (I)*

1. Mesa (2006), pág. 7.

2. Calleja (2009), pág. 340.

3. García (2003), pág. 537.

4. *Abc*, 18 de enero de 1968.

5. Decreto-ley 8/1968, de 3 de agosto, por el que se declara el estado de excepción en la provincia de Guipúzcoa.

6. Toda la información sobre Ángel Artola y Loli Latierro me fue dada por ellos mismos en la entrevista que mantuvimos en San Sebastián.

7. Expedientes policiales, Enrique Ruano Casanova. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 12473 P. Archivo Histórico Nacional.

## 8. Entrevista con Damián Tapia.

9. García (2003), pág. 537.

10. Entrevista con Abilio Villena. También en Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

11. En una entrevista a Julio Antonio García Alcalá, declararí­a que no habían repartido ninguna octavilla, y que fueron detenidos azarosamente. Sin embargo, esto no coincide con lo que Abilio Villena, otro de los detenidos, me dijo en su entrevista.

12. *Abc*, 21 de enero de 1969. Nota de la DGS facilitada a la agencia Cifra.

### 13. Entrevista con Abilio Villena.

14. García (2003), pág. 535.

15. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional. Expedientes policiales, Enrique Ruano Casanova. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 12473 P. Archivo Histórico Nacional.

16. García, Julio Antonio (2003), pág. 546.

## 17. Entrevista con Abilio Villena.

18. Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

## 19. Entrevista con Abilio Villena.

20. Sauquillo, Paca (2000), pág. 94.

21. *El País*, 18 de enero de 2009.

22. [Ibíd.](#)

23. [Ibíd.](#) También en el testimonio de Lola en el documental *Punto final*.

24. García (2003), pág. 537.

25. [Ibíd.](#)

26. Entrevista con Margot Ruano. Ella cree que es posible que le hubieran sometido a torturas de más baja intensidad.

27. Entrevista con Margot Ruano. También en el documental *Punto final*.

28. Así puede verse en la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

29. Véase Sumario de Enrique Ruano / Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

30. Puede encontrarse más información en: Domínguez (2011), pág. 276.

31. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

32. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.  
Numerosos testimonios.

### 33. Entrevista con Javier García Fernández.

34. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

35. En adelante, sigo el Sumario de Enrique Ruano y toda la información contenida en el mismo. Archivo Personal de Margot Ruano Casanova.

36. Véase Sumario de Enrique Ruano / Archivo personal de Margot Ruano Casanova. También Domínguez (2011), pág. 283 También el testimonio del abogado de la familia de Enrique Ruano, José Manuel Gómez Benítez conjuntamente con la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

37. Los anteriores son dos argumentos utilizados por el voto particular en la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996). Creo que son bastante verosímiles.

38. Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

39. Véase Sumario de Enrique Ruano / Archivo personal de Margot Ruano Casanova. También Domínguez (2011), pág. 283. También el testimonio del abogado de la familia de Enrique Ruano, José Manuel Gómez Benítez conjuntamente con la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

40. Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

41. Esta declaración aparece recogida en el artículo de *El País* del día 3 de julio de 1996.

42. *El País*, 14 de julio de 1992. También en las entrevistas a Bonifacio de la Cuadra y a José Manuel Gómez Benítez.

43. *El País*, 14 de julio de 1992. También en las entrevistas a Bonifacio de la Cuadra y a José Manuel Gómez Benítez. Véase asimismo Domínguez (2011).

44. Así lo dijo Carlos Castilla del Pino durante el juicio. Para la referencia, por ejemplo, véase la noticia de Bonifacio de la Cuadra en *El País* del día 3 de julio de 1996.

45. Las dos citas anteriores son de la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

46. Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

47. Acerca de la herida y las citas de los informes de los diversos doctores, véase la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996). He consultado con frecuencia el Sumario de Enrique Ruano que me fue proporcionado del Archivo personal de Margot Ruano.

48. Mismas referencias que anteriormente.

49. Mismas referencias que anteriormente.

50. Entrevista con José Manuel Gómez Benítez.

51. Hay numerosos testimonios de esto. Lo cuenta Carlos Castilla del Pino en sus memorias, y el mismo Peces-Barba lo dijo en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en *El País*, 3 de julio de 1996.

52. Sobre la negación de Enrech de ir a declarar, véase el capítulo de José Manuel Gómez Benítez en Domínguez (2011). (Las dos citas son de la pág. 284.) También me ayudó mucho la entrevista que mantuve con José Manuel Gómez Benítez.

53. Las declaraciones concretas de Enrech entrecomilladas pueden verse también en *El País*, 4 de julio de 1996. He basado esta parte de la información en el sumario del caso de Enrique Ruano y en los artículos periodísticos que cubrieron el juicio. Además, cuando me faltaba información he utilizado lo que me dijeron en las entrevistas tres personas que estuvieron directamente involucradas en el caso: José Manuel Gómez Benítez, abogado de la familia Ruano, Margot Ruano, la hermana de Enrique, y Bonifacio de la Cuadra, autor de los artículos de *El País* que siguieron el juicio.

54. Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

55. Se pueden encontrar las declaraciones del doctor Parra en *El País*, 4 de julio de 1996.

56. Estas dos posibilidades aparecen en la sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

57. Se recomienda leer la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996) para tener más información al respecto. Los entrecomillados de este párrafo son de la misma.

58. Más información sobre la argumentación del voto particular en la Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

59. Voto particular de la sentencia anteriormente citada.

60. Se puede ver más sobre este asunto en el voto particular. Además, es interesante mostrar que en este aspecto coincidimos en la apreciación que hace José Manuel Gómez Benítez sobre lo que pasó en el piso antes de la muerte de Enrique.

61. Estos informes son citados en el voto particular de María José de Vega Llanes. Véase la sentencia citada anteriormente.

62. Véase más información en la sentencia.

63. Sentencia.

64. Voto particular de María José de Vega Llanes.

65. Entrevista con José Manuel Gómez Benítez.

66. Voto particular de María José de Vega Llanes.

67. Como puede verse en la esquila de *Abc*, falleció el 8 de noviembre de 2017.

68. Así lo afirma Abilio Villena, que estaba detenido junto a los mismos. También lo dijo Lola en varias ocasiones, como en una entrevista a *El País* y en la que le hizo Julio Antonio García Alcalá.

## 69. Entrevista con Francisco Pereña.

70. Así me lo han contado las dos personas que mejor pueden saberlo: Ángel Artola y Loli Latierro, que estaban en el piso de Enrique. Toda la información sobre el estado del piso y cómo habían acabado allí me fue proporcionada por ellos también.

71. Estos puntos me han sido asegurados por los dos, y no hay ningún motivo para sospechar de ellos, que son quienes mejor pueden saber esta información.

72. Así puede verse, por ejemplo, en Casals (2016), págs. 80-87.

73. Entrevista con Ángel Artola y Loli Latierro.

74. Casals (2016), pág. 83.

75. *Ibíd.*

76. Por ejemplo, José Ramón Recalde, también vinculado al FLP y a nuestros protagonistas. Recalde (2004), pág. 84.

77. Entrevista con Ángel Artola y Loli Latierro.

78. Domínguez (2011), pág. 283.

79. Batista (2015).

80. Christie (2003). Traducción del autor.

81. Cuando le pregunté a Stuart Christie por correo sobre este asunto, me dijo que no lo recordaba. Es comprensible que no se acuerde debido al paso del tiempo y la cantidad de policías que había allí.

82. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

83. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

84. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

85. Blog de José Luis Uriz Iglesias, *Peleano a la contra*, 19 de julio de 2013.

86. Para más información sobre las irregularidades cometidas: Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova. Domínguez (2011), pág. 278.

87. Sentencia n.º 308/96 de la Audiencia Provincial de Madrid (19 de julio de 1996).

88. Sartorius et al. (1999), pág. 241.

89. Semprún (1997), pág. 197.

90. Sorprendentemente, según cuenta Jorge Semprún, el único que creyó posible la hipótesis posterior del suicidio fue Santiago Carrillo, que conocía el pasado de Grimau y, por tanto, que sería sometido a un tratamiento especial de torturas (*Autobiografía de Federico Sánchez*, Jorge Semprún).

91. *El País*, 20 de abril de 2005.

92. Artículo aparecido en *Le Monde*, 17 de abril de 1963.

93. Del Águila Torres (2012).

94. Del Águila Torres (2015).

95. Del Águila Torres (2012).

96. Rodríguez Martín, Nuria. «La Repercusión del Caso Grimau en la Prensa española e internacional». *Comunicaciones del II Congreso*.

97. *Ibíd.*

98. Fraga (1980), págs. 69-70.

99. Torres (2015).

100. *Abc*, 20 de abril de 1963.

101. *La Vanguardia*, 20 de abril de 1963.

102. *Arriba*, 25 de abril de 1963.

103. *Ibíd.*

104. *Ayer*, Jerez, 23 de febrero de 1963.

105. *Ibíd.*

106. Todos los entrecomillados del párrafo siguiente que no están anotados son de la carta que mandó Manuel Fraga Iribarne a José Manuel Caballero Bonald. Esta carta fue encontrada en la página web homenaje a Moreno Barranco. Se puede acceder a la carta a través del siguiente link:  
<[http://www.heterodoxias.com/manuelmoreno/CARTA\\_FRAGA.pdf](http://www.heterodoxias.com/manuelmoreno/CARTA_FRAGA.pdf)>.

107. Cobelas (2004), pág. 175.

108. Domínguez (2011).

109. Nota de la Dirección General de Seguridad. 21/1/1969. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 14.

110. Carta a Torcuato Luca de Tena de estudiante anónimo. 21/1/1969. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 13.

111. Así aparece en numerosos lugares. Por ejemplo, Domínguez (2011), págs. 45-46, 293 y 104).

112. *Abc*, 22 de enero de 1969.

113. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 41.

114. Sumario de Enrique Ruano 6/69. Archivo personal Margot Ruano Casanova.

115. Sumario de Enrique Ruano 6/96. Archivo personal Margot Ruano Casanova.

116. Sumario de Enrique Ruano 6/96. Archivo personal Margot Ruano Casanova.

117. Sumario de Enrique Ruano 6/96. Archivo personal Margot Ruano Casanova.

118. Sumario de Enrique Ruano 6/96. Archivo personal Margot Ruano Casanova.

119. Fraga Iribarne (1980), pág. 240.

120. Testimonio de José María Mohedano. *El País*, 18 de enero de 2009. Así aparece también en Espín (2018). Ciertamente, ese libro está lleno de incorrecciones en lo referente a Enrique Ruano y se pueden contabilizar decenas de errores en las escasas páginas que dedica a la muerte del estudiante.

121. Así me lo aseguró Margot cuando le pregunté por este asunto en particular.

[122](#). Noticia aparecida en *Público*, el 22 de enero de 2012. Margot Ruano me ha confirmado que eso ocurrió exactamente así, dándome numerosos detalles acerca de cómo vivió esa llamada y cómo le afectó.

123. De nuevo, mi fuente principal es el testimonio de Margot. Pero la frase literal aparece en la noticia de *Público* anteriormente reseñada.

124. Testimonio de Margot Ruano.

125. Numerosos testimonios. José Luis de Zárraga, Margot Ruano, etcétera. También varias referencias en web y periódicos.

126. Amat (2016), pág. 391.

127. *Los nuevos liberales. Florilegio de un ideario político* (pág. 5-8).

128. Amat (2016), pág. 392.

[129](#). Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 17.

130. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 18.

131. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 19.

[132](#). Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 20.

133. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 26.

134. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 21.

135. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 25.

136. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 22.

137. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 24.

138. Entrevista con Javier Lostalé.

139. Tejada, Sergio (2011): *Zonas de libertad (vol. II): Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1965-1975)* (vol. 2). Universitat de València (pág. 202).

140. *Acción Estudiantil*. Número de enero de 1969. En la exposición «Letras Clandestinas» en la Imprenta Municipal. Madrid.

141. Domínguez (2011), pág. 50.

142. *Abc*, 23 de enero de 1969.

143. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 30.

[144](#). Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 29.

145. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 27.

146. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 34.

147. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 35.

148. *Diario SP*, 23 de enero de 1969.

149. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 28.

150. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 28.

151. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 28.

152. *Abc*, 24 de enero de 1969.

153. Juan, Lázaro: «Aproximación al Teatro de Julián Ayesta». *Don Galán. Revista de Investigación Teatral*.

154. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 49.

155. Cerón (1985).

156. Así lo declaró Elías Díaz en una entrevista que le hicieron para la Revista de la Universidad Autónoma de Madrid.

157. Cobelas (2004), pág. 275.

158. Calleja (2009), pág. 340.

159. Entrevista con José María Mohedano.

160. Domínguez (2011), pág. 296.

161. Entrevista con Fernando Savater en su casa.

162. Elorza (2018).

163. Entrevista con Alfredo Pérez Rubalcaba en su despacho de la Universidad Complutense de Madrid.

164. *El País*, «Jesús Aguirre era pura ficción». 28 de enero 2011.

165. Morán (2015).

166. Riera (2002), pág. 46.

167. Ruiz-Giménez (2013), pág. 188.

168. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

169. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

170. Ruiz-Giménez (2013).

171. Entrevista con Margot Ruano.

172. Poema de Francisco García Marquina escrito el mismo día de la muerte de Enrique.  
Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

173. Domínguez (2011), pág. 310.

174. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 48.

175. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 48.

176. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 48.

177. *El País*, 14 de julio de 1992. Entrevista con Bonifacio de la Cuadra.

178. Copia Digital del Archivo de Torcuato Luca de Tena. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 34 / caja 1 / documento 37.

179. Entrevista con Margot Ruano.

180. Calleja (2009), pág. 341.

181. Cobelas (2004), pág. 276.

182. Calleja (2009), pág. 341.

183. Entrevista con Antonio Jiménez.

184. Sobre todas las manifestaciones ocurridas, Cobelas (2004), pág. 278.

185. Entrevista con Manuel Garí.

186. Congreso: *Las otras protagonistas de la Transición: Izquierda radical y movilizaciones sociales*. Sesión 21: organizaciones trotskistas y movimiento comunista. 24-2-2017

187. Numerosos testimonios. Joaquín Leguina, Héctor Maravall, José María Mohedano, Juan Ruiz Manero.

188. Elorza (2018).

189. Numerosos testimonios. José María de Zárraga, Ángel Artola, Loli Latierro, Juan Ruiz, etcétera.

190. Numerosos testimonios. Ángel Artola, Loli Latierro, Manuel Garí, José Luis de Zárrega, etcétera.

191. Congreso: *Las otras protagonistas de la transición: Izquierda radical y movilizaciones sociales*. Sesión 21: organizaciones trotskistas y movimiento comunista. 24 de febrero de 2017.

192. Entrevista con Antonio Sama y Chusa. Otras personas me han negado que esto pudiera pasar y que Lola siempre estuvo en contra de cualquier utilización de la violencia. Es difícil hacer una valoración de los distintos testimonios en este punto. Aunque parece claro que durante la inmensa mayoría de su militancia política se mostró contraria a la violencia, es posible que en determinados momentos Lola pudiera acceder a colocar un explosivo que no tuviera como objetivo causar víctimas mortales.

193. Entrevista con Juan Ruiz.

194. *Viento Sur*, 29 de julio de 2011.

195. Causa et al. (2014).

196. Algunos de los militantes del FLP que se encontraban en el extranjero, ya fuera estudiando, en el exilio o trabajando, vieron a su vuelta que la organización a la que pertenecían había desaparecido sin que nadie les avisara. Por ejemplo, éste fue el caso de José Álvarez Junco según cuenta en una conversación con Paloma Aguilar, Mercedes Cabrera y Miguel Martorell en el libro *Pueblo y nación. Homenaje a José Álvarez Junco*. Algunos entrevistados me han dicho que les pasó algo parecido a pesar de encontrarse en Madrid. Esto se debió, por una parte, al impostado secretismo de la organización y, por otra, a la atosigante presión policial a la que eran sometidos tras la declaración del estado de excepción.

197. Ibáñez (1990).

198. Domínguez (2011), pág. 315.

199. *Ibíd.*

200. Calleja (2009), pág. 342.

## *8. Primera resurrección y matrimonio*

1. Ruiz-Giménez (2013).

2. Todas las declaraciones de Lola, tanto las entrecomilladas como las parafraseadas, están recogidas en el sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Declaración de Dolores González Ruiz. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

3. Cabrero Blanco et al. (2013).

4. Numerosos testimonios. Héctor Maravall, Juan Ruiz, José María Mohedano, Ramón Larraya, Jesús Fernández de la Vega.

5. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

6. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

7. Hay numerosos testimonios al respecto.

8. Notas a Carlos Castilla del Pino de Enrique Ruano. Sumario de Enrique Ruano 1969-1971. Archivo personal de Margot Ruano Casanova.

## 9. Entrevista con Margot Ruano, Julia Marchena.

10. Entrevista con Julia Marchena. La elección de la palabra «enorme» no ha sido casual. Responde a la palabra utilizada tanto por Julia Marchena como por Margot Ruano para describir al mismo.

11. Numerosos testimonios. Margot Ruano, Julia Marchena, Héctor Maravall, etcétera.

## 12. Entrevista con Margot Ruano.

13. Todo el encuentro con Pancho Mora y Margot Ruano en Cantabria me fue relatado por ellos mismos en una entrevista en el Círculo de Bellas Artes.

14. Pancho Mora fue quien me dio todos los datos acerca de sus encuentros con Lola durante todo ese año.

## 15. Entrevista con Ignacio Muñagorri.

## 16. Entrevista con Ignacio Muñagorri.

## 17. Entrevista con José María Mohedano.

18. Erice (2013).

## 19. Entrevista con Cristina Almeida.

20. La Abogacía Española a través de sus Congresos (1917-2013). Consejo General de la Abogacía Española.

21. Egado et al. (2018), pág. 355.

## 22. Entrevista con Javier García Fernández.

23. Gómez Alén et al. (2011).

24. Cabrero Blanco et al. (2013), pág. 46.

25. Moradiellos (2000).

26. Cabrero Blanco et al. (2013), pág. 31.

[27](#). Más información sobre el uso alternativo del derecho en Cabrero Blanco et al. (2013), pág. 32.

28. Prada (2014), págs. 37-39.

29. Memoria de la Comisión de Mujeres Letradas del Ilustre Colegio de Abogados del Señorío de Vizcaya del ejercicio 2010, para la Junta a celebrar el 25 de marzo de 2011.

30. Sobre María Luisa Suárez Roldán véase: Cabrero Blanco et al. (2013), pág. 96.

31. [Ibíd.](#)

32. [Ibíd.](#), pág. 94.

33. Erice (2013).

34. *El imprescindible Albert Fina*. Barcelona: Los libros de la Factoría, 2001 (págs. 21-23). También en Egido et al. (2018), pág. 360.

### 35. Entrevista con Mercedes Lozano.

36. Entrevista con Mercedes Lozano, Héctor Maravall y Julia Marchena.

37. Ésa es mi conclusión tras leer estudios sobre el PCE como el siguiente: Erice (2013).

38. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

39. Erice (2013).

40. *Ibíd.*

41. Para más información sobre este asunto, véase Preston (2013), págs. 275-292.

42. Así me lo contaron varias de las personas que coincidieron con Lola y Javier en el PCE durante esos años. Además, sobre Pilar Brabo se puede ver Morán (1986), págs. 489-491.

43. Sobre las posiciones de Lola y Javier en el PCE, he seguido los testimonios de las personas que estuvieron muy cerca de ellos durante ese tiempo, ya fuera porque estaban con ellos en el PCE o porque tenían gran amistad. En concreto, Tomás Duplá, Antonio Sama, Antonio Gallifa, José María Mohedano, Héctor Maravall, Javier García Fernández, Chusa, etcétera.

44. Así puede verse, por ejemplo, en la biografía que escribió Paul Preston sobre Carrillo: Preston (2013).

45. Así lo dice la misma Lola en el documental *Éramos pocas*.

46. Entrevista con José María Mohedano.

47. Entrevista con Antonio Gallifa. Esta historia también aparece en *Crónica Popular*, 5 de marzo de 2015.

48. Erice (2013).

49. Entrevista con Javier García Fernández.

50. Erice (2013).

51. Casals (2016), pág. 32.

52. Medina (2004), pág. 186.

53. Véase Casals (2016), pág. 37.

54. Me lo contó personalmente Héctor Maravall, que también lo escribió en una columna de *Nueva Tribuna*, 15 de marzo de 2015.

## 55. Entrevista con Héctor Maravall.

## 56. Entrevista con Mercedes Lozano.

57. Numerosos testimonios como el de Tomás Duplá y Cristina Almeida. Además, lo mismo aparece en diversos libros sobre el tema como Cabrero Blanco et al. (2013).

## 58. Entrevista con Cristina Almeida.

## 59. Entrevista con Javier Gómez-Acebo.

## 60. Entrevista con Tomás Duplá.

61. Entrevista con Juan María Terradillos.

## 62. Entrevista con Tomás Duplá.

### 63. Entrevista con Tomás Duplá.

64. Documental *Éramos pocas*.

## 65. Entrevista con Tomás Duplá.

66. Carbonell (2002), pág. 113.

67. *Ibíd.*, pág. 103.

68. Valcárcel (2010).

69. *Ibíd.*

70. Testimonio de Lola en el documental *Punto final*.

71. Egado et al. (2018), pág. 356.

72. Todos los casos que llevaron Lola y Javier pueden encontrarse en el *Inventario del despacho de abogados Almeida-Salorio. Testimonios de la represión laboral y política bajo el franquismo. Fundación 1º de Mayo, Archivo Historia del Trabajo*. A este respecto, también es útil leer el monográfico sobre el TOP que ha escrito Juan José del Águila Torres.

73. Del Águila Torres (1997).

74. Muñoz (2006), pág. 33.

75. Del Águila Torres (1997).

76. Egado et al. (2018), pág. 356.

77. Todos los casos que llevaron Lola y Javier pueden encontrarse en el Inventario del despacho de abogados Almeida-Salorio. Testimonios de la represión laboral y política bajo el franquismo. Fundación 1º de Mayo, Archivo Historia del Trabajo.

78. Entrevista con José María Mohedano.

79. Numerosos testimonios. Entrevista con Héctor Maravall, Margot Ruano.

80. [Blog personal de Juan Irigoyen](#). 1 de febrero de 2015.

81. Díaz et al. (2017), pág. 166.

82. Cabrero Blanco et al. (2013), pág. 232.

83. Más información sobre esta revista en: [Cabrero Blanco et al. \(2013\)](#), págs. 234-237.

84. Entrevista con José Luis Sauquillo.

85. Entrevista a Julia Marchena. Otras personas como Margot Ruano con mucho trato con Lola coinciden con este testimonio, que va en la línea de lo sugerido por numerosos entrevistados.

86. Numerosos testimonios. Soledad, Julia Marchena, Mercedes Lozano, Javier Gómez-Acebo, etcétera.

87. Entrevista con Julia Marchena.

88. Numerosos testimonios. Entrevista con Soledad. También Margot Ruano.

89. Hay numerosos testimonios sobre cómo se deprimía Lola en las fechas de finales de enero, por ejemplo su amiga Sol, Margot Ruano, etcétera.

90. Numerosos testimonios. Julia Marchena, Goya Sanz, Margot Ruano.

91. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

92. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

### 93. Entrevista con Javier García Fernández.

94. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

95. Entrevista con Margot Ruano.

96. Entrevista con Javier García Fernández y José Luis Sauquillo.

97. Entrevista con Javier García Fernández.

98. Entrevista con Juan Cristóbal González.

## *9. Crítica comunista y precursora del movimiento vecinal*

### 1. Entrevista con Tomás Duplá.

2. El cambio de Santiago Carrillo se puede ver en numerosos libros. Para lo que él pensaba, véase Carrillo (1977).

3. Semprún (1997).

4. Preston (2013), págs. 275-292.

5. Andrade (2015).

6. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

7. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

8. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

9. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

10. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

11. VIII Congreso del Partido Comunista de España: *Hacia la libertad*. Archivo Histórico Comisiones Obreras de Andalucía.

## 12. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

13. Numerosos testimonios. Así lo cuenta también Juan Irigoyen en su blog personal, 1 de febrero de 2015.

## 14. Entrevista con Antonio Sama.

15. Todos estos viajes me fueron contados por Javier García Fernández, que participó en ellos.

16. Testimonio de Lola en el documental *Punto final*.

## 17. Entrevista con Javier García Fernández.

## 18. Entrevista con Héctor Maravall.

## 19. Entrevista con Javier García Fernández.

## 20. Entrevista con Soledad.

21. [Blog personal de Juan Irigoyen](#). 1 de febrero de 2015.

22. *Crónica Popular*, 5 de febrero de 2015.

23. Carbonell (2002), pág. 103.

## 24. Entrevista con Manuel Rico.

## 25. Entrevista con José María Mohedano.

26. Para más información sobre Vallecas, véase Fernández Montes (2007).

27. Martín Santos (1962).

28. Testimonio de Matilde Fernández Montes. Documentos UNED. Documental *El urbanismo se siente, Vallecas*, 16 de marzo de 2007.

29. Para saber más, véase Valenzuela (2007).

30. Más sobre los años cincuenta en Vallecas en Fernández Montes (2007). *Vallecas, identidades compartidas, identidades enfrentadas: La ciudad, el pueblo y el campo, el suburbio y el barrio.*

31. Testimonio de Constancio de Castro. Documental *Flores de Luna*.

32. Así lo cuenta en su testimonio Ana María Rincón en el documental *Flores de Luna*.

33. Entrevista con Javier García Fernández, implicado directamente en todo el asunto.

#### 34. Entrevista con Javier García Fernández.

35. Aún hay sitios donde se recuerda la labor de Javier en Alcorcón, como la página web [alcorconrepublicano.es](http://alcorconrepublicano.es), que el 23 de enero de 2014 escribió sobre la labor de Javier en el lugar.

### 36. Entrevista con Javier García Fernández.

37. González et al. (1976), pág. 7.

38. Toda la información del libro de Lola me la contó Javier García Fernández, coautor del libro. Además, se puede leer mi entrada en el blog del periodista Daniel Capó «Los libros que no he leído» para saber más sobre el único libro que escribió Lola.

39. Casals (2016), pág. 64.

40. *Ibíd.*, pág. 65.

#### 41. Entrevista con Javier García Fernández.

42. Casals (2016), pág. 65.

43. El documento íntegro, con todos los firmantes, se encuentra en la Copia Digital del Archivo de Jesús Barros de Lis Gaspar. Archivo General Universidad de Navarra / fondo 38 / caja 14.

44. Cabrero Blanco et al. (2013), pág. 137.

45. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional. También en Expedientes policiales, Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional.

46. Del Águila (2007).

47. Pascual (2011).

48. Informe de la DGS de agosto de 1975 sobre los despachos de abogados antifranquistas. Archivo Histórico Nacional. Expedientes Policiales, legajo n.º 35. 806/08/75. Expediente 53725.

49. Erice (2013).

50. Díaz et al. (2017), pág. 235.

51. [Ibíd., pág. 237.](#)

52. Fonseca (2015), pág. 149. También en el libro citado anteriormente.

53. Documental *Éramos pocas*.

## 54. Entrevista con Tomás Duplá.

## 55. Entrevista con Javier García Fernández.

## 56. Entrevista con Carmen García Mayo.

57. Hemos seguido numerosos libros sobre la Transición para escribir esta biografía. Una muy breve selección de algunos de los libros que se han tomado como referencia son: Juliá (2017). Tusell (2007). Powell (2001). Juliá, Pradera y Prieto (1996). Prego (1995). Gallego-Díaz et al. (1989).

58. Casals (2016), págs. 11-22.

59. Para saber más sobre la violencia en la Transición, recomiendo los siguientes libros, que son los que he seguido principalmente en este asunto: Casals (2016). Sánchez-Cuenca et al. (2012), págs. 95-111. Soler (2010). Baby (2012).

60. Sánchez-Cuenca et al. (2012), págs. 95-111.

61. Soler (2010).

62. Baby (2012).

63. Así se puede ver en numerosos estudios sobre el tema. Por ejemplo, en la siguiente tesis doctoral: Gallego (2016).

64. La noticia se puede ver en Lee (2013), págs. 58-62.

65. Lee (2013), págs. 58-62.

66. Casals (2016), pág. 139.

67. Clemente (1994).

68. Casals (2016), pág. 140.

69. Clemente (1994).

70. Semprún (1997).

71. Así lo cuenta él en una entrevista en *El País*, 29 de septiembre de 2013.

72. Numerosos testimonios lo atestiguan. También en *El País*, 29 de septiembre de 2013, o en diversos libros se puede ver la manera en que actuaba Antonio González Pacheco.

73. Xavier (2016), pág. 31.

74. Soler (2010), pág. 120.

75. Estas declaraciones pueden encontrarse en un artículo de *El País*, 23 de febrero de 1977.

76. Declaraciones de Mariano Sánchez Covisa a la revista alemana *Der Spiegel*, que aparecen citadas en el artículo de *El País*, 23 de febrero de 1977.

77. *Ibíd.*

78. Enfocar la violencia de extrema derecha durante la Transición como parte de una estrategia de tensión ha sido una hipótesis explorada por numerosos historiadores, como Santos Juliá y José Luis Rodríguez Jiménez. Por su parte, otros historiadores como Xavier Casals han negado que hubiera una estrategia de tensión organizada en España similar a la europea. Además, según este historiador, la violencia terrorista tuvo el efecto paradójico de acabar estabilizando la consolidación de la democracia.

79. Más acerca de la estrategia de tensión, en la tesis doctoral: Gallego López (2016).

80. Así puede verse en la mayoría de los estudios sobre la violencia en la Transición, que ya han sido citados anteriormente.

81. Soler (2010), pág. 39.

82. Para encontrar una crónica más detallada sobre los casos de Norma Menchaca y Carlos González: Soler (2010), págs. 39-45.

83. Testimonio de Santiago Carrillo en el capítulo 8 del documental *La Transición*, dirigido por Victoria Prego.

84. Testimonio de Rodolfo Martín Villa en el capítulo 8 del documental *La Transición*.

85. Así lo cuenta la crónica de *Abc*, 10 de enero de 1976.

86. Discurso de Arias Navarro en las Cortes. 28 de enero de 1976.

87. Documental *Éramos pocas*.

88. Toda la historia de la detención de Lola y Javier aparece en sus expedientes policiales, y he confirmado algunos datos en diversas entrevistas. Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional. Javier Sauquillo Pérez del Arco. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 31332 P. Archivo Histórico Nacional.

89. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

90. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

91. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

92. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

93. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

94. Expedientes policiales, Dolores González Ruiz. *Fondos Contemporáneos, Ministerio del Interior*. 601 P. Archivo Histórico Nacional.

95. Torres Blanco (2017).

96. Carlos de Abuin. Blog Autaria. 27 de agosto de 2007.

97. *Ibíd.*

98. Lara (1976), pág. 27.

99. Cámara, Sixto (Manuel Vázquez Montalbán) (1976).

100. Álvaro Feito (1976).

101. Torres Blanco (2017).

102. Entrevista con Héctor Maravall.

103. Entrevista con Julia Marchena.

104. Groves et al. (2017).

105. *El País*, 23 de junio de 1976. Entrevista con Javier García Fernández.

106. La crónica de esta manifestación está en *El País*, 23 de junio de 1976.

107. Montoliú (2017), págs. 542-543.

108. Soler (2010), pág. 283.

109. Capítulo 12 del documental *La Transición*.

110. *Ibíd.*

111. Entrevista con Tomás Duplá.

112. Entrevista con Tomás Duplá.

113. *El País*, 13 de noviembre de 1978.

114. *Ibíd.*

115. Cuando entrevisté a Rosa Montero, la periodista no se acordaba de quién le había proporcionado la información.

116. *El País*, 13 de noviembre de 1978. Esta información debió de dársela a Rosa Montero la misma Lola o Nacho Montejo, según me dijo la periodista en la entrevista que mantuvimos.

## 117. Entrevista con Paquita Sauquillo.

118. Discurso de Paquita Sauquillo en la presentación el 25 de enero de 2017 en la sede de CC.OO.

## *10. A finales de enero (II)*

1. Así se puede ver en el documental *La Transición*.

2. Sobre el desarrollo de esta huelga, he seguido sobre todo la siguiente tesis doctoral:  
Gallego López (2016).

3. Sigo principalmente a Gallego López (2016).

4. Nota Oficial de la Jefatura Superior de Policía de Madrid. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

5. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

6. Reconocimiento psiquiátrico a Francisco Albadalejo. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

7. Sobre Francisco Albadalejo, véase el reconocimiento psiquiátrico que le hicieron en el Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

8. Nota Oficial de la Jefatura Superior de Policía de Madrid. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

9. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

10. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

11. Reconocimiento psiquiátrico a Fernández Cerrá. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

12. Reconocimiento psiquiátrico a Fernández Cerrá. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

13. Reconocimiento psiquiátrico a García Juliá. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

14. Reconocimiento psiquiátrico a García Juliá. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

15. Reconocimiento psiquiátrico a Lerdo de Tejada. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

16. *El País*, 14 de octubre de 1978. Reportaje realizado por Rosa Montero.

17. *Diario 16*, 14 de marzo de 1977.

18. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

19. *El País*, 15 de marzo de 1977.

20. *Ibíd.*

21. Todas las actuaciones pasadas de Caravaca están recogidas en Diligencias Policiales.  
Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

## 22. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

23. Una descripción algo literaria sobre la Hermandad de Marineros puede encontrarse en Reverte et al. (2016).

24. Entrevista con Rosa Montero, que especificó que se puso unas reglas muy estrictas para que el reportaje fuera lo más fidedigno posible. Según recuerda, toda la información que aparece proviene de testimonios directos.

25. *El País*, 12 de octubre de 1978. Reportaje de Rosa Montero.

26. Nota Oficial de la Jefatura Superior de Policía de Madrid. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

[27](#). Nota Oficial de la Jefatura Superior de Policía de Madrid. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

28. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

29. Declaración de José Fernández Cerrá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

30. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

31. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

32. Declaración de José Fernández Cerrá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

33. Hay muchas crónicas sobre esos días en diversos artículos y libros. Por ejemplo, los de Xavier Casals reseñados anteriormente y los de Mariano Sánchez Soler.

34. Montoliú (2017), pág. 542.

35. 17 de enero de 2017. Federación Regional de Asociaciones Vecinales de Madrid. «40 años sin nuestros abogados de barrio».

36. Esta historia me fue contada durante la entrevista con Chusa y Antonio Gallifa, que fue testigo directo. Aunque me parece verosímil, no puedo asegurar con plena certeza que la anécdota ocurriera tal y como me la contó.

### 37. Entrevista con Javier García Fernández.

### 38. Entrevista con Juan José del Águila.

39. Declaración de María Dolores González Ruiz. En *Declaraciones de testigos ante el juez de instrucción*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

40. Declaración de María Dolores González Ruiz. En *Declaraciones de testigos ante el juez de instrucción*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

41. Así me lo contó Javier García Fernández.

42. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

43. *El País*, 13 de noviembre de 1978. Artículo de Rosa Montero.

44. [Ibíd.](#)

45. Declaración de María Dolores González Ruiz. En *Declaraciones de testigos ante el juez de instrucción*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

46. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

47. Carbonell (2002), pág. 104.

48. Declaración de José Fernández Cerrá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

49. Gallego López (2016).

50. *Ibíd.*

51. Declaración de José Fernández Cerrá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

52. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

53. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

54. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

55. Declaración de Carlos García Juliá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

56. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

57. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

58. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

59. *El País*, 13 de octubre de 1978.

60. Declaración de José Fernández Cerrá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

61. Esta hipótesis aparece en el reportaje de Rosa Montero sobre lo sucedido y en el capítulo del historiador Xavier Casals sobre la matanza de Atocha. Además, en nuestra entrevista, Alejandro Ruiz-Huerta me mencionó algo sobre el asunto. Ángel habría estado esa mañana en una asamblea celebrada en el Sindicato Vertical, donde pudo haberle visto. De ser así, los asaltantes habrían podido tener un buen motivo para empezar a disparar.

62. Declaración de José Fernández Cerrá. En *Declaraciones ante la policía*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

63. *El País*, 13 de octubre de 1978. Reportaje de Rosa Montero.

64. Carbonell (2002), págs. 128-129.

65. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

66. Capítulo 12 del documental *La Transición*.

67. Entrevista con el doctor Berger.

68. Declaración de María Dolores González Ruiz. En *Declaraciones de testigos ante el juez de instrucción*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

69. Entrevista con el doctor Berger.

70. Declaración de María Dolores González Ruiz. En *Declaraciones de testigos ante el juez de instrucción*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

71. Testimonio de Lola en el documental *Punto final*.

72. Así se lo contó a Margot Ruano.

73. Declaración de María Dolores González Ruiz. En *Declaraciones de testigos ante el juez de instrucción*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

74. Entrevista con el doctor Berger.

75. Toda la información respecto al estado de Lola al llegar al hospital y las operaciones a las que fue sometida procede del doctor Berger en una entrevista en su clínica. El doctor Berger fue quien la atendió durante toda esa noche.

76. Testimonio de Lola González Ruiz en el documental *Punto final*.

77. Testimonio de Lola en el documental *Punto final*.

78. Capítulo 12 del documental *La Transición*.

79. Carbonell (2002), pág. 25.

80. *Abc*, 15 de marzo de 1977.

81. Nota oficial de la Jefatura Superior de la Policía de Madrid. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

82. *El País*, 14 de octubre de 1978.

83. Gallego López (2016).

84. Esta historia me la contó Juan José del Águila en la entrevista que mantuvimos. Todo lo relativo a la organización del entierro de Atocha me lo contó directamente él, que fue uno de los principales organizadores del mismo.

85. Puede verse más información en: Díaz et al. (2017), págs. 167-179.

86. Para la crónica del entierro, he seguido principalmente la tesis doctoral del Manuel Gallego.

87. *Diario 16, 27 de enero de 1977.*

88. Castilla del Pino (2004), pág. 360.

89. Entrevista con Cristina Almeida.

90. *Público*, 23 de enero de 2017. En mi entrevista con ella, Cristina me dijo que era ella quien se lo había dicho a Lola.

91. *Crónica Popular*, 3 de febrero de 2015.

92. Entrevista con el doctor Berger.

93. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

94. Diligencias Policiales. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

95. Carbonell (2002), pág. 158.

96. *El País*, 25 de enero de 1977.

97. *Ibíd.*

98. *Ibíd.*

99. *Ibíd.*

100. Casals (2016), pág. 269.

101. De este informe se tuvo noticia en España debido a la información proporcionada por Miguel González en *El País*, 2 de diciembre de 1990.

102. Entrevista a Benjamín Prado en *La Vanguardia*, 23 de marzo de 2011.

103. En un intercambio de mensajes en Twitter con Benjamín Prado, el escritor no supo decirme de dónde había sacado esa información. Se escudaba en que lo que había escrito era una novela y que no era del todo fidedigno. Sin embargo, sus declaraciones en periódicos y diversos sitios son afirmaciones y, se supone, no pura ficción.

104. Prego (2001), pág. 55.

105. Casals (2016), pág. 18.

106. *Ibid.*

107. Soler (2010), pág. 363.

108. Casals (2016), pág. 18.

109. Esta declaración se puede encontrar en el capítulo 12 del documental *La Transición*.

110. Capítulo 12 del documental *La Transición*.

111. Además de las referencias ya citadas de libros de historiadores y a los testimonios de los protagonistas, véase Varela-Guinot (1990).

112. Entrevista con el doctor Berger.

113. Entrevista con José María Mohedano.

114. Entrevista con José Luis Sauquillo.

115. Numerosos testimonios. Julia Marchena, Margot Ruano, etcétera.

116. Numerosos testimonios. Entrevista con Soledad.

117. Entrevista con José Luis Sauquillo.

118. Entrevista con José Luis Sauquillo.

119. *El País*, 27 de marzo de 2017.

120. Entrevista con José Luis Sauquillo.

121. Documental *Éramos pocas*.

122. [Ibíd.](#)

123. Entrevista con Javier García Fernández.

## *11. La gran decepción*

1. Numerosos testimonios: Soledad, Antonio Jiménez, etcétera.

## 2. Entrevista con Soledad.

### 3. Entrevista con José María Mohedano.

#### 4. Entrevista con el doctor Berger.

5. Numerosos testimonios. Doctor Berger, Margot Ruano, José María Mohedano, Manuel Garí, etcétera.

## 6. Entrevista con José Luis Sauquillo.

7. Numerosos testimonios. También *El País*, 4 de octubre de 1977.

8. Crónica del viaje que aparece en *El País*, 4 de octubre de 1977.

9. Carbonell (2002), pág. 161.

10. Así aparece en la crónica de *El País*, 4 de octubre de 1977.

11. Carbonell (2002), pág. 115.

## 12. Entrevista con Javier García Fernández.

### 13. Entrevista con Javier Gómez-Acebo.

## 14. Entrevista con Soledad.

## 15. Entrevista con Soledad.

## 16. Entrevista con Soledad.

## 17. Entrevista con Javier García Fernández.

## 18. Entrevista con Antonio Sama.

## 19. Entrevista con el doctor Berger.

20. Numerosos testimonios. Ignacio Muñagorri, Soledad y Margot Ruano.

21. Fernández (2014), pág. 241.

22. [Ibíd.](#)

23. Para ver más, Fernández (2014): *El poder municipal en Almería durante la transición a la democracia* (vol. 322). Universidad Almería (pág. 241).

## 24. Entrevista con Manuel Rico.

25. Carbonell (2002), pág. 76.

## 26. Entrevista con Javier García Fernández.

## 27. Entrevista con Manuel Rico.

## 28. Entrevista con Manuel Rico.

## 29. Entrevista con Manuel Rico.

30. [Blog personal de Manuel Rico](#). 24 de enero de 2010.

31. Numerosos testimonios. Tomás Duplá, Francisco Pereña, Margot Ruano, Juan Cristóbal González, Mercedes Lozano, Javier García Fernández, y un largo etcétera.

32. Parece que Lola se sintió ilusionada con Podemos, pero su muerte nos impide saber cómo se hubiera sentido con la formación con el paso del tiempo.

33. Carbonell (2002), pág. 116.

34. Numerosos testimonios. Francisco Pereña, Antonio Sama, Chusa.

35. Numerosos testimonios. Francisco Pereña, Antonio Sama, Chusa.

36. Las citas son de un artículo aparecido tanto en *Viento Sur* como en *Público* el 24 de enero de 2017 en el que Manuel Garí cuenta cómo Lola veía todos estos asuntos según su punto de vista, que juzgo como el correcto en este asunto.

37. Así aparece en los artículos mencionados anteriormente.

38. Juan Antonio Bardem. *Mundo Obrero*. Enero de 2002.

39. Carbonell (2002), pág. 89.

40. Todos estos detalles acerca de la película aparecen en un artículo del propio Juan Antonio Bardem en *Mundo Obrero*, enero de 2002.

41. Todos los entrecomillados son partes del diálogo de la película *Siete días de enero* de Juan Antonio Bardem.

42. Así aparece en el artículo de *Mundo Obrero* anteriormente citado.

43. Juan Antonio Bardem. *Mundo Obrero*. Enero de 2002.

44. Numerosos testimonios. Mercedes Lozano, Margot Ruano, Soledad, etcétera.

45. Gor (1980), pág. 7.

46. Entrevista con José María Mohedano.

47. Véase Gallego (2016).

48. *Ya*, 27 de febrero de 1980.

49. Todas las declaraciones de Alfredo Semprún en el juicio están recogidas en Declaración de Alfredo Semprún. En *Declaraciones de testigos*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

50. Las rimbombantes y estrafalarias declaraciones de Sánchez Covisa están mucho más desarrolladas en Declaración de Mariano Sánchez Covisa. En *Declaraciones de testigos*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

51. Según el historiador Xavier Casals, Sánchez Covisa llegó a presentar una querrela contra, entre otros, Andrés Casinello, director del SECED. Lo acusaba de ser el posible inductor de la matanza de Atocha. Casinello diría que la acusación se trataba de una simple venganza debido a que el SECED había descubierto el taller de armas de Sánchez Covisa.

52. Ernesto Milá, en su libro *Ultramemorias*, describe que el policía Antonio González Pacheco instigó la comisión del atentado contra los abogados laboristas. Así, según su punto de vista, el crimen habría sido inducido por la policía con el acuerdo del Gobierno, con el objetivo de debilitar a la ultraderecha. El líder de Fuerza Nueva, Blas Piñar, era de la misma opinión y consideraba que los inductores últimos del crimen, así como los motivos reales de la masacre, se habían ocultado a la opinión pública.

53. En *Peticiones de careos y careos*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

54. Careo entre González Pacheco y Fernández Cerrá. En *Peticiones de careos y careos*. Sumario 13/1977 Matanza de Atocha.

55. Crónica de Rafael Fraguas en *El País*, 20 de febrero de 1980.

## 56. Entrevista con José María Mohedano.

57. Entrevista con Carmen García Mayo.

58. Carbonell (2002), pág. 184.

59. Sección Primera de lo Penal de la Audiencia Nacional. Sentencia número 17, 29 de febrero de 1980.

60. Esta anécdota me fue contada por Carlos Berzosa mientras tomábamos una cerveza en el colegio mayor Chaminade.

61. Entrevista con el doctor Berger.

## 62. Entrevista con Javier García Fernández.

### 63. Entrevista con Manuel Garí.

## 64. Entrevista con Manuel Garí.

65. *El País*, 27 de diciembre de 1981.

## 66. Entrevista con Soledad.

67. Numerosos testimonios: Soledad, Antonio Jiménez, Margot Ruano, etcétera.

68. Numerosos testimonios. Entrevista con Antonio Jiménez.

## 69. Entrevista con Antonio Jiménez.

## 70. Entrevista con Antonio Jiménez.

71. Intercambio de correos con Rubén Bild. Bild guardó estrictamente la confidencialidad respecto a su trato con Lola, así que la información que me dio se limitó a las fechas.

72. Esta información la encontré en un artículo de *El País*, 21 de febrero de 1986.

73. Entrevista con Antonio Jiménez y Soledad.

74. Su opinión contrasta con la de la psicoanalista Carmen García Mayo, que opina que los métodos y las consecuencias del tratamiento de Bild no fueron positivos.

75. El testimonio en el que me he basado principalmente para el trato de Lola con Bild fue el de Soledad, siendo el del médico Antonio Jiménez la segunda fuente. Del intercambio de correos que tuve con Bild, en el que me ofrecí a ir a Valencia para entrevistarle personalmente, no pude obtener casi ninguna información, lo que es normal ya que el psiquiatra no quiso romper su secreto profesional.

76. Al menos, así se lo contaba a Carmen García Mayo, que no aprobaba los métodos de Bild.

77. Todas estas operaciones me fueron contadas por el doctor Berger, que fue quien más siguió el tratamiento de Lola, y que tenía toda la información a su disposición.

78. Entrevista con Antonio Jiménez.

79. Entrevista con Ángel Gele. Testimonio de Soledad.

80. Entrevista con Ángel Gele. Testimonio de Soledad.

81. Entrevista con Soledad y Ángel Gele.

## 82. Entrevista con Ángel Gele.

83. Numerosos testimonios. Entrevista Margot Ruano y Soledad.

84. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

## 85. Entrevista con Soledad.

## 86. Entrevista con Manuel Garí.

87. Entrevista con Manuel Rico.

## 88. Entrevista con Soledad.

## 89. Entrevista con Soledad.

90. *El País*, 21 de mayo de 1987.

91. *Ibíd.*

92. *Ibíd.*

93. *El País*, 19 de diciembre de 1992. Hay numerosos artículos en prensa que hablan de las discrepancias de Pérez Royo con la dirección de Izquierda Unida, que le llegó a acusar de «colaboracionista» de los socialistas.

94. Así se lo contaba Lola a Soledad.

95. Numerosos testimonios. Doctor Berger, Soledad, Margot Ruano, Antonio Sama, Juan Ruiz, etcétera.

96. Numerosos testimonios. Chusa, Margot Ruano, doctor Berger, Antonio Sama, etcétera.

97. Numerosos testimonios. Soledad, Margot, etcétera.

98. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

## 99. Entrevista con Soledad.

100. Entrevista con el vallisoletano Juan María Tellerizo.

101. Entrevista con Antonio Sama.

102. Numerosos testimonios. Doctor Berger, Antonio Sama, Margot Ruano, Chusa.

103. Entrevista con Juan Ruiz.

104. Entrevista con Soledad.

105. Entrevista con el Doctor Berger.

106. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

107. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

108. Entrevista con el doctor Berger.

109. Numerosos testimonios. Doctor Berger, Margot Ruano, Juan Ruiz, etcétera.

## *12. A finales de enero (III)*

1. Entrevista con José Manuel Gómez Benítez, abogado de la familia Ruano.

## 2. Entrevista con José Manuel Gómez Benítez.

### 3. Entrevista con José Manuel Gómez Benítez.

4. *El Mundo*, 8 de julio de 2001.

5. *El País*, 14 de julio de 1992.

6. *El País*, 24 de enero de 1990, José Yoldi.

7. *Ibíd.*

## 8. Entrevista con el doctor Berger.

## 9. Entrevista con Chusa y Antonio Sama.

10. Esta anécdota me fue relatada durante la entrevista con Chusa y Antonio Sama.

## 11. Entrevista con Chusa y Antonio Sama.

## 12. Entrevista con Chusa y Antonio Sama.

### 13. Entrevista con Javier García Fernández.

14. Carbonell (2002).

## 15. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

## 16. Entrevista con Soledad.

## 17. Entrevista con Chusa.

18. Así me lo aseguró Juan Ruiz, que recuerda muy bien el cabreo de Lola, en nuestra entrevista en Alicante.

19. Prado (2011).

20. [Blog personal de Benjamín Prados-Prados Urbanos](#), 23 de marzo de 2011.

## 21. Entrevista con Juan Ruiz.

22. Vicent (2011).

## 23. Entrevista con Carlos Berzosa.

24. Domínguez (2011), pág. 301.

## 25. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

## 26. Entrevista con Manuel Garí.

## 27. Entrevista con Soledad.

28. Artículo en *El País*, 2 de febrero de 2015, escrito por Cristina Almeida en recuerdo de Lola.

29. Entrevista con el doctor Berger.

### 30. Entrevista con el doctor Berger.

31. Así lo contó Isabel Martínez Reverte en la presentación del libro *La matanza de Atocha*, el 29 de enero de 2016.

32. Numerosos testimonios. Doctor Berger, Margot Ruano, etcétera.

33. Así me lo dijo literalmente Soledad.

#### 34. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

## 35. Entrevista con Soledad.

## 36. Entrevista con Chusa.

### 37. Entrevista con Antonio Sama y Chusa.

38. *El País*, 11 de abril de 2015.

39. Numerosos testimonios. Doctor Berger, etcétera.

40. Entrevista con el doctor Berger.

## 41. Entrevista con Soledad.

42. *El País*, 2 de febrero de 2015.

43. [Ibíd.](#)

## *Epílogo*

1. Esta idea, aunque aparentemente obvia, la he cogido prestada de Paul Preston, que la ha repetido en numerosas ocasiones en sus libros.

2. Domínguez (2011), págs. 297-298.

3. [Ibíd.](#), pág. 301.

#### 4. Entrevista con Francisco Pereña.

5. Numerosos testimonios como Francisco Pereña, Chusa, Antonio Sama.

6. En los pocos documentos que Lola dejó escritos, como el del libro-homenaje a Enrique Ruano, deja clara esta posición. Además, múltiples testimonios lo atestiguan.

7. Respecto al nivel de información que atesoraban sobre Lola, muestra de la importancia que tuvo ella en sus vidas, debo declarar mi admiración por Javier García Fernández y Héctor Maravall, personas de extraordinaria memoria sin las que este libro no sería posible.

## 8. Entrevista con Margot Ruano.

9. Entrevista con Cristina Almeida. Véase también *Público*, 12 de abril de 2011.

## 10. Entrevista con Cristina Almeida.

11. Cebrián (2016).

12. *El País*, 24 de mayo de 2000.

13. *El País*, 23 de enero de 2017.

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*

16. *El País*, 15 de febrero de 1988.

17. *El País*, 7 de diciembre de 2018.

18. Fue Margot Ruano quien me contó que Lola decía que quería escribir sus memorias, y que argumentaba que podían servirle de catarsis.

## *Coda*

1. Documental *Éramos pocas*.

2. [Ibíd.](#)

3. Testimonio de Lola en el documental *Punto final*.

4. [Ibíd.](#)

5. *Ibíd.*

*A finales de enero*

*La historia de amor más trágica de la Transición*

XXXI Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias 2019

Javier Padilla

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: Lola González, Enrique Ruano y Javier Sauquillo, de regreso de la facultad de Derecho (Madrid, primavera de 1968). Archivo personal de Margot Ruano.

Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Javier Padilla Moreno-Torres, 2019

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Logo Fondo Antonio López-Lamadrid

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-9066-664-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

---

TIEMPO DE MEMORIA

Javier Padilla

# A FINALES DE ENERO

La historia de amor más trágica de la Transición

XXXI PREMIO COMILLAS

---



TUSQUETS  
EDITORES